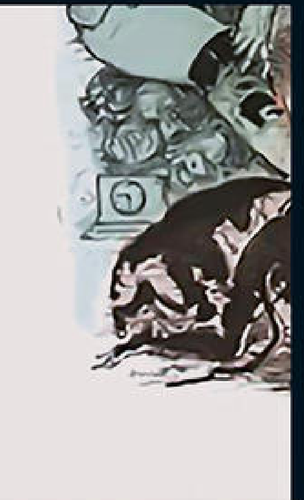
HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA REMODELADA 1848-1878

J. A. S. GRENVILLE








Siglo XXI / Serie Historia de Europa / 11

J. A. S. Grenville

La Europa remodelada

1848-1878

Traducción: Bárbara McShane y Javier Alfaya

Revisión de la traducción: Cristina Piña



Mientras en Francia Napoleón III conduce a la restaurada monarquía a la república del Segundo Imperio y Cavour y Garibaldi remodelan el mapa de una Italia unificada, Bismarck, con su Ejército, domina tanto Alemania como el firmamento europeo. En las décadas centrales del siglo XIX, Europa experimenta uno de los periodos más convulsos de su historia en el que el nuevo impulso revolucionario pierde fuerza frente a los vestigios del Antiguo Régimen. Sofocadas las revoluciones populares de 1848, se inicia una etapa de reformas autoritarias impuestas desde los estratos más altos de la sociedad que buscaron reavivar y reforzar los viejos sistemas de gobierno; a la postre, esas reformas acabaron por alimentar el espíritu nacionalista. La modernización europea tuvo que esperar hasta el siglo XX para cambiar el mundo.

J. A. S. Grenville, renombrado historiador de la Europa contemporánea, examina en el presente libro los movimientos sociales y sus conflictos desde una perspectiva tanto europea como nacional. Además de este enfoque sociohistórico, el autor también realiza un retrato riguroso y fascinante de los protagonistas de los eventos que alteraron Europa, desgranando sus ideas y ambiciones.

J. A. S. Grenville (1928-2011) fue profesor de Historia Internacional en la Universidad de Leeds y dirigió el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Birmingham. Entre sus obras más conocidas destacan *Lord Salisbury and foreign policy* (1964), *Politics, Strategy and American Diplomacy, 1873-1917* (junto a G. B. Young, 1966), *The major international treaties 1914-1973* (junto a B. Wasserstein, 1974), *A World History of the 20th Century* (2005) y *The Jews of Hamburg: The Death of a Civilization from 1790 to the Holocaust* (2011).

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.
Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Europe Reshaped, 1848-1878
La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

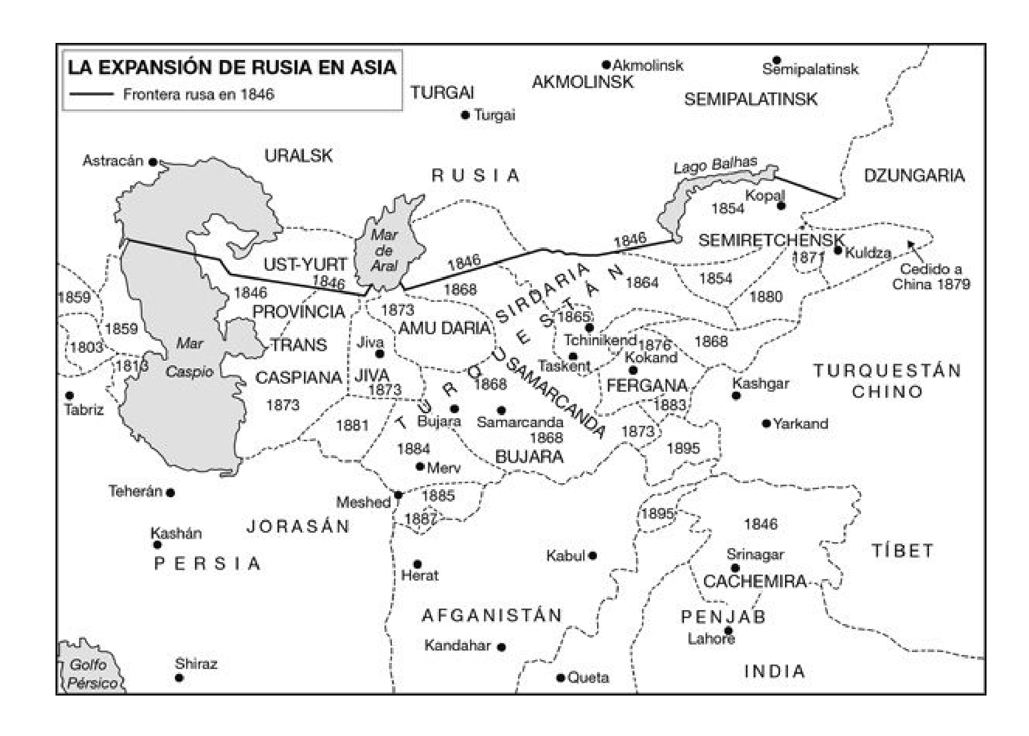
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.sigloxxieditores.com
ISBN: 978-84-323-1928-0

MAPAS

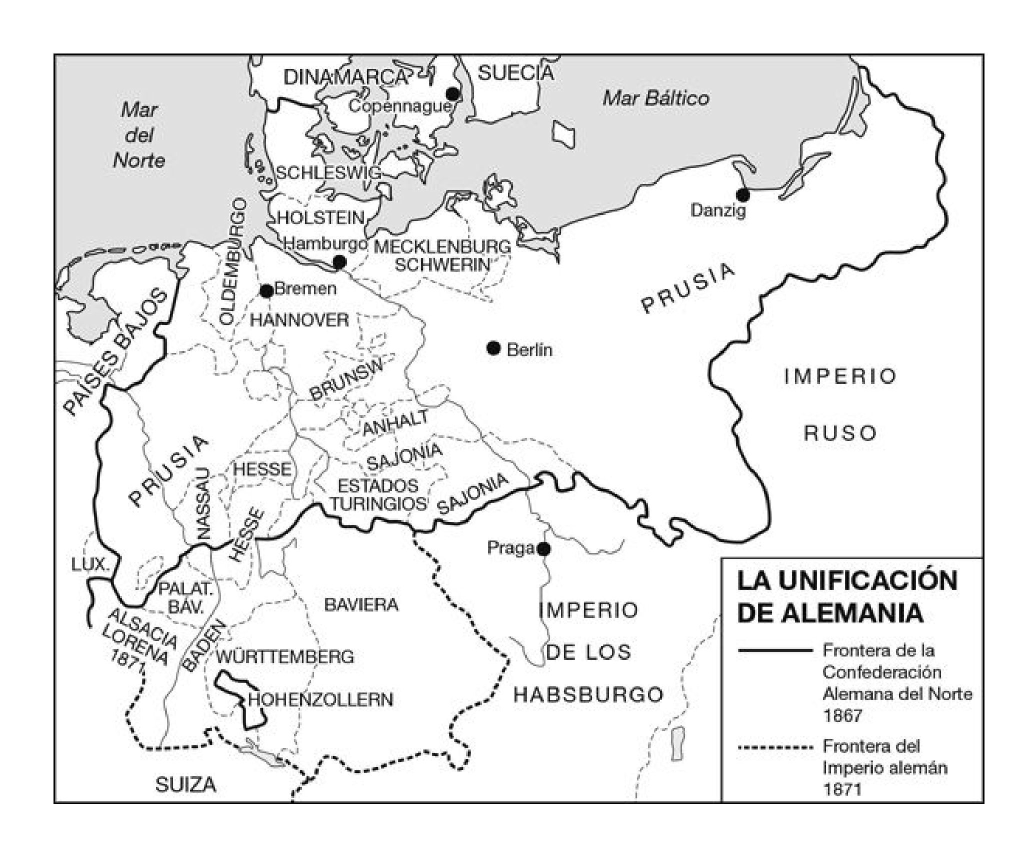
EUROPA EN 1848

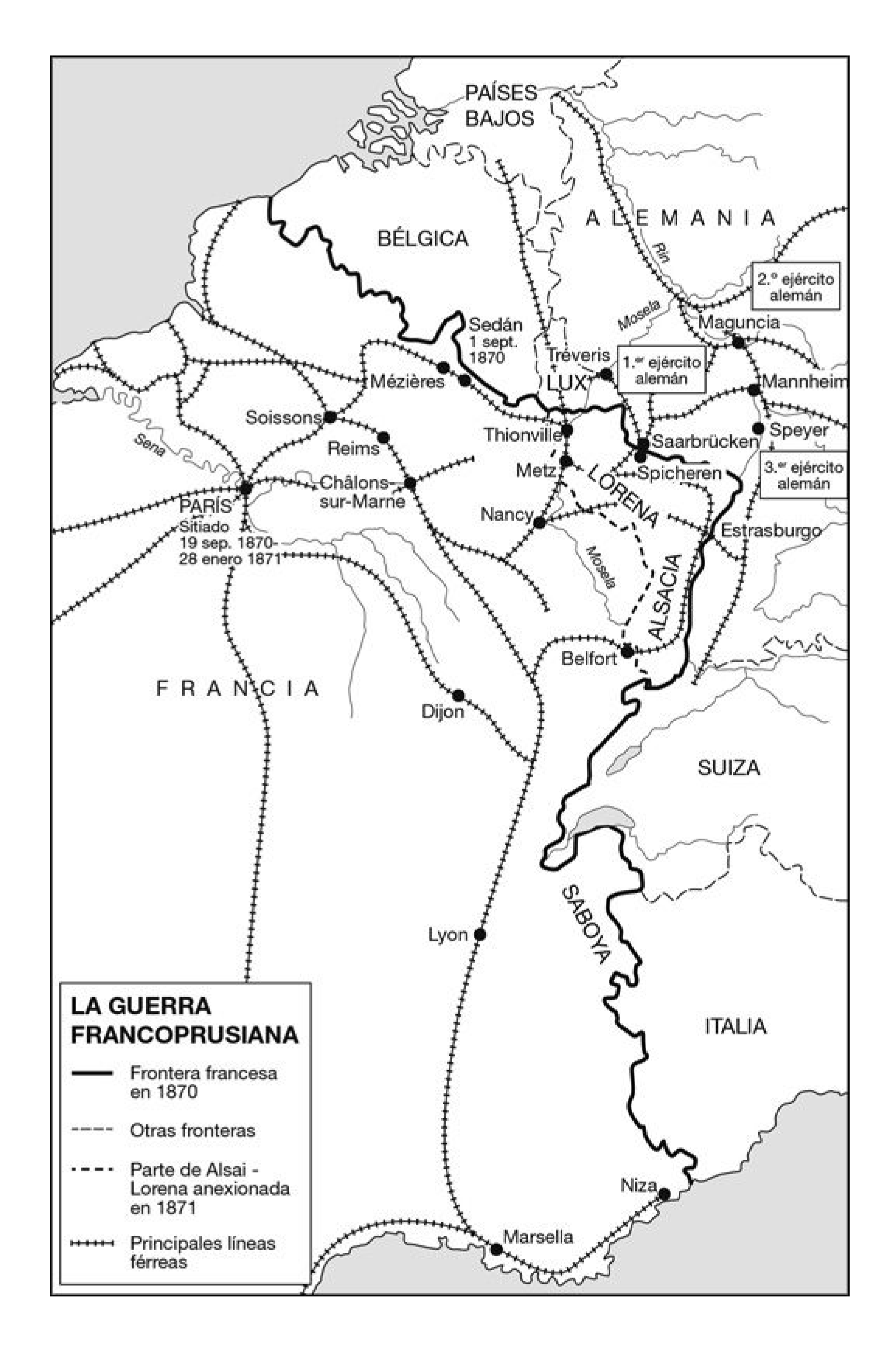
Fronteras de la Confederación
Fronteras nacionales
Frontera militar del Imperio de los Habsburgo

LA GUERRA DE CRIMEA


LA EXPANSIÓN DE RUSIA EN ASIA
Frontera rusa en 1846
TURGAI
Turgai
AKMOLINSK
Akmolinsk
Semipalatinsk
SEMIPALATINSK
Astracán
URALSK
RUSIA
Lago Balhas
DZUNGARIA
1854
Kopal
SEMIRETCHENSK
1871
Kuldza
Cedido a China 1879
Mar de Aral
1846
1846
1846
UST-YURT
1868
SIRDARIA
TURQUESTÁN
1864
1854
1880
1859
1846
PROVINCIA
1873
1865
1859
TRANS
AMU DARIA
Jiva
Tchinikend
1876
1868
1803
Mar Caspio
1813
CASPIANA
JIVA
Taskent
Kokand
1873
1868
SAMARCANDA
FERGANA
Kashgar
TURQUESTÁN CHINO
Tabriz
1873
1881
Bujara
Samarcanda
1868
1883
1873
Yarkand
1884
Merv
BUJARA
1895
Teherán
Meshed
1885
1887
1895
1846
JORASÁN
Kashán
PERSIA
Kabul
Srinagar
TÍBET
Herat
CACHEMIRA
AFGANISTÁN
PENJAB
Lahore
Kandahar
Golfo Pérsico
Shiraz
Queta
INDIA


LA UNIFICACIÓN DE ITALIA
SUIZA
IMPERIO
DE LOS
HABSBURGO
SABOYA
(Fr.) 1860
1859
LOMBARDÍA
VÉNETO
1866
Trieste
Milán
Venecia
R. Po
R. Po
Turín
FRANCIA
PIAMONTE
PARMA
1860
MÓDENA
Bolonia
ROMAÑA
Génova
SAN MARINO
NIZA
(Fr.)
1860
Niza
Florencia
TOSCANA
1860
UMBRÍA
1860
Mar
Adriático
CÓRCEGA
(Fr.)
ESTADO
Roma
PONTIFICIO
REINO DE
PIAMONTE-
CERDEÑA
Gaeta
Nápoles
NÁPOLES
1860
Mar
Tirreno
CERDEÑA
REINO DE LAS
DOS SICILIAS
Palermo
Mar Mediterráneo
SICILIA
1860
ÁFRICA


DINAMARCA
SUECIA
Copennague
Mar del Norte
Mar Báltico
SCHLESWIG
HOLSTEIN
OLDEMBURGO
Hamburgo
MECKLENBURG SCHWERIN
Danzig
Bremen
HANNOVER
PRUSIA
Berlín
PAÍSES BAJOS
BRUNSW
IMPERIO RUSO
ANHALT
PRUSIA
HESSE
SAJONIA
NASSAU
ESTADOS TURINGIOS
SAJONIA
HESSE
Praga
LUX.
PALAT. BAV.
BAVIERA
ALSACIA LORENA 1871
BADEN
WÜRTTEMBERG
IMPERIO DE LOS HABSBURGO
HOHENZOLLERN
SUIZA
LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA
Frontera de la Confederación Alemana del Norte 1867
Frontera del Imperio alemán 1871



PAÍSES
BAJOS
ALEMANIA
BÉLGICA
Rin
2.º ejército
alemán
Mosela
Sedán
1 sept.
1870
Maguncia
Tréveris
1.er ejército
alemán
Mézières
LUX
Mannheim
Soissons
Speyer
Thionville
Saarbrücken
Reims
Sena
Metz
Spicheren
3.er ejército
alemán
Châlons-
sur-Marne
LORENA
PARÍS
Sitiado
19 sep. 1870-
28 enero 1871
Nancy
Estrasburgo
Mosela
ALSACIA
Belfort
FRANCIA
Dijon
SUIZA
SABOYA
Lyon
ITALIA
LA GUERRA
FRANCOPRUSIANA
Frontera francesa
en 1870
Otras fronteras
Parte de Alsai -
Lorena anexionada
en 1871
Principales líneas
férreas
Niza
Marsella

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de *La Europa remodelada, 1848-1878* lleva muchos años utilizándose y ha sido objeto de varias reimpresiones. La disposición de la nueva editorial, Blackwell, a reajustar el texto ha permitido revisarlo. Mi primera consideración fue si hoy habría escogido la misma estructura. Por razones de claridad, y para reflejar la Europa sobre la que escribía, la decisión de organizar el libro en torno a las divisiones nacionales era y sigue siendo, creo, el mejor sistema.

¿Debería, en segundo lugar, ampliar el análisis histórico, incluyendo aspectos de historia social tales como el ocio o la cultura? *La Europa remodelada* no puede jactarse de ser una «historia total». Dicho enfoque es de gran valor, pero en un estudio relativamente breve, abarcar muchos más aspectos del cambio histórico no permitiría suficiente detalle, y llevaría, por consiguiente, a plantear meras generalizaciones de los importantes acontecimientos aquí estudiados.

La decisión de concentrarme en las «grandes potencias» y de abordar los países más pequeños principalmente en relación con ellas se explica en el prefacio a la primera edición. En esta edición he intentado abordar al menos brevemente las naciones más pequeñas desde una perspectiva distinta a la de meros peones disputados por sus vecinos más grandes. La bibliografía añade ahora referencias a buenas historias nacionales de los países tratados menos ampliamente en este libro.

Había dos aspectos que exigían una revisión sustancial. En la Gran Bretaña de 1970, al hablar de Europa se hacía referencia a la Europa continental del otro lado del canal. Hoy ya no es así. En los últimos años de la época victoriana, contemporáneos como Gladstone creían que Gran Bretaña

era el modelo, con su gobierno parlamentario soberano, su libre comercio y sus libertades, y que, a medida que los continentales avanzasen en la senda de la civilización, otras naciones seguirían su ejemplo, algunas antes, otras después. ¿Qué frenó y revirtió dicho avance en el continente europeo? ¿En qué medida era ya evidente la divergencia entre Gran Bretaña y la Europa continental durante el tercer cuarto del siglo? Este aspecto de la historia moderna de Europa apenas se toca en la primera edición. En dicha edición, Gran Bretaña aparecía solo cuando afectaba brevemente a la remodelación de la Europa continental y por lo general en una función secundaria, excepto en el caso de Crimea. En esta edición he añadido dos capítulos: el XI, «Gran Bretaña: una reforma cautelosa en la década autoritaria», y el XIX, «La "Pax Britannica" interior y exterior». Muestran que a largo plazo las diferencias crecientes entre la evolución continental y británica fueron más significativas que las aparentes similitudes.

En esta nueva edición es necesario señalar otro cambio. En la «Introducción» de la primera edición intentaba dar una visión de conjunto. Solo se hacía una referencia breve a la importancia de influencias subyacentes tan fundamentales como el crecimiento de la población. En esta edición se analiza con mayor profundidad el impacto de la Revolución industrial y de las tendencias demográficas, que fueron fundamentales para los cambios que se estaban produciendo. La breve introducción original se ha convertido en el capítulo I, «Europa de 1848-1878».

Por último, a la luz de los estudios más recientes, he revisado algunos de mis puntos de vista. En mi propio trabajo como historiador he escrito libros basados principalmente en investigación de archivo de la que otros historiadores han podido aprovechar para redactar útiles síntesis generales. En *La Europa remodelada* ha ocurrido lo contrario, y es-

toy en deuda con los muchos trabajos excelentemente investigados de mis colegas. La bibliografía proporciona un indicativo de esa deuda. Podría ampliarse para incluir libros que no he leído en su totalidad ni en parte. Agradezco también al personal de edición de Blackwell el cuidado puesto en la producción de esta nueva edición, en concreto a Pauline Roberts que se tomó tanto interés y trabajo en mecanografiar las sustanciales adiciones y alteraciones.

J. A. S. G.

Instituto de Estudios Alemanes,

Universidad de Birmingham, marzo de 1999

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Al escribir este volumen no encontré dificultades en aceptar el propósito general declarado de la Fontana History of Europe. Hay necesidad y espacio para una historia narrativa de lo que se solía llamar una «historia política». Aunque hoy la historia social y económica ocupan un espacio más importante que cuando se concibió esta serie, me pareció que bastaba con resaltar algunos aspectos. He intentado clarificar, basándome en la mayor cantidad posible de investigaciones recientes que he podido dominar, los grandes cambios políticos e internacionales de los años comprendidos entre 1848 y 1878. Una revalorización así se ha hecho especialmente necesaria en los últimos veinte años debido a la elevada calidad de los numerosos trabajos de erudición publicados. Toda historia general está inevitablemente en deuda con las pacientes investigaciones de muchos historiadores y al examinar explicaciones a veces controvertidas, he intentado seguir un camino razonable y claro. Objetivo importante de un volumen de este tipo es presentar una síntesis.

Una crítica que tiene cierto fundamento es la de que los historiadores que pretenden ofrecer una historia «europea» generalmente terminan por escribir la historia de las «grandes potencias» europeas. Lo que se puede decir en su favor es que la gran mayoría de los pueblos europeos en el tercer cuarto del siglo XIX eran súbditos de una u otra de las grandes potencias. Además, al analizar las fuerzas del cambio, los pequeños Estados pueden ser estudiados en sus relaciones con las grandes potencias. Esto no quiere decir que se deba estudiar la historia de Francia con preferencia a la de Suiza o a la de España.

Mi elección de temas no estuvo dictada, pues, por el chauvinismo de las «grandes potencias», sino más bien por la consideración práctica de que era preferible tratar en profundidad algunos de los principales problemas en lugar de hacer un relato de tipo enciclopédico de todas las regiones de Europa. También me parece poco deseable, al considerar este periodo del siglo XIX, intentar meter por la fuerza todos los problemas dentro de un molde «europeo». La fuerza divisoria del nacionalismo dominó la historia de esos años y es necesario estudiar los conflictos sociales en relación con el lugar o región donde se produjeron. Por otra parte, en aquellos lugares donde un movimiento como las «revoluciones de 1848» se pueden considerar tanto desde un punto de vista europeo como local, he intentado hacerlo así.

Quiero expresar mi agradecimiento a los bibliotecarios de la London Library, del British Museum y de la biblioteca de la Birmingham University, a los numerosos estudiantes que durante los últimos veinte años, en clases prácticas y en ensayos, han planteado cuestiones importantes, y a mis colegas que han discutido conmigo aspectos de la historia europea. Richard Ollard no solo fue perspicaz en sus comentarios editoriales, sino que me alentó infatigablemente cuando circunstancias personales dificultaron la terminación de este libro. Junto con los demás autores de esta serie, estoy en deuda con el profesor J. H. Plumb, que leyó el manuscrito. Miss Claire Lakin pasó a máquina el difícil manuscrito a la vez que se ocupaba de muchas otras tareas. Me alegra tener esta oportunidad de expresar mi gratitud por su ayuda. Miss Gillian Briggs tuvo que volver a pasar a máquina el texto mecanografiado con sus numerosísimas correcciones y lo hizo de buen grado, a pesar de que el aspecto de este era con frecuencia horrible.

Finalmente, quiero dedicar este libro a Patricia, mi mujer, que consiguió que el libro fuera terminado serena y felizmente.

J. A. S. G.
Birmingham, julio de 1975

I. INTRODUCCIÓN. EUROPA DE 1848 A 1878

Durante treinta años los monarcas y estadistas de Viena se esforzaron por dar paz y estabilidad a Europa. Aunque los tratados de 1815 sufrieron modificaciones de detalle, soportaron la prueba del tiempo extraordinariamente bien. El problema de adaptar las respectivas políticas internas a las necesidades de una sociedad cambiante se mostró mucho más difícil. El cambio social más lento se produjo en Rusia, donde la represión provocaba escasas protestas. En completo contraste, el cambio más rápido se produjo en Gran Bretaña, pero las políticas reformistas de largo alcance de los *whigs* y de los *tories* durante las décadas de 1830 y 1840 contuvieron las tensiones sociales y evitaron los estallidos de violencia. En el resto del continente europeo, durante el año de 1848, se produjo una ruptura masiva de la coherencia social y del gobierno. El cataclismo pareció mucho mayor debido a que hasta entonces no se había producido nada de tan vasto alcance y tan repentino. Las fuerzas de la autoridad fueron eclipsadas, pero cuando hubo pasado la ola de violencia se pudo comprobar que permanecían en gran medida intactas. Por ello resulta más difícil al historiador explicar por qué fueron eclipsadas que explicar su éxito final.

Las tres décadas que siguieron a 1848 fueron un periodo de reforma, de reforma autoritaria desde arriba. En todos los países, salvo en Rusia, el periodo concluye con la transformación de los gobiernos más o menos autocráticos en constitucionales. Antes de 1848, las asambleas parlamentarias dignas de este nombre constituían más bien la excepción que la regla. Francia y Gran Bretaña eran los principales Estados constitucionales de Europa. A partir de 1878, la participación de los parlamentos elegidos fue prácticamente

reconocida en todas partes, excepto Rusia, como un elemento indispensable de buen gobierno. En Viena, Berlín, Budapest, Roma, París y Londres, las asambleas parlamentarias consiguieron un poder cada vez mayor; algunos parlamentarios eran elegidos ya sobre la base del sufragio universal masculino. Su progresión era imparable, aunque fue necesaria una derrota en la guerra y una revolución para que Rusia se rindiera ante lo inevitable en 1905-1906. Este aumento de la influencia democrática no reflejaba necesariamente, sin embargo, las intenciones de los gobernantes y de sus ministros en el continente, ni siquiera en Gran Bretaña. El ejercicio de la «democracia» por parte de Bismarck, por ejemplo, era de un oportunismo cínico. No deberían ocultarse, por lo tanto, las importantes diferencias, en especial la divergencia entre Gran Bretaña y Francia, que avanzaban hacia la democracia, y las otras grandes potencias de Europa. No obstante, el liberalismo hizo grandes progresos.

El «liberalismo» de mediados del siglo XIX no debe confundirse con nuestra definición actual. Los liberales del siglo XIX buscaban un justo equilibrio. Querían evitar la tiranía de las masas, que consideraban tan destructiva como la tiranía de los monarcas. Todavía no se había inventado la frase «dictadura del proletariado», pero los liberales de mediados del siglo XIX comprendían sus peligros. Los liberales derrotaron el programa cartista de «un hombre, un voto» en Gran Bretaña. En Prusia eran los conservadores como Bismarck y en Francia Napoleón III quienes deseaban limitar el poder de los liberales ofreciendo el sufragio masculino a las masas. Los liberales luchaban por un parlamento eficaz que reflejara los intereses de todo el pueblo, pero nadie esperaba que los pobres y los incultos comprendieran cuáles eran sus propios intereses; estarían representados por los miembros ilustrados, más cultos y prósperos, de la sociedad. Con respecto a la cuestión del sufragio, las ideas

del liberalismo cambiaron durante el curso del siglo XIX pero, en un aspecto, los principios del liberalismo abogaban por libertades que todavía se defienden en el siglo XXI. Son estas las libertades básicas del individuo, rico o pobre, desde el monarca hasta el más humilde ciudadano. Ahora están consagradas como aspiraciones en las convenciones de las Naciones Unidas y del Consejo de Europa sobre protección de los derechos humanos, aunque en muchas partes del mundo se las respeta probablemente hoy menos que hace cien años. Así, cuando el Parlamento de Fráncfort de 1848 discutía los derechos básicos en el *Paulskirche* se estaba haciendo algo que tenía un profundo significado. Los parlamentarios vieron la importancia de volver a formular los derechos del hombre y establecer constitucionalmente un código de normas a fin de que los abusos pudieran ser contrastados con él y condenados.

Con frecuencia se culpa a los liberales de abandonar a sus aliados de la «clase obrera» en 1848 una vez que ellos, los liberales, hubieron conseguido sus propósitos, o, por el contrario, de no haberles inducido a completar la revolución contra el gobierno autoritario. De hecho, la colaboración en las jornadas de marzo de 1848 fue fortuita y no planeada. En las barricadas de Viena y de Berlín y en el campo, la desesperación de los pobres, sus insatisfacciones y sus quejas específicas, como las obligaciones señoriales o el comportamiento opresivo de las tropas del rey, se combinaron con las demandas liberales de libertad civil y de participación en el gobierno para producir un movimiento impetuoso y, según las apariencias exteriores, homogéneo que dirigió sus fuerzas contra los gobernantes, exigiendo cambios radicales. Pero en Francia la revolución de 1789 había dado a los campesinos la propiedad de sus tierras. Esto les hizo profundamente conservadores y votaron contra los militantes en París.

Los pobres y desheredados de Europa no estaban en su conjunto politizados. Los campesinos de los Estados alemanes serían liberados de la dependencia y las obligaciones señoriales por los ministros conservadores ilustrados del rey. Por el contrario, los liberales tenían sus dudas ante esta violación de los derechos de propiedad, aunque los propietarios fueran los *Junkers.* Los liberales no dudaron en emplear las tropas para reprimir las revueltas campesinas de la primavera de 1848. Pero de todos modos los campesinos dejaron pronto de ser una fuerza revolucionaria. En Francia, no lo fueron nunca. En las ciudades los oficiales, los pequeños maestros y los artesanos veían amenazado su modo de vida por el crecimiento de la industria. Se volvían hacia los conservadores en busca de protección y esperaban poco de los liberales. Habían sido los elementos más revolucionarios en las ciudades porque habían sufrido más que nadie la expansión industrial. Pero cuando se unieron a las organizaciones obreras en 1848, su preocupación era el bienestar y la protección de su modo de vida más que las cuestiones del poder político. Las medidas de recuperación económica puestas en vigor por los ministros liberales en 1848 no les beneficiaban directamente, sino que parecían contrarias a sus intereses, porque fortalecían a los bancos y a la industria. Los obreros mejor pagados eran generalmente los empleados en las nuevas industrias. Con unas cuantas notables excepciones, tales como los de las fábricas de Berlín, eran los menos revolucionarios.

Marx y Engels creían en 1848 que el «proletariado», como clase cuya cohesión dependía de la conciencia de estar siendo explotado por la burguesía, solo estaba comenzando a emerger. Los pobres estaban divididos, en la ciudad y el campo, en muchos grupos de intereses diferentes. Marx y la Liga Comunista solo podían contar con unos miles, o posiblemente unos cientos, de partidarios. La organización *política* de los «obreros» era una tarea para el futuro. Los con-

servadores más lúcidos intentaban arrebatar tanto a los liberales como a los comunistas el apoyo de los pobres mejorando su situación económica. Los choques de intereses de 1848 y 1849 no se pueden reducir a una simple fórmula de conflicto entre tres clases, proletariado, burguesía y príncipes, movidas todas ellas por sus intereses económicos. El curso de la revolución fue mucho más confuso. Pero en aquellos tiempos los propietarios creían que existía una peligrosa y amplia conspiración comunista para desposeerlos de sus propiedades. Contra ese fantasma, actuaron en ocasiones con feroz violencia, como en París en junio de 1848, en lo que ellos creían que era la defensa de sus propiedades. A pesar de toda su cháchara sobre la soberanía del pueblo, los liberales desconfiaban de este. Con los líderes que abogaban por la revolución social y recurrían a la violencia, no estaban dispuestos a transigir; pero al final, carentes de un adecuado apoyo popular, los liberales se movían en el vacío y tuvieron que transigir con la Corona. De todos modos su posición, a partir de 1848, mejoró mucho más de lo que podían esperar dada su debilidad. De hecho vivieron para luchar una vez más, no ya en las calles y en las barricadas, sino en las asambleas parlamentarias. Las revoluciones de 1848 convencieron a los gobernantes de que los liberales representaban una fuerza dinámica en el Estado que no podía ser ignorada y debía ser canalizada dentro de los seguros cauces de las formas constitucionales de gobierno.

Del mismo modo que la reforma se realizaba desde arriba, y no como consecuencia directa de la revolución, la transformación del «nacionalismo» en un eficaz instrumento de guerra y diplomacia fue obra de las autoridades, más que resultado de las pasiones populares. Poetas, historiadores, filólogos y un brillante equipo de filósofos políticos, promovieron el nacionalismo y despertaron el entusiasmo por él. Si hay un periodo de la historia de Europa que se

puede describir como la época en que el nacionalismo empezó a triunfar fue el de las décadas de mediados del siglo XIX descritas en este volumen. Al unificarse Italia y Alemania se produjo una transformación en Europa. Simultáneamente, la conciencia nacional agudizó los conflictos internos en Austria y condujo a la capitulación de los Habsburgo ante las demandas de los magiares. En los imperios otomano y ruso también se produjeron levantamientos nacionales contra las autoridades. Pero no debemos simplificar demasiado. En general, la pasión del fervor nacional no fue más que uno de los elementos de una compleja evolución. Sirvió a los intereses de aquellos que supieron utilizar esta arma para exagerar su importancia. Los libros patrióticos de historia atribuyen a las masas en el tercer cuarto del siglo XIX un grado de histeria nacional que la investigación histórica más reciente no confirma, ya sea al considerar la historia de la unificación alemana o italiana o incluso la insurrección de los polacos de 1863. Cuando el nacionalismo se convirtió en una fuerza ascendente no condujo, como profetizaba el idealista Mazzini, a la hermandad entre los hombres, sino que provocó la destrucción sin paralelo de las dos guerras mundiales en el siglo XX. ¡De qué modo tan diferente utilizó Bismarck el fervor nacional! Creía que podía abrirlo o cerrarlo a voluntad, como el agua de un grifo. Durante sus tres guerras de limitada duración, el nacionalismo no fue para él sino un útil aliado. Luego, a partir de 1871, Bismarck intentó frenarlo de nuevo porque estaba en la naturaleza del nacionalismo europeo, como descubriría más tarde el presidente Wilson, que las naciones superiores se impusieran por la fuerza y aplastaran y se repartieran a las inferiores. El triunfo del nacionalismo húngaro en 1848 significó la ruina del nacionalismo eslovaco; el triunfo del nacionalismo alemán de 1870-1871, la supresión del nacionalismo polaco, etcétera.

El término «transitorio» es un concepto histórico excesivamente utilizado, pero es apropiado para referirse al desarrollo industrial de la Europa continental durante los años que abarca este volumen. Los efectos plenos de los inventos tecnológicos y de la expansión industrial no se dejaron sentir, salvo en Gran Bretaña, hasta después de 1878. La Europa continental continuaba siendo abrumadoramente agrícola y la mayor parte de la gente vivía en el campo. Durante el periodo que abarca este volumen los caprichos atmosféricos continuaban siendo la principal influencia sobre el nivel de vida. Sin embargo, la tendencia de los futuros acontecimientos era muy clara: la extensión del sistema fabril, el movimiento gradual del campo a las ciudades, el aumento del nivel de vida, aunque interrumpido por depresiones cíclicas. Los nuevos procesos trajeron aparejadas graves tensiones sociales a medida que los antiguos oficios se tornaban superfluos y la sociedad industrial empezaba a utilizar en mayor proporción el trabajo de los obreros no especializados que el de los especializados. Pero el progreso fue desigual en Europa, generalmente más lento en el este y en el sur y más rápido en el oeste.

Gran Bretaña lideró Europa y puso en marcha la primera Revolución industrial. Los inventos técnicos y la aplicación de la energía de vapor desde finales del siglo XVIII habían creado en Inglaterra la mayor industria algodonera del mundo a mediados del siglo. El algodón era también el mayor sector industrial en Gran Bretaña. A mediados de siglo, la fase innovadora de la Revolución industrial había terminado; los años comprendidos entre las décadas de 1850 y 1870 fueron de crecimiento constante. En relación con los demás países europeos, Gran Bretaña se había convertido en la economía más fuerte del mundo, y sus exportaciones se expandían rápidamente, con un valor predominante de los textiles, el carbón y el hierro. El algodón seguía siendo el rey. Gran Bretaña continuaba basándose en las industrias

establecidas al comienzo de la Revolución industrial. Un rasgo distintivo de la economía británica que comenzó a percibirse durante el tercer cuarto del siglo XIX fue la importancia de los ingresos derivados de la inversión extranjera, y la contribución de la marina, las finanzas y los seguros. Los comerciantes británicos eran con creces los mayores del mundo, hasta el punto de que la cuarta parte del comercio mundial era británica. Gran Bretaña era ya a mediados de siglo una nación comercial e industrializada que exportaba productos manufacturados e importaba alimentos y materias primas. Una de las consecuencias fue la migración masiva del campo a las ciudades. A mayor industrialización, mayor migración interna en toda Europa. Este cambio había sido más rápido en Inglaterra y en Gales, donde en 1871 solo un tercio de la población seguía viviendo en el campo.

Londres, cuya población se había duplicado con creces desde comienzos de siglo, alcanzó a mediados los 2,7 millones de habitantes. En la década de 1880, llegó a los 5 millones. Ninguna otra ciudad europea pudo igualar ese crecimiento explosivo en el siglo XIX. París, la segunda ciudad más populosa de Europa, tenía poco más de 1 millón de habitantes en 1850 y 2,3 en la década de 1880. Berlín no alcanzaba en 1850 el medio millón de residentes, como tampoco Viena y San Petersburgo. Más asombrosa aún es la medida de la urbanización británica; a mediados de siglo, además de los millones de Londres, tres ciudades –Glasgow, Liverpool y Mánchester– superaban los 300.000 habitantes; Birmingham tenía 233.000 y Bradford, Bristol y Sheffield crecían también con rapidez. El impacto que la gran masa de trabajadores fabriles y empleados de todo tipo tenía sobre la estructura social y la política no les pasó inadvertido a los reformadores y a los gobiernos *whigs* y conservadores en la Gran Bretaña victoriana, y tampoco a Karl Marx, quien por aquel entonces trabajaba en *Das Kapital* en

la biblioteca del Museo Británico. En 1851, la mayoría de la población, 1.750.000 personas, seguía trabajando en la agricultura; el servicio doméstico, que empleaba abrumadoramente a mujeres, era el segundo sector, con más de 1 millón de trabajadores, y la industria algodonera empleaba a 500.000 personas. En 1871, el servicio doméstico había superado a la agricultura en número de empleos, 1,7 millones frente a 1,4. En las tres décadas transcurridas entre 1851 y 1881, la población de Gran Bretaña había aumentado de 27,4 a casi 39 millones de habitantes. La industrialización posibilitó dicho crecimiento sin que las profecías catastrofistas del reverendo Malthus se hiciesen realidad. Podían importar productos agrícolas para cubrir el déficit de producción británico y pagarlos con los ingresos obtenidos mediante las exportaciones y el comercio. Aun así, un «exceso» de población de más de 8 millones de personas emigró al extranjero entre 1850 y 1890.

La proporción de la población empleada en la agricultura en este periodo había disminuido de hecho de manera constante, pasando de menos de la cuarta parte a mediados de siglo hasta una séptima parte en 1880; los empleados en el sector manufacturero, la minería y la construcción habían superado el 50 por 100 a mediados de siglo y se mantuvieron en torno a ese nivel el resto del siglo.

La Revolución industrial en Gran Bretaña, como en otras partes de Europa, había sido estimulada por el auge de los ferrocarriles, que había empezado mucho antes en Gran Bretaña, en la década de 1830, que en el resto de Europa. En 1850, Gran Bretaña, un país más pequeño, tenía más longitud de vías que los Estados alemanes, 11.300 kilómetros frente a 3.300. La expansión ferroviaria británica continuó con rapidez entre 1850 y 1870, duplicando la longitud de las vías.

A diferencia del resto de Europa, el desarrollo ferroviario fue financiado completamente por la empresa privada. En el último cuarto del siglo estaba claro que el liderazgo británico en las manufacturas no duraría, y que Alemania estaba preparada para superarla. Esto producía mucha ansiedad. Sin embargo, antes de 1914, los cálculos de la renta per cápita seguían situando a Gran Bretaña muy por delante de todos los países europeos. Los ingresos obtenidos del comercio y los servicios, los beneficios derivados de sus inversiones en el exterior, sus colonias y su imperio la mantenían en conjunto en una posición de potencia económica de primerísima fila.

Durante su fase inicial, la Revolución industrial en Francia fue principalmente importada de Gran Bretaña. Se copiaron los inventos tecnológicos, y emprendedores, ingenieros y técnicos cualificados británicos viajaron a Francia para instalar maquinaria y enseñar a usarla. El desarrollo industrial inicial en Francia estuvo protegido por muros arancelarios de alta protección hasta 1860. A mediados de siglo Francia ya no dependía de la transferencia de tecnología británica, sino que desarrolló sus propias innovaciones tecnológicas. La suya era en esencia una economía dual, agraria e industrial, en la que agricultura e industria contribuían aproximadamente en la misma proporción al producto nacional bruto.

La falta de carbón propio obstaculizaba la industrialización, y la necesidad de importarlo y transportarlo grandes distancias hasta los centros fabriles dificultaba la competencia. El principal sector exportador era el de las sedas, producidas principalmente en pequeños talleres alrededor de Lyon. Se trataba de un producto de lujo tejido en telares manuales, y no se prestaba a la fabricación a gran escala. De modo que en los productos de lujo siguió floreciendo el «sistema de trabajo doméstico» en el campo, lo que modifi-

ca la clasificación de «rural» como algo «idéntico» a agrícola. Los tejidos de algodón sí se producían, sin embargo, mecánicamente y por consiguiente en fábricas.

La industria del algodón fue la primera en mecanizarse en fábricas, hacia 1815. En comparación con Gran Bretaña, sin embargo, los largos años de guerra habían provocado el retraso de Francia. La construcción ferroviaria estimuló la industria pesada con la demanda de hierro, y la industria siderúrgica creció con rapidez en las décadas de 1850 y 1860. A diferencia de la mayoría de las empresas industriales francesas, constituidas por negocios familiares de tamaño doméstico, Le Creusot se convirtió en los últimos años del Segundo Imperio en una de las mayores empresas industriales del mundo, y las grandes empresas de la industria del hierro y el acero se organizaron en 1864 en el Comité des Forges. Tras los levantamientos revolucionarios de 1848 y 1851 y la recesión económica, la década de 1850 fue, bajo el gobierno de Napoleón III, el periodo de expansión más dinámico, comparativamente una Edad de Oro. Un estimulante fue el auge de la construcción ferroviaria con ayuda de subvenciones estatales. En 1850 había menos de 3.200 kilómetros de vías construidos. Treinta años después, se habían añadido 20.000 kilómetros. Para entonces en Francia se fabricaban locomotoras con un diseño tan bueno que también se exportaban.

Siguiendo órdenes del emperador, el prefecto del Sena transformó París. El barón Haussmann creó las maravillosas vistas del París moderno, los grandes bulevares, eliminó las barriadas más pobres y modernizó el saneamiento. No solo era precioso, sino que las tropas podían también moverse por la ciudad. Aunque el ardor revolucionario no desapareció, París se había convertido en el espectacular corazón de la cultura europea. En 1855 y 1867 se celebraron en la ciudad grandes exposiciones internacionales. Francia en

la década de 1860 era próspera, la segunda potencia industrial del mundo después de Gran Bretaña. Pero en una perspectiva temporal más amplia, la Edad de Oro francesa fue breve.

Pese a que a mediados de siglo el país experimentó un progreso industrial rápido e indudable, este se limitaba a áreas de los departamentos de la Francia septentrional y oriental que lindaban con el norte de Italia, Suiza, los Estados alemanes y Bélgica: carbón, textiles y hierro en el Nord-Pas-de-Calais, la industria de la seda en torno a Lyon, el hierro y el carbón en el Loira, los tejidos de algodón en Alsacia, y París con su industria diversa. El resplandor de París ocultaba las realidades de la decadencia a más largo plazo, en comparación con sus vecinos. Francia siguió siendo una economía dividida entre lo rural y lo industrial; y en lo referente al empleo, predominantemente rural. Menos de la tercera parte de los obreros trabajaban en centros urbanos. Esta proporción no era muy distinta de la de Alemania en 1870, pero la diferencia entre su respectiva industrialización se ampliaría enormemente después de 1871. La sociedad francesa no solo estaba dividida en clases, sino también entre el campo y la ciudad. El gran campesinado propietario de tierras era conservador y tradicional, y los trabajadores de pueblos y ciudades, volátiles. Los estallidos revolucionarios en los grandes centros urbanos de Marsella, Lyon y París causaron agitaciones políticas que de ningún modo impactaban en el resto de Francia en la misma medida.

En cuanto potencia industrial, Francia se situó en el último cuarto de siglo a la zaga de Gran Bretaña y del recién unificado Imperio alemán, que la había derrotado en 1870-1871. Más seria a la larga que la derrota en el campo de batalla fue la derrota en el lecho matrimonial. Los franceses limitaron el tamaño de sus familias. Con la excepción de Rusia, Francia era en 1800 el país más poblado de Europa; en

1910, había sido superada por Gran Bretaña. La comparación con Alemania es aún más asombrosa:

	1850 en millones	*1910 en millones*
Francia	35,8	39,6
Alemania	34,0	64,9

	1800 en millones	*1910 en millones*
Francia	27,3	39,6
Gran Bretaña[1]	10,5	40,8

Esta extraordinaria divergencia, el estancamiento industrial relativo de Francia después de 1871 y la aceleración del crecimiento y el poder de Alemania, permanecía aún oculta para los contemporáneos en las décadas de 1850 y 1860. Las consecuencias fueron profundas para la historia de Europa.

Las reformas institucionales y agrarias que, en las dos primeras décadas del siglo XIX, liberaron a los campesinos de las obligaciones feudales establecieron las condiciones necesarias para la industrialización prusiana; pero lejos de beneficiar a los pequeños productores agrarios, el derecho a comprar la tierra enriqueció a los grandes propietarios, los *Junkers.* La industrialización llegó relativamente tarde, después de 1815, a Prusia y a los otros 38 Estados alemanes, divididos por muchas monedas y por barreras aduaneras externas e internas. Los *Zollverein* eliminaron gradualmente estos obstáculos, y las guerras de unificación completaron el proceso en 1871.

Prusia dedicaba el grueso del gasto estatal al ejército. A mediados del siglo XIX el relativo retraso en la industrialización puede inferirse del poco uso de energía de vapor en

dos de las regiones más industrializadas. En 1840 solo había en Sajonia 50 máquinas de vapor; y en las provincias de la Renania prusiana, 211. De ese modo, los Estados prusianos tuvieron que empezar desde muy atrás. Pero entonces se produjo una aceleración de la construcción ferroviaria, y una mejora de las comunicaciones, con la construcción de canales y carreteras. Entre 1850 y 1870 se construyeron más de 13.000 kilómetros de vías que proporcionaron el principal impulso del crecimiento económico. En la década siguiente la longitud de la red casi volvió a duplicarse. Los cambios que se produjeron son asombrosos y presagiaron el futuro poder alemán como nación industrial en el último cuarto del siglo. La minería subterránea se desarrolló en el Ruhr en 1850. Alfred Krupp, hijo del herrero fundador, Friedrich, empezó a fabricar en Essen artillería y fusiles de retrocarga. A su muerte, en 1887, Krupps se había convertido bajo su dirección en el mayor fabricante de acero y artillería del mundo, con 21.000 empleados. También desde unos comienzos pequeños, August Borsig empezó a construir máquinas de vapor en Berlín y, durante el auge ferroviario, locomotoras para los ferrocarriles prusianos y también para exportar al extranjero. Werner Siemens fue el fundador de la industria de la ingeniería eléctrica en Berlín, y en 1866 inventó la dinamo. Estos fueron solo tres de los industriales que empezaron a construir sus empresas innovadoras e internacionalmente renombradas antes de la unificación. La expansión del sector textil y de la minería fue rápida. La producción de arrabio aumentó de las 500.000 toneladas en 1850 a 2 millones solo veinticinco años después, superando con facilidad los 1,5 millones de Francia.

La mayor parte de este desarrollo industrial se estaba produciendo en Prusia: Berlín, el Ruhr y la alta Silesia; solo Sajonia estaba industrializada en la misma medida. A Prusia, que ya antes de la unificación constituía dos terceras

partes de Alemania, la industrialización le dio una preponderancia aún mayor.

La industria alemana no se desarrolló por completo hasta la unificación. Como Francia, hasta 1871 Alemania había seguido siendo predominantemente agrícola, con pocos cambios en la proporción entre población rural y urbana desde comienzos de siglo; algo más del 70 por 100 de la población era rural. Lo que había cambiado era el número total de habitantes. A pesar de que entre 1851 y 1880 emigraron al extranjero más de 2,5 millones de alemanes (1,3 millones más lo hicieron en la siguiente década) la población de los Estados alemanes había aumentado de 34 millones en 1851 a 45,2 en 1880. De manera significativa, en 1871 había por primera vez más alemanes que franceses en Europa ¡y la diferencia se amplió rápidamente a poco menos de 40 millones de franceses y 65 millones de alemanes en 1910!

La monarquía de los Habsburgo era una de las cuatro potencias de Europa a mediados del siglo XIX y, a pesar de sus derrotas en Italia y Alemania y por consiguiente su pérdida de influencia en el corazón de Europa, la monarquía (después de 1867, la monarquía dual), siguió siendo una gran potencia, con una población a mediados de siglo de más de 30 millones de habitantes y casi 38 millones en 1880. Su desarrollo político y económico, sin embargo, difería del de otras potencias europeas, porque estaba muy afectada por la estructura de Estado multinacional. El desarrollo industrial se centró nacionalmente en las regiones dominadas por Austria. Los territorios checos y austriacos, Bohemia, Moravia y la baja Austria, siguieron la tendencia común de las fases iniciales de industrialización en el desarrollo de centros textiles y de ingeniería. En comparación con Francia y Alemania, la industrialización del Imperio de los Habsburgo siguió, sin embargo, un ritmo mucho más

lento y su sector agrícola era mayor; la economía seguía siendo predominantemente agraria y artesana.

En lo que a los campesinos se refiere, su emancipación tras la revolución de 1848 en condiciones no demasiado onerosas supuso un gran avance personal y benefició al progreso agrícola. La rápida construcción ferroviaria tras la Guerra Austro-Prusiana hizo que en 1880 hubiera 20.000 kilómetros de vías construidos en las partes austriaca y húngara del imperio, un importante indicador de modernización. Un impedimento era la falta de carbón y coque, excepto en territorio checo. La industrialización fue más rápida durante el tercer cuarto del siglo, pero inferior a la de Alemania, Francia y Gran Bretaña, lo que amplió la brecha con estos países.

Pequeño no significaba necesariamente menos desarrollado. Bélgica, con buenos depósitos de carbón y hierro, facilidad de transporte y tradición manufacturera, se industrializó pronto, siendo Lieja y Charleroi dos centros metalúrgicos importantes. Verviers, al norte de Lieja, y Gante se convirtieron en prósperos centros textiles de la lana y el algodón. Con su extensa red ferroviaria y sus políticas de libre comercio, Bélgica se había convertido a mediados del siglo en uno de los países más industrializados de Europa, con una población inferior a los 5 millones de habitantes en 1866.

Lo aplicable a Bélgica era aún más cierto respecto a Suiza, que con una población aproximada de 2,5 millones de habitantes y a pesar de sus divisiones lingüísticas había superado rápidamente a Inglaterra, la principal nación industrial de Europa. El espíritu empresarial y la cualificación de su población activa, y el desarrollo del comercio exterior y el sector financiero, situaron al país no solo como productor de relojes para toda Europa, sino también de tejidos y maquinaria.

En contraste, la industrialización de los Estados italianos se limitaba principalmente a Lombardía y Piamonte, cuyos talleres producían seda lista para ser tejida en otros países, en especial Francia. El progreso fue lento, y buena parte de los procedimientos industriales se efectuaba en talleres o en viviendas. El ritmo se aceleró sin duda después de la unificación, con la construcción de ferrocarriles, pero incluso en 1880 la industrialización no había experimentado un gran avance, en una sociedad compuesta abrumadoramente por campesinos y artesanos. Que la industria que de hecho surgió se concentrase principalmente en el noroeste fue un indicador de la división económica de décadas posteriores. Su población no había aumentado de manera drástica, pasando de 24 millones de habitantes a mediados de siglo a poco más de 28 millones en 1880.

España seguía siendo uno de los países más pobres de Europa, con una población que crecía con relativa lentitud, pasando de 15,5 millones en 1860 a 16,5 en 1880. En España pueden encontrarse características comunes de la industrialización europea, como el rápido desarrollo ferroviario en la década de 1860. El país disfrutó también de un auge en la producción vinícola durante unas tres décadas, mientras la filoxera destruía los viñedos franceses. Los productos mineros y metalúrgicos aumentaron de valor rápidamente después de la década de 1860, y de hecho, en los treinta años que siguieron a 1869, España se convirtió en el principal exportador de arrabio. Pero carecía de suficiente carbón indígena para satisfacer incluso sus limitadas necesidades. El mineral de hierro, que más avanzado el siglo se convertiría en una exportación importante, empezaba a extraerse antes de 1875. La producción fabril solo avanzó realmente en una región de España, Cataluña, con su capital Barcelona, presagiando su futuro socialista obrero en la historia española del siglo XX. Esta región era un centro de producción algodonera, y a pesar de una trayectoria fluc-

tuante creció con rapidez entre las décadas de 1840 y 1870. Pero vista en general, España no había seguido el ritmo de Europa occidental. Tres cuartas partes de su población dependían de la agricultura, de sus exportaciones de vinos y minerales y de los productos agrícolas. Sus aspiraciones a convertirse de nuevo en una gran potencia europea se perdieron de manera irrecuperable.

La industrialización rusa había tenido poco impacto antes de 1860. El gran crecimiento de la población se estaba dando en el campo. Rusia era el país menos urbanizado de Europa. Los problemas políticos y sociales de esta población en rápido aumento fueron una cuestión clave que determinaría también el crecimiento de la producción agrícola para alimentar a las personas, proporcionar beneficios procedentes de las exportaciones y crear el capital necesario para la industrialización. La emancipación del campesinado en la reforma de 1861 y sus resultados fueron cruciales para la industrialización de Rusia, que no se expandió con rapidez hasta la década de 1880. Las reformas efectuadas en Rusia se consideran con mayor detalle en el capítulo XV; las obligaciones impuestas a los campesinos de realizar pagos anuales de redención de la tierra, que no era de su propiedad sino que estaba principalmente en posesión de la *mir,* la comuna de la aldea, no ayudaron nada a fomentar un uso más productivo de la tierra. El crecimiento constante de los productos agrícolas se debió al cultivo de nuevas tierras por parte de un número cada vez mayor de campesinos. Las condiciones de vida y los ingresos de estos mejoraron poco, creando un hervidero de alteraciones y disturbios. Como en otras partes de Europa, el primer estímulo significativo para la industrialización en este enorme país fue la construcción de redes ferroviarias. En 1852 se construyó la primera línea importante, entre San Petersburgo y Moscú. Poco más se avanzó en la década de 1850. Pero al pasar la construcción de vías férreas del Estado a manos privadas se produjo

una rápida expansión en las décadas siguientes. Además de introducir innovaciones técnicas en una economía atrasada, la apertura del país posibilitó un enorme aumento de la exportación de cereales, de importancia crucial para la economía rusa. En estas dos décadas se produjeron los comienzos de una industrialización que más tarde adquiriría verdadera importancia. Por ejemplo, la producción de petróleo fue de solo 8.000 toneladas métricas en 1863 y aumentó a 2.673.000 en 1885. Por aquel entonces los pozos de petróleo rusos eran los únicos productores significativos de Europa. En 1904, Rusia produjo 10.794.000 toneladas métricas de petróleo. Entre 1850 y 1870, la producción de arrabio se mantuvo en los bajos niveles de Austria para luego aumentar significativamente con la industrialización más rápida de comienzos del siglo XX. Los campesinos rusos producían la mayor parte de los cereales de Europa, con aumentos del 5 por 100 por década entre 1845 y 1865, y del 7,5 por 100 entre 1865 y 1875. Comparando la producción de cereales de Rusia en la década de 1840 con la de final de siglo, se observa una expansión del 26 por 100, aunque la población del país se había duplicado con creces. Rusia siguió siendo el país más pobre de Europa, por detrás de Italia y España, y muy lejos de las naciones desarrolladas de Europa occidental, Gran Bretaña, Alemania y Francia, y de países pequeños pero ricos como Bélgica, Suiza y Dinamarca.

Algunos cambios económicos y demográficos importantes que se dieron en Europa pueden ilustrarse mediante comparaciones estadísticas (como se muestra en los cuadros 1-6) que proporcionan una instantánea de las cambiantes relaciones nacionales que subyacen a los acontecimientos históricos acaecidos en el tercer cuarto del siglo.

Cuadro 1. Población en millones (con cambio de fronteras donde es aplicable)*

	1800-1801	1850-1851	1870-1871	1890-1891
Francia	27,3	35,8	36,1 (1872)	38,3
Gran Bretaña	10,7	20,9	26,2	33,1
Irlanda	5,2	6,5	5,4	4,7
Estados alemanes		34,0	40,8	49,4
Austria		17,5	20,4 (1869)	24,0
Hungría		13,2	15,4 (1869)	17,5
Estados italianos	17,2	24,4 (1852)	26,8	30,3
Rusia	36,0	68,5	84,5	117,8

Cuadro 2. Producción de cereales, medias anuales (en millones de quintales)*

	Austria	*Hungría*	*Francia*	*Alemania*	*Italia*	*Rusia*	*Gran Bretaña*	*Irlanda*
1845-1854	50,4	50,2	146,6	122,6		363,3	64,0	23,4
1855-1864	60,0	68,1	158,5	153,7	57,2	381,2	68,0	16,7
1865-1874	56,5		160,1	204,8	73,1	410,1	70,0	13,5

Cuadro 3. Producción de carbón y lignito, medias anuales (en millones de toneladas métricas)*

	Austria	*Hungría*	*Francia*	*Alemania*	*Italia*	*Rusia*	*Reino Unido*
1845-1849	0,8	0,02	4,4	6,1			46,6
1855-1859	2,2	0,3	7,6	14,7			67,8
1865-1869	5,3	0,7	12,7	31,0	0,05	0,5	104,7

1875-1879	12,3		17,0	49,9	0,1	2,2	135,7

Cuadro 4. Producción de arrabio, medias anuales (en miles de toneladas métricas)*

	Austria	*Hungría*	*Francia*	*Alemania*	*Italia*	*Rusia*	*Reino Unido*
1845-1849	146,0	36,0	488,0	184,0		200,0	1.784
1855-1859	226,0	80,0	900,0	422,0		254,0	3.583
1865-1869	227,0	98,0	1.262,0	1.012,0	20	310,0	4.984
1875-1879	283,0	135,0	1.462,0	1.770,0	19	424,0	6.484

Cuadro 5. Consumo de algodón en bruto, medias anuales (en miles de toneladas métricas)*

	Austria, Hungría	*Francia*	*Alemania*	*Italia*	*Rusia*	*Gran Bretaña*
1845-1854	26,5	65,0	21,1		21,5	290,0
1855-1864	32,7	74,1	42,0	1,8	34,3	369,4
1865-1874	40,8	85,9	85,6	11,2	53,1	475,8

Cuadro 6. Longitud de vías férreas, 1914, fronteras en millas (aproximadas)*

	Gran Bretaña	*Francia*	*Alemania*	*Austria, Hungría*	*Italia*	*Rusia*
1840	1.590	270	310	100	13	18
1850	6.500	1.900	3.900	1.100	410	334
1860	9.700	6.100	7.400	3.000	1.200	1.100
1870	14.400	10.400	12.600	6.400	4.300	7.200
1880	18.700	15.400	22.600	12.300	6.200	15.200

* Las cifras anteriores se basan en el apéndice estadístico recopilado por B. R. Mitchell para la *Fontana Economic History of Europe,* Editor General C. M. Cipolla, vol. 4, segunda parte (Collins, 1973). Más detalles sobre estas y otras estadísticas en pp. 738-820. Asimismo, respecto a las estadísticas britá-

nicas, véase P. Mathias, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain 1700-1914,* Methuen, 1983.

Las estadísticas muestran con claridad la fundamental transformación subyacente de Europa durante el siglo XIX. El cambio demográfico es uno de los más asombrosos. El aumento de la población no solo constituyó un importante factor en la transformación de Europa, sino que la salida de los más pobres y de los perseguidos transformó el mundo en general. El impacto de estos en el desarrollo de Estados Unidos y de Sudamérica, los dominios «blancos», Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y la emigración al Cabo de Sudáfrica, se convirtieron en parte de la historia integral de dichos países. De los 13 millones de personas que se calcula que salieron de Europa entre 1850 y 1890, más de la mitad procedía de Gran Bretaña e Irlanda. En paralelo a esta migración transoceánica se encontraba la expansión de Rusia por tierra hacia Asia central y al otro lado de los Urales. El periodo intermedio del siglo marca los comienzos de una época de migración masiva, principalmente fuera de Europa pero también interna. Los irlandeses que se trasladaron a Gran Bretaña y los polacos que emigraron al Ruhr son ejemplos de esta migración económica. Las represiones posteriores a 1848 en el continente y la persecución zarista a los judíos añadió una nueva dimensión a la migración europea.

Las estadísticas de estos cuadros revelan también la aceleración del ritmo de cambio después de mediados de siglo, en especial en el continente europeo. Pero las personas que vivieron estas décadas turbulentas no tenían la ventaja que ofrece la distancia en el tiempo ni el conocimiento de patrones claros. Estos mostrarían que Alemania estaba a punto de situarse a la cabeza y que la distancia entre las naciones industriales más avanzadas y las más atrasadas seguiría aumentando. ¿Lo que les preocupaba a los contemporáneos era si los valores tradicionales sobrevivirían? ¿Cómo debían

cambiar las políticas para adaptarse a las nuevas condiciones provocadas por la revolución industrial? Para los gobernantes de mitad de siglo esta fue una época de incertidumbre, de optimismo mezclado con aprensión. ¿Podría mantenerse la paz y el orden? Los estratos emergentes de la sociedad, calificados a grandes rasgos de «clase media», aunque esta descripción oculta muchas diferencias, empezaban a desempeñar funciones significativas en la sociedad y en la economía, y exigían ser escuchados y participar en el gobierno. Las tensiones sociales aumentaban. La «clase obrera», reunida en fábricas y ciudades, podía empezar a organizarse y presionar para plantear sus reivindicaciones y sus problemas. Las condiciones de pobreza y miseria dejaron de aceptarse como la mano ciega de la providencia. En 1848, las revoluciones en el continente de Europa fueron señal clara de que un amplio espectro de descontento ponía en cuestión el orden existente.

Después de unos años relativamente pacíficos desde 1815 a 1848, las tres décadas siguientes, por el contrario, estuvieron punteadas por las guerras de las grandes potencias en 1854-1856, 1859, 1864, 1866, 1870-1871 y en 1877-1878. Pero con la excepción de la Guerra de Crimea, nunca más de dos grandes potencias (no se consideraba a Italia «gran potencia» en 1866) estuvieron simultáneamente en guerra. Las guerras durante estos años nunca adquirieron las dimensiones europeas de las épocas revolucionaria y napoleónica o de las dos guerras mundiales del siglo XX. Las guerras de las décadas de 1850, 1860 y 1870, además, se libraron no para alcanzar una «supremacía en Europa», sino con unos objetivos bien definidos y estrictamente limitados; de esta manera, pudieron concluir cuando se cubrieron esos objetivos limitados y no hubieron de ser proseguidas hasta la completa destrucción y «rendición incondicional» del enemigo.

Considerando retrospectivamente las agitaciones políticas, sociales e internacionales de esos años, el periodo entero, visto dentro del marco más amplio posterior fue relativamente civilizado. A pesar de todas las tensiones, la sangre derramada como resultado de la guerra o de la contienda civil fue escasa. Los que gobernaban no eran tiranos, ciegos ante las consideraciones de la decencia y de los sentimientos humanos, sino que en general luchaban por el cumplimiento de unos objetivos nacionales «razonables» y por el mejoramiento de unos pueblos a los cuales pensaban que eran ellos las personas más capacitadas para gobernar. Inevitablemente las ambiciones personales también contaron mucho y, como veremos en las páginas siguientes, los desarrollos de los treinta años que siguieron a 1848 no fueron solamente el resultado de unas fuerzas inevitables e impersonales.

[1] Gran Bretaña sin Irlanda; la población de Reino Unido (con Irlanda) en 1800-1801 era de 15,9 millones de habitantes.

PRIMERA PARTE

LA EUROPA REVOLUCIONARIA: 1848

II. FRANCIA Y EUROPA EN 1848

Lo que quería la oposición en Francia en 1848 era cambiar el gobierno. Lo que provocó la oposición en lugar de ello fue una revolución. Al menos fue una revolución a medias, que barrió al rey. Pero los políticos no fueron barridos y al cabo de unas pocas semanas habían domesticado a la revolución.

Desde 1789 hasta 1871 ninguna forma de Estado logró estabilizarse en Francia para sustituir a la autoridad tradicional de la monarquía. La caída de la monarquía en Francia y la fundación de la Primera República en 1792 fue un acontecimiento de enorme importancia; constituyó un desafío a la vieja Europa; la dinastía que había gobernado a Francia durante siglos fue derribada y con ella la sociedad y creencias que representaba. Cuando Carlos X en 1830 y Luis Felipe en 1848 fueron enviados al exilio, no fueron derribadas unas dinastías ni unas monarquías como las que habían existido en Francia antes de 1789 y todavía existían en Europa, sino unos individuos que habían servido como jefes de Estado. Empleamos la misma palabra «revolución» para describir la caída de Luis XVI, Carlos X[1], Luis Felipe y Napoleón III, pero un abismo separa la transformación de 1789 de los cambios constitucionales en Francia durante la época posterior al Congreso de Viena, cuando jefes de Estado que llevaban el título de «rey» o incluso de «emperador» y pretendían gobernar durante toda su vida y después a través de sus descendientes, fueron derribados por sus fracasos en la guerra (1815 o 1870) o por haberse identificado excesivamente con partidos impopulares (1830 o 1848). En Luis Felipe los papeles de jefe de gobierno y jefe de Estado llegaron a estar tan íntimamente unidos que la caída del primero provocó inevitablemente la del segundo.

Los pretendientes rivales al poder, que carecían todos de unos derechos tradicionales incuestionables para ejercer el gobierno, buscaron un sustitutivo apelando a la tradición histórica más apropiada para sus pretensiones. Y así asumieron el manto de uno de los grandes protagonistas del drama histórico francés, cuando Francia durante el periodo de 1789 a 1804 pasó de la monarquía constitucional a la república, el consulado y el imperio. Cada cambio, a partir de 1830, pudo ser justificado apelando al pasado. Lo mismo ocurrió con quienes se oponían a la revolución. Metternich, el zar Nicolás y Federico Guillermo IV pretendieron, o creyeron, que el fantasma de la Gran Revolución francesa recorría de nuevo Europa. Lo pretendieron porque les convenía a su política interior absolutista creer en el coco revolucionario francés, como un arma contra el liberalismo europeo con sus exigencias de ampliación de las bases del poder y gobierno constitucional. Posiblemente lo pretendieron con tanto ahinco que realmente se persuadieron a sí mismos de que aquello que habían evocado era cierto. Después de la Gran Revolución francesa, con sus repercusiones, que agitaron a Europa durante una generación, *cualquier* revolución que se produjera en Francia era saludada con evidente exageración, como un acontecimiento de significación europea.

El rey de los belgas, que estaba en la línea del fuego revolucionario, hablaba en nombre de los monarcas en general cuando expresaba sus sentimientos en una carta a la reina Victoria el 26 de febrero de 1848: «Estoy muy mal a consecuencia de los *espantosos* acontecimientos de París [...]. Solo Dios sabe lo que será de nosotros; se harán grandes esfuerzos para revolucionar este país; puede ser así porque hay gente pobre y malvada en todos los países»[2].

Los gobernantes más liberales se percataban de que los pobres tenían aspiraciones que no se podían satisfacer fácil-

mente con la perpetuación del *statu quo* político. Realmente no hubo revolución en Bélgica, sino solo un fiasco que provocó el arresto temporal de Karl Marx. Hubo más cartas reales. El 27 de febrero, el rey de Prusia invocaba a san Jorge, Dios, y la vieja Inglaterra, a la reina y a lord Palmerston para «proclamar que nuestras fuerzas están unidas»; solo decir esto le procuraría a la reina las bendiciones de millones de personas. Pero Federico Guillermo IV solo quería unidad de «palabra», no de hecho. Una carta menos efusiva del zar Nicolás hablaba de una íntima unión entre Rusia y Gran Bretaña que creía debía existir para salvar al mundo.

Los monarcas continentales también hacían teatro. No habría ninguna coalición conservadora de príncipes como la de 1792-1793, para emprender una cruzada contra la Francia republicana. Desde luego no habría ninguna intervención en 1848 contra la *revolución.* Lo que confundía las cosas era la actitud de las potencias con respecto a las cuestiones *nacionales* que suponían cambios en el equilibrio de poder. El engrandecimiento prusiano en el Báltico a expensas de Dinamarca provocó problemas de importancia europea porque afectaban a los intereses rusos y británicos. Las grandes potencias consideraban una complicación más que el futuro de los ducados de Schleswig-Holstein llegara a estar íntimamente unido al fervor revolucionario de 1848 en Alemania. Algo similar ocurría con Italia: lo que preocupaba a Gran Bretaña y a Francia no era el fervor revolucionario del norte de Italia ni la unificación italiana, sino el efecto del conflicto entre el Piamonte y Austria en el equilibrio de poder.

Palmerston deseaba que Austria siguiera siendo una gran potencia en Europa y la creía más fuerte sin sus posesiones italianas, pero a la vez quería contener a Francia y mantenerla fuera del norte de Italia. Los franceses esperaban un éxito en Italia y un aumento de su territorio. En cuanto a

los deseos de los italianos, ninguno de los ministros de asuntos exteriores de las grandes potencias estaba interesado en ellos.

Las pretensiones británicas y rusas contribuyeron finalmente a que Prusia se retirara de los ducados en el verano de 1848 (véase cap. VI). La diplomacia de la «cuestión italiana» era igualmente tortuosa y compleja. ¿Intervendría la República francesa? ¿Intervendría Gran Bretaña? Ninguna de las dos lo hizo; el conflicto fue resuelto por las armas entre Austria y Piamonte (véase cap. XIV).

Esto lleva al historiador a una conclusión general importante sobre las revoluciones de 1848. A pesar de la considerable actividad diplomática, ninguna de las grandes potencias realmente intervino en otro país europeo en 1848 ni influyó significativamente mediante una acción internacional en el curso de los acontecimientos. Las fuerzas políticas que luchaban por el predominio durante las revoluciones de 1848 en Europa, a pesar de los conmovedores manifiestos franceses, las protestas monárquicas privadas de solidaridad y las manifestaciones socialistas internacionales, operaban dentro de un contexto nacional. Hubo poca cooperación eficaz entre los diversos grupos políticos que trascendían las fronteras nacionales, fueran estos socialistas, liberales o conservadores. La falta de cooperación entre las «nacionalidades» alemana, checa, húngara, francesa, polaca, «italiana», etc., fue una de las características más notables de las revoluciones de 1848.

En la primavera de 1849, los movimientos revolucionarios prácticamente habían terminado en todas partes. Quedaba únicamente un importante bastión de 1848: Hungría. Pasados los peligros revolucionarios internacionales, Rusia intervino en Hungría para ayudar a la monarquía austriaca. Pero esta «excepción» a la no intervención en las revolucio-

nes de 1848 se produjo en una fase ya diferente de la historia europea.

La diferencia entre la política de París, en 1848 y 1792 está ilustrada por la marcha del rey. Luis Felipe se marchó despavorido, pero ninguna guillotina le esperaba a él, a Guizot o a la aristocracia. La fuga a Inglaterra fue planeada por Featherstonhaugh, cónsul británico en Le Havre. Luis Felipe abdicó el 24 de febrero de 1848 pero no abandonó Francia hasta una semana más tarde, el 2 de marzo. El rey y la reina vivieron escondidos en la casita de un jardinero en Honfleur. Guizot estuvo oculto en Trouville. La pareja real fue llevada a Le Havre, donde el cónsul los presentó como sus tíos. El cónsul Featherstonhaugh dejó un relato de la aventura para la posteridad: «Al final llegó el rey, disfrazado, con las patillas afeitadas, con una especie de casquete en la cabeza, un basto abrigo y unos enormes anteojos. Como no podía ver bien tropezó; yo me adelanté y dándole la mano, dije: "Ah, querido tío, estoy encantado de verte". A lo que contestó: "Mi querido George, me alegro de que estés aquí". Los ingleses que me rodeaban abrían paso entre la multitud para su cónsul y me dirigí hacia una zona del puerto tranquila y sombreada. Pero mi querido tío hablaba tanto y en voz tan alta que tuve grandes dificultades para hacerle callar»[3].

El rey y la reina fueron finalmente escoltados hasta el barco que se dirigía a Inglaterra, a donde llegaron en 1848 entre los primeros de aquel extraño grupo de refugiados: primeras figuras reales como el hermano del rey de Prusia; Metternich, y más tarde, con un cambio de la fortuna, los revolucionarios, Marx, Kossuth y otros, que solicitaban asilo. Se pensaba que todos ellos eran seres inofensivos. Todos menos uno realmente lo eran.

Palmerston estaba dispuesto a aceptar al gobierno provisional instalado en París, aunque se demoró el reconoci-

miento oficial. Esto estaba en consonancia con la actitud pragmática que manifestó pocos días después de los acontecimientos de París, al escribir: «Tenemos que enfrentarnos con las cosas tal como son, no como nosotros quisiéramos que fueran». Realmente no saludó a la revolución; creía que una república tendría más tendencia a poner en peligro la paz que una monarquía; reconocía el peligro que llevaba aparejada la inestabilidad de Francia y de Europa, pero Palmerston rechazaba también toda respuesta «ideológica» a la revolución. No había prisa. Los acontecimientos mostrarían de qué manera se veían afectados los intereses británicos. Mientras tanto Gran Bretaña debería evitar adoptar una línea dura con respecto al nuevo gobierno que pudiera provocar una agresión francesa.

Alphonse de Lamartine, nuevo ministro francés de asuntos exteriores, en un gesto hacia la antigua tradición revolucionaria (era poeta e historiador) y para apaciguar a las posturas revolucionarias, redactó un *Manifiesto a Europa* el 4 de marzo. Su estilo era noble. Repudiaba *de jure* los tratados de 1815, pero a la vez reconocía y aceptaba en la práctica las fronteras de 1815 y 1830. Francia no tenía planes con respecto a Bélgica, lo cual era una manera de aplacar a los británicos. No habría ninguna guerra revolucionaria. Francia quería que todo el mundo supiera que «queremos seguir adelante en fraternidad y paz»; Francia solo combatiría si era «obligada o amenazada». Los ideales republicanos se difundirían mediante palabras, no mediante hechos; no mediante la guerra, sino mediante el ejemplo.

En la primavera y verano de 1848, los franceses esperaban beneficiarse del conflicto entre Piamonte y Austria apoderándose de Saboya. Ofrecieron su ayuda a los piamonteses, pero Piamonte no estaba dispuesto a comprar la alianza con Francia en 1848 o 1849 con una cesión territorial. Así pues, la Segunda República mantuvo la política pa-

cífica formulada por Lamartine el 4 de marzo, pese a que los numerosos clubs de emigrados alemanes, italianos, iberos, polacos, belgas, griegos, magiares, rumanos y suizos agitaban a Francia para que interviniera en favor de sus respectivas causas nacionales. Bandas armadas cruzaron Francia hacia Saboya y el sudoeste de Alemania a finales de marzo y primeros de abril. Lamartine no podía impedirlo; en cualquier caso veía con buenos ojos la marcha de los radicales; en realidad no representaban ninguna amenaza para los países que invadían al no tener apoyo de las tropas francesas. Representaban una amenaza mayor para un gobierno provisional conservador en París. La revolución en Francia no hizo a los dirigentes políticos franceses más aventureros en casa y en el exterior, sino menos.

Pero la simple difusión de la «palabra» revolución en Francia demostró que no era un concepto vacío. El impacto inmediato de las noticias de la caída de Luis Felipe fue grande; en las pequeñas capitales del sur y del sudoeste de Alemania, en Viena, en Praga, en Pest, en Berlín, en las provincias polacas, en Milán, en muchas partes de Europa, fue como si algo transcendental hubiera ocurrido como en 1789. La «soberanía del pueblo» proclamada en París ponía en tela de juicio toda autoridad establecida en Europa. Era el momento para que las naciones de Europa se liberaran. La oposición a la autoridad, que aquí y allá había provocado enfrentamientos armados antes de febrero de 1848, tomaba fuerza e inspiración de Francia. Nadie sabía nada de la naturaleza de aquella revolución en Francia. Lo que influyó en Europa fue no tanto el curso de los acontecimientos en la Francia de 1848 como la imaginada historia paralela, el renacer de las ideas de 1789-1795. La restauración no las había enterrado; en 1848 los dirigentes y los pensadores políticos se aferraron de nuevo a cuestiones como los derechos del hombre, los límites a la autoridad, la justicia social, económica y política, y la fraternidad de las

naciones. Lo que es más, durante unos excitantes meses, estos políticos y pensadores pensaron que tenían una oportunidad de llevar esas ideas a la práctica. En este sentido, las ideas asociadas en 1848 con el espíritu popular de la Revolución francesa de 1789 proporcionaron una especie de ideología confusa pero común a todos los movimientos revolucionarios. No obstante cada «revolución» fue diferente. No hubo ninguna conspiración general que explicara su simultáneo estallido. La difusión de la revolución fue espontánea.

La historia de la revolución en Francia en 1848 ilustra la distinción entre la lucha por el poder de unas elites dominantes enfrentadas (que llevó en primer lugar a la revolución) y el intento de llevar a cabo cambios en la sociedad y en el destino del hombre de la calle, que llevaría al baño de sangre de junio. La revolución, en su etapa inicial, se decidió en París. El conservadurismo del campesinado y del campo en su conjunto solo dejó sentir su peso posteriormente y no afectó a los acontecimientos de febrero de 1848. Los pobres de París, los artesanos sin empleo y los obreros en sus numerosos pequeños lugares de trabajo, que todavía sufrían los efectos de la depresión, intentaron conseguir mejores condiciones de vida mediante un cambio político, al igual que los cartistas en Gran Bretaña. Pero aquí se termina el paralelo con el cartismo. El cartismo fue un movimiento de masas políticamente consciente que intentó, por medios constitucionales, cambiar la estructura política. En Francia, en 1848, el impulso fue violento, revolucionario y desorganizado. Los comienzos de lo que pudo haber sido un movimiento popular de masas políticamente más consciente habían sido aplastados durante los primeros años del gobierno orleanista, en Lyon en 1831 y 1834 y en París en 1832 y 1834. El paralelo es aquí quizá más perceptible con el movimiento sindical revolucionario británico de la década de 1830. El cartismo «moderado» se fortaleció después

de los fracasos revolucionarios. En Francia no se desarrolló ningún movimiento moderado de protesta y, si lo hubiera habido, no habría sido tolerado, como lo fue en Inglaterra. Sin embargo, continuaron prevaleciendo las condiciones de pobreza a la vez que una conciencia cada vez mayor de esta pobreza y unas crecientes esperanzas fueron un semillero de violencia en París y los centros urbanos en la década de 1840. Cuando el poder se tambaleó en 1848 (cosa que no ocurrió en la década de 1830), surgió una fuerza revolucionaria, no porque los dirigentes políticos quisieran aprovecharse cínicamente de las masas para llevar a cabo los cambios que deseaban, sino porque las condiciones eran las óptimas.

El historiador Alfred Cobban ha escrito que «en 1848 hubo una revolución en Francia por accidente»[4]. La revolución fue un accidente en el sentido de que las disputas entre las elites gobernantes debilitaron la autoridad del establecimiento del Estado y crearon las condiciones para una revolución espontánea, no prevista por los dirigentes políticos. En sus encarnizadas luchas por el poder, los privilegiados ignoraron por completo «la política» de los no privilegiados y luego se encontraron con que era difícil controlar las demandas populares de un cambio fundamental, tal como pedían los pobres de París. Pero la teoría de la revolución accidental no es satisfactoria, porque la larga y encarnizada lucha entre acaudalados políticos de la monarquía orleanista no tuvo nada de accidental, así como tampoco su despreocupación egoísta por los pobres. No se puede considerar como accidental el hecho de que las malas condiciones sociales y económicas puedan provocar la violencia de los pobres durante cortos periodos, aunque los pobres suelen ser el sector menos activo de la sociedad vista desde una perspectiva histórica más amplia.

Luis Felipe se había hecho viejo y testarudo. Tenía setenta y cinco años y sobrevivió a su destronamiento solo dos años. Dependía del apoyo de la burguesía, que había arrebatado el poder a la aristocracia terrateniente en la revolución de 1830. Sin embargo, esta *bourgeoisie* no era una «clase media» homogénea. No era aceptada por la aristocracia, nacida para la judicatura, y también se encontraba separada de la inmensa mayoría del pueblo por razones de riqueza o de posición profesional y por un gran sentido de su propia importancia que a sus ojos la elevaba por encima del pueblo llano. Como grupo privilegiado era tan proclive a las diferencias sociales dentro de sí como a las que la separaban de los de «abajo». La *bourgeoisie* rica derivaba su posición de la tierra, las finanzas o la industria, e incluía también en sus filas a los hombres que habían alcanzado la cumbre de las profesiones y posiciones dirigentes en el servicio del Estado. Este grupo conservaba celosamente su identidad y su poder político frente a la *bourgeoisie* «media» de los profesionales menos prósperos y distinguidos y a la *petite bourgeoisie,* que estaban excluidas del derecho de voto. Las divisiones se hicieron todavía más nítidas. Los que disfrutaban de un elevado grado de riqueza y de posición asumían diferentes posturas con respecto a la legitimidad y al clericalismo. Los políticos de la *haute bourgeoisie* se asían al poder y trataban duras rivalidades, lo cual era estimulado por Luis Felipe. Este deseaba gobernar solo. Sus ministros eran más funcionarios que miembros de un gobierno independiente; el rey lanzaba a unos contra otros. De este modo, Luis Felipe era a la vez rey y «primer ministro». Las estratificaciones y divisiones de la sociedad francesa hicieron posible que Luis Felipe gobernara de modo personal, pero esto más adelante lo dejó sin apoyos frente a los problemas que abrumaron al rey y al gobierno en febrero de 1848.

La revolución, que nunca fue deseada por los políticos de la *haute bourgeoisie,* empezó, sin embargo, debido a sus rivalidades. Guizot dominó los gobiernos de la década de 1840 como fiel aliado del rey. Gobernó de manera estrictamente parlamentaria, pero corrompió el poder parlamentario, al influir en el proceso electoral a través del control de los prefectos y de los *maires,* y a los diputados, al ofrecerles diversos incentivos. Al empezar el declive de la prosperidad europea después de 1846, el principal atractivo del programa político de Guizot, que se basaba en la promesa de incrementar la riqueza en lugar de aumentar el derecho de voto, tropezó con un descontento en aumento. La rivalidad de los políticos coincidía ahora con los problemas económicos.

La «izquierda» política, después de sus desastrosas experiencias insurreccionales de la década de 1830, no se recuperó hasta 1848; y entonces solamente para ser de nuevo derrotada. No hubo un movimiento republicano durante la década de 1840. Durante la década de 1840 las exigencias de reforma y los ataques al gobierno de Guizot fueron propagados por dos periódicos parisinos, *Le National,* el más moderado, y *La Réforme,* más abiertamente radical. Dentro del sistema, la principal queja de la oposición encabezada por Odilon Barrot y Adolphe Thiers, era su exclusión de los cargos públicos. La posición de Guizot en la década de 1840 parecía virtualmente inexpugnable. La oposición parlamentaria creía que su única esperanza de conseguir cargos públicos era hacer causa común con los grupos extraparlamentarios que deseaban limitar el poder real y ampliar el sufragio. Era un juego peligroso. ¿Quién sería el domador y quién sería el domado?

La organización por parte de la oposición parlamentaria de banquetes políticos empezó en julio de 1847 en París y pronto se extendió por todo el país. Era cosa de gente acau-

dalada. Orador tras orador denunciaban la corrupción y exigían una reforma del derecho de voto. Entretanto, Thiers, en la Cámara, atacaba duramente a Guizot. Este era un ataque de los privilegiados a los que de entre ellos trataban de monopolizar egoístamente el poder. El objetivo era un cambio de poder entre privilegiados, no un reparto con los menos privilegiados. Los líderes de esta campaña no querían un verdadero cambio de sistema, y menos aún una revolución.

El 14 de enero de 1848, Guizot prohibió la celebración del banquete número setenta y uno en París. Lo habían planeado los oficiales elegidos de la Guardia Nacional del XII, el más revolucionario de los *arrondisements* de París; habían invitado a los políticos de la oposición y los republicanos habían aceptado. Los políticos no estaban seguros del camino a seguir; tenían la intención de seguir adelante con el banquete, pero, mediante un acuerdo previo con las autoridades, dispersarse tranquilamente cuando se lo pidiera la policía; pensaban que habían conseguido un sutil compromiso entre el desafío y el consentimiento, pero los planes de la oposición «privilegiada» dentro y fuera del Parlamento para presionar al rey y conseguir la dimisión de Guizot dejaron de influir en el curso de los acontecimientos después de que el periódico de la oposición *Le National* publicara, el 21 de febrero de 1848, un proyecto detallado de manifestación llamando al pueblo de París a apoyar a los diputados mediante un recorrido hasta el banquete. Aquella tarde, el 21 de febrero, se canceló el banquete. El 22 de febrero, *Le National* aconsejó calma; únicamente un puñado de diputados, encabezados por el elocuente Lamartine, deseaba seguir adelante. La oposición parlamentaria había cogido miedo y no deseaba un enfrentamiento sangriento en París. Aquella tarde, el 22 de febrero, una multitud se congregó en la Place de la Madelaine, ignorando que se había cancelado el banquete; un desfile de estudiantes atrajo

la atención, pero un destacamento de la dura policía parisina, la Guardia Municipal, fuerza formada por unos 3.500 hombres, pudo dispersar a la multitud.

La «revolución» se produjo en los dos días siguientes, el 23 y el 24 de febrero. El historiador todavía no tiene los elementos precisos para explicar por qué una multitud de manifestantes se transformó en una fuerza lo suficientemente poderosa como para llevar a cabo una revolución, derribar a un rey y derrotar a las fuerzas del poder establecido, que en vísperas de los acontecimientos parecían abrumadoramente fuertes. Además de los 3.500 «duros» de la Guardia Municipal, había 30.000 soldados de guarnición esparcidos en varios cuarteles y 80.000 miembros de la Guardia Nacional. La Guardia Municipal permaneció fiel a Luis Felipe; las tropas no fueron puestas a prueba y la Guardia Nacional, en el mejor de los casos, era de dudoso valor para la dinastía. Esta milicia ciudadana, que procedía de todas las zonas de París excepto los barrios elegantes y elegía a sus propios oficiales, después de haber sido el principal sostén de la monarquía de Julio se había desencantado de un régimen que tan egoístamente manipulaba la estrecha base del poder administrativo y electoral y negaba el voto a todos menos a los ricos. No querían pelear y tal vez morir por Guizot y Luis Felipe. Aunque *no hicieron* la revolución, tampoco hicieron nada por evitarla; algunos incluso se unieron a la «multitud» y muchos fraternizaron con los amotinados.

Pero ¿quién organizó a la multitud revolucionaria? ¿Fueron las barricadas y los combates enteramente espontáneos? ¿Hasta qué punto fueron importantes los cabecillas en la multitud? ¿Tuvieron estos un papel secundario o desempeñaron un papel proyectado y crucial al orientar la cólera de la multitud? Para estas preguntas no tenemos, desgraciadamente, ninguna respuesta satisfactoria. Algo está claro: había una gran cantidad de resentimiento humano in-

flamable en París, donde muchos miles de personas vivían en la pobreza, miseria y desesperación, ultrajados por las elegantes maneras y ropas de los opulentos.

Durante todo el 23 de febrero continuó la excitación y la tensión en París; más personas se sumaron a la multitud. Aquella tarde, Luis Felipe decidió deshacerse de Guizot para apaciguar a la oposición parlamentaria y a la Guardia Nacional. Se nombró a un viejo político orleanista, Molé, a la cabeza de un nuevo gobierno, y Thiers, al principio alborozado, se unió al ministerio. Luis Felipe pensaba que ahora la crisis estaba conjurada y esperaba que todo el mundo se marcharía a su casa. Por supuesto, la oposición parlamentaria era de la misma opinión y muchos guardias nacionales se marcharon a sus casas. Hubo una disminución de la tensión, pero oscuros dirigentes dieron un nuevo giro a la situación. Las barricadas, que habían sido puestas en pie rápidamente, no fueron desmanteladas. Por la tarde se formó una procesión de unos doscientos hombres que marcharon por el Boulevard des Capucines. Cuando llegaron a la altura del ministerio de Asuntos Exteriores chocaron con las tropas que no les dejaron pasar. Este fue el momento crucial. Al igual que más tarde en Viena y en Berlín, al encontrarse la muchedumbre de civiles con las tropas, que no tenían ninguna experiencia en este tipo de situaciones y generalmente eran inferiores en número, se oyó un fatal disparo –nadie pudo descubrir nunca de qué lado surgió– al que siguió una descarga de los soldados contra la muchedumbre.

En París, los numerosos muertos y heridos causados por el fuego indiscriminado sobre la multitud sellaron el destino de la monarquía orleanista. Los muertos fueron subidos a un carro abierto que fue llevado por todo París para inflamar al pueblo. Se corrió la voz de que era mejor luchar que esperar la matanza. La situación ahora se escapó de las manos de los privilegiados asistentes a los banquetes, los as-

pirantes a políticos trabados en una lucha entre los de «dentro» y los de «fuera», todos los cuales habrían estado dispuestos a actuar dentro del marco de la monarquía de Julio. Se cree que unos 100.000 parisinos llenaron las calles y erigieron cientos de barricadas por toda la ciudad. Fue un trabajo profesional; adoquines, autobuses volcados, unos cuatro mil árboles, farolas y raíles se utilizaron para crear formidables barreras. Algunas tenían tres metros de altura. Luis Felipe respondió nombrando al mariscal Bugeaud jefe tanto de las tropas como de la Guardia Nacional. Fue una provocación, porque Bugeaud ya se había «distinguido» en la «matanza» de obreros de París en 1834. A fin de intentar consolidar su autoridad, Luis Felipe llamó también a Thiers para ponerlo a la cabeza de un nuevo ministerio. Thiers primeramente insistió en traer consigo a un dirigente de la oposición parlamentaria, Barrot; luego Thiers exigió que Bugeaud fuera relevado de su mando. Por fin Bugeaud y las tropas fueron retirados de la ciudad. Si Thiers creía que gozaba de la popularidad general y que podría ejercer la autoridad, se desengañó enseguida. Hubo algunos combates el 24 de febrero. Los revolucionarios no se iban a pacificar por un mero cambio de gobierno, con una nueva banda que sustituía a la antigua. *La Marseillaise* se escuchaba por todas partes; el espíritu de 1789 había revivido.

La falta de apoyo de la Guardia Nacional, el pequeño tamaño de la Guardia Municipal y la retirada de la mayor parte de las tropas de París dejaron completamente indefensos al rey y a sus ministros. Luis Felipe no tenía ganas de una guerra civil y un derramamiento de sangre. Podía haberse dirigido al resto del país en busca de apoyo contra el París «radical», pero nunca consideró esta posibilidad. Realmente era demasiado viejo, había perdido toda esperanza de recuperarse y abdicó en favor de su nieto. Las multitudes parisinas, pues, habían hecho su revolución, pero ¿podrían organizar un gobierno verdaderamente revolu-

cionario que barriera totalmente a los políticos orleanistas privilegiados? Fue la revolución de un amplio sector militante del pueblo de París, pero ¿iría el poder realmente a sus manos?

Con la abdicación de Luis Felipe, el punto focal del poder giró desde las Tullerías a las Cámaras. En ellas los diputados orleanistas intentaron conservar sus privilegios aceptando una regencia; pero en el mismo momento en que trataban de mover sus piezas políticas en su propio provecho, irrumpieron los amotinados y la reunión de la Cámara terminó caóticamente. La mayoría de los diputados huyeron; pero no todos perdieron la cabeza. Hubo quienes vieron la oportunidad de efectuar un rápido cambio, pasando de ser orleanistas a convertirse en republicanos entusiastas; estaban decididos a darle al cuerpo de la revolución una cabeza conservadora. El problema fue que durante unas cuantas horas pareció que la revolución iba a tener dos cabezas autonombradas. Que la dinastía orleanista se había acabado con su primer titular estaba claro para los realistas. Únicamente la magia de proclamar la «República» podía restaurar la ley y el orden. Los políticos que permanecieron en la cámara redactaron rápidamente una lista de miembros de un nuevo gobierno; la modestia no era su fuerte, porque se nombraron a sí mismos; todos pertenecían a la era de la monarquía de Julio; todos eran reformistas moderados, republicanos por conveniencia más que por convicción. En la lista estaba el poeta e historiador Lamartine, probablemente el más hábil del grupo de políticos, que disfrutaba de un gran prestigio popular. François Arago era un famoso astrónomo con fama de republicano, pero realmente tenía escasas simpatías por los obreros de París; Crémieux y Marie eran moderados y se oponían a las exigencias revolucionarias; Ledru-Rollin, que tenía fama de ser el más radical y revolucionario, era más un demagogo que un dirigente socialista popular. Rápidamente todos se fueron al Hôtel de Ville

para que el pueblo los aclamara. Allí se les unieron cuatro hombres que habían sido elegidos miembros del gobierno por el periódico *La Réforme:* el periodista Marrast, otro periodista, Flocon, Louis Blanc, famoso por su tratado sobre la organización del trabajo, y un mecánico, Alexandre Martin, conocido por «Albert», que simbolizaba la representación popular. Los políticos de la Cámara tuvieron que enfrentarse con un delicado problema. Sabiamente se dieron cuenta de que no podían apelar a las sutilezas constitucionales, así que aceptaron a los hombres elegidos por los periódicos. Todos estos dirigentes autonombrados del gobierno revolucionario fueron bien recibidos por la multitud. Lo más notable en el París del 24 de febrero y los días siguientes es que hubo un gran caos y un cese de los negocios; la policía y las tropas habían desaparecido, y, sin embargo, había una ausencia total de violencia y de espíritu de venganza. Los adversarios políticos y de «clase» no fueron dañados, las tiendas no fueron saqueadas y la propiedad fue respetada. Karl Marx la llamó, con profunda ironía, «la hermosa revolución». Fueron días de esperanza y romanticismo. El pueblo estaba creando un nuevo mundo. Cuando unas pocas semanas más tarde, en mayo y junio, llegó la desilusión, la hermosa revolución se convirtió en amarga y sangrienta.

Durante los primeros días de la revolución el «gobierno provisional» estableció su autoridad al responder con prontitud a las exigencias de las multitudes militantes que rodeaban sus oficinas velozmente instaladas en el Hôtel de Ville. El día 24 Lamartine, desde el balcón, proclamó personalmente la «República». Al día siguiente se leyó el decreto de Louis Blanc a la multitud: «El Gobierno Provisional se compromete a garantizar [...] el trabajo a todos los ciudadanos. Considera necesario que los trabajadores se asocien entre sí para recoger la legítima recompensa por su trabajo». El día 28 fueron instituidos los «talleres naciona-

les». Para tranquilizar a los trabajadores, se instaló inmediatamente una «comisión permanente para los obreros» en el palacio de Luxemburgo bajo la presidencia de Louis Blanc para proponer medidas prácticas de ayuda. Comenzó recomendando la abolición del regateo de los salarios y fijando máximo de horas de trabajo. No se hicieron más progresos porque los miembros de la comisión se perdieron en un mar de disputas y discusiones. Probablemente era esto lo que querían los miembros conservadores del gobierno provisional. Louis Blanc fue aplacado con su tarea altisonante que distrajo sus energías de las decisiones esenciales del gobierno central.

Parecía que se había establecido la república «socialista». El paso siguiente que dio el gobierno provisional supuso un nuevo giro hacia la república conservadora. Ahora podemos verlo con la perspectiva que da el paso del tiempo. El gobierno provisional continuó con su tambaleante mandato alejándose decisivamente de la política de privilegios hacia la democracia. Pero la democracia transformó a los socialistas de «voz» del pueblo en algo menos, en un partido popular minoritario. Ledru-Rollin, ministro del Interior, era el más radical de los miembros del gobierno provisional. Demasiado tarde se dieron cuenta los radicales y los socialistas de que la democracia, esto es, el sufragio universal masculino, llevaría a una victoria de la reacción. El campesinado no solo representaba el sector mayor del electorado, sino también el más fácilmente influenciable por los notables locales y por el clero. Los campesinos sentían recelo de las ciudades y temían por sus pedazos de tierra. En gran parte analfabetos y fuera del alcance de la propaganda de los dirigentes políticos de izquierda de los centros urbanos, los campesinos dirigieron su voto contra el socialismo y la república. Se convirtieron en el principal apoyo del partido del orden.

El 5 de marzo, el gobierno provisional decretó que las elecciones, sobre la base del sufragio universal masculino, se celebrarían el domingo 9 de abril. Tras unas manifestaciones radicales contra unas elecciones tan precipitadas que, como era obvio, tendrían el efecto de arrebatar la dirección a París, fueron pospuestas hasta el 23 de abril. La ortodoxa dirección de la economía por el gobierno provisional, mientras tanto, polarizaba la política al tiempo que tranquilizaba a los propietarios y a los financieros. Todas las deudas gubernamentales fueron atendidas y los intereses escrupulosamente pagados; para equilibrar el presupuesto se decidió un impuesto directo suplementario, que recayó principalmente sobre el campesinado. El proyecto de los «talleres nacionales» de Louis Blanc, que habría supuesto créditos gubernamentales a gran escala para expansionar la industria y así crear empleo, fue mutilado y solo se mantuvo el famoso nombre. Los «talleres nacionales», en el sentido de puestos de trabajo u obras públicas, apenas existían. En su lugar se levantó una maquinaria administrativa para censar a los parados y darles un pequeño subsidio. Solo 12.000 hombres de los 120.000 parados de París fueron realmente puestos a trabajar nivelando una pequeña colina. El campesinado y los obreros sin empleo, los pobres del campo y los pobres de la ciudad fueron enfrentados unos con otros. El campesinado proporcionó apoyo constitucional a los republicanos conservadores, el partido del orden, que defendía la inviolabilidad de la propiedad. Los que tenían alguna propiedad, grande o muy pequeña, se prepararon para defenderla por la fuerza contra los desposeídos con ideas «anarquistas» o «comunistas». Declararse «republicano», en la Francia de 1848, podía significar cosas enteramente distintas. De Tocqueville describía así la escena parisina: «Veía a la sociedad dividida en dos: los que no poseían nada unidos en una común codicia; los que poseían algo en un común miedo. Ningún vínculo, ninguna simpatía existía

entre esas dos grandes clases, la idea de una inevitable y próxima lucha estaba en todas partes». Sin embargo, la gran mayoría habría aceptado la etiqueta de «republicano». La «defensa» de la propiedad iba a implicar, en junio de 1848, la represión de una minoría desesperada por el gobierno de la república que representaba a la mayoría.

La «defensa» quedó entonces, en abril, mayo y junio de 1848, en manos de la Guardia Nacional de París recientemente constituida, a la cual podía pertenecer todo el mundo, que contaba con 100.000 miembros. A principios de abril eligieron oficiales moderados y conservadores. Se creó una nueva fuerza de policía, la *Garde Mobile,* dura y de confianza, y cinco regimientos del ejército regular fueron acantonados en la ciudad. La Guardia Nacional en las provincias y el ejército fuera de París formaban una reserva en potencia. Una república provisional conservadora podía confiar en todas las fuerzas que necesitara para mantener la ley y el orden contra cualquier intento de revolución social, siempre que sus dirigentes estuvieran unidos y decididos a utilizarlas. La forma de manejar y contener a una gran manifestación radical de 40.000 personas por la Guardia Nacional constituyó ya el 16 de abril un preludio pacífico de cómo la multitud militante había perdido la capacidad de influir en los acontecimientos.

Las elecciones resultaron una grave, aunque no inesperada, desilusión para la izquierda en París. Ledru-Rollin hizo todo lo posible por combatir el conservadurismo en el campo. Como ministro del Interior manipuló la administración electoral, pero la alianza del clero, los notables y los propietarios con la mayoría de los campesinos que sufrían a disgusto el aumento de los impuestos para subvencionar a los parados de París, resultó ser abrumadoramente fuerte. El electorado, que pasó de los 250.000 de la monarquía de Julio a los 9 millones, acudió a las urnas masivamente; votó un

84 por 100 del electorado. El resultado en toda Francia, incluido París, fue la reelección de los conservadores y moderados, no de los socialistas y radicales. Alfred Cobban ha calculado que de los 900 diputados, la mitad eran monárquicos, de los cuales 300 eran orleanistas y 150 legitimistas borbónicos; unos 350 apoyaban la causa clerical de la libertad de enseñanza, esto es, el derecho de la iglesia a controlar sus propias escuelas; había solo unos cuantos republicanos «rojos» y socialistas. Solo un dirigente radical, Armand Barbès, fue elegido en París junto con doce socialistas.

La asamblea recién elegida se puso a la tarea de redactar una constitución. Prestó mucha atención a las cuestiones políticas y legales, pero equiparó a los problemas sociales con el peligro de la revolución social. La asamblea estaba más preocupada por mostrar mano dura frente a las exigencias que por encontrar una solución equitativa o humana a los males relacionados con el desempleo y la indigencia. Políticamente se consagró el principio de la «división de poderes», llevado hasta el absurdo. El gobierno provisional fue reemplazado por una comisión ejecutiva de cinco miembros que trataban de la política, mientras que los ministros la llevaban a la práctica individualmente; tanto la comisión ejecutiva como los ministros eran responsables ante la asamblea.

Desesperando con toda razón de que se pudiera esperar cualquier cambio social de semejante asamblea, diversos agitadores políticos de izquierda intentaron el 15 de mayo de 1848 derribar a la asamblea por la fuerza. Una manifestación formada por una muchedumbre desarmada consiguió entrar en la Cámara, pero fue rápida y fácilmente dispersada por la Guardia Nacional. El único resultado fue la destitución y el arresto de los más conocidos dirigentes de izquierda. Los políticos más radicales desaparecieron de la vida de la Segunda República; Louis Blanc, antiguo miem-

bro del gobierno provisional, fue la baja más notable. La revolución de Febrero había llevado en junio de 1848 a una república conservadora.

Sin embargo, la república conservadora de mayo de 1848 seguía siendo *provisional.* Muchos de sus partidarios, sin duda, estaban más preocupados socialmente por la supervivencia del conservadurismo que políticamente por la república; pero reconocían que, por el momento, como el cuerpo y la mente, solo podían sobrevivir ambas cosas juntas. Una vez más hubieron de hacer frente al reto desesperado de los pobres de París en las jornadas de junio. Los pobres no tenían ninguna posibilidad de éxito contra la autoridad del Estado unida contra la violencia y la revolución social.

Después de la salvaje represión de la insurrección de junio, los políticos de la república se enfrentaron al futuro con más confianza. Su gobierno ya no era provisional. El pueblo no podía quitárselo. Lo que los políticos conservadores descubrieron en 1848 fue que la mayoría del pueblo no quería hacerlo. La vía más segura para mantener el orden social era pedir la sanción de la mayoría mediante el proceso electoral. De esa manera se podía reprimir a la minoría que no la aceptara con todo el vigor del Estado. La era liberal, empleado este concepto en su sentido decimonónico, comenzó en Francia en 1848 y desde entonces sobrevivió a través de las diversas constituciones y formas del Estado. Sus características eran la reforma moderada, la importancia dada a la prosperidad material, la santidad de la propiedad, un sistema judicial justo, excepto para los que se oponían a las bases sociales y económicas del Estado. El poder político real fue confiado a los pocos que podían llevar adelante ese programa. Francia pasó, así, de una revolución a una república conservadora, y luego a un imperio autoritario, y después a un imperio liberal y finalmente a otra república conservadora, sin que eso le preocupara a la ma-

yoría de los franceses que dieron la espalda a la revolución de los pobres urbanos y a la idea de un gobierno de los socialistas.

[1] Por supuesto, Carlos X era un rey Borbón «legitimista», pero los Borbones «restaurados», con su derecho divino en quiebra, demostraron estar en una posición tan débil como los pretendientes rivales, monárquicos o republicanos, en la Francia del siglo XIX.

[2] *The letters of Queen Victoria,* I, Londres, 1908, p. 149.

[3] *The letters of Queen Victoria,* II, pp. 156-157.

[4] A. Cobban, *A history of modern France,* II, 1965, p. 133.

III. EL IMPERIO DE LOS HABSBURGO Y LA REVOLUCIÓN DE 1848

El 26 y 27 de febrero de 1848 llegaron a Viena rumores de los dramáticos acontecimientos de París. No se supo con certeza hasta el día 29 que una revolución había derribado a Luis Felipe. Lo que preocupaba a los buenos ciudadanos de Viena era lo que podía hacer Metternich como respuesta. Anteriormente había respondido a los estallidos revolucionarios intentando concertar internacionalmente la reacción conservadora y, en caso de necesidad, la intervención para impedir la difusión de la enfermedad liberal. Pero la intervención en Francia y en los Estados alemanes significaba la guerra, un cataclismo mayor, capaz de arruinar el comercio y las finanzas de la monarquía. La sola posibilidad provocó el pánico en Viena y en otras grandes ciudades de la monarquía; la aglomeración en los bancos por doquier hizo que algunos cerraran. Los acontecimientos en Viena durante el siguiente mes de marzo ilustran una vez más lo vago del significado de la palabra «revolución». Los liberales y constitucionalistas planteaban exigencias más o menos iguales a las de los liberales del resto de Europa: libertad de pensamiento, de prensa, fin de la censura, libertad de religión y un gobierno más representativo. No existían indicios de entusiasmo revolucionario socialista para llevar a cabo un cambio fundamental en la sociedad. Lejos de ello: las primeras reacciones de los vieneses a las conmociones europeas fueron similares a las del conservadurismo ilustrado que existía en Inglaterra después del *Reform Bill* de 1832. Los vieneses deseaban asegurarse una creciente prosperidad, para lo cual el mantenimiento de la paz y unas cuantas pequeñas reformas eran requisitos previos y necesarios. Metternich simbolizaba el peligro de la reacción.

En Hungría el movimiento revolucionario demostró ser, en última instancia, más peligroso para la cohesión de la monarquía que los disturbios de Viena. Lajos Kossuth pronunció el 3 de marzo un discurso en la Cámara Baja de la Dieta que señaló el comienzo real del movimiento revolucionario. Propuso que la Dieta redactara un llamamiento a la Corona y presentó un borrador a la Cámara. No pedía una reforma, sino un cambio total de sistema de gobierno en Hungría; un gabinete responsable ante el parlamento húngaro, no ante Viena. Kossuth no atacó la Pragmática Sanción como tal, sino que sostuvo que la unión con las otras tierras de Austria debía personalizarse en el monarca y que este en Hungría para promulgar leyes debía depender del gabinete y del parlamento. Pero Kossuth fue todavía más allá. Advirtió que no podría estar asegurado un gobierno constitucional a menos que el absolutismo fuera sustituido por unas instituciones constitucionales generales para las diferentes nacionalidades. Sin esto la monarquía no permanecería unida. Al expresar esta necesidad de cooperación entre los partidarios constitucionales del imperio, Kossuth no se percató de lo destructivas que podrían llegar a ser las aspiraciones nacionales.

Las noticias del fogoso discurso de Kossuth al llegar a Viena, animaron a la oposición liberal a formular unos objetivos constitucionales y a insistir en la dimisión de Metternich, que nunca habría aceptado verdaderamente esas exigencias. Muchos pensaban que el Consejo de Estado del emperador Fernando no era unánime y que dos de los archiduques, Juan y Luis, eran favorables a hacer concesiones; sobre todo se rumoreaba que la archiduquesa Sofía, esposa de Luis, estaba de parte de la oposición. La posición de Metternich ya no era tan inexpugnable como lo había sido durante el reinado de Francisco I, porque ahora ocupaba el trono un monarca más débil. Sin duda, la creencia de que la oposición contaba con simpatías en las alturas tenía

muy poca base, pero los anales de las deliberaciones del Consejo de Estado durante marzo de 1848, a pesar de algunas dudas e incoherencias, revelan una real aversión a provocar un derramamiento de sangre en Viena y una convicción cada vez mayor de que los intereses de la Corona corrían más peligro por la inflexible actitud de Metternich que por las concesiones a los manifestantes. En este aspecto Federico Guillermo IV de Prusia y Fernando y sus consejeros eran más o menos de la misma opinión y se comportaron de un modo similar. Les faltaba la crueldad unilateral que les hubiera inclinado a emplear la fuerza sin pensar en su coste. Los Habsburgo y los Hohenzollern del siglo XIX creían en una autocracia de origen divino; estaban convencidos de que habían sido elegidos especialmente por Dios para gobernar a sus pueblos y de que eran responsables de la administración de leyes justas y buenas y la inculcación de la obediencia popular al trono y al altar cuyo clero debía también obediencia al monarca. Pero no eran unos déspotas de acciones arbitrarias. Consideraban el poder como una responsabilidad y no como una licencia para colmar ambiciones personales. Por esta razón, a pesar de sus graves limitaciones y anacrónicos puntos de vista sobre la cambiante sociedad, continuaban disfrutando de un respeto general y sincero en el siglo XIX.

Metternich estaba detrás de la respuesta negativa imperial del 10 de marzo a la presentación de las quejas de los liberales. El 12 de marzo de 1848, los estudiantes de Viena se reunieron para formular una petición con las habituales demandas de representación popular, libertad de prensa, de enseñanza y de religión: nada especialmente radical, especialmente por la manera con que se hizo la entrega a través de dos profesores de la universidad. El 13 de marzo los Estados de la Baja Austria se reunieron en Viena en el Landhaus de la Herrenstrasse. Ese día y los que le siguieron fueron decisivos para la revolución en Viena. La forma que

tomó el sentimiento popular se parecía más a una manifestación amenazadora, o en palabras más fuertes a un disturbio civil, que a un levantamiento armado, que de hecho nunca se produjo. La reunión del 13 de marzo de los Estados, formados en su mayor parte por conservadores, se celebró bajo la presión de una gran multitud de estudiantes y otras personas que estaban en el patio. Querían que sus exigencias de un gobierno constitucional fueran presentadas al emperador en el Hofburg. No pensaban en la revolución; confiaban en que el emperador pusiera todo en orden.

Las asambleas de este tipo no siempre fueron ordenadas. El desorden atraía a los alborotadores. Un elemento más de posible perturbación era provocado por la afluencia de los obreros, que frecuentemente no trabajaban los lunes y dejaban las zonas industriales de los suburbios por el centro de la ciudad.

El Consejo de Estado actuó como era de esperar; algunas tropas fueron puestas bajo el mando del archiduque Alberto, que tenía treinta años. Para restaurar el orden entre una multitud excitada que tiraba piedras y chillaba se requería experiencia y tacto, que los jóvenes soldados –un destacamento procedente de Italia– y su jefe no tenían. Las tropas se sentían presionadas y eran inferiores en número. No hubo ningún intento premeditado y deliberado de disparar contra la multitud, pero, como en París, se escucharon disparos y cuatro personas cayeron muertas y otras más heridas. La muchedumbre se dispersó; hubo grupos que empezaron a pelear dentro del casco de la ciudad; en las zonas obreras de los suburbios se destruyeron máquinas, se saquearon tiendas y se arrasaron fábricas. Entre los trabajadores industriales el malestar tomó principalmente un carácter económico y social. Así pues, desde el principio en Viena los disturbios revelaron raíces antagónicas: los constitucionalistas liberales, que eran apoyados por los más acomoda-

dos en la ciudad, y los trabajadores de las afueras, que, con ciega violencia, expresaban su protesta contra los salarios insuficientes, el desempleo y las condiciones en que vivían. Luego estaban los mendigos harapientos y los criminales presentes en todas las grandes ciudades, a los que ni los acomodados, ni las autoridades ni los socialistas veían con ojos caritativos; las autoridades se referían a ellos de manera desdeñosa y severa como pobres delincuentes. Los numerosos estudiantes activistas, la mayor parte de los cuales vivía tan mal como los obreros, constituían una especie de enlace entre los profesionales, los políticos radicales y los obreros, y progresivamente sus exigencias se hicieron más violentas y radicales. A pesar de la heterogénea composición de los revolucionarios de 1848, les unía el odio al ejército y a la policía como el común enemigo durante los primeros días de 1848.

Las horas de la tarde y de la noche del 13 de marzo fueron cruciales. Los ciudadanos de Viena deseaban mantener el orden y el respeto a las personas y a la propiedad, puestos en peligro por obreros y radicales. Exigieron que les fuera confiada la ciudad y que la Guardia Nacional y los estudiantes, que formaban una Legión Académica, fueran armados, a la vez que se retirara a los odiados soldados. Se exigía la dimisión de Metternich y una contestación antes de las 9 de la noche. Los consejeros de Fernando estaban indecisos. El príncipe Windischgraetz estaba en la ciudad, dispuesto a restaurar el orden con sus tropas. Pero al final los archiduques en el Consejo de Estado aconsejaron una capitulación ante todas las demandas. Metternich, locuaz hasta el final, la más celebrada figura del conservadurismo europeo, se vio forzado a huir de la ciudad de manera escasamente ceremoniosa. Los Habsburgo no se inquietaron en absoluto por el futuro de Metternich. Fue el barón Rothschild quien le proporcionó los medios financieros para huir, pero también aseguró su propia tranquilidad proporcionan-

do alimento gratuito a las patrullas de estudiantes que recorrían la ciudad.

No es necesario entrar en detalles sobre las concesiones que fueron arrancadas al Consejo de Estado por cada parte de la monarquía durante lo que quedaba de marzo, abril y mayo de 1848. Cuando el emperador no cedió a la primera, nuevas amenazas fueron suficientes para persuadirle a él y a sus consejeros. Multitud de demandas llegaban todos los días de todos los rincones del mapa. En la mañana del 15 de marzo, la promesa de convocar para el 3 de julio «a los representantes de los estados de nuestros reinos germánico-austriacos y eslavo y de las congregaciones centrales de nuestro reino lombardo-veneciano», a quienes se solicitaría consejo, no fueron suficientes para satisfacer las exigencias de una «constitución». Aquella misma tarde, la abolición de la censura y la convocatoria de representantes para aconsejar sobre una constitución que «hemos decidido conceder» se proclamó públicamente desde el Hofburg. Los burgueses de Viena no dudaron que la promesa de una constitución era una victoria. Dos días más tarde, se garantizó a la delegación húngara llegada a Viena un «gabinete responsable», que estaría «sujeto a la conservación intacta de la unidad de la Corona y de la vinculación con la monarquía». Una vez iniciada su labor apaciguadora, el Consejo de Estado pareció continuarla sin más instigaciones. Se estableció un «gabinete responsable» en las tierras occidentales de Austria el 20 de marzo con el conde Franz Anton von Kolowrat como ministro-presidente y el barón Franz Pillersdorf como ministro del Interior. Pero a falta de cualquier tipo de parlamento, los ministros –todos ellos antiguos y leales servidores de la Corona– continuaban, por supuesto, siendo responsables ante el monarca y el Consejo de Estado. El gabinete intentó lealmente realizar la ingrata tarea de gobernar con poco apoyo y menos agradecimiento de la corte.

En Hungría le fue confiada al conde Lajos Batthyány, reformista moderado, la formación de un gabinete en el cual estaban incluidos el respetado Ferencz Deák y también Kossuth. Este gabinete y la Dieta adoptaron las «leyes de Abril», que transformaron el gobierno de Hungría; todas las deudas y servidumbres de los campesinos hacia sus señores fueron canceladas, se extendió la tributación proporcionada a todos los habitantes de Hungría y de esta manera se abolieron los privilegios tradicionales de la nobleza en materia de impuestos; entre las reformas más importantes emprendidas se contaban la libertad religiosa (excepto para los judíos), la libertad de prensa y la formación de una Guardia Nacional. En Hungría, la monarquía se convirtió en constitucional y limitada por la Dieta y el gabinete, y ninguna ley era válida a menos que estuviera firmada por el rey o su representante en Hungría, el Palatino y el ministro responsable. Los ministros para todo el imperio que residían en Viena ya no tenían, pues, voz en Hungría; la unión entre Hungría y Austria era monárquica personal. Pero la cuestión crucial de quién iba a controlar a las tropas húngaras fue esquivada mediante un compromiso. La Dieta aceptó la prerrogativa del monarca en cuanto al uso de las tropas fuera de Hungría y su derecho a realizar nombramientos militares, pero se requería a su lado la firma ministerial húngara.

En Viena, abril fue un mes pacífico y parecía que el gabinete tenía la situación controlada. No hubo necesidad de una severa represión de los obreros, que habían vuelto a los suburbios. El 25 de abril se publicó el borrador de una constitución con patente imperial. Había sido redactada por Pillesdorf y había recibido la aprobación del gabinete y la aparente aprobación de los archiduques. Juzgado por los patrones de entonces, el proyecto era liberal pero no satisfizo a nadie. Para los polacos y los checos la constitución era excesivamente centralista, negándoles una autonomía sufi-

ciente; los estudiantes y los más radicales se opusieron a la propuesta de dos cámaras, alta y baja, y al derecho imperial de veto. El gabinete de Viena empezó a perder fuerza frente a un comité de estudiantes y representantes de la Guardia Nacional. En mayo se produjeron nuevos desórdenes que culminaron en las manifestaciones del 15 de mayo. El gabinete cedió de nuevo y Fernando consintió en convocar una asamblea constituyente de una sola cámara elegida por sufragio popular.

Lo que hay que preguntarse es por qué el emperador y el Consejo de Estado cedieron en la primavera de 1848 con tan poca resistencia. Los detallados anales de aquellos tiempos pueden contarnos lo que ocurrió, pero penetrar en los motivos y la responsabilidad real de las decisiones finales es mucho más difícil y los historiadores pueden hacer poco más que expresar opiniones. Es evidente que los consejeros del emperador estaban divididos. El conde Anton Kolowrat, magnate bohemio, con un largo historial de leales servicios a la monarquía, se convirtió, en 1830, en el reinado de Francisco I, en el principal consejero para los asuntos interiores, como Metternich lo era para los asuntos exteriores. Más flexible que Metternich, Kolowrat actuó y se comportó como el gran magnate bohemio que era; estaba dispuesto, mediante una mejor administración financiera y unas cuantas concesiones, a intentar calmar los ánimos y las frustraciones producidas en la oposición por los intentos de Francisco y Metternich de mantener todo igual. La pasión dominante en Kolowrat no era tanto la reforma como la oposición a Metternich. Recibió con agrado las exigencias de dimisión de Metternich, vinieran de donde vinieran, como una oportunidad de propiciar la caída de su rival. Pero el archiduque Luis y el hermano menor de Fernando, el archiduque Francisco Carlos, apoyaban a Metternich. Lo mismo ocurría con la mujer de Francisco Carlos, una Wittelsbach, la archiduquesa Sofía, a quien se le suponían simpatías libe-

rales que no tenía. Sin embargo, la primera lealtad de la familia no se dirigía hacia Metternich sino hacia el emperador Fernando, cuya debilidad mental hacía más poderosa la necesidad de proteger la institución monárquica. La decisión de ceder y de garantizar constituciones fue principalmente una decisión familiar. En la medida en que Fernando poseía influencia, la empleó en evitar la violencia y el derramamiento de sangre.

Las razones de la conciliación eran complejas. Las decisiones de ceder fueron tomadas rápidamente y de mala gana, lo que mostraba una pérdida de nervios. Según un diarista, en el Hofburg, donde estaba reunido el Consejo de Estado, la colérica muchedumbre era temible. Sin embargo, no es esta una explicación satisfactoria. Las noticias que llegaban de muchas partes de la monarquía mostraban que los problemas no eran solamente de Viena y que hacía falta una fuerza física para dominar la situación simultáneamente en todos los lugares. Era, pues, de buen sentido táctico ceder. Pero había también actitudes más positivas. Algunos de los Habsburgo, como, por ejemplo, el viejo archiduque Juan, estaban dispuestos a adaptarse al nuevo espíritu de la época y creían que las ideas de Metternich ahora pertenecían más al pasado que al presente o al futuro. Pero, en último análisis, sería equivocado pasar por alto el paternalismo de los Habsburgo. Después de décadas de relaciones predominantemente pacíficas en la capital y en las tierras hereditarias, no podían hacerse repentinamente a la idea de emplear la fuerza contra el pueblo. La popularidad personal de la monarquía nunca había parecido tan alta y la familia Habsburgo ansiaba, al menos durante los primeros meses de 1848, evitar el oprobio de una represión sangrienta. Por otra parte, no estaban libres de duplicidad y podían cerrar los ojos ante una represión brutal por parte de sus generales, cuyo éxito más tarde les dio ascendencia en el consejo de la familia imperial.

1848 es una fecha decisiva para las relaciones entre la monarquía, el pueblo y las nacionalidades. Después de las sangrientas represiones en Viena, Praga y Hungría, la imagen simplista de un monarca benévolo y la confianza puesta en las meras palabras de los príncipes desaparecieron mientras estuvo vivo el recuerdo de 1848 y 1849. Solamente la longevidad de Francisco José pudo más que estos amargos recuerdos.

El 15 de mayo de 1848 imprimió un giro decisivo a la revolución austriaca. Ya no se trataba de que la monarquía pudiera salir del paso con un llamado «gabinete responsable», haciendo concesiones liberales mal acogidas. El gobierno estaba expuesto al clamor popular. Sin duda, la corte imperial exageraba el peligro personal que corría: este peligro no existía, pero el destino de la familia real en Francia durante la gran revolución no se apartaba de sus pensamientos. Decidieron huir y el emperador y los archiduques con sus familias partieron con gran secreto para Innsbruck el 17 de mayo, dejando atrás al gabinete en Viena para que hiciera frente a la situación de la mejor manera posible. Fernando anotó en su diario: «Nos dijeron que el pueblo y los estudiantes pensaban asaltar el palacio, prenderle fuego y asesinarnos; esta fue la razón que nos forzó a dejar Viena.» Por todas partes en el imperio el péndulo de la reacción marchaba en sentido ascendente. El momento culminante de los éxitos de radicales y constitucionales en Viena fue también el del comienzo de su fracaso.

Tras haber cedido terreno en Viena, parecía que el consejo familiar de archiduques había perdido poder. En Innsbruck, se vieron reducidos a contemporizar y maniobrar entre las exigencias nacionales que llegaban a la corte. Su principio más elevado era la conveniencia y a nadie convencía lo que hacían. Ellos mismos no estaban convencidos y secretamente se oponían a cualquier limitación de los dere-

chos y poderes de la monarquía. Todas las delegaciones buscaban su consentimiento para dar un sello de legitimidad a los varios y diferentes movimientos que se producían en el imperio. Pero el hecho de que fueran consultados también revela la vinculación de esos diversos grupos rivales a la monarquía. Solo un grupo nacional, los italianos de Lombardía-Véneto, se alzaron en una verdadera rebelión contra la Corona durante los primeros meses de 1848.

El norte de Italia fue el campo de batalla crucial de la monarquía durante la primavera y el verano de «1848». Los desórdenes y las manifestaciones contra el dominio austriaco se extendieron desde el campo hasta Milán a mediados de marzo. Las fuerzas austriacas en Milán, bien entrenadas, armadas y constituidas por unos 10.000 hombres, se mostraron incapaces de enfrentarse con una insurrección civil. Además, una tercera parte de ellos eran soldados italianos, muchos de los cuales desertaron. Lo que empeoraba aún más la situación era que por todo el norte de Italia las tropas austriacas, que tal vez ascendían a 100.000 hombres, estaban diseminadas por varias guarniciones. El mariscal Radetzky, destacado jefe militar, aunque por aquel entonces tenía ya ochenta y un años, salvó a su ejército del desastre al retirar el 22 de marzo a las tropas que seguían siendo leales a la famosa plaza fuerte formada por el Cuadrilátero, las famosas fortalezas de Peschiera, Mantua, Verona y Legnano. Pero en Venecia las tropas austriacas se rindieron y se proclamó la República.

Estos acontecimientos cogieron desprevenido a Carlos Alberto, rey de la vecina Cerdeña-Piamonte. Su historial de «reformas» era más bien parco. Tampoco había mostrado mucho interés en la unidad de Italia. Por sus concepciones era uno de los gobernantes más anticuados y retrasados. Lombardía-Véneto, bajo el dominio austriaco, podía jactarse de un progreso más auténtico y de un mejor gobierno

que el reino de Piamonte. Lo que motivó a Carlos Alberto fue la posibilidad de engrandecer su reino. Deseaba hacer de Piamonte el Estado más poderoso de Italia, un Estado que fuera tomado en serio por Europa. Pero para Carlos Alberto, Piamonte-Cerdeña era su propio Estado, y, por tanto, no podía quedar sumergido en una unión o confederación de Estados italianos grandes y pequeños. A lo más, llegaría a considerar la posibilidad de dirigir una federación de Estados italianos dominados por Piamonte, de la misma manera que Austria dominaba la Federación germánica. Antes de 1848 Carlos Alberto estaba más preocupado por combatir al liberalismo, aliado con Metternich, que por liberar a «Italia» del dominio austriaco. Sin embargo, la caída de Metternich y el colapso del poder austriaco en Milán en marzo de 1848 eran demasiado tentadores para un rey cuya visión de la monarquía absoluta se atenía rígidamente al concepto dieciochesco del «despotismo benevolente». Además, Cavour le advirtió que el hecho de no apoyar el levantamiento de Milán podía costarle el trono. Aunque mal preparado para la aventura militar, cruzó desde Piamonte a Lombardía el 23 de marzo con una fuerza numéricamente superior de 60.000 hombres. Ocupó Milán pero no pudo sorprender al ejército de Radetzky. Entretanto Radetzky esperaba que le llegaran refuerzos, con su fuerza multinacional compuesta por húngaros, croatas y alemanes. Durante los meses de abril, mayo y junio de 1848 reforzó su ejército con tropas traídas de Silesia y Moravia. Las nacionalidades del imperio austriaco acudieron en apoyo de la causa imperial que representaba Radetzky; en la represión del nacionalismo italiano, encontraron un propósito común que no disminuyó, sin embargo, en lo más mínimo, sus continuos conflictos y rivalidades o su chauvinismo nacional frente al imperio.

La «revolución» en Bohemia fue una delicada planta intelectual que no gozaba del apoyo decidido de la nobleza

checa ni de la masa de los campesinos y obreros industriales. Realmente es difícil hablar de «revolución» en Bohemia durante la primavera y el verano de 1848. En las décadas anteriores a 1848 hubo un gran renacimiento cultural checo que se concentró en la filología, la literatura y la historia. Este orgullo recién descubierto por el pasado cultural fue alentado por los administradores imperiales. Se publicaron periódicos checos, algunos de modo continuo desde 1830 hasta 1848, en que los prohibió una renovada censura. Františeck Palacký, protestante de Moravia, historiador, y el más distinguido de los nacionalistas culturales checos, fundó el Museo Checo, «institucionalizando» así el renacimiento cultural checo de las décadas de 1830 y 1840. Ninguna de estas actividades fue «revolucionaria»: gozó tanto del patrocinio imperial como del patrocinio de la nobleza checa. Tampoco hubo ninguna motivación revolucionaria tras los crecientes intercambios y contactos culturales entre las diversas ramas de la familia de naciones eslavas. Estos culminaron en junio de 1848 en la reunión del primer Congreso Eslavo en Praga, congreso que dio a conocer en Europa la existencia de los eslavos.

Pero los turbulentos acontecimientos europeos, en París, Fráncfort, Viena y Pest, forzosamente tenían que llevar a los políticamente conscientes en Praga a considerar el futuro de la nación checa en la monarquía de los Habsburgo y en la Europa de 1848. El Congreso Eslavo, expuesto a las influencias de Praga, reveló las diferencias políticas al mismo tiempo que un sentimiento común de solidaridad eslava. El congreso formuló una conmovedora respuesta a las pretensiones del parlamento alemán en Fráncfort, que apoyaba a Prusia en su pretensión de quedarse con los territorios polacos y que consideraba a Bohemia, Moravia y Silesia como partes de la nueva Alemania. Palacký, en su famosa réplica a la invitación de unirse a las deliberaciones del parlamento de Fráncfort (11 de abril) rechazó las pretensiones

alemanas. Declaró que era checo y no alemán. Vio un peligro especial en la pretensión nacionalista de un Estado alemán que abarcara a todos los alemanes porque socavaría la existencia de la monarquía austriaca. La monarquía austriaca, para Palacký y para los checos que pensaban como él, era la mejor garantía de la identidad nacional eslava amenazada por dos poderosos vecinos, Rusia y Alemania. El apoyo eslavo a una monarquía, por supuesto reorganizada para permitir una federación nacional, se expresaba en un conocido pasaje de la carta de Palacký a Fráncfort: «Seguramente, si el Estado austriaco no existiera desde hace siglos, sería necesario para los intereses de Europa y de la humanidad esforzarnos por crearlo cuanto antes [...]». Las nacionalidades eslavas de la cuenca del Danubio no eran lo suficientemente fuertes para sobrevivir solas entre las grandes potencias; pensaban que como mejor podrían encontrar seguridad y libertad era formando parte del Estado austriaco. Pero su integración en el imperio como entidad eslava unificada fue imposible de realizar. Divididos lingüística, cultural y religiosamente en checos ortodoxos, católicos y uniatas, su cooperación se limitaba en la práctica al enfrentamiento con los magiares y con los alemanes austriacos. Las rivalidades mutuas y el temor a la dominación de los más fuertes sobre los más débiles dividían a los checos y eslovacos, polacos y rutenios y la masa de los campesinos apenas se excitaba por el nacionalismo de los intelectuales. Confiaba en la monarquía para su emancipación de las exacciones feudales de la nobleza terrateniente.

La corte imperial hizo concesiones sobre el papel a las exigencias populares en Praga durante marzo y abril de 1848. La dirección de la causa nacional y liberal checa había sido asumida por un comité nacional nombrado a mediados de marzo en una reunión popular de radicales e intelectuales celebrada en una taberna de Praga. Pidieron al emperador la autonomía con respecto a los alemanes de

Viena. Con respecto a los alemanes de Bohemia, Moravia y Silesia, no tenían ninguna queja. Pidieron también el mantenimiento del «vínculo constitucional entre las tierras de la Corona de Bohemia» (recalcando así la unidad de Bohemia, Moravia y Silesia), la completa igualdad de checos y alemanes en tierras checas, una Dieta reformada y una administración central, funcionarios civiles nativos del país que conocieran tanto el checo como el alemán, y las habituales exigencias liberales de todas partes: libertad de prensa, fin de la censura y creación de una Guardia Nacional. El 8 de abril de 1848, sucesivos edictos imperiales aceptaban muchos de estos puntos pero evitaban la cuestión de la unidad administrativa de Bohemia, Moravia y Silesia.

Era de esperar que las Dietas de Silesia y Moravia rechazaran las peticiones checas, cosa que hicieron a finales de abril de 1848. La minoría alemana en Bohemia también se alarmó, prefiriendo que los vínculos con Austria siguieran siendo lo más fuertes posibles. Los dirigentes nacionales checos estaban cada vez más decididos a liberar a Bohemia del control de la Viena radical, y los desórdenes en esta ciudad en mayo y junio les permitieron presentarse como favorables a la legalidad; ofrecieron lealmente apoyar al emperador contra sus recalcitrantes súbditos alemanes. Pero las esperanzas de los checos fueron defraudadas por el príncipe Windischgraetz.

Al no poder obtener permiso imperial para ocupar Viena, se volvió a Praga. En Praga el 12 de junio los artesanos y los obreros textiles sin empleo, en su desesperación, salieron a la calle. La provocativa respuesta de las tropas dio lugar a barricadas y violencias, especialmente entre los estudiantes del Politécnico (escuela de ingeniería); a su vez esto sirvió a Windischgraetz de excusa para hablar de «revolución». Retiró sus tropas de la ciudad; luego amenazó con bombardear Praga y pidió su «rendición». Sí hubo algunos

disparos; la ciudad se rindió y Windischgraetz ocupó Praga, poniendo fin a una «revolución» que en sentido estricto nunca existió. De los 100.000 habitantes de Praga, no más de 1.200 lucharon en las barricadas y 800 de ellos eran estudiantes sin experiencia. Pero esto fue bastante para Windischgraetz, cuya mujer había sido muerta por una bala perdida, quizá dirigida contra el príncipe. Cualquier expresión de opinión política bohemia fue prohibida, y los estudiantes y dirigentes políticos más radicales encarcelados por fomentar la «conspiración de mayo» contra el Estado. Pero a esto no siguieron otros desórdenes en Bohemia; los campesinos no se sintieron afectados y los profesores, incluido Palacký, volvieron a sus estudios. Sin embargo, 1848 representó una victoria para los checos. Les proporcionó la igualdad con los alemanes; también se convirtieron en una fuerza política en la monarquía.

Los húngaros, como los checos, no estaban dispuestos a rebelarse contra la autoridad de la monarquía. Al contrario que los checos, los húngaros habían gozado tradicionalmente de unos derechos separados y especiales. Estos se vieron ampliados grandemente por las leyes de abril de 1848, pero los magiares eran monárquicos hasta la médula. Eran también «centralistas», no por supuesto en lo concerniente al gobierno del Imperio austriaco en su conjunto, sino al gobierno de las tierras del reino de San Esteban. Su actitud en 1848 con respecto a las nacionalidades dentro de Hungría, a los eslovacos, rutenios, rumanos, alemanes, serbios y croatas, ejemplificada por Kossuth, fue una actitud de tolerancia cultural, la cual, combinada con las reformas sociales, y especialmente la mejora de la situación de los campesinos, se esperaba que reconciliara a las nacionalidades con el control centralista de un parlamento y un gobierno en Pest que era predominantemente magiar. Esta era la común ilusión de la nacionalidad dominante en los Estados multinacionales. Sus fuertes sentimientos nacionalistas

les impedían ver la fuerza del nacionalismo de los otros pueblos. En el mejor de los casos, como en Hungría y en el Imperio austriaco, existía una especie de válvula de seguridad en forma de una cierta autonomía cultural y local, pero esto en raras ocasiones era suficiente para contener las aspiraciones nacionales de independencia propagadas por una minoría y finalmente aceptadas tácitamente por la mayoría.

Durante los meses de primavera y verano el problema con el que se enfrentó el gobierno magiar no fue la cuestión de sus derechos *teóricos* de independencia bajo la Corona. Habían conseguido una solución aceptable con las leyes de abril. Pero las dificultades prácticas se multiplicaban en cuanto a las finanzas y al control del ejército húngaro. Igualmente seria, y a la larga desastrosa, fue la lucha en torno a la extensión de la jurisdicción húngara. Especialmente importante desde el punto de vista de quién controlaba el ejército fue la cuestión del control de la frontera militar y Fiume, que no poseía instituciones de autogobierno y sobre el cual el monarca ejercía «derechos reservados». En este asunto los húngaros cedieron, pero insistieron en que Fiume era esencial como salida de Hungría al mar. La mayoría magiar en Transilvania aprobó unánimemente la unión con Hungría en la Dieta transilvana el 30 de mayo.

Es un error considerar a las minorías en el reino húngaro como enteramente opuestas al dominio magiar. Los grupos nacionales más pequeños, de hecho, no eran unánimemente hostiles a los magiares. Algunos nacionalistas eslovacos deseaban una nación eslovaca dentro de una «federación de Estados» húngara. Aunque muchos rumanos eran ciertamente hostiles a su incorporación a Hungría, algunos campesinos eslovacos, la mayor parte de los rutenios, los suabos, y los eslovacos católicos del sur se alinearon con los magiares. Es muy difícil cuantificar; hay que ser precavido en las generalizaciones al hablar de las actitudes de las mi-

norías. Hubo muchos en los ejércitos rivales que se enfrentaron en la monarquía durante 1848 y 1849 que no sabían por lo que combatían o que fueron engañados en cuanto al propósito de la lucha. Siguieron las promesas de los dirigentes o simplemente estaban llenos de prejuicios o de ignorancia. En «1848» existió con frecuencia un gran abismo entre el romanticismo y la noble causa abrazada por los dirigentes de las revoluciones y la cerril brutalidad y violencia de los soldados y de las gentes que desahogaban sus frustraciones contra aquellos que consideraban como el «enemigo». Con frecuencia, en la Europa central, los judíos se convirtieron en cabezas de turco de todos los desastres y sufrieron la violencia y el antisemitismo general.

Los húngaros se enfrentaron con los problemas más serios en Croacia. Los croatas y los serbios se habían opuesto tradicionalmente a los esfuerzos de los húngaros por absorberlos. Los croatas consiguieron asegurar y mantener su propia institución autónoma, la Dieta, en Zagreb. Los serbios, sin ninguna institución propia en la monarquía, fueron tradicionalmente utilizados por el monarca para mantener a raya a los húngaros. En 1848, los serbios y los croatas se permitieron gozosamente una vez más actuar en nombre del emperador para librarse del control húngaro.

En marzo de 1848, Josip Jelačić, coronel de uno de los regimientos fronterizos, fue nombrado ban de Croacia. Se había convertido en un fanático patriota croata que creía en el establecimiento de un Estado «ilirio», juraba lealtad a la Corona y estaba animado por el odio a la «tiranía» magiar. Durante la primavera y principios del verano de 1848, la corte imperial en Innsbruck jugó un vacilante juego de conveniencias apoyando unas veces a las diputaciones del gobierno húngaro que protestaban de las pretensiones de Jelačić y otras veces a este, que protestaba de los magiares y aseguraba al emperador su completa lealtad. La monarquía

necesitaba tanto de húngaros como de croatas para que el ejército de Radetzky, con la ayuda de todas las nacionalidades, incluidos húngaros y croatas, eliminara el peligro italiano.

Hasta julio y agosto de 1848 la monarquía no se sintió lo suficientemente fuerte como para anular todas las concesiones constitucionales hechas en nombre de Fernando desde marzo. Los ejércitos austriacos, bajo el mando de Windischgraetz, marcharon contra los diversos grupos nacionales y gobiernos constitucionales cuya existencia había sido sancionada por el emperador, las cuales individualmente continuaban expresando su lealtad a la monarquía y aceptaban de distintas formas la Pragmática Sanción y el concepto de un Imperio de los Habsburgo.

Las actividades y metas de los numerosos centros de actividades nacionales y revolucionarias en el imperio en el verano de 1848 no revelan un modelo general y estable. Tendían a anularse unos a otros. El abandono imperial resultó ser la vía más rápida hacia una dispersión general de la fuerza de los belicosos grupos y nacionalidades.

En algunos lugares, como Viena, había tres o más centros de poder rivales al mismo tiempo. Un Reichstag dividido; los ministros que formaban el gobierno de Austria, leal a la corona, con escaso poder dentro de la ciudad aunque afirmaban que ejercían un control central sobre las otras nacionalidades; esta política centralizadora provocó resistencias entre las minorías en Austria. Para la mayoría que participaba en las diversas Dietas, parlamentos y comités gubernamentales y nacionales, la rivalidad de las nacionalidades iba en contra de las exigencias liberales y constitucionales comunes a todos. El gran fracaso de los liberales y los constitucionalistas en la monarquía residía en su total incapacidad para hacer causa común. Así, los liberales austriacos alemanes se unieron a las fuerzas reaccionarias del imperio

para desbancar a los húngaros. Los eslavos checos ofrecieron sus servicios para aplastar a los alemanes; los eslavos y serbios ortodoxos checos para aplastar a los magiares y los eslavos católicos y los rutenios para combatir por Hungría. Las nacionalidades estaban también divididas entre sí. En la izquierda política, entre la minoría que consiguió alguna representación en los comités y los parlamentos nacionales, nació finalmente un sentido de causa común, pero ya era demasiado tarde y eran demasiado débiles. La mayor preocupación de los campesinos era su propia situación y consideraban a la monarquía su mejor defensa contra las exacciones de la nobleza. Los artesanos y los obreros industriales fueron incitados a una esporádica violencia y a manifestaciones por el empeoramiento de las condiciones económicas debido a los disturbios de 1848. No tenían proyectos u objetivos a largo plazo y en su mayor parte nunca habían oído hablar de sus supuestos dirigentes o de las teorías de la revolución de clase. Actuaban instintivamente y eran apaciguados mediante concesiones económicas o reprimidos por la fuerza. En todo este caos destacan las maniobras y duplicidad de la corte, y principalmente del consejo de los archiduques. Sus órdenes contradictorias lo único que hicieron fue aumentar el caos general, pero paradójicamente la debilidad general de la monarquía, en 1848, facilitó grandemente la tarea de la restauración monárquica de 1849.

La multiplicidad de las divisiones sociales y nacionales, que produjeron el caos, convirtió finalmente a la monarquía en la única solución posible para la restauración de la paz y el orden general. También hubo muchos revolucionarios liberales que, al cabo de seis meses de desórdenes, se volvieron con alivio hacia la corte y los ejércitos austriacos como única forma de salir del desorden y el caos. A los que permanecieron fieles a lo que consideraban como el espíritu de 1848 les esperaba un duro final a manos de los ejércitos imperiales, cuya cohesión durante los turbulentos meses nun-

ca estuvo seriamente en peligro. Suprimieron una «revolución» que había sido definida como tal por la familia imperial y por los partidarios más conservadores de la Corona. Pero la revolución en gran parte fue obra suya, porque llamaron revolucionarios a todos los que pedían autonomía nacional y unas instituciones liberales y constitucionales. Muchos de los «revolucionarios» mantuvieron su fe y su lealtad a la monarquía y mostraron lo que, en aquellas circunstancias, demostró ser un equivocado y excesivo respeto a la legalidad. Querían y realmente parecieron obtener el consentimiento imperial a su «revolución».

La revolución social o radical gozó de poco apoyo en las ciudades. Pero todo el mundo, excepto unos cuantos magnates terratenientes, estaba de acuerdo en la necesidad de completar la emancipación del campesinado. ¿Quién puede decir cuál habría sido la historia de los Habsburgo si la monarquía hubiera sido más fuerte y más ilustrada en los años de 1848-1849? ¿Se perdió la gran oportunidad de una federación imperial modernizada? Lo más probable es que la monarquía, no por una elección deliberada, sino debido a su debilidad general, tomó el camino más prudente: salir del paso. Sobrevivió durante todo el siglo XIX y buena parte del XX. Como forma efectiva de gobierno, más que como símbolo representativo, duró tanto en los dominios austriacos como en otras partes de Europa, y como «imperio» el austriaco, aunque con muchos cambios y vicisitudes, sobrevivió más que cualquier otro en los tiempos modernos.

IV. LA UNIDAD ALEMANA Y EL PARLAMENTO DE FRÁNCFORT

Alemania existía ya en 1848, pero no en el sentido de Gran Bretaña o de Francia. Alemania poseía instituciones federales, siendo la más importante de ellas la Dieta, que se reunía en Fráncfort; existían fronteras federales, una lengua común y sentimientos nacionales, pero a pesar de estos atributos del Estado moderno, «Alemania» realmente no existía en 1848. No había ni gobierno ni administración ni ejército alemán. La Alemania de 1848 estaba formada por una frágil alianza de gobernantes, pero existían curiosas anomalías. Los dos Estados más poderosos de la Confederación germánica poseían territorios que no formaban parte de ella. El territorio polaco de Prusia y los dominios húngaros de los Habsburgo no estaban dentro de los confines de la Confederación germánica de mediados del siglo XIX. Estaba también el caso de Dinamarca, un Estado no alemán, que tenía una pequeña parte de su territorio dentro de la frontera federal alemana. Todos estos problemas no se tuvieron seriamente en cuenta hasta que no hubo una unidad nacional alemana. E incluso cuando los representantes populares reunidos en el parlamento de Fráncfort empezaron a hablar de fundar una nación, no se percataron en un principio de lo grave que era el obstáculo de los territorios de los Habsburgo, donde territorios alemanes y no alemanes estaban unidos en una monarquía. Aunque los prusianos se dejaran absorber en la nueva Alemania, ¿qué harían los Habsburgo? Para los gobernantes de la monarquía de los Habsburgo, la unidad alemana significaría la exclusión o la disolución del imperio. La creación de una nación alemana de 1848 precisaba una reordenación de las fidelidades y precedencias: Alemania en primer lugar y Prusia y los Estados alemanes en segundo; para los «alemanes» del imperio

de los Habsburgo también significaba colocar a Alemania antes que este. ¿Cuántos prusianos y austriacos estarían dispuestos, llegado el momento, a hacer suyas las nuevas lealtades?

En 1848 el impulso hacia una revolución nacional alemana no vino de Prusia o Austria, sino de los dirigentes políticos de los pequeños Estados alemanes del sudoeste. Uno de ellos, compuesto por diversos territorios, era el gran ducado de Baden, que a pesar de estar gobernado por una familia totalmente gris, con la ayuda de una burocracia administradora de estilo francés, desempeñó un papel desmesurado con respecto a su tamaño y poder en 1848. Esto se debió a su constitución. El parlamento de Baden era elegido por un sufragio más amplio que el de cualquier otra parte de Alemania y se convirtió en la cuna del movimiento constitucional alemán. Existía una sólida relación entre los políticos más destacados de la asamblea de Baden y del posterior parlamento de Fráncfort. Los liberales moderados como Adam von Itzstein, Karl Welcker, Friedrich Bassermann y Karl Mathy hicieron llamamientos en favor de una Alemania más unificada en lugar de tantos pequeños Estados soberanos.

De Baden surgió también la política más radical e incluso revolucionaria de 1848; sus dirigentes fueron Gustav von Struve y Friedrich Hecker. Las divisiones entre los liberales constitucionalistas y los republicanos radicales revolucionarios, que se delinearon nítidamente en abril de 1848 y cuyas consecuencias iban a ser trágicas, no eran tan claras al principio. No había partidos políticos como tales, pero los diferentes puntos de vista salieron a la superficie con bastante claridad en el otoño de 1847 cuando la oposición más extrema de Baden dominó una reunión en Offenburg. El programa en ella adoptado no solo contenía las habituales exigencias liberales, sino también exigencias sociales que, en el

contexto de la época, eran socialistas y revolucionarias: una tributación justa (esto es, gradual), un ejército popular, acceso a la educación para todos, y la resolución de los conflictos entre el capital y el trabajo. Seguía habiendo alguna vaguedad en estos propósitos. En realidad, los radicales que fueron juntos a Offenburg pronto se subdividieron en dos grupos. Había los que interpretaban el programa como un camino hacia la república; querían una completa ruptura con los príncipes y la sociedad establecida, y en 1848 encabezaron una sublevación popular y proclamaron la república. Luego había los radicales que deseaban unir a Alemania mediante un parlamento popular sin la colaboración de los príncipes. Este grupo no recurrió a la fuerza.

En Heppenheim el punto de vista de los más eminentes liberales conservadores o moderados se expresaba y se difundía por Alemania a través del *Deutsche Zeitung.* Los liberales que se reunieron en Heppenheim también venían de Baden y de los Estados alemanes del sudoeste. Hablaban conscientemente en favor del liberalismo «alemán». Estas asambleas de liberales y radicales en el otoño de 1847 se consideraban a sí mismas como representativas de Alemania; según ellos, la moribunda Dieta de la Confederación germánica representaba únicamente los arraigados intereses particularistas de los príncipes.

Después de la revolución en París en febrero de 1848, los liberales y los radicales acordaron reunirse en Heidelberg para llevar a cabo la transformación de las instituciones alemanas. El 5 de marzo de 1848 se reunieron allí 51 eminentes liberales y radicales; algunos procedían de otros Estados alemanes, pero la mayor parte de ellos eran del sudoeste. Es necesario señalar que realmente empezaron esta labor política, para la cual se habían autonombrado, en favor de la unidad alemana, *antes* de que las revoluciones triunfaran en sus Estados. En un sentido diametralmente opuesto, el rey

de Prusia hablaba de una alianza conservadora internacional con Rusia y Austria con objeto de aplastar las revoluciones en Europa. En el momento de la reunión de Heidelberg, Metternich era aún canciller y Austria presidia la Dieta federal alemana. Así pues, la revolución «alemana» precedió a las revoluciones en los Estados alemanes. Estos dirigentes de la oposición recurrieron directamente al pueblo alemán en busca de apoyo. Su iniciativa fue audaz y tuvo un éxito inesperado. Su objetivo: la creación de un parlamento *alemán.* Hasta ahí llegaba el acuerdo de liberales y radicales; pero para los liberales moderados la «revolución» era estrictamente «táctica». No tenían ningún deseo de derribar tronos ni de poner en ningún peligro la propiedad, y se oponían a una revolución social.

Pronto liberales y radicales se separaron, pero no antes de ponerse de acuerdo en la convocatoria de un parlamento preparatorio *(Vorparliament)*[1]. Esta asamblea, al igual que la anterior reunión de los 51 reformadores, no tenía ninguna base constitucional ni electiva. Sin embargo, el grupo era impresionante. 574 representantes se reunieron en el Paulskirche de Fráncfort el último día de marzo y deliberaron durante cinco días. El Paulskirche en los años posteriores fue considerado como la cuna de la democracia alemana. Fráncfort fue elegido por ser la sede de la Confederación germánica. El problema era que ahora había dos asambleas en Fráncfort, la vieja Dieta de la Confederación germánica y el nuevo *Vorparliament,* y las dos sostenían que hablaban en nombre de toda Alemania. Afortunadamente los hombres que representaban a sus gobernantes en la Dieta de la Confederación germánica habían sido sustituidos en gran medida como resultado de las triunfantes revoluciones producidas en los Estados alemanes a finales de marzo. Los gobiernos liberales recién formados enviaron nuevos representantes. Por consiguiente, existía cierta simpatía política entre los miembros de la Confederación germánica

y el *Vorparliament;* pero también al principio existió una rivalidad entre los dos organismos. ¿Quién sería el responsable de la unificación alemana, el pueblo alemán o los Estados alemanes? Ahora había demasiadas asambleas parlamentarias en Alemania, mientras que unos cuantos meses antes eran demasiado pocas. En realidad tanto la vieja Dieta como el nuevo *Vorparliament* desempeñaron un papel en la convocatoria de un parlamento alemán.

El día antes de que se reuniera el *Vorparliament,* la Dieta federal se apresuró a convocar unas rápidas elecciones nacionales en los distintos Estados, pero fue el *Vorparliament* quien decidió cómo sería el sufragio. En el *Vorparliament* se había entablado una seria lucha entre los políticos radicales y liberales en torno a esta cuestión. Al final se llegó a un vago compromiso. Todo ciudadano mayor de edad que fuera «independiente» podía votar en su Estado, en un electorado teóricamente de unas 50.000 personas. El tamaño real de este electorado variaba considerablemente. Aunque no se declaraba expresamente, únicamente podían votar los hombres; pero no era el sufragio universal masculino que parecía ser. Se dejaba a los gobiernos más o menos liberales de los Estados la tarea de definir la «independencia»; por ejemplo, los sirvientes domésticos estaban excluidos en Austria. Además, las elecciones eran normalmente indirectas: los votantes elegían a unos «electores» que decidían los miembros que serían enviados a Fráncfort. Sin embargo, nadie era excluido del derecho al voto por cuestiones de religión, clase o propiedad; así pues, los derechos de los ciudadanos se vieron fortalecidos. La Dieta federal confirmó estas decisiones del *Vorparliament* el 7 de abril de 1848 y luego desapareció. No podía esperar convertirse en el punto focal de una nueva Alemania. Designó como sucesor legal al parlamento nacional alemán que se reuniría después de las elecciones. El *Vorparliament* también se disolvió pero nombró un comité de cincuenta personas para que actuara

como perro guardián, hasta que se reuniera el parlamento nacional alemán. Los medios por los que se creó el parlamento nacional alemán, conocido como asamblea de Fráncfort, fueron complejos y enmarañados, pero demostraron que era practicable. A pesar de las intromisiones y rivalidades administrativas, se decidió seguir un camino recto, lo cual prueba que se consideraba la necesidad de un parlamento alemán elegido como un asunto importantísimo. Era este el camino hacia una revolución alemana pacífica y constitucional.

A la vista de las incertidumbres en Alemania y de la novedad de lo que los políticos intentaban conjurar, una Alemania unida mediante unas elecciones nacionales, la organización de tales elecciones fue un logro; pero los radicales extremistas desesperaban de llevar a cabo los cambios políticos y sociales que creían esenciales a través de los procesos parlamentarios y electorales. Hecker y Struve volvieron a Baden, donde intentaron encabezar un levantamiento campesino y obrero. Proclamaron la república el 12 de abril de 1848. Les ayudó una «Legión alemana» llegada desde la Alsacia francesa y dirigida por el bienintencionado poeta Georg Herwegh. Los revolucionarios encontraron poco apoyo y tuvieron que enfrentarse con unos dirigentes liberales decididos; una fuerza combinada formada por tropas de Baden escasamente fiables, reforzadas por tropas procedentes de Hessen y de otros Estados alemanes derrotaron a los partidarios republicanos de Hecker. A finales de abril todo se había consumado. Si Alemania iba a ser unificada no lo sería mediante un levantamiento republicano que barriera a los príncipes y a sus Estados. Esta primera prueba de fuerza entre la evolución liberal que esperaba trabajar de acuerdo con los príncipes y los revolucionarios republicanos que intentaban crear una nueva sociedad fue decisiva y dio una correcta indicación del equilibrio de poder entre ellos a lo largo del año revolucionario. También

destacó la importancia que seguían teniendo los poderes de los Estados individuales que liquidaron el levantamiento.

La idea de un parlamento nacional despertó un gran entusiasmo alemán, pero en la mitad austriaca de la monarquía de los Habsburgo los checos y los eslovacos se negaron a votar. Se calcula que alrededor de la mitad de los que tenían derecho al voto lo utilizaron. A pesar de las diversas interpretaciones y restricciones de los diferentes Estados –de paso digamos que en Prusia no hubo muchas– los 655 miembros del parlamento de Fráncfort fueron elegidos por un sufragio muy amplio, que daba derecho al voto a más gente que la «liberal» Gran Bretaña de aquella época.

Frank Eyck, historiador del parlamento de Fráncfort, lo ha descrito como, fundamentalmente, un parlamento de abogados. Ciertamente fue la más culta de las asambleas de su tiempo y seguramente la más erudita que haya existido nunca; de cada diez de sus miembros, ocho habían recibido una educación universitaria, la mayor parte de ellos en derecho. Estos hombres estaban bien cualificados para hacer frente a las sutilezas de una constitución, pero su preparación legal no les garantizaba el don de la sabiduría o una visión práctica del mundo. Es interesante considerar más de cerca la composición del parlamento de Fráncfort.

En muchos aspectos el tipo de hombre enviado a Fráncfort por el voto popular no respondía a lo que se hubiera esperado de él. No fue elegido ni un solo trabajador y solamente lo fue un campesino. En cambio, dos censores políticos del Antiguo Régimen se las arreglaron para estar en Fráncfort. La mayoría de los miembros procedían de una minoría social influyente de profesionales: profesores, funcionarios públicos y abogados. Había relativamente pocos terratenientes y hombres de negocios. Aunque los representantes procedían de una estrecha franja de la sociedad, había muchos hombres capaces en el parlamento de Frán-

cfort. Un número importante de ellos no habían nacido influyentes, sino que se habían elevado debido a sus méritos.

El parlamento de Fráncfort empezó sus labores el 18 de mayo de 1848, es decir, solo tres meses después de los primeros intentos de un parlamento nacional alemán. Por primera vez se habían organizado elecciones con éxito en todos los territorios de la Confederación alemana. Todo ello parecía un milagro. Sea cual fuere la opinión que merezca la posterior falta de éxito de los dirigentes políticos alemanes de «1848», no pasaron las diez semanas anteriores a la apertura del parlamento dedicados al ocio. La reunión de un parlamento alemán en el Paulskirche fue un éxito *práctico.*

Desgraciadamente, el parlamento de Fráncfort no tenía más poderes que los que pudiera crear de la nada o los que pudiera conseguir persuadiendo a los Estados de la confederación para que se los concedieran. Su fuerza era moral. El hecho cardinal de las revoluciones de 1848 es que los distintos Estados alemanes continuaron existiendo como tales, sin duda bajo otros gobiernos desde marzo de 1848, pero separados y manteniendo esa separación. Ahí reside una paradoja y una contradicción esencial en la Alemania de 1848. Existía orgullo y apego a la idea de una Alemania unificada, especialmente en los tratos con los países vecinos, pero la mayor parte de los alemanes de los Estados principales, sobre todo Prusia y Baviera, deseaban también conservar la identidad e independencia de sus Estados respectivos. Únicamente los revolucionarios de izquierda, y en todas partes constituían una minoría, no sentían una profunda lealtad por sus respectivos Estados; su objetivo principal era la revolución social y la fundación de una o varias repúblicas. Por diferentes razones, la «izquierda» revolucionaria y los liberales de Fráncfort que luchaban por la unidad subestimaron la forma alemana del problema de las «naciona-

lidades», el poder de los Estados alemanes. Sin un gran apoyo popular, que no existía en absoluto, los Estados no desaparecerían ni serían reducidos a la condición de provincias *(Lander).* Fue eso lo que convirtió en irreales los esfuerzos del parlamento de Fráncfort por construir una Alemania unificada en torno al núcleo de la asamblea.

No se puede realmente condenar a los parlamentarios de Fráncfort por intentar construir un poder centralizado y vivir en un país ideal. ¿Tuvieron en verdad una mínima posibilidad que perdieron por descuido? Como en todas las cuestiones hipotéticas, la respuesta solo puede expresar una opinión. Hay que recordar que la pertenencia a los parlamentos estatales y nacionales se basaba en las mismas raíces electorales. Es evidente que los liberales prusianos seguían siendo leales prusianos. Si hubieran hecho una clara elección en favor de la unidad alemana, ni en 1848 ni en 1849 habrían podido persuadir a Federico Guillermo IV y a su ejército de que integraran la política prusiana en una soberanía popular alemana más amplia. Lo que se exigía de los liberales prusianos era a la vez un rechazo de Prusia y de los Hohenzollern; ¡algo impensable! Y si los liberales hubieran recurrido al apoyo revolucionario del pueblo, la represión en Prusia habría llegado tan pronto y habría sido tan violenta y sangrienta como en París. La respuesta es que poco podía hacerse en el parlamento alemán de Fráncfort, aunque esto no era evidente en aquellos tiempos. Las decisiones se tomaban en 1848 en el Imperio de los Habsburgo y en Berlín, no en la ciudad libre de Fráncfort.

El parlamento de Fráncfort abordó inmediatamente las cuestiones más urgentes. Heinrich von Gagern fue elegido como primer presidente de la asamblea; era un distinguido y sincero liberal con una experiencia política considerable, pero totalmente carente del genio o de la personalidad que poseen los dirigentes destacados. Era un hombre virtuoso e

inofensivo, lleno de buenas cualidades pero desprovisto de aquellas que pueden convertir en triunfo una adversidad; como el parlamento de Fráncfort tomado en su conjunto, era demasiado noble de carácter para la tarea que tenía entre manos, pero reflejaba el ideal de la mayoría de los parlamentarios de la época.

Después, los parlamentarios se enfrentaron con la cuestión básica de la relación del parlamento nacional alemán de Fráncfort con todos los parlamentos que se reunían y aprobaban en sus respectivos Estados leyes que necesitaban la firma de sus príncipes. Lo resolvieron rápidamente declarando que la constitución que redactaran sería soberana; diplomáticamente no negaron el derecho de los parlamentos y los príncipes de los Estados a promulgar una legislación estatal, pero manifestaron que esa legislación no sería válida mientras entrara en contradicción con la constitución elaborada por la asamblea nacional, basada «en la voluntad y elección del pueblo alemán, para fundar la unidad y libertad política de Alemania».

A finales de mayo de 1848, el parlamento de Fráncfort se había declarado soberano sobre príncipes y parlamentos estatales, aunque no poseía ni un ejército ni un gobierno. Después, la asamblea creó su propio gobierno para Alemania y decidió la elección de un jefe de Estado temporal. Se evitó elegir a un prusiano. Fue designado Juan, un archiduque austriaco que fue debidamente elegido por la asamblea el 29 de julio de 1848. Era un archiduque poco frecuente, con reputación de tener ideas nacionales y liberales, nada ostentoso y casado con la hija del jefe de correos de un pueblo. Era también bastante mayor (sesenta y seis años en 1848), carecía de una fuerte personalidad que corriera pareja con su ambición y tenía que dividir su atención entre Fráncfort y Viena. ¿Podría este Habsburgo convertirse en emperador de una Alemania que incluyera a Austria, lo

cual implicaría la posible disolución del imperio de los Habsburgo? ¿O trabajaría en favor de un imperio alemán que excluyera a su propio pueblo, los alemanes austriacos? No fue necesario resolver el enigma. Le fue otorgado el título de regente imperial *(Reichsverweser)*[2]. Se le concedió el «poder central provisional» y la responsabilidad de nombrar a los ministros. El primer ministro-presidente fue Carlos, príncipe de Leiningen, hermanastro de la reina Victoria y acreditado liberal. Fueron nombrados varios otros ministros, entre ellos Schmerling como ministro del Interior. Pero no existían ni ministerios ni burocracia que llevaran a la práctica sus decisiones. Un asunto crucial fue el del ejército, o mejor dicho de los ejércitos, cada uno de los cuales consideraba hasta entonces a su gobernante como único comandante en jefe. Sin un ejército leal al gobierno central no podía existir una autoridad real. El único ejército que reunía estos requisitos en 1848 era el prusiano, que entonces estaba luchando contra los daneses. Un general prusiano, Edouard von Peucker, fue nombrado «ministro de la Guerra», pero aceptó únicamente a condición de que el ejército prusiano continuara existiendo como entidad aparte y de que no tuviera que actuar de manera contraria al mando del rey de Prusia. Los intentos de Peucker como ministro Imperial de la Guerra por hacerse con el control en «circunstancias excepcionales» de los ejércitos de los diferentes Estados no encontraron apoyo alguno en Prusia, Baviera o Austria, cuyos gobernantes dirigían las fuerzas que realmente contaban. El *poder* central de Fráncfort no existía, pese a la afortunada creación de las instituciones federales. El poder dependía de la cooperación voluntaria de los diferentes Estados o mejor dicho de sus gobernantes. Estos esperaban la hora propicia y no tenían ninguna intención de desempeñar aquel papel constitucional secundario que les habían señalado los liberales.

Los parlamentarios de Fráncfort han sido también condenados por su chauvinismo con respecto a los polacos, al denegar a las otras nacionalidades los derechos que exigían para los alemanes. Pero una política de libertad para todos los polacos habría sido totalmente impracticable, porque habría puesto al Estado prusiano contra Fráncfort y probablemente conducido a una inmediata intervención rusa. Polonia ya no existía; y no podía ser reconstituida sin una derrota simultánea de Rusia, Austria y Prusia que no se produjo hasta 1917-1918. Además, el altruismo necesario para liberar a Polonia como gesto de fraternidad nacional habría sido virtualmente único en la historia.

El nacionalismo de Fráncfort se manifestó particularmente en relación con las provincias étnicamente de predominio alemán de Schleswig-Holstein, que el rey de Dinamarca intentaba unir más estrechamente a su reino; pero es necesario señalar que el clima general de la opinión liberal en Europa no consideraba que las minorías tuvieran derecho a la autodeterminación; si esta opinión hubiera existido habría favorecido a los daneses en el norte de Schleswig. Por otra parte, el parlamento de Fráncfort no consideraba seriamente que los territorios no alemanes del imperio de los Habsburgo debieran ser obligados a formar parte de una Alemania unificada. No había ninguna agitación general contra Palacký o los eslavos. Así pues, no parece correcto considerar a los liberales moderados de Fráncfort como los precursores de los nazis o acusarles de un nacionalismo excesivo cuando su objetivo principal era hacer realidad la nación alemana.

No existían partidos, en el moderno sentido del término, en el parlamento de Fráncfort, pero había distintos agrupamientos que iban desde la derecha conservadora hasta la izquierda republicana a la vez que un cierto número de independientes. La división que se reveló en los debates del par-

lamento de Fráncfort desde mayo a agosto de 1848 se produjo básicamente entre dos grupos. Había quienes se oponían a una revolución social y creían que la unidad alemana solo se podía construir federalmente con la cooperación de los parlamentos estatales y de los príncipes. Constituían la gran mayoría; sin embargo había una minoría que no deseaba hacer funcionar las instituciones existentes. Su objetivo real era la revolución; les preocupaba menos la forma de la unidad alemana que el intento de quitar todo el poder a los príncipes y, si era posible, a los propios príncipes. En el mejor de los casos, eran sinceramente demócratas y creían que un parlamento alemán elegido podía sustituir a los gobiernos y a la autoridad de los príncipes. Su influencia era mayor que su número real porque maniobraban hábilmente alineándose tácticamente con otros grupos en los asuntos que estaban más allá de las diferencias ideológicas entre el centro y la derecha para llevar a cabo sus propósitos. Nada de esto tendría mucha influencia en el curso de los acontecimientos de 1848-1849. Mientras el parlamento de Fráncfort se concentraba en su principal tarea de elaborar una constitución para Alemania, el rey de Prusia y el emperador Habsburgo se preparaban para acabar con las aspiraciones de 1848 en sus dominios. A pesar de los primeros éxitos de las revoluciones de 1848 en Prusia y los Estados alemanes, probablemente nunca existió una verdadera oportunidad de crear una nación alemana unificada en Fráncfort dirigida por un gobierno alemán en nombre de un monarca alemán. La fundación de una república alemana en 1848 basada en el voto del pueblo era una posibilidad aún más remota. Es necesario recordarlo antes de emitir juicios apresurados sobre las palabras y acciones de los liberales alemanes de 1848.

[1] *Vorparliament* normalmente es traducido como «parlamento preliminar» o «pre-parlamento»; no se ajusta esto al significado real de «vor», que se traduce mejor como «preparatorio».

[2] En el Sacro Imperio Romano, a la muerte del emperador se nombraba un regente imperial hasta el momento de elegir un nuevo emperador. El título escogido en 1848 ponía de relieve tanto la continuidad como la naturaleza provisional del cargo.

V. PRUSIA Y LA CAUSA CONSTITUCIONAL EN ALEMANIA EN 1848

Lo que ocurrió en Prusia en 1848 fue decisivo para la causa del constitucionalismo y para la unidad alemana, debido a que la otra gran potencia «alemana», la monarquía de los Habsburgo, estaba internacionalmente inmovilizada. Amenazados en Italia y en Hungría, los gobernantes del imperio de los Habsburgo solamente pudieron actuar como espectadores en los conflictos alemanes del año revolucionario. Ello dio a Prusia una oportunidad única de desempeñar un papel dominante en los asuntos alemanes. Pero Prusia no aprovechó esa oportunidad. Fue un fallo, no solo por parte del rey y de sus consejeros conservadores, sino también del gabinete liberal prusiano, cuyos sentimientos hacia la unificación alemana eran ambivalentes. Fallaron en «Alemania» porque, en última instancia, no tenían deseos de triunfar.

Prusia era una realidad y Alemania no. Prusia se había convertido en un Estado grande y poderoso por derecho propio, con sus propias tradiciones, muchas de las cuales, en los campos de la enseñanza, la administración y el derecho, eran progresivas. Aun en 1871, en el pináculo de los éxitos prusianos, Guillermo I se mostró remiso a cambiar la realidad de ser «rey de Prusia» por el vagoroso título de «emperador de Alemania»; al menos eso pensaba entonces. A los prósperos y sólidos renanos y a la creciente población de Berlín les parecía, en la primavera de 1848, que Prusia marchaba por el buen camino; un buen gobierno iría de la mano de la prosperidad. Otro obstáculo para la unificación era que aunque Alemania no existía como tal, sí existían los pequeños Estados alemanes, y ¿cómo se podía obligar a los príncipes de los diversos Estados a que renunciaran a sus poderes? Hay un tercer obstáculo que a veces citan los his-

toriadores. Sostienen que los vecinos de Alemania, especialmente Rusia, no habrían permitido la unificación alemana, porque deseaban mantener a Alemania débil y dividida. En realidad, lo cierto es todo lo contrario. Con Austria paralizada, los vecinos de Alemania estaban demasiado preocupados por sus problemas internos, reales o imaginarios, como para arriesgarse a una guerra por el futuro de Alemania. Si hubo un año en el siglo XIX en que Alemania pudo unificarse sin una guerra europea fue precisamente el de 1848. Pero en lugar de ello, Alemania se unificaría mediante tres guerras. Estas «guerras de unificación» dejaron un legado de glorificación militar y una creencia en que lo que había conseguido Alemania mediante la espada solo podría mantenerlo con la espada. A partir de esa mentalidad se desarrolló el mito de los vecinos malévolos y la fobia ante el peligro de convertirse en víctima de un cerco hostil. Su contrapartida fue el estilo a menudo agresivo de la política exterior alemana, con su énfasis en la acción a «sangre y fuego».

En 1848, los desórdenes en Prusia fueron mucho menores que en los pequeños Estados alemanes del sudoeste, con sus numerosos pequeños propietarios campesinos pobres. La perspectiva de dejar de ser prusiano para convertirse en alemán, no se mostraba muy tentadora. ¿Cómo se gobernaría esa nueva y desconocida Alemania? No era esta una objeción teórica a una Alemania unificada por parte de los liberales –muy al contrario–, sino más bien un sentimiento general de que había que dar prioridad a Prusia primero, y luego a Alemania. Después de todo, en términos territoriales, si se excluían los dominios de los Habsburgo, ¡Prusia comprendía los dos tercios de Alemania en 1848! Así, lo que les parecía más importante a los liberales en Prusia, y los más jóvenes y enérgicos de ellos eran miembros del parlamento de Berlín y no de la asamblea de Fráncfort, era consolidar su posición política en Prusia. Una vez consegui-

do esto, la cuestión alemana se resolvería de alguna forma. El gabinete liberal y constitucional de Berlín, dirigido por los renanos Camphausen y Hansemann, estaba más interesado en fortalecer su poder en Prusia frente a la derecha y la izquierda que en entregar su poder y desempeñar un papel secundario en el parlamento nacional en Fráncfort. Simplemente no querían verse como una administración «provisional» hasta que se formara un gobierno para toda Alemania.

No había un «proletariado» con conciencia de clase (o una «clase media») en Prusia; es posible identificar a grupos que tenían problemas comunes como los aprendices, los obreros industriales en paro, los mendigos, los dependientes de comercio, los criados domésticos y demás, algunos de los cuales cooperaron durante cierto tiempo unidos por un común propósito inmediato; pero, sin embargo, el modo en que veía cada uno de estos grupos el futuro difería grandemente. Los campesinos de Prusia, aunque no en todas partes permanecieron tan tranquilos en 1848 como Bismarck los describe en sus *Memorias,* no hicieron ningún esfuerzo por unirse a la gente de las ciudades. No hubo ninguna conspiración revolucionaria, muy poca organización o planificación y, en consecuencia, ninguna coordinación. Había una reverencia por la dinastía Hohenzollern de los reyes de Prusia y una fe en sus intenciones y benevolencia generalizadas. Prácticamente en Prusia no existían deseos de república; se exigían reformas específicas, aunque no estaba claro en marzo de 1848 que mientras algunas significaban reformas constitucionales, otras tenían un contenido social. Es incluso dudoso que los sentimientos nacionales desempeñaran un papel significativo entre los sectores más pobres de la comunidad.

En estas condiciones, muchas cosas dependían del carácter y de la actitud del monarca. Es una curiosa coincidencia

que cuatro tronos en Europa estuvieran simultáneamente en manos de monarcas que mostraban signos de incapacidad mental en 1848. El apasionamiento de Luis I de Baviera por Lola Montes nublaba su juicio; Luis Felipe, intelectualmente osificado, dejó su trono desesperado; Fernando de Austria estaba físicamente impedido y era mentalmente débil, y Federico Guillermo IV, en el que habían puesto tantas esperanzas los liberales, ya en 1848 mostraba síntomas de la incapacidad mental que le sobrevino diez años más tarde.

Federico Guillermo IV era un hombre dotado, con sentido artístico y mecenas de las artes. En momentos de exaltación, Federico Guillermo era dado a lo grandioso. Se había quedado deslumbrado por San Pedro en Roma. Idealizaba a la Edad Media, tendencia intelectual frecuente en las décadas de 1820 y 1830, y se consideraba parte de un proyecto divino, príncipe responsable ante Dios, padre de su pueblo. Su visión de la sociedad era jerárquica, una pirámide en cuya cima estaba él. Creía que el pueblo no podía gobernarse o exigir derechos; los diferentes «estamentos» de las provincias de su reino debían estar representados por consejos, nobles, burgueses, artesanos, etc., que debían presentar sus peticiones al rey para informarle de sus necesidades. Admiraba la organización de la Iglesia católica e hizo más fácil la posición de los católicos en Prusia. Reverenciaba lo que consideraba como secular tradición del Sacro Imperio Romano y consideraba a Metternich como un amigo y aliado. En consecuencia, no se sentía inclinado a afirmar a Prusia frente a Austria en lucha por la supremacía de «Alemania», cuya existencia supondría una ruptura con la tradición. Las nuevas ideas de una moderna nación alemana que barriera el orden del Sacro Imperio Romano, los derechos de los príncipes, sus Estados e instituciones, eran totalmente ajenas a su pensamiento. Para él el imperio era realmente «sacro», una unión casi mística de príncipes vinculados a

los Habsburgo y un pasado sagrado. Consideraba la constitución como un trozo de papel que producían las repúblicas. La constitución era un invento extranjero, francés, producto de una era que había producido el Terror en 1793 y la guillotina. La personalidad de Federico Guillermo estaba dividida, siendo una mitad moderna y la otra fuera de su tiempo. Fue el primer rey prusiano que convocó una especie de asamblea parlamentaria. Los representantes de los distintos Estados provinciales se congregaron en una asamblea conocida, no como el parlamento prusiano, sino simplemente como la Dieta Unida; se reunieron en Berlín en 1847. Federico Guillermo se dirigió a ellos no como parlamentarios, sino como súbditos obedientes totalmente sometidos al trono. «Me siento movido a declarar solemnemente que ningún poder en la tierra podrá convencerme de que transforme la relación natural entre príncipe y pueblo, relación que por su verdad interior nos ha hecho tan poderosos, en otra constitucional contractual. Nunca permitiré que una hoja de papel escrito se interponga entre nuestro Dios en el cielo y este país [...] para gobernarnos con sus párrafos y suplantar a la antigua y sagrada lealtad.»

Incluso en una época en que los monarcas seguían creyendo en las virtudes del absolutismo, las ideas de Federico Guillermo parecían decididamente extrañas. Podía ser generoso y tolerante, permitiendo cierta libertad académica –por ejemplo, devolvió su cátedra en Bonn al venerable patriota cultural Ernst Moritz Arndt–, todo lo cual se tomó equivocadamente por «tendencias liberales»; mediante un cambio de humor podía ser mezquino, rencoroso y vengativo. En ocasiones, cuando quería, podía tener un gran encanto y era un escritor y orador dotado; con la misma facilidad podía dedicarse a hacer tonterías. Su única virtud sólida, desacostumbrada en un príncipe prusiano, fue su falta de interés por el ejército y su carencia de deseo de engrandecimiento territorial. En las maniobras no se podían dispa-

rar los cañones demasiado cerca de su persona, por temor a herir sus sensitivos nervios. Este era el extraño hombre que gobernaba la vieja Prusia, un Estado poderoso y de alguna manera progresivo, pero dedicado en la década de 1840 al orden y no a la expansión militar o a la rivalidad internacional. Los liberales alemanes que pusieron sus esperanzas en que proporcionara la dirección necesaria para crear una Alemania constitucional moderna sufrieron una patética ilusión.

Cuando le llegaron las noticias de la revolución en Francia, la primera reacción de Federico Guillermo IV, a principios de marzo, fue intentar formar un frente conservador de Estados e hizo un llamamiento a Rusia y a Gran Bretaña. Sus proposiciones recibieron una fría acogida en Londres y San Petersburgo. En su país, Federico Guillermo estaba dispuesto a hacer algunas concesiones tácticas para apaciguar a la oposición. Posiblemente para hacer desaparecer uno de los focos de la oposición, Federico Guillermo decidió suspender la reunión de la Dieta Unida, pero prometió que a partir de entonces convocaría regularmente a la Dieta, concesión que hasta entonces esa asamblea parlamentaria había intentado conseguir vanamente. La dispersión de la Dieta Unida en esa crítica coyuntura no fue, sin embargo, un acierto desde el punto de vista del rey. El debate sobre la constitución ya no podía limitarse a la cámara de consejos en un momento en que las tensiones políticas comenzaban a hacerse sentir en las calles de Berlín.

El 13 de marzo de 1848 se produjeron los primeros choques entre las tropas reales y los berlineses. Tres días después las noticias de la revolución en Viena tuvieron un gran efecto en el ambiente de Berlín. Se encendieron los ánimos contra el gran número de tropas que el rey había traído a su capital desde las guarniciones de fuera. El príncipe Guillermo de Prusia, hermano menor de Federico Guillermo, que

más tarde reinaría serena y discretamente como Guillermo I, en 1848 encabezó el partido militar en palacio, que sostenía violentamente que no se podía hacer ninguna clase de concesión a las demandas populares. El príncipe pronto tuvo que ponerse fuera del alcance de las iras de la población y, como muchos otros fracasados de 1848, socialistas y conservadores, buscó refugio en Inglaterra. Después de muchas dudas, Federico Guillermo IV decidió hacer más concesiones para evitar conflictos. Prometió volver a convocar pronto a la Dieta Unida y terminar con la censura. Estas concesiones se hicieron en el sábado 18 de marzo, es decir, *antes* de que estallara la lucha en Berlín.

El pueblo ahora presionaba en favor de sus exigencias todavía insatisfechas. Estas exigencias eran más de carácter local que cuestiones ideológicas o principios constitucionales. Las tropas debían abandonar Berlín y ser enviadas fuera de los límites de la ciudad. Se le aseguró al rey que estaría seguro entre sus súbditos. Desgraciadamente, cuando la muchedumbre, en su mayor parte formada por ciudadanos bien vestidos, se congregaba aquella tarde en torno al palacio, el rey dio la orden de despejar la plaza del palacio: de modo típico había dado dos pasos adelante y ahora daba uno atrás. Al enfrentarse tan de cerca, con una alta tensión por medio, los ciudadanos y las tropas, la orden de dispersar a la muchedumbre de la plaza probablemente condujo a la violencia y brutalidad. Dos tiros, probablemente disparados por un granadero presa del pánico, algo muy frecuente en 1848 en estos enfrentamientos urbanos entre ciudadanos y soldados, convirtieron a una manifestación pacífica en un motín sangriento. El pueblo gritó «¡traición!» y levantó barricadas; pero las tropas reales consiguieron controlar el centro de la ciudad. El rey podía dominar fácilmente la situación en Berlín mediante la fuerza. El ejército era eficaz, despiadado y completamente leal. En realidad, el ejército era más despiadado que el rey. Este pasó una angustiada

noche de indecisión en el palacio; aborrecía el derramamiento de sangre y decidió dirigir un llamamiento personal *A mis queridos berlineses,* que la mañana siguiente se fijó en todos los árboles de la ciudad. El rey prometía discutir todas las cuestiones y retirar las tropas de Berlín (se entiende que gradualmente). El domingo, 19 de marzo, en el palacio reinaba una confusión total; en vez de retirarse parcialmente al interior de la ciudad como esperaba el rey, las tropas, debido a un equívoco que nunca ha sido plenamente explicado, se retiraron totalmente de Berlín y el rey, que incluso antes de que se produjera la violencia había pensado en retirarse a Potsdam, fue abandonado en el palacio guardado únicamente por los ciudadanos de Berlín. Estos espontáneamente exigieron que el rey honrara a sus muertos, de la misma manera que habría honrado a los granaderos caídos en combate. Fue un gesto de profunda significación simbólica. El rey se dio cuenta de que no tenía alternativa, aunque le horrorizaba tener que ponerse al lado de su pueblo contra el ejército que le había servido. Desde el balcón de palacio saludó a los cadáveres expuestos en carros ante él.

El corazón de Federico Guillermo no estaba conforme con este papel de «rey ciudadano». Su completa seguridad en Berlín indicaba la posibilidad de transformar la dinastía en una monarquía «popular»; pero odiaba esto tanto como el derramamiento de sangre. Los berlineses no lo sabían. Se engañaban pensando que se había forjado un nuevo vínculo entre el pueblo y los gobernantes Hohenzollern. Creían que habían vencido al ejército y que Federico Guillermo estaba de su parte.

Una vez a salvo en Potsdam, Federico Guillermo expresó sus verdaderos sentimientos. Recordó los días que había pasado solo con sus súbditos en Berlín no con orgullo, sino con humillación. Acusó a los berlineses de usurpar el orden divino, forzando la mano del rey. A pesar de todo, hizo al-

gunas concesiones importantes. Había aceptado en principio el gobierno constitucional, el nombramiento de ministros procedentes de la oposición liberal de la Dieta Unida y la convocatoria de un nuevo parlamento cuya principal tarea sería llegar a un acuerdo con la Corona sobre una constitución para Prusia. No pensaba vengarse. Permitió que la política siguiera en manos del gobierno prusiano, formado por los liberales «ministros de marzo» recientemente nombrados, pero sus cartas desde Potsdam, escritas por entonces, muestran cuánto desaprobaba su política, aunque no proyectaba tomar ningún tipo de medidas contra Berlín o el gabinete. Consideraba a los ministros personalmente como súbditos leales y dignos aunque seguían una política que le parecía equivocada.

El nuevo gobierno de Camphausen en Berlín estaba compuesto por liberales completamente leales a la corona, y tan decididos a oponerse a la revolución social como el rey y los *Junkers.* Concibieron una constitución en la que el monarca y los ministros compartirían el poder y que convertía al parlamento en mero órgano consultivo. El gabinete supervisaba las elecciones al parlamento prusiano, llamado asamblea nacional, elegido por sufragio masculino, una base electoral mucho más avanzada que la británica en aquel momento. El sufragio masculino era un objetivo común de todos los liberales en 1848. En Francia, como hemos visto, se convirtió en un arma que apoyó la actitud social conservadora de los liberales franceses. Quizá los liberales prusianos también reconociesen que el conservador mundo rural mantendría a raya a los militantes de las ciudades. En todo caso, había otra salvaguarda; la elección de los parlamentarios sería indirecta: el pueblo escogería electores que a su vez escogerían a los parlamentarios, un mecanismo pensado para garantizar que los extremistas quedasen excluidos.

En cuestiones de política exterior, el nuevo ministro responsable, Heinrich von Arnim-Suckow, deseaba seguir una vigorosa política alemana. Creía que la situación revolucionaria debía ser utilizada para unificar a Alemania sin los dominios de los Habsburgo colocando al rey de Prusia al frente de un movimiento alemán. Esta sería, posteriormente, la «solución» de Bismarck; era una unificación desde arriba y no hecha por el pueblo. Lo que quería Arnim era anular los esfuerzos del parlamento alemán en favor de la unidad por medios democráticos.

También Arnim dio un vigoroso impulso a la cuestión polaca; al principio estaba dispuesto a abandonar el ducado de Posnania (prusiano desde 1815) y recrear una nación polaca para empujar a Rusia hacia el este. Arnim incluso consideraba favorablemente la posibilidad de una guerra con Rusia que creara el fervor necesario para una solución prusiana a la unidad alemana. Se habló de una alianza con la Francia revolucionaria en abril de 1848, pero el gobierno de París no estaba dispuesto a ir más allá de un apoyo moral. Nada resultó de los proyectos polacos de Arnim. Cuando polacos y prusianos chocaron en Posnania, estos se curaron enseguida de sus propósitos de fomentar el nacionalismo polaco. De todas maneras defender a los alemanes más que a los polacos era una manera mejor de conseguir para Prusia el aplauso de «Alemania». Por ello, Arnim estaba decidido a defender las reclamaciones de los alemanes de los ducados de Schleswig-Holstein, arrastrando al rey de Prusia a una guerra contra Dinamarca (véase cap. VI).

Federico Guillermo IV se oponía totalmente a esta política. No «usurparía» la Corona imperial que pertenecía a Austria. En sus cartas privadas condenaba la unidad «alemana» que habría excluido a una tercera parte de las tierras «imperiales»; tampoco estaba dispuesto a aceptar una Corona que no viniera de las manos de los príncipes. Contra-

dicciones similares le asaltaban al seguir la política de Arnim de guerra con Dinamarca a propósito de los ducados de Schleswig-Holstein. Le atraía la idea de la conquista prusiana de los ducados, pero actuar en nombre de los parlamentarios de Fráncfort contra los deseos de los monarcas, como el zar de Rusia, le llenaba de vergüenza. Su insistencia en concluir un armisticio con los daneses, conocido como armisticio de Malmö, el 26 de agosto de 1848, señala la reasunción por parte del rey del control sobre la política exterior prusiana y el rechazo de las ideas de Arnim. De modo similar, en el verano de 1848, ya quedaba poco de la política liberal prusiana en Polonia. Los polacos de la Polonia prusiana, que habían entrado en conflicto con los alemanes que vivían allí, fueron sometidos por el ejército en la primavera; un poco más tarde, la mayor parte de Posnania fue admitida en la Confederación germánica y solo quedó una pequeña parte para la futura nación polaca, de la cual cada vez se oía hablar menos. La explicación más plausible de la política exterior prusiana en el verano de 1848 es que el rey, al hacerse cargo de nuevo de la política, estaba decidido a separar a Prusia de las causas defendidas por los «usurpadores» de los poderes divinos de los príncipes y también del «ejecutivo» para Alemania en Fráncfort. Es esto, más que un temor a Rusia o a Gran Bretaña, lo que explica suficientemente sus motivos. Lo que parecía una retirada prusiana fue realmente una reafirmación de las prerrogativas reales. Quería desacreditar todos los supuestos gobiernos populares, y especialmente el de los parlamentarios de Fráncfort.

En el interior, el gabinete Camphausen no logró transformar a Prusia a pesar de las elecciones y de la reunión de la nueva asamblea nacional prusiana en mayo. Se presentaron proyectos de constitución ante la asamblea nacional, pero los ministros no consiguieron la aprobación parlamentaria a una constitución que no diera al parlamento un control

efectivo del rey. La constitución continuaba siendo objeto de disputas cuando el rey disolvió a los parlamentarios en diciembre de 1848. Durante todo este tiempo el ejército permaneció leal a la Corona. Por supuesto, la administración, en su conjunto, seguía albergando sentimientos absolutistas, de manera que los liberales, en las ciudades, y, sobre todo, en Berlín, estaban aislados del resto del país. También estaban aislados de los pobres, cuyas esperanzas no podían colmar. Porque el liberalismo en Prusia, lo mismo que en el resto de Europa, no significaba una licencia para la revolución social ni pretendía preparar el camino para entregar el poder a la plebe y a sus dirigentes en las ciudades. El gabinete liberal llenó el vacío de poder creado por la marcha del rey y del ejército a Potsdam mediante la formación de una guardia cívica en Berlín. Los pudientes estaban dispuestos a luchar por la ley y el orden y para conservar su modo de vida. La guardia cívica estaba compuesta principalmente por quienes tenían intereses financieros en la estabilidad. El gabinete liberal prusiano estaba desconcertado por el radicalismo de la izquierda en el parlamento prusiano que había creado. La frustrada oposición de izquierda, excluida del poder, empezó a organizar clubs democráticos y socialistas. Se celebraron numerosas reuniones y se enviaron peticiones. La falta de una mejoría en las condiciones económicas y la insatisfacción y el desaliento generales ante la falta de beneficios tangibles después de las victorias de marzo, provocaron nuevas tensiones en la ciudad. Aunque no se produjo nada tan amplio y grave como las «jornadas de junio» en Berlín, hubo un serio choque entre la guardia cívica y la plebe el 14 de junio de 1848, cuando una multitud invadió y tomó las armas del Arsenal y del Museo Militar (Zeughaus). La cuestión de fondo que se planteaban los escasos activistas era saber si la «revolución» de marzo se debía completar y establecer la soberanía del pueblo o si Prusia, con el consentimiento del rey, debía se-

guir el camino del constitucionalismo que, como este podía afirmar, se había iniciado antes de los acontecimientos de marzo en Berlín. ¿Eran las «jornadas de marzo» el comienzo de una nueva época o carecían de importancia? ¿Continuidad y legalidad o revolución? No cabía dudas sobre la postura de la mayoría y de Camphausen. Se oponían a la violencia y el desorden. Era fácil controlar a los activistas de Berlín, pero la tarea de intentar defender un orden legal en nombre de un rey que en Potsdam vacilaba en su apoyo, era excesiva para Camphausen.

Entretanto, en Potsdam, el rey estaba rodeado de una camarilla de consejeros, una especie de gabinete alternativo, que le empujaba a actuar. Indeciso, Federico Guillermo IV esperaba los acontecimientos, lo que a la larga demostró ser la mejor política. Durante el verano de 1848 todavía parecía sin resolver la cuestión de si las jornadas de «marzo» llevarían a un gobierno constitucional de amplia base o si restaurarían el orden conservador prusiano. Lo que estaba claro era que el gabinete liberal de Camphausen estaba irremediablemente en el medio y que no se podía encontrar ninguna estabilidad en esta postura media de compromiso entre el absolutismo político ilustrado de antes de 1848 bajo la Corona prusiana, por una parte, y un gobierno de base popular, por otra, que reduciría la posición de la Corona a una simple significación simbólica. Enfrentados con esta desagradable decisión, los viejos liberales, al final, prefirieron alinearse con la Corona en lugar de hacerlo con la revolución. Ya en junio de 1848, poco después del choque en el Zeughaus, Camphausen dimitió. De modo similar, en lo que respecta a la cuestión de Alemania, la Alemania que el parlamento de Fráncfort intentó crear no podía conseguir ni la aceptación de la Corona prusiana ni el apoyo sostenido de los liberales prusianos, cuya lealtad personal al rey de Prusia se anteponía a cualquier causa nacional o constitucional.

La verdad es que la «revolución» en Prusia nunca pasó de ser más que un grave motín en Berlín y desórdenes industriales en Silesia y en Renania. Pareció un éxito debido a la disposición del rey durante algún tiempo a permitir que las decisiones pasaran de sus manos a las del gabinete liberal; pero la posición del rey era tan tremendamente sólida y la revolución, en términos de fuerza, tuvo tan poco éxito que en el momento en que el rey decidió reasumir el control de los funcionarios prusianos y elegir sus ministros, ese poder fue suyo con solo pedirlo. Y lo que ocurrió fue algo inesperado: no se produjo una ciega reacción cuando las fuerzas de la revolución de 1848 se hubieron gastado. Los conservadores prusianos no eran reaccionarios, sino que, en muchos aspectos, deseaban una Prusia reformada, modernizada. De otra manera no habría sido posible el asombroso auge de Prusia en el tercer cuarto del siglo XIX. Prusia no habría podido llegar a ser la vigorosa potencia directora de Alemania y de la Europa continental si los ministros del rey simplemente hubieran deseado parar el reloj de la historia. Sin duda, se oponían con todas sus fuerzas a la idea de una «soberanía parlamentaria». En su lugar, los conservadores de la década de 1850 y Bismarck en la de 1860, trataron de crear una estructura constitucional original. Esta contenía concesiones a las ideas liberales de un gobierno representativo; también teóricamente confirmaba el derecho divino del monarca a gobernar, mientras que limitaba su libertad para actuar en la práctica. Intentaba que la autoridad del Estado fuera ejercida en interés de este por los elementos conservadores de Prusia. Teóricamente, el concepto estaba lleno de contradicciones, pero las constituciones funcionaron durante medio siglo, en el cual Prusia se convirtió en una potencia mundial. Al rey de Prusia le faltó la fuerza de voluntad para convertirse en un gobernante absoluto en 1848, y escuchó a sus consejeros, cuya lealtad a la institución de la Corona no podía ser puesta en duda. Debi-

do a su carácter, Federico Guillermo se inclinaba a contemporizar y así, en diciembre de 1848, dio eventualmente su asentimiento a los planes de sus ministros para imponer un compromiso político, no porque lo mandaran los políticos, sino por la Gracia de Dios, en conformidad con el lema de la Corona prusiana, que tomó casi al pie de la letra, «*Gott mit uns* (Dios con nosotros)» (véase cap. VIII).

VI. GRAN BRETAÑA Y RUSIA EN 1848 Y LA DIPLOMACIA DE LAS POTENCIAS

Dos grandes potencias, Gran Bretaña y Rusia, ambas pertenecientes a Europa, aunque geográficamente flanqueando a la masa de tierra continental, salieron virtualmente intactas de la marea de la revolución; pero ahí termina la similitud entre sus experiencias. Para una Europa en conflicto, la evolución histórica y las instituciones de estos dos Estados parecían polarizar el conflicto de mediados del siglo XIX: liberalismo contra autocracia. Gran Bretaña se había ganado una imagen de campeona del liberalismo; Rusia era denunciada y odiada por todos los reformadores, desde los moderados hasta los extremistas, como principal representante de la autocracia. Desde los días de la «Santa Alianza», a los zares de Rusia se les atribuía el deseo de utilizar sus gigantescos ejércitos para aplastar las libertades individuales dentro y fuera de su país, en otras palabras, para actuar como «los gendarmes de Europa». Aunque una descripción tan tosca del carácter nacional no resiste un examen de cerca, las imágenes poderosas, aunque estén lejos de corresponder a la verdad, influyen en la sociedad contemporánea.

Podría suponerse que la lucha de 1848 en el continente europeo, donde las cuestiones de cambio social, los derechos individuales y políticos y el sentimiento nacional desempeñaron un papel tan grande, sirvió de campo de prueba para la batalla entre Gran Bretaña y Rusia, entre el liberalismo y la autocracia. La diplomacia del cuarto de siglo anterior, dominada en Gran Bretaña por Canning y Palmerston, estuvo en gran medida interesada por el éxito o el fracaso de la causa constitucional en Europa occidental. En 1848 el conflicto se había extendido y Palmerston era de

nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Popularmente personificaba a John Bull y al liberalismo, de la misma manera que Nicolás I, zar de Rusia, era el símbolo de la archirreacción. ¿Serían su intervención y su influencia en los acontecimientos de 1848 decisivas para la causa revolucionaria? Podría haber sido así si hubieran intervenido. Pero nada hay más llamativo que el contraste entre sus palabras y sus acciones. Gran Bretaña y Rusia se dedicaron a esperar, más preocupadas por mantenerse al margen de la guerra y aislarse de los desórdenes y extremismos que por ayudar a causas ideológicas en el continente. El impacto de la política rusa y de la británica fue, en el mejor de los casos, marginal, y a la vista de los resultados es difícil sostener que tuvieran una influencia decisiva en Europa en 1848. Incluso es dudosa la pretensión de que se mantuvieron mutuamente a raya, pues en 1848 había más cooperación que antagonismo entre los dos países.

Si juzgáramos la situación a través de la correspondencia intercambiada por los reyes en 1848 llegaríamos a una conclusión muy diferente y errónea. Las cabezas coronadas de Europa se escribían cartas llenas de sombrías profecías. Si las revoluciones triunfaban, ninguna de ellas estaría a salvo. El fantasma de 1792 parecía obsesionarles. Desde la completa seguridad y felicidad doméstica de Buckingham Palace, la reina Victoria escribía a su tío Leopoldo, rey de los belgas: «Desde el 24 de febrero me siento insegura, lo que […] no me había ocurrido antes. Cuando pienso en mis hijos, en su educación, en su futuro –y rezo por ellos– siempre pienso y me digo, "Que crezcan dignos de *cualquier posición* en que se sitúen, *alta o baja*". Nunca pensaba en esas cosas antes, pero ahora lo hago siempre. Mi disposición general ha cambiado –se ven las cosas aburridas e insignificantes como cosas gratas y benditas– ¡con tal de *que una se pueda mantener en su posición*!»[1]. Por supuesto, era absurdo que la reina Victoria temiera por la seguridad de su

familia en julio de 1848, especialmente cuando, meses antes, la manifestación cartista del 10 de abril se había producido de manera ordenada y constitucional. No había posibilidades de revolución en Gran Bretaña, y tal como transcurrieron las cosas, tampoco en Irlanda.

Pocos cartistas querían la revolución o un enfrentamiento violento. En el fondo, la mayoría respetaba y confiaba en las instituciones británicas, y especialmente en el parlamento. Deseaban reformar y fortalecer el parlamento, no sustituirlo. Y a la Cámara de los Comunes enviaban los cartistas sus peticiones. La época dorada del cartismo ya había pasado en 1848, porque el movimiento llegó a su cenit en los años de depresión, entre 1838 y 1841. La renovación de la crisis económica en 1847 y 1848 y los acontecimientos del continente prestaron al cartismo su último aliento. Los obreros británicos no eran en última instancia revolucionarios, y la «clase media» de propietarios rurales, comerciantes y tenderos, apoyaba los formidables esfuerzos gubernamentales para mantener la ley y el orden como medida de precaución. El mitin monstruo de Kennington Common, organizado por los cartistas el 10 de abril de 1848, se quedó en poca cosa y la multitud, más pequeña de lo que se esperaba, se dispersó tranquilamente cuando se le negó permiso para cruzar los puentes del Támesis en Westminster. En algunas ciudades de provincias el cartismo fue más alborotador, pero en ningún lugar se convirtió en una seria amenaza. Más sorprendentemente, la «isla hermana», Irlanda, se mantuvo tranquila, abrumada por sus desdichas económicas. En 1847 y 1848, los irlandeses desempeñaron un papel destacado en la dirección del cartismo, pero en la propia Irlanda la «Joven Irlanda» planeó una conspiración mucho más revolucionaria. El gobierno estaba bien preparado para liquidar la conspiración. El único resultado práctico fue el vano intento de apoderarse de Kilkenny. Prácticamente nadie en Irlanda escuchó el llamamiento revolucionario de la

«Joven Irlanda» y el proyectado levantamiento resultó un fiasco, siendo encarcelados sus líderes o teniendo que marchar al exilio.

Las repercusiones de 1848 en Gran Bretaña reflejaron el ilustrado sentido de autoconservación y confianza de las clases medias y dominantes británicas. Típico de este punto de vista ilustrado fue el consejo que el príncipe Alberto envió al primer ministro, lord John Russell, el mismo día 10 de abril en que los cartistas se reunían en Kennington Common. Esperaba que no hubiera represión ni derramamiento de sangre porque no era necesario: «No tengo la menor duda de quién es el más fuerte, pero me sentiría muy mortificado si se produjera una conmoción», escribía, y continuaba instando a que se tomaran medidas positivas para ayudar a los parados: «Me doy cuenta, con gran pesar, de que el número de trabajadores de todos los oficios sin empleo es muy grande, y se ha visto aumentado por la reducción de las obras encargadas por el gobierno, debido al clamor en favor de economías en la Cámara de los Comunes [...]. ¡Seguramente este no es el momento para que los contribuyentes economicen a costa de las clases trabajadoras!»[2]. Evitando los extremos, un número importante de los que disfrutaban de privilegios políticos y económicos en Gran Bretaña reconocían que tenían que continuar mejorando las malas condiciones de trabajo, permitir los sindicatos, dar a la clase obrera una oportunidad de compartir la creciente prosperidad y ofrecer unos derechos políticos amplios pero graduales. La falta de violencia en Inglaterra convenció a la mayoría de los *whigs* y los *tories* de que seguir la política de reformas emprendida en 1832 y no caer en el pánico aprobando medidas de violenta represión era ir por el buen camino.

Esta misma actitud de evitar los extremismos motivó también la política exterior británica. En la Cámara de los

Comunes, Palmerston declaró en marzo de 1848: «Afirmo que la verdadera política de Inglaterra –aparte de las cuestiones en que están implicados sus particulares intereses políticos o comerciales– es ser campeona de la justicia y el derecho; prosiguiendo ese camino con moderación y prudencia, no convirtiéndose en el Quijote del mundo, sino poniendo el peso de su sanción moral y de su apoyo allí donde crea que está la justicia». La expresión «aparte de» es vital para comprender la política de Palmerston de «primero Gran Bretaña». Más adelante, en esta misma alocución a los Comunes, Palmerston resaltaba su pragmatismo juzgando cada situación *según* afectara a Gran Bretaña: «No tenemos aliados eternos, ni tenemos enemigos perpetuos. Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y es nuestro deber seguir esos intereses»[3].

La necesidad de la reforma a tiempo y de la adaptación fue el mal recibido consejo que Palmerston ofreció a los gobernantes continentales grandes y pequeños antes del estallido de la revolución. Prefería los gobernantes «no reformistas» a los inseguros dirigentes revolucionarios. Palmerston creía sinceramente en los principios constitucionales, pero no hasta el punto de alentar una revolución cuyas consecuencias pudieran poner en peligro la paz y los intereses británicos. A pesar de toda la actividad diplomática de Palmerston antes y durante la revolución de 1848, es dudoso que sirviera para algo. El rey de Prusia no escuchó sus consejos y la reina de España envió a su país al embajador británico. Pero el aspecto más extraordinario del intento de Palmerston de aleccionar a Europa fue la decisión de enviar en septiembre de 1847 a lord Minto, ministro del gabinete, a las cortes italianas «para enseñar política en el país donde nació Maquiavelo», como dijo Disraeli acerbamente más tarde. Minto fue cortésmente recibido, pero a juzgar por los resultados, su misión no fue un éxito. En enero de 1848 Italia pasó del fermento general a la revolución, cuando Sicilia

se sublevó contra el gobierno del rey de Nápoles (véase cap. XIV).

Una vez que hubo estallado la revolución, Palmerston presionó en favor de la tradicional política británica de «no intervención» en los Estados vecinos. Dio la impresión de que Gran Bretaña se oponía a una intervención, pero era una falsa apariencia. Y de esta manera advirtió a Metternich contra una intervención en Nápoles. En febrero y marzo de 1848 siguió una política similar con respecto a la recién proclamada república francesa. El 26 de febrero de 1848 dio instrucciones a lord Normanby, embajador británico en París, para que «reconociera a cualquier gobierno establecido con aparente perspectiva de permanencia, pero a ningún otro. Deseamos la amistad y la ampliación del intercambio comercial con Francia, y la paz entre esta y el resto de Europa. Nos ocuparemos de impedir que el resto de Europa se inmiscuya en Francia [...]. Los gobernantes franceses deben ocuparse de impedir que Francia ataque a cualquier otro lugar de Europa». Palmerston se atuvo firmemente a esta política y al hacerlo dio un cierto apoyo moral a Lamartine y los conservadores que dominaban precariamente el gobierno provisional. Palmerston dejó claro que Gran Bretaña no tenía nada en contra de la república como tal o de cualquier forma de gobierno en Francia, y que las buenas relaciones dependerían enteramente de la política exterior que prosiguiera el gobierno provisional. Si Francia no se mostraba agresiva hacia sus vecinos entonces, escribía Palmerston, «nuestras relaciones con Francia podrán estar situadas en unos términos más amistosos de lo que lo han estado o que fueron susceptibles de estarlo con Luis Felipe y Guizot». El famoso manifiesto de Lamartine del 4 de marzo de 1848 denunciando el acuerdo de Viena no alarmó indebidamente a Palmerston, porque el gobierno provisional al mismo tiempo prometió respetar las fronteras de 1815 y 1830. La política realista de Palmerston, encaminada

a fortalecer la opinión moderada francesa, mientras evitaba que Francia interviniera en Bélgica, Alemania y el norte de Italia, contrastaba grandemente con el apego sentimental de la reina Victoria a la familia orleanista francesa. Pero aunque la reina escribió indignadas cartas al primer ministro, lord John Russell, quejándose de la falta de principios de Palmerston, según ella, su influencia en la política exterior británica en aquella época era, afortunadamente, inapreciable. (En años posteriores de su reinado, el instinto de la reina en cuestiones de política exterior demostró ser más acertado.)

Poco después, ninguna potencia estaba en condiciones de intervenir en Francia. El Imperio austriaco atravesaba una época conflictiva. Los intereses prusianos y alemanes se interponían en el movimiento hacia el oeste de las tropas rusas, lo cual, por otra parte, era impensable en 1848. La única preocupación del gobierno provisional francés hasta el verano de 1848 era Gran Bretaña. Cuando Palmerston declaró que evitaría que Europa interviniera en Francia siempre que Francia no interviniera en Europa, la amenaza implícita era que si Francia intervenía fuera de sus fronteras, podría encontrarse enfrente con Gran Bretaña. Pero Palmerston probablemente lo único que hacía era volver a formular la política tradicional británica de defensa de Bélgica y la costa del canal.

Palmerston realmente pensaba que la mayor amenaza a los intereses británicos residía en las consecuencias diplomáticas de la revolución y la guerra en el norte de Italia. Así pues, aconsejó a los austriacos lo que debían hacer. Debían dejar Italia. No es de extrañar que su consejo no fuera escuchado. Los austriacos no estaban dispuestos a aceptar la opinión según la cual su papel tradicional de potencia dominante en Italia se había convertido en una fuente de debilidad más que de fuerza. Los primeros reveses sufridos

por los austriacos en el norte de Italia en marzo de 1848 parecían confirmar el juicio de Palmerston. Lo que Palmerston temía sobre todo era una nueva intervención francesa, como había ocurrido durante las guerras revolucionarias y napoleónicas. Cuando Piamonte fue a la guerra con Austria, en marzo de 1848, la intervención diplomática de Palmerston estuvo encaminada a llegar a un compromiso para salvar a Austria, establecer un sólido Estado en el norte de Italia y mantener a raya a Francia. Francia no intervino en 1848. El gobierno provisional tenía bastantes problemas en casa y no tenía ganas de meterse en arriesgadas aventuras en el extranjero. De todas maneras Austria no fue vencida. Después de que la recuperación y victoria de Radetzky en Custozza (24 de julio de 1848) obligara a Carlos Alberto a aceptar un armisticio, hubo muchas actividades diplomáticas anglofrancesas en Turín y Viena. Palmerston continuó trabajando en favor de un compromiso pacífico y cooperando con Francia no porque deseara la ayuda francesa, sino para impedir que Francia emprendiera una acción unilateral. Este alineamiento anglofrancés no estaba basado en una comunidad de intereses o en sentimientos comunes de simpatía hacia el nacionalismo italiano, sino en el recelo. Todo fue inútil. Carlos Alberto puso fin a las especulaciones cuando, en marzo de 1849, denunció el armisticio que había firmado con Austria el año anterior. Radetzky hizo inútil toda diplomacia derrotando decisivamente una vez más al ejército de Carlos Alberto en la batalla de Novara (23 de marzo de 1849). Las victorias de Radetzky permitieron a Austria dictar la paz de Milán (6 de agosto de 1849) a los vencidos piamonteses. No hay pruebas de que la moderación de los austriacos estuviera influida por las presiones de Palmerston y de Luis Napoleón. El mérito de esto corresponde a los austriacos.

La situación en el verano de 1849 había cambiado por completo. En Francia el gobierno provisional fue reempla-

zado por la república clerical conservadora que tenía a Luis Napoleón firmemente instalado como presidente. Cuando los franceses finalmente intervinieron en Italia, Palmerston no hizo nada por detenerlos. En el verano de 1849 los franceses desembarcaron en los Estados pontificios, ocuparon Roma, terminaron con la República romana y obligaron a Garibaldi y Mazzini a marchar al exilio. Tanto la revolución como la «causa nacional» (en la medida en que existió) fueron aplastadas por Austria y Francia. Austria desempeñó un papel decisivo; Francia, uno muy secundario (véase cap. XIV). La contribución de Palmerston queda mejor en las publicaciones oficiales y en las actas del parlamento británico.

Francia no repitió, en 1848-1849, el papel que había desempeñado en Europa en 1796-1797, cuando el lanzamiento de la campaña de Italia fue el preludio a la conquista napoleónica del continente. La historia demostró que no era una guía fiable para los estadistas de mediados del siglo XIX, aunque estos parecían mirar siempre hacia atrás. La gran cuestión que afectaría a la historia de Europa en los próximos cien años no sería el peligro de una agresión francesa, sino la consolidación del poderío alemán. Esto hoy les parece obvio a los historiadores. Pero es extraordinario que tan pocos contemporáneos, durante las décadas de 1850 y 1860, reconocieran lo importante que se estaba haciendo la «cuestión» alemana para el futuro de Europa. Por supuesto, esto no fue percibido hasta que el abrumador poderío de Alemania sobre el continente se convirtió en un hecho durante el último cuarto del siglo XIX.

No podía esperarse que antes de 1870, con más de treinta años de antelación, los sucesivos secretarios de Asuntos Exteriores británicos contemplasen la Prusia engrandecida o, de producirse, una Alemania unida como un peligro para la paz de Europa. Sería efectuar un juicio basado en conoci-

mientos históricos posteriores. Desde Pitt y Castlereagh hasta Palmerston, su mirada estuvo casi exclusivamente fija en los peligros de la expansión francesa y rusa para la paz de Europa. A pesar de las relaciones alemanas de la reina Victoria y del príncipe Alberto, a pesar o quizá debido a la vinculación con los Hannover, se consideraba a «Alemania» como una expresión geográfica; se esperaba que los Estados alemanes arreglaran sus asuntos para contribuir al «equilibrio de poder» y así actuar como una barrera para Rusia en el este y para Francia en el oeste. Esta visión de «Alemania» presuponía unas buenas relaciones austroprusianas y un «equilibrio de poder» interno entre ellas en el que Prusia era la parte más débil y menor. Una consolidación del poderío alemán que excluyera a Austria, o que se basara en alguna federación liberal de Estados, tal como hubiera podido surgir del parlamento de Fráncfort, despertaba escasas simpatías en Palmerston. Los ministros británicos no podían imaginar que una Alemania unificada fuera ni siquiera una posibilidad; el particularismo, la división de Alemania en muchos pequeños Estados y territorios, era considerado de alguna manera como una ley de la naturaleza. En 1848 Palmerston se refería a la unidad alemana como un «fantasma» y un «juguete». Pensaba que en la medida en que su realización debilitara la posición de Austria como gran potencia, sería dañina para los intereses británicos.

La actitud de Francia, aunque Napoleón III defendía el nacionalismo en todas partes, no era muy diferente. Los dirigentes franceses, fueran quienes fueran, consideraban que no era favorable a los intereses de Francia estimular el surgimiento de vecinos sólidamente independientes, como una Italia unificada y una Alemania unificada podrían serlo un día. Pero ni las vacilaciones británicas ni las francesas produjeron una política coherente. La política británica era mucho más cosa de palabras que de hechos. La política

francesa de indecisión, a fin de cuentas, le costó una derrota y una república.

Las grandes potencias sentían pocas simpatías por la causa de la unidad alemana y sacaron como conclusión que los problemas alemanes en ningún caso merecían una guerra. Esto explica por qué su diplomacia con respecto a la cuestión de Schleswig-Holstein durante 1848-1849 fue tan ambigua y confusa. Los dos ducados de Schleswig-Holstein desempeñaron un papel crucial en los asuntos de Europa durante dos décadas, no por la importancia intrínseca de la disputa en torno a ellos, sino porque el nacionalismo germano estaba inextricablemente unido a su destino. Es paradójico que la disputa en torno a los ducados proporcionara a Prusia tanto los medios de desacreditar el nacionalismo alemán de Fráncfort en 1848 y 1849 como los medios de promover el nacionalismo alemán en su variedad prusiana en 1864 y 1866. Los ducados, en realidad, eran solamente los peones en un juego mucho mayor.

Los elementos esenciales de la cuestión de Schleswig-Holstein no son tan complicados como la leyenda popular ha hecho creer. Se presumía que los ducados de Schleswig y Holstein estaban indisolublemente vinculados; su soberano era duque de *ambos* ducados y era también rey de Dinamarca. Cuatrocientos años antes, en 1460, un soberano perdido en las nieblas de la historia, hizo el juramento de mantener el vínculo indisoluble entre los ducados a perpetuidad; pero perpetuidad es mucho tiempo. De hecho, lo que realmente se olvida es que los dos ducados *estaban* divididos. Solo se hicieron «indivisibles» una vez más en 1773. El segundo aspecto de la cuestión es que el ducado de Holstein, pero no el de Schleswig, también había formado parte del Sacro Imperio Romano desde el siglo XVI. Sin embargo, Napoleón resolvió no incluir a Holstein en su Confederación del Rin. Los estadistas de Viena debían haber dejado

las cosas como estaban; después de todo, habían aceptado muchos de los cambios de Napoleón en Alemania y tenido poca consideración hacia los sentimientos nacionales en la medida en que los había en 1815; pero en 1815 se decidió hacer de Holstein, pero no de Schleswig, una parte de la nueva Confederación germánica y del rey-duque danés un miembro de esta. ¡Así, ahora, los ducados estaban indisolublemente vinculados y al mismo tiempo eran tratados de modo diferente! De esta forma se creó la cuestión de Schleswig-Holstein para atormentar al siglo XIX. El tercer ingrediente procedía de las diferentes leyes de sucesión en los ducados y Dinamarca. En Dinamarca, a falta de heredero varón, el trono podía ser heredado a través de la línea femenina; en los ducados, sin embargo, se aplicaba la ley sálica, según la cual solo la línea masculina más próxima podía acceder al nombramiento de duque (situación similar a las leyes de sucesión en Gran Bretaña y Hannover, que hicieron que en 1837 Victoria se convirtiera en heredera del trono británico, pero no que pudiera suceder a Guillermo IV como soberano de Hannover). Estos tres elementos juntos componían la cuestión de Schleswig-Holstein en sus aspectos legales. Más importante fue el desarrollo del nacionalismo alemán en los ducados y la respuesta nacionalista danesa.

La certeza de que surgiría un conflicto debido a las leyes sucesorias se hizo evidente en la década de 1840. El hijo mayor de Cristián VIII, el futuro Federico VII, no tenía hijos. A su muerte (que ocurrió en 1863), la corona danesa pasaría a Cristián IX, cuyos derechos dinásticos derivaban de su tía abuela, Luisa; pero el descendiente varón más cercano de la casa real danesa era el duque Cristián de Augustemburgo, que tendría derecho, de acuerdo con la ley sálica, a heredar los ducados. En una famosa «carta abierta», Cristián VIII declaraba en julio de 1846 que la ley de sucesión danesa sería aplicable al ducado de Schleswig, del que

era soberano indiscutido, pero admitía que la aplicación de dicha ley a Holstein, miembro de la Confederación Alemana, era dudosa; declaraba también, sin embargo, que su objetivo sería mantener la integridad de Dinamarca y la unión de Schleswig y Holstein. Esto no aclaraba mucho el futuro, y fue recibido con una tormenta de protestas nacionalistas en Alemania. En su gran mayoría, los habitantes de los ducados eran de etnia alemana, con una proporción relativamente pequeña de daneses en el norte de Schleswig.

La siguiente etapa de la crisis se produjo dos años más tarde, con la muerte de Cristián el 20 de enero de 1848. Federico VII, que le sucedió en el trono de Dinamarca y como titular de los ducados, anunció, una semana después de su accesión, una nueva constitución que preveía un parlamento para los ducados y el reino danés. En esto le apoyaban los liberales daneses. La nueva constitución realmente no suprimía ninguna de las instituciones existentes en los ducados, pero los representantes provinciales de Schleswig-Holstein, probablemente con razón, veían a este único gran parlamento danés como el trampolín hacia un solo gran Estado danés; pidieron una nueva constitución por separado para los dos ducados y la admisión de *ambos* ducados en la Confederación germánica. Esto fue rechazado por el rey y sus ministros. El 24 de marzo de 1848, los alemanes de los dos ducados proclamaron un gobierno provisional en Kiel, independiente de Dinamarca, basando la revuelta en la ficción de que su soberano, duque y rey de Dinamarca, «ya no era libre» y declarando: «¡No toleraremos el sacrificio del territorio alemán como presa para los daneses!». Muchos patriotas alemanes asociaron mentalmente la «defensa» de los alemanes de los ducados a los esfuerzos simultáneos para crear una Alemania unificada.

Al estallar la revolución en los ducados, el duque de Augustenburgo se dispuso en Berlín, de modo oportunista, a

asumir la dirección como príncipe alemán, y pidió al rey de Prusia ayuda contra los daneses, que estaban preparando la ocupación de los ducados. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores prusiano, von Arnim, vio en esto la oportunidad de sustituir la revolución social en casa por el liderazgo prusiano en la cuestión nacional. A principios de abril, Prusia entró en guerra con Dinamarca, aparentemente en apoyo de las pretensiones del duque de Augustenburgo. La Dieta federal alemana reconoció al gobierno provisional de Kiel, y los ministros prusianos, la Dieta alemana y los liberales y radicales de todo el Estado alemán, elementos divergentes en las semanas de desórdenes y revolución, rivalizaron unos con otros en sus llamamientos en favor de la defensa de la madre patria. El rey de Prusia dirigió la guerra en nombre de la Confederación germánica con la ayuda de tropas procedentes de algunos de los Estados alemanes del norte y del centro, pero ya a mediados de mayo de 1848 Federico Guillermo IV tenía algunas dudas con respecto a la conveniencia de ponerse de parte de la revolución alemana contra los deseos de los monarcas establecidos, la reina de Inglaterra y el zar de Rusia. Además, no había entusiasmo por la guerra entre los monarcas de los Estados alemanes. Los daneses no podían hacer mucho en tierra pero su flota bloqueaba la costa y obstaculizaba el comercio; Prusia y los Estados alemanes no podían hacer nada en el mar porque no tenían ni un solo barco de guerra entre todos ellos. Así empezó una verdadera fiebre naval en Alemania, que en aquel tiempo no condujo a ningún resultado pero señala los orígenes emocionales de la fiebre naval del reinado del último Hohenzollern, Guillermo II, a principios del siglo XX. No se debe menospreciar el conflicto de Schleswig-Holstein porque también despertó el fervor nacional escandinavo. El gabinete liberal sueco de «1848» prometió ayuda, y en junio, unos 4.500 soldados suecos y noruegos desembarcaron

en Dinamarca. Los alemanes se encontraron, pues, con que no todo salía como ellos hubieran querido.

El tortuoso sendero de las negociaciones de paz, que al cabo de unas pocas semanas separó a Prusia de la causa nacionalista y liberal alemana representada por las instituciones federales de Fráncfort, empezó en mayo de 1848 y la lucha terminó cuando Prusia y Dinamarca firmaron el armisticio de Malmö, el 26 de agosto de 1848, ante la indignación general de los patriotas liberales alemanes (véase cap. V). Los liberales y radicales de Fráncfort acusaron a los prusianos de traicionar a la causa nacional, pero no pudieron hacer nada. El parlamento de Fráncfort había iniciado sus grandes trabajos tres meses antes, pero se podía prever lo que iba a pasar. El rumbo independiente tomado por el rey de Prusia mostró la verdadera distribución del poder, tanto en Prusia como en Alemania.

En el verano de 1848 la diplomacia de la Europa «revolucionaria» estaba llegando a su fin. Prusia y Austria estaban volviendo a sus tradicionales formas de gobierno. En los pequeños Estados alemanes y en Fráncfort los hombres de 1848 pudieron desempeñar sus papeles durante unos pocos meses más, hasta que a Austria y Prusia les pareció conveniente poner punto final a su labor. El zar se tranquilizó con el retorno al orden y, en 1849, hizo lo que pudo para acelerar la restauración del poder de los Habsburgo en Hungría (véase cap. VIII). Palmerston, a pesar de su retórica sobre el liberalismo, también se tranquilizó con la restauración del poder de los monarcas continentales, y recibió con alborozo el giro conservador de los acontecimientos en Francia. Palmerston intervino activamente en 1848 y 1849 en dos cuestiones: el norte de Italia y Schleswig-Holstein. En la primera consiguió poco y en la segunda, en la medida en que la presión británica, junto con la rusa y la francesa, persuadió a Federico Guillermo IV a retirarse de los duca-

dos –y como hemos visto es dudoso que fuera la presión internacional la razón primaria de la decisión de Federico Guillermo–, Palmerston contribuyó a anular los esfuerzos de los liberales de Fráncfort. A medida que los nuevos hombres de 1848 perdían influencia en Europa, la diplomacia de las potencias aceleró marginalmente ese proceso y ciertamente ningún Estado en Europa ayudó materialmente a su causa, ni la Francia «revolucionaria» ni la Gran Bretaña «liberal».

La primera consideración del zar Nicolás en 1848 fue mantener la estabilidad en Rusia. Estaba más preocupado por evitar que el veneno del liberalismo infectara sus dominios que lleno de celo por aplastar la revolución en otras partes. Así, como hemos visto, en 1848 mantuvo una política precavida y conservadora.

Nicolás tuvo éxito desde su punto de vista. Creía que el peligro para la sociedad rusa venía de fuera, de las doctrinas y de las influencias extrañas. Cuando subió al trono en 1825, los decembristas intentaron llevar a cabo una insurrección, y Nicolas aplicó las lecciones que aprendió de aquella conspiración secreta durante el resto de su reinado. Con la ayuda de la policía secreta y de la censura intentó extirpar el descontento y derrotar a la conspiración internacional que según él amenazaba la estructura de la sociedad rusa. Aisló cuanto pudo al pensamiento ruso de las influencias occidentales. A partir de diciembre de 1825, su poder solamente se vio gravemente amenazado una vez en 1830 y 1831, cuando el nacionalismo de los polacos provocó un levantamiento generalizado. Los polacos fueron aplastados brutal y despiadadamente y puestos bajo la ley marcial por los siguientes veinticuatro años. La oposición organizada a la autocracia del zar quedó confinada a unos pocos nobles y escritores ilustrados. Sin embargo, eran impotentes cuando se enfrentaban con la organización de la cancillería impe-

rial, cuya «tercera sección» no solo vigilaba a todos los extranjeros en Rusia, sino que detenía y exiliaba a todo el que despertara la más leve sospecha. Se ha calculado que durante el reinado de Nicolás unas 10.000 personas al año fueron exiliadas por periodos de tiempo indeterminados a Siberia. Cualquier levantamiento espontáneo, como los de los campesinos que recurrían a la violencia por desesperación, eran aplastados por el numeroso y disciplinado ejército de Nicolás, que seguía ciegamente los deseos del zar y en cuyas filas eran alistados a la fuerza campesinos y disidentes. Sin embargo, el gigantesco imperio ruso, carente de modernas comunicaciones, era difícil de gobernar desde el centro. A pesar de los frecuentes viajes e intervenciones del zar, florecía como nunca una corrompida burocracia.

La censura y la persecución de la *intelligentsia* despertó la clamorosa enemistad de la pequeña minoría de rusos cultos, cuya capacidad de ataque contra la estrechez de miras intelectuales del zar era desproporcionadamente eficaz. Juzgada según los criterios rusos, la época de Nicolás I, con todos sus innegables aspectos represivos, no fue totalmente negativa y estéril. La censura no fue igualmente severa durante todo el tiempo. De hecho, un brillante círculo de escritores proporcionó universal renombre a la literatura rusa durante el reinado de Nicolás.

El papel del escritor en Rusia era en el siglo XIX, y lo siguió siendo en el XX, muy diferente a su papel en Gran Bretaña. En Gran Bretaña unos pocos escritores, como Dickens, novelaron los problemas sociales contemporáneos, pero su papel en los movimientos de protesta de masas fue marginal. En Rusia solo los escritores podían expresar las nuevas ideas abiertamente y así con frecuencia era la única forma visible de protesta. Otras actividades opuestas al Estado en cualquier forma tenían que ser desarrolladas de manera secreta y conspirativa. Su impacto solo era visible es-

porádicamente en algún violento estallido, cuyos orígenes con frecuencia siguen siendo oscuros al no haber llegado testimonios hasta nosotros. Aunque acosados, estos oponentes literarios a la burocracia del zar podían continuar escribiendo e incluso ocupar cargos como funcionarios del Estado. Aleksandr Pushkin, por ejemplo, fue tolerado por un tiempo en la administración rusa incluso después de haber escrito la *Oda a la libertad* (1820). Aunque complicado con los decembristas, pudo eludir el castigo y más tarde, en 1832, a pesar de sus opiniones liberales, fue reintegrado en su puesto del ministerio de Asuntos Exteriores. Nikolai Gogol dejó Rusia en 1836 para vivir en el exilio y en una mayor libertad; su famosa obra teatral *El inspector general* se burlaba de la burocracia provinciana y, con humor persuasivo, revelaba la corrupción y estupidez de la administración del zar. Pero no fue prohibida. El zar quería hacer reformas muy cautelosamente y así consideraba saludable la obra de Gogol, consciente como era de la veracidad del retrato. Mijail Lermontov escribió versos en elogio de Pushkin en *La muerte de un poeta.* Considerado subversivo, Lermontov, entonces joven oficial de la guardia, fue degradado y exiliado al Cáucaso. Pero se le permitió volver a San Petersburgo, donde fue agasajado por la sociedad. Lermontov vivió atolondradamente y, como Pushkin, resultó muerto en un duelo. A pesar de la vigilancia de los censores, Pietr Chaadaev, en sus *Cartas filosóficas,* la primera de las cuales fue escrita en 1829 y publicada en 1836, lamentaba el aislamiento ruso de Occidente y su atraso y sostenía que Rusia debía aprender de este para pasar por las necesarias fases de desarrollo. La idea de que Rusia debía aprender de Occidente hirió y encolerizó a Nicolás. Chaadaev fue declarado loco y confinado en su casa.

La descripción hecha por Chaadaev de Rusia como un país en bancarrota intelectual, que no pertenecía ni a Oriente ni a Occidente, suscitó discusiones y polémicas en-

tre dos grupos de intelectuales, los occidentalistas y los eslavófilos. Los fracasos revolucionarios de 1848 dieron ascendiente durante unas décadas a los eslavófilos; pero todas las ideas eran consideradas por Nicolás como potencialmente peligrosas y durante los últimos y asfixiantes años de su reinado los eslavófilos estuvieron bajo constante vigilancia policiaca.

Para Aleksandr Herzen, las *Cartas filosóficas* fueron una fuente de inspiración. Herzen, influido por las ideas de Saint-Simon, se convirtió en el crítico más celebrado e influyente de Rusia y con el tiempo se exilió. Desenmascarado por la policía secreta como «peligroso para la sociedad», fue desterrado de Moscú y trabajó como pequeño funcionario en una remota ciudad de provincias. Sin embargo, fue autorizado a volver a Moscú, donde formuló ideas sobre un orden social enteramente nuevo. En 1849, con permiso oficial, le fue permitido a Herzen viajar al extranjero. Mijail Bakunin también perteneció a estos círculos moscovitas de reformistas radicales en las décadas de 1830 y 1840. No constituían una amenaza seria para Nicolás I. El zar castigaba a los escritores, a veces duramente, pero a pesar de sus poderes absolutos respetaba sus vidas. Los que tenían un empleo gubernamental frecuentemente volvían a sus puestos después de un cierto tiempo. Una vez de regreso del exilio o de la prisión, cesaba la discriminación contra el individuo en cuestión y los «exenemigos» del Estado eran tratados con mayor magnanimidad que en cualquier otro país de Europa. El propósito de Nicolás era su corrección, para que sirviera como ejemplo a los que se desviaban de la línea de pensamiento oficial, pero no su exterminio, única solución que Stalin consideró posible un siglo más tarde.

Nicolás imitó a Pedro el Grande y a los gobernantes de la época del despotismo ilustrado. Se consideraba a sí mismo el padre de su pueblo, seguro de sus derechos divinos y de

su superior juicio, aunque creía actuar en bien de todos sus súbditos. Organizó su vida al estilo militar y en sus años maduros solamente se sentía cómodo en compañía de los oficiales de su ejército. Nicolás era un hombre austero, sobrio, que se regía por su sentido del deber hacia Dios y hacia su pueblo. Viajaba constantemente por su imperio en un vano esfuerzo por corregir los abusos de su Estado y hacer justicia. La desastrosa Guerra de Crimea estaba casi perdida cuando murió Nicolás en 1855. Pero sería un error considerar su reinado como un periodo especialmente oscuro de la historia rusa, dominado por la represión y el militarismo. Los treinta años de su reinado también son notables por los sinceros intentos de introducir reformas, lo cual suele olvidarse cuando se juzga considerando solamente el periodo posterior a 1848.

Los oficiales del ejército no dirigían ya la administración. Se intentó que fuera el mérito, medido por criterios de educación, el criterio para determinar los nombramientos de funcionarios del Estado. Por supuesto, existía un gran abismo entre la intención y la realidad. Aunque es cierto que en el reinado de Nicolás la vigilancia de la policía y el aliento a los confidentes se extendieron rápidamente, el trato a los delincuentes, o a los supuestos delincuentes, era relativamente indulgente. Con gran asombro del zar, su política consiguió que Rusia eludiera los años revolucionarios de 1848-1849. Pero la visión de Nicolás era, en ciertos aspectos, positiva. Sus intentos de reformar la burocracia tuvieron, quizá, pocos efectos prácticos, pero sus esfuerzos por disminuir los males de los pobres le condujeron a reconocer la raíz del problema de la sociedad rusa: la servidumbre. El zar se asustó de las dificultades que conllevaba liberar a los siervos y darles tierras a expensas de los derechos de que disfrutaba la nobleza, propietaria de casi toda la tierra. De modo que concentró sus esfuerzos en mejorar la suerte de los siervos del Estado y de los de las tierras de la Corona.

Estas reformas, llevadas a cabo durante las décadas de 1830 y 1840, aunque pequeñas en sí mismas, señalaron el camino hacia la emancipación de los siervos por su hijo Alejandro II en 1861.

El reinado de Nicolás también señala los principios del desarrollo del ferrocarril en Rusia. La primera línea entre San Petersburgo y Moscú fue completada en 1852, tres años antes de su muerte. Su reinado no fue notable por sus logros en el campo del progreso industrial. El ritmo de la industrialización rusa fue perdiendo fuerza después del tremendo ímpetu que le dio Pedro el Grande durante el primer cuarto del siglo XVIII. Se intensificaría de nuevo durante el último cuarto del siglo XIX. Pero la Revolución industrial tuvo ciertos efectos sobre la Rusia de mediados de siglo. En las fábricas de hilados en torno a San Petersburgo y Moscú, empezó a surgir un pequeño grupo de obreros industriales. La industria rusa, basada en la nueva tecnología, era muy pequeña en relación con la Rusia rural en su conjunto y sus productos estaban destinados a satisfacer la demanda interior. Sin embargo, fue la base para un índice de crecimiento industrial notablemente continuo y elevado durante la última parte del siglo XIX. Pero había también otra cara de la moneda en el progreso ruso.

El rápido aumento de la población rusa y el tamaño de los ejércitos del zar crearon entre los liberales occidentales, antes de la Guerra de Crimea, una sensación de amenaza. La causa polaca debió una gran parte de su atractivo a este hecho. El comportamiento del zar durante los estallidos revolucionarios demostró lo poco que era realmente de temer Rusia. Solo actuó dentro de los estrechos confines de los intereses nacionales. Necesitaba a sus ejércitos para aplastar cualquier amenaza al imperio ruso desde dentro o desde fuera, y no disponía de fuerzas sobrantes para luchar contra los Estados alemanes revolucionarios, y menos aún contra

Francia, aunque hubiera podido organizar sus tropas para luchar fuera de sus fronteras, lo cual era más que dudoso. La imagen de Nicolás I como «gendarme de Europa» era solo un espejismo. Sus ofertas de ayuda a los príncipes alemanes difícilmente pueden ser tomadas en serio y en cualquier caso nadie quería acoger a las tropas rusas en sus campos y sus ciudades.

Polonia era la región más sensible del imperio. Si Prusia apoyaba al nacionalismo polaco, y ello pareció posible en marzo de 1848, cuando la estrella de Arnim estaba en su fase ascendente y Prusia prometió una reorganización nacional de sus territorios de la Polonia dividida, sería inevitable una guerra entre Rusia y Prusia. El zar se mantuvo firme y el rey de Prusia reafirmó la política tradicional prusiana. La causa de Polonia fue abandonada en el verano de 1848 en Berlín y en Fráncfort; el nacionalismo alemán enterró cualquier perspectiva de reconstrucción de una nación polaca a partir de los territorios adquiridos por Austria, Prusia y Rusia durante las particiones.

La única intervención ordenada por el zar fuera de las fronteras del imperio ruso en 1848 fue contra el nacionalismo «rumano» en los principados todavía turcos de Moldavia y Valaquia. El influjo de las ideas occidentales a través de los jóvenes nobles educados en París que volvían a Valaquia fue muy mal recibido por el zar. Fue una intervención fuera de Rusia, sin embargo, solo en un sentido técnico. Aunque los dos principados permanecían formalmente bajo la soberanía turca, prácticamente eran protectorados rusos. Obviamente, el zar no iba a tolerar en Bucarest una revolución nacional y la difusión de las ideas de democracia y socialismo en una región tan próxima a su imperio. Únicamente el miedo a las complicaciones internacionales, y especialmente a la oposición austriaca y británica, había hecho con anterioridad que el zar renunciara a la anexión

abierta de los principados. Su ansiedad por no suscitar la «cuestión oriental» hizo que todavía el zar actuara con precaución después del estallido de la revolución en Bucarest en junio de 1848. Para hacer las cosas correctamente, el zar intentó persuadir a los turcos de que se unieran a los rusos en una ocupación conjunta. Al no conseguirlo, los rusos, finalmente, cruzaron las fronteras de Moldavia a finales de julio de 1848. Los turcos contestaron ocupando Valaquia. En octubre, tanto Turquía como Rusia habían ocupado los principados y se habían puesto de acuerdo para responsabilizarse conjuntamente de la supervisión del gobierno en ellos. Y ¿qué hicieron los británicos y los franceses para apoyar la causa rumana contra Rusia y Turquía? Nada. De modo característico, Palmerston consideró la situación desde el punto de vista de los intereses británicos, los cuales se identificaban con el mantenimiento del Imperio otomano. El embajador británico en Constantinopla aconsejó, pues, a los turcos que aplastaran los levantamientos nacionalistas contra ellos. El nacionalismo y el liberalismo eran fuerzas que podían ser utilizadas para apoyar los intereses británicos en Occidente; se podía invocar el nacionalismo o el constitucionalismo en Bélgica, España y Portugal para frenar a Francia, pero en los Balcanes eran fuerzas peligrosas que minaban la estabilidad turca y, por consiguiente, exponían el flanco mediterráneo a la penetración rusa. El nacionalismo polaco, por otro lado, fue útil para mantener a los rusos ocupados en casa. Si esto parece una interpretación cínica de la política exterior británica, es necesario recordar que Palmerston, como Nicolás, situaba los intereses británicos, tal como él los interpretaba, por encima de cualquier otra consideración. En cuanto a los franceses, aunque sintieran simpatía por el nacionalismo rumano, la Segunda República no podía ni se atrevía a hacer nada por ayudar a las causas revolucionarias y provocar así la hostilidad británica y rusa.

Además de Moldavia y Valaquia en la frontera meridional de Rusia, y de Polonia en la occidental, el zar se enfrentaba con una tercera zona sensible, el Báltico. El Estado que controlara Dinamarca controlaría a la vez los estrechos desde el Báltico hasta el mar del Norte. Aunque ya no tan importantes estratégica y económicamente como en el siglo XVIII, el zar quería mantener los intereses rusos tradicionales. El zar opinaba que Prusia, después de las jornadas de marzo, estaba desempeñando un papel peligroso al explotar el nacionalismo para utilizarlo en favor de sus deseos de engrandecimiento. La sensibilidad de Nicolás a los planes de Prusia con respecto a Polonia ya ha sido señalada. La aparente alineación de Prusia con el nacionalismo alemán en Schleswig-Holstein fue considerada por Nicolás como el colmo de la irresponsabilidad (véase *supra*). Una vez más Palmerston y el zar Nicolás actuaron paralelamente contra Prusia con objeto de proteger la independencia danesa y la soberanía del rey sobre los ducados. Posiblemente la motivación de su diplomacia tenga mayor significación que su eficacia. Pero, además de actuar prudentemente cuando estaban en juego los intereses nacionales rusos, el zar se limitó a enviar consejos a los otros monarcas. Estos, a su vez, dominaron a las fuerzas revolucionarias con sus propios recursos (para una explicación de la intervención rusa en Hungría en 1849 véase cap. VIII).

Frente a toda la retórica de las declaraciones de solidaridad tanto revolucionarias como monárquicas, la Europa de 1848 seguía bajo el predominio conservador de las grandes potencias del Tratado de Viena de 1815, concretamente Rusia, Austria, Prusia y Gran Bretaña, cuyos intereses nacionales al final prevalecían sobre todas las demás consideraciones. Por otra parte, los «obreros» y los «campesinos» sencillamente no eran conscientes de ninguna identidad ideológica de intereses y apenas conocían a los pocos intelectuales que abrazaron su causa. Las teorías de Marx sobre

el conflicto de las clases y su llamamiento de solidaridad fraternal de la clase obrera se parecen poco a los verdaderos acontecimientos de 1848. La influencia de sus enseñanzas solo se hizo profunda a finales del siglo. La fuerza principal en Europa durante las siguientes décadas no fue el movimiento resultante de los conflictos de clase en la sociedad europea, sino el nacionalismo.

[1] *The letters of Queen Victoria,* II, pp. 183-184.

[2] *The letters of Queen Victoria,* II, p. 168.

[3] K. Bourne, *The foreign policy of Victorian England 1830-1902,* Oxford, 1970, p. 291.

SEGUNDA PARTE
LA EUROPA AUTORITARIA

VII. LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN: FRANCIA (1848-1851)

En febrero de 1848, Francia abrió camino a una nueva era revolucionaria en Europa, o al menos así lo pensaron los contemporáneos. Solo cinco meses más tarde, en junio, París se convirtió en el escenario de la más sangrienta reacción presenciada en el continente en el año revolucionario, precursora de otras de nuevo tipo. Las «jornadas de junio» representaron el violento fracaso de la revolución social que había constituido una parte inseparable de las revoluciones sociales y políticas de los meses de febrero y marzo anteriores. A partir de junio, la revolución social estaba muerta y lo seguiría estando durante más de una generación.

La Segunda República, que desde abril de 1848 estaba en manos de los propietarios y de los políticos conservadores y moderados, fue en parte responsable de la insurrección que temía. La asamblea pensaba que podía cortar de raíz la conspiración socialista tomando medidas preventivas, aunque no existía tal conspiración. Decidió que la mejor manera de contener el crecimiento de los elementos ingobernables en la capital era reducir el pago de las subvenciones a los parados enmascaradas bajo el nombre de «talleres nacionales». El pago de este subsidio atraía a un gran número de indigentes a París. Parecía prudente que los políticos los dispersaran. Pero hacerlo sin provocar una explosión requería astucia, habilidad y paciencia. Sin embargo, el miedo y el desprecio empujaron a la asamblea a una represión mal aconsejada. El 22 de junio la asamblea decretó que todos los obreros solteros de los «talleres nacionales», es decir los que recibían subvención, debían alistarse en el ejército; a los casados se les dijo que se marcharan a las provincias donde se les proporcionaría trabajo en obras públicas; en caso de que se negaran perderían todas las subvenciones;

no se admitirían más indigentes en los «talleres nacionales». En resumen, se pidió a los parados de París que eligieran entre el ejército, las provincias o la inanición.

Previendo los problemas, la asamblea confió al general Eugène Cavaignac, experto soldado que había hecho la campaña de Argelia, el mando supremo de la Garde Mobile, el ejército y la Guardia Nacional. Con semejantes fuerzas bajo su mando, una eventual sublevación no tenía ninguna posibilidad de éxito.

El estallido de violencia parece que fue una sublevación espontánea de las gentes más pobres de París empujadas a las barricadas por una república que había traicionado todas sus esperanzas de trabajo y dignidad sin las cuales una reforma política se convierte en una fórmula vacía. Las condiciones económicas, que eran malas en París en febrero de 1848, habían empeorado en junio. La nueva cosecha no había sido recogida y los parados vivían al nivel de subsistencia. Los dirigentes socialistas habían sido apartados de toda participación activa mediante las contramedidas represivas que habían seguido a la manifestación del 15 de mayo. No fue el levantamiento de un grupo identificable como «proletario» u «obrero», sino de los pobres decepcionados. Había pocas fábricas en París y la industria era pequeña, empleando cada taller un promedio de cinco hombres. Los que fueron a las barricadas eran trabajadores de la construcción, del metal y mecánicos, trabajadores de la piel y del textil, obreros sin cualificación y criados domésticos, pero se les unió un importante número de oficinistas, pequeños tenderos y dueños de pequeños talleres. La negativa de la asamblea a satisfacer sus necesidades primarias, más que la conciencia política o la comprensión del socialismo, fue lo que llevó a aquellos hombres a la violencia.

La lucha empezó el 23 de junio de 1848. Se erigieron barricadas en los sectores más pobres de París y unos 50.000

hombres hambrientos y armados se enfrentaron con el general Cavaignac. La mayoría de los miembros de la Guardia Nacional permanecieron en sus casas. Incluso algunos lucharon en las barricadas. Sin embargo, los que se unieron a Cavaignac, junto con la Garde Mobile, eran enemigos despiadados de la «chusma». La lucha duró cuatro días y el 26 de junio cesó la resistencia organizada. Las pérdidas de vidas humanas fueron sorprendentemente moderadas; unos 500 insurgentes y tal vez un millar de soldados gubernamentales murieron durante la lucha. Sin embargo, después hubo una horrible matanza. Muchos insurgentes fueron fusilados inmediatamente, otros cazados por las calles, y en total entre 1.500 y 3.000 muertos a bayonetazos o a tiros por los guardias, policías y tropas de Cavaignac. De los 12.000 prisioneros, más de 10.000 fueron sentenciados a largas condenas de cárcel y varios millares deportados.

Esta salvaje represión fue responsable de la posterior significación ideológica de las jornadas de junio. Los muertos y perseguidos se convirtieron en los primeros mártires de la lucha de clases. Para Karl Marx, las «jornadas de junio» representaron un acontecimiento de una importancia primordial en la lucha del proletariado contra la burguesía. El 11 de junio el amigo y colaborador de Marx, Engels, ya había denunciado a la Asamblea francesa como una «asamblea de capitalistas». Marx y Engels interpretaron la insurrección de junio como precursora de una inmensa y decisiva lucha entre el proletariado y la burguesía. Según Marx, en la amargura subsiguiente a la sangrienta represión burguesa de la «revuelta obrera» se encontraban las semillas de la futura derrota de la burguesía, porque quitaría de los ojos de los obreros la ilusión de que era posible algún compromiso. Las ilusiones de la revolución de febrero habían sido destrozadas. Ahora Francia, señalaba Marx, estaba dividida en una nación de propietarios y una nación de obreros. De esta manera se llegaba a mostrar la derrota de los obreros en

junio como una victoria en realidad, porque suponía la condena de la burguesía. El análisis de «clase» de Marx de la naturaleza de la insurrección coincidía en muchos aspectos con las opiniones de los «moderados» y también con las de astutos observadores como Tocqueville.

La importancia de la insurrección de junio no reside en lo que realmente fue, sino en lo que el pueblo creyó que había sido. Había nacido un poderoso mito. Marx vio confirmada su evolución histórica a través de la lucha de clases. Pero «clase» es un concepto oscuro y, con frecuencia, nebuloso. Roger Price ha demostrado que ni siquiera se podía describir a los revolucionarios como «obreros», porque en aquella época había pocas fábricas y pocos obreros fabriles en París; la etiqueta de «proletarios» no les va. La insurrección de junio fue un movimiento heterogéneo de los grupos más bajos de la sociedad parisina y entre ellos se encontraban muchos elementos que Marx hubiera descrito como *pequeñoburgueses.* No tenían un programa nítidamente definido. Si algo unía a los revolucionarios, era la cólera contra la Asamblea que estaba intentando anular los logros de la revolución de febrero. Ahora que tenían el poder, los nuevos gobernantes no parecían diferentes de los antiguos. La insurrección de junio fue una violenta protesta contra el curso que había tomado la revolución; fue negativa por su oposición a lo establecido más que positiva por su defensa de un programa socialista. Con el recuerdo de la revolución prácticamente incruenta de febrero, los que fueron a las barricadas acaso esperaban repetir su éxito de unos pocos meses antes, sin prever el derramamiento de sangre que siguió a la derrota de sus esfuerzos.

El general Cavaignac fue aclamado por la asamblea como el salvador de la república después de sus sangrientos éxitos en las calles de París, y la asamblea lo nombró virtualmente dictador militar de Francia. Sorprendentemente, la

asamblea sobrevivió bajo su protección y llevó adelante la tarea de esbozar una constitución para la república. Cavaignac no abusó de sus inmensos poderes. Rechazó el ejemplo napoleónico y permaneció fiel a la república, dando a quienes le apoyaban la oportunidad de encontrar unas instituciones permanentes que proporcionaran estabilidad social y política. Este fue el programa de la mayoría de la asamblea, el partido del orden. El borrador de la constitución fue preparado por un pequeño comité y luego debatido en la cámara durante septiembre y octubre, antes de ser finalmente aprobada el 4 de noviembre de 1848.

Se creó una sola cámara de 750 miembros que debían ser elegidos cada tres años por sufragio universal masculino; el partido del orden aprendió una importante lección en Francia en 1848: el sufragio universal masculino garantizaba mejor la estabilidad y el conservadurismo al permitir la preponderancia de la Francia rural sobre la capital rebelde. La constitución, sin embargo, hizo un fetiche del principio de la división de poderes, con la declarada intención de impedir que poderes dictatoriales cayeran en manos de un ejecutivo o dictador con el que quizá volvería otro terror. A la cámara se le confería la facultad de elaborar las leyes. El poder ejecutivo estaba en manos de un presidente. El gran tema debatido fue si el presidente debía ser elegido por la asamblea o mediante el voto popular directo. Había argumentos a favor de ambas posturas. Al final, la asamblea decidió que el presidente debía ser elegido por cuatro años mediante sufragio universal masculino; no podía presentarse a un segundo mandato; y si ninguno de los candidatos recibía dos millones de votos, la responsabilidad de la elección recaería sobre la asamblea. Lo que la constitución no decía era lo que pasaría si una asamblea elegida popularmente y un presidente también así elegido se enfrentaban. No estaba descartado el peligro de que un presidente popular recordara las pasadas glorias dinásticas para la supervi-

vencia de la república. Que este peligro era real y no hipotético se vio claramente desde el momento en que Luis Napoleón y la resurrección del bonapartismo en el otoño de 1848 se convirtieron en una fuerza política considerable. La asamblea no tuvo en cuenta otro aspecto importante: que sería más fácil para un solo hombre, el presidente, presentarse como la encarnación de la estabilidad y el orden que para una asamblea con su diversidad de opiniones. Tal vez los engañó Cavaignac, un soldado sin la astucia del político, y uno de esos raros hombres capaces de abandonar el poder cuando lo tienen en sus manos. Cavaignac respetaba la constitución escrita; para Luis Napoleón no era nada más que un pedazo de papel. Cavaignac concitó contra sí el odio de muchos parisinos por hacer lo que ellos deseaban que hiciera cuando creían que sus propiedades estaban en peligro. Luis Napoleón, que en la misma situación probablemente habría actuado igual, llegó a la arena política sin una sola mancha.

La ascensión de Luis Napoleón es el increíble relato de un hombre y su tiempo, que influyeron el uno en el otro para crear un segundo emperador y un segundo imperio; la secuencia histórica de los acontecimientos se tomó conscientemente de un ilustre pasado. El mito y la realidad se combinaron de manera muy extraña para redimir a Luis Napoleón de los fracasos de sus primeras ambiciones. Como sobrino del gran emperador llevaba el más famoso nombre de la Francia del siglo XIX: esto, junto con la confianza en su «destino», al igual que su determinación y capacidad, eran sus riquezas personales. Sin embargo, con su acento alemán, su figura piernicorta y su vulgar apariencia «burguesa» parecía un improbable heredero de la herencia napoleónica. Pero los que votaron por él, votaron por lo que él creía representar, un símbolo más que un hombre viviente; pocos en 1848 le había visto realmente y menos todavía le habían oído hablar.

El culto napoleónico había sido vigorosamente alentado durante la monarquía de Julio, esperando así que la dinastía orleanista se aprovechara de su gloria. Historiadores, artistas, escritores y poetas contribuyeron al culto, al igual que los políticos orleanistas. Los grandes logros de Napoleón I fueron realzados por un resplandeciente halo de romanticismo. Se hizo desaparecer los tonos grises y negros, que también formaban parte del cuadro de la época de Napoleón. Se recalcó el contraste con la falta de lustre de la restauración borbónica. El nombre de Napoleón I fue emparejado con los de César, Alejandro y Carlomagno. Hizo grande a Francia y le dio un imperio. Fue el protector de las naciones que luchaban por su liberación. Trajo a Francia el orden y la libertad. Reconcilió los conflictos de la sociedad. El propio Napoleón I había creado deliberadamente muchas de estas leyendas. Lo que atraía a la mayoría de los franceses de mediados del siglo XIX era el Napoleón I al que se atribuía haber traído la paz y la prosperidad, y un gobierno seguro y de orden. Por supuesto esto era una extraordinaria perversión de la historia. Pero en la Francia de mediados del siglo XIX no había deseos de gloria o de guerra, ya fuera en la variedad revolucionaria o en la napoleónica. Los franceses se conformaban con alimentar su orgullo nacional recordando los triunfos militares del pasado. La «gloria» del presente tendría que ganarse a poco precio y sin riesgo. El príncipe Luis Napoleón comprendió este talante cuando más tarde proclamó que él representaba la paz: *L'empire c'est la paix.*

Luis Napoleón programó astutamente su ascenso al poder a partir de 1848, con un seguro instinto político del que hasta entonces había carecido. En la época de la revolución de 1848 tenía cuarenta años; tras de sí estaba la figura del aventurero necesitado que ya había jugado y perdido tres veces. Había tenido que huir después de tomar parte en los levantamientos de los Estados pontificios en 1830-1831; ha-

bía maquinado después una revuelta en Estrasburgo en 1836 y al fracasar había tenido que marcharse de Francia; luego conspiró de nuevo en Boulogne en 1840; esta vez fue atrapado. Era difícil tomarle en serio. Parecía que no había ninguna relación entre el renacimiento del bonapartismo y las atolondradas aventuras de aquel joven. Fue condenado a cadena perpetua en la fortaleza de Ham pero tratado humanamente. No le faltaban las comodidades ordinarias, ni siquiera una amante, y aprovechó su tiempo para escribir artículos sobre temas sociales y militares. En 1846 se escapó de la fortaleza vestido de trabajador y llegó a Inglaterra junto con una joven actriz, Elisabeth Ann Haryett, conocida por los historiadores como Miss Howard. En febrero de 1848 sintió que la revolución de París podía darle una oportunidad y volvió a Francia. Como nadie le prestó atención, marchó de nuevo a Inglaterra a tiempo de enrolarse como policía para controlar a los cartistas, excéntrico gesto por su parte.

Había algo de duradero en Luis Napoleón a pesar de su primer historial de fracasos políticos. Ya como escritor y propagandista había conseguido un considerable éxito. Su obra más conocida, *Des idées napoléoniennes,* fue primeramente publicada en 1839 y de sus muchas ediciones posteriores se vendieron medio millón de ejemplares antes de 1848. El mensaje del libro era que la «idea napoleónica» era tan importante para el presente y el futuro de Francia como lo había sido en el pasado. El culto de Napoleón no era solamente un homenaje al pasado, sino que su fuerza residía en la afirmación de que las ideas de Napoleón marcaban el camino hacia el futuro. Luis Napoleón había retocado las supuestas ideas de Napoleón para ajustarlas a la Francia de mediados del siglo XIX; así pues, afirmaba que las ideas de Napoleón no eran favorables a la guerra, sino que sus propósitos y su política se habían dirigido al progreso social, industrial y comercial y estaban basadas en valores humani-

tarios. De modo que podían convertirse en la base de un programa dirigido al futuro. Entre los escritos de Luis Napoleón de los tiempos de la prisión de Ham figuraba un pequeño folleto, *L'extinction du paupérisme,* que demostraba su preocupación por los problemas sociales y le ganó una reputación como protector de los oprimidos.

A partir de abril de 1848, y especialmente después de junio, con la ayuda de unos financieros, Luis Napoleón y sus partidarios se embarcaron en una campaña de publicidad en Francia realizada con gran habilidad profesional. Cuadros, medallas, cajas de cerillas y banderas fueron distribuidas abundantemente entre los semianalfabetos. Luis Napoleón se esforzó por ganarse a las masas a las que tenía intención de dirigir, guiar y manipular, a la vez que basó su poder en su apoyo. Fue este esfuerzo por convertirse en un dirigente popular a través del vínculo directo del sufragio universal y el plebiscito lo que ha llevado a los historiadores a estudiarle como un precursor de los dictadores del siglo XX. Existen algunos paralelos teóricos de método, similitudes en el modo en que la ambición de poder de un hombre se tradujo en la realidad de un liderazgo, y también en la forma en que el dominio de un hombre se fortaleció mediante llamamientos periódicos y directos al pueblo, al margen de las asambleas representativas y partidos políticos. Pero es absurdo llevar esos paralelos demasiado lejos. Juzgados según sus personalidades, ideas y acciones, no existe ninguna similitud entre el humano y en general juicioso Napoleón III que dirigió los destinos de Francia durante veintiún años hasta la vejez, y el maniaco destructivo Adolf Hitler, que arrasó Europa y fue el responsable de la muerte de millones de personas.

Después de la insurrección de junio, las oportunidades de Luis Napoleón aumentaron enormemente. La república estaba desacreditada a los ojos de la gran mayoría del pue-

blo francés, aunque, paradójicamente, esta mayoría estaba compuesta por muchos grupos políticos y sociales rivales. Los políticos orleanistas y legitimistas consideraban una eventual «restauración», pero entretanto se conformaban con tener el poder bajo la bandera de la república. La minoría de republicanos auténticos en la asamblea y fuera de ella veía en los republicanos recientes a sus antiguos oponentes. Además, como ya hemos señalado, se habían desarrollado fuertes lazos entre los grandes y pequeños propietarios que tenían mucho que perder ante una revolución republicana «roja». A la vez, uno de los nombres más populares en las barricadas de junio era el de Luis Napoleón. Se había difundido por doquier, con mucha eficacia, su preocupación por los pobres; ingenuamente se suponía que era muy rico y que estaba dispuesto a utilizar sus riquezas para suprimir la pobreza. Luis Napoleón se las había arreglado para convencer a la Iglesia católica de que apoyaba su pretensión de que tenía derecho a impartir su enseñanza junto con la del Estado. (En Francia, la «libertad de enseñanza» en el siglo XIX era una cuestión candente entre la Iglesia y el Estado; en Inglaterra en el siglo XX su significado es bastante diferente; la «libertad de enseñanza» es más que nada una cuestión social.) Los socialistas también despreciaban a aquella república adulterada y culparon a Cavaignac de las sangrientas jornadas de junio. No derramarían lágrimas si alguien barría a aquellos parlamentarios. En el otro extremo, los conservadores de muy diversos matices –descritos a veces como el partido del orden», lo que supone una cohesión mayor de la que el grupo realmente poseía– a pesar de los éxitos de Cavaignac tenían serios temores y querían ver a la república reforzada por un firme ejecutivo. En consecuencia, Luis Napoleón, al hacer promesas a todo el mundo por contradictorias que fueran, pudo conseguir un apoyo abrumador.

Cuando el 26 de septiembre de 1848 Luis Napoleón finalmente tomó posesión de su escaño en la asamblea, para el cual había sido elegido por París y otros cuatro departamentos, no tenía mucho aspecto de parlamentario. Su mala oratoria y su apariencia escasamente inspiradora paradójicamente resultaron ser los ingredientes esenciales de su éxito. Muchos de los principales políticos de la asamblea, entre ellos Thiers y Tocqueville, en su orgullo sin límites y teniendo solo en cuenta su propio ascenso, juzgaron erróneamente la personalidad y capacidad de Luis Napoleón. Le consideraban un hombre inofensivo, estúpido incluso, cuya relajada vida moral reflejaba unos planteamientos generales superficiales. Tenían razón en cuanto a la ausencia de escrúpulos morales de Luis Napoleón. En lo demás, pronto descubrieron su error.

La creciente popularidad de Luis Napoleón en París y en el país dio a los orleanistas más destacados la idea de utilizarlo como útil testaferro con cuyo atractivo podrían llegar al poder. La interdicción contra los miembros de la familia de cualquiera de las antiguas dinastías gobernantes había sido eliminada por el voto de la asamblea. Astutamente, Luis Napoleón puso de su parte el apoyo conservador esencial para su candidatura a la presidencia en diciembre de 1848. Las fuerzas monárquicas conservadoras, divididas entre orleanistas y legitimistas, pensaban que estas proposiciones les ofrecían la mejor oportunidad de derrotar a los republicanos que realmente creían en la república. Guizot, Thiers, Barrot y Molé, todos ellos políticos destacados de la monarquía de Julio, decidieron apoyar su candidatura, al igual que lo hicieron la Iglesia católica, con escasas excepciones, y eminentes periodistas; Dumas y Victor Hugo también se subieron al carro napoleónico; los escritores lo hicieron por convicción romántica; en los demás fue una cuestión de cálculo político.

Las elecciones del 10 de diciembre de 1848 fueron un triunfo para Luis Napoleón. Obtuvo cerca de cinco millones y medio de votos frente a su rival más próximo, Cavaignac, que obtuvo un millón y medio. De los otros cuatro candidatos, Ledru-Rollin obtuvo poco más de 370.000 y Raspail, Lamartine y Changarnier consiguieron en términos electorales un apoyo desdeñable. Lo que hay que destacar en estas candidaturas es la muerte política de Lamartine, que había sido nominalmente el jefe del gobierno provisional antes de las jornadas de junio. Esto demostró el rechazo total del país a los hombres identificados con la revolución de febrero de 1848. Ahora se les criticaba por los excesos de junio, por las promesas rotas y por el continuo malestar económico. Otro interesante aspecto de estas elecciones es que en París, Luis Napoleón ganó en los doce *arrondissements,* tanto en el legitimista Faubourg Saint-Germain (el X) como en los barrios más pobres. Luis Napoleón fue la opción más popular, incluso entre los obreros de las ciudades. Una minoría de obreros políticamente conscientes votó por Ledru-Rollin en París, Nantes, Toulouse, el Mediodía y el Norte.

Una vez elegido por un voto tan popular, era evidente que, a pesar de todas las garantías constitucionales pensadas para perpetuar la república, un Bonaparte consciente no se contentaría simplemente con ocupar su cargo durante los cuatro años de mandato. Hacerlo habría sido contradictorio con todo lo que Luis Napoleón había escrito acerca o en favor de la restauración de una nueva era napoleónica de progreso. Esta visión no era compatible con un auténtico sistema parlamentario, unas elecciones, unos partidos políticos y unos dirigentes cambiantes. Era lógico que el presidente se presentara como por encima de los partidos o facciones, a los cuales acusaba de debilitar a Francia y de ser responsables de todos los males sociales.

Los años de 1849 a 1851 fueron testigos de una lucha desigual entre el presidente y la asamblea; sobre el papel sus fuerzas eran iguales, compartiendo el poder y siendo la asamblea en última instancia responsable de la constitución republicana y facultada para destituir a cualquier presidente que la violara. Pero la debilidad fundamental de la asamblea residía en la circunstancia de que la mayoría de los franceses e incluso la mayoría de los diputados no veían virtudes positivas en la república tal como la establecía la constitución. Luis Napoleón controlaba la administración, que a lo largo de los cambios constitucionales desde febrero de 1848, había permanecido centralizada. A través de los prefectos, cuyo nombramiento dependía del ejecutivo, y de su clientela local, Luis Napoleón mantenía una burocracia eficaz para gobernar Francia, la cual podía ejercer influencia sobre las elecciones y servir de vínculo directo entre gobernantes y gobernados. Mientras Luis Napoleón pudiera retener la lealtad de estos puntales del poder y el aplastante apoyo popular, la asamblea y la república serían irrelevantes en el Estado.

Ahora era el príncipe-emperador. No era un jefe de Estado absoluto; la constitución que Luis Napoleón había jurado defender aseguraba la separación de poderes de acuerdo con el modelo norteamericano. Pero «presidente Napoleón» era una contradicción; «Napoleón» no era solo un gobernante del pasado, sino que encarnaba todo un concepto del Estado, de Francia y del imperio que el heredero de Napoleón estaba decidido a resucitar. El programa de Napoleón I para la nación francesa sería reanudado tras un intervalo de treinta y cinco años. Y fue esta continuidad la que trató de recalcar Luis Napoleón cuando, el 1 de diciembre de 1852, asumió el título de emperador Napoleón III, no II. Al sobreentender que el hijo de Napoleón, el duque de Reichstadt, era el verdadero Napoleón II, negaba la legitimidad de la restauración borbónica de 1814.

Los años de preparación casi habían terminado. Nombrado presidente en 1848 su mandato duraba cuatro años. Al principio se conformó con consolidar su popularidad. Deseaba que los franceses lo consideraran por encima de los partidos políticos y conflictos sociales, como el jefe natural del Estado que representaba la voluntad del pueblo francés en su conjunto. Recalcaba constantemente que era el elegido del pueblo, al tiempo que hacía todo lo posible por mostrar los conflictos parlamentarios constitucionales como antipatrióticos, como riñas de gentes sin importancia, que ponían sus intereses por encima de los de Francia. Se aprovechó de sus errores y consiguió aparecer como el campeón de la causa del pueblo contra los políticos que intentaban privar a este de sus derechos. Era necesaria una indudable complejidad de pensamiento para ver en Luis Napoleón a un político sin escrúpulos y manipulador como ninguno, y esa complejidad brillaba por su ausencia. Tampoco fue compensada esta ausencia por una vigorosa oposición. La oposición política se debilitó al vincularse a soluciones monárquicas desgastadas, orleanistas o borbónicas, las cuales tenían pocos partidarios populares después de los fracasos de Carlos X y Luis Felipe. La oposición social carecía de dirección, y al hacerse violenta era liquidada fácilmente.

Las cosas no marcharon bien para los políticos de la Segunda República, los hombres de la época orleanista y de febrero de 1848. Aparte del pequeño pero activo grupo de seguidores que tenía cada uno de ellos, la mayor parte de los franceses se abstenía de la política o votaba contra los políticos enredados en disputas y a favor de Luis Napoleón, el hombre que se presentaba como un jefe vigoroso e ilustrado. Luis Napoleón advirtió y explotó este sentimiento de desilusión general hacia la política, las discusiones y la violencia durante sus giras por el país. Incluso quienes antaño habían apoyado la acción directa en las calles no olvidaban

las jornadas de junio y las luchas desesperadas contra las fuerzas organizadas del ejército y la policía. Se consideraba que la dirección política de los más diversos matices de la opinión había fallado al pueblo y provocado sus padecimientos. Cuando por fin se disolvió la asamblea constituyente y se celebraron elecciones a la nueva asamblea legislativa, en 1849, un tercio del electorado ni siquiera se molestó en votar.

De este modo, la asamblea estuvo desde el principio peligrosamente aislada y al mismo tiempo profundamente dividida entre legitimistas, orleanistas, católicos y republicanos de derecha, por un lado, que formaban la mayoría, y una minoría de socialistas radicales, por otro. Los monárquicos y los católicos apoyaban a la Segunda República como un paso hacia la restauración de la monarquía, pero terquedad de «Enrique V», el pretendiente legitimista, hizo imposible cualquier entendimiento con la dinastía orleanista. Después de todo, si los legitimistas abandonaban el principio de «legitimidad» no les quedaría nada que defender y esto fue lo que ocurrió, aunque cada vez que se producía una experiencia traumática en la historia francesa del siglo XIX se desempolvaban los planes para la restauración.

El príncipe-presidente esperó su momento. Durante los primeros nueve meses dejó el gobierno del país a un gabinete dirigido por el orleanista Odilon Barrot, que tenía mayoría en la asamblea. La mayor preocupación de este gobierno fue proteger al país contra el socialismo. En enero de 1849 fue suprimida la organización de los «republicanos rojos», que abarcaba todo el país. Cuando, pese a todo lo que hizo el gobierno, los republicanos rojos hicieron un buen papel en las elecciones de mayo de 1849 y consiguieron 180 escaños, la abrumadora mayoría conservadora, los partidarios del orden, que habían obtenido los dos tercios del total de 750 miembros, cogieron miedo y decidieron

que había llegado el momento de tomar medidas firmes. Se promulgaron dos leyes con el propósito de fortalecer la estructura social, una ley sobre educación, la ley Falloux, y otra destinada a reducir el electorado en un tercio, impidiendo así al sector más inestable y más pobre ejercer una influencia política.

La ley Falloux era un paso retrógrado. El gobierno provisional establecido en febrero de 1848 intentó promulgar una legislación para extender la enseñanza gratuita y obligatoria a todos los niños hasta los catorce años. Las escuelas serían seculares y en ellas no se impartiría la enseñanza religiosa. Para el legitimista y católico Frederic de Falloux, ministro de Educación en el gobierno Barrot, este plan de enseñanza era anatema. La enseñanza gratuita y obligatoria sin el beneficio de la religión, en su opinión, solo fomentaría el socialismo y la anarquía. Muchos republicanos antes anticlericales, como Thiers, se hicieron eco de estas opiniones después de las jornadas de julio. Así la ley de enseñanza realmente aprobada en marzo de 1850 permitió a la Iglesia organizar escuelas privadas primarias y secundarias y, aunque preveía una cierta supervisión estatal, reforzó grandemente el poder de la Iglesia. Las escuelas no eran gratuitas ni obligatorias y donde existía una escuela de la Iglesia, no se estimulaba la creación de una escuela secular; la educación religiosa era obligatoria. No es sorprendente que los escritores marxistas y socialistas identificaran a la Iglesia con la causa de la reacción política.

En junio de 1849, Ledru-Rollin intentó reunir a los «republicanos rojos» haciendo un llamamiento al pueblo para defender la constitución que Luis Napoleón y sus aliados intentaban destruir acabando con las libertades de la hermana República romana. Luis Napoleón había enviado una expedición a Roma con el propósito de restaurar a un papa antes liberal en sus dominios (véase cap. XIV). No consi-

guió ni el aplauso de los patriotas italianos ni la gratitud del papa, que hacía tiempo que se arrepentía de sus inclinaciones liberales. Pero la expedición italiana fue la ocasión y no la verdadera causa del poco entusiasta desafío de Ledru-Rollin. No hubo una insurrección digna de ese nombre, aunque la protesta fue muy amplia. En París se reunieron unos 7.000 manifestantes, pero solo en Lyon hubo una violencia generalizada. Los manifestantes fueron brutalmente dispersados. Ahora la asamblea tenía una excusa para aprobar más medidas represivas, destinadas a eliminar la frágil alianza de la izquierda. Tocqueville, perspicaz observador, comparó mordazmente las jornadas de junio de 1848 y 1849: «En junio de 1848 al ejército le faltaron líderes; en junio de 1849, a los líderes les faltó ejército». La propaganda socialista se había difundido mucho más por toda Francia en 1849, pero la militancia de las masas se había reducido. La república no tenía ningún peligro serio a su izquierda, sino a su derecha y fue el príncipe-presidente quien logró socavarla. La clave del éxito fue la actitud de la *gendarmerie* y el ejército al que Luis Napoleón aduló asiduamente, con sus atenciones.

En octubre de 1849, Luis Napoleón se aprovechó de las críticas y arbitrariamente cesó al gabinete Barrot, pese a que una mayoría de la asamblea lo apoyaba. De esta manera disminuyó de un plumazo el poder de la asamblea. Su razón declarada para hacerlo fue la abierta condena de los políticos. Declaró que la república se veía amenazada por la anarquía; lo que Francia necesitaba era un «gobierno fuerte» y una «política formulada con claridad». No dejó dudas en cuanto a quién era capaz de proporcionar ese «gobierno fuerte». Francia, manifestó Luis Napoleón, buscaba a tientas que la guiara «la mano y la voluntad del hombre elegido el 10 de diciembre». En un momento de continua dificultad económica, muchos se volvieron hacia Luis Napoleón en

busca de dirección y resolución y dieron la espalda a los debates y compromisos del gobierno parlamentario.

Sin embargo, la causa de los republicanos rojos no estaba muerta, como lo demostró el resultado de las elecciones de marzo de 1850, cuando fueron sustituidos los 30 miembros expulsados de la asamblea. La izquierda consiguió 20 de los 30 escaños, pese a las medidas represivas del gobierno. Se promulgó una nueva ley electoral que reducía el electorado en un tercio y en la práctica significaba el abandono del sufragio universal. Esta nueva ley electoral exigía que los votantes probaran que llevaban viviendo tres años en el mismo cantón. Esto eliminaba a los pobres itinerantes. En algunos departamentos y sobre todo en las regiones industriales y urbanas por lo menos la mitad del electorado se vio privada del derecho de voto. Se ha calculado que el electorado se vio reducido de nueve millones y medio a seis millones. Para asegurarse de la exclusión de la izquierda militante, la ley electoral, además, privó de ese derecho a todos aquellos que hubieran sido declarados culpables por los tribunales. El primer ministro firmó todas esas leyes, aunque más tarde declaró que se había opuesto a las maquinaciones de la asamblea para privar al pueblo de sus derechos.

En enero de 1851, Luis Napoleón se sintió lo suficientemente fuerte para cesar al comandante de la guarnición de París y de la Guardia Nacional, general Changarnier, que despreciaba abiertamente al príncipe-presidente y apoyaba la causa de la restauración orleanista. Como era de prever, en 1851 la crisis constitucional iba a tener su clímax.

Las nuevas elecciones presidenciales debían celebrarse en la primavera de 1852 y, tal como estaban las cosas, Luis Napoleón no podía presentarse de nuevo. Luis Napoleón organizó una campaña en todo el país para cambiar la constitución. Habría preferido un cambio pacífico, constitucional incluso, para asegurar su posición. Una mayoría de la

asamblea estaba dispuesta a secundar sus deseos, pero los padres de la constitución habían hecho muy bien su trabajo. Una mayoría de dos tercios a favor del cambio no se podía conseguir en una sola ocasión, y mucho menos en las tres ocasiones requeridas. Así pues, en el otoño de 1851 no le quedaba más alternativa que dejar la presidencia en 1852 o suspender la constitución y tomar el poder. ¿Podía alguien dudar seriamente de cuál de estas alternativas iba a adoptar?

La Segunda República, que solo podía contar con un pequeño número de sinceros partidarios entre los miembros de la asamblea, estaba condenada. La asamblea, que no creía en la república, difícilmente podía organizar con eficacia su defensa. Una vez más, Luis Napoleón explotó perfectamente la posición ambigua de la asamblea en un discurso en noviembre de 1851, que contenía este llamamiento característicamente altivo: «¡Qué grande podría ser Francia si se le permitiera atender a sus verdaderos problemas, y reformar sus instituciones, en lugar de estar perpetuamente obstaculizada por ideas demagógicas o por alucinaciones monárquicas!». La «reforma» a la que se refería le iba a dar el poder absoluto; la única «demagogia» o «alucinación» monárquica permisible era la napoleónica.

Luis Napoleón estaba adoptando las técnicas modernas de la propaganda. Su objetivo principal era ocultar la cuestión fundamental: el intento de Luis Napoleón de apoderarse del poder. Esto lo conseguía mediante la omisión y haciendo que la gente considerara que lo obvio era demasiado obvio para ser cierto. Invitaba al pueblo a identificar a Luis Napoleón no con una fuerza política más del Estado, ni siquiera como dirigente político con sus propios partidarios, sino con Francia. Si los franceses deseaban el orden con la libertad, la prosperidad y el progreso, la unidad y el patriotismo, la paz social y el mantenimiento de la Iglesia, o cual-

quiera de esas cosas, es decir lo mejor para Francia, debían confiar su futuro a Luis Napoleón, el hombre que se esforzaría desinteresadamente por conseguir todas esas cosas. Debían deshacerse de la escuálida asamblea parlamentaria envuelta siempre en disputas. El parlamento no había conseguido ganarse la estima del pueblo francés y, por tanto, no eran muchos los que estaban dispuestos a defender la forma parlamentaria de gobierno. Llenó una necesidad temporal y pocos lamentaron su muerte. ¿Por qué, en cambio, las instituciones parlamentarias británicas gozaban de tanta consideración? Ciertamente las diferencias entre los dos parlamentos se ampliaron durante este periodo. En Gran Bretaña, durante el tercer cuarto del siglo XIX, surgió el moderno sistema bipartidista; en Francia los partidos políticos se hicieron más personalistas y fragmentarios. En Gran Bretaña se estableció con firmeza la necesidad de un gobierno dependiente de una mayoría parlamentaria; en Francia no sobrevivió mucho tiempo. La indiscutible supremacía del parlamento en Gran Bretaña nunca encontró aceptación en Francia. Un golpe de Estado en Gran Bretaña habría tropezado con una resistencia violenta y si los adversarios del parlamento hubieran tenido suficiente fuerza, habría llevado a la guerra civil. Cuando Luis Napoleón se apoderó del poder en Francia en diciembre de 1851, produjo solo disturbios y protestas localizados.

Luis Napoleón se había asegurado el apoyo de la administración francesa, sumamente centralizada, nombrando prefectos, jueces y funcionarios que le eran adictos. La Iglesia estaba casi totalmente de su parte; consideraba como sus grandes enemigos al socialismo y al ateísmo y veía en el príncipe-presidente al salvador frente a la revolución socialista. El clero ofrecía encantado *Te Deums* al presidente y a la misión que le había confiado el pueblo francés. Como era de suponer, los legitimistas y los orleanistas eran menos entusiastas. Sin embargo, todavía en la primavera de 1852 te-

mían que se produjera una insurrección socialista. Para ellos, Luis Napoleón era un mal menor.

El día elegido para el golpe fue el 2 de diciembre de 1851, aniversario de la victoria de Austerlitz. Con la colaboración de la *gendarmerie* y de personal clave de la administración y el ejército, los planes cuidadosamente concebidos fueron llevados a la práctica virtualmente sin problemas. El Palais Bourbon, donde estaba reunido el parlamento fue ocupado. Fueron detenidos algunos diputados eminentes y los esfuerzos de los diputados por reunirse posteriormente fueron frustrados con facilidad. Cuando los parisinos se despertaron esa mañana del 2 de diciembre se encontraron con las calles llenas de proclamas anunciando la disolución de la asamblea; nadie, salvo los políticos interesados, lo sintió. Sin embargo, no se abolía la «democracia»; por el contrario, se sugería que la culpa de la reducción del sufragio era de la asamblea; de manera ostentosa, Luis Napoleón proclamó que se restauraría el sufragio universal y que se pediría al pueblo que votara una nueva constitución. De esta forma el presidente invertía los acontecimientos. No era él quien destruía la Segunda República, sino que declaraba haberla salvado de la asamblea, que con sus maquinaciones secretas estaba dispuesta a destruirla. El establecimiento de la dictadura se justificaba con el llamamiento a la soberanía popular; «el solemne juicio del pueblo», manifestó Luis Napoleón, era «el único soberano que reconozco en Francia». El ejército, del cual dependía el éxito del golpe, era totalmente leal al nuevo Napoleón.

Entre los civiles existía un apoyo popular a Luis Napoleón, una apatía aún más general, y poca resistencia decidida. En París, el 4 de diciembre, hubo una manifestación a lo largo del Boulevard de la Poissonière de los políticamente más conscientes y militantes, no más de 1.200 personas. Pero la masa de los pobres de París se mantuvo al margen

de la insurrección. Las tropas dispararon de manera indiscriminada, matando a muchos espectadores inocentes, y derribaron unas cuantas barricadas tradicionales; al luchar contra civiles, las bajas entre los militares fueron reducidas. Por todo el país muchos líderes potenciales que podían haber organizado la resistencia fueron detenidos. En la zona del Sena, cerca de 3.000 personas fueron puestas bajo custodia y se ha calculado que se llevaron a cabo unas 25.000 detenciones en toda Francia durante el golpe. Los nuevos centros industriales como Lille y Mulhouse, donde volvía de nuevo la prosperidad, permanecieron tranquilos. Más grave fue la oleada espontánea de protestas e insurgencia en algunas de las regiones, aunque resultó fácil de reprimir. El inesperado derramamiento de sangre perseguiría a Luis Napoleón, pero fue también útil para la propaganda de que su golpe había impedido una insurrección socialista generalizada. El temor generalizado a esta insurrección le aseguró el apoyo a regañadientes de los monárquicos conservadores, tanto legitimistas como orleanistas. Luis Napoleón podía contar con el apoyo de los que querían mantener el *statu quo* social, una amplia masa de franceses. En 1848 se habían llevado un buen susto. A partir de entonces se pudo encontrar una mayoría opuesta a la revolución social aunque fuera al precio de un gobierno personal.

VIII. LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN: AUSTRIA, PRUSIA Y «ALEMANIA»

El nacionalismo liberal no triunfó en ninguna parte en 1848-1849. Las nacionalidades permanecieron sumergidas en los tres grandes Estados dinásticos de la Europa continental, Prusia, Austria y Rusia. Los tres monarcas y sus ministros exigían del hombre lealtad hacia su príncipe; no importaba que fuera «italiano», serbio o polaco. Esta concepción consideraba a la nacionalidad como algo esencialmente secundario; en el mejor de los casos podía ser estimulada desde un punto de vista cultural, pero allí donde, al convertirse en política, amenazara la cohesión del Estado, sería despiadadamente aplastada. Los liberales de 1848 tenían una concepción diferente del nacionalismo. Ocupaba un lugar más importante en su pensamiento. En realidad se comportaban de un modo que Georg Wilhelm Hegel habría aprobado, más que de acuerdo con los ideales de Giuseppe Mazzini, aunque pocos de ellos tomaban conscientemente sus ideas de las doctrinas escasamente leídas de los filósofos.

Si consideramos a Hegel y Mazzini desde el punto de vista de su comprensión de la historia y de su propia época más que desde el punto de vista de su influencia, el contraste entre los dos ayuda a clarificar nuestras ideas sobre 1848.

Para Hegel, la nación era la instancia suprema; creía que una fuerza divina animaba a las naciones, y que la supremacía de una nación revelaba su propósito. Las naciones estaban destinadas a luchar por la supremacía. El pasado había pertenecido por este orden al mundo oriental, al mundo griego y al mundo romano. Hegel creía que su época sería testigo de la era alemana, la más desarrollada hasta entonces. La historia era un proceso de lucha hasta que al final se

resolvieran todos los conflictos. Una nacionalidad inevitablemente tendría que luchar contra otra nacionalidad y a través de la persecución del poder se realizaría la misión nacional. El propósito divino tenía que triunfar, de manera que no había que compadecerse de los vencidos, puesto que realizaban su propósito. Solo el Estado que tuviera razón vencería; así la fuerza se convertía en razón, una razón histórica que Hegel consideraba más importante que cualquier otra.

Para Mazzini, nacionalismo y liberalismo eran reconciliables, el uno se apoyaba en el otro; para él tanto el individuo como la nación eran sagrados. Pedía que un espíritu religioso se conjugara con los principios democráticos como el mejor medio para conseguir el progreso humano. La religión ennoblecía a una sociedad donde el individuo disfrutaría de dos libertades: la libertad personal y la libertad de asociación nacional. Todos los pueblos que desearan una nacionalidad, decía Mazzini, tenían el sagrado derecho de que se cumplieran sus deseos, porque este era el designio de Dios. Creía que cuando los pueblos tuvieran libertad total vivirían en armonía. Una nación no lucharía contra otra. Cada una de ellas haría su contribución peculiar al progreso conjunto de la humanidad. Así pues, Mazzini no solo creía en el destino divino de la nación italiana, sino que también defendía las causas nacionales de los eslavos, los húngaros, los polacos y, por supuesto, de todos los grupos que expresaran un deseo de identidad nacional. Al igual que Hegel, veía un propósito divino. Dios había dividido a la Humanidad en distintos grupos, en naciones diferentes entre sí, pero con iguales derechos. La nación expresaba la voluntad del individuo. Así, democracia y nacionalismo se armonizaban. Los ideales de Mazzini no solo pertenecían a Italia, sino a toda Europa y aún más allá. Al tiempo que tenía fe en la unión final de la humanidad, Mazzini reconocía correctamente que el nacionalismo era la gran fuerza motriz

del siglo XIX. Pero Hegel estaba más cerca de la verdad con su filosofía de los conflictos y luchas nacionales que Mazzini con su visión de la fraternidad de naciones libres. Sin embargo, el idealismo de Mazzini siguió siendo un poderoso estímulo en el siglo XX para aquellos líderes nacionales que, desde el presidente Wilson en adelante, han intentado, desde 1919, encontrar la forma de sustituir los conflictos internacionales por alguna forma de orden internacional. Pero es difícil negar que incluso en el siglo XX los conflictos nacionales han seguido siendo un tema predominante en las relaciones internacionales.

En 1848 los liberales podían aplaudir la victoria de los príncipes sobre sus correligionarios que defendían otra causa nacional. Los liberales alemanes podían alegrarse de que Radeztky derrotara a los italianos. En 1859 tomaron partido por Austria más que por Piamonte. De esta manera los príncipes podían derrotar en parte al liberalismo volviendo el arma del nacionalismo contra los diversos grupos liberales. Y en ningún lugar se puede comprobar esto mejor que en la forma en que las nacionalidades en lucha dentro del multinacional imperio austriaco echaron a perder sus posibilidades de éxito intentando afirmar su supremacía nacional a expensas de las otras.

En los meses del verano de 1848, la revolución social estaba en proceso de derrota y retroceso en toda Europa. Fuera de Viena, el impulso revolucionario siempre fue más nacional que social. Los revolucionarios sociales de Viena, casi inmediatamente después de la caída de Metternich, suscitaron temor entre los propietarios o profesionales vieneses. La marcha del emperador y su corte en mayo de 1848 fue considerada casi como un golpe personal por los vieneses leales. Mientras que los conservadores y moderados se recuperaban, los radicales se aislaban cada vez más, al tiempo que la población del campo rendía homenaje al

emperador en Innsbruck. La tensión y el recelo entre las ciudades y el campo fue una de las características comunes de las revueltas de 1848 en la Europa continental. El hecho de que Europa era todavía abrumadoramente agrícola y de que los soldados de los ejércitos procedían del campo conservador contribuye a explicar por qué la autoridad imperial se pudo recobrar del colapso de la primavera de 1848. Al principio, la corte imperial contemporizó con Viena e intentó fortalecer a los moderados. Presionada, destituyó al gabinete Pillersdorf en julio de 1848 y nombró un nuevo gabinete, dirigido por Wessenberg, algunos de cuyos miembros resultaban satisfactorios para los reformadores. Pero los ministerios responsables del control de las finanzas y de los refuerzos de las tropas continuaron en manos de hombres enteramente leales al emperador.

El *Reichstag,* cuya convocatoria se había prometido para marzo (véase cap. III), pudo reunirse en Viena durante el mes de julio. Este primer parlamento constituyente del imperio (aunque no había representantes de la mitad húngara del imperio) acentuó las diferencias entre las nacionalidades. Los representantes elegidos no podían encontrar ningún objetivo común. Había grupos de derecha y de izquierda en las nacionalidades, pero no podían actuar conjuntamente porque por encima de cualquier otra cuestión estaba la del futuro del imperio. Los checos se oponían a la Viena revolucionaria porque era alemana. Eran partidarios de un fuerte imperio unitario predominantemente eslavo. Así, podían cooperar con los alemanes austriacos de derecha que apoyaban a la corte. La mayoría de los diputados no ocuparon sus escaños de acuerdo con sus sentimientos políticos, sino en bloques nacionales. Pero en 1848 se aprobó una gran reforma. La emancipación del campesinado fue uno de los logros primordiales de «1848» y la corte imperial y el gobierno tuvieron menos que temer del campesinado aunque el problema de los campesinos sin tierra no se hubiera

resuelto con la abolición de la servidumbre. Sin embargo, las reformas de los liberales fortalecieron inmensamente, más tarde, el absolutismo de la monarquía de los Habsburgo.

Entre Viena, la corte, el gabinete y el *Reichstag* hubo una aparente reconciliación en los meses de verano de 1848. El emperador Fernando y la corte habían vuelto a la capital; los obreros y la «izquierda» radical parecían controlados después de la sangrienta represión de las manifestaciones obreras el 23 de agosto de 1848 en la «batalla del Prater». Exteriormente, todo parecía normalizado. ¿Iba a convertirse el imperio de los Habsburgo en un Estado constitucional? Todas estas apariencias eran falsas. Los archiduques continuaban siendo extremadamente conservadores. El comprometido emperador Fernando sería eliminado y sustituido por un emperador liberado de las promesas constitucionales hechas por aquel. El *Reichstag* no podía resolver nada. El poder real estaba en manos de los ejércitos leales al emperador. Windischgraetz había dominado los disturbios de Bohemia, haciendo un escarmiento brutal con las manifestaciones estudiantiles de Praga en junio. Estaba ansioso por reducir a los «rebeldes» en Viena y apenas podía ser contenido. Además, a finales de 1848, las victorias de Radetzky en el norte de Italia fortalecieron grandemente las perspectivas imperiales de recuperación. Había menos necesidad de tropas y de dinero. Las fuerzas de Radetzky y Windischgraetz, que ya no eran necesarias en Bohemia y en Italia, estaban disponibles para ser utilizadas en cualquiera de las tierras de los Habsburgo donde hubiera que mantener la autoridad imperial. Pronto fueron empleadas.

En el otoño de 1848 Hungría se vio de mala gana arrastrada a un conflicto abierto debido al cambio de política de la corte, que tuvo en Bach, ministro de Justicia en el gobierno de Viena, a un partidario acérrimo del centralismo.

Se negó a los húngaros el derecho a tener un ejército aparte. Deák, que llegó a Viena para negociar un acuerdo, se encontró con que las concesiones y promesas hechas anteriormente por Fernando habían sido simplemente anuladas. Las «leyes de abril», sobre las cuales se basaban las instituciones separadas húngaras, fueron repudiadas, y los húngaros se enfrentaron con la exigencia de subordinar su gobierno al gobierno austriaco en Viena. Los derechos históricos de los húngaros estaban sufriendo un rápido proceso de erosión. El medio de empujar a los húngaros a un enfrentamiento militar se encontró en el conflicto croata-húngaro.

Jelačić fue reinstaurado como ban de Croacia y con la ayuda del emperador invadió a mediados de septiembre Hungría desde Croacia. Se le encomendó la misión de restaurar el orden en Hungría en nombre del emperador. Mientras, los serbios atacaban el sur de Hungría. Entretanto, el gobierno Batthyány en Budapest todavía intentaba impedir una ruptura irrevocable con el emperador, así que al principio no opuso ninguna resistencia a esos movimientos militares. Pero los moderados en Hungría perdieron rápidamente terreno ante Kossuth, que hizo un llamamiento apasionado en pro de la resistencia nacional. Cuando, a finales de septiembre de 1848, el conde Lamberg, un húngaro muy respetado, llegó a la capital húngara como plenipotenciario imperial, fue asesinado por una multitud encolerizada. Este acto de salvajismo fue interpretado en Viena como el reto definitivo a la autoridad imperial. A principios de octubre Jelačić fue ascendido en nombre del emperador a comandante en jefe de las fuerzas húngaras y de la guardia nacional. Este paso convenció a los moderados en Budapest de que el emperador y los «alemanes» no se contentarían con nada menos que con el abandono por parte de los húngaros de todos sus derechos históricos a una vida nacional separada. Nombrar a un croata comandante en jefe de las tropas y de la milicia húngaras fue considerado co-

mo un insulto nacional intencionado. Y eso era. La Dieta húngara, en aquella situación de emergencia, se volvió hacia Kossuth como el único hombre capaz de salvar a Hungría y le nombró presidente de un comité de defensa nacional prácticamente con poderes dictatoriales.

Al principio Jelačić avanzó rápidamente y sin oposición, pero fue fácilmente rechazado por una fuerza húngara más reducida antes de llegar a Budapest. Justamente dos semanas después de haber entrado en Hungría Jelačić estaba en franca retirada hacia la frontera austriaca perseguido por los húngaros. Como factor militar, su importancia en Hungría había sido nula; pero una vez en las fronteras de Austria sus soldados, sin embargo, fueron una barrera entre Hungría y Viena, donde el conflicto húngaro hizo estallar nuevas violencias y una resistencia abierta a los ministros del emperador.

En Viena, el gobierno Wessenberg y la corte, apoyados por los ciudadanos más prósperos, continuaron reprimiendo a los pobres. En la ciudad, a pesar de la represión, la dirección radical militante permaneció intacta. Sus miembros más destacados intentaron preservar las conquistas de la primavera anterior, que estaban desapareciendo rápidamente. Se encontraron con escaso apoyo en el *Reichstag.* La mayoría del *Reichstag,* atrapada en unos conflictos nacionales inacabables, estaba más ansiosa por demostrar su lealtad imperial y por permanecer dentro de la ley que por combatir en favor del progreso social. Los húngaros, y los delegados que enviaron en septiembre para abogar por la causa de Hungría en Viena, fueron rechazados por el *Reichstag,* donde la oposición contra ellos era encabezada por la derecha y los checos. Los radicales de Viena vieron una relación entre el éxito de Hungría y el suyo. Si Hungría era aplastada por los ejércitos imperiales lo serían ellos también. Pero los radicales eran una minoría en el *Reichstag.* El nombra-

miento de Jelačić como comandante en jefe de Hungría el 3 de octubre de 1848 y la probabilidad de una guerra abierta entre el emperador y los húngaros forjó por primera vez una alianza en el imperio entre dos grupos de distintas nacionalidades, los húngaros que apoyaban a Kossuth y los radicales alemanes en Viena. La consecuencia fue un levantamiento en Viena y su subsiguiente aplastamiento por las tropas imperiales, uno de los episodios más desastrosos de toda la historia moderna del imperio de los Habsburgo.

El 6 de octubre, una muchedumbre se movilizó en Viena para evitar que el ministro de la Guerra del gabinete Wessenberg, el conde Latour, enviara refuerzos de tropas a Jelačić con la intención de usarlas contra los húngaros. Una multitud rodeó la estación de ferrocarril. Las tropas alemanas austriacas se negaron a subir al tren. Fueron enviadas más tropas que empezaron a disparar indiscriminadamente contra la muchedumbre. Esto enfureció a los obreros y estudiantes que formaban la parte principal de la multitud y se hicieron con el control del centro de la ciudad. El gobierno se reunió en el Ministerio de la Guerra rodeado por una masa vociferante. El conde Latour era el principal objeto de su odio. La multitud se tomó la justicia por su mano y entró en el edificio. Todos los ministros se escaparon. Únicamente Latour, por desgracia, en vez de arriesgarse a huir, se escondió en el edificio. Fue encontrado, arrastrado, brutalmente asesinado y colgado desnudo de un farol. Esta fue la contrapartida del asesinato del conde Lamberg en el puente entre Buda y Pest. El impacto psicológico de esta violencia, el asesinato de uno de los ministros del emperador, tuvo gran importancia: creó una brecha que nada más que la violencia podía cerrar. La corte del emperador y sus principales consejeros consideraban a los húngaros y vieneses como rebeldes, con los cuales era imposible negociar. El emperador y la corte dejaron la ciudad una vez más, siguiendo a los ciudadanos más prósperos que durante todo

el verano habían estado abandonando Viena. La corte se estableció en Olmütz, en Bohemia, bien protegida por Windischgraetz y la mayor parte de los ministros la acompañaron. Los miembros checos del *Reichstag* se marcharon en bloque, como lo hicieron otros muchos diputados.

Pero nada estaba claro en los dominios de los Habsburgo. El *Reichstag,* o lo que de él quedaba, continuó funcionando en la ciudad, sin que nadie discutiera sus derechos constitucionales. Incluso un miembro del gobierno se quedó valerosamente en Viena. El *Reichstag* aprobó incluso el presupuesto de 1849. La línea de ferrocarril entre Olmütz y Viena continuó abierta y el ministro mantuvo una continuidad legal teórica del gobierno. Pero Windischgraetz solo estaba esperando poder obligar a los vieneses a una rendición incondicional. En Olmütz los ministros de talante más liberal, encabezados por el conde Stadion, intentaron conservar los derechos constitucionales y frenar a Windischgraetz. Pero esta vez fue imposible detener al mariscal de campo. El *Reichstag* fue prorrogado e invitado a reunirse fuera de Viena en el mes de noviembre en Kremsier, cerca de Olmütz. Entretanto, la ciudad fue totalmente rodeada por Windischgraetz y Jelačić. Dentro de Viena se improvisaron rápidamente fortificaciones. Un antiguo subalterno, Wenzel Messenhauer, recibió el mando del heterogéneo grupo de hombres armados que se pudo reunir para defender la ciudad. Se hicieron llamamientos pidiendo ayuda. Del parlamento de Fráncfort llegaron algunos diputados radicales por su propia cuenta para dar ánimos a los vieneses; uno de ellos, Robert Blum, fue fusilado tras la caída de Viena. Pero no llegó ningún mensaje de ánimo oficial de Fráncfort y, por supuesto, ningún refuerzo de tropas. En su lugar fueron enviados dos comisionados oficiales del «poder central», gobierno establecido por el parlamento de Fráncfort, con la misión sin sentido de realizar una mediación. El parlamento de Fráncfort se negó a apoyar tanto al nacio-

nalismo húngaro como a la Viena radical. De todos modos, lo hubiera hecho o no, no habría influido en el curso de los acontecimientos en el Imperio de los Habsburgo. Unos pocos voluntarios llegaron lentamente a Viena desde otras partes de Austria, pero los vieneses confiaban sobre todo en los húngaros recientemente victoriosos.

Desdichadamente, las tropas húngaras tenían opiniones divididas sobre la manera de actuar. Su posición en la frontera no era sólida. Más importancia tenía el hecho de que el mando húngaro y muchos de sus oficiales sentían escrúpulos en hacer uso de las armas contra los ejércitos del emperador fuera del reino de Hungría. Su fuerte sentido de la lealtad al emperador les convertía en unos rebeldes tibios. Kossuth era más realista. No esperaba llegar a ningún acuerdo con el emperador. Para él se trataba de una lucha a muerte por la independencia de Hungría. Con tremenda energía se esforzó por hacer conscientes a sus compatriotas húngaros de la necesidad de una lucha sin cuartel. Intentó convencer al cuartel general húngaro de que la unión con la Viena rebelde daría a Hungría la oportunidad de una victoria militar. Es dudoso que se pudiera haber hecho algo. Ni siquiera el impetuoso nuevo comandante en jefe de las tropas húngaras, Arthur Görgey, cuando cruzó la frontera húngara, fue capaz de abrirse paso entre las tropas que rodeaban Viena. Fue fácilmente derrotado por Jelačić. Desgraciadamente, la aparición de la caballería húngara en las afueras de Viena el 30 de octubre animó a los vieneses a la resistencia. Windischgraetz tenía ahora la oportunidad deseada de aplastar la resistencia vienesa sin piedad. A pesar de la decidida lucha, los ciudadanos vieneses que creían defender la legalidad constitucional de la primavera de 1848 fueron vencidos. No hubo piedad. Dos mil vieneses fueron asesinados en una rápida reducción de la ciudad por parte de las tropas de Windischgraetz. Fue la represión más san-

grienta de la Europa de 1848, sobrepasando en brutalidad incluso a las jornadas de junio de París.

Ahora solo Hungría seguía siendo un centro serio de resistencia. Los hombres de 1848 en la mitad occidental (Austria) de la monarquía fueron encarcelados u obligados a alistarse en el ejército; muchos cambiaron de bando; sin embargo, relativamente pocos fueron condenados a muerte, entre ellos Messenhauser y el radical de Fráncfort Robert Blum. La ruptura de las promesas constitucionales de la primavera de 1848 a Hungría y al imperio fue realzada por la abdicación del emperador Fernando y la sucesión en la persona de su sobrino de dieciocho años Francisco José, en diciembre de 1848.

El nuevo gabinete Schwarzenberg estaba decidido a aplastar toda resistencia húngara. Influidos por Kossuth, los húngaros se negaron a aceptar el cambio en el trono en lo que concernía al reino de Hungría. A principios de 1849, la brillantez militar de Görgey salvó a Hungría del desastre. Windischgraetz había atacado y ocupado con bastante facilidad Buda y Pest el 5 de enero, pero Görgey logró retirar a las fuerzas húngaras intactas. Hungría se mantuvo inconquistada y un mundo occidental admirado aplaudió con admiración a Kossuth y al valor magiar, pero, sin embargo, no envió ayuda. Los ejércitos austriacos parecían incapaces de acabar con la resistencia húngara y los ejércitos de Kossuth consiguieron algunas victorias en Transilvania contra los eslovacos y los sajones, que desde febrero recibían ayuda de las tropas rusas. En abril de 1849 Kossuth proclamó la independencia de Hungría. Windischgraetz fue derrotado y Kossuth pudo volver triunfalmente a Budapest como regente. Pero los éxitos de abril fueron efímeros. El 1 de mayo de 1849, Schwarzenberg pidió oficialmente ayuda a Rusia. El zar Nicolás aceptó con presteza y a mediados de junio los ejércitos rusos e imperiales comenzaron una invasión con-

certada del territorio bajo dominio húngaro, que hizo retroceder a los húngaros. A pesar de todo lo que Kossuth y sus generales pudieran hacer, la derrota era inevitable. La defensa húngara fue heroica pero inútil porque ni Inglaterra ni Francia tenían la menor intención de intervenir. En agosto de 1849, Görgey sustituyó a Kossuth para negociar la rendición frente a los rusos. Kossuth y algunos de sus seguidores huyeron a Turquía. Görgey, que consideraba que cualquier prolongación de la resistencia era simplemente un inútil derramamiento de sangre, se rindió incondicionalmente el 13 de agosto en Világos al comandante en jefe ruso y no al general austriaco.

Después de la rendición, el general austriaco Haynau tomó venganza en los húngaros más destacados. La vida de Görgey fue respetada porque el zar le había dado caballerosamente su palabra y los instintos de Francisco José eran bastante decentes, pero Schwarzenberg aconsejó que se permitiera a Haynau establecer tribunales para intentar ejecutar a los húngaros considerados rebeldes. El 6 de octubre de 1849, día que sería importante en la historia de Hungría, trece oficiales imperiales que habían servido como generales en los ejércitos húngaros fueron fusilados. El moderado Batthyány también fue fusilado. Durante el mes de octubre los tribunales militares organizados por Haynau pronunciaron sentencias de muerte y ejecutaron a más de cien personas. Una vez más, el emperador, siguiendo posiblemente los consejos de sus ministros, intervino y negó a Haynau autoridad para ejecutar unas cuatrocientas sentencias de muerte pronunciadas ya por los tribunales especiales. Durante la represión, además de las ejecuciones, unos dos mil húngaros fueron condenados a largas sentencias de cárcel. El nombre de Haynau se convirtió en toda Europa en sinónimo de brutalidad y Francisco José y Schwarzenberg también compartieron ese odio. Sin embargo, es necesario considerar estos acontecimientos en perspectiva. Una nación

entera se había alzado en armas contra el emperador y según las reglas de entonces únicamente una pequeña parte de los rebeldes fueron realmente ejecutados después de las batallas, aunque muchos recibieron malos tratos. Los ilimitados poderes de Haynau fueron revocados en menos de un mes. El despiadado general, sin duda, creía que estaba cumpliendo con su deber. El emperador y Schwarzenberg, aunque tenían una visión más amplia, opinaban que era necesario dar un escarmiento a los traidores, y sobre todo a los oficiales más destacados que se habían alzado en armas contra el emperador. La autoridad imperial descansaba en el ejército y una rebelión no podía quedar sin castigo. Que las ejecuciones de Haynau despertaran tantas emociones, y que fueran interrumpidas relativamente pronto siguiendo las órdenes de Viena dice mucho sobre la moral de Europa a mediados del siglo XIX. Ni Francisco José ni Schwarzenberg deseaban verter sangre inútilmente. Siguiendo los patrones del siglo XX se les habría considerado positivamente humanos.

Hubo una curiosa secuela diplomática: la crisis del Cercano Oriente en octubre de 1849. Kossuth era un refugiado en Turquía, como también lo eran un cierto número de destacados oficiales polacos que habían luchado en favor de los húngaros. Los rusos exigieron la extradición de los polacos, que eran súbditos rusos, y los austriacos la extradición de Kossuth y otros súbditos del emperador. Los turcos vieron en esto una posibilidad de enfrentar a una gran potencia con otra. Palmerston y Luis Napoleón enviaron a las flotas británica y francesa cerca de los Dardanelos para apoyar a los turcos o persuadirles de que no realizaran la extradición de los patriotas húngaros. Al mismo tiempo los rusos decidieron no seguir adelante con sus exigencias y los austriacos también se vieron obligados a abandonar sus esfuerzos. Lo interesante es que esta alianza de corta vida entre Francia y Gran Bretaña en los asuntos turcos fue un

preludio de la alianza de Crimea solo cuatro años después. El episodio pertenece a la historia de la cuestión oriental más que a la de 1848. Como apoyo del liberalismo, las acciones de Palmerston y Luis Napoleón no fueron más que gestos. Kossuth fue internado en Turquía y luego se le permitió marcharse. Después de un tumultuoso recibimiento en Estados Unidos, Kossuth, finalmente, llegó a Londres donde también fue recibido clamorosamente y decidió establecerse en Inglaterra, junto con otros exiliados de 1848.

Había nacido la leyenda de que Kossuth representaba al pueblo en su lucha contra los autócratas orientales, la causa constitucional contra el despotismo. Todo esto está muy lejos de ser verdad, excepto que la mayoría de los magiares lucharon valerosamente. Los conflictos generales de 1848-1849 afectaron al imperio de los Habsburgo de distintas maneras: hubo conflictos sociales y conflictos entre nacionalidades. La lucha húngara fue una disputa en torno a los derechos históricos propios del reino de la corona de San Esteban, derechos que habían sido ampliados durante la primavera de 1848; la corte y el gobierno de Viena se dedicaron con decisión a reprimirlos durante los meses de la reacción. En su actitud hacia las otras nacionalidades había poca diferencia entre el gobierno de los dominios occidentales (Austria) y del imperio y el gobierno de Hungría. En Hungría, los magiares insistían en la primacía de lo político, mientras que a otros grupos nacionales se les concedían derechos en cuanto al lenguaje y a las costumbres, es decir, solo los derechos nacionales que no suponían el autogobierno político. El comportamiento de Haynau en Hungría después de la guerra se puede comparar con la brutal represión llevada a cabo por Kossuth contra los intentos eslovacos de librarse del dominio magiar. Kossuth también mató sumariamente a muchos desdichados eslovacos que habían sido derrotados por los húngaros. A este respecto había pocas diferencias entre las «horcas de Kossuth» y el «carnice-

ro Haynau»; solo las entusiasmadas multitudes de Gran Bretaña y Norteamérica desconocían el comportamiento de Kossuth en sus victorias.

Dentro del Imperio de los Habsburgo, el gabinete Schwarzenberg no solo puso fin a los movimientos nacionales de resistencia –el último que cayó fue el de la República de Venecia en agosto de 1849– sino que también acabó con la prometida constitución popular. El *Reichstag* en Kremsier realmente consiguió una constitución que intentaba resolver el problema de las nacionalidades y el de los poderes absolutos del emperador. La proyectada constitución de Kremsier habría convertido al emperador en un monarca constitucional y permitido al parlamento compartir el poder en el gobierno; habría abolido todos los títulos y a la vez la posición privilegiada de la Iglesia católica. El emperador habría dejado de gobernar por «la gracia de Dios» ya que la constitución declaraba que la «soberanía procede del pueblo». Todo esto era anatema para Francisco José, los ministros y los militares. En lugar de la constitución del *Reichstag,* el gabinete Schwarzenberg, el 6 de marzo de 1849, anunció que el emperador promulgaría una constitución y ya no era necesario el *Reichstag,* que había malgastado su tiempo. La nueva constitución real permitía a la monarquía un control ilimitado del ejército y de la política exterior. Aunque el parlamento debía ser convocado anualmente, podía ser disuelto por el emperador, que también conservaba el veto a cualquier legislación. El emperador sería ayudado por un consejo imperial cuyos miembros elegiría él mismo. En la práctica el cuerpo parlamentario elegido era poco más que dos cámaras de debates, una alta y otra baja. La constitución confirmaba a la monarquía en todos sus poderes esenciales. Al mismo tiempo había algunos elementos progresivos. A nivel local de distritos y comunidades se pretendía estimular un cierto grado de autonomía y representación popular. Esto fue obra del conde Stadion.

Todas las nacionalidades disfrutaban de los derechos no políticos de la igualdad lingüística y todos los súbditos eran iguales ante la ley; fueron abolidas todas las formas de servidumbre. Uno de los aspectos más importantes de la constitución era que abolía todos los derechos políticos de los húngaros y de las otras nacionalidades aunque supuestamente respetaba la constitución húngara. Había solo un parlamento, una ciudadanía y un sistema legal y aduanero para todo el imperio. Lo que Schwarzenberg intentaba crear era un Estado gobernado de manera sólidamente unitaria que concediera a las nacionalidades solo derechos culturales iguales y al pueblo algunas instituciones representativas al nivel de la comunidad y el distrito. Únicamente a los italianos de Lombardía-Véneto se les permitió el privilegio de una situación distinta durante un corto periodo de tiempo.

Jelačić, que había luchado a favor del emperador con la esperanza de recibir recompensas, estaba desilusionado. A Croacia no se le permitió una existencia política aparte. Lo que quiso ser una solución permanente duró solo una década. Derrotada en dos guerras en 1859 y 1866, la monarquía se vio obligada a hacer nuevas concesiones a la nacionalidad más poderosa del imperio. La voluntad de los magiares de un autogobierno no se quebró con la derrota de 1849 como la historia de la monarquía iba a demostrar en las décadas siguientes. Su adhesión a la corona de San Esteban sobrevivió extrañamente incluso a la caída de la casa de Habsburgo y persistió hasta cerca de la Segunda Guerra Mundial. La historia ha demostrado que los magiares son un pueblo obstinado y tenaz, remiso a aceptar la aparente lógica de los hechos.

Al cabo de unos meses la mayor parte de los prusianos, incluso los berlineses, parecieron perder su ardor por la «revolución de marzo» y por la unidad alemana. Los senti-

mientos populares con frecuencia duran muy poco tiempo; los mártires de ayer dejan de despertar cualquier sentimiento; los políticos y las ideologías que durante un momento están en la cresta de la ola son luego olvidados y abandonados. Eso fue lo que ocurrió en Prusia. La elección del archiduque austriaco Juan como jefe provisional del imperio por parte del parlamento de Fráncfort ofendió al orgullo nacional prusiano; en el verano de 1848 hubo un renacimiento bastante notable del fervor patriótico por el rey de Prusia. Los choques en el arsenal en junio de 1848 (véase cap. V) habían hecho creer a los legalistas berlineses que hacía falta más fuerza para garantizar la ley y el orden de la que podía proporcionar el gabinete liberal parlamentario. Había muchas personas que esperaban ver un aumento sustancial de tropas experimentadas en Berlín para reforzar las pocas allí acuarteladas a partir de la salida del rey. En el campo realista de Potsdam, por otra parte, la victoria de los ejércitos de los Habsburgo y especialmente la conquista de Viena en octubre aumentaron el deseo de terminar con los parlamentarios y con los ministros de Berlín, por la fuerza si fuera preciso. Así, en el otoño de 1848 el curso de los acontecimientos en Prusia y en Alemania se combinó para socavar el experimento constitucional al cual el rey había dado su consentimiento en el mes de marzo anterior.

Federico Guillermo era tornadizo y falso; inseguro en cuanto a las medidas que debía tomar; en cómo decir cuándo llegaría el momento preciso de reaparecer como el gobernante de su pueblo. El círculo reaccionario que le rodeaba en Potsdam intentaba endurecer la resolución del monarca. Federico Guillermo vivía en Sans Souci, el pequeño y encantador palacio que Federico el Grande había construido para sí mismo. Federico Guillermo había heredado la sensibilidad artística de su más famoso antepasado, pero nada de su implacabilidad, su buen juicio y su determinación. Periódicamente, Federico Guillermo viajaba a

Berlín para recibir a sus ministros burgueses encabezados por Auerswald y Hansemann, el capaz ministro de Hacienda de la anterior administración Camphausen. En Berlín, Federico Guillermo se comportaba como un monarca constitucional respetuoso hacia la ley. En Potsdam, se burlaba de los esfuerzos del gabinete. El gabinete Auerswald-Hansemann duró hasta el verano, momento en que, atacado por la Asamblea Nacional prusiana, por una parte, y falto de apoyo del rey, por otra, tuvo que dimitir. Cómo iba a salir adelante un gabinete que creyese en el mantenimiento de la monarquía prusiana, pero en forma de monarquía constitucional, si el rey no aceptaba que ninguno de sus súbditos impusiera limitaciones a su poder y la mayoría de la Asamblea Nacional prusiana buscaba una especie de alianza entre el rey y el parlamento. Ningún gobierno podía mantenerse mucho tiempo en el poder dadas las actitudes reales y parlamentarias predominantes. Los liberales prusianos admiraban la práctica constitucional británica, pero la malinterpretaban, al creer que proporcionaba un equilibrio entre el soberano, el parlamento y el pueblo. En el otoño de 1848, Federico Guillermo IV nombró a un general, Von Pfuel, jefe de un nuevo gabinete. Las tropas en las calles de Berlín eran mucho más visibles. De modo sorprendente, el general Pfuel hizo lo mejor que pudo desde un punto de vista constitucional dadas las circunstancias. Intentó sinceramente reconciliar la conservación de todo el poder ejecutivo en manos del monarca con las exigencias del parlamento de algún tipo de supervisión y control. No hace falta describir sus esfuerzos políticos con detalle. Los activos ministros y los políticos de la asamblea solo pudieron desempeñar su papel mientras Federico Guillermo permaneció indeciso.

En Berlín, en el mes de octubre, se produjeron algunos desórdenes. Los obreros que temían por su trabajo chocaron con la milicia ciudadana, formada por los ciudadanos

más prósperos. A la contrarrevolución le interesaba exagerar la gravedad de los ocasionales disturbios en las calles. La gran mayoría de los miembros de la Asamblea Nacional prusiana y el gobierno no tuvieron ninguna dificultad en dominar la situación. Cuando Pfuel dimitió poco tiempo después de haber asumido el cargo no fue porque no pudiera gobernar, sino porque se negó a actuar como agente de un golpe realista para desbaratar los acuerdos constitucionales. Federico Guillermo finalmente dejó caer el manto del constitucionalismo. El puesto de Pfuel fue ocupado por el conde de Brandenburgo, tío del rey, un general sin los escrúpulos constitucionales de Pfuel, un soldado acostumbrado a dar órdenes a las tropas, carente de imaginación y un *Junker* deseoso de servir a la Corona; uno de los más importantes administradores conservadores, Otto von Manteuffel, entró a formar parte del gabinete, y a principios de noviembre de 1848 Brandenburgo hizo pública una real orden que prorrogaba la Asamblea Nacional prusiana; esta tenía que reunirse, no en Berlín, sino en la pequeña ciudad provinciana de Brandemburgo. Berlín, realmente sin necesidad, fue sitiada militarmente. Pero el rey continuaba vacilando. Ciertamente los desórdenes constitucionales provocados por unos cuantos obreros en Berlín solamente sirvieron como excusa para poner fin a las concesiones de marzo. La Asamblea Nacional prusiana ofreció una resistencia pasiva ante el comportamiento anticonstitucional del rey. La respuesta del rey y del conde de Brandenburgo fue intentar intimidar a Berlín ocupando la ciudad con miles de soldados. Por parte de la atomizada oposición política no era posible una resistencia eficaz. La ocupación de Berlín se produjo prácticamente sin derramamiento de sangre. En algunas ciudades de provincias, especialmente en Renania y Silesia, donde el estancamiento de la artesanía y de la industria llevaba a los obreros a la desesperación, hubo sangre y violencia en noviembre. Los soldados prusianos acabaron

rápidamente con los desórdenes industriales y con los clubs socialistas. Entretanto los emisarios del parlamento de Fráncfort fueron recibidos cortésmente en Berlín. Pidieron el retorno al constitucionalismo. Pero no existía ninguna posibilidad de que el rey de Prusia accediera a las resoluciones de los parlamentarios de Fráncfort. La impotencia de Fráncfort en noviembre de 1848 presagiaba el rechazo por Federico Guillermo, cinco meses más tarde, de la corona que le fue ofrecida.

Hasta el último momento, Federico Guillermo estuvo dudando. Cuando la Asamblea Nacional prusiana intentó reunirse a finales de noviembre en Brandemburgo, estaba tan dividida entre la mayoría de izquierda y una minoría más conservadora que intentaba excluir a aquella que la disolución por parte del rey de la desacreditada asamblea importaba ahora poco. Aunque los parlamentarios se comportaron personalmente de una manera valerosa, resistiendo a la autoridad del rey e insistiendo en sus derechos constitucionales, las divisiones políticas internas impidieron que se pusieran de acuerdo en un programa realista. El rey había consentido que los parlamentarios fueran convocados como había propuesto la primitiva Dieta Unida (véase cap. V) y según parece la Corona había trabajado con ellos desde mayo de 1848 a fin de llegar a un acuerdo sobre una constitución para Prusia. Se habían debatido varios proyectos hasta que de modo abrupto, el 5 de diciembre de 1848, mediante decreto real, fue disuelta la asamblea nacional.

Aquel mismo día, el 5 de diciembre de 1848, mediante otro decreto real, el rey concedió a sus súbditos una constitución por su propia voluntad libre y soberana. Como no tenía mucha voluntad, este documento realmente representaba los puntos de vista de sus ministros conservadores y reformistas.

Es tentador minimizar estos esfuerzos conservadores como una simple apariencia destinada a revestir la reacción con un ropaje aceptable. Pero esto sería una simplificación excesiva y engañosa. Desde los tiempos de Federico el Grande y la fundación de Prusia, desde los días de Stein, Hardenberg y Scharnhorst, el apoyo al poder del monarca y a su derecho divino había ido acompañado de un espíritu reformador y modernizador que trataba de garantizar la felicidad y los derechos del individuo y su protección contra el poder arbitrario del Estado. El objetivo de estos conservadores prusianos no era un gobierno parlamentario ni la soberanía del pueblo, sino un pacto entre el pueblo y el monarca, que dejara al monarca el ejercicio de todo el poder ejecutivo, pero a la vez garantizara la libertad básica de sus súbditos frente a los actos ilegales por parte del Estado. La constitución de diciembre de 1848 añadía la característica de la consulta a través de asambleas representativas, tal como se había prometido desde los tiempos del Congreso de Viena. El aspecto más innovador de todo era que desde entonces Prusia tendría siempre una constitución escrita y serviría de ejemplo más tarde a Alemania; era una constitución que podía ser modificada y cambiada. Una voz representativa y no totalmente subordinada pudo expresarse desde entonces, discutir y a veces entrar en conflicto con la autoridad y obligar al gobernante y al gobierno a introducir ciertas modificaciones. A la vez nunca resultó lo suficientemente fuerte, ni en su forma original ni en sus formas posteriores, para inclinar la balanza del poder en un sentido distinto del monarca o de la autoridad del Estado. En consecuencia, los parlamentos de Prusia y la Alemania imperial, a diferencia del británico, no se convirtieron en la fuente última del poder. Una razón de ello se puede ver en el balance de beneficios y limitaciones concedidos por la primera constitución prusiana de diciembre de 1848.

Los aspectos liberales de la constitución asombraron a los contemporáneos. Parecía que el rey prusiano, en el momento de la victoria, había entronizado el principio de democracia. Fueron creadas dos cámaras. La Cámara Baja sería elegida por sufragio masculino, todos los adultos (varones) prusianos podrían ejercer su derecho de voto más de treinta años antes de que pudieran hacerlo todos los ingleses. La Cámara Alta, sin embargo, estaba lastrada por la edad (se concedía el voto a los varones de más de treinta años) y por unos requisitos rigurosos en cuanto a la propiedad a favor de los más ricos. En ninguna parte era el privilegio del nacimiento, por ser miembro de la aristocracia, un criterio del *derecho* de voto. Pero los aspectos liberales de la constitución estaban debilitados por otros artículos. Los ministros esperaban impedir que hubiera representantes militares en el parlamento al no estipular ningún sueldo a los miembros de ambas cámaras. A las dos cámaras se les concedía el derecho a participar en la legislación, y sobre todo a votar el presupuesto (artículo 99). Pero lo que se concedía también podía ser arrebatado porque el monarca se reservaba amplios poderes de emergencia que le permitían gobernar sin el consentimiento de las cámaras, suspender los derechos civiles y recaudar impuestos sin el consentimiento anual del parlamento. Se garantizaba también la independencia financiera del monarca. Todo el poder ejecutivo, el nombramiento y destitución de los ministros, y el control de la administración, estaba reservado al monarca. En ello residía la diferencia esencial con respecto a la democracia parlamentaria en evolución en Gran Bretaña. Además el monarca podía revisar la constitución prusiana cuando quisiera. De esta manera la constitución y el funcionamiento de las cámaras parlamentarias tenían un carácter provisional. No obstante la constitución garantizaba los derechos civiles de los súbditos del rey, la libertad de la persona, de desplazamiento, de religión, de reunión y de asocia-

ción, y preveía la independencia judicial. Por supuesto, estos derechos se podían suspender. La amplia vigilancia policiaca, los juicios políticos, etc., permitieron el abuso arbitrario del poder en Prusia durante los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo los jueces prusianos consiguieron una reputación de incorruptibilidad e independencia. Una norma legal, salvo en los casos excepcionales de presión, mantenida por los tribunales, daba a los súbditos del rey de Prusia la seguridad de que vivían en un estado donde el imperio de la ley prevalecía constitucionalmente.

La constitución prusiana colocó al Estado prusiano en la vanguardia de los Estados bien gobernados de la Europa continental. Intentó eclipsar a las constituciones más restringidas de los pequeños Estados alemanes, y se anticipó a la constitución que se estaba debatiendo en Fráncfort. Los ministros prusianos querían que la constitución no solo satisficiera las aspiraciones de todos menos una minoría irreconciliable de prusianos, sino que también sirviera como posible modelo monárquico a una nación alemana en cuanto alternativa al parlamentarismo de Fráncfort. A la vez que fue bien recibida en Prusia por los súbditos del rey, perturbó a las pequeñas cortes alemanas y al parlamento nacional de Fráncfort, que se vieron en peligro de ser rebasados. La reconciliación del pueblo y de la Corona en Prusia contrastaba notablemente con la represión y las guerras en los dominios de los Habsburgo. Las reformas prusianas no fueron papel mojado. El gobierno Brandenburg-Manteuffel las consolidó mediante una serie de medidas emancipando al campesinado prusiano (véase cap. IX).

Es también cierto que los nuevos parlamentos prusianos estuvieron generalmente subordinados a la Corona hasta el final de la década de 1850. El sufragio democrático fue modificado pronto al ser introducido, en mayo de 1849, el «su-

fragio de las tres clases». Teóricamente todos los varones prusianos adultos conservaban el derecho de voto para la Cámara Baja. La votación de los verdaderos diputados era indirecta (al contrario que en Gran Bretaña). Se votaba a los miembros de un colegio electoral que a su vez elegían a los diputados que ocupaban escaños en la asamblea parlamentaria. Los votantes prusianos fueron divididos en tres clases: el grupo más reducido de los grandes contribuyentes elegía a un tercio de los «electores»; el grupo intermedio, más amplio, a otro tercio; y el último grupo, mayor con mucho, de pequeños contribuyentes o no contribuyentes, al tercer grupo de electores. Estos «electores» actuaban en calidad de organismo encargado de elegir a los diputados que ocuparían los escaños de la Cámara Baja. Este sistema basado en la riqueza produjo durante una década una Cámara parlamentaria abrumadoramente conservadora. Pronto la composición de la Cámara Alta se transformó también en algo parecido a la Cámara de los Lores británica. Los derechos de las dos cámaras en cuanto a la votación del presupuesto anual continuaron siendo vagos. La monarquía conservaba así los medios de ejercer un poder absoluto. En la práctica, el absolutismo prusiano se había terminado. La monarquía continuaba siendo autoritaria, pero el poder del monarca no llegaba a ser absoluto. Con todos sus defectos, la constitución prusiana en su forma final (31 de enero de 1850), aunque impuesta desde arriba, creó un verdadero parlamento que más tarde se esforzó con cierto éxito (aunque también tuvo que aceptar sus fracasos) por ampliar sus poderes y derechos a expensas del monarca y del gobierno que ejercían el poder en su nombre. Con respecto al ejército, arma de apoyo fundamental del monarca en el interior y para su política exterior, el rey quiso y pudo mantener un control absoluto sobre él. Sobre este fundamental asunto se produjo el primer gran conflicto entre el monarca y el parlamento antes de que la década de 1850 llegara a su fin.

En ningún momento los gobernantes de los Estados alemanes aceptaron la autoridad del parlamento de Fráncfort para hablar en nombre de «Alemania». Como señaló sin ambigüedad Federico Guillermo IV, los caballeros de Fráncfort se habían autonombrado para esta tarea y no poseían ningún derecho legal, que solo los príncipes alemanes podían haber autorizado. Los Habsburgo y los Hohenzollern coincidían en oponerse a la idea de una soberanía popular «alemana» ejercida a través de los representantes elegidos del pueblo alemán. Pero durante muchos meses fue beneficioso para las políticas nacional e internacional de Prusia y Austria tolerar y mantener corteses relaciones con este parlamento «alemán» y con la «autoridad central» y el «regente imperial» que esta asamblea había creado en los meses de mayo y junio de 1848 (véase cap. V). Las palabras corteses no costaban gran cosa mientras los ejércitos de Prusia y los Habsburgo permanecieran bajo el mando exclusivo de sus monarcas. El parlamento de Fráncfort y el gobierno imperial no podían ejercer ninguna autoridad ejecutiva a menos que les pareciera bien a Prusia y a los principales Estados alemanes.

El parlamento de Fráncfort estaba también profundamente dividido entre los matices de la izquierda radical, el centro liberal y la derecha. Los representantes de la izquierda preferían una forma de gobierno republicana pero estaban menos preocupados por los detalles de la constitución que por terminar con la opresión de los gobernantes. Deseaban que la «revolución» culminara en la soberanía y la victoria del pueblo entero y el derrocamiento de los príncipes. Una vez logrado esto, para ellos no era asunto de gran importancia el que «Alemania» fuera un Estado unitario, o estuviera compuesta por varias pequeñas repúblicas, o el papel preciso que se debería asignar a las minorías. Pasaban por alto el problema planteado por las nacionalidades de las minorías polacas, eslavas meridionales, italianas, holan-

desas, danesas y francesas que quedarían incluidas en una amplia Alemania cuyas fronteras esperaban que se extendieran tanto como las del Sacro Imperio Romano. Creían, como Mazzini, que una vez que los pueblos fueran libres, el nacionalismo, en cuanto fuerza divisiva, desaparecería. Al mismo tiempo se contaron entre los más ardientes nacionalistas cuando llegó el caso de Schleswig-Holstein. La izquierda, con sus diversos agrupamientos, formaba una minoría sustancial en el parlamento de Fráncfort. A la derecha se sentaban los defensores de los derechos de los Estados que querían limitar el papel del parlamento de Fráncfort y el desarrollo de cualquier tipo de autoridad central responsable ante un parlamento alemán. La mayoría, formada por liberales moderados, intentaba llegar a un compromiso práctico entre los derechos de los Estados y la autoridad central; era partidaria de una monarquía constitucional donde los derechos del parlamento y los derechos del pueblo estuvieran garantizados por una constitución escrita aceptada por el monarca.

Fue esta mayoría liberal la que marcó el camino que siguió el parlamento de Fráncfort en su tarea más importante: la redacción de una constitución alemana. Y lo que hizo fue a primera vista sorprendente e incluso absurdo, lo que se podía esperar de un grupo de académicos, como escribieron quienes se burlaban de los parlamentarios. Durante meses discutieron los derechos fundamentales del pueblo alemán. Realmente había muy buenas razones para ocuparse de los derechos básicos de cada ciudadano antes de enfrascarse en los problemas que suponía redactar una constitución alemana. Lo uno dependía de lo otro. Una vez que el parlamento de Fráncfort llegara a un acuerdo sobre los derechos cívicos de todos los ciudadanos «alemanes», ninguna constitución que ignorara estos derechos en cualquiera de los Estados sería válida. Esta era la forma más eficaz que el parlamento podía idear para influir en las luchas consti-

tucionales dentro de los Estados. El gobernante de un Estado no podía conceder menos de lo que Fráncfort había acordado para «Alemania». Esta era la intención. Había dos razones más por las cuales los responsables de la redacción de la constitución se dedicaron primeramente a los «derechos básicos». Los derechos básicos eran la cuestión en la que las diversas facciones del parlamento de Fráncfort estaban probablemente más de acuerdo. Los liberales moderados deseaban acostumbrar a los parlamentarios a trabajar juntos antes de entrar en los asuntos más problemáticos. De esta forma la cuestión de la «soberanía del pueblo» fue esquivada. Otro grave problema fue deliberadamente pospuesto: las relaciones entre Fráncfort, Berlín y Viena no se resolvieron finalmente. El parlamento de Fráncfort no tenía más alternativa que posponer la cuestión. Prusia no podía ser coaccionada por Fráncfort y el futuro del imperio de los Habsburgo era incierto en el verano de 1848.

La mayoría liberal de Fráncfort no se dio cuenta de que se agotaba el tiempo para el experimento constitucional. Esto solamente lo han podido ver con claridad los historiadores de forma retrospectiva. Los liberales de 1848 tenían confianza en el futuro y creían que los cambios constitucionales producidos por las revoluciones de marzo se consolidarían y profundizarían en los Estados alemanes. Una tarea tan ingente como la creación de una nueva nación alemana no se podía hacer apresuradamente. Hacerlo así podía poner en peligro la cohesión del parlamento de Fráncfort y dañar las relaciones con los diversos Estados, con sus ministros y con sus gobernantes. Era una manera razonable de considerar el panorama alemán contemporáneo. Una revolución por la fuerza, como la que preconizaban los radicales más extremistas, no tenía ninguna posibilidad de éxito y provocaría un caos social. Retrospectivamente podemos ver que ya en el verano de 1848 una transformación de Alemania a través de una asamblea parlamentaria nacional era im-

posible. Si el parlamento de Fráncfort hubiera actuado con más decisión y rapidez, tal como los críticos históricos dicen que deberían haber actuado, habría sido disuelto mucho antes de lo que lo fue. La única oportunidad de los liberales de Fráncfort residía en llegar a un acuerdo con el rey de Prusia, que había evitado una ruptura abierta con los liberales y parecía favorablemente dispuesto a la causa nacional alemana.

Los 50 artículos de los derechos fundamentales de todos los alemanes fueron discutidos y aprobados por el parlamento de Fráncfort en diciembre de 1848. Se convirtieron en ley «alemana». Entre estos derechos figuraba la igualdad ante la ley y la supresión de los privilegios de clase; la libertad de religión, de asociación y de reunión, y frente a la censura y la detención arbitraria. Únicamente podían ser garantizados sobre el papel, porque todos estos derechos básicos continuaban siendo inoperantes a menos que los diversos Estados se decidieran a aceptar la ley. Con todo no dejaban de tener valor, porque como hoy los 30 artículos de la declaración universal de los derechos humanos de las Naciones Unidas, establecieron una pauta de comportamiento civilizado; las metas y los ideales adquieren una fuerza moral que, como se puede demostrar, ejerce una influencia perceptible sobre los gobiernos excepto en los casos más extremos. Los gobernantes alemanes de mediados del siglo XIX, y ciertamente el rey de Prusia, aceptaron estos derechos aunque creyeran que por razones de Estado podían excepcionalmente suspenderlos.

A mediados de octubre de 1848, el parlamento de Fráncfort comenzó a trabajar en la constitución. Antes de que los debates en Fráncfort hubieran avanzado mucho, Viena cayó en manos del ejército de Windischgraetz; Berlín fue ocupado por las tropas reales; los ministros liberales prusianos dejaron de estar en el poder y la Asamblea Nacional

prusiana fue enviada a una pequeña ciudad de provincias, maniobra habitual para privar a la asamblea de poder y de prestigio. La posibilidad de una revolución, o incluso de un cambio constitucional desde abajo, había desaparecido tanto en Prusia como en Austria. Fue este hecho el que hizo que tantos de los debates de Fráncfort en el otoño y el invierno de 1848 tuvieran un interés puramente académico. Como tan acertadamente ha señalado el historiador Golo Mann, «la dificultad estribaba en que cada vez que la asamblea quería conseguir algo real, su propia irrealidad se hacía evidente». Federico Guillermo IV y los conservadores, por razones tácticas, podían parecer dispuestos a negociar y discutir con Fráncfort, pero jamás habrían aceptado de los parlamentarios alemanes unas condiciones de cooperación que no habrían aceptado del parlamento prusiano. Nunca habrían estado de acuerdo con la idea de que el rey y los ministros fueran responsables ante el parlamento. Lo mismo pasaba con los conservadores del imperio de los Habsburgo como Schwarzenberg: la soberanía parlamentaria era anatema para ellos. Los Habsburgo tenían otra razón para manifestar una implacable hostilidad hacia Fráncfort: la unidad alemana no podía pasar por encima de la unidad y centralización del multinacional imperio de los Habsburgo, que comprendía a la Austria de habla alemana. Los Habsburgo deseaban controlar los asuntos de Alemania, Italia y la Europa oriental eslava como lo habían hecho durante siglos antes de 1848, y no unificar Alemania.

No es necesario seguir en detalle las maniobras partidistas del parlamento de Fráncfort a propósito de la constitución durante el invierno de 1848 y la primavera de 1849. Pronto se hizo evidente que no era realista pensar en recrear territorialmente el antiguo «Sacro Imperio Romano». El problema más difícil de resolver era el futuro de los territorios de habla alemana del imperio de los Habsburgo. Los Estados alemanes más pequeños eran favorables a la

solución conocida como *Kleindeutsch* (pequeña Alemania), que habría excluido totalmente al imperio de los Habsburgo y dejado el poder predominante en manos de Prusia. Los Estados alemanes mayores se oponían a un predominio prusiano y por ello deseaban incluir a los Habsburgo para que sirvieran de contrapeso. Los austriacos alemanes de Fráncfort también eran favorables al concepto más amplio de *Grossdeutsch* (gran Alemania). Schwarzenberg no quería tratos con ninguna de las dos partes, pero veía como esfera natural de los Habsburgo un territorio multinacional en la Europa central que extendiera sus dominios mucho más allá de las fronteras reales del imperio en 1848. Esto significaba el abandono práctico de la unidad alemana, porque Schwarzenberg despreciaba a sus vecinos débiles y divididos. Incluso el partido de la *Grossdeutsch* en Fráncfort tuvo que admitir esta verdad al final. Pero si en la primavera de 1849 los grupos partidarios de la *Grossdeutsch* estaban dispuestos a aceptar la supremacía prusiana, también deseaban en lo posible limitar sus poderes y consiguieron concesiones de los liberales de la *Kleindeutsch.* Al mismo tiempo, los grupos de izquierda deseaban llegar a un acuerdo. Harían posible un voto mayoritario en el parlamento de Fráncfort en favor de un emperador prusiano hereditario de Alemania –aunque siempre se habían opuesto al gobierno de todos los príncipes– y apoyarían la solución de la *Kleindeutsch,* pero a cambio exigían el fortalecimiento del parlamento y un sufragio democrático.

El resultado de todos estos debates y acuerdos fue la constitución para el imperio alemán adoptada por el parlamento de Fráncfort en marzo de 1849. La «izquierda», los demócratas habían conseguido dos importantes concesiones: 1) el emperador únicamente podría retrasar la aprobación de la legislación, no vetarla permanentemente, si el parlamento aprobaba la ley tres veces en sesiones sucesivas; 2) la Cámara Baja sería elegida en la práctica mediante su-

fragio masculino directo y por voto secreto, concediendo el voto a todos los varones alemanes de más de veinticinco años y de «buena reputación». Los derechos del parlamento (el *Reichstag*) eran amplios. Era necesario el consentimiento de las Cámaras Baja y Alta para la legislación; los presupuestos anuales serían votados y el *Reichstag* tendría un control estricto de los gastos. Los poderes del emperador hereditario también eran amplios y la constitución en su conjunto no otorgaba al parlamento un control indiscutible sobre el monarca o el gobierno como en Gran Bretaña. Pero era una constitución con un sufragio más democrático que el de Gran Bretaña en aquella época e inclinaba la balanza del poder más en favor del parlamento que del monarca. La constitución permitía una cierta separación de poderes, de acuerdo con el modelo norteamericano, y habría permitido al parlamento ejercer una fuerte influencia y supervisión del gobierno imperial. Federico Guillermo IV fue elegido emperador el 28 de marzo de 1849 sin gran entusiasmo. Cerca de la mitad de los miembros del parlamento de Fráncfort votó por él y la otra mitad se abstuvo.

Cuando el presidente del parlamento de Fráncfort, Eduard Simson, y una diputación de miembros se desplazaron a Berlín para ofrecer la corona a Federico Guillermo IV, el 3 de abril de 1849, debían tener alguna esperanza de éxito. Federico Guillermo había manifestado abiertamente su adhesión a la causa alemana y el mismo rey de Prusia, después de todo, había concedido el voto a todos los varones prusianos solo unas semanas antes. Pero la aversión de Federico Guillermo IV hacia los «caballeros» de Fráncfort y lo que representaban estaba muy arraigada, y se había recrudecido debido a los acontecimientos del año anterior. Nunca habría consentido en limitar los poderes de la monarquía frente a esa asamblea parlamentaria, o a cualquier otra, ni en confiar el futuro de Prusia a una Alemania cuyo destino fuera controlado por un parlamento alemán de du-

dosa composición. Todas estas razones eran suficientes para su rechazo. Se sentía emocionalmente vinculado al concepto de «derecho divino y no podía aceptar una corona votada por los representantes del pueblo, refiriéndose más tarde a ella «como la corona por la gracia de panaderos y carniceros», el «dogal» que le habría convertido en «siervo de la revolución de 1848». Sin embargo, por aquel entonces, parecía andarse con rodeos como de costumbre. Veinte gobiernos alemanes dieron su aprobación a la elección y a la constitución, pero los cuatro Estados mayores, los reinos de Sajonia, Hannover, Wurtemberg y Baviera, no dijeron nada. Realmente nunca pudo haber dudas con respecto al resultado. Federico Guillermo rechazó la corona sin que formalmente dijera ni que sí ni que no, informando a los parlamentarios de que no eran ellos quienes para ofrecerle la corona. Entretanto, el gobierno prusiano rechazó la constitución de Fráncfort en la forma en que le fue presentada y de esta manera inició la ruptura formal entre Prusia y el parlamento alemán de Fráncfort. Baviera, Sajonia y Hannover se unieron rápidamente a Prusia para rechazar la constitución de Fráncfort.

¿Qué quedaba ahora, en la primavera de 1849, del parlamento de Fráncfort y de su poder central? Los miembros austriacos y prusianos leales a sus monarcas abandonaron la asamblea. En una patética demostración de fuerza, los restos del parlamento de Fráncfort, en su mayor parte demócratas del sur de Alemania, decidieron continuar y hablar en nombre de la nación alemana. El fin de todas las grandes esperanzas del parlamento alemán estaba próximo. El gobierno de la ciudad de Fráncfort no estaba dispuesto a albergar lo que parecía cada vez más una asamblea revolucionaria. Los ciento treinta miembros de lo que quedaba del parlamento de Fráncfort optaron por el tipo de maniobra audaz que les había salido bien la primavera de 1848, pero que ahora, un año más tarde, estaba destinada al fracaso;

convocaron la elección de un *Reichstag* constituyente alemán en agosto. Se desplazaron a Stuttgart, capital de Wurtemberg, pero no pudieron permanecer allí durante mucho tiempo. En junio de 1849 fueron dispersados por los soldados del rey de Wurtemberg. Pero el final de sus esperanzas no pasó inadvertido en Alemania. El apoyo a los ideales de una Alemania nacional y democrática y el amargo desengaño ante los resultados del año revolucionario provocaron algunos levantamientos populares en mayo y junio de 1849. El rey de Sajonia tuvo que huir de Dresde; hubo también disturbios en algunas ciudades renanas y en el palatinado bávaro. La resistencia más seria y organizada tuvo lugar en Baden. En todas partes las tropas prusianas aplastaron la revolución sajona y a mediados de julio la última chispa de la sublevación de Baden había sido extinguida; los prusianos continuaron ocupando Baden durante más de dos años. La «contrarrevolución» no solamente acabó con las aspiraciones de las demócratas, sino que también evidenció el poder del rey de Prusia en Alemania. Esto animó al rey de Prusia a fomentar algún tipo de unión de Alemania bajo sus auspicios, ahora que se había deshecho de los representantes del pueblo alemán. El rey fracasó espectacularmente.

La debilidad militar y diplomática de Prusia frente a la oposición austriaca a una unión alemana dominada por Prusia quedó clara para todo el mundo en 1849 y 1850. La imaginación romántica de Federico Guillermo IV soñaba con encabezar un Sacro Imperio Romano reconstituido en armonía con el emperador Habsburgo. Nunca llegó a enfrentarse en la práctica al problema fundamental de cómo las tierras occidentales de los Habsburgo podrían llegar a formar parte de un imperio alemán reconstituido bajo la hegemonía prusiana. Pero no podía renunciar totalmente a la causa nacional; en una proclama al pueblo alemán en 1851 declaraba que no quería que se le acusara de haber «dejado de interesarse por la causa de la unidad alemana»,

o de haber «sido infiel a mis antiguas convicciones y a mi palabra». Pero en 1851 su postura de campeón de la unidad alemana se había deteriorado. Dos años antes, en la primavera de 1849, todavía había partidarios liberales del nacionalismo alemán que ponían sus esperanzas en el rey de Prusia a pesar de su rechazo de la corona imperial. Uno de ellos era el prusiano Joseph Maria von Radowitz, quien había pasado gran parte de su vida intentando fortalecer las instituciones de la Confederación germánica.

Radowitz había servido a Prusia durante largo tiempo y lealmente. Había sido amigo de Federico Guillermo IV durante muchos años. Tenía el grado de general en el ejército prusiano y antes de 1848 le habían sido confiadas misiones diplomáticas destinadas a reformar la Confederación germánica. En el parlamento de Fráncfort encabezó la facción prusiana de la derecha. Radowitz, junto con otros conservadores ilustrados, reconocía la necesidad de una reforma social, la necesidad de reconciliar al pueblo con la Corona. Era un piadoso converso al catolicismo, ardiente defensor del nacionalismo alemán y creyente en el derecho divino de los reyes. Leal a la Corona prusiana, Radowitz era esencialmente un hombre inteligente y capaz, que intentó resolver la cuestión alemana de acuerdo con las creencias del rey de Prusia. En el periodo inmediatamente posterior a 1848, Radowitz fue el ministro con mayor influencia sobre Federico Guillermo IV. Sus esfuerzos fracasaron, aunque indudablemente fueron sinceros.

El «plan de unión prusiano», para el cual Radowitz consiguió el apoyo de Federico Guillermo en 1849, preveía una unión alemana más estrecha encabezada por Prusia, con un sistema legal unificado, un gobierno central fuerte y el control del ejército en manos del rey de Prusia. Este pequeño *Reich* federal alemán recogería la constitución de Fráncfort con las enmiendas adecuadas para fortalecer la autoridad

real. Austria sería excluida. Pero el *Reich* federal alemán también formaría una alianza o «unión» permanente con el imperio de los Habsburgo; esta federación mayor, o *Bund,* sería similar a la antigua Dieta; no existiría ningún parlamento o gobierno central de esta unión mayor y Austria y Prusia compartirían la primacía del más amplio *Bund.* Así, se reconciliarían en apariencia las soluciones *Grossdeutsch, Mitteleuropaisch* (es decir, una Europa central formada por toda Alemania y los territorios de los Habsburgo) y *Kleindeutsch* a la cuestión alemana en Europa. Schwarzenberg se mostró implacablemente hostil. Vio en este plan una forma de eliminar la influencia austriaca en Alemania. Sin embargo, al estar todavía ocupado con los problemas revolucionarios del imperio austriaco, no podía hacer sino esperar el momento propicio para intentar destruir el plan prusiano. De esta manera al principio Prusia pudo poner en marcha su plan con cierto éxito. Se formó una «alianza de los tres reyes» entre Prusia, Sajonia y Hannover en mayo de 1849, pero su continuidad dependería de conseguir el apoyo de dos Estados del sur de Alemania, Wurtemberg y Baviera, que no querían verse atrapados en la red prusiana. Los pequeños Estados no tenían más alternativa que aceptar las propuestas prusianas. El paso siguiente de Radowitz fue convocar una asamblea de todos los Estados alemanes en Erfurt para fundar el *Reich* alemán tal como lo concebía. Pero Baviera y Wurtemberg se negaron a acudir. El «parlamento de Erfurt», en marzo de 1850, fue por ello una especie de fracaso, porque únicamente asistieron Prusia y los Estados alemanes más pequeños. Schwarzenberg, después de la represión de Hungría, estaba dispuesto a volver a la política austriaca de buscar el predominio en Alemania. Convocó la Dieta de la Confederación germánica en Fráncfort en mayo de 1850 y en el siguiente mes de septiembre declaró reestablecida la Confederación germánica y la Dieta. Ahora había dos asambleas que decían hablar en nom-

bre de Alemania, la Dieta de Fráncfort, dominada por Austria, y el «parlamento de Erfurt», dominado por Prusia. Pronto se produjo una confrontación entre ambos.

El elector de Hesse-Kassel estaba enredado en una disputa constitucional con su parlamento. El elector se dirigió a la Dieta de Fráncfort en busca de apoyo. Pero el «parlamento de Erfurt» manifestó que eran Prusia y sus aliados en Erfurt quienes deberían resolver la cuestión y dio la razón al parlamento. Hesse-Kassel era de una importancia estratégica vital para Prusia, debido a que este pequeño territorio separaba a Prusia de Renania; las comunicaciones militares atravesaban este territorio. Además, el conflicto representaba ahora una prueba de fuerza entre la unión alemana de Prusia y la decisión austriaca de volver a la situación alemana como si no hubiera existido 1848. Austria se movilizó y también lo hizo Prusia, o intentó hacerlo, porque la movilización prusiana reveló serios fallos militares. A pesar de su demostración exterior de fuerza, Federico Guillermo y los ultraconservadores prusianos no estaban preparados para desafiar militarmente a Austria. Les faltaba la voluntad de vencer y también posiblemente la fuerza militar para hacerlo. Radowitz tuvo que dimitir. En su lugar fue nombrado Otto von Manteuffel y en Olmütz, el 29 de noviembre de 1850, se rindió a Austria. La posterior conferencia en Dresde, de diciembre de 1850 a la primavera de 1851, sirvió simplemente para restaurar de modo formal la Dieta de la Confederación germánica y liquidar todos los proyectos de reforma. Esta «humillación» política ha sido considerada como el nadir de Prusia en su lucha por la primacía en Alemania. Recientes investigaciones, sin embargo, han demostrado que esta opinión es demasiado simplista. En la lucha por el predominio económico, Prusia hizo grandes progresos en la década de 1850 a través del *Zollverein,* aunque por el momento tuviera que ceder militarmente el paso a Austria.

IX. LA DÉCADA DE 1850: LA DÉCADA AUTORITARIA EN AUSTRIA Y PRUSIA

La década de 1850 presenta un extraordinario contraste con la turbulencia de la «hambrienta década de 1840». Los pueblos de Europa se mostraron políticamente apáticos. Ya no hubo más combates en las barricadas; tal vez se había aprendido la lección de que era inútil luchar contra un ejército estatal entrenado. En el continente europeo una especie de conservadurismo más ilustrado, que reconocía la necesidad de la reforma y de los cambios, sustituyó al conservadurismo político más inmovilista de la década de 1840. El Estado era paternalista y autoritario. Se pusieron unas exageradas esperanzas en la capacidad de los gobernantes de conseguir la prosperidad y eliminar la pobreza.

Bajo la superficie política hay también aspectos de continuidad entre la década de 1840 y la de 1850. Las dos décadas fueron testigo de un continuo notable crecimiento demográfico, sobre todo en Rusia, Gran Bretaña y «Alemania», y en grado bastante menor en Francia. A pesar del desarrollo de la industria, que absorbió una parte de la creciente población rural en las ciudades, la tierra ya no podía mantener a todos los que deseaban vivir de ella. El Nuevo Mundo se convirtió en una «válvula de seguridad». Pronto se advirtió esto y en aquellos países donde el crecimiento demográfico superó la expansión agrícola e industrial, como ocurrió en Gran Bretaña (si incluimos a Irlanda), en el sudoeste de Alemania, en Prusia y en Escandinavia, no se pusieron obstáculos a la emigración. En Prusia, por ejemplo, se hicieron esfuerzos por garantizar que los emigrantes fueran correctamente tratados por las compañías navieras. En la década de 1850 más de dos millones de personas abandonaron Gran Bretaña e Irlanda; de los Estados alema-

nes, y sobre todo del sudoeste, otro millón de personas emigró durante esta misma década e igualmente los escandinavos emigraron en gran número. Pero esta marea humana de emigración, principalmente a Estados Unidos, no fue un fenómeno nuevo de la década de 1850, sino una continuación de la emigración de la década anterior. Es un mito que la revolución de 1848 produjo una emigración desde Europa. En el mejor de los casos fue un pequeño factor adicional. Por cada exiliado famoso de «1848», un Karl Marx, un Kossuth o un Carl Schurz, hubo decenas de millares de personas que se marcharon en busca de una vida mejor. Cuando los emigrantes de las décadas de 1850 y 1860 llegaron a su destino en ultramar intentaron mantener sus tradiciones culturales y sus vínculos con su «hogar» europeo. Aunque mucha gente vivía mejor en las décadas de 1850 y 1860 y aumentó el número de los que se podía decir que formaban parte de la «clase media», también aumentó la pobreza y la indigencia para otros. No fueron las personas con un nivel de vida suficiente las que emigraron a millones a Estados Unidos. Aunque es correcto hablar de un aumento general de prosperidad durante el tercer cuarto del siglo XIX, de acuerdo con la ley de los promedios, es una generalización bastante engañosa. Había grandes variaciones de riqueza entre un grupo de trabajadores y otro, entre un país o región de un país y otro: basta con pensar en Irlanda. Había también variaciones entre un año bueno y un año malo, entre los efectos de una buena cosecha y una mala. Las fluctuaciones en los niveles de los ingresos reales a veces fueron violentas. Las décadas de 1830 y 1840 fueron un periodo tan espantoso para la mayoría de los pobres, cuyos salarios reales descendían a menudo, que solo en comparación con estas décadas sombrías las de 1850 y 1860 parecieron traer una mejoría para la mayoría. En Gran Bretaña, el país donde la industrialización hizo sus mayores progresos, uno de cada siete ingleses era un pobre, y el primer volumen de

London labour and the London poor, de Henry Mayhew, con su torva descripción de la indigencia, se publicó por primera vez en 1851 como «enciclopedia de la condición y de los ingresos de los que quieren trabajar, los que no pueden trabajar y los que no quieren trabajar». Es preciso contrastar todo esto con el culto al progreso ejemplificado por el Crystal Palace.

Políticamente fue una década tranquila en Europa. No hubo ninguna amenaza revolucionaria desde abajo. Fue una década de patriotismo y de apoyo popular general a los diversos movimientos nacionalistas, ya fueran polacos, húngaros o italianos, aunque ninguna de las complejas cuestiones que estaban en juego fuera comprendida por la gente común y corriente. El zar de Rusia era considerado como el archienemigo del progreso social y nacional tanto por los liberales como por los radicales. La Guerra de Crimea fue acogida como una guerra contra la autocracia, y las causas de Hungría, Turquía y Polonia disfrutaron de un breve periodo de popularidad.

Otro aspecto de la década de 1850 fue el desarrollo de la administración y la burocracia gubernamental. En todo el continente había gobiernos autoritarios. En Francia, la constitución de Luis Napoleón para el Segundo Imperio hizo de la administración centralizada el principal instrumento de gobierno; la legislatura tenía muy poco poder real. El imperio de los Habsburgo se convirtió en sinónimo de burocracia centralizada durante la década de 1850; las partes que hablaban de representación en la constitución de 1849, obra del conde Stadion, ministro del Interior, solo fueron puestas en vigor al nivel local de los municipios. Pero incluso estas modestas reformas no sobrevivieron a Stadion. Prusia era ligeramente menos autoritaria, aunque en comparación con Francia y Austria, el parlamento prusiano poseía algunos poderes residuales auténticos. En la década de

1850, el objetivo principal de los ministros prusianos fue restaurar el poder del rey y ampliar el papel del Estado en las cuestiones sociales y económicas. Políticamente fue un periodo de reacción; un sistema de espías y vigilancia policiaca acechaba las vidas de todos los sospechosos para prevenir cualquier perturbación de la tranquilidad interior. Fue también un periodo de reforma impuesta en nombre del monarca, de reforma desde arriba.

En la Rusia de Nicolás I, la burocracia asumió un papel cada vez más destacado en el Estado, aunque la inmensidad del imperio echaba por tierra los intentos de crear una eficaz administración centralizada. Durante los últimos años del reinado del zar, Rusia sufrió un estancamiento y toda iniciativa fue sofocada.

Gran Bretaña ofrece un contraste con el cuadro de la Europa continental. Los dirigentes políticos reconocían la necesidad de basar su influencia en cuestiones más amplias; los privilegios políticos de los acomodados disminuyeron. El parlamento reformado creció en fuerza y magnitud, al mismo tiempo que la evolución del gobierno local representativo; la centralización, sin embargo, también fue una tendencia significativa. Se crearon inspecciones centralizadas para garantizar el cumplimiento de la legislación en materia de sanidad, condiciones de trabajo en las fábricas, enseñanza y administración local. La solución británica al gobierno de un Estado moderno fue así una mezcla única de centralización, instituciones representativas locales y legislatura parlamentaria representativa. El desarrollo y las reformas de la administración pública fue un aspecto complementario de la importancia cada vez mayor de la administración central.

La autoridad central del estado hizo posibles algunas reformas en la década de 1850 y generalmente se responsabilizó de la protección de los derechos de los individuos. En

el continente europeo la década de gobierno autoritario no fue, pues, enteramente negativa en sus resultados. También fue esta década testigo de la aprobación de una reforma espectacular: la emancipación legal del campesinado en la Europa central y oriental. Sin una autoridad central fuerte esta reforma difícilmente habría podido ser llevada a la práctica con eficacia, pero también es necesario señalar que la emancipación económica del campesinado fue mucho más gradual. Los nuevos medios de comunicación mediante el telégrafo eléctrico, hay que recordar, contribuyeron a la centralización e hicieron más viable el control de todas las regiones de un Estado.

Otro aspecto importante de la década posterior a 1848 fue la continua expansión industrial que produjo la creciente prosperidad de algunos. Sin embargo, por lo general se ha exagerado el grado en que el Estado estimuló deliberadamente el crecimiento industrial en la década de 1850. La contribución estatal al crecimiento industrial en la Francia del Segundo Imperio, en la monarquía de los Habsburgo y en Prusia, tendió a ser indirecta. Se concedió gran importancia al rápido desarrollo de los ferrocarriles. Aunque Rusia continuó industrialmente estancada en la década de 1850 y solo se produjo una expansión a finales del siglo XIX, el Estado también hizo allí una contribución significativa con la iniciación de la construcción de líneas férreas.

La gran exposición de 1851 en el Crystal Palace, donde se exhibieron las nuevas maravillas tecnológicas de toda Europa, patrocinada por la realeza, simbolizó el optimismo de los gobernantes y de los industriales «de vanguardia» y su confianza en el progreso material. Napoleón III no se quedó atrás. La exposición de París de 1855 que siguió a la del Crystal Palace fue la más espléndida y opulenta nunca vista; no obstante, no debemos dejarnos impresionar por estos «grandiosos espectáculos» hasta el punto de generali-

zar sobre la nueva prosperidad de la época. Es necesario valorar las grandes exposiciones en lo que eran, es decir, «circos» tecnológicos. Sin duda, la «gente de calidad» las consideraba como grandes maravillas de riqueza, pero a la mayoría del pueblo no le afectaban para trabajar en la tierra o en la fábrica. Si algo simbolizaban era el contraste entre la riqueza y la pobreza en la Europa de mediados del siglo XIX.

A pesar de estar rodeados por tanta pobreza, ni los gobernantes ni la minoría más próspera estaban amenazados seriamente en ningún lugar del continente después de 1848-1849. Una de las razones es que en todo el continente, salvo en Hungría, los ejércitos habían demostrado ser instrumentos leales al orden establecido. (Luis Felipe nunca había puesto a prueba la fidelidad del ejército que más tarde sirvió a la «República» y al emperador.) Los soldados demostraron su fidelidad ciega de nuevo en 1854 y 1855, luchando en Crimea por el zar, por el emperador, o por la reina y el parlamento. Los gobernantes consideraban que lo esencial para la conservación de un Estado moderno era la obediencia a las órdenes del monarca; no podían olvidar las experiencias traumáticas de 1848 cuando el «pueblo» había puesto en entredicho su autoridad. Había en el continente europeo una sensibilidad extrema por parte de los gobernantes hacia cualquier intento de una legislatura parlamentaria de influir en el mando del ejército o en los fondos necesarios para mantenerlo. De nuevo Gran Bretaña nos proporciona un contraste notable. El ejército estaba firmemente controlado por el gabinete de civiles y de esta manera dependía en última instancia del parlamento. En realidad, era el parlamento el soberano y no el monarca. Esta diferencia entre Gran Bretaña y el continente es de gran significado. El ejército (o la marina) no podía desempeñar en Gran Bretaña el papel que continuaba cumpliendo en Austria, Prusia y Rusia como instrumento personal del soberano. Esto no significa que el parlamento no estuviera dispuesto a usar el

ejército si era necesario contra «el pueblo»; se tomaron grandes precauciones durante las manifestaciones cartistas. Lo único que todos los ejércitos tenían en común era la obediencia a quien representaba la suprema autoridad del Estado.

Hacia finales de la década, el gobierno autoritario se vio modificado en el continente. Dos guerras afectaron de distintas maneras pero de modo fundamental a la política de los gobernantes: la de Crimea y la de Italia. Napoleón III se sentía lo suficientemente fuerte como para permitir más libertad política y discusión en Francia. En el imperio de los Habsburgo, por razones opuestas, el resultado de una guerra fracasada obligó a Francisco José a hacer algunas concesiones a los críticos de la monarquía autoritaria centralizada. En Rusia, un nuevo zar, Alejandro II, como consecuencia de la derrota, emancipó a los siervos y con mucha cautela llevó a cabo varias reformas importantes (véase cap. XV).

Puede parecer que la década de 1850 careció de brillo por estar situada entre el espectacular año revolucionario de 1848 y la década de 1860, momento en que se transformó el mapa de Europa; pero tanto los acontecimientos nacionales como los internacionales durante la década de 1850 tuvieron una influencia duradera e importante en los años que siguieron, porque el cambio fundamental en el equilibrio de poder en Europa, evidente tras las victorias de Prusia, tuvo sus orígenes en esta década. La humillación de Rusia en Crimea, el aislamiento cada vez mayor de Gran Bretaña con respecto a los conflictos de las potencias continentales, la debilidad financiera y militar de los Habsburgo, el creciente poderío de Prusia, todos estos cambios se produjeron durante la década de 1850 y prepararon el camino para el impresionante reajuste del poder europeo en la década siguiente.

Schwarzenberg y Bach, los dos ministros que dominaron sucesivamente la política del imperio, opinaban que la debilidad del imperio de los Habsburgo se debía a un nacionalismo excesivo y a las discordias que este creaba. Extrañamente, llegaron a esta conclusión después de 1848-1849, cuando estas rivalidades nacionales ayudaron a recuperar la autoridad imperial. La solución de Schwarzenberg y Bach fue tratar de crear una monarquía unificada. Pero antes de que se pudiera comenzar la obra de reconstrucción era necesario volver a implantar la autoridad de los Habsburgo en todo el imperio.

En las tierras occidentales de la monarquía, la reacción militar dominaba la situación en noviembre de 1848, pero en la mitad oriental el intento de Hungría de conseguir su independencia todavía amenazaba la propia existencia del imperio de los Habsburgo en cuanto gran potencia. Acosados por tantos problemas domésticos, los Habsburgo podían ejercer un escaso control fuera de sus dominios, y especialmente sobre los asuntos alemanes, salvo en el caso de Austria, donde cualquier proyecto de permitir su incorporación a una unión alemana fue rechazado (véase cap. VIII).

Los ejércitos leales de los Habsburgo, de los cuales dependía el futuro del imperio, estaban dirigidos por el mariscal Windischgraetz, un ultraconservador de miras estrechas y pocas luces. Windischgraetz no tenía tiempo que perder con el *Reichstag* reunido en Kremsier y todavía menos con el trabajo constitucional al cual estaban entregados los diputados. En la cumbre del poder se encontraba el emperador Fernando, débil e indeciso, pero esperando para sucederle estaba Francisco José, su sobrino, un joven de dieciocho años poco experto. Estaba dispuesto a asumir la carga del trono tan pronto como la corte y el ejército considerasen que había llegado el momento (véase cap. VIII). A pe-

sar de los éxitos militares conseguidos en el norte de Italia y el sojuzgamiento de Viena y Praga, el futuro de la monarquía era incierto tanto en el interior como en el exterior en el invierno de 1848-1849. Todavía estaban por aclarar cuestiones fundamentales: cómo gobernar el imperio y con qué tipo de constitución. Tampoco existía un acuerdo sobre el modo de tratar el problema nacional para que prevalecieran la paz y el orden en las diversas tierras de los Habsburgo. ¿Cuál sería la fuerza dominante: el emperador, el gabinete o el ejército? ¿Se permitiría al pueblo tener alguna participación en el gobierno a través de las instituciones representativas? ¿De qué manera se podría promover mejor el bienestar económico del país?

Un poco más de dos años después, en abril de 1852, había cambiado el aspecto del imperio de los Habsburgo. Existía una tranquilidad general. En Hungría, sin embargo, el sentimiento nacional seguía siendo fuerte. Pero el periodo de Schwarzenberg-Bach fue testigo del establecimiento de un gobierno y una administración centralizada en toda la monarquía. Hubo poca disensión abierta. El imperio de los Habsburgo recibió entonces el nombre de *Gesammt Monarchie* para resaltar su «totalidad»; no había que confundirlo con una amalgama federal de varias naciones bajo un solo monarca.

Casi todo el resto de la historia del imperio de los Habsburgo estuvo presidido por el emperador, que había llegado al trono muy joven en el año revolucionario de 1848. Francisco José vivía espiritualmente en el pasado y al igual que Nicolás I tomó como modelo los déspotas ilustrados del siglo XVIII. Poseía algunas virtudes sólidas, sobre todo el sentido de la moderación y de la decencia; personalmente fue incorruptible; creía que su deber era servir a su pueblo; logró sofocar sus prejuicios y conquistar la lealtad de sus súbditos, de religiones y nacionalidades tan diversas; vivía

modesta y frugalmente en el Hofburg, un enorme palacio situado en el centro de Viena. Fue un hombre más bien sombrío y triste y, al igual que la reina Victoria, carecía totalmente de gusto artístico. Se casó en 1854 por amor con la hermosa Isabel, una princesa Wittelsbach (bávara), pero su vida familiar resultó notablemente desgraciada, ya que Isabel, algo inestable, para escapar de la etiqueta sofocante de la corte de Viena, viajaba sin descanso por Europa. Decente, pero a la vez rígido y nada imaginativo, Francisco José, a pesar de su juventud e inexperiencia, tenía una fe total en su divina misión de gobernar a su pueblo y deseaba hacerlo sin el beneficio de la participación de este. Fue un absolutista convencido y años más tarde se convirtió en un monarca constitucional solo después de haber sido derrotado en la guerra. Los dos pilares de su trono eran el ejército y la Iglesia; sus relaciones con ambos eran muy especiales. Aunque, desde un punto de vista intelectual, no salía de corriente, era diligente y tenaz, y se decía que su memoria era tan extraordinaria como su don para hablar los numerosos idiomas de su imperio. No era un fanático ni se identificaba con la Austria alemana; más bien se consideraba como el padre y gobernante de todo su pueblo, por encima de las nacionalidades o incluso de las clases sociales. La propia longevidad de su reinado, sus virtudes y el estoicismo con que llevó sus desgracias familiares le granjearon al final cierto amor y respeto.

El príncipe Felix zu Schwarzenberg fue su primer ministro-presidente durante los críticos primeros años de su reinado. Todos los observadores contemporáneos comentan la altanería y arrogancia de Schwarzenberg. El príncipe consideraba que sus compañeros de la nobleza eran unos incompetentes. Daba la impresión de haber aceptado de mala gana la carga del gobierno. Elegante, cínico y sin escrúpulos, exteriormente Schwarzenberg parecía carente de las cualidades de un estadista. No obstante, ¿en qué medida era es-

to una *pose*? Su instinto político era correcto: su sentido de la oportunidad, excelente. Era consciente de que no podía resolver todos los problemas nacionales e internacionales de la monarquía simultáneamente, de manera que se enfrentó con energía a cada crisis en su debido momento; a la vez que adoptaba una vía conciliatoria con respecto a otras cuestiones manteniendo así abiertas todas las opciones posibles. Lo esencial para el éxito era acertar con el orden de prioridades: qué era imprescindible arreglar enseguida y qué podía esperar.

La tarea más inmediata y urgente era el sojuzgamiento de Hungría. En los demás territorios de la monarquía, no corría ningún riesgo contemporizando. Cuando se presentó ante el *Reichstag* en Kremsier en noviembre de 1848, Schwarzenberg declaró que era intención de su gabinete ponerse a la cabeza del movimiento para proporcionar a la monarquía «unas instituciones liberales y populares»; aseguró a los parlamentarios que él también quería una «monarquía constitucional, sinceramente y sin reservas». Por supuesto, contemporizaba. Pero tampoco era Schwarzenberg un simple reaccionario. Se daba cuenta de que si pensaban sobrevivir tanto el gobierno como la administración de la monarquía necesitaban una reforma total. El *Reichstag* en Viena y más tarde en Kremsier le parecía incapaz de gobernar, estando como estaba tan enredado en los conflictos nacionales. El parlamento húngaro incluso se había sublevado contra el emperador. La peor amenaza a la monarquía era, diagnosticó Schwarzenberg, el nacionalismo en sus manifestaciones políticas. Las elecciones y las instituciones representativas únicamente parecían robustecer los movimientos nacionalistas en detrimento de la cohesión del imperio. Así que cuando Schwarzenberg pensaba en reformas, estaba lejos de pensar en fortalecer los parlamentos o permitir una expresión eficaz de los deseos particularistas de los grupos nacionales. Sería una reforma desde arriba; la

implantación de un gobierno y una administración centralizados que aportarían beneficios y prosperidad porque actuarían con imparcialidad y competencia. Esta era su intención. En el centro del poder, los ministros serían responsables ante el emperador y no ante un *Reichstag.* La creación de consejos municipales, de distrito y regionales elegidos permitiría una cierta representación y autonomía popular.

El *Reichstag* de Kremsier fue prorrogado en marzo de 1849; ningún otro *Reichstag* se volvió a reunir para debatir y participar en el gobierno del imperio entero. El periodo absolutista duró hasta la derrota de la monarquía de los Habsburgo en las guerras italianas de 1859-1860.

El gobierno Schwarzenberg reunió un equipo capaz de administradores; el conde Philipp von Stadion fue ministro del Interior hasta 1850; Alejandro von Bach, ministro de Justicia; Philipp von Krausz, ministro de Hacienda, y Karl von Bruck, ministro de Comercio. Rápidamente Schwarzenberg restauró el brillo militar de la monarquía. Hungría fue conquistada en el verano de 1849, y el 6 de agosto de 1849 se firmó la paz en Milán con un Piamonte derrotado. Después, Schwarzenberg se enfrentó a las ambiciones de Prusia en Alemania. Aquí también, pronto dominó la situación. La ascendencia tradicional de los Habsburgo en Alemania e Italia parecía restablecida a finales de 1850. Lo que nadie veía era que la posición de la monarquía no era tan sólida como parecía.

En el país también los éxitos eran más precarios de lo que parecían exteriormente. La administración centralizada reestableció el orden y efectuó una expansión del comercio. Sin embargo, los pueblos no alemanes de todo el imperio se resentían del predominio de los administradores de habla alemana. Por otra parte, a los liberales alemanes de 1848 les desagradaba el nuevo gobierno por su hostilidad al constitucionalismo liberal. Los húngaros no ofrecieron más resis-

tencia abierta, pero no cedieron en su empeño de reconquistar su independencia histórica. La habían perdido totalmente (tanto política como económicamente). Bruck abolió sus derechos aduaneros y fiscales propios. Hungría fue incorporada a la monarquía centralizada. Tampoco recibieron los antiguos «aliados» mejor trato que los antiguos «enemigos». Los croatas tuvieron que abandonar toda idea de autonomía pese a su leal apoyo al emperador en 1848. En 1852, Schwarzenberg pudo declarar que en gran parte se había cumplido el programa que se había fijado de llevar a cabo «la unificación de las tierras y las razas de la monarquía en un gran cuerpo político».

La autonomía nacional y las constituciones parlamentarias constituían dos legados de 1848 que Schwarzenberg estaba decidido a destruir. Primeramente logró desembarazar a la monarquía de aquellos consejos y asambleas independientes que todavía poseían los grupos nacionales dentro del imperio. Después, les llegó su turno a los derechos representativos. El 31 de diciembre de 1851, Francisco José promulgó los rescriptos conocidos como los «patentes de Silvestre» (Año Nuevo). Posiblemente iban más lejos de lo que Schwarzenberg habría deseado. La declaración imperial correspondía en gran medida a las ideas absolutistas de Francisco José. Todos los aspectos reformadores de los ministros de Schwarzenberg en los campos del derecho, la representación local y la igualdad lingüística y nacional, eran borrados de un plumazo. Las únicas conquistas de envergadura de 1848 que el emperador todavía prometía respetar eran las de la emancipación de los campesinos, la igualdad de todos los súbditos del emperador ante la ley y la libertad de culto.

Le tocó a Alexander von Bach, que sucedió a Schwarzenberg como ministro-presidente al morir este en 1852, llevar a cabo los deseos del emperador. Bach era un católico de-

voto y quería devolver a la Iglesia una posición de la cual no había disfrutado durante décadas. El concordato con la Santa Sede de 1855 reestableció y confirió considerables derechos y privilegios especiales a la Iglesia católica. El concordato representó la culminación de la reacción de Francisco José.

No obstante, al igual que en Prusia, el control conservador centralizado no significaba que no se realizaran algunas reformas. La unificación del imperio, el desarrollo de los ferrocarriles y las comunicaciones, la liberalización de los derechos arancelarios que acercó la monarquía al sistema de libre cambio, y, a pesar de su tendencia a una burocratización excesiva, la nueva y, en general, bastante mejorada administración, fueron beneficiosos, Aumentó la industrialización y hubo un espectacular aumento de las exportaciones, que se cuadruplicaron en 1854. Hasta la crisis de 1857, que afectó a toda Europa, la década autoritaria fue una época de desarrollo económico en el imperio austriaco; la liberación de los campesinos fue a la larga una inmensa realización y aunque causó problemas, contribuyó a la creciente prosperidad de la monarquía.

Existían, sin embargo, dos puntos débiles: la hacienda pública y el ejército. Los impuestos recaudados no eran suficientes para cubrir los gastos administrativos y militares del imperio. El ejército, que andaba escaso de fondos, era notoriamente ineficaz. De esta triste situación era responsable en gran parte Francisco José: los hombres que colocó al frente del ejército eran unos ineptos. A medida que la eficacia militar se deterioraba los uniformes se hacían más espléndidos; los oficiales eran seleccionados por su posición social. Pronto se haría patente la decadencia del ejército de los Habsburgo en los campos de batalla del norte de Italia y Bohemia. Al final, la derrota en la guerra hizo que el imperio no lograra la creciente estabilidad por la cual tanto ha-

bían luchado Schwarzenberg y Bach durante la década de 1850.

La década de 1850 ha sido juzgada como un periodo humillante e infructuoso de la historia de Prusia. Es un juicio superficial. Desde luego Prusia no se creó una buena imagen en el frente internacional al evitar un conflicto militar con Austria en Alemania en 1850, y con Rusia en 1854 durante la Guerra de Crimea. Parecía que Prusia se encontraba condenada irrevocablemente a ser una potencia de segunda categoría.

Con el tiempo, esta fama de debilidad resultó ser una importante baza para Bismarck durante los años de 1862 a 1866; pudo conseguir la supremacía prusiana en Alemania sin despertar la hostilidad de sus vecinos. Todos creyeron equivocadamente que lo único que ocurría era que se había producido un equilibrio de poder más estable, cuando lo que se estaba forjando era una constelación de poder totalmente nueva. Fue necesaria la derrota de Francia en 1870 para que los contemporáneos abandonaran sus juicios preconcebidos sobre el papel de Prusia en Europa. Pero no fue Bismarck solo el que construyó el poderío de Prusia. Sus éxitos se basaron en parte en el trabajo de sus precursores de la década anterior.

Los ministros conservadores de la década de 1850 que gobernaron Prusia no se oponían a todo cambio y reforma, sino solo a un aumento de la influencia parlamentaria. Entre ellos hubo hombres que sirvieron al Estado prusiano con visión y capacidad. Tuvieron que vencer la oposición de los amigos íntimos del rey, como los hermanos Leopold y Ernst von Gerlach, hombres profundamente religiosos y ultraconservadores, conocidos colectivamente como la camarilla de la corte. Los sentimientos de este grupo eran los expresados por Alejandro I en la «Santa Alianza» de 1815. Detestaban el nacionalismo y el falso patriotismo y creían

en un orden universal moral cristiano. Pero Federico Guillermo permitió que los ministros gobernaran y realizaran reformas comerciales y sociales. Los parlamentos prusianos durante el reinado de Federico Guillermo IV como soberano (su incapacidad mental era total en el otoño de 1857) se mostraron dispuestos a aceptar las demandas del gobierno real dominado por Otto von Manteuffel, ministro del Interior de 1848 a 1850 y ministro-presidente y ministro de Asuntos Exteriores de 1850 a 1858.

Manteuffel fue un conservador reformista. Creía que la mejor manera de reforzar la Corona y la jerarquía social era introducir reformas económicas y sociales verdaderas en favor del bienestar del campesinado y la clase trabajadora prusiana. Opinaba que la Corona podía depender del apoyo de la amplia masa de campesinos. «El elemento sólido de la nación, y todavía lo tenemos, gracias a Dios», escribía, «es el pueblo rural, pero hace poco ruido y apenas se repara en él». Manteuffel decía que el enemigo de la tradición prusiana era la burguesía que estaba dispuesta apoyar la revolución y deseaba el poder para sí. Por la «llamada clase ilustrada», escribía, no sentía sino desprecio, añadiendo que «una característica de esta clase es la combinación de arrogancia y cobardía, productos ambas del descreimiento».

Las reformas sociales más notables de los ministros conservadores del rey beneficiaron al campesinado. En 1849 Manteuffel convenció a Federico Guillermo IV de que aprobara los decretos (finalmente promulgados en marzo de 1850) que libraron a todos los pequeños arrendatarios, fuera cual fuere su forma de arrendamiento, de toda obligación feudal. Esas obligaciones se podían trocar por pagos en metálico y el Estado concedió préstamos a bajo interés que permitieron a los campesinos convertirse en propietarios libres. Más de 600.000 campesinos se aprovecharon de

estas medidas. Ahora prevalecían dos sistemas de agricultura en Prusia. Al este del río Elba estaban los latifundios de los *Junkers* cultivados por trabajadores sin tierras; al oeste estaban los pequeños campesinos que trabajaban sus parcelas, las cuales, desdichadamente, iban disminuyendo de tamaño. La reforma rural no podía superar el problema económico básico de un campo excesivamente poblado. El Estado únicamente podía establecer la libertad social, pero no la libertad económica y la prosperidad. El gobierno prusiano hizo todo lo que pudo para ayudar a las regiones con excedentes demográficos supervisando las compañías que estimulaban la emigración y no obstaculizando el movimiento de la población migratoria. Indudablemente hasta 1858 la emigración de las regiones superpobladas fue grande, debido más a las dificultades económicas que a la protesta política.

El gabinete Manteuffel también intervino vigorosamente en defensa del obrero industrial. Se estimuló el establecimiento de unos salarios uniformes; se prohibió a los patrones seguir dando mercancías (habitualmente a precios excesivos) en lugar de pagar salarios en metálico; se prestó ayuda financiera a las industrias deprimidas; se nombraron inspectores para garantizar unas condiciones equitativas en las fábricas; se establecieron incluso tribunales para arbitrar y resolver los conflictos laborales; se fijaron las fiestas religiosas; se promulgó una legislación muy dura para prohibir el trabajo de niños menores de doce años y para regular las condiciones de trabajo de los jóvenes. La autoritaria Prusia, con su burocracia en rápida expansión, tenía una clara ventaja sobre Gran Bretaña en la aplicación de las leyes sobre seguridad en las fábricas, sanidad y educación. Los inspectores supervisaban la normativa y los maestros eran funcionarios. Gran Bretaña, con su decisión de mantener la administración estatal al mínimo y conservar el control local, y

que disponía de pocos burócratas e inspectores, no podía controlar con tanta eficacia los abusos y las insuficiencias.

Manteuffel trataba de reconciliar a los pobres con la Corona. Creía que tanto el gobernante como sus ministros teníán la responsabilidad de resolver los nuevos problemas sociales de la era industrial. Según él, los gobernantes de la época moderna debían ocuparse no solo de las cuestiones militares, la ley y el orden, sino también de la agricultura, las artes y las ciencias, y de la industria y el comercio. El ideal de Manteuffel era que Prusia se convirtiera en un Estado bien gobernado y administrado en interés de todo el pueblo. De este modo, en unas condiciones de cambio constante, la sociedad monárquica se justificaría y superaría cualquier influencia que los liberales o los socialistas –a los que Manteuffel consideraba como unos falsos profetas que actuaban pensando en los intereses egoístas de su clase y siempre sediciosos– ejercieran en la sociedad. La política de Manteuffel de aliar al rey con las clases más bajas para derrotar a la clase media liberal se convirtió en un principio básico de una gran parte del pensamiento conservador prusiano desde la década de 1850 hasta Von Roon y Bismarck. Explica por qué los *conservadores* progresistas no temían la implantación del sufragio universal masculino mientras que, al principio al menos, los liberales lo veían con recelo. También estos supuestos de los conservadores ayudan a explicar por qué la socialdemocracia pudo desarrollarse con tanta fuerza en Alemania durante el último cuarto del siglo XIX, resultado totalmente inesperado para los conservadores.

Es un error habitual creer que los ministros conservadores actuaron en estrecha alianza con los *Junkers.* Eran tan opuestos a que los *Junkers* ejercieran el poder político como lo eran a que lo hicieran los liberales. Desde los días del gran elector a los *Junkers* no se les había permitido mostrar

ningún signo de independencia política. Como ya se ha señalado, los gabinetes de la década de 1850 promovieron la reforma rural y la emancipación del campesinado, en contra de los intereses de los *Junkers* terratenientes. También intentaron proteger, y donde fue posible reconvertir a los artesanos cuyo modo de vida se veía amenazado por la industria. Las nuevas fábricas recibieron incentivos para proporcionarles empleo. Pero nada podía detener la inexorable oleada industrial y con ella la destrucción y eliminación graduales de los gremios y artesanos.

El gabinete Manteuffel también estimuló el crecimiento del comercio y la industria. Se produjo una gran expansión de 1848 a 1859. La producción y el comercio exterior se duplicaron durante la década de 1850. Los precios también subieron y los beneficios producidos por esta expansión fueron desiguales; sin embargo, el nivel general de vida subió. La obra más conocida y notable del Estado para promocionar el desarrollo económico de Prusia fue el *Zollverein.* Los gabinetes prusianos marchaban progresivamente hacia el libre cambio y a través de una política expansionista ampliaron la zona por la que las mercancías podían viajar libremente. El libre cambio fomentaba la exportación de los productos agrícolas, y a pesar de algunas dudas por parte de los industriales, también de los artículos manufacturados. Algunas industrias, como la del textil, se resintieron, pero en conjunto la expansión de la industria es una prueba de que la política librecambista tenía su lógica económica. No obstante, el *Zollverein* era algo más que esto. El *Zollverein representaba* un arma económica en la lucha política de Prusia para conseguir la supremacía en Alemania. Tal vez Prusia fuera demasiado débil para enfrentarse militarmente con Austria, como Olmütz había demostrado, pero cada año que pasaba Prusia se hacía más fuerte y podía obligar a los Estados alemanes más pequeños a alinearse con ella y alejarse del imperio de los Habsburgo más proteccionista.

Económicamente, para los Estados alemanes el comercio con Prusia era esencial; no podían arriesgarse a quedar fuera del sistema y en rivalidad comercial con los Estados del *Zollverein.* Schwarzenberg se dio cuenta de las implicaciones políticas de la política económica de Prusia e intentó contrarrestarla proponiendo una unión aduanera más amplia que abarcara el imperio austriaco y los Estados alemanes; una moderada barrera comercial protectora salvaguardaría a las regiones económicamente menos desarrolladas. Sus motivos no eran primordialmente económicos. Schwarzenberg estaba preocupado por la posición de Austria en Alemania. Escribió a Francisco José en noviembre de 1851 que «el medio más eficaz de que dispone el gobierno de vuestra Majestad para afirmar y aumentar de manera permanente su influencia en Alemania es su participación activa en el fomento de los intereses económicos comunes»[1]. Esto era política con otro nombre. Pero tanto Schwarzenberg como sus sucesores fracasaron en su intento de crear una unión aduanera austriaca conjuntamente con los Estados alemanes. Baviera, Wurtemberg, Sajonia, los dos Hesse y Hannóver, enfrentados en 1852 a la disyuntiva de elegir a favor o en contra del *Zollverein* prusiano, no podían exponerse a la enemistad económica de Prusia pese a sus deseos de aprovecharse de Austria políticamente para frenar el poder de aquella. Lo que Prusia perdió con su diplomacia y su vana demostración de fuerza en 1850 lo compensó con su poder económico cada vez mayor en Alemania.

El gabinete Manteuffel no tuvo ningún problema con los parlamentos prusianos durante los años del reinado de Federico Guillermo IV. Incluso a menudo Manteuffel prescindió de ellos. La política se llevaba a cabo por «medios administrativos». La otra cara de la moneda fue la reacción política de la administración Manteuffel. Las libertades políticas, la libertad de prensa y asociación fueron todas ellas reprimidas. Los últimos años del reinado de Federico Gui-

llermo IV, antes de que su incapacidad mental le obligara a abandonar el trono, fueron de estancamiento político. Pero tampoco aumentaron mucho las esperanzas de progreso constitucional entre los liberales cuando el hermano de Federico Guillermo se convirtió en regente.

El príncipe Guillermo, que ascendió al trono como Guillermo I al morir su hermano en 1861, al principio tuvo fama de tener ideas más reaccionarias que las de este. En 1848 había huido a Londres para no exponerse a las posibles iras del populacho berlinés, aunque probablemente nunca estuvo en peligro. Guillermo, como príncipe de Prusia, había dedicado toda su vida al ejército prusiano; le dolió mucho la humillación sufrida por su país en Olmütz en 1850, que puso de manifiesto las deficiencias del ejército prusiano. No es de extrañar, pues, que diese prioridad a la reforma del ejército en aras de la grandeza futura de Prusia. Comprendió bien las necesidades del ejército y fue el cerebro de las reformas que serían tan importantes para la evolución constitucional y la posición internacional de Prusia durante la década de 1860. El carácter y la personalidad de Guillermo I contrastaba con los de su hermano mayor. No tenía nada del romanticismo, la flexibilidad y el temperamento artístico de este. Guillermo I era un hombre práctico, un militar de la «vieja escuela» con sentido del honor; pero, sin embargo, podía ser persuadido por hombres más inteligentes, como Bismarck, a seguir un camino que al principio había rechazado.

Sus primeros impulsos políticos fueron generosos. Quiso terminar con las intrigas políticas de la camarilla de la corte y con los dudosos métodos de represión de los años de Manteuffel, como los espías y el sistema de censura. Aceptó la constitución de 1850 porque había sido otorgada por un rey de Prusia, pero la interpretó de forma estricta; gobernaría constitucionalmente, pero según los «límites rígidos es-

tablecidos por mí». Con esto quería decir que el parlamento podía debatir y aconsejar, pero que el rey de Prusia estaba por encima de los partidos y en última instancia era responsable solo ante Dios. Guillermo I era un protestante devoto, un hombre de palabra, un soldado algo rígido, pero no sin atractivo si le juzgamos por los de su «especie». Era un absolutista convencido, que creía en el gobierno de la ley. Su concepto de las cosas era reflejo de los sencillos valores nacionalistas de la segunda mitad del siglo XIX. Tenía ya sesenta años cuando se convirtió en regente y sorprendentemente gobernó durante otros veintiocho, aunque durante los últimos quince años el anciano caballero, que incluso sobrevivió a las balas de unos asesinos, dejó todo en manos de Bismarck.

Al convertirse en regente (1858), Guillermo destituyó a Manteuffel y colocó en su lugar a un grupo de ministros de tendencias liberales y conservadoras. La atmósfera de relativa libertad llevó a la gente a hablar de una «nueva era». Las elecciones parlamentarias de 1858 dieron a los liberales moderados por primera vez una pequeña mayoría. Estos concibieron la esperanza de desempeñar un destacado papel parlamentario en la elaboración de la política que el príncipe regente nunca tuvo intención de conceder. El nuevo parlamento hizo uso por vez primera de su libertad de palabra para discutir apasionadamente la guerra de Italia de 1859. Los liberales prusianos también deseaban formar una Alemania libre; querían que Prusia desempeñara en Alemania el papel que Piamonte estaba desempeñando en Italia. Pero el príncipe regente no quería saber nada de esas historias. No le interesaba el camino de la revolución. Sin embargo, no pudo evitar que naciera un movimiento político radical «de base». Fue la Unión Nacional *(Nationalverein),* fundada en 1859. Los partidos de la oposición del extinto parlamento de Fráncfort se unieron para trabajar en favor de una unidad alemana que sería encabezada por Prusia sobre

la base de la constitución de Alemania redactada por el parlamento de Fráncfort en 1849. Esto era tan inaceptable para Guillermo en 1860 como lo había sido para Federico Guillermo IV en 1849. No es necesario que el historiador analice detalladamente las diferencias entre la Unión Nacional y el regente. La brecha se produjo al sostener Guillermo que la cuestión de la unidad alemana solo podía ser resuelta por los príncipes, no por el pueblo. La Unión Nacional no tuvo éxito y no se le permitió actuar en Prusia ni en ninguno de los grandes Estados de Alemania.

Aunque el obstáculo a la unidad alemana era Austria, y el interés nacional indicaba la necesidad de apoyar a Piamonte y Francia contra Austria en la guerra de Italia de 1859, el sentimiento popular en Prusia y en los otros Estados alemanes marchaba en la dirección exactamente opuesta y exigía que se apoyara la causa germanoaustriaca. Resurgió un verdadero estallido histérico de patriotismo contra la Francia de Napoleón III –reminiscencia de 1840– y el príncipe regente se sintió tentado a sacar partido para Prusia de la forma más obvia. Ofreció a Austria su ayuda a cambio de que esta aceptara la supremacía prusiana en Alemania y movilizó parcialmente al ejército prusiano para secundar sus exigencias. Pero todo salió mal. Los austriacos fueron derrotados en el norte de Italia y prefirieron firmar una paz rápida con Napoleón III (véase cap. XIV). La movilización prusiana de 1859, lejos de demostrar que Prusia estaba preparada para la lucha, reveló graves defectos de organización en su ejército. La única conclusión que se puede extraer de la torpe diplomacia del príncipe regente durante 1859 es que Prusia todavía no había entrado en la era de la *Realpolitik.*

El fracaso de la política exterior prusiana en la cuestión alemana consternó a los liberales, que eran patriotas prusianos hasta la médula. El desarrollo del *Zollverein* no fue para ellos una compensación. No confiaban en que la política

económica, por acertada que fuera, superara el particularismo de los Estados alemanes. No podían imaginar una solución militar: el ejército prusiano estaba para derrotar a las malévolas naciones extranjeras, sobre todo Francia, no para coaccionar a los compatriotas alemanes. También el príncipe Guillermo había hablado de hacer «conquistas morales» en Alemania. Para los liberales esto significaba que una Prusia constitucional y liberal se pusiera a la cabeza de Alemania mediante el ejemplo. Pero precisamente en el momento en que era más importante mantener la armonía entre el parlamento prusiano y el rey y sus ministros de la «nueva era», se produjo una ruptura entre ellos por la cuestión de las reformas militares.

El conflicto constitucional prusiano de 1860 a 1862 es notable desde varios puntos de vista. Habría sido difícil predecir que después de la tranquila década de 1850, el sufragio prusiano daría lugar a un parlamento dominado por unos liberales decididos a luchar por un Estado constitucional liberal. La cuestión de la reforma del ejército mostró a las claras los muy distintos conceptos que del futuro de una Prusia modernizada tenían el rey por un lado y los políticos liberales por otro. Tras los complejos problemas técnicos de cuántos años de servicio activo y cuántos en la reserva debían prestar los prusianos y cuántos nuevos regimientos debían ser reclutados, se encontraba la cuestión fundamental de si el parlamento debía tener el control financiero de los gastos del ejército y, por tanto, el control del presupuesto. Sin este derecho, el parlamento no podía compartir las decisiones con los ministros del rey. El rey insistía en tres años de servicio activo para inculcar disciplina y obediencia ciega en sus súbditos. Guillermo consideraba que el ejército constituía el principal sostén del monarca en tiempos de peligro y creía que los partidos liberales estaban dispuestos a socavar la lealtad que aquel debía solo al rey. En el general Albrecht von Roon, ministro de la Guerra, el rey

encontró a un partidario entusiasta del ejército prusiano y del poder real. Roon advirtió al rey que si cedía ante la Cámara Baja del parlamento, que insistía en dos años de servicio, esto tendría graves efectos en «aquella parte de la nación que dirige las fuerzas armadas de vuestra majestad y a la que su alteza siempre ha considerado como el pilar más firme de su trono»; «¡eso nunca ocurrirá!», apuntó Guillermo. Los liberales de la Cámara Baja se oponían a la autocracia real y al séquito militar que rodeaba al trono; ellos también deseaban ver a Prusia poderosa, pero no gracias a un ejército ciegamente obediente al monarca. Los liberales y radicales valoraban en mucho la milicia *(Landwehr)* formada durante la «guerra de Liberación» contra Napoleón; deseaban basar el poder prusiano en el espíritu reformador de Scharnhorst, Gneisenau, Hardenberg y Stein y en un ejército «arraigado en el pueblo». La suya también era una tradición prusiana; pero para el rey la *Landwehr* no solo era ineficaz militarmente –en lo cual tenía razón– sino que también estaba imbuida de espíritu burgués; se mostraba inflexible en que el ejército regular se viese libre de los males de la ideología constitucional. Guillermo creía que tres años de servicio trocaban a un hombre en un soldado leal, mientras que con dos años aquel continuaría siendo un ciudadano con ideas propias todavía sin erradicar, lo cual era nefasto.

En febrero de 1860, Roon presentó un proyecto de ley, sobre el ejército en el parlamento prusiano. Contenía una reforma de la vieja *Landwehr,* el requisito de que los prusianos prestaran no dos, sino tres años de servicio activo, y un aumento de los efectivos del ejército, todo lo cual era considerado por Guillermo como indispensable para la eficacia y lealtad del ejército. La cámara baja no aceptó esos cambios, y sobre todo la virtual destrucción de la *Landwehr,* pero se mostró de acuerdo con la necesidad de una reforma militar. El gobierno retiró el proyecto de ley sobre el ejército y los liberales transigieron. Sin admitir que accedía al método de

reforma que el regente deseaba, la Cámara Baja votó los fondos necesarios *provisionalmente* por un año, tal como el gobierno pedía, para mantener al ejército prusiano. La reacción de Guillermo ante el fracaso del proyecto de ley sobre el ejército en el parlamento fue ignorar a este; negó el derecho de los parlamentarios a inmiscuirse en «su» ejército. Este fue reorganizado sin más bajo sus órdenes. Al año siguiente, los liberales tuvieron que enfrentarse al desafío. ¿Debían aceptar el *fait accompli* o resistir y defender los principios constitucionales? Georg von Vincke, que encabezaba a los liberales, cuando se presentó de nuevo la cuestión ante el parlamento en la primavera de 1861, convenció a la mayoría de la cámara baja de que votara los fondos necesarios para el ejército provisionalmente por un año más. Pero esto fue demasiado para los acérrimos defensores de los principios constitucionales, que acusaron a la mayoría de los liberales de ceder utilizando el subterfugio de conceder el dinero de manera provisional. El partido liberal se escindió y en 1861 se formó un nuevo partido, el Partido Progresista Alemán *(Deutsche Fortschrittspartei).*

El Partido Progresista era patriótico, nacionalista prusiano, leal al monarca, pero insistía en el pleno cumplimiento de la constitución prusiana. En las elecciones de diciembre de 1861 el Partido Progresista consiguió muchos escaños, aunque no una clara mayoría en la Cámara Baja; los «viejos liberales» estaban divididos en una facción más agresiva y otra más conservadora; los conservadores fueron casi totalmente eliminados. En marzo de 1862 estalló el conflicto. La Cámara Baja se negó a aprobar el proyecto financiero para el ejército y el rey se negó a aceptar los dos años de servicio militar. El rey disolvió el parlamento y sustituyó a sus ministros liberales por conservadores, entre los cuales la figura dominante era Roon. El rey tenía la esperanza de que se vería vengado cuando se celebraran nuevas elecciones. Pero las de abril-mayo resultaron un desastre

para el rey y un triunfo para el Partido Progresista y sus aliados en el nuevo parlamento. En septiembre de 1862 la mayoría de la cámara baja se negó otra vez a aprobar el proyecto financiero para el ejército. Guillermo I, que como hombre de honor rechazaba las medidas anticonstitucionales, no veía otra salida que la abdicación. Tal vez si Guillermo hubiera actuado de acuerdo con su primera intención la historia de Alemania hubiera sido otra. Su abdicación habría significado una gran victoria para el gobierno parlamentario constitucional. Pero el «liberal» príncipe heredero Federico Guillermo, casado con Victoria, la hija mayor de la reina Victoria, aconsejó a su padre que no abdicara. Era mucho más príncipe heredero «prusiano» de lo que muchos historiadores creen. De modo que Guillermo I, más por sentido del deber que por otra cosa, decidió seguir en su puesto. En estas deplorables circunstancias, Roon aconsejó al rey que pidiera ayuda al impetuoso *Junker* Otto von Bismarck, defensor de la supremacía real y hombre que tenía una confianza total en que podría dominar la crisis. Con el nombramiento de Bismarck como ministro presidente el 23 de septiembre de 1862, Prusia y Alemania entraban realmente en una «nueva era». Francia lo había hecho diez años antes.

[1] H. Böhme, *The foundations of the German empire,* Oxford, 1971, p. 69.

X. NAPOLEÓN III Y LA DÉCADA AUTORITARIA DEL SEGUNDO IMPERIO

Temerosos de los disturbios y de la revolución social, la mayoría de los franceses no se lamentaron por la desaparición de la república en diciembre de 1851. La república había decepcionado a todo el mundo excepto a los políticos que se beneficiaban directamente de ella. Se había convertido en una república constitucional solo en la forma. Aunque la república tenía pocos partidarios fieles, los políticos estaban profundamente divididos en cuanto a lo que debía sucederle. Esta situación dio su oportunidad a Luis Napoleón. La influencia de tradiciones históricas opuestas dividía a los franceses en varios tipos de republicanos, en legitimistas y orleanistas, pre-1789, 1789, 1815, 1830, y ahora les había llegado de nuevo el turno a los bonapartistas orleanistas. Dos plebiscitos confirmaron el ascenso de la estrella de Luis Napoleón: el primero de ellos, en diciembre de 1851, aprobó el golpe de Estado, y el segundo, celebrado unos meses después, en noviembre de 1852, la restauración del imperio. Luis Napoleón salió victorioso de los dos con una resonante mayoría de más de siete millones y medio de votos de un total de ocho millones. Incluso teniendo en cuenta las presiones oficiales y el hecho de que aproximadamente millón y medio de franceses se abstuvieron de votar, está claro que Napoleón III disfrutaba sin lugar a dudas del apoyo y la confianza de la gran mayoría de los franceses, a pesar de la fuerte represión a la que fueron sometidos los opositores radicales al golpe, o quizá debido a ella.

Estos, ante todo, estaban en contra de la revolución social y nunca lograron reponerse del susto de «1848»; querían ver sus propiedades seguras y protegidas de la «roja chusma urbana». Despreciaban a los egoístas políticos de

París, si es que alguna vez se dignaban a pensar en ellos. Las asambleas parlamentarias francesas no cumplieron el papel del parlamento británico en el siglo XIX. Los parlamentos franceses disfrutaron de escaso apoyo popular, ya que el pueblo no veía en ellos una garantía de sus libertades personales ni de su participación en la prosperidad de la nación. En Gran Bretaña el progreso político y social se consiguió mediante la legislación parlamentaria; el parlamento era el centro de los debates y la fuente del poder ejecutivo. Al mismo tiempo, a lo largo de todo el siglo XIX, el desarrollo de los partidos políticos modernos y la creciente ampliación del sufragio permitió en Gran Bretaña una mayor representación popular sin que disminuyera la eficacia del gobierno. De este modo, con el paso de los siglos, la historia de Gran Bretaña llegó a ser considerada como reveladora de un designio, un inevitable progreso de la civilización desde las primeras monarquías del siglo IX hasta la democracia parlamentaria del siglo XX. Era un modelo a seguir para el resto del mundo y un patrón por el cual se podía medir el progreso de los demás países. La influencia del «ejemplo» británico fue, sin lugar a dudas, grande durante los siglos XIX y XX. Pero juzgar la historia de todos los países europeos por referencia a una «norma» británica conduciría a la incomprensión de unos procesos esencialmente diferentes. En la Francia rural los campesinos seguían dependiendo de la nobleza y del grupo privilegiado conocido colectivamente como «notables». El Estado centralizado de Napoleón III liberó a los campesinos de ese control allí donde la república parlamentaria no había podido hacerlo. Napoleón III quería fortalecer las libertades individuales. Era un conservador en el sentido de que creía en la reforma desde arriba, pero podía ser un radical concibiendo soluciones a los problemas que acosaban a Francia.

Los primeros tres meses del gobierno de Luis Napoleón después del golpe fueron personales y dictatoriales. Se cal-

cula que tras el golpe de Estado se efectuaron en toda Francia alrededor de 25.500 detenciones. Luis Napoleón decidió sofocar cualquier intento de oposición antes de que tomara cuerpo; tantos arrestos dieron también verosimilitud a la afirmación de Luis Napoleón de que había impedido una inminente revolución socialista. Las detenciones fueron arbitrarias y en los primeros momentos actuó con dureza enviando a 9.000 hombres a Argelia y expulsando de Francia a otros 1.500. No obstante, tan pronto como se sintió seguro, creó una comisión judicial para revisar las sentencias ya dictadas: más de 3.000 prisioneros fueron rápidamente puestos en libertad y durante el curso de la década la mayor parte de los presos políticos, si no todos, fueron liberados. En 1859 solo unos 1.800 hombres, entre ellos Ledru-Rollin, se vieron excluidos de una amnistía general. Napoleón III fue un hombre esencialmente humanitario. Durante los años del Segundo Imperio no hubo prisioneros políticos olvidados o una represión y una pérdida de libertad generalizadas. Su gobierno contrasta notablemente con las dictaduras del siglo XX, aunque se le ha llamado el primer dictador moderno. Su gobierno fue autoritario, pero no intentó crear un partido bonapartista leal. Las dictaduras del siglo XX se edifican sobre los cimientos del sistema de «partido único» y del terror; el partido establece la única línea correcta de pensamiento y la policía y los campos de concentración evitan que la disensión se difunda o quede sin castigo. Este tipo de terror no existió durante el Segundo Imperio y el debate político e incluso la oposición se fueron haciendo cada vez más importantes. Los dictadores del siglo XX aumentaron su poder y destruyeron progresivamente los últimos vestigios de libertad individual a medida que gobernaban. Napoleón III hizo lo contrario; después de un primer periodo de despotismo, fue reduciendo gradualmente los aspectos autoritarios de su régimen.

Napoleón III fue descrito por Marx como un necio y por algunos historiadores como un aventurero y un oportunista. A los contemporáneos, a partir de 1852, les resultó difícil comprender sus motivaciones y dijeron que era una esfinge. Su contribución a la historia de Francia fue única. El Segundo Imperio no fue una servil imitación del primero. Napoleón III consideraba que el primer imperio había quedado incompleto; la derrota militar había truncado su pleno desarrollo. Estaba convencido de que su destino era edificar sobre los cimientos del Primer Imperio y adaptar sus instituciones y su política. Desde el principio pareció aceptar el cambio como algo necesario y constructivo y no como algo a lo que había que oponerse ciegamente. Este había sido el fallo de Metternich y los hombres de la Restauración en Francia. Napoleón III admiraba a Gran Bretaña precisamente por la manera en que sus instituciones gubernamentales eran adaptadas constantemente a las nuevas exigencias. Una de las características del Segundo Imperio fue, pues, la deliberada serie de cambios iniciados por el emperador. Después del golpe, creyó que Francia necesitaba un periodo de firme gobierno autoritario. La nueva constitución que presentó a Francia en enero de 1852, preparada unos días después del golpe, le concedió inmensos poderes.

La constitución fue copiada de la del año VIII (1800) y ensalzaba las instituciones de Napoleón I en su preámbulo. El poder del parlamento era reducido drásticamente. El senado actuaba como guardián de la constitución y sus miembros eran prácticamente nombrados por Napoleón III. La cámara baja, formada por 260 miembros, podía reunirse únicamente durante tres meses al año. A sus miembros se les permitía simplemente discutir la legislación que les presentaba el Consejo de Estado, en el que dominaban los miembros nombrados por Napoleón III; la prensa no podía reproducir las discusiones de la Cámara Baja. Estaba prohibido interpelar en la cámara a los ministros. No de-

pendían de la mayoría de la Cámara Baja elegida por sufragio masculino, sino que servían a Napoleón III en calidad de subordinados. Se hacía todo lo posible para reforzar al ejecutivo y revocar el principio de separación de poderes que servía de base a la constitución de la Segunda República. El ejecutivo se convirtió en la instancia suprema, con Napoleón III, que se había asegurado el cargo durante 10 años, a la cabeza. Se había convertido en la práctica en emperador. Solo le faltaba el título, y este defecto lo remedió en diciembre de 1852 con la abrumadora aprobación de otro plebiscito.

Al igual que el de Napoleón I, el nuevo sistema de Napoleón III dependía de una administración centralizada. Bajo la dirección del ministro del Interior, los prefectos de los departamentos ejercían mayores poderes que antes y disfrutaban de más prestigio y salarios más elevados. Llevaban a la práctica la voluntad del gobierno central, pero también actuaban como guardianes de los municipios y partidos en que Francia estaba dividida. La administración central del Segundo Imperio, formada por unos 250.000 hombres leales que dependían de Napoleón III, desarrolló un *esprit de corps* y un grado de eficiencia que evitó los peores peligros de la burocratización al que, de otra manera, habría estado abocado el sistema. El país estaba totalmente controlado hasta el punto de que únicamente los miembros de la Cámara Baja que apoyaban sin discusión a Napoleón III y la política de sus ministros volvían a ocupar sus escaños tras las elecciones. De 1852 a 1854 y de 1860 a 1863, el duque de Persigny, amigo personal de Napoleón III y compañero suyo de conspiraciones, presidió la administración como ministro del Interior hasta que su celo excesivo en prohibir toda opinión disidente le convirtió en un estorbo en la década de 1860, cuando el emperador quiso ofrecer una imagen más liberal de su régimen. Se estableció eficazmente una estricta censura de prensa en toda Francia: ningún pe-

riódico de París o de provincias podía ser publicado sin permiso gubernamental y cualquier publicación podía ser suspendida o cerrada después de tres advertencias de los prefectos en las provincias o del ministro del Interior en París por publicar noticias o comentarios considerados improcedentes. Los prefectos eran respaldados en las provincias por la policía, cuya plantilla, poder y funciones fueron ampliados.

En cuanto al ejército, consciente de las glorias de Napoleón I, su sobrino le demostró de varias maneras su estima. Realzó la posición social de los militares, aumentó sus sueldos e inauguró ceremonias y revistas militares para elevar su moral. Sobre todo, participó en dos guerras exteriores, en Crimea y en el norte de Italia, que proporcionaron a Francia nuevos mariscales y flamantes honores bélicos: Sebastopol, Magenta y Solferino. En la Iglesia reconoció Napoleón III otro importante aliado de su régimen. Durante su fase más autoritaria cultivó cuidadosamente a la Iglesia y aumentó su riqueza e influencia; a cambio, los curas guiaban al rebaño de campesinos para que en las votaciones apoyaran al emperador y aceptaran su benévolo gobierno.

Pero para Napoleón la represión y el poder personal eran únicamente un medio y no un fin. Por esta razón merece ser considerado como mucho más que un aventurero y un oportunista. Creía sinceramente que podía acabar con el ciclo de revolución, «restauración» y de nuevo revolución. Deseaba que Francia siguiera un curso evolutivo de instituciones cambiantes que produciría, como beneficio, orden, prosperidad. No tenía ningún plan ni proyecto concreto para conseguirlo. Pese a todas sus apelaciones al pasado napoleónico, el bonapartismo no era una doctrina coherente. En un discurso pronunciado poco después del golpe de Estado declaraba que su régimen no cerraba las puertas de ninguna manera al perfeccionamiento y que su objetivo era poner

los cimientos de «la única estructura capaz de soportar posteriormente una libertad sensata y benéfica». El poder es adictivo, y hasta qué punto Napoleón III estaba realmente preparado para ceder poder y subordinar es una pregunta abierta. Únicamente lo hacía cuando se veía obligado por presiones tanto nacionales como internacionales, e incluso entonces, continuaba conservando tanto poder para sí mismo como le era posible. Napoleón no tenía una ideología fija, no temía a las contradicciones y se sentía libre de cambiar de política cuando la ocasión así lo exigía. A la gran mayoría de los franceses, Napoleón III les ofreció lo que estaban buscando y ellos lo apoyaron durante dos décadas. Su autoridad significaba una garantía para la propiedad y la riqueza, una seguridad política y económica basada en la ley y el orden. Pero también se le veía como el garante de las conquistas de la revolución francesa: la igualdad de todos los ciudadanos y la oportunidad de que las personas de talento hicieran carrera. Finalmente, algo fundamental para comprender a Napoleón III era su opinión de que un dirigente tiene que marchar a favor y no en contra de las fuerzas fundamentales de su tiempo. Veía al nacionalismo como una de ellas. El nacionalismo estaba transformando a Europa; de modo que se alió con él. Otra fuerza era la de las masas populares, cuyo peso se hacía sentir en el Estado, que empezaban a contar y no podían ser tratadas como meros súbditos que debieran una obediencia ciega a sus gobernantes. Explotó esos deseos populares e intentó satisfacer las crecientes esperanzas aumentando el bienestar del campesinado y de los trabajadores urbanos. A través de los plebiscitos y el sufragio masculino en las elecciones a la cámara baja, las masas podían tener la sensación de que participaban al serles pedido su consentimiento para lo que había sido hecho en su nombre sin darles una verdadera participación en las decisiones políticas.

Después de estar años diagnosticando las enfermedades sociopolíticas de Francia, ¿hasta qué punto tuvo éxito Napoleón III cuando pasó a las prácticas y a la política medidas? Políticamente, su gobierno autoritario consiguió una aceptación general durante la década de 1850. La dirección de la oposición fue silenciada y disfrutó de escaso apoyo popular, ya fuera legitimista o socialista: muchos orleanistas entraron al servicio de Napoleón. En las elecciones de 1857 para la Cámara Baja, al igual que en las de 1852, salieron elegidos una abrumadora mayoría de partidarios del gobierno. Por doquier se aclamaba con entusiasmo a Napoleón III, mientras que su administración centralizada controlaba sólidamente al país.

Los franceses consideraban como necesidades primordiales la estabilidad política y el orden. Napoleón III satisfizo estas necesidades. Pero quiso hacer más, cicatrizar las heridas y los conflictos de clase de la sociedad francesa. Compartía las opiniones de los conservadores ilustrados de la época de que el Estado debía ocuparse del bienestar de los pobres. Francia seguía siendo una sociedad mayoritariamente rural y la industrialización y el crecimiento de las ciudades fueron más lentos en el siglo XIX en Francia que en Gran Bretaña, parte de Alemania y Bélgica. Cuando Napoleón llegó al poder las tres cuartas partes de la población vivían en el campo; esta proporción se fue reduciendo hasta llegar a solo dos tercios al final del imperio. La sociedad rural estaba atrasada y bien protegida de la competencia; la tierra estaba dividida en buena parte entre pequeños campesinos cuyas obligaciones feudales habían sido abolidas por la Revolución francesa. Los campesinos se aferraban a sus tierras y apoyaban las tradiciones conservadoras, se sometían a la autoridad del Estado y a la Iglesia católica y se oponían al radicalismo y al socialismo en las ciudades.

Según recientes investigaciones, es dudoso que Napoleón III tuviera un programa económico coherente para modernizar e industrializar a Francia. Probablemente no había estudiado las enseñanzas del conde de Saint-Simon, muerto en 1825, que insistía en la suma importancia de proporcionar un creciente bienestar material a las masas en lugar de los estériles conflictos políticos del pasado. Por su propia cuenta, Napoleón III había llegado a conclusiones similares; la prosperidad era más importante para las masas que la posesión de unos derechos políticos abstractos. Las ideas económicas de Napoleón III eran bastante rudimentarias; a través de las obras públicas y otros medios trató de ayudar a los campesinos y a los trabajadores urbanos. Deseaba crear unas condiciones de pleno empleo, pero no era un apóstol de la industrialización. Lo que más le preocupaba era que la mayoría de los franceses, y esto significaba los campesinos, estuvieran contentos. Una década de bajos tipos de interés y abundantes créditos ayudaron a los campesinos a saldar sus deudas. Pero, por lo que se refiere a la industrialización, estos créditos no facilitaron una expansión rápida y súbita durante el Segundo Imperio, como han supuesto muchos historiadores.

Al estimular el desarrollo de las comunicaciones, el Segundo Imperio no ponía en marcha una nueva política, sino que continuaba la que estaba vigente desde la restauración de 1815. La tarea de abrir el interior de Francia a través de un sistema de canales y ríos, comenzada poco después de 1815, fue terminada durante el Segundo Imperio. Pero el desarrollo de los ferrocarriles había sido lento en Francia; durante la década de 1850 el Estado aceleró las obras. Napoleón III continuó los esfuerzos de la monarquía de Julio y ayudó a promover un periodo de rápida expansión de los ferrocarriles durante las décadas de 1850 y 1860. En 1848 solo habían sido tendidos 1.800 kilómetros de líneas férreas; al terminar el Segundo Imperio había una red de

17.500 kilómetros. Esto representó un notable logro económico, que no solo estimuló a la industria metalúrgica, sino que también creó a finales del Segundo Imperio un mercado francés más amplio y unificado, fomentando un aumento de la producción.

El ritmo del crecimiento industrial fue relativamente lento y gradual en la Francia del siglo XIX. Durante los primeros años del Segundo Imperio se produjo solo una aceleración marginal de ese ritmo. Aunque es necesario utilizar las estadísticas con cierta reserva, el índice de crecimiento anual varió entre un 2,5 por 100 y un 1,8 por 100, durante la mayor parte del siglo XIX. El desarrollo de las comunicaciones, la adopción de nuevas técnicas tales como el proceso Bessemer en la industria del hierro y el acero (descubierto en 1855), junto con cierta ayuda y estímulo por parte del Estado a la industria, y a partir de 1860 una mayor competencia extranjera (véase cap. XX), fomentaron el aumento de la industrialización. No obstante, comparándolo con la perspectiva general de este siglo, el Segundo Imperio no fue un periodo excepcional de rápido crecimiento industrial.

Financieros y banqueros formaban un grupo que consiguió espectaculares éxitos durante el Segundo Imperio. A los banqueros privados conservadores del periodo orleanista, como los Rothschild, se sumaron nuevos banqueros y comerciantes con iniciativa; fundaron el Credit Foncier y el Credit Mobilier en 1852. En 1863 se fundó el Credit Lyonnais como banco de depósitos. Napoleón III y sus colaboradores más íntimos se sintieron atraídos por estos financieros más emprendedores y participaron en algunas de sus especulaciones. Se envió mucho capital al extranjero. El papel que desempeñaron estos bancos en lo gigantescos proyectos públicos de remodelación de París, en la construcción de ferrocarriles y en otras obras fue importante, pero

se ha exagerado el grado en que realmente contribuyeron al proceso de industrialización. La industria francesa de finales del Segundo Imperio seguía estando constituida (con algunas excepciones notables, como las fundiciones de Creusot y las grandes fábricas de algodón de Alsacia y el norte de Francia) por pequeños negocios familiares, que aportaban su propio capital y, por consiguiente, no dependían de los bancos. Esta circunstancia modifica la conclusión de que la clave del progreso económico estaba en el crecimiento del crédito, tal como sostenían los saintsimonianos, y que los nuevos financieros habían proporcionado los medios esenciales para la expansión industrial francesa. Pero nadie le puede negar a Napoleón III el mérito de haber mantenido la estabilidad en el país y la paz en Europa durante dieciséis de los dieciocho años que duró su imperio.

Una de las primeras acciones de Napoleón III después del golpe de Estado fue encontrar una manera clara y llamativa de continuar la obra de Napoleón I. Se daba cuenta del valor propagandístico que tenía hacer espléndidos e imponentes edificios públicos en París. Además, Napoleón III sostenía que las obras públicas iniciadas por el primer emperador a tan gran escala habían sido una de las causas principales de la prosperidad nacional y habían promovido el progreso social. De forma que se aceleraron los trabajos para terminar la Rue de Rivoli; sin embargo, el hombre cuyo nombre está vinculado a la remodelación de París es el barón Georges Eugène Haussmann, a quien Napoleón III trajo a la capital en 1853 y nombró prefecto del Sena. De 1853 a 1870, apoyado por el emperador, Haussmann fue la fuerza impulsora de las gigantescas demoliciones y las reconstrucciones que dieron a París los hermosos bulevares arbolados, vistas, plazas y parques de que todavía disfruta hoy. El costo fue tremendo y Haussmann consiguió dinero de las maneras más heterodoxas. Tampoco Haussmann hizo desaparecer los aspectos más sórdidos del viejo París. In-

cluso en algunos aspectos se agravaron a medida que los pobres urbanos se aglomeraban en los deteriorados arrabales de la ciudad. Tras los grandes bulevares todavía estaba en pie el viejo e insalubre París carente del alcantarillado y los servicios de una ciudad moderna. La arquitectura de «tarta de boda» de la Ópera y la elegancia cosmopolita del París del Segundo Imperio coexistían con la mugre y la pobreza de los arrabales y con las calles atestadas del resto de la ciudad. Pero no se puede culpar a Haussmann de esto. Realizó una gigantesca transformación del centro de París, un monumento al rostro oficial de opulencia que el Segundo Imperio presentaba al mundo.

Se recuerda al primer Napoleón sobre todo por haber hecho de Francia la principal potencia europea. Fue el jefe militar más audaz y brillante de su época, el vencedor personal en batallas que humillaron, una tras otra, a las potencias tradicionales de Europa. Intentó rehacer el mapa de Europa. Y esto lo consiguió dirigiendo a sus ejércitos victoriosos contra los Habsburgo y los prusianos y luego dictando las condiciones de la paz desde una posición de fuerza. Francia ahora ya no era lo suficientemente poderosa como para emprender la conquista de Europa, ni siquiera utilizando el espíritu del nacionalismo para sembrar el desorden en los Estados de sus adversarios. Al contrario que Napoleón I, Napoleón III no era militarista y detestaba los sufrimientos y las pérdidas de vidas humanas que comporta una guerra. No es fácil reducir las ideas de Napoleón III sobre política exterior a una fórmula sencilla, tal como la expansión territorial o el nacionalismo. Más bien deseaba transformar el curso de las relaciones internacionales europeas y pacíficamente en la medida de lo posible, para convertir a Francia en el centro de una diplomacia europea sensible a las corrientes internacionales de su tiempo. No caería en el error que Napoleón I cometió al enemistarse con Inglaterra. Para él la amistad con Inglaterra significaba

la sustitución del acuerdo de 1815, dictado por los conquistadores de Francia, por uno nuevo basado en unos principios en los que creía. Napoleón III fue su propio ministro de Asuntos Exteriores; Drouyn de Lhuys (1851, 1852-1855, 1862-1866) y Walewski (1850-1860) ostentaron el título, pero en realidad fueron poco más que los agentes ejecutivos del emperador. La política de Napoleón III estuvo caracterizada por una cierta indecisión y cautela, por un deseo de no llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Esta falta de coherencia y esta imprevisibilidad inquietaron al resto de Europa, poniéndola en guardia sin reportar muchos beneficios a Francia. Pero en la década de 1850 Napoleón III tuvo al menos un éxito parcial. En comparación con la década de 1860, aquellos se pueden considerar sus «años afortunados».

La asunción del título imperial en diciembre de 1852 tenía una intención simbólica para Francia. Pero también la tenía para el resto de Europa, en cuanto desafío a los acuerdos de Viena. Los aliados se habían puesto de acuerdo mediante un tratado –la Cuádruple Alianza de noviembre de 1815– en considerar el retorno de Napoleón o de cualquiera de sus parientes como equivalente a una declaración francesa de guerra contra el resto de Europa. De modo que en octubre de 1852 Luis Napoleón, en un famoso discurso, se apresuró a asegurar a Europa que el imperio significaba la paz. Para los monarcas de Europa, un emperador que basaba su derecho a gobernar en los votos del pueblo era un usurpador de la dignidad imperial; y el «número dinástico» que eligió Napoleón III agravó la situación por partida doble; reconocía como «Napoleón II» al hijo de Napoleón I, el desdichado duque de Reischtadt, que había muerto en Schönbrunn, y de ahí se infería que Napoleón III rechazaba la legitimidad de la restauración borbónica. No es sorprendente que el zar se negara a reconocer al nuevo emperador y a dirigirse a él como su hermano. La reina Victoria adoptó

una actitud mucho más sensata, basada en los intereses nacionales: «Por censurable que, sin duda, sea esa apelación (Napoleón III) no por ello se debe ofender a Francia y a su gobernante negándose a reconocerla [...]. Nuestro objetivo debe ser dejar tranquila a Francia en tanto que no se muestre agresiva»[1]. Por razones de Estado, Prusia y Austria siguieron el ejemplo británico, señalando simplemente que Napoleón III había expresado su disposición a defender el *statu quo* territorial.

Napoleón III contaba con que las rivalidades de las grandes potencias y los conflictos creados por el nacionalismo le proporcionarían la oportunidad de cambiar el *statu quo* europeo. El apoyo a las nacionalidades oprimidas por el dominio otomano en los Balcanes parecía proporcionar a Francia una noble causa para llevar a cabo ese cambio. En noviembre de 1849, Luis Napoleón sugirió al zar la posibilidad de repartir el Imperio otomano como parte de un proyecto para remodelar a Europa. El zar rechazó la idea inmediatamente. Cinco años más tarde, Napoleón III se encontraba luchando en la Guerra de Crimea aparentemente en defensa del Imperio otomano. Ciertamente la alianza que concertó con Inglaterra significó el final del tratado de 1815, pero la guerra aportó a Napoleón III pocos beneficios y dolorosas pérdidas. Por ello le puso fin tan pronto como pudo hacerlo con decencia y sin perder prestigio. El Congreso de París de 1856, aparentemente al menos, confirmó la nueva posición dirigente de Francia en Europa; sin embargo, ni Francia obtuvo nuevos territorios ni varió el mapa de Europa; la derrota de Rusia no creó una Polonia independiente que se mostrara agradecida a Francia por su liberación. En lo que a los franceses se refiere, el aspecto más popular del Congreso de París fue que restauró la paz. La guerra exigió un ejército expedicionario mucho mayor de lo que se había calculado al principio, fue costosa tanto en hombres como en dinero y ¿qué sacó Francia de ella?

Drouyn de Lhuys siempre había sospechado de Francia y advertido que en Crimea Francia estaba luchando en una guerra británica (véase capítulo XIII para una descripción de la diplomacia de la Guerra de Crimea).

Italia fue la siguiente aventura de Napoleón III. La tradición napoleónica consideraba a Italia como una de las esferas naturales de influencia de Francia en Europa. La otra era el Rin. En Italia la lucha supondría un enfrentamiento con Austria y en el Rin con Prusia. Al estudiar el curso de las relaciones internacionales, los historiadores tienden a prestar demasiada atención al hecho de hacer amigos y demasiado poca a la elección de enemigos; pero en realidad la elección de los enemigos impone los amigos que busca un país. Napoleón III eligió a Austria como enemiga en aras de extender la influencia francesa en Italia. Fue una elección fatídica para la historia de Francia y Europa. Es interesante especular sobre lo que habría ocurrido si Napoleón III hubiera luchado contra Prusia en el Rin en 1859 antes de que se hubieran llevado a cabo las reformas militares prusianas, en lugar de hacerlo contra Austria en Italia. Es probable que Napoleón III considerara menos arriesgadas sus posibilidades de éxito en Italia que una victoria en el Rin. No obstante, la cuestión alemana y la cuestión italiana estaban relacionadas, en última instancia, como iba a demostrar la diplomacia de 1859.

La aventura italiana fue probablemente uno de los muchos proyectos a los que Napoleón III daba vueltas en su mente fértil y sigilosa a principios de la década de 1850. Italia no solo era el escenario de los primeros triunfos de Napoleón I, sino también de la juventud conspiradora de Luis Napoleón. Para él, un paso adelante en Italia parecía prometer los mayores beneficios a un bajo coste; pero actuó con su cautela característica y preparó cuidadosamente el camino. En la Conferencia de Paz de París de 1856, Gran

Bretaña había demostrado una gran simpatía por la causa italiana y el principio esencial de la política de Napoleón III era evitar la enemistad de Gran Bretaña. Además, Austria, al presionar sobre Rusia durante la Guerra de Crimea, pese a toda la ayuda que el zar había prestado a los Habsburgo en 1849, había perdido la amistad de este último. Así pues, no era probable que una derrota de Austria preocupara excesivamente a Rusia. Si Austria era el nuevo enemigo, Napoleón III estaba dispuesto a cambiar de amistades y aliarse con Rusia. Ya en el Congreso de París había establecido mejores relaciones con el nuevo zar Alejandro II. Napoleón III continuó cultivando asiduamente la amistad rusa aun a expensas de un empeoramiento temporal de sus relaciones con Gran Bretaña. Si Rusia mantenía un gran ejército en Galitzia, amenazando así a Austria e impidiéndole reforzar su posición en Italia, Austria tendría las manos atadas: en cierta medida, el zar Alejandro II estaba dispuesto a cooperar y con el tiempo se concluyó un acuerdo francorruso en marzo de 1859. Pero no había realmente ninguna identidad de objetivos. El zar quería librar a Rusia de las humillantes condiciones de paz de París, y sobre todo de las cláusulas referentes al mar Negro. Esto se había convertido en una verdadera obsesión para él. Para Francia, lo que pudiera ocurrir con las cláusulas del mar Negro tenía un interés puramente secundario. La alineación francorrusa nunca tuvo mucha importancia por una razón fundamental: Rusia, al igual que Gran Bretaña, estaba decidida, desde 1856, a no dejarse envolver de nuevo en una guerra europea. Fue este hecho el que dio a Napoleón III su oportunidad de derrotar a Austria en 1859, y no su hábil diplomacia.

En enero de 1858, un revolucionario italiano, Felice Orsini, intentó asesinar a Napoleón III y a Eugenia cuando iban a la ópera en un carruaje. El emperador y la emperatriz salieron ilesos, pero el atentado produjo numerosas víctimas. Era este el tipo de incidentes que Napoleón III con-

sideraba como un signo del destino. Orsini fue encarcelado y ejecutado, pero no sin que antes Napoleón se aprovechara del desdichado para hacer propaganda en favor de la causa de la libertad italiana.

Napoleón III vio en las ambiciones de Cavour, primer ministro de Piamonte, una oportunidad para Francia. Cavour, por su parte, vio en las ambiciones de Napoleón III una oportunidad para Piamonte. De los dos hombres, cada uno de los cuales trataba de engañar al otro, Napoleón III era ligeramente más honesto. En julio de 1858, durante su reunión en el balneario de Plombières, cerraron un trato. Esta vez Napoleón III se aseguró unos beneficios tangibles. Saboya y probablemente Niza serían cedidas por Piamonte a Francia (véase cap. XIV). Esta cesión desharía al menos una parte de los acuerdos territoriales de paz impuestos a Francia por los aliados en 1814 y 1815. Además las regiones eran de habla francesa y habían sido declaradas francesas por la Francia revolucionaria de 1792. Este fue el precio que Cavour pagó a cambio de la promesa de que Francia le ayudaría en una guerra contra Austria. Se hicieron también planes para una futura confederación italiana. Piamonte recibiría Lombardía y Véneto, convirtiéndose así en la potencia dominante del norte de Italia, que se extendería desde los Alpes hasta el Adriático. Se consolidaría la alianza francoitaliana mediante la boda del primo de Napoleón III, el molesto príncipe Napoleón, con la hija de Víctor Manuel de Piamonte. En el sur de Italia, el reino de las Dos Sicillas permanecería como estaba. El futuro de la Italia central era todavía algo vago, con el papa como gobernante temporal de sus dominios; pero los ducados más pequeños formarían un nuevo reino en el centro de Italia, al que Napoleón III esperaba dominar. Finalmente sería el papa el que presidiría la confederación italiana. La incoherencia del «nacionalismo» de Napoleón III se ve claramente en sus proyectos italianos. No deseaba crear una Italia unida, que se conver-

tiría en una poderosa vecina de Francia, sino mantenerla dividida y dependiente de Francia. Austria sería sustituida por Francia, solo que esta última se presentaría como libertadora y amiga. Lo que Napoleón III no deseaba era fomentar un nacionalismo popular, a pesar de sus gestos en favor de la soberanía del pueblo. El republicanismo de Mazzini era anatema para él. Después de todo, Napoleón III no era el heredero de «1848».

Una vez más, al igual que en Crimea, la política italiana no resultó como había esperado Napoleón III. La inepta diplomacia de Austria contribuyó a que la guerra de agresión, planeada durante más de un año por Napoleón III y Cavour, apareciera como una guerra defensiva librada por Piamonte contra Austria (capítulo XIV). Cavour había rechazado el ultimátum austriaco en abril de 1859 y a principios de mayo las tropas austriacas cruzaron las fronteras de Piamonte. Napoleón acudió en ayuda de Piamonte como había prometido. En el mes de mayo, las tropas francesas entraron en Piamonte utilizando las nuevas líneas férreas. Ganaron sin sus aliados piamonteses la batalla de Magenta el 24 de junio de 1859. Tanto los franceses como los austriacos sufrieron muchas bajas y estos últimos retiraron su ejército tras la fuerte línea defensiva del «Cuadrilátero». Pero la concentración de fuerzas piamontesas fue mucho más lenta de lo previsto y los «voluntarios» italianos procedentes de otros Estados no llegaron a materializarse en gran número. Esta vez Napoleón III se hizo cargo personalmente de los ejércitos. Vislumbró los peligros de otra «Crimea». Serían necesarios grandes refuerzos franceses para romper las defensas austriacas; los prusianos se habían movilizado de manera amenazadora en el Rin. Para Napoleón la guerra se había convertido en un juego demasiado arriesgado. Depositando su confianza en Víctor Manuel, Napoleón III concluyó un rápido armisticio con Francisco José en Villafranca el 11 de julio de 1859. Gracias a la intervención francesa en la

guerra, Piamonte consiguió casi toda Lombardía pero no el Véneto, así que Napoleón III renunció a sus reclamaciones sobre Niza y Saboya. Cavour, que había esperado mucho más de la guerra, presentó, encolerizado, su dimisión (véase cap. XIV).

¿Qué había conseguido Francia como resultado de esta segunda guerra? La precipitada solución de compromiso de Napoleón había salvado muchas vidas. Los franceses habían perdido casi 12.000 hombres en Solferino. Napoleón III había derrotado a Austria y demostrado la superioridad de las armas francesas sobre las austriacas. Había hecho «algo por Italia». A largo plazo, había hecho más por Italia de lo previsto por él o Cavour. La guerra no terminó con una victoria clara pero dio impulso a las fuerzas del cambio que llevaron a la segunda guerra de liberación italiana de 1860. Cavour volvió al poder en 1860 y entonces se preparó para la expansión de Piamonte a expensas de los tres ducados de Italia central y de la provincia papal de Romaña. Napoleón se mostró de acuerdo, pero esta vez obtuvo el precio: Saboya y Niza fueron cedidas a Francia en marzo de 1860. Pero Napoleón III perdió la amistad de los «patriotas» italianos. Italia fue unificada por los italianos, no por los franceses, y setenta y cinco años más tarde Mussolini todavía pudo avivar las llamas del resentimiento provocado por la pérdida de Saboya y Niza. Con su intervención en la península italiana, Francia no ganó sino que perdió influencia. Las suyas fueron las últimas tropas extranjeras que abandonaron el suelo italiano cuando se marcharon de Roma en 1870. Pese a su diestra diplomacia y a los riesgos que corrió en la guerra, Francia en 1860 no estaba en una posición más firme que antes. El concierto de las potencias de 1815 se derrumbó finalmente en la década de 1850, pero en la nueva realidad de poder y conflicto Francia se iba a convertir en la principal víctima.

[1] *The letters of Queen Victoria,* II, pp. 397-398.

XI. GRAN BRETAÑA: UNA REFORMA CAUTELOSA EN LA DÉCADA AUTORITARIA

Gran Bretaña presenta un contraste con la Europa continental. Para empezar, no tenía constitución escrita. La costumbre, el precedente y actos legislativos concretos determinaban el modo de gobernarla. Las competencias de la monarquía estaban tan fuertemente restringidas que el soberano no compartía poder con unos gobiernos respaldados por la asamblea parlamentaria elegida, aunque esta no fuese representativa de la mayoría de la población. Hubo, no obstante, ocasiones en las que la reina Victoria y el príncipe Alberto, este antes de morir prematuramente en 1851, ejercieron la autoridad real. Ciertamente hacían saber de manera inequívoca sus puntos de vista. Las cartas de la reina Victoria son una maravillosa fuente para entender la Inglaterra de clase media. «Con respecto al sufragio», escribía la reina en 1851 a su primer ministro, lord John Russell, quien estaba considerando una modesta reforma parlamentaria, «las propuestas del Comité le parecen a la reina formuladas con la debida consideración a la importancia de no dar un peso indebido a la democracia. En opinión de la reina, la principal cuestión que debe considerarse será si el fortalecimiento del principio democrático alterará el equilibrio de la constitución». Y la reina tampoco aprobaba la revolución, ni el derrocamiento armado de instituciones legales, en especial las francesas. Los peligros de los acontecimientos puestos en marcha por la Revolución francesa de 1789, tan recientemente revividos en 1848, habían tenido importantes consecuencias negativas. La reina se indignó, por consiguiente, cuando Palmerston, el secretario de Asuntos Exteriores, transmitió a los franceses su aprobación al golpe de Estado de Luis Napoleón. Lord Russell

aprovechó la oportunidad para librarse de Palmerston. He aquí la observación de la monarca: «con respecto al sucesor de lord Parlmerston, la reina debe afirmar que, tras la triste experiencia de las dificultades, las molestias y los peligros que acaba de vivir, y a los que puede verse expuesta por el carácter y las cualidades personales del secretario de Asuntos Exteriores, la soberana debe reservarse el derecho sin restricciones a aprobar o desaprobar la elección de ministro para este cargo»[1].

En realidad Victoria no podía ejercer dicha prerrogativa. Palmerston volvió al Gabinete, aunque en la secretaría de Interior, en diciembre de 1852, y se convirtió en primer ministro en 1855, pese a las opiniones personales de la reina. Windsor no era Potsdam ni Hofburg. La influencia de la reina Victoria estaba en la persuasión y no en su capacidad de «ordenar», pese a que dicha expresión se mantuviese en el uso formal mucho tiempo después de haber dejado de ser real, simbolizando la continuidad de los asuntos de Estado a pesar de los cambios de gobierno.

Lo más cerca que Gran Bretaña estuvo de la violencia revolucionaria fue a finales de la década de 1830 y comienzos de la de 1840, durante el periodo de escasez y depresión económica. Manejada con sabiduría por los dirigentes *whigs,* que no reaccionaron con excesos, ningún legado de amargura extrema pesó sobre la armonía social en décadas posteriores. Tanto los *whigs* en la década de 1830 como los conservadores de Peel en la de 1840 afrontaron problemas nuevos y formidables, como cuál era el mejor modo de mantener el orden o cómo asegurar el progreso. La elite gobernante británica sí mantenía un consenso general: el de no conceder derecho de voto a las masas de obreros varones. La propiedad se consideraba un atributo esencial de la responsabilidad. Solo sería seguro permitir la participación en el gobierno a hombres con suficientes intereses materia-

les. Cuantas más propiedades, más influencia (con la excepción del soberano). De lo contrario se consideraba que las posesiones y la «libertad», el derecho más preciado de todo inglés, correrían el peligro de ser atacados por la «turba» envidiosa. La «libertad», por supuesto, no significaba en aquel momento igualdad de derechos. El reconocido pensador político y economista Walter Bagehot resumió esta idea en el principio de que todo individuo tenía solo derecho a tanto poder político como pudiera ejercer sin poner trabas a cualquier otra persona más apta para ejercerlo. El buen gobierno no se alcanzaría, en consecuencia, contando cabezas; la humanidad era egoísta; en una democracia sin límites, la mayoría tiranizaría a la minoría. De ahí se deducía, sin embargo, que la minoría tenía también el deber y la obligación de no tiranizar a la mayoría, sino proporcionarle un buen gobierno.

Está claro, en consecuencia, que en Europa había creencias y actitudes compartidas. Pero la difícil pregunta que había que contestar era qué constituye el «buen gobierno». En las sociedades preindustriales del siglo XVIII y épocas anteriores, el gobierno se había limitado en gran medida a defender el reino, establecer relaciones con otros países, mantener un ejército y una armada, declarar guerras, recaudar y controlar el dinero, nombrar cargos y mantener la ley y el orden. Los gobiernos no habían prestado una atención directa al bienestar de la población, excepto la antigua ley sobre pobreza decretada en tiempos isabelinos, que exigía a las parroquias, no al gobierno central, tomar las medidas necesarias. La Revolución industrial cambió tal situación. Un rasgo común en Europa fue la ampliación de las funciones tradicionales del Estado.

En la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, el crecimiento de las ciudades, la difusión de las fábricas, el agrupamiento de gran número de personas en las partes de las

ciudades cercanas a las fábricas, pusieron en peligro los controles sociales tradicionales de la época preindustrial. Los dueños de empresas e inmuebles y el creciente número de profesionales se convirtieron en un grupo importante que se puso del lado de los intereses terratenientes predominantes. Entre lo viejo y lo nuevo, ¿qué equilibrio debía haber?

Parece que la respuesta se basó en dos elementos: el libre comercio y la aplicación del principio de utilidad, es decir, demostrar que una acción concreta beneficiará a la mayoría. De los dos, la libertad de competencia era el más fuerte; la competencia podía incluso cubrirse de moralidad. Debería darse a cada persona la oportunidad de aprovechar al máximo su vida; a partir de ahí, el apoyo del Estado sería perjudicial. Theodore Hoppen ha resumido sucintamente esta actitud: «la intervención estatal [...] aunque rara vez alcanza el bien en sí misma, podría usarse adecuadamente para eliminar abusos específicos y permitir que el libre mercado efectúe sus milagros de crecimiento»[2]. Para los grandes reformadores radicales John Bright y Richard Cobden, principales exponentes de la denominada «Escuela de Mánchester», el libre comercio traería las bendiciones de la paz y la prosperidad.

La intervención estatal planteó otra cuestión apasionadamente debatida: quién debía ejercer el control sobre dicha legislación. Al principio parecía que los reformadores sociales, seguidores de Jeremy Bentham, u hombres como Edwin Chadwick que fueron nombrados para participar en las comisiones reales, conseguirían establecer controles centralizados en lugar de ceder completamente la administración de las nuevas leyes a organismos locales. Se crearon cuerpos de inspección y consejos para supervisar las leyes fabriles, la nueva ley sobre pobres y durante un tiempo la sanidad, pero tenían pocos recursos. Había una firme opo-

sición al intento de derogar las competencias tradicionales de las autoridades locales; tales competencias fueron, sin embargo, aumentadas y ampliadas de hecho, de modo que a dichas autoridades les correspondió la principal carga de administrar diversas disposiciones. Impedir que el Estado se volviese todopoderoso se consideraba una cuestión de libertad.

Laissez faire, un mínimo de Estado y solo allí donde fuese indispensable, era el principio general apoyado por los economistas y los filósofos políticos clásicos. Pero esta no era más que una recomendación general. El enfoque fue de hecho pragmático, una cauta disposición a adaptarse. Sir Robert Peel, primer ministro entre 1841 y 1846, ejemplificó esta actitud. En la década de 1840 mantuvo las políticas de libre comercio y resituó a los conservadores a los que lideraba, para representar no solo los intereses de los terratenientes, sino también al creciente grupo de fabricantes y las necesidades industriales de las manufacturas y el comercio. El aumento de la riqueza de la nación beneficiaría a todos. Pero junto a las creencias de que el gobierno debería, cuando fuese adecuado, promover la eficiencia, en la Gran Bretaña victoriana influyó otro fuerte impulso, no basado en el frío cálculo, sino en la moral. La religión y la enseñanza cristiana impregnaron el pensamiento victoriano.

Acotar y concretar los problemas para determinar su naturaleza y gestionarlos de un modo determinado fue una auténtica novedad. Se nombraron comisiones reales de expertos para que investigasen e hiciesen recomendaciones. Este método de gobierno más «científico» era también un reflejo de la época. El ideal no era el gobierno *del* pueblo, sino asumir la responsabilidad *por* el pueblo, en especial por aquellos considerados demasiado débiles para cuidar de sí mismos. La legislación social del momento se consideraba necesaria para beneficiar a mujeres y niños, su salud y

educación, en las fábricas y en las minas. La reforma social que afectaba a hombres adultos se limitó principalmente a cuestiones muy específicas de seguridad. El control de enfermedades era otra área, y esta no podía estar limitada por cuestiones de edad, sexo o clase. Los *whigs* empezaron a aprobar leyes parlamentarias tras la aprobación de la Ley de Reforma de 1832, y los conservadores siguieron haciéndolo en la década de 1840. En la Gran Bretaña del periodo victoriano intermedio empezó a quedar clara la preocupación por «la situación de Inglaterra». Se aprobaron leyes fabriles y legislación referente a las minas y a la salud pública, pero eran de naturaleza limitada y el intento de establecer un control mediante un sistema de inspección central fue dotado de recursos insuficientes. Las cuestiones sociales más importantes, que hacen estrecha referencia al orden social así como a las necesidades humanitarias, están ejemplificadas por las disposiciones victorianas sobre los indigentes.

La Ley de Enmienda a la Ley de Pobres aprobada en 1834 no había resuelto el problema. La creencia extendida entre los victorianos ricos de que la pobreza de las personas físicamente aptas era un fallo *moral* era sencillamente falsa. En tiempos de depresión económica ni siquiera los más dispuestos lograban encontrar trabajo, y los salarios en los buenos tiempos eran demasiado bajos como para acumular suficientes ahorros personales que permitieran capear los malos. La ley de 1834 pretendía abolir la ayuda externa (ayuda a personas no recluidas en una institución) excepto en casos especiales, como los ancianos enfermos. Como «prueba» de verdadera necesidad, internaba al perceptor de ayuda en un asilo de pobres en el que se separaba cruelmente a las familias y en el que las condiciones de vida, siguiendo el principio benthamista de «menor elegibilidad», debían ser supuestamente peores que las soportadas por el trabajador asalariado más pobre pero independiente. Era

algo imposible de aplicar de manera realista. Dado que el objetivo era conseguir que los reclusos saliesen y volvieran a emplearse, reducir su salud habría sido contraproducente. No se podía permitir que los asilos de pobres se convirtieran en lugares de absoluta degradación. Los escándalos recibían mucha publicidad, pero no constituían la norma. La Ley de Enmienda de la Ley de Pobres aprobada en 1834 no era muy adecuada para cubrir las necesidades de la sociedad en la era del desarrollo industrial. En conjunto, los salarios reales de los trabajadores manuales aumentaron muy poco en la década de 1850, pero lo más importante era la disponibilidad de trabajo. El desempleo involuntario, la enfermedad y la vejez podían empujar a una familia a la indigencia. Aunque el desempleo en el ámbito nacional no era elevado en la década de 1850, excepto en 1858, cuando alcanzó el 7 por 100, para los afectados suponía una desgracia, a pesar de vivir supuestamente en los «años del auge» victoriano.

La nueva ley sobre la pobreza tenía el objetivo de proporcionar ayuda a todos, excepto ancianos y discapacitados, exclusivamente en un asilo para pobres. Las parroquias debían combinarse en 643 uniones, cada una con un asilo. Muchos indigentes preferían no obtener ayuda alguna a entrar en la institución. La vida en los asilos suponía una reglamentación y un trabajo forzado repetitivo y a menudo absurdo; destruían la vida familiar, al separar a matrimonios e hijos, y parecían cárceles, al privar a los internos de libertad. Esta era quizá la aplicación más cruel del principio de «menor elegibilidad», aunque la lógica que se aplicaba en la práctica era la de separar a los adultos físicamente aptos de los niños, que debían alojarse en espacios más adecuados, como huérfanos, hasta que el padre o la madre saliesen del asilo de pobres. Como símbolos de la inhumanidad victoriana y objetos del odio de los pobres, los asilos, con su estigma, ocupan el lugar de honor. En realidad, la retirada de

la ayuda externa se mostraba en tiempos de necesidad poco práctica, y en cualquier caso no había suficientes asilos construidos. Algunas autoridades locales descubrieron también que la ayuda externa era una opción más barata que la reclusión en asilos de pobres. Allí donde los asilos podían proporcionar alojamiento temporal o donde la enfermería de un asilo proporcionaba tratamiento médico sin exigir el internamiento en el asilo en sí, se cumplía una función importante para los pobres. Algunos, aunque no todos desde luego, merecían la descripción que de ellos se hacía en las novelas de Charles Dickens.

La legislación aprobada durante los años de gobierno de un gran reformador aristocrático *whig,* lord John Russell, tercer hijo del sexto duque de Bedford, entre julio de 1846 y febrero de 1852, siguió la práctica de aprobar con cautela reformas específicas, en lugar de elaborar una enmienda a la totalidad. En 1847 se aprobaron nuevas salvedades al trabajo de mujeres y niños en las fábricas textiles, y al año siguiente se aprobó una ley de salud pública. Estas y otras leyes reformistas fueron más importantes por constituir un indicador del futuro que por el alcance de sus efectos prácticos en aquel momento.

La gran hambruna de Irlanda había proporcionado a Peel la oportunidad de dar otro paso lógico, con la revocación de las Leyes de los Cereales. Fue Russell quien tuvo que afrontar las consecuencias humanas de la hambruna.

La historia, la supremacía protestante, las disparidades en la propiedad de la tierra, con una mayoría desposeída y solo una minoría de propietarios, la obvia discriminación que suponía una Iglesia oficial anglicana, cuando el 80 por 100 de los irlandeses eran católicos y aproximadamente la mitad de los protestantes eran disidentes, la pobreza y la superpoblación, eran los elementos que componían la «cuestión irlandesa». La Ley de la Unión de 1800, que pretendía

ser un nuevo punto de partida en la relación de Gran Bretaña e Irlanda, introdujo algunas reformas, como la emancipación católica en 1829, pero no ayudó mucho a abordar otras causas de descontento en Irlanda. Es difícil pensar que algún gobierno hubiera podido hacerlo, dados los parámetros de las capacidades de intervención del gobierno y los recursos que tenía a su disposición en la primera mitad del siglo. El líder político Daniel O'Connell organizó a las masas irlandesas para respaldar las reformas en el parlamento de Westminster. O'Connell no era un incendiario, sino que defendía el cambio pacífico. La represión por parte de Peel de la nueva agitación iniciada por el irlandés a comienzos de la década de 1840, y su muerte en 1847, provocó el hundimiento de la protesta organizada.

El alimento básico de los campesinos irlandeses no era el pan, sino las patatas, que constituían también su cultivo principal. Su falta fue una catástrofe. Más de un millón de personas murieron de hambre y enfermedades, y la población descendió de más de ocho millones a seis millones y medio de habitantes en 1851. Otro millón de familias irlandesas estaban tan desesperadas que dejaron sus hogares para emigrar a la incertidumbre de una vida al otro lado del océano, principalmente a Estados Unidos, entre 1845 y 1855. El crecimiento demográfico, la dependencia de un solo cultivo y el hecho de que la mayoría de la población estuviese compuesta por jornaleros agrícolas sin tierra habían llevado al aparente cumplimiento de la predicción malthusiana en Irlanda. Ya antes de los años de la «gran hambruna» de 1846-1849, la emigración había demostrado ser la única alternativa. Durante el resto del siglo, la población de Irlanda siguió descendiendo mientras la Gran Bretaña aumentaba, de modo tal que, de suponer casi un tercio de Reino Unido en 1841, su proporción descendió a un noveno en 1901.

Enfrentado a la magnitud de un desastre nunca experimentado por los ministros de Londres, y considerando la fama de prudencia fiscal de Peel, que veía como una virtud las bajas cargas de gasto público, el gabinete respondió con una ayuda rápida, anterior al otoño de 1846, pero modesta. Durante los años del gobierno *whig* de Russell, los intentos de proporcionar trabajo público a cambio de ayuda fueron insuficientes para cubrir las necesidades de los millones de personas que pasaban hambre; se crearon comedores de beneficencia. Era absurdo imaginar que los asilos para pobres pudieran dar abasto. En consecuencia, hubo que proporcionar ayuda externa a 750.000 personas.

En el mismo periodo, más de medio millón de familias arrendatarias fueron desahuciadas de sus pequeñas parcelas por terratenientes obligados a pagar las contribuciones. Un año después, la plaga de la patata llegó a Escocia. La «hambruna de las Tierras Altas» fue menos devastadora que la irlandesa, la ayuda estuvo mejor organizada, el número de afectados fue menor y en general se evitaron las muertes. En Irlanda, la migración y el fallecimiento redujeron el número de habitantes sin tierra y las explotaciones de tamaño insuficiente. El precio pagado en vidas humanas por la «mejora» fue enorme. Después de este episodio había más explotaciones irlandesas de tamaño viable. La migración continuada también redujo la presión sobre la tierra. Fue ese, no la industrialización, el medio con el que se controlaron los peores efectos del crecimiento demográfico. La población de Irlanda siguió descendiendo. En las dos décadas siguientes a la muerte de O'Connell, el nacionalismo dejó de ocupar uno de los lugares más importantes en la política de Irlanda o de Wetsminster. Su lugar lo ocupó, por el contrario, la «cuestión de la tierra»; los arrendatarios disfrutaban de un poder creciente y, mediante los cambios electorales de 1850, de más influencia que los pobres rurales. Fueron sus intereses de mejores condiciones de arrendamiento

los que se presentaron en Westminster. El nacionalismo pasó a la clandestinidad. Fueron los irlandeses de Estados Unidos los que dieron nueva vida al movimiento al fundar en 1858 una sociedad secreta, los fenianos, dedicada a la rebelión revolucionaria. Su filial en Irlanda era la Hermandad Republicana Irlandesa. El movimiento, que defendía una lucha violenta por la independencia, no disfrutó de éxito práctico en la década de 1860. Servía, sin embargo, para advertir de las posibles consecuencias que tendría el pasar por alto los problemas de Irlanda. Sería Gladstone quien se tomara en serio el mensaje.

No había grandes cuestiones que dividieran a liberales y conservadores en la década de 1850. Ambos partidos recibían el apoyo de terratenientes e intereses empresariales. Los conservadores eran por tradición el partido de la *gentry* rural, aliados con reformadores eficientes como Huskinson y Peel. Pero hacía tiempo que la protección a los productores agrícolas mediante aranceles a la importación de cereales había dejado de ser una cuestión de diferencia práctica, debido a las continuas reducciones efectuadas por los *tories,* a pesar de que la total revocación de las Leyes de los Cereales había causado indignación en su momento. Los conservadores representaban la defensa de la vieja estructura social de la Inglaterra rural y con ella la Iglesia oficial de Inglaterra. En la cuestión de la admisión de católicos y «disidentes», más tarde llamados no conformistas, los *whigs* habían sido más flexibles, al concederles algunos derechos civiles básicos, como el derecho a voto y la admisión en el parlamento. Los *whigs* estaban igual de dispuestos que los conservadores a mantener la estructura social y también consideraban que, aun sin tratarse de una solución definitiva, la Ley de Reforma de 1832 sí constituía al menos una solución suficiente para una generación, lo que de hecho resultó ser. Los *whigs* recibían su respaldo más amplio de los reformadores liberales y de radicales de clase media, pe-

ro cuando volvieron al poder, en julio de 1846, su celo por cualquier reforma más sustancial había disminuido. El gobierno de lord John Russell se mantuvo sorprendentemente en el poder durante seis años. Que las grandes familias que formaban el exclusivo partido *whig* tomasen las riendas del gobierno en la Inglaterra de mitad de la época victoriana no se debió al dinamismo de dichas familias, sino a la división que experimentaban las agrupaciones políticas del momento. Las mayorías obtenidas después de las elecciones generales de 1847 dependían del apoyo variable de los radicales, que pronto se escindirían, de los liberales, de los irlandeses y de los «peelistas», o conservadores liberales como se denominaban a sí mismos. Era una base de apoyo que cambiaba de una medida a otra, pero bastaba mientras la oposición conservadora de aproximadamente 230 parlamentarios siguiera aferrándose a la protección.

Más de 100 miembros de su partido en la Cámara de los Comunes había seguido a Peel en 1846, cuando se escindió del Partido Conservador debido a la revocación de las Leyes de los Cereales. Los aproximadamente 220 conservadores restantes no encontraron aliados que garantizasen una mayoría, y parecían condenados a la oposición permanente. Y lo estuvieron salvo en tres breves interludios: durante diez meses en 1852; durante algo más de un año, entre febrero de 1858 y junio de 1859; y durante casi dos años, entre febrero de 1867 y diciembre de 1868. La verdadera vuelta al poder, con el segundo gobierno de Disraeli, no se produjo hasta 1874. De ese modo, languidecieron en una vital oposición en 23 de 27. Que la oposición fuese vital se debió en parte a su líder en los comunes, Benjamin Disraeli.

Quizá fuese una marca distintiva de la *gentry,* las clases medias más adineradas y la aristocracia victorianas, la capacidad de aceptar como líder a un hombre de talento, de nacimiento no aristocrático, de talla y porte muy distintos a

los del noble rural inglés, y judío bautizado. En ningún otro país de Europa era esto posible entonces, ni mucho más tarde. Uno de sus primeros oponentes, el enormemente aristocrático tercer marqués de Salisbury, que más tarde ejercería de secretario de Asuntos Exteriores en su gabinete, escribía en abril de 1881, al conocer su muerte: «es un golpe tremendo [...]. Lord Beaconsfield llevaba mucho tiempo asociado al Partido *tory,* y en los últimos años su popularidad había subido tanto que el partido difícilmente creerá en su propia existencia sin él [...] apenas puede hablarse de la muerte de un hombre de 76 años como si de un suceso extraño e inesperado se tratara, pero ahora que llega, me llena de tristeza y desesperanza»[3].

El ascenso político de Disraeli no había sido tranquilo ni fácil. Fue elegido en 1837 por el departamento de Maidstone, cuyo pequeño electorado seguía siendo una de las circunscripciones más venales tras la aprobación de la Ley de Reforma. Era su quinto intento de entrar en la Cámara. Aquejado continuamente de dificultades económicas en su vida privada, su vida pública tampoco brillaba. Para él fue una decepción que Peel no lo incluyese en el gobierno en 1841. Disraeli, junto con un pequeño grupo íntimo de *tories* jóvenes, aristocráticos y disidentes apodados «Joven Inglaterra», desaprobaban el frío y eficiente gobierno de Peel, defensor de la «clase media». Conjuraron un pasado feliz y satisfecho en el que supuestamente la monarquía ilustrada y la nobleza, apoyadas por la Iglesia oficial, habían creado una edad de oro. Era puro romanticismo, nostalgia y una huida de las realidades del momento, pero sin duda agradable para sus jóvenes líderes aristocráticos. Disraeli era la inspiración más importante de estos jóvenes. En una novela titulada *Coningsby,* el político retrató las personalidades y las aspiraciones del grupo. Un año más tarde, 1845, se publicó *Sybil, or the Two Nations,* que describía los contrastes y los males de una sociedad dividida por una riqueza y una

pobreza extremas. Pero «Joven Inglaterra» no logró aportar solución alguna para remediar las condiciones deplorables producidas en tantas ciudades por la época industrial. Al centrarse en la Iglesia y en el mantenimiento de las tradiciones aristocráticas de la Inglaterra rural, Disraeli condenaba en esta visión a los conservadores a una menguante minoría política. Fue Peel quien intentó alinear a los conservadores con el crecimiento de las manufacturas y los negocios. La revocación de las Leyes de los Cereales en 1846 dio a Disraeli, que aún no era líder en los Comunes pero sí su portavoz más eficaz, la oportunidad de atacar con dureza a su líder por traicionar al partido y quien atrajo hacia sí a la mayoría de las bases conservadoras retrógradas.

Disraeli había atraído a la *gentry* rural, pero los viejos conservadores con experiencia y capacidad ministerial, incluido Gladstone, siguieron mayoritariamente a Peel. Esto fue desastroso para el partido, pero también una circunstancia que permitió a Disraeli convertirse en su líder y en primer ministro en 1867. Pero Disraeli había arriesgado con valentía su avance político al apoyar al gobierno de Russell cuando este eliminó, tras la elección del barón Lionel de Rothschild por la ciudad de Londres en 1847, la norma que prohibía a los judíos entrar en la Cámara de los Comunes. Aunque la ley aprobada por los Comunes fue repetidamente derrotada en la Cámara de los Lores hasta 1858. En consecuencia, Disraeli ponía límites a su oportunismo, si creía que había principios fundamentales en juego.

El celo reformador inicial de Russell remitió pronto. En 1847, el trabajo de niños y mujeres en las fábricas se «limitó» a diez horas al día, un avance al menos. Un Consejo de Salud Pública creado en 1848 mostró otra preocupación social del gobierno, pero con pocas consecuencias prácticas. Por fin, el Consejo de Administración de la Ley de Pobres debía mejorar las duras condiciones. Al buscar popularidad

en 1850 atizando las llamas del anticatolicismo, cuando a los obispados católicos se les prohibió en 1850 dar a sus sedes el nombre de lugares, Russell descendió a una política bastante deshonrosa, muy poco característica de este reformador.

En asuntos exteriores, Palmerston causó grandes conmociones con pocos logros. En Europa, Gran Bretaña mantuvo una política de no intervención y no interferencia, a menos que se tratara de acosar a un país pequeño. La oportunidad surgió con el llamado asunto Don Pacifico. David Pacifico era un comerciante portugués nacido en Gibraltar, que solicitó la ciudadanía británica. En una revuelta antisemita, su casa fue quemada en Atenas, ciudad en la que se había asentado. La policía no había intervenido, y Pacifico exigió una compensación al gobierno griego. Era una demanda exagerada, pero Palmerston la respaldó enviando un escuadrón naval al Pireo en 1850. En los Comunes defendió su conducta con la rimbombante declaración de que un ciudadano británico «al igual que el romano, en la Antigüedad, se consideraba libre de indignidad cuando podía decir *Civis Romanus sum* [soy ciudadano romano], también un súbdito británico, esté donde esté, tendrá la confianza de que el ojo vigilante y el brazo firme de Inglaterra lo protegerá contra la injusticia y el mal». Fue una excesiva pero espléndida apelación a la superioridad que los ingleses sentían respecto al resto del mundo. Poco después, la impredecibilidad de Palmerston condujo a su caída temporal, por felicitar a Luis Napoleón tras el golpe de Estado. El gobierno de Russell duró pocas semanas más. Lord Derby encabezó entonces durante diez meses, en 1852, un gabinete conservador en minoría en la Cámara de los Lores, con Disraeli como secretario de Hacienda y a esas alturas líder indiscutible en la Cámara de los Comunes. En su primer periodo en el gobierno, Disraeli se responsabilizó del presupuesto. No intentaría volver a la protección aduanera; a

cambio, intentó encontrar cierta compensación para los terratenientes reduciendo el impuesto sobre el té, la malta y el lúpulo, una manera inteligente de bajar también el precio de la cerveza. Sus complicados cambios fiscales estaban mucho menos meditados. El presupuesto del gobierno no fue aprobado y los *whigs* volvieron al poder en coalición con los peelistas en 1852.

El nuevo gobierno no estaba encabezado por Russell, sino por el conde de Aberdeen. Gladstone estableció entonces su reputación de consumado secretario de Hacienda, manteniendo un estricto control del gasto público (excepto, inevitablemente, durante la Guerra de Crimea). En la Inglaterra victoriana no le correspondía al gobierno supervisar la economía del país. Por el contrario, los negocios de la nación, libres de interferencias arancelarias, prosperarían separados del Estado. El deber del Estado era recaudar los impuestos estrictamente necesarios para cumplir sus funciones esenciales de administración eficiente, defensa y gastos sociales limitados. Se suponía que la beneficencia privada, instituciones de socorro mutuo como las sociedades de amigos, debían cubrir las necesidades que el Estado no abarcase. Fue también la gran era de la beneficencia. Mientras que en Europa central el gasto aumentaba de forma proporcional a la renta nacional, en Gran Bretaña se mantuvo constante, equivaliendo en 1853 al 8,6 por 100 y subiendo al 10 por 100 solo un año entre 1853 y 1880. Un siglo más tarde había aumentado a más del 45 por 100 en el continente y al 37 por 100 en Gran Bretaña. Gladstone también convirtió el Tesoro en un departamento de especial poder, que controlaba los gastos de todos los demás, aumentando así la importancia del secretario de Hacienda en el gabinete. La cuidadosa gestión de las finanzas del país efectuada por Gladstone y el grandioso plan de abolir el impuesto sobre la renta, sin embargo, acabarían arruinados por el coste de la Guerra de Crimea.

Es interesante comparar el gobierno en Gran Bretaña y en el continente durante la década autoritaria de 1850. En algunos aspectos, el sistema británico y el continental parecían similares en la cautela de no ampliar el derecho a voto y de no conceder a la mayoría de la población ninguna influencia en el gobierno. Pero mientras que la evolución constitucional de Gran Bretaña no había sufrido desafíos violentos ni insurgencias, la democracia parecía haber irrumpido brevemente en el continente para ser repudiada de nuevo por la fuerza. Los liberales del continente se habían asustado de las fuerzas desatadas en 1848. Las reformas para intentar reconciliar a las masas se plantearon a partir de entonces desde arriba. El precio de la reforma fue la aceptación del gobierno autoritario. Los ministros autoritarios de la corona intentaron debilitar la influencia que las asambleas representativas pudieran todavía ejercer después de 1848. Los ejércitos leales a la corona eran los garantes de la estabilidad. El abismo entre la reacción en el continente, aunque fuese progresista en algunos aspectos, y la que se dio en Gran Bretaña no podía ser más claro. Los contemporáneos eran muy conscientes de ello. En Gran Bretaña, el parlamento no se había debilitado. El ejército estaba bajo el control firme y fiable del gobierno civil. El pueblo, a diferencia del continente, estaba libre de la opresión política, podía manifestar sus opiniones sin temor a detenciones y el gobierno estaba abierto a las críticas emitidas por una prensa libre. En otras partes de Europa, tales libertades solo se disfrutaban en países pequeños: en la Bélgica del benévolo Leopoldo I, el «queridísimo tío» de la reina Victoria, con la constitución establecida después de 1848; en Suiza, con su asamblea nacional elegida por sufragio masculino; y en Suecia, que a pesar de tener una constitución restrictiva y autoritaria, permitía la libertad de prensa, empezaba conceder derechos a las mujeres y había introducido la enseñanza obligatoria ya en 1842. Al menos durante un tiempo, tam-

bién los daneses habían conseguido el establecimiento de una constitución liberal como consecuencia de las revoluciones de 1848. Pero en 1850, la suma de las poblaciones de estos pequeños países más ilustrados no alcanzaba los 12 millones, y su influencia no era comparable a la de Gran Bretaña.

Fue una extraordinaria ironía que el responsable de involucrar al país en la Guerra de Crimea fuese un gobierno encabezado por el pacífico Aberdeen. Cuatro décadas antes, en 1813, Aberdeen, en su calidad de embajador en Austria, había contemplado el horror de la guerra caminando por el campo de batalla tras la batalla de Leipzig, y visto el sufrimiento de heridos y moribundos. La experiencia le había dejado una impresión indeleble. Pero en 1853 varios ministros del gobierno lo instaron a dar una respuesta de fuerza a la expansión de los rusos en los Balcanes y a sus amenazas al Imperio otomano. Los más belicosos eran Palmerston y Russell. Los peelistas, incluido Gladstone, defendían la cautela y la paz. La prensa y la ciudadanía exigían acción. Aberdeen no era un líder fuerte y solo intentó ralentizar la deriva hacia la guerra. Al final, dejó de resistirse. Cómo se produjo la Guerra de Crimea en el campo minado en general de las relaciones de las grandes potencias acerca de la «gestión oriental» es algo que debe, sin embargo, examinarse con más detenimiento en el próximo capítulo.

[1] *The Letters of Queen Victoria,* II, pp. 332-333 y 343.

[2] K. T. Hoppen, *The Mid-Victorian Generation 1846-1886,* Oxford, 1998, p. 94; las pp. 94-124 ofrecen un excelente análisis de estos temas.

[3] Salisbury a lady John Manners, 19 de abril de 1881, cit. por J. A. S. Grenville en *Lord Salisbury and Foreign Policy,* Londres, 1964, p. 10.

XII. LA CUESTIÓN ORIENTAL LLEVA A LA GUERRA

Frecuentemente los historiadores califican de «innecesaria» a la Guerra de Crimea. Esto significa que no había suficientes diferencias de intereses vitales entre las potencias para justificar el abandono de la diplomacia y el recurso a la fuerza. Sin embargo, vistas desde este punto de vista, ¿no fueron «innecesarias» la mayoría de las guerras de los siglos XIX y XX? La única guerra «necesaria» es la librada deliberadamente con ánimo de agresión, o de defensa frente a esa agresión. La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, fue una guerra «necesaria»; pero no sirve de mucho que los historiadores dividan las guerras en estas categorías. Es mucho más esclarecedor averiguar por qué los políticos contemporáneos llegaron a la conclusión de que era necesario luchar. ¿De qué supuestos partían las potencias y, vistos retrospectivamente, en qué medida eran acertados esos supuestos?

Aunque la causa inmediata de la disputa giraba en torno a los monjes católicos y ortodoxos griegos en Jerusalén, cuyas reivindicaciones fueron asumidas por Napoleón III y el zar Nicolás I, destacan dos cuestiones subyacentes. La primera es la fobia de Nicolás a los peligros de un renacimiento del bonapartismo en Francia, que, según él, difundiría la revolución por Europa, destrozando así los acuerdos de 1815. La segunda es la fobia británica a las supuestas intenciones ocultas e ilimitadas ambiciones territoriales de Rusia. Para empezar por esto último, ¿en qué medida eran reales los temores británicos?

Rusia había hecho algunas conquistas durante las guerras napoleónicas: consiguió Besarabia en 1812. Esto la llevó hasta el río Pruth, el cual separaba Besarabia de lo que se conocía como los principados danubianos de Moldavia y Valaquia (más tarde unificados para formar Rumania); en el

oeste, Rusia mantenía en su poder desde 1815 una porción de lo que antes había sido la parte de Prusia en el reparto de Polonia, a pesar de las amenazas de Castlereaght y la alianza secreta que este concluyó en enero de 1815 con Austria y Francia en el Congreso de Viena. Estos eran todos los éxitos territoriales de Rusia en Europa en un siglo. Las fronteras de Rusia en 1914 eran las mismas que en 1815, limitando con Alemania y Austria-Hungría al oeste y al sur a lo largo de la línea del reparto de Polonia de 1815, y luego más al sur de nuevo a lo largo del río Pruth donde Rumania era ahora vecina de Rusia. (Para ser completamente exactos es necesario señalar que durante los cien años que siguieron a 1815, las fronteras de Rusia en *Europa* realmente sufrieron pequeños cambios hacia atrás y hacia adelante: Rusia se anexionó el delta de la desembocadura del Danubio en 1825; luego, en 1856, lo perdió otra vez junto con una parte de Besarabia como consecuencia de la Guerra de Crimea, pero recuperó el territorio de Besarabia en 1879 tras la Guerra Ruso-Turca, volviendo así a la línea del río Pruth, pero no al delta del Danubio.) Rusia solo había podido extenderse de manera muy limitada a costa del Imperio otomano en Asia después de 1815, obteniendo una pequeña zona en Transcaucasia en 1829 y un territorio bastante grande en la región en torno a Kars en 1878 (véase mapa «Europa en 1848»). Así pues, las fronteras europeas de Rusia ofrecen durante un siglo una imagen extraordinariamente estable cuando se las compara con las fronteras radicalmente variables de las otras tres potencias principales de Europa: Prusia, Austria y Francia. Estos cambios continentales fueron tan fundamentales que tres grandes potencias adquirieron nombres nuevos, pues a partir de 1871 existen Alemania, Italia y Austria-Hungría, y de las ruinas del Imperio otomano emergieron cinco Estados completamente independientes.

Contrasta espectacularmente con el conservadurismo ruso en Europa su avance en Asia durante el siglo XIX. La expansión transcontinental de Rusia, que comenzó en torno a la década de 1830, la llevó a las fronteras del Turquestán chino en 1868 y de Afganistán en 1873. Simultáneamente, extendió su poder en el Pacífico, al adquirir territorios hasta el río Amur. Las plenas consecuencias del avance de Rusia sobre las relaciones de las potencias, sin embargo, no se evidenciaron hasta finales del siglo XIX, cuando la rivalidad anglorrusa en Europa se convirtió en una rivalidad global y llegó a ser un elemento en la nueva era de la *Weltpolitik.* Pero ya en el siglo XIX Gran Bretaña se inclinaba a atribuir a Rusia el deseo de terminar con la influencia británica en el Cercano Oriente e incluso de invadir la India.

Durante las décadas de 1840 y 1850 la zona del mundo donde parecía más probable un choque entre Rusia y Gran Bretaña era el Imperio otomano. Tanto los rusos como los británicos se daban cuenta de que el dominio otomano no podía durar mucho tiempo y de que su derrumbe podía envolver a las potencias en una guerra general cuando llegara el momento de decidir qué debía sustituir al imperio. En estas circunstancias, Rusia veía tres maneras aceptables de salvaguardar sus intereses nacionales: la solución primera y preferida era mantener con vida al Imperio otomano como una especie de protectorado estrechamente vinculado a Rusia. En 1832 y 1833, el zar Nicolas I logró realmente este objetivo cuando los turcos pidieron a Rusia ayuda para rechazar el avance de Mehmet Alí, pachá de Egipto. Rusia entonces concluyó una alianza con Turquía que le permitió influir de modo predominante en Constantinopla. La segunda solución era mantener al Imperio otomano como Estado neutral que sirviera de amortiguador mediante un acuerdo con las otras potencias y salvaguardar los intereses rusos en la inestable región de los Estrechos mediante un pacto internacional. Esto se llevó a cabo cuando las cuatro y más

tarde cinco grandes potencias europeas –Gran Bretaña, Austria, Prusia, Rusia y Francia– firmaron la convención de los Estrechos en 1841. De este modo, en ese año, Rusia tuvo que renunciar a su primera preferencia en favor de la segunda. La tercera solución era el reparto de Turquía después de concluir un acuerdo con las potencias más vitalmente implicadas. Esto Rusia no lo pudo conseguir, aunque intentó en más de una ocasión sugerir la posibilidad. El problema radicaba en que ni Gran Bretaña, ni Austria ni Francia podían decir cuál de estas tres políticas estaban verdaderamente siguiendo los rusos. Esto no es de extrañar. El propio zar Nicolás no ayudó a aclarar mucho las cosas, sobre todo porque intentó combinar elementos de las tres políticas de la manera que fuera más favorable para Rusia y presentara menos peligro para él. Este intento de armonizar políticas con objetivos muy diferentes era característica de la manera en que Nicolás llevaba su política exterior y ayuda a explicar su dislate de Crimea.

Nicolás también intentaba armonizar su política otomana con el objetivo de salvaguardar a Europa de un cambio revolucionario dirigido por una Francia renaciente. De modo que parecía estar mirando en dos direcciones a la vez, puesto que, por un lado, deseaba conservar el *statu quo* en Europa y, por otro, hablaba de desmembrar el Imperio otomano, acción que los austriacos, franceses y británicos consideraban que fácilmente podía llevar a una guerra general europea y al abandono del *statu quo.*

Nicolás no estaba de acuerdo con ellos y los acontecimientos posteriores no le dieron la razón. Confiaba en que su conservadurismo en Europa garantizaría a las grandes potencias que su política otomana no tenía como intención perjudicarlas. Se proponía alinearse con Austria y Gran Bretaña, y aislar a Francia. Estaba dispuesto a renunciar virtualmente a todas sus ambiciones territoriales en Europa

para llegar a ese entendimiento. No codiciaba ninguna parte del territorio prusiano o austriaco. Consideraba que el continuo reparto de Polonia entre las tres monarquías era un interés común que las unía. En los Balcanes, Nicolás, ya en la década de 1840, habría aceptado un aumento de la influencia austriaca; incluso hablaba de permitir que Austria, como potencia no marítima, ocupara Constantinopla y los Estrechos, aunque Rusia también se reservaría algunas garantías, como una guarnición en el Bósforo. Si llegaba el momento de hacer un reparto, Rusia se apoderaría de los principados autónomos de Moldavia y Valaquia (Rumania). Rusia los había ocupado varios años después de 1829 y al retirarse las tropas rusas continuó ejerciendo amplios derechos, aunque los territorios estuvieran bajo soberanía otomana. Para tranquilizar a Austria, Rusia prometió no cruzar el Danubio en el caso de que el Imperio otomano en Europa se derrumbara. Pero Metternich ni en 1843 ni en 1844 respondió con mucho entusiasmo a esas sugerencias. Es probable que creyera, con razón, que los proyectos del zar no se podrían llevar a cabo pacíficamente y que después no quedaría otro remedio que ocupar Constantinopla, situación que los británicos no tolerarían.

En junio de 1844, Nicolás llegó a Inglaterra en visita oficial. Tuvo oportunidad de discutir el futuro del Imperio otomano con lord Aberdeen, secretario de Asuntos Exteriores. El resultado ilustra claramente el peligro de semejante diplomacia en la «cumbre». Cada uno de los participantes sacó una impresión muy distinta de la discusión y ello llevó a un serio malentendido. Nicolás pensó que habían llegado a un acuerdo verbal y que en pocas horas había conseguido disipar las sospechas de Gran Bretaña con respecto a Rusia. Para Aberdeen la conversación fue solamente «un intercambio mutuo de opiniones»; pero a Nicolás le había parecido tan importante esa conversación que unos meses más tarde la mandó redactar y Aberdeen, al recibir

un ejemplar en enero de 1845, aceptó el memorándum como una relación exacta. Lo que el zar y Aberdeen se habían dicho mutuamente era que Gran Bretaña y Rusia intentarían sostener al Imperio otomano durante todo el tiempo que fuera posible. Sin embargo si «previéramos la posibilidad de que se hiciera pedazos, llegaríamos a un acuerdo previo con respecto a todo lo relacionado con el establecimiento de un nuevo orden de cosas»[1], de manera que quedaran salvaguardados la seguridad y los derechos de tratado entre Rusia y Gran Bretaña y el equilibrio general de poder en Europa.

La paz en el Imperio otomano dependía en gran medida de la actitud que tomaran las potencias extranjeras. El sultán era capaz de gobernar sus dominios a su modo siempre que no se produjeran injerencias exteriores. Unos cuantos años de tranquilidad siguieron a la crisis provocada por Mehmet Alí y el acuerdo internacional de 1841, aunque los embajadores extranjeros en Constantinopla no se mostraron satisfechos con los intentos de reforma. El más poderoso de ellos, lord Stratford de Redcliffe, utilizó, sin embargo, su influencia para dar al sultán y a sus ministros un respiro. También logró una influencia predominante para Gran Bretaña en Constantinopla. Los rusos estaban dispuestos a tolerar este estado de cosas: en parte, porque Gran Bretaña dominaba la situación gracias a su poderío naval y, en parte, porque Nicolás estaba dispuesto a aceptar de buena fe las garantías ofrecidas por Gran Bretaña de que no se apoderaría de Constantinopla, sino que deseaba mantener el Imperio otomano. En diciembre de 1852, el zar creía que la situación del Imperio otomano había empeorado aún más y que las presiones desde el exterior acelerarían su derrumbe total.

La parte del Imperio otomano que limitaba con el territorio de los Habsburgo se vio amenazada por una grave cri-

sis. Los turcos gobernaban con dureza en Bosnia en un intento de suprimir los desórdenes y, cuando sus vecinos montenegrinos se apoderaron de una ciudad en territorio turco, Omar Pachá, gobernador turco, declaró la guerra al pequeño principado de Montenegro. Austria protestó vigorosamente. Aunque los austriacos querían conservar el Imperio otomano y el poder de este en Constantinopla, deseaban que el gobierno otomano fuera débil en las regiones que limitaban con los territorios de los Habsburgo. El sojuzgamiento turco de Montenegro amenazaba además con reforzar el Imperio otomano a lo largo del Adriático y Austria estaba decidida a evitarlo. La crisis provocada por el conflicto turco-montenegrino terminó rápidamente cuando los austriacos enviaron al conde Leiningen a Constantinopla en febrero de 1853 con un ultimátum para que los turcos desistieran de invadir Montenegro. Los turcos, al encontrarse aislados, renunciaron a su proyecto y prometieron poner fin a la guerra. El primer asalto entre Turquía y una gran potencia, cuando los turcos intentaron reforzar su dominio sobre una porción de su imperio, había sido desfavorable a la primera.

Rusia había apoyado a Austria en Constantinopla para dar relieve a la solidaridad austro-rusa en la «cuestión oriental». Pero cuando fueron los franceses los que presentaron sus peticiones al sultán, eso fue harina de otro costal. Nicolás interpretó el apoyo de Napoleón III a las reclamaciones de los monjes católicos como un intento de sustituir la influencia rusa en Constantinopla por la francesa. Pero no era así. Napoleón III simplemente proseguía una larga tradición de la política francesa para conseguir prestigio y reforzar la posición de Francia en el Imperio otomano, donde era una potencia mucho más débil que Gran Bretaña, Rusia y Austria. Napoleón III tenía también los ojos puestos en el beneplácito del partido clerical nacional. La idea de provocar una guerra con Rusia no entraba dentro

de sus cálculos. Los franceses consiguieron un éxito «local» cuando en diciembre de 1852 el *firman* del sultán entregó las llaves y, por tanto, la tutela de la iglesia de la Natividad en Jerusalén a los monjes católicos. El asunto podría haber quedado ahí de no haber sido porque Nicolás era incapaz de mantener un juicio equilibrado en lo que se refería al advenedizo de Napoleón III. Un renacimiento del bonapartismo, con su adhesión a las causas «nacionales» como la de Polonia, era para él una amenaza contra la cual era necesario luchar a toda costa. Francia fue aislada en 1840 durante la crisis de Mehmet Alí y Austria, Prusia, Rusia y Gran Bretaña colaboraron para llegar a un acuerdo. Nicolás no entendía por qué no se aislaba a Francia de nuevo y por qué Napoleón III, que tenía la audacia de llamarse «emperador de los franceses» y ponía en entredicho la validez del acuerdo de 1815, no era humillado. Dado su estado de ánimo, Nicolás consideraba cualquier éxito del emperador en el Imperio otomano, por trivial que fuera, como un hecho del mayor significado y también como un insulto personal. Por esta razón la disputa de los monjes se hizo tan desproporcionada.

La disputa entre los monjes católicos y los ortodoxos tenía una historia larga y complicada. Durante siglos, Francia había desempeñado el papel de protectora legal de los peregrinos católicos que viajaban desde Europa occidental hasta Jerusalén y Belén. Varias órdenes de monjes católicos se establecieron en Tierra Santa para cuidar de los santuarios y ello permitió que los católicos celebraran allí sus cultos. Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII muchas de esas funciones fueron asumidas por monjes ortodoxos griegos y el sultán concedió a estos privilegios que anteriormente disfrutaban los monjes católicos. El zar confirmó su papel de protector de la libertad religiosa de los súbditos cristianos del sultán en el famoso Tratado de Kutchuk-Kainardji (1774). En el artículo VII de este tratado se leía: «La

Sublime Puerta promete proteger de modo constante la religión cristiana y sus iglesias, y autoriza al ministro de la corte imperial de Rusia a hacer peticiones en todo momento […] y se compromete a tomar en consideración todas esas peticiones, hechas por un funcionario de confianza de una potencia vecina y sinceramente amiga». Esporádicamente, durante la primera mitad del siglo XIX, estallaron disputas sobre los derechos a los Santos Lugares, en las que los franceses apoyaron a los católicos y los rusos a los monjes ortodoxos. Lo que hacía tan peligrosa esa disputa a partir de 1850 era la francofobia del zar Nicolás I y su aversión a Napoleón III.

En enero de 1853, Nicolás consideró que había llegado el momento de preparar un contragolpe contra los franceses. Y esto solamente se podía hacer consiguiendo que el sultán revocara las decisiones en favor de los monjes católicos. El conde austriaco Leiningen había demostrado lo mucho que se podía lograr intimidando a los turcos. Nicolás haría lo mismo. Esperaba que Austria apoyaría las demandas rusas en Constantinopla. No se le pasó por la imaginación que Austria no estaba alineada con Rusia. Después de todo, había demostrado su amistad hacia los Habsburgo en 1849. Con Prusia también Rusia tenía buenas relaciones. El único problema parecía ser la posible reacción de Gran Bretaña a las presiones rusas en Constantinopla. Sin embargo, con respecto a este punto, Nicolás se creía afortunado. Aberdeen había sido nombrado primer ministro de un nuevo gobierno de coalición en diciembre de 1852. El más belicoso Palmerston fue desplazado al ministerio del Interior y lord Russell encargado del de Asuntos Exteriores. Inmediatamente, el zar Nicolás intentó restablecer las buenas relaciones que antes tenía con Aberdeen. Habló con sir George Hamilton Seymour, embajador británico en San Petersburgo, en enero de 1853 sobre la cooperación ruso-británica y le dijo que, en su opinión, la posibilidad de un derrumbe

del Imperio otomano, ya evocada en 1844, estaba próxima a producirse. ¿No sería, pues, útil, hablar de los principios generales de un reparto? Rusia exigía poco; el zar únicamente pedía que los principados danubianos de Moldavia y Valaquia pasaran a estar bajo protección rusa; Gran Bretaña podía quedarse con Egipto y Creta si lo deseaba. Pero la cuestión esencial era el futuro de Constantinopla. No se debía de permitir que cayera bajo el control de ninguna de las grandes potencias. El gabinete Aberdeen estudió cuidadosamente su respuesta a esta proposición. Fue amistosa. Gran Bretaña tampoco deseaba apoderarse de Constantinopla, aseguró Russell al zar, y era también consciente de las especiales responsabilidades de este con respecto a los súbditos cristianos del sultán. No obstante, el gabinete británico no creía que fuera inminente un colapso otomano; el gabinete estimaba que la política correcta era seguir sosteniendo al Imperio otomano y evitar que los ministros del sultán tuvieran que sufrir presiones indebidas. Es evidente que Aberdeen había juzgado mal la determinación de Nicolás. Informó a la reina que no se veía «nada nuevo en la actitud del emperador. Es esencialmente el mismo lenguaje que ha venido utilizando durante años [...]».

Nicolás se quedó satisfecho con la contestación británica pero hizo caso omiso del consejo. Sin una presión sobre el sultán no se podría hacer que Francia cediese.

Durante los siguientes nueve meses, la presión cada vez mayor de los rusos sobre los turcos fue contrarrestada con maniobras de Gran Bretaña para defender a Turquía y de Francia para salvaguardar sus derechos obtenidos. Desde un punto de vista diplomático, la lucha se centró en la sede del gobierno del sultán en Constantinopla. La diplomacia fue respaldada por sanciones militares. Un ejército ruso amenazó los principados turcos de Moldavia y Valaquia, y buques de guerra de la misma nacionalidad las costas turcas

del mar Negro. Gran Bretaña y Francia recurrieron a la clásica amenaza de enviar sus flotas del Mediterráneo por los Dardanelos, el mar de Mármara y el Bósforo hasta Constantinopla y, más allá, al mar Negro. Este era un movimiento que los rusos no querían provocar. Pero el gabinete británico se mostraba muy susceptible ante la posibilidad de un ataque ruso a Constantinopla. Una fuerza expedicionaria rusa teóricamente podía zarpar de Odesa o Sebastopol y desembarcar en el Bósforo. Ahora sabemos que el zar consideró dar un golpe por sorpresa de ese tipo en la primavera de 1853 y que sus consejeros militares le disuadieron porque temían que esto provocara una guerra generalizada. En cualquier caso, el principal avance ruso por tierra tendría que hacerse cruzando el río Pruth a través de Moldavia y Valaquia, hasta Bulgaria y luego por Rumelia –territorios todos que formaban aún parte del Imperio otomano en Europa– para llegar a Constantinopla. Estos territorios, situados entre Rusia y Constantinopla, formaban las barreras o «amortiguadores» frente a un avance ruso. La historia de la «cuestión oriental» durante los siguientes treinta y cinco años estuvo marcada por sucesivas crisis, cada una de las cuales fue provocada, en gran medida, para evitar que Rusia utilizara estos países (los principados; lo que más tarde sería Rumania, Bulgaria y Rumelia) como escalones para dominar Constantinopla. La «secuela» de un avance de esa naturaleza sería que Rusia cruzaría el Danubio y finalmente, a menos que fuera detenida, llegaría al Egeo, cortando así el camino al comercio, la influencia y las ambiciones austriacas en el sudeste. Así pues, Austria también se veía afectada (véase mapa «La Guerra de Crimea»).

Después del éxito obtenido por los austriacos con la misión del conde Leiningen, los rusos enviaron al príncipe Menšikov como enviado especial a Constantinopla con objeto de intimidar al sultán para que reconociera la posición dominante de Rusia en el Imperio otomano. El sultán debía

permitir que se llevaran a cabo las negociaciones diplomáticas sin la presencia del ministro turco de Asuntos Exteriores que en diciembre de 1853 había entregado las llaves de la iglesia de la Natividad a los monjes católicos. Exigían también los rusos que se firmara un nuevo acuerdo para proteger los privilegios de los cristianos ortodoxos; a cambio, Rusia ofrecía una alianza defensiva a Turquía para «proteger» al sultán de las presiones francesas. El zar y su ministro de Asuntos Exteriores, conde Nesselrode, creían que al insistir en la observancia turca del artículo VII del Tratado de Kutchuk-Kainardji habían encontrado una manera de conseguir una influencia predominante dentro del Imperio otomano: de esta manera los franceses se verían despojados de cualquier influencia en Constantinopla mientras que los británicos se tranquilizarían al ver que Rusia únicamente insistía en sus «derechos de tratado». Los rusos se equivocaron totalmente al creer que Gran Bretaña y Francia se conformarían sin más con esa maniobra rusa.

Menšikov, un soldado profesional, había sido elegido deliberadamente para presentar las exigencias rusas de la manera más intransigente posible. Lo que el zar quería era una claudicación abyecta de los turcos y no unas auténticas negociaciones diplomáticas que pudieran llevar a un compromiso. La misión, formada también por un general y un almirante rusos, tenía como intención amenazar con una acción militar si el sultán no cedía, aunque Menšikov tenía instrucciones de romper las relaciones diplomáticas solo como último recurso. Menšikov llegó a Constantinopla el 28 de febrero de 1853. Tres meses más tarde, el 21 de mayo, se marchó furioso y las relaciones diplomáticas entre Rusia y Turquía quedaron cortadas. Durante el intervalo, doce semanas, entre la presentación de las exigencias de Menšikov y la respuesta de los turcos –difícilmente pueden ser descritos los intercambios como «negociaciones»– quedó claro que el sultán y sus consejeros estaban dispuestos a hacer

muchas concesiones específicas. A petición de Menšikov, no uno sino dos ministros de Asuntos Exteriores fueron destituidos; los turcos también prometieron mejorar la situación de los monjes ortodoxos que vigilaban los Santos Lugares y respetar los derechos religiosos de todos sus súbditos que profesaran la religión ortodoxa griega. Todo esto sería inútil, porque el sultán rechazó la exigencia fundamental de que Rusia tuviera una voz importante, si no predominante, en los asuntos internos del Imperio otomano. Que esto era lo que los rusos perseguían quedó claro en mayo de 1853, cuando estos exigieron que el sultán no solo respetara los derechos religiosos de los cristianos ortodoxos, sino que en la práctica aceptara que el zar de Rusia se erigiera en protector de todos los demás derechos que él consideraba inherentes a los cristianos ortodoxos, exigencia totalmente injustificada por cualquier interpretación del Tratado de Kutchuck-Kainardji. Si los turcos hubieran aceptado, el derecho de Rusia a inmiscuirse en sus asuntos habría alcanzado tales dimensiones que habría podido hacerlo cuando le hubiera convenido, porque dos de cada cinco súbditos del sultán eran cristianos ortodoxos.

¿En qué medida hay que culpar a la intransigencia otomana de la ruptura con Rusia? Los consejeros del sultán eran maestros de la dilación, en dar la impresión de ceder cuando en realidad no hacían casi nada. Pero el comportamiento deliberadamente ofensivo de Menšikov había provocado auténtica cólera, resentimiento y fervor nacionalista contra el infiel. Ni en París ni en Londres se entendió con claridad lo que estaba en juego. Durante la misión de Menšikov, cuando salió a relucir hasta qué punto Rusia estaba presionando a Turquía, Napoleón III se mostró indeciso y, finalmente, sin mucho entusiasmo, envió a la flota francesa solamente hasta Salamina, en Grecia. En Londres había opiniones encontradas y Aberdeen se inclinaba a culpar a las ambiciones de Napoleón III de la crisis. Al princi-

pio la flota británica permaneció inactiva, pero unos días más tarde el gabinete cambió de parecer y la escuadra del Mediterráneo recibió órdenes de partir hacia la bahía de Besika, un poco fuera de los Dardanelos, a donde llegó el 13 de junio de 1853. Un día más tarde la flota francesa también llegó a la misma bahía, muestra visible, por primera vez, de un alineamiento anglofrancés, aunque todavía no de una alianza.

A principios de 1853, el experimentado embajador británico Stratford de Redcliffe volvió a Constantinopla después de una ausencia. Los historiadores han discutido si la llegada del embajador contribuyó a la ruptura turca con Rusia. Menšikov culpó a la influencia de Stratford de Redcliffe de su fracaso, y es cierto que este se aferró a la política de mantener la influencia británica en Constantinopla y evitar que Rusia consiguiera la hegemonía. Esta evidente rivalidad de las potencias hacía el juego al sultán, que se sintió en mejor posición para rechazar las exigencias rusas. No obstante, con toda probabilidad, Stratford de Redcliffe intentó sinceramente lograr un acuerdo entre Rusia y Turquía. Si la disputa solo se hubiera referido a los Santos Lugares y a los respectivos méritos de las exigencias rusas o francesas, Stratford de Redcliffe habría utilizado toda su influencia para dar satisfacción a la susceptibilidad de los rusos. Pero Cuando Menšikov exigió para Rusia los más amplios e inconcretos derechos de interferencia en el Imperio otomano, no cabe duda de que Stratford de Redcliffe vio con buenos ojos la resistencia turca a lo que equivalía a un ultimátum ruso. Pero, de todas maneras, la reacción natural de los turcos en estas circunstancias era la resistencia. En Londres también, poco a poco, se fueron dando cuenta de que la verdadera cuestión no se refería a los Santos Lugares, sino al futuro del Imperio otomano. Todavía había un deseo general de evitar la guerra, pero no había ningún proyecto

claro sobre el mejor modo de conseguir un desenlace pacífico.

También los austriacos querían impedir una guerra general e intensificaron su actividad diplomática. Es preciso recordar que para Francia y Gran Bretaña la guerra significaba una lucha en un lugar alejado de sus países, mientras que para los austriacos una guerra entre las potencias era una amenaza para la existencia del imperio de los Habsburgo, ya que austriacos y rusos estaban separados por la larga frontera de Galitzia, de más de 600 kilómetros. Para empezar, Francisco José y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde Buol, intentaron disuadir al zar de que invadiera los principados y comenzara una guerra contra Turquía.

Los llamamientos de los austriacos y las demostraciones de fuerza de las flotas británica y francesa no hicieron retroceder al zar. Estaba convencido de que no podía someterse a las presiones de las potencias y después de que los turcos rechazaran finalmente las propuestas rusas, el ejército ruso cruzó el río Pruth el 3 de julio de 1853 y empezó a ocupar los principados. Pero tampoco entonces ni Rusia ni Turquía declararon la guerra, dando así el paso final e irrevocable.

Entonces Buol intentó persuadir a todas las potencias de que buscaran alguna fórmula que pusiera fin a la disputa ruso-turca y condujera así a una retirada del ejército ruso de los principados. El 24 de julio los diplomáticos británicos, franceses, austriacos y prusianos se reunieron en Viena y junto con Buol elaboraron la nota de Viena, donde se esbozaban los términos de un posible acuerdo. Aunque los rusos se habían negado a participar en la conferencia, la solución propuesta por los diplomáticos era casi enteramente favorable a Rusia, que la aceptó. Los turcos rechazaron los términos de la nota de Viena. Al haber apoyado a Turquía antes, los franceses y los británicos ya no ejercían una influencia efectiva sobre la política turca. Los turcos, que se

hubieran visto obligados a someterse a un concierto europeo, ya no necesitaban aceptar las propuestas de una Europa dividida.

La creciente amenaza de guerra alarmó sobre todo a los austriacos, pero también tuvo sus repercusiones en Prusia. Prusia era nominalmente signataria del acuerdo de los Estrechos de 1841, pero no tenía ningún interés en la cuestión oriental. De modo que Prusia en 1853 se vio nominalmente involucrada de nuevo en la diplomacia de Crimea aunque seguía manteniendo relaciones amistosas con todas las potencias, y especialmente con Rusia. A la larga, la neutralidad prusiana resultó infinitamente más beneficiosa para sus intereses que una guerra en cualquiera de los bandos.

La situación de Austria era muy diferente y decididamente incómoda. Cualquier intervención militar de gran envergadura en una parte de Europa como los Balcanes occidentales pondría al descubierto la debilidad de los Habsburgo en Italia y Alemania. También podría provocar una reanudación de los disturbios internos. Austria no se interesaba por la disputa original, sino por sus repercusiones. Quería impedir que Rusia ocupara los principados y, por consiguiente, dominara el bajo Danubio.

En Constantinopla, durante los meses de septiembre y octubre de 1853, aumentó la fiebre bélica. El sultán se mostraba dispuesto a defender su imperio, una parte del cual estaba siendo ocupada por los rusos. Se llegó a un punto muerto. Los rusos se negaron a retirarse a menos que los turcos aceptaran sus exigencias. En Londres el gabinete británico creyó ver a Constantinopla en peligro y ordenó el envío de la flota al Bósforo el 4 de octubre, aunque en un esfuerzo por conservar la paz Stratford de Redcliffe retrasó las órdenes a la flota hasta el 21 de octubre. Este paso británico fue decisivo. Socavaba la base europea del acuerdo de los Estrechos de 1841, del que Rusia formaba parte. Habría

barcos de guerra franceses y británicos en Constantinopla, pero no rusos: el equilibrio estaba roto. Hubo una última y frenética actividad diplomática por parte de los austriacos y de los rusos; Napoleón III todavía quería encontrar la manera de evitar la guerra. Pero no fue posible convencer a los turcos de que hicieran concesiones a Rusia ahora que los principados habían sido ocupados y los buques de guerra británicos y franceses protegían Constantinopla. El sultán tomó la iniciativa al confirmar lo que le habían propuesto sus ministros: el envío de un ultimátum a Rusia exigiendo la evacuación de los principados. El 23 de octubre de 1853, en vísperas de la expiración del ultimátum de los turcos, estos iniciaron las hostilidades. Una fuerza militar otomana cruzó el Danubio y entró en los principados bajo control ruso. Había comenzado la Guerra Ruso-Turca.

Una vez iniciada realmente la guerra entre Rusia y Turquía, los británicos y los franceses se veían en la disyuntiva de admitir que todas sus demostraciones a favor de Turquía eran una fanfarronada o acudir en ayuda de Turquía en caso de que fuera derrotada. Aberdeen y Napoleón III intentaron encontrar la manera de salir del dilema. Napoleón III abrigaba incluso la esperanza de que los rusos salieran victoriosos en los principados, obligando así a los turcos a pedir la paz enseguida. Por una razón u otra, la defensa de los principados no era motivo suficiente para una guerra. En Gran Bretaña y Francia, con la excepción de los ministros, muy pocos sabían dónde estaban. Tampoco la idea de defender a los turcos provocaba un gran entusiasmo. Con la colaboración del infatigable Buol se intentó una nueva serie de negociaciones, pero sin resultados. Las grandes potencias todavía esperaban llegar a algún acuerdo sin sufrir una pérdida de prestigio y a expensas de los turcos si fuera preciso, pero ni los turcos ni la opinión pública en Gran Bretaña estaban dispuestos a que esto ocurriera. Los turcos emprendieron la ofensiva en los principados y en el Cáucaso,

donde las tropas rusas eran débiles. En el Cáucaso los rusos estaban ya combatiendo contra bandas de las tribus locales. La situación de las fortalezas rusas en la costa del mar Negro se hizo bastante desesperada y varias fueron evacuadas por mar. La flota rusa del mar Negro palió estos reveses al enfrentarse con los buques de guerra turcos en un encuentro naval en Sinope el 30 de noviembre de 1853. Los buques de madera utilizados por los turcos fueron totalmente destrozados. La prensa inglesa habló de la «matanza» de Sinope. En un momento en que las flotas británica y francesa estaban ancladas en el Bósforo, este encuentro naval desencadenado por los rusos parecía un reto a su papel de protectores de Turquía.

En Gran Bretaña había muchos grupos de presión que clamaban por una guerra contra Rusia más que en defensa de los turcos. Los periódicos y panfletos radicales consideraban la guerra con Rusia como una oportunidad para completar el trabajo de las revoluciones de «1848». Algunos emigrados polacos deseaban la guerra con Rusia porque creían que se convertiría en una guerra de nacionalidades de la cual emergería una Polonia independiente. La opinión más moderada y liberal veía la inminente guerra como una lucha ideológica entre los principios del constitucionalismo defendidos por Gran Bretaña y la autocracia del zar. El *Punch* resumía el denominador común de las diversas opiniones en favor de la guerra presentando el conflicto en términos morales como una guerra justa. Esta no era la opinión del pacifista Aberdeen. Tanto él como Clarendon intentaron resistir las presiones, pero primero dimitió Palmerston a mediados de diciembre y luego Napoleón III amenazó con actuar solo.

Es difícil comprender la voluble diplomacia de Napoleón III durante el invierno de 1853. Por un lado, impulsaba al gabinete británico a que actuara y, por otro, hacía llama-

mientos al zar en favor de la paz. Al final, el gabinete británico se puso de acuerdo con Napoleón III para dar un nuevo paso decisivo hacia la guerra cuando se dio a los buques británicos y franceses la orden de marchar desde el Bósforo hasta el mar Negro. Los almirantes recibieron instrucciones de proteger a los buques turcos y bloquear a la marina rusa en su base de Sebastopol. Así, Gran Bretaña y Francia afirmaban su predominio no solo en Constantinopla, sino también en el mar Negro. El 12 de enero de 1854 informaron a los rusos de su decisión, que era poco menos que una declaración de guerra. Sin haber sido derrotados, los rusos no podían aceptar un desenlace tan desastroso de la crisis; ni siquiera después de la derrota se resignaron a esa decisión. Pero aun entonces las potencias europeas evitaban dar el último e irrevocable paso. El zar intentó conseguir la alianza con Austria de cara al inminente conflicto. Lo mismo hicieron Gran Bretaña y Francia y su rivalidad diplomática retrasó el estallido real de la guerra entre los Estados europeos. Personalmente Buol se inclinaba por una alianza occidental pero los cálculos militares y la situación financiera de la monarquía no favorecían sus proyectos y Francisco José no deseaba luchar contra Rusia.

En marzo de 1854, Napoleón III y el gabinete británico perdieron la paciencia. Las presiones políticas nacionales vencieron las largas dudas de Aberdeen y Clarendon. El 12 de marzo, Gran Bretaña y Francia firmaron una alianza con Turquía prometiendo garantizar la integridad e independencia otomana. El sultán a su vez invitó a Francia y Gran Bretaña a ayudarle a rechazar la agresión del zar de Rusia y a mantener el equilibrio de poder en Europa. Fue enviado entonces un ultimátum a Rusia exigiendo su retirada de los principados. No hubo respuesta. En consecuencia, el 28 de marzo de 1854 Londres y París declararon oficialmente la guerra a Rusia.

No tiene mucho sentido intentar repartir la culpa de manera proporcional entre los responsables de la guerra. No obstante, las condiciones generales que la provocaron y los motivos de quienes tomaron las decisiones vitales son bastante claros. El zar Nicolás creía que las cuestiones subyacentes en el enfrentamiento entre Rusia y Turquía encerraban intereses nacionales esenciales. Se ha dicho a menudo que el zar actuó movido por el orgullo y consideraciones de prestigio. Esto no le hace justicia. Sus temores a que se extendiera una vez más por toda Europa una revolución encabezada por un bonapartismo resucitado eran sinceros aunque excesivos, pero lo que sucedía dentro del Imperio otomano era una cuestión que afectaba vital y realmente a Rusia. Un Imperio otomano, dejado totalmente a su aire, no representaba un peligro para Rusia. Un Imperio otomano débil la tentaba a expansionarse a expensas del sultán; sin embargo, si un Imperio otomano endeble se convirtiera en una base para las grandes potencias extranjeras, entonces Rusia estaría en peligro. Así pues, un vecino débil presentaba al más fuerte intereses opuestos tanto de oportunidades como de peligro; era esta una situación clásica que podía tener como resultado una guerra entre las potencias rivales, como ocurrió en aquella ocasión. El Imperio otomano era, después de todo, vecino de Rusia y no de Francia ni de Gran Bretaña y, por tanto, los rusos consideraban que su destino afectaba, en última instancia, a Rusia más que a cualquier otro país.

La amenaza de las escuadras de Francia y Gran Bretaña en el mar Negro en enero de 1854 confirmó las peores aprensiones del zar sobre lo que pasaría si no lograba mantener la influencia rusa en el Imperio otomano y en el Cáucaso. Consideraba que la cuestión era tan vital para Rusia que estaba dispuesto a arriesgarse a una guerra con Francia y Gran Bretaña. Todavía esperaba mantener localizada la Guerra Ruso-Turca, ya en su tercer mes, al garantizar a

Gran Bretaña, Austria y Francia que sus intereses no serían dañados. Por esa razón permaneció casi a la defensiva en los principados. Mientras que Gran Bretaña y Francia creían que era necesario defender a Turquía después del encuentro naval de Sinope, eran realmente los rusos quienes se enfrentaban con grandes dificultades en el Cáucaso. El gabinete británico y Napoleón III declararon la guerra creyendo que Sinope había puesto al Bósforo y Constantinopla a merced de Rusia. Al enviar buques de guerra británicos y franceses al mar Negro en enero de 1854, la guerra entre las potencias europeas era virtualmente una realidad.

Turquía, Francia y Gran Bretaña declararon sucesivamente la guerra a Rusia y no al revés. Gran Bretaña, y en menor grado Francia, deseaban restablecer el «equilibrio» en el Imperio otomano, lo que en realidad significaba la hegemonía británica. ¿Podían permanecer a la defensiva Gran Bretaña y Francia? Si el zar hubiera sabido que cruzar el Danubio o llevar a cabo un ataque en el Bósforo significaría la guerra con Gran Bretaña y Francia ¿habría seguido adelante o se habría mantenido a la defensiva? Es probable que hubiera hecho esto último, pero el zar no podía aceptar una supremacía marítima de los aliados en el mar Negro sin perder toda influencia en el Imperio otomano y exponer a Rusia al peligro de una invasión. La debilidad del gobierno de coalición de Aberdeen y su valoración de la «opinión pública» nacional, las vacilaciones de Napoleón III y la simple duración de la crisis sin que disminuyera la tensión, todos estos factores influyeron en que las cosas derivaran hacia la guerra. Las disputas que provocaron la guerra entre Rusia y Turquía posiblemente tenían arreglo, pero con respecto a las demandas británicas y francesas a Rusia en enero de 1854 todo acuerdo negociado era imposible. El zar tenía que oponerse a ellas. El gabinete británico y Napoleón III respondieron a la crisis de un modo excesivo, prueba no de su fortaleza, sino de su propia sensación de inseguridad

en sus respectivos países. En esas circunstancias los turcos pudieron realizar una política nacional y escapar a la influencia de las grandes potencias. En el otoño de 1853, los turcos tomaron las riendas, sobre todo con su decisión de ir a la guerra en octubre. No sería la última vez que, a falta de un acuerdo entre las grandes potencias, tal como se reflejaba en los ideales de un «concierto europeo» a principios del siglo XIX, la política de una «pequeña potencia» actuara como catalizador y envolviera a las grandes en una guerra. Esto sucedería de nuevo, y con consecuencias mucho más desastrosas, en 1914.

[1] K. Boume, *The foreign policy of Victorian England, 1830-1902,* pp. 258-261.

XIII. EL IMPACTO DE LA GUERRA DE CRIMEA EN EUROPA

Una vez que estalló la guerra entre las tres grandes potencias europeas, todo el mundo esperaba que se convirtiera en una de las contiendas más decisivas del siglo XIX. Una gran guerra era una experiencia nueva y excitante para británicos y franceses. Ni Gran Bretaña ni Francia habían luchado en una guerra europea en los últimos cuarenta años, de manera que solo los relativamente viejos podían recordar una. Esta nueva guerra con Rusia no fue vista, además, como un conflicto local limitado a la defensa del Imperio otomano. Fue considerada como una lucha decisiva entre dos sistemas de gobierno, el representativo y el autocrático, en la cual Gran Bretaña, la potencia más progresiva e industrializada, demostraría su superioridad. Se esperaba la victoria para antes de finales de año. En lugar de ello, las tropas británicas y francesas enviadas al este no se encontraron con ningún soldado con quien luchar durante seis meses. La sensación de anticlímax era tremendo. La guerra parecía que no iba a empezar para Francia y Gran Bretaña, pero las víctimas de las enfermedades aumentaban día tras día. Los combates reales, en lo que a Francia y Gran Bretaña se refiere, empezaron tan solo meses más tarde de que hubieran declarado la guerra, cuando los aliados desembarcaron en Crimea en septiembre de 1854.

El episodio más recordado de la guerra, la famosa carga de la brigada ligera en la batalla de Balaclava, revela un aspecto importante de la guerra: el contraste entre el valor temerario de las tropas y la mediocre capacidad tanto táctica como estratégica de los generales y oficiales que las mandaban. Los soldados demostraron que seguían siendo los soldados de Wellington, pero ya no había un Wellington. La campaña de Crimea, pues, debe considerarse como un

asombroso ejemplo de la confusión e incompetencia británicas, al que solo dio algún alivio la brillante conducta de Florence Nightingale, que consiguió llevar algún orden a los hospitales del campo de batalla. En este sentido la guerra de Crimea señala un punto decisivo en la historia de la guerra moderna. Fue la última de las guerras del siglo XVIII y principios del XIX, cuando los ejércitos perdían más hombres por las epidemias y enfermedades que por los muertos en combate. En este aspecto se la debe comparar con las campañas anteriores y no con las posteriores, en las que se prestó más atención a los servicios médicos y a la higiene, reformas que debieron mucho a los avances en los conocimientos médicos y a la experiencia de Crimea.

Militarmente hablando, la Guerra de Crimea es descrita a veces como una guerra menor en un lugar lejano, con la participación de una fuerza expedicionaria británica relativamente pequeña, de unos 30.000 hombres, bajo el mando de lord Raglan. Ciertamente, tuvo poca incidencia sobre la vida civil nacional. Sin embargo, estas conclusiones son totalmente insuficientes. Están basadas en una visión de una guerra europea únicamente desde un punto de vista británico, y además muy estrecho. Son también, probablemente, un reflejo de la decepción británica de entonces por el rumbo que tomó la guerra y su desenlace. Los contemporáneos degradaron la guerra y los historiadores posteriores han tendido a seguir su ejemplo. En realidad la Guerra de Crimea fue una gran guerra en la que hubo más víctimas que en cualquier otra guerra europea durante el siglo que va desde el final de las campañas napoleónicas hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Cuando terminó la Guerra de Crimea, la cifra total de muertos de los tres contendientes europeos, Rusia, Gran Bretaña y Francia, ascendía, según los cálculos más recientes, a 675.000. De estos, 45.000 eran británicos, 180.000 franceses y 450.000 rusos. No existen cifras fidedignas sobre las pérdidas turcas, pero

probablemente no fueron inferiores a 150.000, tal vez más. Aproximadamente, uno de cada cinco hombres perdió la vida en el combate y los cuatro restantes murieron de enfermedades, especialmente tifus, cólera y diversas fiebres indefinidas. Se pueden comparar los casi 750.000 muertos de la Guerra de Crimea con los 40.000 de la Guerra Austro-Prusiana de 1866 y los 190.000 que murieron durante la Guerra Franco-Prusiana. Solo el número de muertos de la Guerra Civil norteamericana se puede comparar con el de la de Crimea.

Estas cifras comparativas únicamente dan una impresión estadística del horror de la Guerra de Crimea y del sufrimiento de las tropas de ambos bandos. Florence Nightingale, en sus enviados a Inglaterra, describía más gráficamente las condiciones y encarecía reformas. La Guerra de Crimea fue también la primera sobre la que informaron «corresponsales de guerra» que enviaban sus noticias directamente desde el frente. El más celebrado de ellos fue Russell, de *The Times,* pero fue en realidad Thomas Chenery, corresponsal del periódico en Constantinopla, quien reveló por primera vez el deplorable estado de los servicios médicos británicos en Escutari. La incompetencia del gobierno probablemente no era mayor que la mostrada en el comienzo de la mayoría de las guerras, pero nunca antes un periodista dotado, sin trabas de censura, había expuesto ante los sectores más influyentes del público, los 60.000 lectores del diario *The Times,* los horripilantes detalles de la guerra. Diez años más tarde un historiador de la Guerra de Crimea concluía que «los hombres y las mujeres prácticos sencillamente hablaban de *The Times* en vez de referirse a la opinión pública».

La inquietud despertada por la manera en que Aberdeen dirigía la guerra provocó una votación de censura en la Cámara de los Comunes el 29 de enero de 1855, cuando una

gran mayoría aprobó una moción para formar un comité que investigara la situación del ejército antes de Sebastopol. Aberdeen dimitió y después de haber tanteado primero a todos los candidatos posibles, la reina se vio obligada, en febrero de 1855, a llamar a Palmerston, un político que le desagradaba profundamente. La administración militar británica en su conjunto no podía ser cambiada súbitamente, pero el gabinete Palmerston mejoró la suerte de los soldados británicos en Crimea de manera radical, aunque el número de hombres que se presentaban como voluntarios seguía siendo decepcionantemente escaso. Las fuerzas británicas continuaron estando bajo el mando de generales que demostraron ser de segunda categoría. Al principio, el Almirantazgo no supo organizar el transporte y los abastecimientos de una manera adecuada, pero la situación fue mejorando paulatinamente. Al menos la campaña de Crimea fue una impresionante demostración del poder naval de los británicos. Teniendo en cuenta todos los defectos de administración y dirección, el avituallamiento a los ejércitos expedicionarios a cientos de kilómetros de su país fue una tarea formidable y con el tiempo se realizó con mayor o menor éxito. Aunque los británicos, franceses y turcos no infligieron a Rusia una derrota total, esta reconoció que había perdido la guerra al aceptar unas humillantes condiciones de paz.

Los problemas con que se encontraron los rusos para abastecer a sus tropas en los diferentes teatros de operaciones eran todavía más acuciantes que los que tuvieron que hacer frente los aliados. La movilidad y capacidad de lucha de los rusos se vio obstaculizada por su carencia de comunicaciones. Los aliados podían llevar sus provisiones por mar, pero los rusos no tenían ni una sola línea férrea al sur de Moscú. Todo tenía que ser llevado en carros o a caballo a través de cientos de kilómetros. En el otoño y la primavera, el fango hacía los caminos casi intransitables y encontrar

suficiente forraje para los caballos en cualquier estación del año era una pesadilla aún peor. En la primavera de 1855, las tropas rusas en Crimea ascendían a 300.000 hombres y 100.000 animales a los que era necesario alimentar y que en su mayor parte se encontraban en el punto más lejano de la península. Con una corrupción administrativa y una ineficacia burocrática tan generalizadas en Rusia, resultaba casi milagroso que siguieran llegando provisiones suficientes por los desolados caminos que llevaban a Crimea. A costa de un esfuerzo nacional agotador, los rusos se salvaron de una derrota militar total en Crimea.

Desde un punto de vista estratégico, la mayor desventaja de Rusia era el peligro de ataque en las numerosas fronteras de su imperio. El mariscal de campo Paskevich, comandante en jefe del ejército ruso, al principio de la guerra temía que las tropas rusas que se encontraban en los principados pudieran quedar aisladas si Austria declaraba la guerra y su ejército avanzaba hacia el este (véase mapa «La Guerra de Crimea»). Paskevich, por tanto, aconsejó prudencia en los principados y la creación de un ejército de reserva en la Rusia central. Y una vez que Gran Bretaña y Francia hubieron entrado en la guerra, Paskevich temió también por la seguridad del Báltico y de Finlandia. En la primavera de 1854, una intentona naval del almirante sir Charles Napier, rechazada sin dificultad por los rusos cerca de Hangö, en la entrada del golfo de Finlandia, dio cierto cuerpo a estos temores. El encuentro fue insignificante, pero sus resultados importantes, ya que el zar envió abundantes refuerzos a Finlandia, Letonia y Estonia. Los rusos eran más susceptibles con respecto al Báltico que al mar Negro. Esperaban una posible invasión de Crimea después de su retirada de los principados, pero Crimea estaba lejos del centro del poder ruso y Paskevich confiaba en contener y sujetar a una fuerza invasora aliada. En cierto sentido tenía razón. Los aliados nunca pensaron en serio en una campaña tierra aden-

tro, lejos de la flota. No obstante, la excesiva cautela de Paskevich echó a perder las posibilidades de una victoria rusa. Debía haberse arriesgado más y corrido los peligros que podían venir de los países neutrales para concentrar el esfuerzo militar ruso en los lugares donde luchaban los ejércitos aliados en lugar de dispersar su fuerza vigilando todos los puntos posibles de ataque.

Desde el principio de la guerra, la diplomacia y los planes militares de campaña estuvieron estrechamente relacionados y ejercieron una influencia recíproca decisiva. La primera fase de la guerra, el conflicto puramente ruso-turco, duró desde el 23 de octubre de 1853 hasta el 28 de marzo de 1854. Los rusos y los turcos luchaban en dos frentes, en Transcaucasia y el Danubio, que señalaban la frontera entre los principados ocupados por Rusia y la Bulgaria otomana. Los turcos tomaron la ofensiva, pero sus ataques al ejército ruso en los principados fueron rechazados después de feroces combates; antes de finales de mes, los rusos controlaban la desembocadura del Danubio. Ninguno de los contrincantes infligió al otro pérdidas decisivas. En la región del Cáucaso, los rusos habían luchado durante todo el reinado de Nicolás I contra las audaces y feroces tribus musulmanas que habitaban los valles y montañas, y su jefe más peligroso, Shamil, declaró una «guerra santa» contra ellos. La guerra contra los turcos debilitaba la posición rusa allí. Las fortalezas rusas situadas en la costa del mar Negro fueron evacuadas, pero en los demás sitios los rusos conservaron sus posiciones frente a las tribus de las montañas y a un ejército turco de mayor tamaño. La victoria naval de Sinope, en noviembre de 1853, supuso un respiro para los rusos, pero en general estos se sentían nerviosos y aprensivos con respecto al futuro. La realidad es que los británicos y los franceses acudieron en «auxilio» del Imperio otomano cuando este no se encontraba en peligro inmediato.

Con la entrada de Gran Bretaña y Francia en la guerra a finales de marzo de 1854, la situación militar no cambió durante varios meses. Rusia y Turquía continuaron luchando solas. El zar acuciaba a Paskevich para que cruzara el Danubio y se apoderara de Silistra, una fortaleza turca que podían seguir conservando si los aliados desembarcaban en Varna, en la costa del mar Negro de la Bulgaria otomana, para ayudar a los turcos. Paskevich vacilaba. Los austriacos y los prusianos, so capa de su neutralidad, amenazaban, en su opinión, a la retaguardia rusa. Paskevich esperaba que los austriacos declararan la guerra en mayo de 1854. El zar le aseguró que no lo harían y finalmente, a principios de mayo, Paskevich marchó sobre Silistra. Los turcos se defendieron obstinadamente y al cabo de seis semanas los rusos se retiraron. De esto no fueron responsables los aliados, sino los austriacos. Ahora era el zar el que temía que Austria se uniera a la guerra contra Rusia en los meses de verano. Ordenó también una retirada cuidadosamente planeada de los principados. Antes de finales de agosto de 1854, todas las tropas rusas se encontraban de nuevo en su propio territorio. El zar escribió a uno de sus generales: «Qué triste y doloroso es para mí, querido Gorchakov, tener que coincidir con los insistentes argumentos de Ivan Fedorovich [Paskevich] con respecto al peligro que amenaza al ejército debido a la deslealtad de Austria, a la que nosotros salvamos».

Austria se había comportado amenazadoramente en la cuestión de los principados al concluir el 20 de abril de 1854 un tratado con Prusia, en uno de cuyos puntos principales se anunciaba la intención de las dos potencias de garantizar la eventual retirada de Rusia de los principados. Más importante quizá fue la movilización austriaca, en abril de 1854, de cuatro cuerpos del ejército en Galitzia, además de los tres cuerpos ya movilizados en el sur de Hungría durante el otoño anterior. El 3 de junio de 1854, Buol envió a

los rusos una nota exigiendo que evacuaran los principados. Simultáneamente, los austriacos obtuvieron el consentimiento de los turcos para que las tropas austriacas ocuparan los principados tan pronto como los abandonaran los rusos. A finales de junio, el zar trató de sacar el mejor partido de la situación aceptando evacuar los principados a condición de que Austria se encargara de impedir que los ejércitos británicos y franceses entraran en ellos. A pesar de ello, el zar no ocultó su ira por la ingratitud y falta de reciprocidad de Austria hacia los servicios prestados por los rusos a los Habsburgo en 1849.

Entretanto, Gran Bretaña y Francia habían enviado una fuerza expedicionaria a Oriente. Los franceses estaban dirigidos por el mariscal de Saint-Arnaud, un general capaz. Había sido colocado al mando de las tropas por Napoleón III como recompensa por ocuparse de los aspectos militares del golpe de Estado en diciembre de 1851, aunque en 1854 se sabía que padecía una enfermedad mortal. El comandante británico era lord Raglan, sobrino del duque de Wellington. Las fuerzas francesas estaban bien organizadas y dirigidas por oficiales que habían adquirido cierta experiencia práctica en varios años de luchas coloniales en Argelia. El ejército británico se encontraba en un triste estado de desorden. Raglan, después de haber perdido un brazo en Waterloo, había pasado 30 años detrás de una mesa de despacho y la experiencia de muchos de sus oficiales se limitaba a su guarnición. Existía también mucho recelo entre los dos comandantes, al igual que entre París y Londres. En tierra, las tropas francesas durante todo el curso de la guerra fueron más numerosas que las británicas y, por consiguiente, desempeñaron el principal papel militar. Los «aliados» turcos, por los cuales aparentemente se libraba aquella guerra, eran considerados tanto por los franceses como por los británicos con desdén. Al principio Napoleón III y el gobierno Aberdeen creían que, desde el punto de vista militar, la

guerra sería un asunto de poca monta, en el que intervendrían quizá 10.000 soldados franceses y otros tantos británicos. Esta subestimación fue la principal razón del colapso de la organización de los abastecimientos que siguió a la posterior decisión de enviar un gran número de refuerzos a la fuerza expedicionaria.

El punto de desembarco elegido por las tropas francesas y británicas fue la península de Galípoli. La idea era crear unas fuertes posiciones defensivas para hacer frente al enemigo. Se creía que los rusos derrotarían a las fuerzas turcas y luego rápidamente se abrirían paso por las montañas de los Balcanes hasta Constantinopla. Los aliados les estarían esperando en Galípoli. Es difícil entender cómo no se concibió la guerra, desde el principio, como un gran esfuerzo. Es un ejemplo característico de falta de coordinación política y militar. Las premisas en las que se basaba la política militar de los aliados eran erróneas. Los rusos solo avanzaron unos cuantos kilómetros por la otra margen del Danubio hasta la fortaleza de Silistra, que sitiaron. En consecuencia, no se produjo ningún contacto entre el ejército ruso y los ejércitos francés y británico, acampados a varios cientos de kilómetros. Silistra, bajo su comandante turco, el enérgico Omar Pachá, resistió como ya hemos visto y los rusos no avanzaron más. Después de una demora y una discusión considerables, los aliados decidieron sacar a sus ejércitos de Galípoli, donde era muy improbable que se encontrasen con un solo soldado enemigo, y transportarlos por los estrechos hasta el mar Negro y luego hasta Varna, situada en la costa de la Bulgaria otomana. Una vez establecida una base en Varna, los aliados estarían más cerca del campo de acción y en condiciones de enviar un ejército de socorro a Omar Pachá, cercado en Silistra, a unos 160 kilómetros al norte de Varna. Pero los aliados se vieron frustrados de nuevo. Cuando desembarcaron en Varna en junio de 1854, los rusos comenzaron su retirada de Silistra y en julio

y en agosto también de los principados. Cuando los austriacos relevaron a los rusos en los principados, los aliados se encontraron en la ridícula posición de enfrentarse a los austriacos, sus potenciales aliados, y no a sus enemigos, los rusos.

La guerra en el frente del Danubio había terminado antes de que los franceses y los británicos entraran en combate. ¿Por qué luchaban los aliados ahora que el Imperio otomano estaba fuera de peligro y que una de las causas del estallido de la guerra había desaparecido con la evacuación rusa de los principados? Existía en París y Londres una sensación de desaliento e incluso de ridículo. Sencillamente, las tropas británicas y francesas no habían podido encontrar un enemigo con el que luchar durante los cinco primeros meses de la guerra. Sin embargo, sufrieron pérdidas muy elevadas. El cólera y las fiebres endémicas hicieron estragos en los campamentos y mataron a muchos hombres. No tenía sentido permanecer en la insalubre Varna. La moral era baja. A dónde irían después fue el secreto peor guardado de cualquier guerra. Los rusos lo adivinaron y *The Times* lo sabía y publicó esa información. Se esperaba que los aliados llevaran la guerra a suelo ruso desembarcando en Crimea. Los rusos, sin embargo, calcularon mal, pensando que los aliados no harían un intento inmediatamente, tan cerca del otoño y del invierno de 1854, sino que esperarían hasta la próxima primavera. Por consiguiente, no se perdió por completo el factor sorpresa.

El motivo subyacente en la expedición a Crimea era más político que estratégico. Francia e Inglaterra querían conseguir al menos una brillante victoria de prestigio y luego negociar la paz. Por eso tenían el proyecto de apoderarse de la base naval de Sebastopol. Su caída recalcaría la pérdida de la supremacía rusa en el mar Negro y de esa manera protegería al Imperio otomano. Los aliados no esperaban una

campaña ardua y pensaban que la toma de Sebastopol se realizaría con bastante facilidad porque las defensas de la fortaleza protegían de un ataque desde el mar y no había ninguna que defendiese la base de un ataque por tierra. Las fuerzas británicas y francesas tendrían la ventaja de sus comunicaciones marítimas mientras que los rusos, inferiores en número, únicamente podían recibir refuerzos por unas rutas terrestres muy largas y escasas. Los aliados esperaban estar en Sebastopol mucho antes del invierno y poder estar de regreso en casa para las Navidades. Como se demostró, su optimismo carecía por completo de fundamento.

El desembarco comenzó el 14 de septiembre de 1854 en un lugar de la costa a unos nueve días de marcha de Sebastopol. Tres ríos atravesaban el territorio entre el punto de desembarco y Sebastopol. Eran otras tantas posiciones defensivas para los rusos. ¿Por qué no desembarcaron los aliados más cerca de Sebastopol? Fue este el primero de una serie de graves errores. Después del desembarco hubo más demoras. Raglan tardó en llevar a las tropas británicas a tierra. Por fin, el 19 de septiembre se dio la orden de que marchara hacia Sebastopol el ejército combinado de 62.000 hombres.

El almirante Menšikov dirigió la defensa de Sebastopol. Durante el verano de 1854, con solo 25.000 hombres disponibles, había insistido constantemente en que le enviaran refuerzos. Recibió pocos. El mariscal de campo Paskevich sostenía que un ataque en Crimea era una amenaza mucho menos seria que la que planteaban los ejércitos austriacos. El desembarco aliado cogió por sorpresa a Menšikov, al producirse antes de lo previsto, y los rusos se encontraron en una situación de inferioridad numérica, con solo 35.000 hombres en condiciones de luchar. La mejor oportunidad de Menšikov consistía en interrumpir el desembarco, pero fue excesivamente precavido. En lugar de atacar a los alia-

dos a medida que iban desembarcando lentamente, optó por hacer frente a su ejército en las posiciones defensivas del río Alma. El 20 de septiembre, los aliados y los rusos entraron por primera vez en combate. Los ejércitos británico y francés demostraron un gran valor en la batalla del Alma; así también lo demostraron los rusos, pero estaban mal dirigidos y fueron derrotados. Poco después de la batalla, Saint-Arnaud, el mejor y más enérgico jefe de los aliados en toda la guerra, sucumbió al cáncer y murió tras haber entregado el mando al general Canrobert, un militar mediocre. Los historiadores militares posteriores han culpado a los aliados de no haber llevado hasta sus últimas consecuencias la victoria del Alma, persiguiendo al enemigo. Pero, sin caballería y con escasas provisiones, difícilmente habría sido posible un avance rápido sobre Sebastopol. Finalmente Raglan avanzó y consiguió una buena base con la toma del puerto de Balaclava, pero al llegar a Sebastopol los aliados se quedaron sorprendidos por las formidables defensas con que tenían que enfrentarse y decidieron que era imposible tomar la ciudad por asalto; entonces pidieron que se enviara material bélico para el sitio a Crimea y acamparon en torno a la fortaleza para pasar el invierno.

Dentro de Sebastopol los almirantes Kornilov y Najimov animaban a los defensores para que lucharan hasta el último hombre. El soldado más destacado de Sebastopol, sin embargo, fue un ingeniero, el coronel Totleben. Con un prodigioso esfuerzo humano y a pesar de carecer de herramientas, se improvisaron las defensas terrestres; los accesos a la ciudad fueron protegidos por una serie de terraplenes rudimentarios pero eficaces construidos bajo la dirección de Totleben. Mientras los aliados se instalaban fuera de la ciudad, los defensores no dejaban de trabajar y de reforzar los terraplenes. Lo que más preocupaba a los rusos en lo relativo a la defensa de la base naval era la falta de pólvora y otros suministros esenciales.

Para impedir la concentración de las fuerzas aliadas y distraer su atención, Menšikov decidió atacar el puerto de Balaclava, que estaba en manos de los británicos. Esta batalla, relativamente insignificante, del 25 de octubre pasó a la leyenda debido al fracaso de la «carga de la brigada ligera», producto de una confusión en las órdenes. La brigada, de 673 hombres, sufrió 247 bajas al subir increíblemente la caballería por el valle, entre las colinas dominadas por los rusos, directamente contra una batería de cañones que aquellos habían capturado a los turcos. De hecho, la brigada ligera logró rebasar los cañones y matar a los artilleros, pero después se encontró con una enorme fuerza rusa de caballería y tuvo que bajar de nuevo por el valle hacia las posiciones de los aliados. Fue una carga increíble, prueba al menos de la elevada moral de las tropas británicas.

Los rusos comenzaron a recibir refuerzos en Sebastopol. A principios de noviembre, Menšikov tenía a su disposición un ejército igual o posiblemente superior al de las fuerzas combinadas de los británicos y los franceses. Decidió de nuevo emprender una acción ofensiva para derrotar a los aliados. El 5 de noviembre atacó de nuevo las posiciones aliadas en las cimas de Inkerman. Los rusos prepararon mal la acción y sufrieron una derrota al no poder desalojar a los aliados. Las bajas por ambas partes fueron muy elevadas; sin duda Inkerman se cuenta entre las principales batallas del siglo XIX. Su principal resultado fue una paralización durante muchos meses. Los rusos abandonaron toda esperanza de echar de Crimea a los aliados al igual que estos de tomar por asalto Sebastopol antes del invierno.

A partir de noviembre de 1854, los rusos no intentaron ninguna salida más. La Guerra de Crimea se convirtió en una guerra de desgaste para todos. Los elementos y la enfermedad produjeron mayor número de víctimas que la propia lucha. Un huracán, a mediados de 1854, aumentó la

desorganización aliada tanto en mar como en tierra. Con la aparición del invierno, el sufrimiento de las tropas se hizo espantoso en ambos bandos. Entre los aliados, los británicos se encontraban en peores condiciones que los franceses, mejor organizados. En enero de 1855 menos de 15.000 soldados británicos se encontraban en condiciones de luchar. Para entonces los franceses habían enviado cerca de 90.000 hombres a Oriente, la mayor parte de ellos destinados a Crimea, y sus hospitales y servicios médicos funcionaban bien.

Antes de Sebastopol hubo choques esporádicos; los ataques a algunas de las fortalezas controladas por los rusos fueron contrarrestadas por las salidas de los rusos contra las posiciones aliadas. En la primavera de 1855 unos 55.000 turcos, bajo el mando de Omar Pachá, desembarcaron en Crimea para reforzar a los aliados, pero ni el comandante británico ni el francés los consideraban especialmente útiles y temían que extendieran las enfermedades. Por tanto, los turcos no hicieron una contribución sustancial a la lucha en torno a Sebastopol. A medida que los meses pasaban lentamente sin que ocurriera en Crimea nada decisivo que pusiera fin a la guerra, las intenciones austriacas tomaron una vez más una importancia crucial.

Viena siguió siendo el centro de la diplomacia durante la Guerra de Crimea. Los rusos conservaban la esperanza de que Austria permaneciera neutral. Lo que el ministro de Asuntos Exteriores, conde Buol, quería era acabar con la guerra y opinaba que para conseguirlo lo mejor era llevar a cabo una mediación «activa», ofreciendo una alianza a Francia y Gran Bretaña a condición de que se pusieran de acuerdo con Austria sobre unos objetivos conjuntos en la guerra; pero Buol también tenía la intención de limitar esos objetivos bélicos lo bastante como para que Rusia prefiriera hacer la paz a arriesgarse añadiendo a Austria a su lista de

enemigos. La actividad diplomática de Buol dio como fruto en agosto de 1854 los «cuatro puntos» concertados entre Gran Bretaña, Francia y Austria, que representaban las condiciones esenciales de paz. Eran los siguientes: 1) Rusia renunciaría a sus derechos especiales sobre Serbia y los principados; estos serían sustituidos por una garantía general de las potencias; 2) libre navegación por el Danubio; 3) revisión de la Convención de los Estrechos de 1841 «en interés del equilibrio de poder en Europa»; 4) renuncia por parte de Rusia a sus derechos como protectora de los cristianos ortodoxos en el Imperio otomano. Gran Bretaña dio su conformidad solo a regañadientes a estos «objetivos de guerra» para conseguir una alianza con Austria. Los rusos, después de los anteriores reveses en Crimea, aceptaron los cuatro puntos a finales de noviembre de 1854 a fin de que Austria no tuviera pretexto para unirse a los aliados. La guerra, pues, debía haber terminado con una paz negociada. Pero siempre hubo algo irreal en las negociaciones. Rusia, Francia y Gran Bretaña no estaban dispuestas a dejar de combatir ni los austriacos a comenzar. Así pues, Buol siguió con su tortuosa diplomacia. Su nueva meta era conseguir alguna ventaja tangible para Austria, tal como la ocupación permanente de los principados y terminar con la guerra sin tener que combatir. Los franceses estaban más interesados en conseguir la ayuda del ejército austriaco y lograr una victoria aparatosa que en acabar rápidamente con la guerra, hasta entonces indecisa desde el punto de vista militar, mediante la diplomacia. Napoleón III estaba dispuesto a pagar un precio: la renuncia a la posibilidad de una intervención francesa en los asuntos italianos. Por consiguiente Napoleón prometió a los austriacos su apoyo a un *statu quo* en Italia. La promesa no tenía un gran valor. No obstante, Buol persuadió al reacio Francisco José a firmar un tratado de alianza con Gran Bretaña y Francia (2 de diciembre de 1854). Aunque se le denominara «alianza» en

realidad era mucho menos. Austria no accedía a unirse a la guerra contra Rusia, sino únicamente a consultar con sus aliados sobre los pasos a dar en el caso de que antes de fin de año no estuviera garantizada la paz sobre la base de los cuatro puntos. Como esto último ya había sido aceptado en principio por los rusos, y los austriacos no tenían ninguna intención de luchar, la «alianza» no variaba mucho la situación.

Los franceses se habían puesto a la cabeza en las conversaciones diplomáticas de Viena. Los británicos, con más realismo, buscaban un aliado para engrosar el ejército expedicionario, mucho más pequeño de lo prometido, en Crimea. Durante varios meses se negoció con Piamonte-Cerdeña. En enero de 1855, Víctor Manuel, que quería recuperar algunos de los laureles de la batalla después de los desastres de 1849, decidió unirse a la alianza anglofrancesa. Una fuerza expedicionaria piamontesa de unos 17.500 hombres desembarcó en la primavera en Crimea, donde los británicos les pagaban y les mantenían en la retaguardia. Solo una vez, en septiembre, entraron en acción, de modo que, aunque no por culpa suya, contribuyeron muy poco a la lucha. Entretanto Austria intentaba movilizar a la Confederación germánica, pero se encontró con la oposición de Prusia, representada en la Dieta alemana de Fráncfort por Bismarck, un astuto diplomático dado al sarcasmo y a los grandes cigarros puros. Prusia, a pesar de su alianza con Austria y de su actitud aparentemente antirrusa, estaba muy ocupada en enviar a los rusos suministros de guerra esenciales. Por fin, en marzo de 1855, se inició en Viena una extraña especie de conferencia preliminar de paz, presidida por Buol. Habiendo cumplido los rusos con tres de los cuatro puntos, quedaba por definir el cuarto: la revisión de la Convención de los Estrechos en interés del equilibrio de poder en Europa. Gran Bretaña y Francia insistían en la «neutralización del mar Negro»: no se permitirían barcos de guerra rusos, y de

paso tampoco turcos, aunque en apariencia Turquía era una aliada. Los rusos rechazaron esa humillante limitación de su soberanía y rompieron las negociaciones en junio de 1855. Buol había agotado sus recursos. Austria ya no podía seguir engañando por más tiempo. En lugar de ir a la guerra con Gran Bretaña y Francia, los ejércitos austriacos fueron desmovilizados. La decisión en favor de la paz o de la guerra continuaba estando en los campos de batalla de Crimea.

En la primavera de 1855, algunos de los contendientes habían cambiado, pero ello no significaba, en principio, que la paz estuviera más cerca. Nicolás I, descorazonado por el poco éxito de sus ejércitos y agotado por un trabajo constante, cogió un enfriamiento y murió de neumonía el 2 de marzo de 1855. Su sucesor, Alejandro II, deseaba continuar la lucha, pero le faltaba el celo fanático de Nicolás. En Londres, Aberdeen había caído y Palmerston había tomado posesión de su cargo decidido a ganar la guerra. En Crimea, el general Pélissier reemplazó al indeciso Canrobert como comandante del ejército francés. Napoleón III, que se estaba cansando de la guerra, aunque todavía esperaba ganar al menos una batalla, amenazaba con tomar personalmente el mando de los ejércitos aliados. La guerra estaba lejos de su fin, ya que los defensores rusos de Sebastopol se negaban a aceptar la derrota. Hubo momentos en que, debido a las enfermedades y a la desorganización, los aliados pudieron haber sido derrotados. Sin embargo, la concentración de los ejércitos aliados cuando terminó el invierno les colocó en posición de igualdad y posiblemente de superioridad frente a sus adversarios rusos. El ejército francés contaba ahora con 120.000 hombres; desdichadamente el ejército voluntario británico estaba formado por solo 32.000 hombres, 40.000 menos de los que había votado el Parlamento. Palmerston trataba con desesperación de sacar tropas de cualquier parte; el gobierno pagó a 5.600 mercenarios, las llamadas legiones británica, alemana y suiza. Más

importantes eran los 17.000 piamonteses que formaban la retaguardia de la fuerza británica. También había 55.000 turcos bajo el mando de Omar Pachá. En resumen, el total de las fuerzas aliadas disponibles en Crimea en la primavera de 1855 ascendía a unos 225.000 hombres. Su tarea principal era la toma de Sebastopol, defendido por más o menos el mismo número de rusos.

La tenacidad de los defensores y el coraje de los asaltantes hicieron del largo asedio y de la batalla de Sebastopol una epopeya en la historia militar. En el apogeo de la batalla, después de un día de combate por la gran fortaleza de Malajov, los aliados perdieron 10.000 hombres y los rusos 13.000. El heroísmo del soldado ordinario de ambos bandos, dirigido por generales mediocres, casi sobrepasa la imaginación. El 8 de septiembre cayó Malajov. El comandante ruso ordenó la evacuación de Sebastopol y su voladura. La caída de la ciudad se celebró tanto en Londres como en París. Lo que no sabían ni en Francia ni en Gran Bretaña era que los comandantes rusos habían transportado durante la noche a su ejército en barco, dejando atrás solo a los heridos graves, a través de la bahía de Sebastopol, y ocupado posiciones previamente preparadas y fuertemente fortificadas en las colinas del norte de la bahía.

Los ejércitos aliados habían conseguido una gran victoria de prestigio, pero Sebastopol no era más que un montón de escombros inutilizables y la bahía estaba dominada por los cañones rusos de la orilla norte, no pudiendo ser usada por tanto, para la navegación por parte de los aliados. El ejército ruso se había retirado en orden y seguía siendo una fuerza formidable; y, lo que es más importante, sus nuevas posiciones eran demasiado fuertes para que los franceses y los británicos las atacaran en un último esfuerzo. Así pues, ya no hubo más combates realmente en Crimea a partir de septiembre de 1855. Durante los seis meses siguientes hubo

un estancamiento militar. Napoleón III ya había conseguido su victoria. Ahora lo que quería era la paz. Alejandro II tenía todavía más ganas de que se firmara. No sentía ninguna enemistad personal hacia Napoleón III. Era difícil aprovisionar y enviar refuerzos a su ejército en Crimea; otro ejército ruso estaba luchando contra los turcos en el Cáucaso, otro más defendía el Báltico y, finalmente, un gran ejército central de reserva estaba preparado para enfrentarse a los 200.000 soldados austriacos (parcialmente movilizados) que nunca aparecieron. El esfuerzo que tuvo que hacer Rusia fue muy grande y por ello estaba dispuesta a aceptar la paz si tenía una oportunidad. En Viena, el incansable Buol tramaba nuevas formas de poner fin a la guerra.

La Guerra de Crimea no fue normal desde un punto de vista diplomático. Mientras los ejércitos luchaban en Crimea, los diplomáticos continuaban intentando comprometer o neutralizar a Austria, según los intereses de cada cual. Austria trató de usar su posición favorable para obligar a los rusos y a los aliados a aceptar una paz negociada. El progreso fue angustiosamente lento. A mediados de noviembre de 1855, Buol y el representante francés llegaron a un acuerdo sobre las condiciones de paz que debían ser ofrecidas a los rusos en forma de un ultimátum austriaco. Pero no se había consultado previamente con Gran Bretaña. Estas condiciones eran una interpretación vaga y más bien dura de los cuatro puntos acordados en el verano de 1854 (véase *supra*). Rusia tendría que aceptar la neutralización completa del mar Negro. Se añadió una nueva condición, de gran importancia para los intereses austriacos, a los cuatro puntos originales. Para aislar a Rusia de todo acceso a la desembocadura del Danubio, tendría que ceder una parte de territorio ruso (el sur de Besarabia) a los principados y a Turquía. La cuestión era que el gabinete Palmerston era reacio a firmar una paz que no garantizara, además de los intereses austriacos en los Balcanes, los británicos en el

Asia central. A Gran Bretaña le habría gustado instalar Estados que sirvieran de amortiguador en el camino de Rusia hacia la India. Pero estos objetivos no interesaban ni a Austria ni a Francia. A principios de diciembre de 1855, Napoleón III consiguió que Gran Bretaña aceptara a regañadientes las condiciones austriacas y francesas. El esfuerzo bélico francés había sido el más importante dentro de la alianza y esto dio a Napoleón III una influencia que aprovechó en favor de la paz. Los austriacos presentaron sus condiciones en forma de «ultimátum» a San Petersburgo el 28 de diciembre de 1855. El ultimátum era el típico juego de palabras de los austriacos; con lo que amenazaban no era con la guerra, sino simplemente con una ruptura de las relaciones diplomáticas. Francisco José no habría dado su consentimiento a una guerra; y en cualquier caso Austria no estaba en condiciones de luchar. Entonces, ¿por qué se mostraron los rusos de acuerdo con las condiciones de paz?

No era, como se ha pensado a menudo, la amenaza de una intervención militar austriaca lo que los rusos temían en aquel momento. Austria había demostrado ser un tigre de papel durante demasiado tiempo para conservar mucha credibilidad militar, aunque el resentimiento ruso hacia el comportamiento austriaco, fuerte durante toda la guerra, alcanzó entonces su punto álgido. El «ultimátum» austriaco y las condiciones de paz propuestas fueron la sacudida final que hizo que el zar Alejandro y sus consejeros se dieran cuenta de que les era imprescindible hacer frente a la cuestión de concluir la paz o continuar la guerra. En San Petersburgo, el 1 y el 15 de enero de 1856, se reunió en el Palacio de Invierno el consejo imperial presidido por el zar. Se esgrimieron numerosos argumentos por los cuales Rusia tenía que buscar la paz. El más eficaz fue la convicción de que no era posible ganar la guerra, que estaba debilitando y haciendo peligrar la estabilidad interna del Imperio ruso. Los consejeros de Estado opinaban que cuanto más durara

la lucha, más duras serían las condiciones de paz para Rusia. Alejandro II se mostró de acuerdo y el 16 de enero de 1856 aceptó los términos del ultimátum austriaco.

Entretanto, los ejércitos ruso y aliado continuaban enfrentándose en Crimea y hacían lo que podían para sobrevivir un invierno más. Los abastecimientos, equipos y hospitales del ejército británico habían mejorado enormemente con respecto al año anterior; pero ahora eran las tropas francesas, muy superiores en número, las que sufrían horriblemente. Estalló el tifus y los servicios médicos franceses resultaron totalmente insuficientes. En el primer trimestre de 1856, el número declarado de franceses muertos de tifus y cólera fue de 24.000, pero las cifras reales tal vez ascendieran a 40.000. El armisticio no entró en vigor en el campo de batalla hasta marzo de 1856, y las últimas tropas aliadas no se marcharon hasta julio, mucho tiempo después de que el congreso de paz de París hubiera terminado su obra.

El «congreso» de París comenzó sus sesiones el 25 de febrero de 1856 con toda la pompa de un gran acontecimiento europeo. Era el primer *congreso* importante desde el de Viena de 1814-1815. (En realidad la reunión de Verona de 1822 recibió el nombre de congreso, pero a partir de aquella fecha todas las reuniones de los representantes de las potencias fueron «conferencias».) Hubo algunas diferencias muy importantes entre el congreso de Viena y el de París. En Viena, en 1814 y 1815, las grandes potencias rehicieron el mapa de Europa. En 1856, Francia, Gran Bretaña y Austria habían acordado previamente no anexionarse ningún territorio. Con gran pesar por parte de Napoleón III, esta vez no habría ninguna recomposición del mapa de Europa. En 1815 los aliados trataron de garantizar la futura estabilidad acordando cooperar en la paz al igual que lo habían hecho en la guerra; aunque no representaban a la totalidad de Europa, al hablar del «concierto europeo» pretendían ac-

tuar en favor del bien general. En 1839-1841, al ocuparse del Imperio otomano, las grandes potencias resucitaron el «concierto europeo». Durante la Guerra de Crimea, este terminó por venirse abajo. A esto hay que añadir otra diferencia evidente entre el congreso de Viena y el de París. En Viena, Austria, Prusia, Gran Bretaña y Rusia concluyeron una alianza para salvaguardar a Europa de un nuevo peligro francés. En París fue Rusia la que se vio excluida cuando Austria, Gran Bretaña y Francia firmaron una alianza secreta el 15 de abril de 1856 para garantizar el nuevo acuerdo. En 1815, la cuádruple alianza, que debía haber durado veinte años más, tuvo una vida real de siete, hasta que las cuatro potencias dejaron de actuar según el espíritu de la alianza (aunque Rusia, Prusia y Austria continuaron actuando conjuntadamente algunos años más). En cambio la alianza de las tres potencias de 1856 no duró ni siquiera un año: nunca fue una realidad.

No hubo ningún «concierto» a partir de 1856, ni siquiera dirigido contra Rusia. Los años que siguieron al congreso de París fueron testigos del desarrollo de intensas rivalidades nacionales. No hubo alineamientos estables entre los Estados, porque cada uno de ellos se esforzaba por fomentar sus propios intereses nacionales. Los años transcurridos entre 1856 y 1870 constituyeron un periodo anárquico en los asuntos internacionales. Prusia y Francia cooperaron durante algún tiempo, situación que comenzó durante el congreso. Gran Bretaña renunció a desempeñar un papel importante en la diplomacia continental durante casi veinte años. Austria y Rusia fueron rivales en Alemania; Francia defendió al Piamonte y luchó contra Austria. En los Balcanes, la rivalidad entre Austria y Rusia comenzó a tomar forma al final del congreso de París; Rusia estaba profundamente resentida contra los Habsburgo, que le habían sido desleales. Por consiguiente, a pesar de todo lo que se habló en París de conservar el «equilibrio del poder», este no

existía y el Congreso no hizo nada por fomentarlo. Al contrario de lo ocurrido en Viena, las cuestiones que afectaban a Europa no se resolvieron en Parts; ni siquiera fueron planteadas. Para ser más precisos solo una cuestión fue mencionada brevemente, una semana después de haber firmado el tratado de paz con Rusia, y fue la de Italia. Lord Clarendon, secretario británico de Asuntos Exteriores, deseaba hacer algo por su aliado piamontés, posiblemente una redistribución del centro de Italia favorable a Piamonte, pero todo lo que Cavour, primer ministro de Piamonte, obtuvo fue un atento discurso de Clarendon. Gran Bretaña no estaba dispuesta a enemistarse con Austria, que se oponía a cualquier cambio en Italia, justamente cuando Gran Bretaña estaba a punto de firmar una alianza secreta con ella y con Francia para garantizar el acuerdo sobre Oriente. De todas maneras, ninguna de las potencias presentes en el congreso, con la excepción de Piamonte, estaba dispuesta a emprender una guerra europea por el norte y el centro de Italia. En Viena, en 1815, las cuatro potencias victoriosas quisieron darle a Europa una estabilidad conservadora que durara una generación y la Francia de la Restauración aceptó el acuerdo territorial firmado. En París, en 1856, Rusia no se conformaba con las condiciones que se le impusieron, Francia quería rehacer el mapa europeo, Prusia deseaba volver a imponerse como una gran potencia y Austria se enfrentaba con inquietud al futuro y a la amenaza de un resurgir del nacionalismo en su imperio. Mientras tanto Austria y Francia notificaron a Gran Bretaña que en Asia tendría que hacer frente por sí sola a la amenaza del expansionismo ruso. De esta forma, Gran Bretaña dejó de inmiscuirse en los asuntos europeos salvo una breve incursión en los asuntos italianos en 1860. Por esta razón no se dio un acuerdo en París en 1856 como en Viena en 1815.

En la práctica, pues, el congreso de París se limitó a concluir un acuerdo de paz con Rusia y a imponer una solución

europea a los desventurados turcos, que recibieron un trato más propio de un enemigo derrotado que de un aliado victorioso. El precio que tuvo que pagar el Imperio otomano por el apoyo occidental fue la reforma. El sultán se avino a firmar un nuevo decreto de reforma (18 de febrero de 1856). Se prohibía la discriminación contra cualquiera de los súbditos del sultán por su clase, religión o raza; el sultán se comprometía a proteger los derechos y privilegios de todos, confirmando las libertades religiosas y un sistema equitativo de tributación, así como otras muchas cosas sobre el papel. Las promesas del sultán se incorporaron a las actas de París (artículo IX del Tratado de París). El derecho del zar a proteger a los cristianos ortodoxos, que tenía su fundamento en el antiguo Tratado de Kutchuk-Kainardji, fue sustituido por la solicitud general de las potencias europeas, aunque estas manifestaban que ello no les daba «derecho a inmiscuirse colectiva o individualmente en las relaciones de su majestad el sultán con sus súbditos, ni en la administración interna de su imperio». El bienestar de los cristianos ocupaba un lugar secundario frente a las consideraciones de la diplomacia internacional.

Los rusos no acudieron a París sobre la base de una «rendición incondicional», sino con arreglo a los términos del ultimátum austriaco convenido anteriormente con los gobiernos francés y británico. Cuando surgieron detalles de importancia en la conferencia y después, Napoleón III trató de interpretarlos con más generosidad que dureza. Aprovechó su influencia para limitar la porción del sur de la Besarabia rusa que sería cedida a los principados y a Turquía. Por otra parte, las presiones británicas aseguraron la devolución a Turquía de la fortaleza de Kars, pero aparte de esto no consiguió detener a Rusia en Transcaucasia y Asia central. En los Balcanes, los rusos ya habían evacuado los principados y ahora se vieron obligados a renunciar a sus derechos especiales sobre ellos; pero esto no benefició a Aus-

tria. Francia y Gran Bretaña no estaban dispuestas a permitir que los Habsburgo siguieran ocupando los principados de modo incondicional, como recompensa por la ayuda diplomática de Austria antes del congreso. Francia y Gran Bretaña propusieron como alternativa que los austriacos permanecieran en los principados si renunciaban a Lombardía y Véneto. Naturalmente, los austriacos se negaron a considerar esta sugerencia.

El resultado más importante del congreso de París fue probablemente el crecimiento del nacionalismo en los Balcanes. Se debió, paradójicamente, a una política negativa más que a una intencionadamente positiva. Al impedir que tanto los rusos como los austriacos extendieran su influencia por los Balcanes, se produjeron unas condiciones que permitieron la creación de unos Estados independientes surgidos de la descomposición del Imperio otomano en Europa. Está todavía por ver si la «balcanización» de esta región, que duró hasta 1945, fue beneficiosa para Europa, pero tenía que producirse a menos que una o varias de las grandes potencias se situara en el lugar del decadente Imperio otomano como potencia suzerana.

El destino de la población sometida al dominio otomano en el siglo XIX solo constituía una preocupación prioritaria para las «grandes potencias» en la medida en la que afectase a sus propias rivalidades e intereses. La única excepción fue Grecia, cuya guerra de independencia había disparado el entusiasmo de los filohelenos. Grecia declaró la independencia en 1821, y Gran Bretaña, Francia y Rusia la situaron bajo su protección. Los demás territorios balcánicos sometidos al dominio otomano ni siquiera se consideraban parte de Europa propiamente dicha, sino que se les denominaba «Oriente Próximo». Los sultanes otomanos consiguieron con cierta habilidad, una mezcla de concesión y brutalidad, mantener su suzeranía sobre las nacionalidades balcánicas

durante la mayor parte del siglo, hasta 1878, y no perdieron los últimos restos hasta 1918. Ejercían el control apoyando a los nobles dominantes contra los campesinos, utilizando la fuerza militar y reprimiendo las culturas nacionales emergentes y sus Iglesias nacionales. La autoridad religiosa cristiana la ejercía el patriarca de la Iglesia ortodoxa griega de Constantinopla. Pero ni las «grandes potencias» ni los administradores del Imperio otomano en Constantinopla pudieron evitar la penetración entre los albaneses, los croatas, los griegos, los rumanos y los búlgaros de las ideas revolucionarias occidentales, que enfrentaron a cristianos contra musulmanes y cuestionaron el gobierno autoritario.

Los serbios, con la excepción del montañoso Montenegro, y los búlgaros llevaban tres siglos y medio sometidos políticamente al dominio otomano, y su religión y cultura estaban dominadas por la Iglesia ortodoxa griega. Tanto los sultanes como la Iglesia intentaron suprimir la conciencia nacional serbia y búlgara. Los serbios habían peleado contra los turcos y habían logrado cierta autonomía, pero el destino de Serbia dependía de las cambiantes relaciones entre las grandes potencias, en especial Austria y Rusia. El Tratado de París de 1856 situó a Serbia bajo la garantía colectiva de las potencias y prohibió la intervención militar turca sin el consentimiento de estas. En Serbia, la situación se complicó con la rivalidad de dos dinastías, los Obrenović y los Karadjordjević. El intento de expulsar a los turcos en la década de 1860 fracasó. La Liga Balcánica, organizada por el príncipe Miguel Obrenović entre 1866 y 1868 con Montenegro, el Comité Revolucionario Búlgaro, Grecia y Rumanía, se deshizo tras el asesinato de Miguel. Lo sucedió el joven Milán Obrenović y, para gran alivio de Austria-Hungría, la militancia serbia se acalló hasta el estallido del levantamiento de Bosnia-Herzegovina contra los turcos, en 1875.

En el caso de Grecia, la oportunidad de cumplir la *Megali Idea* («gran idea») de atraer a los griegos de Tesalia, Macedonia, Epiro, Creta y las islas del Egeo que se encontraban bajo dominio otomano parece haber surgido en la década de 1850, con el estallido de la Guerra de Crimea. Grecia y Rusia eran aliados en su enemistad con los turcos. Los griegos fomentaron el descontento en Tesalia, Macedonia y el Epiro. Pero sus planes pronto se hundieron. Gran Bretaña y Francia, aliadas de Turquía, intervinieron y desembarcaron tropas en mayo de 1854, ocupando el Pireo y obligando a los griegos a permanecer neutrales. Los británicos y los franceses no se retiraron hasta 1857. En 1862, los griegos depusieron al impopular Otón I y escogieron a un príncipe danés, Cristian, cuyo largo reinado con el nombre de Jorge I, hasta su muerte en 1913, abarca la historia de la Grecia moderna. El hilo continuo que unió las políticas griegas durante más de un siglo siguió siendo la «gran idea» de unificar a todo el pueblo griego; la *enosis* completa no se había alcanzado todavía. Difícilmente podría alcanzarse mediante negociaciones pacíficas. Una excepción fue la cesión de Corfú y otras islas jónicas por Gran Bretaña a Grecia en 1863. Cuando, en 1866, los griegos de Creta se rebelaron contra los turcos exigiendo la *enosis,* voluntarios griegos cruzaron a Creta. De nuevo fueron las potencias las que impidieron a Grecia declarar la guerra y de ese modo Turquía pudo aplastar el levantamiento en 1869, aunque la presión de las potencias la obligaron a conceder la autonomía.

Bulgaria había sido conquistada por los turcos a finales del siglo XIV, y los aristócratas huyeron o se convirtieron al islam. Para la población campesina, los gobernantes opresores fueron sustituidos por otros sometidos al control otomano. Los ejércitos rivales de Turquía, Rusia y Austria cruzaban sus tierras causando sufrimiento a la población. En Bulgaria, el dominio espiritual y cultural del patriarcado griego eliminó la conciencia nacionalista. Pero la lengua

búlgara había sobrevivido. Desde finales del siglo XVIII, los búlgaros se dejaron influir por las ideas occidentales de renacimiento nacional y reforma social. En la década de 1860, organizaciones clandestinas de Rumanía con filiales en Bulgaria estaban preparando un levantamiento nacional. En mayo de 1876, estalló en el sanjacado de Filipópolis una revuelta que fue reprimida con gran crueldad. Gladstone denunció las atrocidades, a las que denominó la «masacres búlgaras».

El territorio que más tarde se convertiría en Rumanía estaba dividido en dos principados, Valaquia y Moldavia, que permanecían bajo protección rusa. Los líderes nacionalistas rumanos se inspiraron en Francia, y en 1848 Ion Brătianu volvió de París para encabezar un breve gobierno provisional. El movimiento revolucionario nacionalista rumano constituía una amenaza tanto para los Habsburgo, cuyos campesinos de la Transilvania rumana manifestaban descontento, como para los rusos. La intervención militar conjunta de Rusia y Turquía reprimió el movimiento nacionalista y Brătianu se vio obligado a exiliarse de nuevo. La ocupación rusa y posteriormente austriaca produjo grandes privaciones. Pero a mediados de la década de 1850 se produjo un momento decisivo en la historia de los dos principados rumanos. La Guerra de Crimea significó la eliminación del protectorado ruso, que fue sustituido por una garantía colectiva de las instituciones autónomas de ambos por parte de las potencias signatarias del Tratado de París de 1856. Seguían divididos bajo la suzeranía de los turcos, pero estos no podían intervenir militarmente sin autorización de las potencias. Los deseos de unidad rumanos no pudieron frenarse durante mucho tiempo. Las asambleas de los dos principados eligieron el mismo príncipe, Alejandro Cuza, alcanzando así *de facto* la unión de Rumanía. En 1866, Cuza fue obligado a abdicar y sustituido por el príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern-Sigmaringer como

monarca hereditario. Se elaboró una constitución siguiendo el modelo restrictivo de los belgas, y Brătianu se convirtió en el principal líder político. Lo que ensombreció la independencia de Rumanía, afirmada por el Congreso de Berlín de 1878, fue la persecución de los judíos.

El Imperio otomano había seguido decayendo a pesar de los esfuerzos de reforma periódicos. Las intervenciones de las «grandes potencias» para controlar la turbulencia eran confusos y ambiguos por las suspicacias mutuas. No lograban ponerse de acuerdo para mantener la situación dada, ni trazar un plan para reorganizar un Imperio otomano dividido. Cada vez que surgía una crisis, había que buscar soluciones poco sistemáticas. Y las potencias tampoco apoyaban sin reservas el nacionalismo en los dominios otomanos por temor a que condujese al colapso prematuro del imperio y empeorase los conflictos entre ellas. Gran Bretaña deseaba proteger la ruta hacia India y a los turcos como guardianes de los estrechos. Esto la hacía oponerse a Rusia. Austria-Hungría, después de 1867, estaba dividida entre el deseo de aumentar su influencia entre los nacionalistas balcánicos en apuros y el temor a despertar deseos irredentistas, puesto que millones de serbios, croatas y rumanos eran súbditos de la monarquía dual. Rusia, indignada por la «ingratitud» de Austria durante la Guerra de Crimea, apoyaba el paneslavismo y se mantenía, en consecuencia, bloqueada en la rivalidad con Austria-Hungría. El impacto de la Guerra de Crimea marcó una nueva fase en la evolución de la «cuestión oriental». La única conclusión en la que Londres, Viena, París y San Petersburgo coincidían era que la Guerra de Crimea no había resuelto los problemas de los Balcanes.

La parte del acuerdo de paz que llamó más la atención y que fue considerada como la realización más importante por los vencedores fue la neutralización del mar Negro. Es-

to significaba que ni Turquía ni Rusia ni ninguna otra potencia podían mantener más que una cantidad simbólica de buques de guerra en el mar Negro ni tampoco instalar bases navales en sus orillas (artículos XI y XIII). Esta disposición trataba igual a los rusos que a los turcos, es decir, igual de mal, y, por tanto, parecía un acuerdo equitativo destinado a conservar el *statu quo* entre los dos imperios; pero la realidad geográfica lo convirtió en un acuerdo de desarme unilateral. A finales de la Guerra de Crimea ni a los turcos ni a los rusos les quedaba una marina digna de ese nombre en el mar Negro. A partir de entonces los rusos no podían construir una flota ni apoyar sus operaciones desde una base naval en el mar Negro sin romper el tratado de paz y dar a conocer que lo estaban haciendo, ya que no podían esperar construir buques de guerra en secreto. Además, el mar Negro no disponía de accesos, salvo por el Bósforo, los Dardanelos y el Mediterráneo, de manera que ningún barco ruso podía entrar en el mar Negro sin pasar ante el ojo alerta de la flota británica en el Mediterráneo. Las marinas británica y Francesa, aunque excluidas igualmente del mar Negro, podrían entrar en él cuando quisieran si Rusia atacara a Turquía o rompiera las cláusulas del tratado, pues no había nada que se lo impidiera. Por consiguiente, Gran Bretaña y Francia podían dominar el mar Negro a su antojo. Las cláusulas concernientes al mar Negro representaban un medio sumamente eficaz de desarmar a Rusia en el sur, pero el problema de unas disposiciones punitivas de desarme no estriba en si pueden ser llevadas a la práctica: pueden serlo, pero solo si las potencias están dispuestas a llevarlas a la práctica a riesgo de una guerra, y normalmente no lo están. Una cosa es imponer con feroz decisión unas condiciones de paz después de una guerra costosa y otra mantener esas disposiciones tras varios años de paz. En 1870, la administración Gladstone no estaba dispuesta a luchar con Rusia por la defensa de las cláusulas del mar Ne-

gro. Gladstone sacó el mejor partido posible de la mala situación y accedió a una revisión del tratado de 1856, que de ninguna manera favorecía enteramente a Rusia (véase cap. XX).

La Guerra de Crimea representa un momento de transición en la historia de Europa. A partir de entonces, Rusia renunció a la idea de una misión europea en sentido general, de preservar a Europa de la revolución y de mantener en lo posible el arreglo territorial de Viena. En 1856, «Europa» impuso una paz humillante a Rusia. A partir de entonces, Rusia le dio la espalda a Europa, se concentró en una gran expansión por el Asia central y siguió una política nacional de apoyo a los eslavos y correligionarios de fuera del imperio. El resentimiento de Rusia hacia Austria fue extremado, pero no hay que exagerar el efecto de esta ruptura de la amistad austro-rusa en la historia de Europa. Rusia no intentó aprovecharse de los apuros de Austria durante la década de 1860. Además, aunque los dos países hubieran conservado una estrecha amistad, es difícil suponer que Rusia habría ayudado a Austria en Italia o en Alemania. Es improbable que Rusia se arriesgara a una guerra para apoyar al imperio de los Habsburgo, acosado por una combinación de amenazas interiores y exteriores; pero cuando los acontecimientos parecieron favorecer a los intereses de Rusia, como cuando surgieron dificultades de nuevo en los Balcanes en 1875, Rusia se mostró muy dispuesta a obrar de acuerdo con Austria y no en contra de ella, a pesar de la historia reciente. El impacto que ejerció sobre Rusia la Guerra de Crimea fue, sin embargo, importante. El zar Alejandro dio prioridad a las reformas internas y evitó el riesgo de otro conflicto con las potencias europeas. La revocación de las adversas condiciones de paz impuestas en 1856 adquirió, a los ojos de los rusos, una importancia muy superior a la de todas las demás cuestiones europeas, tales como la unificación de Alemania. Rusia nunca significó tan poco

en Europa en el siglo XIX como durante la década y media que siguió a la Guerra de Crimea.

Austria consiguió poco, y ni sus amigos ni sus enemigos respetaron su comportamiento durante la guerra. La navegación por el Danubio se vio libre de la influencia rusa, pero en vez de que Austria sustituyera a Rusia en la desembocadura del río, se establecieron dos comisiones internacionales mediante el Tratado de París para garantizar la libre navegación. La Comisión Europea del Danubio (Austria, Francia, Rusia, Piamonte y Turquía) y la Comisión del río Danubio fueron las primeras y a la vez unas de las organizaciones internacionales de más éxito destinadas a asegurar la cooperación multinacional para el bien común. Después de la evacuación por parte de Austria de los principados en 1857, estos no se mantuvieron debilitados, sino que se consolidaron y asumieron el nombre nacional de Rumania (1862); se hicieron virtualmente independientes durante la década de 1860, lo cual fue reconocido por el Tratado de Berlín (1878).

Prusia recibió un trato humillante en París y únicamente fue admitida en una parte de los debates de la conferencia por su carácter de signataria de la Convención de los Estrechos en 1841; pero lo que Prusia ganó realmente fue lo que perdió Europa. Toda la cháchara sobre el «concierto europeo» no podía encubrir decentemente los objetivos opuestos de los participantes. Este conflicto internacional creó unas condiciones favorables para la expansión prusiana de la década de 1860.

Gran Bretaña se quejó, pero firmó el tratado de paz. Lord Salisbury diría más tarde que al haber apoyado a los turcos en vez de a los rusos Gran Bretaña había «apostado por un caballo equivocado». La cuestión oriental continuo sin resolverse pero al menos hubo una moratoria de veinte años hasta que estalló otra crisis internacional de enverga-

dura, lo cual, desde el punto de vista de Gran Bretaña, no era poco. El respiro que se les dio a los turcos no fue utilizado para evitar la desintegración interna del Imperio otomano. La alianza secreta de 1856 entre las tres potencias, Austria, Gran Bretaña y Francia, mediante la cual se garantizaba la seguridad del Imperio otomano resultó ser «letra muerta» desde el principio. Los imperios multinacionales, como el otomano, solo podían permanecer unificados mediante la fuerza, y los vecinos de Turquía no pensaban dejar que el sultán utilizara la suficiente como para conservar su imperio europeo.

El congreso hizo de París el centro de la diplomacia europea. Reconoció a Napoleón III como un pilar necesario para cualquier acuerdo europeo. Fue esta una de las paradojas de la conferencia de paz, porque en realidad Napoleón III lo que quería era rehacer Europa. Cuando, durante el congreso, se ofreció a apoyar a los austriacos en los principados a condición de que abandonasen el territorio de los Habsburgo –Lombardía y Véneto– en Italia, su iniciativa presagiaba dónde se produciría la siguiente crisis europea.

TERCERA PARTE

LA TRANSFORMACIÓN DE LA EUROPA AUTORITARIA

XIV. LA UNIFICACIÓN DE ITALIA

Cavour volvió del congreso de París amargamente desengañado. Había ido a París a extender el poder de Piamonte en la Italia central y septentrional a expensas de los pequeños ducados y de la influencia austriaca. No consiguió nada. Piamonte no obtuvo ningún territorio como pago por sus sacrificios en Crimea. Aunque Piamonte desempeñó solo un papel limitado en los combates, uno de cada diez componentes de la fuerza expedicionaria de cerca de 18.000 hombres no volvió a su patria, víctima del azote de las epidemias en el invierno de 1855. El clima internacional no era favorable a los planes de Cavour en París y con todas sus intrigas y su tortuosa diplomacia, de la cual se habría sentido orgulloso Talleyrand, no pudieron superar las realidades de la política de poder.

Las políticas de Gran Bretaña y Francia eran diametralmente opuestas en lo referente a la cuestión italiana en 1856. La principal preocupación de Gran Bretaña era mantener a Francia alejada de Italia. A Palmerston y su secretario de Asuntos Exteriores, Clarendon, les habría gustado que Austria abandonara sus posesiones italianas en Lombardía y Véneto, dejando así Italia a los italianos, pero los austriacos estaban decididos a quedarse. Como los austriacos no solo eran recientes aliados, sino también futuros colaboradores en la tarea de mantener la situación en Oriente, Gran Bretaña y Francia no querían presionarles demasiado. Tampoco estaba dispuesto Napoleón III a abandonar la influencia francesa en Italia. Sus tropas se quedaron en Roma después de aplastar la República romana en 1849 y no tenía intención de retirarlas; el apoyo británico al Piamonte y a «Italia» se limitaba a la exhortación. Los franceses, como hemos visto, ni siquiera querían llegar tan lejos.

Una cosa quedó clara en París. Al igual que había una «cuestión oriental», existía una «cuestión italiana» cuyo desarrollo, en opinión de los estadistas europeos, podría afectar vitalmente a sus intereses nacionales y a la paz de Europa. Lo que las grandes potencias tenían por «la cuestión italiana», era para los patriotas de la península italiana el «Risorgimento». Pero tanto la *cuestión italiana* como el *Risorgimento* son abstracciones intelectuales; no tienen un significado preciso y generalmente aceptado; realmente su definición por los contemporáneos nos da un indicio de su mentalidad más que una explicación de los acontecimientos reales.

Como hemos visto, la «cuestión italiana» significaba algo diferente para los austriacos, los franceses y los británicos. La consideraban en primer lugar desde el punto de vista de sus intereses y ambiciones nacionales y solo de modo secundario, si es que lo hacían, desde el punto de vista «italiano», y lo que esto significaba en 1856 era todavía algo confuso. A Austria y Francia les interesaba mantener a Italia relativamente débil y dividida. Por otra parte, la política italiana de Gran Bretaña se ajustaba también en el siglo XIX a los moldes clásicos de su diplomacia continental, esto es tratar de crear barreras independientes allí donde las grandes potencias rivales amenazaran con chocar y dar a estos Estados-barrera estabilidad fomentando un buen gobierno interno y ofreciendo garantías internacionales de no intervención. Ninguna de las grandes potencias en esa época pensaba en una «unificación italiana». Lo más que se acercó Clarendon a esa idea fue al desear que el futuro de Italia quedara en manos de unos gobernantes italianos reformistas e ilustrados. Escribió desde París que la cuestión italiana despertaba intenso interés, pero que todo el mundo quería conservar la paz. Si Gran Bretaña y Francia se pusieran de acuerdo para poner fin a la ocupación extranjera de Italia, pacíficamente desde luego, los príncipes y el pueblo italianos po-

drían, ellos solos, encontrar sus propias soluciones. Clarendon señalaba que si esto ocurriera, «la cuestión italiana se solucionaría enseguida». Al buscar una solución de la cuestión italiana totalmente pacífica, según la cual Austria y Francia se habrían comportado de modo altruista y Gran Bretaña no habría hecho sino proporcionar una dirección noble y moral sin perder nada a cambio, Clarendon daba rienda suelta a sus propias ilusiones.

Italia sería unificada solo cuatro años después del congreso de París, pero lo asombroso del caso es que la unificación no formó parte del programa de ningún gobernante italiano antes de 1860. La idea de la unidad se identificaba con un programa revolucionario republicano, mezclándose así con una política dirigida también contra los soberanos y la estructura social de los diversos Estados italianos. En 1860 se produjo el gran cambio. En este año, las luchas sociales y políticas, desconcertante surtido de conflictos civiles, dieron al movimiento guerrillero de Garibaldi en favor de la unidad la oportunidad de una victoria en el sur, a la vez que la coincidencia con la política de la clase dirigente y el nacionalismo del Piamonte. En el fondo de toda esta historia hay una fascinante mezcla de rivalidades personales y diplomacia secreta que, desde entonces, los historiadores han intentado desenmarañar.

El apóstol intelectual de la unidad republicana fue Giuseppe Mazzini. Ciudadano de Génova y, por consiguiente, súbdito del rey de Piamonte, era un furibundo enemigo de Víctor Manuel y Cavour. Mazzini fue condenado a muerte *in absentia* en Piamonte por su papel en el malogrado intento en 1833 de provocar una insurrección en el ejército y la marina piamonteses. La sublevación tenía el propósito de convertirse en la punta de lanza de un movimiento revolucionario republicano que libraría a Italia de reyes y extranjeros. Mazzini salvó la vida viviendo en Francia, Suiza e In-

glaterra, pero catorce de sus compañeros de conspiración fueron ejecutados y muchos otros encarcelados. Como jefe práctico de insurrecciones, Mazzini fue un fracaso; como principal propagandista de la unidad italiana, su influencia sobre un sector de patriotas italianos y sobre su discípulo más importante, Garibaldi, fue enorme. Las ideas de Mazzini constituyeron una fuerza política viva en toda la península italiana a partir de la década de 1850; los gobernantes conservadores temían enormemente su influencia. Se dirigió no solo al pueblo italiano, sino a todos los pueblos de Europa. Creía que el nacionalismo era la panacea que resolvería los problemas de todos los pueblos. El futuro de Europa debía ser confiado a los pueblos de Europa. Consideraba sus asociaciones de la «Joven Europa» y la «Joven Italia» como la «Santa Alianza de los Pueblos». El programa de Mazzini amenazaba a todos los tronos europeos. Era un verdadero revolucionario político. Se preocupó muy poco de las ideas del socialismo; su objetivo capital era fundar una república italiana como realización de la voluntad popular. La unidad se forjaría en la revolución.

Es difícil saber en qué medida entendió la gente de la calle el mensaje de Mazzini, ya que en su gran mayoría carecía de la necesaria educación básica. Es probable que pocos leyeran sus escritos y su afirmación de que la «Joven Italia» contaba con 50.000 miembros es muy dudosa. Como miembro más importante del triunvirato de la malograda República romana de 1849, Mazzini consiguió más renombre popular, aunque su influencia mayormente fue indirecta, a través de la educación de unos dirigentes revolucionarios que continuamente fomentaban la discordia dándole una orientación nacionalista. La expedición de los Mil de Garibaldi fue un ejemplo de lo que podía conseguir el apoyo popular y un levantamiento en Sicilia de inspiración mazziniana.

Cuando se creó la nación italiana en 1860 dejó perplejos a sus fundadores. El pueblo desempeñó su papel, pero no se creó la república de Mazzini. El objetivo original de Víctor Manuel y Cavour era más limitado: obtener el predominio de Piamonte en solo el norte y centro de Italia. Así que la unificación de Italia no se produjo siguiendo un plan preconcebido. No fue la obra inevitable y culminante del *Risorgimento.* El resultado fue producto de muchas rivalidades, del descontento local y también de la pura casualidad. Los republicanos, socialistas y radicales fueron derrotados por la clase dirigente conservadora de Piamonte; también lo fue la Iglesia; pero la unificación política no resolvió los problemas económicos y sociales de Italia, que continuaba dividida en regiones.

Muchos historiadores italianos del *Risorgimento* han dado gran importancia a los levantamientos de 1848 como prueba significativa de una creciente conciencia nacional del pueblo italiano. Es innegable que el patriotismo «italiano» desempeñó un papel, pero, como ha demostrado de modo convincente el historiador británico de la unificación italiana, Denis Mack Smith, se ha exagerado mucho el grado de conciencia nacional que existía[1]. Se pueden interpretar los acontecimientos de 1848 y 1849 de una manera bastante diferente. También demuestran lo dividida que estaba Italia entre sus gobernantes antiguos y modernos, entre radicales y moderados, entre los campesinos y la población urbana, entre los gobernantes y el pueblo, cada uno de ellos consciente de un nacionalismo local. Todas estas rivalidades fueron factores causales de 1848, y explican, a la vez, las divisiones de los distintos movimientos revolucionarios italianos. Las protestas sociales y políticas provocaron levantamientos locales que, finalmente, debilitaron el dominio de todos los gobernantes en Italia; pero el verdadero sentido del patriotismo italiano desempeñó únicamente un papel menor en 1848.

El primero de los levantamientos italianos surgió en Palermo, Sicilia, el 12 de enero de 1848, aunque un estallido violento similar pudo haberse producido en cualquier lugar de la península, que hervía de descontento social y agitación política. Las esperanzas cada vez mayores hicieron intolerables las dificultades del invierno de 1847-1848. Con su tradición de bandidaje y sociedades secretas, la violencia en Sicilia estaba siempre a flor de piel. Además, los sicilianos acariciaban la idea de independizarse y ser libres de los odiados gobernantes Borbones de Nápoles. La autoridad del ejército real se derrumbó. Los soldados napolitanos, seguidos por bandas revolucionarias, saquearon las aldeas sicilianas antes de marcharse finalmente. El rey Fernando de Nápoles otorgó a Sicilia y a Nápoles constituciones en un vano esfuerzo por detener la creciente ola revolucionaria. Después de una fuerte resistencia, los gobernantes italianos en el resto de la península empezaron a otorgar constituciones al enfrentarse con la agitación política liberal. A mediados de febrero de 1848 el gran duque de Toscana otorgó una constitución, siguiéndole en marzo Carlos Alberto de Piamonte y Pío IX en los Estados pontificios.

En los Estados italianos reinaba la intranquilidad antes incluso de que las noticias de la revolución de febrero en París y la revolución de marzo en Viena llegaran al norte de Italia. Cuando los tronos más poderosos de Europa se encontraban en peligro, los gobernantes de los pequeños se sentían aún más inseguros e inciertos en cuanto a su supervivencia. Fueron los desórdenes de Milán, de enero a marzo de 1848, los que actuaron como catalizadores, transformando una situación de protestas y manifestaciones en el norte y el centro de Italia en una guerra abierta.

El resentimiento de los milaneses más comprometidos hacia la burocracia austriaca se había intensificado desde enero. La noticia de la caída de Metternich (13 de marzo)

provocó el levantamiento espontáneo de las cinco «jornadas gloriosas», desde el 18 hasta el 22 de marzo, durante los cuales los milaneses obligaron al mariscal Radetzky a llevarse sus tropas de la ciudad a la fortaleza del Cuadrilátero. Mientras tanto en Venecia una revolución casi totalmente aislada llevó al establecimiento de una república; ahí el comandante en jefe general austriaco retiró sus tropas sin luchar. Radetzky planteó una táctica defensiva al enfrentarse con los levantamientos peninsulares, pero la verdad es que apenas existía cohesión entre la disparidad de movimientos italianos.

Los milaneses habían acudido a Piamonte en busca de ayuda contra Austria. Carlos Alberto dudaba. Se resistía a unir su suerte con la del comité revolucionario que controlaba Milán. Existía la posibilidad de que Austria se recuperara y derrotara a los rebeldes de Milán. Así que los milaneses pudieron afirmar que durante las «cinco jornadas gloriosas» ellos solos habían derrotado a los austriacos. Por fin, el 24 de marzo, los ministros piamonteses persuadieron a Carlos Alberto para que actuara. Declaró la guerra a Austria y con su ejército entró en Lombardía.

Parecía que la guerra de liberación italiana había comenzado realmente. Un Mazzini lleno de esperanza llegó a Milán. Los nuevos ministros liberales del rey Fernando enviaron soldados a Lombardía. El duque de Toscana se declaró partidario de Italia e incluso tropas de los Estados pontificios se unieron a la guerra para ayudar a Lombardía. Sin embargo, la alianza de los «italianos» era más aparente que real. Carlos Alberto continuaba desconfiando de los soldados irregulares que luchaban en Lombardía. Tenía más interés en anexionarse la Lombardía y el Véneto austriacos y los ducados independientes de Módena y Parma que en prolongar una guerra contra Austria en favor de «Italia».

El primer gobernante que abandonó el movimiento «italiano» fue el papa, que antes parecía estar en vanguardia. El 29 de abril de 1848, Pío IX repudió el papel de sus tropas que se habían unido en la lucha contra los austriacos. Enfrentado a las responsabilidades contradictorias de ser la cabeza de la Iglesia católica universal y soberano italiano, fue lo primero lo que prevaleció. Como papa no podía apoyar una guerra y menos una revolución y, por consiguiente, rogaba al pueblo italiano que «permaneciera en estrecha relación con sus respectivos soberanos». En cuanto a la propaganda de los mazzinianos, el papa rechazaba, de manera despectiva «los consejos traicioneros [...] de los que querrían que el pontífice romano presidiera la formación de una especie de nueva república de todo el pueblo italiano»[2]. Así terminó el mito del papa patriota. A partir de 1848, la Iglesia fue identificada como la enemiga de la reforma liberal y la soberanía papal considerada como el mayor obstáculo en el camino de la unificación política. El rey de Nápoles siguió el ejemplo del papa. Tan pronto como Fernando recuperó el poder, retiró a sus tropas de Lombardía. La reconquista de Sicilia era para él más importante que el destino del norte de Italia. Entretanto, Carlos Alberto se esforzaba en derrotar tanto a los republicanos como a los austriacos. El precio que pedía por ayudar a los lombardos y a los venecianos era su aceptación del gobierno piamontés. Su consentimiento no les ayudó. El mando del ejército de Carlos Alberto era incompetente y Radetzky derrotó a los Piamonteses en Custozza el 24 de julio. Carlos Alberto se replegó hacia Milán y, después de una defensa simbólica, el rey retiró sus fuerzas desorganizadas y concluyó un armisticio con los austriacos a principios de agosto de 1848. De acuerdo con sus estipulaciones, Piamonte renunciaba a proporcionar ayuda militar a los lombardos y ayuda naval a Venecia. Parecía irónico que tanto Lombardía como Venecia, «fusionadas» hacía tan poco tiempo con Piamonte

a instancias del propio Carlos Alberto, se vieran ahora abandonadas por el rey.

La paz no duró muchos meses en Italia. Carlos Alberto estaba decidido a vengar la humillación de su derrota. En marzo de 1849 reemprendió la guerra al atacar al ejército austriaco. Radetzky derrotó sin esfuerzo, una vez más, a los piamonteses unos pocos días más tarde en la batalla de Novara, el 23 de marzo de 1849. Los austriacos infligieron en esta ocasión algunos castigos ejemplares a los desleales lombardos. En Milán fueron azotados públicamente quince hombres y dos mujeres y el general Haynaup, tristemente célebre más tarde en Hungría, se destacó por su conducta brutal. Se quemaron casas, se impusieron multas, se confiscaron propiedades y fueron ejecutadas unas 900 personas.

Durante la primavera de 1849, los austriacos se sintieron con suficiente fuerza como para reprimir el nacionalismo y el radicalismo italianos tanto en el centro como en el norte del país. Entraron en Toscana, Módena, Luca y los Estados pontificios en abril y mayo de 1849. Las ciudades ofrecieron resistencia pero el campesinado se mostró apático. Pisa, Luca, Liorna, Bolonia y Florencia cayeron ante el avance austriaco. Frente al ejército austriaco, no obstante, todavía se erguía la formidable ciudad de Roma.

Roma desempeñó un papel particularmente importante en la historia del *Risorgimento* porque atrajo para defenderla en 1849 a italianos de toda la península y a dos de los héroes más famosos del *Risorgimento,* Mazzini y Garibaldi. El tercero de la trinidad de los héroes del *Risorgimento,* el papa Pío IX, había caído en desgracia desde su negativa a unirse a la guerra contra Austria. Continuó perdiendo el control de sus dominios tras los movidos días de 1846. Las durísimas condiciones económicas de los Estados pontificios provocaban continuos desórdenes. Además, durante la primavera y el verano de 1848, la negativa del papa a apro-

bar una guerra contra Austria por Italia provocó gran resentimiento en Roma. Se llegó al clímax cuando el conde Rossi, el más destacado de los nuevos ministros liberales del papa, opuesto a la guerra con Austria, fue asesinado por las masas. Roma pasó a manos de los revolucionarios y el papa huyó a territorio napolitano. Unos meses más tarde, en febrero de 1849, se declaró terminado el gobierno del pontífice en sus Estados. Después de unas elecciones democráticas, se estableció la República romana, aunque el apoyo a esta procedía casi enteramente de Roma ciudad, Bolonia y las poblaciones más importantes. Mientras tanto Venecia también conservaba su independencia. Los austriacos sometieron a los venecianos a un bloqueo, aunque durante el invierno de 1848-1849 no hicieron ningún movimiento para atacar la ciudad. Sin embargo, ni la República romana ni la veneciana hicieron un intento de coordinar sus movimientos contra los austriacos. Quizá no fuera posible ninguna cooperación militar realista.

Mientras la República romana esperaba la inevitable embestida de la contrarrevolución, se aprobaron durante su breve periodo de existencia varias admirables reformas sociales y económicas. Esto ocurrió antes incluso de que llegara Mazzini a la ciudad. La Asamblea de Roma le había elegido para que formase parte del triunvirato al cual fue confiada la dirección colectiva. Mazzini llegó a Roma en marzo de 1849. Se instaló en una pequeña habitación del palacio papal. Todo el mundo tenía acceso a él y continuó su política de reforma social. Fue un breve momento de gloria para el revolucionario «italiano» más famoso. Hasta entonces su estancia en la península había sido poco memorable. Primeramente fue a Milán, pero hasta el momento de la derrota los milaneses prefirieron al rey de Piamonte y a las tropas que podía enviar. Después de la caída de Milán, Mazzini se trasladó a Florencia. En ningún lugar prevalecieron o triunfaron sus ideas. Llegó a Roma en tiempos deses-

perados; las revoluciones en el resto de la península estaban prácticamente agotadas.

La utópica república social no podía sobrevivir durante mucho tiempo frente a la intervención extranjera. Para defender Roma, además de los muchos amigos de Mazzini, llegó Garibaldi, el jefe guerrillero más grande del siglo XIX. Garibaldi se había convertido al sueño mazziniano de crear la nación italiana en 1833, cuando era un joven marino mercante. Había conspirado sin éxito en Piamonte y marchado para luchar por la libertad en Uruguay después de ser condenado a muerte. Sus hazañas como jefe guerrillero a la cabeza de su banda de Camisas Rojas, junto con su compañera brasileña, Anita, que le amaba con pasión y compartía todas sus arduas campañas, le aseguró la fama mucho antes de que volviera de América del Sur, en junio de 1848, para ofrecer sus servicios a Carlos Alberto. Fue recibido como un héroe en Niza, pero Carlos Alberto subestimó la importancia de Garibaldi y su pequeña banda de 169 partidarios. No es de extrañar que el rey no ofreciera un puesto en el ejército regular piamontés al antiguo revolucionario y seguidor de Mazzini, pero, de hecho las relaciones de Garibaldi con este se habían vuelto tirantes. Para Mazzini, la república popular y la unidad italiana eran inseparables. Garibaldi estaba resuelto a seguir cualquier camino con tal de que llevase a la unidad italiana, y por eso estaba dispuesto a abandonar el republicanismo. Si Carlos Alberto derrotara a los austriacos y llevara a Italia a la unidad, entonces se haría monárquico. «La cuestión fundamental y única por el momento es la expulsión del extranjero y la guerra de independencia», dijo durante una reunión de la «Joven Italia». «Yo era republicano; pero cuando descubrí que Carlos Alberto se había convertido en el campeón de Italia, juré obedecerle y seguir con fidelidad su bandera [...] Carlos Alberto es nuestro jefe, nuestro símbolo [...] No existe la salvación fuera de él»[3]. Garibaldi considera-

ba entonces a Mazzini como un idealista poco práctico. Mazzini, por su parte, creía a Garibaldi víctima de las ambiciones de la casa real piamontesa. Solo la adhesión fanática de Garibaldi a la sagrada causa de la unidad italiana puede explicar su decisión primero de servir fielmente a Carlos Alberto, a pesar de la falta de entusiasmo y posterior «traición» del rey, y segundo de servir con igual lealtad y sin pensar en recompensas personales, a su hijo y sucesor, Víctor Manuel II.

Garibaldi llegó a Roma en febrero de 1849, un mes antes que Mazzini, aunque no trajo a sus aguerridos legionarios hasta finales de abril. Mazzini y Garibaldi colaboraron estrechamente. Estaban los dos empeñados en defender a la República romana y, si perdían ante los invasores extranjeros, hacerlo gloriosamente. Mientras tanto, el papa apeló a las potencias católicas de Europa para que lo restauraran en sus dominios temporales. A mediados de mayo de 1849, los españoles, como respuesta a la llamada del papa, desembarcaron una pequeña fuerza en la desembocadura del Tíber. Los austriacos habían ocupado Toscana y la parte septentrional de la República romana, incluyendo Bolonia. El rey de Nápoles amenazaba a Roma desde una tercera dirección y había ocupado la parte meridional de la República. La campaña decisiva contra la República romana, sin embargo, no la llevó a cabo un monarca europeo, sino el ejército de otra república, la francesa. La antigua rivalidad austrofrancesa en Italia comenzaba a hacerse sentir. Luis Napoleón, recientemente elegido presidente, sabía que no podía perder más tiempo si se quería adelantar a los austriacos. El príncipe-presidente quería atribuirse en su país tanto el mérito de la restauración del papa, recibiendo así la aprobación de la Iglesia, como de la «protección» de la República al llegar a un compromiso liberal entre los ciudadanos de Roma y Pío IX. La Asamblea francesa apoyó el proyecto de Luis Napoleón de enviar una fuerza expedicionaria a Ro-

ma; así que, el 24 de abril de 1849, con el general Nicholas Oudinot al frente, 10.000 soldados franceses desembarcaron en Civita Vecchia, no muy lejos de Roma. En el campo, Oudinot fue bien recibido y esperaba una buena acogida por parte de los romanos como su protector frente a las fuerzas austriacas, españolas y napolitanas que estaban avanzando; pero en lugar de dar la bienvenida a los franceses, Mazzini y Garibaldi organizaron la defensa de la ciudad. Cuando los franceses preparaban su entrada triunfal por las puertas de Roma, vieron, con gran sorpresa suya, que disparaban contra ellos. Oudinot se dio cuenta de que no podía tomar la ciudad por asalto, porque Garibaldi ocupaba todas las posiciones ventajosas. Intentó ganar tiempo. Después de negociar durante un mes, los franceses y romanos concertaron una tregua, pero durante el tiempo que duraron las negociaciones, las tropas de Oudinot recibieron abundantes refuerzos. El nuevo Napoleón no podía aceptar una derrota militar en los comienzos de su carrera. Garibaldi también aprovechó la pausa para derrotar a los invasores napolitanos. Garibaldi estaba de vuelta en Roma cuando el 1 de junio de 1849, Oudinot terminó el armisticio. El 2 de junio los franceses comenzaron a atacar las avanzadas fortificadas de la ciudad. Para entonces Oudinot tenía a su disposición un ejército bien equipado de 30.000 hombres. El ejército ciudadano de Roma y los hombres de Garibaldi lucharon con extraordinario heroísmo, pero la habilidad táctica de Garibaldi no igualó su valor. A finales de junio la Asamblea nacional romana aceptó el hecho de que una rendición era inevitable y de que continuar la lucha llevaría a una pérdida inútil de vidas. Entregaron la ciudad a Oudinot el 3 de julio de 1849.

Los cardenales volvieron apresuradamente para terminar con la República. Se estableció un gobierno mucho más reaccionario que antes de 1848 en los Estados pontificios. Los franceses se vieron impotentes. Solo cuando toda hue-

lla de la reforma liberal hubo sido borrada, volvió el papa a Roma, en abril de 1850. Mazzini, sin embargo, pudo dejar Roma sin ser molestado. Consiguió llegar a Marsella y desde ahí viajó a Inglaterra, donde vivió como miembro del distinguido grupo de exiliados de la década de 1850. Garibaldi también dejó Roma con la intención de seguir su lucha en favor de Italia. Movilizó a unos 4.700 de sus partidarios y partió el día antes de la entrada de los franceses. Su proyecto consistía en reunir un ejército en el centro de Italia, y si esto fracasaba, dirigirse a Venecia, la última república italiana «libre». Garibaldi fue rodeado por todos los lados por cuatro ejércitos que ascendían a unos 86.000 hombres. Se enviaron tropas españolas, napolitanas y francesas para perseguirle. Los austriacos le esperaban en el norte. Con un grupo cada vez más reducido de seguidores el acosado Garibaldi marchó al Adriático. Sus esfuerzos por llegar a un lugar seguro constituyen uno de los relatos épicos del *Risorgimento.* Ni Garibaldi ni sus seguidores llegaron a Venecia. Se dispersaron. Algunos fueron fusilados; otros, capturados y puestos en libertad. Su destino fue azaroso. Garibaldi consiguió llegar a territorio de Piamonte, pero fue la huida más espeluznante de su vida. Iba con su Anita, que estaba mortalmente enferma. Encontraron a un campesino que los escondió y Anita murió. Con el corazón destrozado, Garibaldi tuvo que escapar antes incluso de su apresurado entierro. Una vez en Piamonte, Garibaldi fue encarcelado durante un breve periodo; luego, las desconcertadas autoridades reales pidieron al más famoso de los «italianos» que abandonara el país. Garibaldi embarcó en septiembre de 1849 y, finalmente, en julio de 1850, llegó a Nueva York. Parecía que su carrera había terminado. Sin embargo, sus grandes días estaban por venir.

Los últimos rescoldos de las revoluciones italianas se extinguieron con la ocupación austriaca de Venecia en agosto de 1849. Meses de bombardeos junto con los estragos de

las enfermedades y el hambre habían roto la resistencia de los venecianos, resueltamente encabezados por Daniele Manin. Cuando todo hubo terminado pareció que los esfuerzos revolucionarios habían dado poco resultado en la península. Los austriacos controlaban con más firmeza que nunca el norte y centro de Italia. El ejército piamontés había demostrado su inferioridad frente al austriaco. El papa, antes liberal, estableció un régimen reaccionario, protegido por un ejército extranjero, el francés. En el sur, Fernando reestableció su autoridad en la península y en Sicilia, y por consiguiente reasumió el gobierno del curiosamente llamado «reino de las dos Sicilias». En toda Italia, los agravios y las rivalidades locales generalmente resultaron más importantes que las cuestiones nacionales. El campesinado demostró poco entusiasmo por los revolucionarios. En todas partes los «moderados» y «socialistas» entraron en conflicto y los republicanos mazzinianos se enfrentaron con los partidarios de los gobernantes existentes. La defensa de la propiedad, o la falta de esta, era una cuestión más vital para la mayoría del pueblo que el idealismo y el patriotismo italiano. En cualquier caso, existía un sentido de patriotismo más profundo, habitualmente, con respecto a la aldea, ciudad o región que con respecto al concepto de «Italia». Como en el resto de Europa, era difícil imaginar en la década de 1850, que durante 1848-1849 los Estados italianos habían sufrido desórdenes, que durante un corto periodo había parecido posible echar a los austriacos, y que Carlos Alberto realmente, al declarar: «*Italia farà da se* (Italia se las arreglará sola)» había creído en lo que decía.

Después de su derrota en Novara, Carlos Alberto era un hombre acabado. Renunció a su trono y murió en el exilio en Portugal. Su hijo, que se convirtió en Víctor Manuel II, hizo las paces con los vencedores; pero que el joven rey defendió férreamente el gobierno constitucional y que obligó al mariscal Radetzky a suavizar las duras condiciones del ar-

misticio austriaco, es uno de los mitos de los historiadores del *Risorgimento.* De hecho, los austriacos trataron con clemencia al Piamonte y a su nuevo rey e intentaron fortalecerle contra los radicales con que tenía que enfrentarse en su propio parlamento. También se dieron cuenta de que unas condiciones duras de paz alentarían a Piamonte a buscar la ayuda de Francia. La verdad era que Víctor Manuel era muy capaz de enfrentarse con los radicales sin el apoyo de los austriacos. Cuando el principal puerto de Piamonte, Génova, se negó a aceptar las condiciones de paz, el primer ministro de Víctor Manuel, un general piamontés, bombardeó la ciudad hasta su sumisión. Para empezar, Víctor Manuel sentía escaso respeto hacia la constitución Piamontesa, el famoso *Statuto* que se había visto obligado a otorgar en la primavera de 1848, aunque la constitución sobrevivió a todo el desastre. La casa de Saboya ya no era objeto de suficiente respeto popular como para que el rey volviera a un gobierno absolutista.

Víctor Manuel era un hombre simpático, accesible y con mucho valor físico; pero en lo que respecta al trabajo cotidiano era también perezoso. Vivió pródigamente, cazando y corriendo tras sus amantes. Pese a sus rudos modales sabía cautivar a muchas personas, incluso a la reina Victoria. Poseía una especie de ruda jovialidad y honestidad que Garibaldi admiraba. Aunque no fue exactamente el caballero soldado-héroe de la leyenda del *Risorgimento,* tampoco fue Víctor Manuel ningún tonto. Era muy astuto y políticamente hábil: tranquilizó a los austriacos con su odio hacia los liberales y radicales, trabajó con dos destacados políticos conservadores y aristócratas, primeramente Massimo Azeglio hasta 1852 y luego Cavour, y al mismo tiempo nunca perdió la lealtad del orgulloso y romántico Garibaldi. Víctor Manuel deseaba fortalecer el poder real, acelerar la recuperación de Piamonte y reforzar su ejército para que su

reino pudiera luchar contra los austriacos de nuevo, pero esta vez con posibilidades de victoria.

Al iniciarse la década de 1850, el *Statuto* piamontés seguía intacto, aunque la constitución no creó una forma parlamentaria de gobierno inspirada en la británica. La monarquía piamontesa seguía poseyendo considerables poderes, pero, como iba a descubrir el rey de Prusia en la década de 1860, una política nacional expansionista imposibilitaba el retorno al absolutismo. Además, Víctor Manuel reconocía que la inteligencia y capacidad para gobernar primero de Azeglio y después de Cavour, eran indispensables para la recuperación de Piamonte.

Azeglio llevó la política de Piamonte por un camino moderadamente conservador; sin embargo, el primer ministro no dependía del apoyo de una mayoría parlamentaria. Esto se demostró claramente en 1849. Los radicales, que entonces estaban en mayoría, condenaron la paz que Víctor Manuel había firmado con los austriacos como inconstitucional. Se disolvió el parlamento pero las nuevas elecciones, en julio de 1849, dieron de nuevo una mayoría radical que siguió siendo implacablemente opuesta a una paz con Austria. Víctor Manuel y Azeglio, sin hacer caso del parlamento, firmaron el tratado de paz de Milán con los austriacos en agosto de 1849, al tiempo que una vez más disolvían el parlamento. Las elecciones de otoño, tras una vigorosa intervención real y ministerial, aseguraron por fin una mayoría en la cámara para el gobierno y el rey. Ya no existía el peligro de un golpe de Estado real y seguía habiendo un gobierno constitucional, aunque no parlamentario. Que el *Statuto* se mantuviera intacto fue la mayor contribución de Azeglio a la causa nacional italiana, porque hizo de Piamonte un dirigente aceptable para Italia más adelante.

Durante el periodo en que Azeglio ocupó la jefatura del gobierno el logro legislativo más importante fue la aboli-

ción de los amplios privilegios que la Iglesia había tenido en Piamonte. En noviembre de 1852, Cavour, el ministro más importante de la administración Azeglio, sustituyó a su jefe mediante una maniobra un tanto dudosa. Se aseguró una mayoría en el parlamento al forjar una alianza política entre un grupo de diputados moderados de centro-izquierda y los conservadores moderados, sus propios partidarios. Este acuerdo fue llamado el *connubio* –literalmente «matrimonio»–, entre los grupos de centro que pasaron a dominar desde entonces la vida parlamentaria italiana. La práctica italiana de gobierno parlamentario usualmente permitía que el mismo grupo de ministros conservara el poder durante largos periodos, basando su apoyo en alianzas políticas cambiantes entre grupos de partidos. Por el contrario, en Gran Bretaña, tras la confusión de partidos que existió en la década de 1850, surgió y predominó un sistema gubernamental bipartidista. Los medios que Cavour utilizó para conseguir el poder fueron también significativos, porque realzaron la importancia del parlamento. Bajo la experta dirección de Cavour, las normas parlamentarias se consolidaron y antes de morir Cavour en 1861, el gobierno constitucional se había transformado en un tipo de gobierno parlamentario.

El realismo político de Cavour hizo posible la unificación de Italia, pero esta no se produjo de acuerdo con un plan cuidadosamente preparado. En realidad, antes de 1860 Cavour ni siquiera concebía la posibilidad de Italia como Estado político unitario. Cuando Cavour hablaba de la independencia «italiana» quería decir independencia de la ocupación extranjera y de la influencia de Austria. Luchaba por una Italia libre, formada por Estados independientes, con un Piamonte ampliado y progresivo como el más poderoso de ellos. Se puede decir con justicia que tanto la política de Cavour como la de Bismarck una década más tarde fueron exponentes afortunados de la *Realpolitik.* La políti-

ca de Cavour se basaba en la idea de que los medios justifican los fines, de que para conseguir objetivos nacionales hay que pagar el precio que sea sin falso sentimentalismo; opinaba que hacía falta aprovecharse de cualquier oportunidad que surgiera, a menudo casual o imprevista. Ni Cavour ni Bismarck, al perseguir grandes objetivos, consideraban a la política como un fin en sí misma. No había lugar para una conciencia demasiado limpia ni un sentido demasiado fuerte de los escrúpulos morales en su comportamiento. Tras un exterior afable poco atrayente, Cavour poseía el empuje, la ambición y la dureza necesarias para intentar controlar todas las decisiones importantes como primer ministro del rey y limitar en lo posible la independencia real. Utilizaba el parlamento para refrenar la autoridad real y esta última para refrenar al parlamento en caso de necesidad. Cavour creía sinceramente en las instituciones parlamentarias, pero no en el predominio del parlamento. Deseaba mantener el sufragio limitado para permitir el voto únicamente a los ciudadanos más acomodados. Despreciaba a Mazzini por su programa democrático y revolucionario. Cavour creía que las masas necesitaban aceptar las decisiones de sus ilustrados dirigentes. No es de extrañar que uno de sus héroes fuera Oliver Cromwell. Ciertamente nunca hubiera estado de acuerdo con los posteriores Disraeli o Gladstone.

Cavour, debido a las circunstancias de su tiempo, entró en la política cuando tenía 40 años. No obstante, antes de su muerte, 13 años más tarde, había servido como primer ministro durante más de 8 y tenía talla europea. La obra de Mazzini y de Garibaldi en favor de Italia se extendió a lo largo de tres décadas; triunfos efímeros fueron seguidos por desastres hasta 1860. La influencia de Cavour duró solo un breve periodo, pero fue una sucesión de brillantes éxitos. Sus orígenes favorecieron su ascensión en Piamonte. Nació en el seno de una conocida y rica familia aristocrática. Des-

pués de una temporada desastrosa en una academia militar y de un breve periodo de servicio militar, se preparó estudiando reformas prácticas en Francia y Gran Bretaña. En Piamonte no había sitio para un político conservador reformista que deseaba transformar el absolutismo del monarca piamontés en una monarquía constitucional más limitada como la que existió en la Francia de Guizot durante el reinado de Luis Felipe. En el Piamonte de entonces no hubo sitio en la política para hombres capaces durante los primeros años del reinado de Carlos Alberto porque no existía una vida política. Llevar a cabo sin más las directrices del rey no cuadraba con la personalidad voluntariosa o las creencias políticas de Cavour. Se mantuvo apartado de la política revolucionaria conspirativa y dedicó gran parte de sus energías a introducir mejoras agrícolas en las extensas tierras familiares que administraba. Pero también mantuvo vivo su interés por el mundo que había más allá del provinciano Piamonte con sus estudios de los aspectos políticos y sociales del Estado moderno.

La vitalidad de Cavour comenzó a encontrar un cauce político cuando en 1847 Carlos Alberto concedió la libertad de prensa. Sus intereses se ampliaron durante los emocionantes meses revolucionarios del año siguiente. Se convirtió en redactor jefe de un nuevo periódico, *Il Risorgimento,* que predicaba el mensaje de que los gobernantes italianos debían cooperar para expulsar al extranjero de la península italiana. El *Statuto* otorgado por Carlos Alberto en la primavera de 1848 permitió a Cavour presentarse a las elecciones al parlamento y al segundo intento fue elegido diputado conservador de Turín. Apoyó la política de Carlos Alberto de atacar Austria en 1848, pero no se le relacionó con la derrota de Piamonte porque no había sido partidario de una reanudación de la guerra en la primavera de 1849. Consiguió un cargo en el gobierno de Azeglio en octubre de 1850. Ocupó el puesto de ministro de marina, de agri-

cultura, de comercio y un poco más tarde también de finanzas, convirtiéndose pronto en el miembro más importante de la administración. Para conseguir el poder intrigó con la oposición parlamentaria contra Azeglio. Después de que las relaciones con Azeglio se hicieran imposibles, dejó el gobierno y el país durante unos meses. Pero fue llamado de nuevo y en noviembre de 1852 sustituyó a Azeglio como primer ministro. Entonces pudo poner en práctica las creencias políticas que había definido en 1835: «Cuanto más observo el curso de los acontecimientos y el comportamiento de los hombres, más convencido estoy de que el *juste-milieu* es la única política acertada en las circunstancias, capaz de salvar la sociedad de las dos rocas que amenazan con romperla: la anarquía y el despotismo»[4]. No se oponía al cambio, pero este tenía que estar justificado por unas necesidades prácticas. Aunque emotivo cuando defendía sus propios principios conservadores, desconfiaba de las emociones de los otros y de lo que consideraba la pasión destructiva de los conflictos de partido. Al intentar en la década de 1850 evitar este desarrollo de los conflictos de partido disponiendo el apoyo de una coalición centrista de grupos parlamentarios estaba, por supuesto, malinterpretando el proceso parlamentario contemporáneo británico, que declaraba admirar tanto.

Cavour sentía un odio y un desprecio especiales por los revolucionarios republicanos, los partidarios de Mazzini, cuyos «prejuicios vergonzosos y odiosos» tendrían, en su opinión, que ser derrotados a toda costa para que Piamonte e Italia caminaran hacia un futuro mejor. En esto estaba, incluso, dispuesto a hacer causa común con los austriacos. Estaba decidido a desacreditar los esfuerzos insurreccionales de Mazzini. En 1853, cuando Mazzini organizó un levantamiento en Milán, las autoridades piamontesas arrestaron a sus partidarios en Piamonte y es posible que incluso dieran previo aviso a los austriacos. Con gran desconcierto

por parte de Cavour, los austriacos expresaron públicamente su agradecimiento por la ayuda piamontesa. Porque era aquella una buena obra que Cavour deseaba llevar a cabo en secreto.

Comparado con el resto de Europa occidental, el desarrollo económico de Piamonte fue lento, pero en contraste con los otros Estados italianos, bajo la jefatura de Cavour, se colocó en primer lugar, rebasando incluso a la Lombardía austriaca. Piamonte era predominantemente agrícola. La «Revolución industrial» no había progresado mucho en la península italiana. En la década de 1850 estaba limitada, en el norte de Italia, a Piamonte y Lombardía. Allí se habían construido algunas fábricas donde mediante un proceso industrial se convertía la seda cruda en fibra para tejer. Esta fibra de seda se exportaba al extranjero. Antes de 1860 solo había surgido un embrión de industria metalúrgica en Génova, Milán y Turín, basada en el uso del hierro y el acero. La política de Cavour de librecambio y finanzas públicas sin duda estimuló el crecimiento de la economía piamontesa pero el progreso fue lento, incluso en el desarrollo de los ferrocarriles, que fueron los que se beneficiaban más directamente de la ayuda gubernativa. En 1860, Piamonte poseía 819 kilómetros de líneas ferroviarias, Lombardía 522 y el resto de la península italiana junta solo 451 kilómetros. A pesar de todos los esfuerzos de Cavour en las finanzas y comercio, conviene no exagerar los progresos económicos alcanzados por Piamonte en la década de 1850.

Para conseguir un Piamonte más poderoso, Cavour gastó dinero en reforzar la marina y el ejército; no obstante era consciente de que sin ayuda extranjera, las fuerzas armadas de Piamonte no tendrían ninguna probabilidad de éxito en una nueva guerra con Austria. Tampoco creía que un movimiento popular italiano fuera decisivo en una guerra. Sin embargo, un movimiento de este estilo podía ser útil para

que Cavour manipulara la opinión italiana en el norte y centro de Italia a fin de crear unas condiciones favorables para su agresiva diplomacia. Parece que Cavour alentó en secreto a un grupo de patriotas de izquierda, cuyos miembros más destacados eran Manin, Giorgo Pallavicino y Giuseppe La Farina, que organizaron la Sociedad Nacional en 1857. La Sociedad Nacional propagó la idea de que solo Piamonte y su monarca podían proporcionar la dirección y la fuerza necesarias para derrotar a los austriacos. Por consiguiente había que renunciar al republicanismo y al programa revolucionario de Mazzini. Garibaldi fue el dirigente de más importancia que cooperó con la Sociedad Nacional y así se formó un tenue eslabón entre él y Cavour.

Cavour no se hacía ilusiones acerca de la fortaleza de Piamonte. No era posible echar a Austria de Lombardía y Véneto sin la ayuda de Francia. Tampoco sería la diplomacia la que conseguiría este resultado. En París, en 1856, Cavour supo que Gran Bretaña se oponía a una guerra en Europa, mientras que Napoleón III, aunque cauteloso y vacilante, deseaba deshacer el acuerdo de 1815. Cavour tuvo que esperar el momento oportuno para Napoleón III de «hacer algo por Italia». Lo que quería decir Napoleón III con esta frase es algo oscuro. Lo cierto es que no tenía intención de crear un Estado italiano unificado. Desde luego fue coherente en su oposición tanto al republicanismo de Mazzini como a la obsesión de Garibaldi por la unidad italiana.

El intento de asesinato por parte de Orsini, en enero de 1858, del emperador y la emperatriz camino de la ópera (véase cap. X) pareció ser la señal del destino que Napoleón III esperaba para seguir una política más activa en Italia, destinada a reconstituirla bajo el patronazgo francés siguiendo las líneas anteriormente establecidas por su tío. Napoleón III y Cavour se encontraron de manera secreta y clandestina en el pequeño balneario francés de Plombières

en julio de 1858. Allí proyectaron una nueva guerra contra Austria. Gracias a una carta que Cavour envió a Víctor Manuel, se ha conservado un relato detallado de sus conversaciones.

Cavour informaba: «Tan pronto como entré en el despacho del emperador, este planteó la cuestión que era el objeto de mi viaje. Comenzó diciendo que había decidido apoyar a Piamonte con todo su poder en una guerra contra Austria, con tal que la guerra fuera emprendida con fines no revolucionarios que pudieran estar justificados a ojos de los círculos diplomáticos y todavía más a ojos de la opinión pública francesa y europea». Luego, Cavour y Napoleón III hablaron de los diversos pretextos que podrían ser utilizados para incitar a los austriacos a la guerra y hacerlos pasar por culpables. Era una *Realpolitik* totalmente cínica, y finalmente dio resultado. En este sentido hubo una especie de justicia rudimentaria en el hecho de que doce años más tarde el emperador mismo cayera víctima de un *Realpolitiker* tan poco escrupuloso como él, pero más habilidoso. No es necesario entrar en detalles para explicar cómo los dos finalmente encontraron una excusa en una insurrección en el territorio gobernado por el reaccionario duque de Módena. Cavour admitió que después de considerar cada Estado italiano por separado a fin de buscar «fundamentos para la guerra fue muy difícil encontrar uno».

Cavour y el emperador hablaron entonces de la redistribución del territorio en Italia. Napoleón III pensaba que Fernando de Nápoles y el papa pondrían dificultades. Cavour contestó que sería fácil que el papa siguiera en posesión de Roma por medio de una guarnición francesa mientras se permitía que las provincias de Romaña se sublevasen. Añadió que no hacía falta preocuparse por el rey de Nápoles, que sus súbditos podrían deshacerse de él si querían y Napoleón III tragó el anzuelo diciendo que le gusta-

ría ver al hijo de Murat, Lucien, en el trono napolitano. Así que los dos «decidieron el destino de Italia». Sujeto a modificación, acordaron que el «valle del Po, la Romaña y las Legaciones formarían el reino de la Alta Italia bajo la Casa de Saboya». Piamonte recibiría Lombardía, el Véneto y parte de los Estados pontificios. «Roma y sus alrededores más próximos se dejarían al papa. El resto de los Estados pontificios, junto con Toscana, formaría un reino de Italia central. La frontera napolitana permanecería intacta. Estos cuatro Estados italianos formarían una confederación siguiendo el modelo del *Bund* alemán, cuya presidencia se entregaría al papa para consolarlo por la pérdida de la mayor parte de sus Estados»[5]. Por supuesto, con un equilibrio de poder en Italia alterado por este proyecto, no cabía duda de que predominaría Piamonte. Es importante señalar que ni Cavour ni Napoleón III pensaron en establecer un Estado italiano unitario. Los objetivos de Cavour eran más limitados: ampliar Piamonte y expulsar a los austriacos. Napoleón III quiso saber luego lo que Francia conseguiría y propuso que Piamonte cediera Saboya y Niza. Cavour accedió a ceder Saboya, basándose en el principio de la nacionalidad, y añadió que este mismo principio dificultaba la entrega de Niza. Napoleón III accedió a dejar esta «cuestión secundaria» para una consideración posterior. El precio final que exigió Napoleón III fue el matrimonio de la joven e inocente hija de Víctor Manuel con su disoluto primo, el príncipe Napoleón. Cavour y Napoleón III también examinaron los aspectos militares de cómo se podría ganar la guerra. El emperador opinaba que sería necesario un esfuerzo considerable antes de que los austriacos se reconocieran derrotados y renunciaran a sus territorios italianos. Pensaba que hacía falta un ejército de 300.000 hombres. Cavour solo podía prometer 100.000 soldados italianos de primera línea. Desde el principio tanto Napoleón III como Cavour aceptaron que la carga de la lucha recayera con más

fuerza sobre los franceses que sobre sus aliados, al igual que había ocurrido en Crimea.

Ha valido la pena considerar con detalle lo que pasó en Plombières porque el acuerdo a que allí se llegó proporcionó las directrices que siguió Cavour en su política italiana hasta 1860. El acuerdo de Plombières fue formalizado en un tratado secreto franco-italiano en enero de 1859 y a la hija de Víctor Manuel la casaron con el príncipe José Carlos Napoleón. Sin embargo, al tratado franco-piamontés se le puso fecha de diciembre, para que la entrega de la hija de Víctor Manuel al lecho matrimonial del príncipe Napoleón no se viera como parte del acuerdo general diplomático y territorial. El tratado secreto añadía Niza a Saboya como adquisición de Francia y abandonaba la idea de una federación italiana encabezada por el papa.

A pesar de la alianza francesa, la tarea de Cavour continuó siendo de extrema dificultad. Napoleón III vacilaba continuamente. Un llamamiento popular en favor de la liberación de los Estados italianos era un requisito previo para justificar una intervención piamontesa y francesa. No obstante, cualquier cosa que se pareciera a un movimiento revolucionario al estilo de Mazzini era anatema para Napoleón III y Cavour. Cavour buscó algún apoyo en la izquierda y en Garibaldi, pero deseaba refrenar sus intransigentes opiniones sobre la unidad italiana, que ignoraban la realidad diplomática europea. El éxito dependía, concluyó Cavour, de no enemistarse con Napoleón III, cuyas condiciones de ayuda habían sido claramente especificadas en Plombières.

Garibaldi visitó en secreto Turín a finales de febrero de 1859, invitado por Cavour. Cavour también organizó un encuentro entre Garibaldi y Víctor Manuel. Garibaldi fue informado de los planes para la guerra en primavera y él se ofreció para entrenar y alistar voluntarios. Garibaldi aban-

donó entonces a los mazzinianos y accedió a obedecer al rey. Esta alianza entre el rey y Garibaldi resultaría de una importancia trascendental en 1860. Sin embargo, el plan de que Garibaldi, encabezando una fuerza guerrillera, entrara en Módena para comenzar una guerra salió mal, y Cavour pensó que todo estaba perdido cuando las potencias europeas intervinieron para mantener la paz. En marzo de 1859 los rusos propusieron un congreso europeo para resolver los asuntos de Italia. En abril, los británicos hicieron un llamamiento a Piamonte en favor del desarme a cambio de su admisión en el proyectado congreso. Y lo peor de todo era que Napoleón se inclinaba a ceder e insistía en que Cavour aceptase el desarme; pero los austriacos ahora deseaban demostrar que Piamonte se había rendido a Austria en Italia y no a las potencias europeas, que amenazaban con tratar «Italia» y por consiguiente el papel de Austria en ella, como una cuestión europea. Los Habsburgo no tenían la menor intención de ser equiparados a los turcos. Cavour vio su oportunidad y rechazó el ultimátum. Los austriacos estaban decididos a luchar contra las ideas nacionalistas, pero la eficacia del ejército de los Habsburgo no correspondía a las resoluciones del emperador. Austria declaró la guerra el 29 de abril de 1859 y los austriacos avanzaron rápidamente en Piamonte. El 3 de mayo, Napoleón III anunció que ayudaría a los piamonteses y declaró la guerra a Austria.

El resultado de la guerra de 1859 fue importante, no solo para Italia, sino también para Europa. Aunque unificada, Italia significó poco más para el equilibrio militar de Europa después de 1860 de lo que antes había significado Piamonte; la guerra de 1859 señaló la victoria del nacionalismo sobre la tutela de las grandes potencias. La desintegración del «concierto europeo» se estaba acelerando de manera manifiesta. Fue esta también la primera guerra en que los nuevos ferrocarriles tuvieron un papel crucial en el transporte de tropas al frente. Los franceses consiguieron hono-

res en los combates y el ejército de Napoleón III confirmó la reputación de Francia como primera nación militar de Europa. Pero las apariencias engañaban un tanto. La superioridad es un asunto relativo. La máquina francesa de guerra de 1859 no fue un ejemplo de espléndida organización, más bien lo contrario. La velocidad con que se podían reunir y llevar tropas al campo de batalla en la época del ferrocarril exigía una cuidadosa planificación y atención a los detalles mucho antes del comienzo de la guerra. En este aspecto, Napoleón III falló lamentablemente. El ejército francés no tardó en llegar a Lombardía, pero lo hizo acompañado de una gran confusión, sin tiendas de campaña, ollas para guisar o munición. No había vendas para los heridos y era necesario pedir prestadas provisiones a los italianos. Desde Génova el emperador telegrafió a París su asombro: «Hemos enviado un ejército de 120.000 hombres a Italia antes de haber reunido provisiones. Esto es lo contrario a lo que deberíamos haber hecho». Sin embargo la infantería francesa salió vencedora; bien entrenada y con experiencia adquirida en Argelia, superó el obstáculo de la falta de un estado mayor eficaz y de la incompetente dirección militar de Napoleón III.

Napoleón III mandó personalmente los ejércitos en Lombardía a mediados de mayo de 1859 y lo mejor que se puede decir de este hecho es que dejó en segundo lugar a la dirección militar de Víctor Manuel, todavía más incompetente. Los planes piamonteses de movilización fueron peores que los franceses. Hubo falta de provisiones y en lugar de 100.000 solo se pudieron reunir 60.000 soldados de primera línea y estos solo a base de tiempo.

Los austriacos, sin embargo, estuvieron demasiado mal dirigidos y organizados para aprovecharse de la debilidad de Piamonte a comienzos de la guerra. Fue necesario dejar un cuerpo de ejército en Hungría para hacer frente a una

prevista sublevación húngara. Las tropas húngaras e italianas resultaron poco fiables y muchos hombres desertaron. Además, el emperador Francisco José calculó mal la posición diplomática y la fuerza militar de Austria. Estaba convencido de que Prusia, como «potencia alemana», se uniría a la guerra contra Francia. Incluso creyó que Gran Bretaña y Rusia intervendrían en favor de Austria. Luego, al comenzar la guerra, el ejército austriaco, al mando del general Férencz Gayalaí, no atacó a los piamonteses, más débiles, antes de que llegaran los franceses. Los austriacos dejaron que los franceses concentraran sus fuerzas y sufrieron dos derrotas en Magenta, el 4 de junio, batalla librada exclusivamente entre los austriacos y los franceses, y en Solferino, el 24 de junio, donde los franceses, esta vez apoyados por los piamonteses, nuevamente hicieron el mayor esfuerzo. Solferino fue notable por la carnicería que allí se produjo. El joven emperador austriaco quedó tan impresionado que dijo: «Más vale perder una provincia que pasar por una experiencia tan horrible otra vez». Napoleón III y Víctor Manuel estaban igualmente angustiados ante los sufrimientos: no obstante la guerra en ningún modo había terminado desde el punto de vista militar. Los austriacos se habían retirado ordenadamente a la formidable fortaleza del Cuadrilátero.

Napoleón seguramente temía encontrarse atascado en una situación igual a la de Crimea. Mantener el ejército francés intacto en Lombardía, por no hablar de reforzarlo y equiparlo para tomar por asalto las defensas austriacas, requeriría muchas más tropas y un gran esfuerzo. Entretanto, Napoleón III se sentía expuesto en el Rin debido a la movilización parcial de Prusia el 14 de junio. La contribución militar piamontesa e italiana, además, resultó desalentadora y quedó muy por debajo de las promesas de Cavour. Tampoco podía Piamonte pagar el coste de la compañía de Napoleón como se había comprometido a hacer. Napoleón III

se arriesgaba a provocar reacciones hostiles en su país si continuaba la guerra con resultado incierto y temía que, de prolongar la guerra, alentaría a las fuerzas de la revolución en los Estados pontificios y en otros lugares. No merecía la pena arriesgarse tanto por los «italianos», ni por adquirir Saboya y Niza. Napoleón III salió del apuro con destreza diplomática. Persuadió a Francisco José de que hiciera la paz y a Víctor Manuel de que aceptara sus condiciones, que daban a Piamonte la considerable conquista territorial de Lombardía, aunque los austriacos conservaban tanto Mantua y Peschiera como el Véneto. Víctor Manuel, que había arriesgado mucho, pero que, con gran disgusto por su parte, había sacrificado menos que los franceses en el campo de batalla aceptó el acuerdo sin consultar a Cavour. El 8 de julio se firmó un armisticio y luego en Villafranca, el 11 de julio de 1859, se acordaron los preliminares de la paz. Para no herir la susceptibilidad de los Habsburgo, Lombardía fue cedida a Napoleón III y luego entregada por el emperador a Víctor Manuel. Por tanto, Austria, en 1859, no se vio excluida de Italia. De acuerdo con el Tratado de Villafranca, los gobernantes de los ducados de Toscana, Parma y Módena serían restaurados, aunque no quedaba claro cómo. Napoleón III que no había cumplido todas las promesas hechas en Plombières, por su parte no insistió en que Piamonte le cediera Saboya y Niza.

Cavour no llegó al cuartel general de Víctor Manuel hasta el 10 de julio, después de que se hubieran tomado las decisiones cruciales. Pidió que Piamonte siguiera luchando solo. Víctor Manuel se negó. Después de una tempestuosa entrevista, Cavour, furioso, dimitió. Las apreciaciones de Cavour fallaron en más de un aspecto: Villafranca no terminó con el movimiento que desembocaría en la expansión de Piamonte y la final unificación de Italia. Más tarde, Víctor Manuel y Cavour dieron crédito a la leyenda de que Napoleón III se había comportado de modo traicionero a espal-

das de los piamonteses al llegar a un acuerdo con los austriacos para terminar la guerra. Esta versión de la historia del *Risorgimento* encubría convenientemente el consentimiento dado por Víctor Manuel al término de la contienda, los fallos militares de los piamonteses y la falta de adhesión casi total de los «italianos» de fuera del Piamonte a la causa italiana.

Cavour dejó su cargo desde mediados de julio de 1859 hasta mediados de enero de 1860, creyendo que su labor de convertir a Piamonte en la potencia predominante en la península había fracasado. Opinaba que Austria había perdido una batalla y unos territorios, pero no su posición como potencia italiana. Cavour no se daba cuenta de que había conseguido mucho más de lo que autorizaban los acuerdos de Villafranca. La clave de la futura expansión de Piamonte estaba en el destino de los ducados italianos centrales. Los austriacos, después de Magenta y Solferino, ya no esperaban restaurar mediante la fuerza a los gobernantes de Parma, Módena y Toscana. De los ducados, Toscana, con capital en Florencia, era el más importante. El estallido de la guerra entre Piamonte y Austria en abril de 1859 fue la señal para una revolución en Toscana y el gran duque Leopoldo huyó del ducado. Se formó un gobierno provisional que ofreció la «dictadura» –un cargo respetable y honorable en aquella época– a Víctor Manuel. Consciente este de la susceptibilidad de Napoleón III, la rechazó, pero aceptó el mando nominal del ejército toscano. A mediados de junio de 1859, la duquesa de Parma y el duque de Módena siguieron el camino del gran duque de Toscana. Sin aceptar la jefatura formal, Víctor Manuel envió administradores piamonteses y ocupó el territorio. La ocupación piamontesa también se extendió hacia la región más septentrional de los dominios papales, llamada unas veces Romaña y otras las Legaciones, cuyas ciudades principales, Bolonia y Ferrara, habían pedido a Víctor Manuel que asumiera el control.

Después de Villafranca, el ejército piamontés se retiró de la Romaña y de los tres ducados. Pero los agentes y la influencia piamonteses continuaron actuando a través de los dirigentes locales, de los cuales el más importante fue el barón Bettino Ricasoli; estos agentes prepararon el camino para la posterior anexión piamontesa. En agosto de 1859, el gobierno provincial de Toscana celebró elecciones y convocó una asamblea que votó que Toscana debía ser anexionada por Piamonte, a pesar de Villafranca. Cuando se firmó el tratado final de paz de Zúrich entre Francia, Piamonte y Austria, el 10 de noviembre de 1859, los derechos de los gobernantes de los ducados se defendieron solo en teoría; el tratado no contenía disposiciones prácticas para su restauración. De hecho, la posibilidad de una restauración era casi nula a menos que Napoleón III insistiera en ello. Los ducados se convirtieron en escenario de complejas intrigas entre las facciones opuestas durante el otoño e invierno de 1859.

Fue Cavour, cuando volvió al poder en enero de 1860, quien finalmente completó las maniobras diplomáticas que condujeron a la anexión de los ducados y la Romaña. La preferencia de Napoleón III por los acuerdos de Villafranca había cerrado hasta entonces el camino. El apoyo británico a la política de anexión piamontesa contribuyó a persuadir a Napoleón III, pero Palmerston se puso furioso al descubrir que Cavour había llegado a un entendimiento por su cuenta con los franceses. Una vez más, Cavour ofreció Niza y Saboya al emperador a cambio de su apoyo para anexionarse los ducados y la Romaña. Se organizaron plebiscitos en marzo de 1860 y los ducados y Bolonia votaron abrumadoramente en favor de la unión con Piamonte. Mientras tanto, los franceses se aseguraron Saboya y Niza ocupando estos territorios primeramente y después, en abril, organizando plebiscitos tras su ocupación. Apenas se oía hablar del establecimiento de una federación italiana, y todavía en

1860 Cavour no creía que un Estado unitario italiano fuera una posibilidad realista.

Ningún periodo del *Risorgimento* fue más extraordinario que su clímax final. La red de intrigas y duplicidades llegó a ser tan compleja que los historiadores continúan discutiendo las relaciones y motivaciones de Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi. Las pruebas que existen pueden dar pie a varias interpretaciones. La versión patriótica es que Cavour era sabio y prudente; que para evitar una intervención europea simulaba contener a Garibaldi mientras que le ayudaba secretamente y apoyaba la expedición de los Mil. Alternativamente se puede presentar a Cavour como un decidido enemigo de Garibaldi y, sobre todo, del sueño mazziniano de revolución y unificación porque ambas estaban unidas inseparablemente. Así que, mientras fingía ayudar a la expedición de Garibaldi, hacía secretamente todo lo que podía para asegurar su fracaso. Lo que no se puede poner en duda es el carácter personal de la rivalidad que sentía Cavour hacia Garibaldi. La Italia que Cavour concebía era muy distinta de la que anhelaban Garibaldi y los que le rodeaban.

En abril de 1860, Garibaldi estaba dispuesto a una nueva acción, esta vez desafiando a Víctor Manuel y Cavour. Garibaldi estaba furioso por la intención piamontesa de ceder Saboya y Niza. Proyectaba una intervención directa; encabezaría una expedición desde Génova hasta Niza y destruiría las urnas el día del plebiscito. Pero en lugar de poner rumbo a Niza, le persuadieron para que atacara las fuerzas reales napolitanas en Sicilia, donde había comenzado precariamente un levantamiento. Más tarde iría aumentando debido al odio de los sicilianos hacia los napolitanos y de los campesinos hacia sus terratenientes. Garibaldi pidió ayuda a las autoridades piamontesas, sobre todo en forma de rifles modernos y municiones. Cavour le negó toda ayuda. Pero,

enfrentado a una crisis en Turín por la cesión de Saboya y Niza, Cavour no se atrevió a hacerse más impopular vetando y prohibiendo públicamente la marcha de Garibaldi. Según otro relato posterior, Cavour intentó persuadir a Víctor Manuel de que arrestara a Garibaldi, pero era demasiado tarde, puesto que este ya había embarcado. De todos modos, la falta de cooperación por parte de Piamonte retrasó la salida de Garibaldi hasta el 5 de mayo de 1860. Sin embargo, para entonces el número de voluntarios de Garibaldi había pasado de los 200 de un principio a algo más de 1.000.

Camino de Sicilia, Garibaldi desembarcó una pequeña fuerza de diversión en Toscana, con instrucciones de atacar a los Estados pontificios provocando así la alarma de Napoleón III sin pretender nada más. El 11 de mayo, los Mil de Garibaldi, o por ser exactos los 1.090, si incluimos a su amante, la única mujer de la expedición, desembarcaron sin oposición en Marsala, en la costa de Sicilia. En la isla se enfrentaron con unos 25.000 soldados napolitanos. No obstante, en menos de un mes, el 6 de junio, el ejército napolitano había sido derrotado y a finales de julio había aceptado la capitulación y evacuación de Sicilia. La victoria de Garibaldi fue una de las más extraordinarias en la historia de la guerra, conseguida por una fuerza mal equipada de guerrilleros, tal vez comparable a las hazañas de los conquistadores españoles del siglo XVI. La audacia de Garibaldi y la incompetencia de los generales napolitanos es una explicación. Otra, e importante, es la naturaleza de la bárbara guerra civil. Bandas de despiadados sicilianos que deseaban vengarse de la brutalidad de los soldados napolitanos sembraron el miedo entre estos. Fue una lucha sangrienta y terrible, que no se limitó simplemente al enfrentamiento entre unas tropas rivales. El levantamiento de los campesinos contra la opresión de sus terratenientes apoyados por los Borbones fue más importante para el derroca-

miento del gobierno borbónico que los sentimientos patrióticos.

Aunque Garibaldi había partido de Génova como el supuesto campeón de «Víctor Manuel e Italia», se negó a entregar inmediatamente la isla a su monarca. Sus razones eran de peso. Necesitaba Sicilia como base para atacar la península y estaba seguro de que Cavour lo impediría si Sicilia fuera administrada por Piamonte. Por tanto, Garibaldi se convirtió en «dictador» de Sicilia. Como dictador se negó a apoyar la revolución social de los campesinos que había contribuido tan poderosamente al derrocamiento de los Borbones. Garibaldi tenía una sola obsesión: la unidad italiana. La rivalidad entre Cavour y Garibaldi alcanzó nuevas cimas. Cavour estaba sorprendido de que la loca aventura de conquistar Sicilia de Garibaldi hubiese tenido éxito. Para anticiparse a la conquista por este del resto del reino napolitano, Cavour hizo un malogrado intento de inspirar una revolución conservadora en Nápoles a favor de Víctor Manuel. Mientras tanto, la marina piamontesa recibió la orden de impedir que Garibaldi y sus Camisas Rojas cruzaran el estrecho de Mesina. Cavour deseaba que Piamonte y su monarquía constitucional y conservadora cosecharan todo el mérito por la conquista de los Estados italianos. Una unificación basada en un movimiento revolucionario encabezado por el carismático Garibaldi, aunque este actuara en nombre de Víctor Manuel, empequeñecería a Piamonte, pensaba Cavour, y el conservadurismo y las instituciones ilustradas de Piamonte serían barridas por el espíritu revolucionario.

Los británicos estaban igualmente preocupados. Palmerston temía que la aventura de Garibaldi desembocara finalmente en un aumento de la influencia francesa en el Mediterráneo, porque Cavour podría llegar a un nuevo acuerdo con Napoleón III para ayudarle a impedir más vic-

torias de Garibaldi en el sur. Por tanto, el entusiasmo del pueblo británico no era compartido por su realista primer ministro, que calculaba los efectos de unos cambios inesperados en Italia en el equilibrio de poder. Napoleón III era tan opuesto como Cavour a la revolución que Garibaldi estaba provocando. El éxito de Garibaldi al derrotar y echar a las restantes tropas napolitanas de Mesina en julio de 1860 espoleó a Napoleón III, Víctor Manuel, Cavour y el gabinete británico a proyectar frenéticamente una acción. Los británicos y los franceses se anularon mutuamente debido a su recelo. Gran Bretaña no accedería a una acción naval conjunta con los franceses para impedir que Garibaldi pasara a la península. Napoleón III dudaba en actuar solo. En este punto la intriga se enredó tanto que probablemente nunca será posible establecer con certeza lo que ocurrió. Cavour seguía ocultamente por lo menos tres políticas alternativas y contradictorias. La actuación de su monarca era igualmente tortuosa. El 22 de julio de 1860, Víctor Manuel envió a su oficial de servicio, el conde Litta, a Sicilia con una carta para Garibaldi ordenándole que no pasara a la península. Sin embargo, muchos años más tarde, entre los papeles de Litta se encontró una segunda carta *sin abrir* en que el rey decía a Garibaldi que no hiciera caso de la primera carta. Una explicación plausible es que la primera carta fue escrita siguiendo las instrucciones de Cavour y que la segunda era un mensaje secreto para ser comunicado verbalmente a Garibaldi, que sería confirmado mediante la entrega efectiva de la carta solo si Garibaldi insistía. Otra es que Víctor Manuel estaba apoyando y engañando tanto a Cavour como a Garibaldi en su determinación de aliarse con el que triunfase a la postre. O tal vez Cavour supo siempre que el rey simpatizaba con Garibaldi.

Garibaldi terminó con las especulaciones y cortó el nudo gordiano con la rapidez y derechura de sus maniobras militares. Con 3.360 hombres y dos buques de vapor, el *Torino*

y el *Franklin,* burló a la marina napolitana y llevó su pequeño ejército a través de los estrechos hasta Calabria, donde desembarcó en Melito el 19 de agosto. Después de los primeros días de violentos combates, Garibaldi recibió refuerzos de Sicilia y a pesar de contar con menos efectivos que las tropas reales napolitanas, las derrotó; todos los campesinos pobres del sur de Calabria se pusieron del lado de Garibaldi. La oposición militar sufrió un colapso frente a la sublevación campesina y a la reputación de Garibaldi. Este se dirigió rápidamente al norte, a Nápoles, anticipándose al grueso de sus tropas. A principios de septiembre de 1860 el rey se retiró de Nápoles hacia el norte. La entrada triunfal de Garibaldi tuvo un toque de ópera bufa. Arriesgándose de un modo increíble, aceptó el gobierno de la ciudad y se adelantó a sus tropas por una de las pocas líneas ferroviarias italianas, desde Salermo hasta Nápoles. Llegó con solo treinta compañeros el 7 de septiembre y fue recibido espectacularmente, aceptando la transferencia de poderes de esta ciudad de medio millón de habitantes. Hasta entregar el poder a Víctor Manuel, el 8 de noviembre de 1860, Garibaldi gobernó el reino de Nápoles como dictador, a excepción de la fortaleza real en la región del norte. Garibaldi pudo contener a las tropas borbónicas leales al rey Francisco, pero estas eran demasiado fuertes como para que se pudiera pasar a través de ellas y, por esta razón, impidieron el paso de Garibaldi a los Estados pontificios. La lealtad de las tropas napolitanas a los Borbones permitió que Cavour dominara de nuevo la situación.

La única manera de restablecer el predominio de Piamonte era haciendo que el ejército piamontés avanzara por los Estados pontificios hasta el reino de Nápoles y que Víctor Manuel tomara el poder, aun a riesgo de una guerra civil. Napoleón III estaba medio convencido de la necesidad de permitir esta gran extensión de los dominios piamonteses para detener la revolución de Garibaldi, pero continua-

ba siendo imprevisible. Cavour decidió afrontar el riesgo. A mediados de septiembre, las tropas piamontesas invadieron el territorio que todavía estaba bajo dominio papal. Los súbditos del papa que se opusieron a la invasión fueron fusilados como traidores. Así pues, la unificación italiana no se realizó simplemente como un glorioso movimiento popular. Miles de «italianos» lucharon a favor de sus gobernantes, de modo que la historia real de la unificación comprende episodios de guerra civil con su amargura y salvajismo habituales. No obstante, el gabinete británico, en la famosa nota de Russell del 27 de octubre de 1860, defendió las acciones de Víctor Manuel de derrocamiento de los gobernantes italianos y esto prestó a Piamonte cierto apoyo frente a las reacciones generalmente hostiles de los monarcas europeos. Los plebiscitos fueron el mecanismo para legitimar la agresión de Víctor Manuel. Se celebraron en Sicilia y la península napolitana (y también en los Estados pontificios ocupados por Piamonte) y dieron resultados abrumadoramente favorables a la anexión por Piamonte.

En octubre, las tropas piamontesas llegaron al reino napolitano y el 26 de octubre se encontraron Víctor Manuel y Garibaldi. Fue un momento dramático. Garibaldi se quitó el sombrero y saludó al monarca de modo teatral con las palabras: «Saludo al primer rey de Italia». La prosaica respuesta de Víctor Manuel fue decepcionante, al igual que el resto de la historia del *Risorgimento:* «¿Cómo estás, querido Garibaldi?». Garibaldi estaba, por primera vez, en una posición subordinada. Pronto encontró que esto era difícil de aceptar y el ejército real piamontés no facilitó las cosas tratando a la abigarrada tropa de los garibaldinos con escaso respeto. El 8 de noviembre, Garibaldi renunció a su dictadura y entregó formalmente el poder a Víctor Manuel. Al día siguiente se marchó tranquilamente a su casa en la isla de Caprera, rechazando los honores que el rey quiso conferirle. Su contribución a la unidad italiana había sido inmen-

sa, pero Víctor Manuel estaba tan decidido como Cavour a que Garibaldi se viera obligado a retirarse de la vida política activa con grandes honores si así lo deseaba, o sin ellos si no.

Al dejar Nápoles, la labor de Garibaldi por Italia se terminó aunque vivió otros 22 años. En 1862, en Aspromonte, el incorregible dirigente revolucionario intentó otra insurrección para apoderarse los Estados pontificios. Esta vez fue derrotado y herido por las tropas italianas. Pasó un breve periodo en la cárcel y luego fue puesto en libertad. Se había convertido en una leyenda, una histórica y heroica figura del pasado.

A Cavour no le quedaban muchos meses de vida tras la unificación, pero presenció la derrota de las ideas de Mazzini. La constitución piamontesa se hizo extensiva al resto de Italia. Se eligió un parlamento y el 17 de marzo de 1861 Víctor Manuel fue proclamado rey de Italia. Garibaldi había forzado a Cavour a abrazar la causa de la unidad italiana. Pero ni Piamonte ni «Italia» podrían haber conseguido la derrota de Austria. La alianza francesa hizo posible la unificación y esto fue obra de Cavour.

La obra de Cavour sobrevivió a su muerte, ocurrida el 6 de junio de 1861. Sus tradiciones y visión política fueron proseguidas por sus sucesores. Italia continuó siendo una monarquía y no se convirtió en una república. El anticlericalismo de Piamonte se extendió al resto de Italia. Al igual que en Piamonte durante la época de Cavour, también en Italia el gobierno era constitucional y centralizado y basado en una asamblea parlamentaria. Sin embargo, el sufragio para el parlamento italiano era tan restringido como lo había sido el de Piamonte. Daba el derecho al voto a solo medio millón de los veintidós millones de habitantes y solo trescientos mil de hecho votaban. También se continuó con la práctica de basar los gobiernos en una coalición de los

grupos de centro. Se sofocó el desarrollo de los partidos; la vida parlamentaria estaba fragmentada en pequeños grupos y personalidades que competían por su porción de poder. El sistema era intrínsecamente inestable, a falta de algún dirigente político fuerte.

Durante la década de 1860, el proceso de unificación se completó virtualmente. Los napolitanos que siguieron luchando a favor de la restauración de los Borbones fueron dominados en lo que las autoridades reales llamaron la «guerra de los bandidos». El Véneto se convirtió en italiano a consecuencia de la guerra entre Austria, Prusia e Italia de 1866 (véase cap. XVI). El papa se quedó sin Roma cuando su protector, Napoleón III, tuvo que retirar las tropas francesas para defenderse contra el ataque prusiano de 1870 (véase cap. XX). Sin embargo, para conseguir el Alto Adigio (el sur del Tirol), Italia tuvo que esperar hasta la disolución del imperio de los Habsburgo en 1918.

Con la unificación, Italia se convirtió en la primera de las nuevas naciones-Estado. El nacionalismo había triunfado a pesar de la actitud de la mayoría del pueblo, más que gracias a ella. Italia no se convertiría en una de las potencias más importantes, pero, a juzgar por las ideas y los movimientos que se originaron y desarrollaron en la península italiana durante los siglos XIX y XX, el papel de Italia tuvo importancia europea.

[1] Véase especialmente D. Mack Smith, *Victor Emmanuel, Cavour, and the Risorgimento,* Oxford, 1971.

[2] D. Mack Smith, *The making of Italy 1796-1870,* Londres, 1968, pp. 151-152.

[3] J. Ridley, *Garibaldi,* Londres, 1974, p. 238.

[4] H. Hearder, *Cavour,* Historical Association, 1972, p. 12.

[5] D. Mack Smith, *The making of Italy,* pp. 238-247.

XV. RUSIA Y LAS REFORMAS DE ALEJANDRO II

También Rusia conoció una década autoritarista de reformas aunque estas se produjeron en la de 1860, diez años después que en Europa occidental. La actitud conservadora, más ilustrada, de Alejandro II era en ciertos aspectos similar a las de los reformadores conservadores de otras partes de Europa, como Prusia, Francia e Italia. La reforma preservaría la estructura social: oponerse a ella significaría desórdenes e incluso revolución. Quizá más notable aún que las propias reformas fue esa conciencia generalizada entre los gobernantes conservadores de que era preciso un cambio. En cuanto a las reformas en Rusia, sin embargo, tuvieron una característica propia: en todo el resto de Europa, la reforma social fue acompañada de la reforma política. Principalmente en Gran Bretaña, pero también en Francia, Prusia, Austria y Piamonte, la reforma supuso una disminución de la autoridad de los soberanos, un giro desde el absolutismo hacia una monarquía constitucional y un crecimiento simultáneo de las asambleas parlamentarias elegidas popularmente, las cuales participaron cada vez más en el gobierno; en Gran Bretaña, por supuesto, el parlamento dominaba el gobierno. En este aspecto, los reformadores rusos eran muy diferentes a los del resto de Europa. No solo era el zar el único que podía iniciar una reforma –esto no fue una característica tan insólita, también lo hizo Napoleón III–, sino que Alejandro II era tan opuesto como sus predecesores a la más mínima introducción de un gobierno constitucional. Alejandro II estaba decidido a conservar intactos los poderes autocráticos del zar heredados de su padre, Nicolás I. Describirle como «liberal» dando algún sentido concreto a esta palabra sería engañoso. Alejandro II admiraba el austero gobierno personal de su padre y tam-

bién su deseo de efectuar unas reformas prácticas, sobre todo en lo tocante a la situación de los siervos. Por consiguiente, con sus reformas posteriores, Alejandro II podía pensar justificadamente que seguía los pasos de su padre.

Alejandro II llegó a ser conocido como el «zar libertador». Pero como ha afirmado el historiador Florinsky perspicazmente, estaba singularmente poco capacitado por su educación, convicciones y temperamento para el papel de reformador que el destino le había reservado. Al joven Alejandro, cuyo tutor era el poeta Vasili Zhukovsky, le influyó poco la Ilustración. Es interesante que Nicolás I aprobara un programa de estudios tan humanista y literario como el que proyectó Zhukovsky. Sin embargo, Alejandro no estaba nada interesado ni en las artes ni en la literatura. Se sentía mucho más atraído por otro aspecto indispensable de su educación: el ejército. Eran los uniformes, las ceremonias y los desfiles militares los que le atraían y no los misterios más profundos de la ciencia militar. Durante sus viajes por Europa, Alejandro adquirió un buen conocimiento de los idiomas y también viajó ampliamente dentro de la propia Rusia a lugares tan lejanos como Siberia. Perfeccionó su educación mediante su asunción de varios mandos militares y su integración en el Consejo del Estado y el Consejo de Ministros durante la década de 1840. No se dieron conflictos entre padre e hijo y está claro que Nicolás I se esforzó grandemente por preparar a Alejandro II para la sucesión.

A la vista del carácter de Alejandro –era algo indolente e indeciso y, pese a sus demostraciones públicas de emotividad y bondad, fue capaz de mantener un duro régimen policiaco con todas las crueldades que esto llevaba consigo– es sorprendente que su reinado fuera especialmente relacionado con el periodo de grandes reformas en la historia de Rusia. En la medida en que, en una autocracia, es el autócrata el que se atribuye personalmente el mérito de las buenas

obras, se ganó el título de «zar libertador». Sin embargo, su contribución personal a las reformas fue mucho menos positiva de lo que sus biógrafos más admiradores intentan hacernos creer. En muchos aspectos, su influencia impidió la realización práctica de las reformas que se habían convertido en ley. Era indeciso y durante su reinado alternaron los impulsos reformadores y la reacción. Para consejeros eligió a reformistas como Dimitri Miliutin y a ultraconservadores como Dimitri Tolstoi, y mantuvo a los dos en sus cargos simultáneamente. Solo de mala gana cortó Alejandro de raíz la causa de los males sociales de Rusia, el problema de los siervos. Una vez esbozado el programa de emancipación, las otras reformas prácticas de su reinado se desprendieron de él.

En 1855, de una población rusa de unos sesenta millones de personas, los siervos con sus familias ascendían a cuarenta millones. Rusia estaba retrasada y hundida en una pobreza perpetua y frecuentes hambrunas. Los siervos llevaban una existencia brutal, en la cual eran habituales los azotes y una dependencia total de sus amos. La industrialización progresó escasamente en la Rusia de mediados del siglo XIX y hasta finales de siglo tuvo poco impacto sobre el pueblo. Pero, por malas que fueran las condiciones de los siervos, el servicio militar era peor: desgajado durante casi toda su vida adulta de su aldea y su familia, el recluta vivía una existencia carcelaria. Los amos podían enviar a los siervos recalcitrantes a las oficinas de reclutamiento, amenaza suficiente para amansar a todos salvo a los más desesperados. Las «grandes reformas» de la década de 1860 no liberaron al pueblo ruso. Ese proceso fue tan gradual, y el contraste entre las aspiraciones, las leyes del Estado y la situación real era tan fuerte que el grado de descontento aumentó más por la esperanza de reforma de lo que se vio satisfecho por su aplicación. Finalmente, el proceso resultó tan lento que la dependencia de la mayoría de los campesi-

nos de la burocracia zarista se vio sustituida a partir de 1917 por la dependencia de la burocracia estalinista. No obstante, las masas populares rusas permanecieron apegadas a su país y a su zar por las nociones de patriotismo, la superstición, las falsas esperanzas en la bondad del zar y tal vez por pura apatía. Su estoicismo frente a las increíbles penalidades es posiblemente la característica más notable de la sociedad rusa.

La situación de los siervos difería mucho. En su mayoría eran campesinos que trabajaban la tierra. La tierra se integraba en grandes haciendas y alrededor de la mitad de todos los siervos *varones* en 1859 (diez millones setecientos mil) trabajaban en haciendas pertenecientes a la nobleza. La hacienda era normalmente cultivada por un administrador o el terrateniente. Al siervo se le permitía cultivar una parte de la tierra para él mismo, pero a cambio se le exigía pagar por este privilegio o realizar prestaciones de trabajo. La proporción de prestaciones de trabajo o de dinero que el terrateniente exigía dependía de que este quisiera o no cultivar grandes extensiones para sus necesidades. Cuando el propietario no quería cultivar la tierra, permitía al siervo que trabajara como asalariado para otro a cambio de un pago al terrateniente. Cualesquiera que fuesen los derechos de los siervos sobre el papel, contaban poco en la práctica. La dependencia del siervo y su familia con respecto al amo en cuestiones económicas y sociales y en cuestiones de castigos era prácticamente ilimitada. La ley se preocupaba más por ayudar al terrateniente que al siervo. El castigo habitual era la flagelación; desde luego la flagelación en los establos era un hecho cotidiano en la Rusia rural. Es difícil tener siempre en cuenta, al describir la situación, que estamos hablando del siglo XIX y no del XIII. Los siervos domésticos eran poco más que esclavos. Por supuesto, para defender el sistema se puede alegar que era necesario algún tipo de paternalismo para un pueblo casi sin educación y retrasado.

También había amos bondadosos y el comportamiento de los terratenientes no era necesariamente siempre arbitrario. Se han hecho comparaciones favorables entre las condiciones del siervo ruso y el esclavo del sur de los Estados Unidos. Y en último lugar se puede señalar que, mientras que la emancipación llevó a una guerra civil en los Estados Unidos, en Rusia fue llevada a cabo pacíficamente. La autocracia también parecía así tener algunas ventajas. No obstante, todo esto es una defensa artificial. Los males de la servidumbre hacía largo tiempo que habían sido reconocidos en la misma Rusia.

Alejandro II no estaba predispuesto a las reformas y durante la década de 1840 más bien tomó partido por la nobleza. Pero la humillación de la Guerra de Crimea y el desastroso estado de Rusia cuando subió al trono probablemente le convencieron de que era necesario hacer algo para modernizar a Rusia a fin de que pudiera ocupar un lugar entre las potencias de Europa. Pero nada estaba más lejos de su mente que intentar algo parecido a un cambio «revolucionario» dentro de la sociedad rusa. La nobleza era, junto con el ejército y la Iglesia, un pilar del trono. Alejandro no se proponía sacudir sus cimientos. En 1856, en un discurso dirigido a la nobleza moscovita, explicó su punto de vista: no tenía ninguna intención de emancipar a los siervos inmediatamente, «pero, vosotros mismos comprendéis que la situación actual de la servidumbre no puede permanecer inmutable. Es mejor comenzar a abolir la servidumbre desde arriba que esperar a que empiece a abolirse espontáneamente desde abajo». No es de extrañar que la nobleza, que extraía tanto provecho de la institución de la servidumbre, no respondiera a la sugerencia del zar. El proceso seguido antes de que la emancipación de los siervos fuera proclamada el 19 de febrero de 1861[1] fue lento y laborioso. En 1857, el zar aprovechó la diferente situación que prevalecía en los estamentos de la nobleza polaca para crear numero-

sos comités de investigación. Como paso siguiente, obligó a la nobleza del resto de Rusia a cooperar con el plan general de emancipación. Tras interminables retrasos y modificaciones las leyes sobre la emancipación fueron promulgadas en 1861.

El hecho de que las leyes sobre la emancipación causaran más desorden que alegría indica la verdadera significación de su impacto. La idea de que a partir de entonces, es decir a partir de 1861, los siervos fueran libres es un chiste cruel. En muchos aspectos, el efecto inmediato de los estatutos fue un empeoramiento y no una mejoría de la suerte del campesino. Tampoco obtuvo de hecho ninguna garantía de libertad personal, sino que se vio sometido a una nueva clase de servidumbre burocrática y económica durante años. El voluminoso tomo de trescientas sesenta páginas que recogía las leyes sobre la emancipación era tan complejo, oscuro y ambiguo que pocos sabían cómo aplicarlas; menos sabía aún el siervo cómo leer qué derechos podía ahora exigir. Reinaba una confusión total sobre lo que el campesino debía pagar y cuánta tierra recibir. El campesino estaba obligado a aceptar la tierra, medida necesaria porque las cargas económicas que acompañaban a esta concesión de tierra eran más onerosas de lo que un agricultor podía resistir. La nobleza, muy endeudada, intentó resarcirse de los siervos «emancipados». Estaba resentida por haber tenido que renunciar a casi un tercio de sus tierras en favor del campesinado; consideraban esto poco menos que una confiscación. A cambio de renunciar a sus tierras el terrateniente recibía bonos del gobierno por cerca del 80 por 100 del valor de sus tierras. El campesino debía pagar el resto, pero frecuentemente esto era imposible y los terratenientes aceptaban el hecho. El efecto general de la emancipación fue empobrecer aún más a los terratenientes. Económicamente, a los campesinos también les iba con frecuencia peor. La tierra que ahora recibían era sensiblemente menor que la

tierra que previamente había podido cultivar a cambio de prestaciones de trabajo o dinero. Y como en la práctica (aunque no en teoría) el terrateniente recibía una compensación por la pérdida de las prestaciones de trabajo, los pagos de la deuda impuestos al siervo emancipado eran excesivos. El gobierno daba a los campesinos el crédito necesario, que tenía que ser devuelto en cuarenta y nueve años. Los campesinos ni siquiera poseían la mayoría de la tierra de modo individual. Estaban organizados en comunas aldeanas y bajo el sistema de tenencia que prevalecía se concedía la tierra a la comuna que la dividía entre las familias e incluso a veces la redistribuía periódicamente. La comuna era responsable administrativamente de los impuestos y todas las demás operaciones del Estado. Era administrada por funcionarios gubernamentales, así que la mayoría de siervos emancipados, ahora llamados «aldeanos libres», cambiaron su servidumbre y dependencia del terrateniente por la apenas menos onerosa dependencia de la comuna. Generalmente no eran libres para marcharse a donde quisieran o para cultivar su propia tierra.

A cambio de su pérdida del control de los siervos, la nobleza fue parcialmente compensada al poder participar en el gobierno local. Las propuestas de reforma llevaron el acostumbrado largo plazo de discusión burocrática en los comités, un total de siete años, antes de ser fijadas por la ley de 1864, que creaba los *zemstvos* provinciales y de distrito. Los *zemstvos* de distrito estaban formados por un comité ejecutivo y una asamblea elegida por tres años mediante un sistema de tres clases que favorecía a los propietarios. La asamblea del *zemstvo* de distrito elegía a su vez a los miembros del *zemstvo* provincial. Las asambleas elegían a sus comités ejecutivos. Se reunían una vez al año, pero no tenían ninguna función ejecutiva real, por lo cual tenían que depender de la policía del zar o de otros funcionarios. Los *zemstvos* se dedicaban a las cuestiones económicas puramente

locales, hospitales, carreteras, educación, agricultura y ayuda a los pobres. Servían como «escuelas de administración». Sin embargo, su creación no fue un paso hacia una participación en el funcionamiento del gobierno central con una asamblea elegida. La reforma, que se aplicó únicamente a la provincia puramente rusa, no convirtió al imperio ruso en un Estado menos autocrático que antes. En 1870 se crearon instituciones urbanas similares a los *zemstvos.* Rusia era la única de las grandes potencias que carecía de una asamblea nacional. Los zares autocráticos no consintieron en crearla hasta medio siglo después. Sin embargo, los *zemstvos,* a pesar de todas sus insuficiencias, hicieron un trabajo útil y, aunque muy obstaculizado, el principio de las asambleas elegidas que se ocupaban de los problemas locales indicó una evolución hacia los tiempos modernos.

La necesidad de reformar la administración de la ley se convirtió en algo urgente una vez que los derechos personales de los terratenientes sobre los siervos dejaron de existir. Otro comité preparó el camino a la reforma de 1864. Por primera vez se establecieron los principios legales occidentales, pero en la práctica no se podía dejar que funcionara un poder judicial independiente, donde todos disfrutaran de igualdad ante la ley, mientras el zar estuviera decidido a mantener la autocracia y la vigilancia y control de la población mediante una policía secreta. Sin embargo, aquí también el establecimiento de nuevos tribunales fue un gran paso adelante.

El ejército, como ya hemos señalado, era la institución del Estado más temida y odiada. El servicio militar duraba veinticinco años, y los comités estaban obligados a proporcionar una cuota de reclutas. Podían conseguir exenciones la nobleza y los más acomodados, pero rara vez los pobres y jamás los siervos. La ley sobre el ejército de 1874 fue obra del general Dimitri Miliutin. Se basaba en el principio de

las reformas primeramente adoptadas por el ejército prusiano durante la década de 1860. En lugar de un enorme ejército permanente obligado a servir durante largas temporadas, se creó un ejército más reducido, con seis años de servicio, el cual, junto con los nueve años en la reserva, significaba una gran reserva entrenada de mano de obra. Además no se podían exigir exenciones basadas en la pertenencia a una clase social. Todo hombre sano de veinte años era, teóricamente, apto para el servicio, pero la selección dependía de un sorteo, siendo también posible conseguir la exención por seguir estudios superiores o por tener familiares a su cargo, por ejemplo, el hijo único de una anciana viuda. La reforma militar fue de largo alcance en la práctica y provocó un tremendo cambio en la vida del pueblo ruso. Junto con otras reformas introducidas en las universidades y también con una disminución de la censura, el reinado de Alejandro II señaló la línea divisoria entre la antigua Rusia y la Rusia autocrática modernizada que se enfrentaría con un duro reto en 1905.

El «infortunio» de los polacos cautivó la imaginación de la Europa occidental romántica. Los radicales en Gran Bretaña vieron en la lucha del pueblo polaco un combate por los derechos personales y democráticos contra la autocracia. Napoleón III defendió su causa y en Gran Bretaña la «opinión pública» obligó a Palmerston a ofrecer su mediación entre los revolucionarios polacos y los rusos en el verano de 1863. Pero ni Francia ni Gran Bretaña tenían la menor intención de luchar por los polacos y Rusia estaba ya segura de la amistad prusiana. La opinión predominante de que los polacos, que habían sufrido durante tanto tiempo, se sublevaban contra sus opresores, los rusos, era excesivamente simplista. El pueblo británico no entendió mejor la situación polaca de 1863 que la de Checoslovaquia en 1938. Eran estos «lejanos» países por los que las masas nunca habrían ido a la guerra. La «opinión pública» en este contexto

fue una hábil creación de brillantes propagandistas, como Aleksandr Herzen, que se había establecido en Londres, y de un grupo de radicales, más que de un auténtico movimiento de masas, más interesadas por los problemas cercanos.

El zar Alejandro, de hecho, había comenzado su reinado con las mejores intenciones hacia sus súbditos polacos. En ningún otro lugar del imperio ruso fue el «deshielo» más evidente. El príncipe Miguel Gorchakov fue enviado como virrey a Polonia en abril de 1856 y mediante una serie de medidas culturales, religiosas (Polonia era, por supuesto, católica eslava y no ortodoxa griega eslava, como era Rusia), económicas y políticas se intentó atraer a los polacos. Al igual que en Rusia, la cuestión fundamental con la que la sociedad polaca tenía que enfrentarse era la campesina. En Polonia prevalecía aún el código napoleónico, y los terratenientes polacos afirmaban que verdaderamente no hacía falta una reforma. No deseaban conceder tierras a los campesinos. Pero los grupos radicales, cuya fuerza residía en las ciudades, deseaban conseguir el apoyo de los campesinos en la lucha por crear una nación polaca mediante una reforma agraria mucho más amplia. Proponían que se iniciara una insurrección y que sus dirigentes garantizaran inmediatamente a los campesinos sus tierras mediante una compensación a los propietarios procedente de un fondo estatal. Por regla general, los propietarios anteponían sus intereses económicos y estaban dispuestos a colaborar con la administración rusa con tal de que la reforma agraria adoptada no les perjudicara.

Alejandro mantuvo una política de conciliación pese a los periódicos disturbios en 1861. Puso a la cabeza de la administración a Alejandro Wielopolski, que se las arregló para ofender a todos los sectores de la sociedad polaca, incluida la Iglesia católica, que se sintió molesta por su política

de tolerancia hacia los judíos. En mayo de 1861 Gorchakov murió y fue sustituido en 1862 por el gran duque Constantino, hermano del zar. El aumento de poder de los radicales, junto con los temores de los polacos más acomodados, que no deseaban aparecer como contrarios al espíritu nacional polaco, condujo a la creación de una vaga coordinación de los proyectos insurreccionales a través de un Comité Central Nacional Polaco en Varsovia. Un decreto ruso que introducía el servicio militar obligatorio, con objeto de hacer desaparecer la organización radical en Varsovia y en las ciudades mayores agudizó la crisis. El Comité Central Nacional fijó como fecha para comenzar el levantamiento el 21-22 de enero de 1863.

Las cosas fueron muy distintas que en 1831. No hubo grandes batallas. Los insurrectos polacos lucharon en bandas por el campo con el consentimiento de los terratenientes, pero sin el apoyo general de los campesinos. Los dirigentes rebeldes estaban divididos y los actos individuales de valor no pudieron alterar el hecho de que la rebelión era una causa perdida. El zar la reprimió en un año con gran dureza, especialmente donde, como en Lituania, se extendió más allá de los confines del reino polaco.

Curiosamente, las consecuencias de la insurrección iban a beneficiar a los campesinos y a perjudicar a los rusos. Nicolás Miliutin fue enviado por el zar para poner en marcha las reformas agrarias en marzo de 1864. El acuerdo resultó favorable para los campesinos.

Unas 700.000 familias polacas obtuvieron la propiedad de sus tierras y conservaron sus derechos de uso de bosques y pastos sin tener que compensar a los terratenientes. ¡Eran condiciones mejores de las que los campesinos polacos podían esperar de una victoria polaca! Pero esto no les reconcilió con el vigoroso programa de rusificación que comenzó entonces. Con la liquidación del problema agrario que ha-

bía dividido a campesinos y terratenientes, todos los polacos empezaron a unirse contra la burocracia rusa que los oprimía.

Es una paradoja que aunque el reinado de Alejandro II se caracterizó, en gran medida, en los asuntos exteriores, por la humillación que Rusia sufrió en la guerra contra Inglaterra y Francia en Crimea en 1855 y 1856, y durante largos meses en 1877 en Bulgaria a manos de los turcos, a pesar de ello, durante las décadas transcurridas entre 1850 y 1880, se sentaron las bases del poder transcontinental de Rusia. Durante su reinado, Alejandro sufrió dos reveses: el congreso de París y el congreso de Berlín. En ambas ocasiones Rusia se enfrentó con una coalición de potencias que bloqueaban su expansión hacia el sur a expensas del Imperio otomano. En cuanto a sus fronteras occidentales, Rusia era una potencia saciada; tenía bastantes problemas con los polacos como para desear aumentarlos. En el Báltico, Alejandro II se contentó con proseguir la política conciliadora de su padre hacia los finlandeses, la cual permitía a estos una gran autonomía; y lo que es más, esta era la única parte del imperio donde el zar, en su condición de gran duque de Finlandia, se mostraba dispuesto a gobernar constitucionalmente con el consejo y consentimiento de la Dieta Finlandesa.

Con la venta de Alaska en 1867, Rusia abandonó las colonias americanas que no podía defender contra un ataque decidido por parte de los británicos o de los estadounidenses. Simultáneamente, Rusia se expandió a través de Asia central hasta la India y a través de Siberia hasta el Lejano Oriente. Nicolás Muravieff, gobernador general de Siberia oriental, fue responsable del impulso hasta el Pacífico. Los territorios bajo control del gobierno chino le fueron arrebatados a este mediante los tratados de Aigun en 1858 y Pekín en 1860. Estas regiones, a lo largo de los ríos Amur y Ussu-

ri, son ahora una pieza fundamental en la disputa ruso-china, porque los chinos mantienen que los tratados imperialistas no tienen valor. En Asia central, Rusia también emprendió una gran expansión. Gracias a un esfuerzo militar bien coordinado fueron conquistados los Estados musulmanes independientes y Rusia alcanzó las fronteras de Afganistán. Estaba dispuesto el escenario para la rivalidad en el Oriente Medio y Asia entre Gran Bretaña y Rusia que dominó las relaciones entre ambos países durante el último cuarto del siglo XIX. Lo que ocurrió fue una especie de teoría del dominó al revés. Caso típico de todos los procesos imperialistas, la búsqueda de fronteras defendibles llevó a los soldados y administradores rusos de un territorio al siguiente. Gran parte de su expansión fue imprevista e incluso, desaprobada por la lejana San Petersburgo. Sin embargo, los ambiciosos gobernadores generales, como el general Kaufmann, en el Asia central, hicieron poco caso de los consejos de prudencia y cautela que les llegaban. En términos de poder real, Rusia consiguió beneficios enormes. Alejandro II presidió la expansión que le agradaba personalmente, pero de la que él no fue iniciador (véase mapa «La expansión de Rusia en Asia»).

La revisión de la paz de París fue la obsesión de Alejandro II y Gorchakov, su canciller (véase cap. XX). Los trascendentales acontecimientos de Europa central, que culminaron en la unificación de Alemania, fueron contemplados, no desde una perspectiva europea, sino desde otra rusa, más estrecha. La desagradecida Austria se ganó el odio de Alejandro y sus ministros por su papel hostil durante la Guerra de Crimea, por lo que su derrota de 1866 provocó poca inquietud. El zar se mostró más preocupado por las anexiones prusianas de los pequeños Estados del norte de Alemania después de la Guerra Austro-Prusiana de 1866 (véase cap. XVI), porque vulneraban el principio de legitimidad. Cuando la guerra estalló después entre Prusia y

Francia en 1870, lo que alarmó seriamente al zar fue la perspectiva de una victoria napoleónica. La adhesión del emperador francés a la causa nacional polaca en particular, y al nacionalismo en general, le había convertido, a ojos del zar, en el peor enemigo de Rusia. El zar estaba dispuesto a considerar una cooperación con Austria para contener el peligro (cap. XXI). Así pues, la tradicional política de amistad con Prusia continuó durante el reinado de Alejandro a pesar de las dudas personales de Gorchakov sobre Bismarck. Esta actitud amistosa de no intervención por parte de Rusia tuvo grandes consecuencias para la historia europea, porque fue una de las condiciones esenciales que permitieron la unificación alemana.

[1] El 3 de marzo de 1861, según el calendario occidental.

XVI. LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA EN LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA

La década de 1850 fue testigo de la derrota de dos grandes potencias. Austria y Rusia reaccionaron de diferente manera a los desastres militares. Los Habsburgo estaban más decididos que nunca a aferrarse al principio básico de su política: no reconocer las exigencias *políticas* de las muchas nacionalidades que componían el imperio. No les ofrecían más que la igualdad cultural. Los Habsburgo habían luchado y perdido en Italia en 1859. Pero su derrota fue relativa y, por tanto, pudieron formar una paz de compromiso que dejó en sus manos el control del Véneto y les permitió conservar la esperanza de dar un vuelco a la decisión italiana. En la década de 1860 los Habsburgo se manifestaron en contra de la victoria del nacionalismo en Alemania. A pesar de la debilidad del Imperio de los Habsburgo en cuestión de finanzas, capacidad militar y cohesión interna, Francisco José y sus ministros prosiguieron una política europea que iba más allá del poder del imperio, con consecuencias desastrosas. La derrota orientó a Alejandro II en una dirección diferente que a Francisco José. Alejandro II abandonó una política europea, y se concentró en una reforma interna, al tiempo que evitaba cualquier posibilidad de guerra con las potencias europeas (véase cap. XV). A corto plazo la política del zar fue buena para Rusia y permitió que el Imperio ruso hiciera algún progreso, mientras que la obstinación e inflexibilidad de Francisco José llevó a nuevas derrotas al Imperio austriaco en 1866, tanto en Italia como en Alemania.

En la transformación de los Estados alemanes en Alemania podemos ver dos fuerzas en acción. En cierto aspecto, la unificación fue el resultado de una lucha tradicional en-

tre Estados dinásticos, cuyas poblaciones apoyaron a sus gobernantes en las guerras. Estos conflictos dinásticos eran comunes desde la Reforma. Considerada desde este punto de vista, la lucha por la supremacía en Alemania fue un conflicto entre los gobernantes alemanes, en el que el más poderoso, el rey de Prusia, salió victorioso después de derrotar a sus rivales más débiles. Así pues, el rey de Prusia asumió el título de Kaiser alemán, emperador hereditario en la cumbre de la estructura feudal. En este sentido Prusia absorbió al resto de Alemania bien mediante una simple anexión, bien mediante la dominación de los otros Estados. Algunos historiadores opinan que no fue tanto que Alemania se unió como que Prusia se hizo mayor. No se puede negar este aspecto del conflicto entre los Estados alemanes durante la década de 1860. Los contemporáneos tendieron a considerar los conflictos como antiguas luchas dinásticas. Bismarck lo hizo también así, fingiendo estar de acuerdo con el «nacionalismo alemán», la «democracia», el «liberalismo», como si expresaran solo intereses sectoriales, o propaganda profesoral, que pudiera utilizar al servicio de su política. Pero, de hecho, Alemania se convirtió en algo más que una aglomeración de Estados dominados por Prusia. Prusia no absorbió a Alemania. Al contrario, Alemania finalmente absorbió a Prusia y a todos los demás Estados.

Durante el proceso de unificación hubo también otra fuerza en acción, revolucionaria y antiparticularista. Salió a la superficie en «1848» y se impuso gradualmente durante el siglo XX en Alemania. Era el nacionalismo popular que encontró su foco no en instituciones, gobernantes, administradores o parlamentos particularistas, sino en instituciones alemanas, el Kaiser, el *Reichstag* y las fuerzas armadas conjuntas alemanas. A principios de siglo el «imperialismo» se convirtió en un movimiento alemán y no se identificó con ningún estado particular; fue la marina alemana la que se creó y no la prusiana. La unificación alemana era mucho

más completa de lo que Bismarck en cierto sentido se propuso o imaginó. Esto se debió a que fue el pueblo alemán quien decidió que sus Estados individuales valían menos que Alemania como conjunto, y que las alianzas y asociaciones locales eran reliquias culturales o en gran parte sentimentales del pasado. Únicamente unida podría Alemania ser una gran potencia militar e industrial entre las otras grandes potencias; de hecho, unida sería la primera potencia europea. *Deutschland, Deutschland über alles* se impuso como himno nacional de Alemania al *Heil dir im Siegerkranz* prusiano. Las necesidades del crecimiento industrial y el desarrollo final del nacionalismo alemán rompieron las cadenas decimonónicas que Bismarck creía haber impuesto tan astutamente a su creación. Así pues, la historia de la unificación alemana y el papel de Bismarck en ella son análogos a los del aprendiz de brujo. Bismarck liberó unas fuerzas poderosas y a la postre estas cobraron vida propia, demasiado fuertes para que sus sucesores las pudieran dominar.

La decadencia de la monarquía de los Habsburgo es la otra cara de la ascensión de Alemania. En la monarquía de los Habsburgo, la fuerza del nacionalismo hizo pedazos un imperio basado en la lealtad a una dinastía. Los húngaros deseaban recuperar sus derechos históricos incluyendo el dominio de los eslovacos, eslovenos, croatas, «sajones» y rumanos (en Transilvania); reconocían a Francisco José como a su gobernante en el sentido de que era rey de Hungría. El objetivo principal de los checos era disminuir la influencia y poder de los austriacos «alemanes» y lo hicieron insistiendo en la realidad del Imperio austriaco como una entidad en la cual los austriacos alemanes formarían una minoría. Cada nacionalidad actuó en su propio beneficio únicamente, usando el argumento de la unidad imperial cuando convenía a sus intereses nacionales en particular. La actitud hacia el emperador osciló a partir de 1859 entre el

desafecto de los súbditos italianos que le quedaban y la relativa lealtad de aquellas minorías que buscaban en él protección, como los polacos, checos y rumanos. Teniendo en cuenta el nacionalismo predominante en la época, no fue pequeña la hazaña de que la monarquía de los Habsburgo sobreviviera hasta finales de la Primera Guerra Mundial.

Después de las derrotas italianas de 1859, que se empeoraron con la unificación italiana en 1860, hasta Francisco José reconoció que era imprescindible una modificación de su política anterior. Al volver de la campaña del norte de Italia, el emperador prometió la paz interior para asentar el bienestar de Austria sobre una base sólida «mediante el conveniente desarrollo de sus ricos recursos espirituales y materiales, y mediante la modernización y mejora de su legislatura y administración». Dos años tardaron estas vagas afirmaciones en tomar forma concreta con la patente de febrero de 1861. De mala gana, Francisco José hizo algunas concesiones a las demandas constitucionales de los liberales. Bernhard von Rechberg (ministro de Asuntos Exteriores), Karl Ludwig von Bruck (Comercio) y Anton von Schmerling (Interior) fueron los ministros que dominaron la administración. Francisco José se negó a otorgar una «constitución», y de ahí la «patente» de febrero. Pero en la práctica Francisco José había dado los primeros pasos para alejarse del absolutismo. Se creó el *Landtage,* manifestación de autonomía e instituciones representativas de carácter local. No obstante, se conservó en buena parte el espíritu de la *Gesammt Monarchie.* Entre las instituciones centrales, el *Reichsrat* se convirtió en una auténtica asamblea parlamentaria. La cámara baja de los diputados estaba compuesta por 343 delegados enviados por las Dietas *(Landtage)* elegidas a nivel local. La cámara alta estaba compuesta por archiduques, nobles, príncipes de la Iglesia y otros designados por el monarca. Toda legislación, incluida la referente a las finanzas, necesitaba el consentimiento del *Reichsrat,*

aunque la persistencia de un «párrafo de emergencia» en teoría permitía al monarca volver al gobierno absolutista cuando lo creyera necesario. Por otra parte, el emperador había admitido que sus ministros eran responsables tanto ante él como ante el *Reichsrat:* el imperio se había acomodado a un ambiguo estado de constitucionalismo, a medio camino.

Existían dos serios fallos en estas «reformas» constitucionales y administrativas. Las finanzas del imperio continuaban en un estado alarmante, dado que los húngaros seguían oponiéndose rotundamente a la solución constitucional encarnada por la patente de febrero. Los húngaros, encabezados por Deák, sostenían una política que negaba la validez para la monarquía de las instituciones centralizadas, como el *Reichsrat.* Ningún representante magiar formó parte de aquel organismo. La Corona fue advertida de que respetara las leyes de abril. La relación entre Hungría y los territorios hereditarios, afirmaba Deák, era como la relación entre dos naciones libres, cada una de las cuales reconocía en Francisco José a su propio soberano. En vísperas del conflicto con Prusia sobre el futuro de Alemania, Francisco José cambió bruscamente de rumbo. Intentó un compromiso con los húngaros moderados, los deakistas. Rechberg y Schmerling fueron destituidos; se hicieron promesas que parecían satisfacer hasta cierto punto las objeciones húngaras a las instituciones centralizadas de la patente de febrero. Todo seguía en el aire y sin resolver cuando estalló la guerra con Prusia en el verano de 1866. Como siempre, Francisco José no aprovechó el momento oportuno. La continua incertidumbre sobre la lealtad de Hungría y la certeza de la deslealtad italiana resultó un obstáculo fatal para el ya débil imperio de los Habsburgo cuando le llegó la hora del enfrentamiento con Prusia en 1866. La falta de dinero impidió también que llegase material bélico más moderno, como rifles de retrocarga, a un ejército al que le faltaban asi-

mismo efectivos. Los ministros, siempre preocupados por la economía, disminuían constantemente las estimaciones de las necesidades del ejército, que realmente llegaron a su punto más bajo en 1866.

El estado del ejército austriaco contrastaba enormemente con el del prusiano en aquel tiempo. En Prusia los liberales fueron derrotados con respecto a la cuestión de la reforma y los gastos del ejército (véase cap. IX). En Austria los ministros lograron reducir los fondos que este necesitaba. Durante los años cruciales de la contienda por la supremacía en Alemania, Prusia atravesó una crisis constitucional igual a la de Austria, pero fue una crisis muy diferente. En Prusia hubo un conflicto con los políticos liberales; fue una crisis política y el «patriotismo» resultó más fuerte que los principios políticos. La mayoría de la gente dio la espalda a los políticos para aclamar las victorias de Bismarck y la mayoría de los políticos, mezclando la conveniencia con los sentimientos patrióticos, hizo lo mismo. En Austria no hubo una crisis constitucional entre el monarca y los principales políticos, sino sobre todo con el pueblo húngaro. Esta crisis minó la confianza y la fuerza del imperio. En Prusia el ejército obedeció ciegamente al rey. En Austria, el emperador tenía algunas dudas sobre la lealtad de las tropas alemanas, austriacas y húngaras, por no hablar de las italianas. En todas partes Francisco José tardó demasiado en hacer unas concesiones que, de haber sido hechas voluntariamente, tal vez habrían reportado algunas ventajas a cambio. Francisco José jugó mal su difícil carta; Bismarck jugó fuerte, con gran habilidad y una carencia total de escrúpulos.

Desde el momento en que Bismarck fue nombrado primer ministro de la Corona prusiana, en septiembre de 1862, sus palabras, sus acciones, sus conflictos y alianzas dominaron primero los asuntos prusianos, luego los alemanes y más tarde los europeos durante casi tres décadas co-

mo no pudo hacerlo ningún otro estadista de su época. Con esto no queremos afirmar que la historia de Prusia y de Europa se ajustara a algún gigantesco plan magistral concebido por Bismarck. Todo lo que puede lograr un gran dirigente político es tener un fuerte impacto en su época. En cuanto al futuro, nuevos rostros configurarán los acontecimientos más allá de la visión de los padres fundadores de las naciones.

Ya no está en boga entre los historiadores atribuir a un individuo una abrumadora influencia sobre la senda específica que sigue la historia. Los dirigentes políticos necesitan hombres hábiles que secunden sus esfuerzos; el éxito de Bismarck dependió de Roon, ministro de la Guerra, y de Moltke, brillante estratega. Los poderes que los dirigentes políticos pueden ejercer están circunscritos por la sociedad en que actúan, la cual establece límites a su libertad de acción. Así pues, Bismarck dependía de la buena voluntad del soberano, cuyo poder teórico tanto había hecho por conservar, mientras que los primeros ministros británicos dependían del imprevisible proceso electoral y de los caprichos de las mayorías parlamentarias. Las influencias externas en buena parte incontrolables, los efectos del ciclo comercial, las consecuencias de una inesperada derrota militar, mil y un acontecimientos, pueden alterar radicalmente los destinos políticos. La misma designación para un cargo es normalmente resultado de una combinación concreta de circunstancias que podrían haber conducido a un desenlace diferente con que solo un elemento de esa combinación hubiera sido diferente. La manera en que Churchill sustituyó a Chamberlain en mayo de 1940 es solo un ejemplo. En 1862, Guillermo I probablemente no habría tenido en cuenta a una figura marginal, tan embarazosamente ultrarrealista como Bismarck, si no hubiera estado al borde de la desesperación en su conflicto con el parlamento por la reforma del ejército prusiano, cuyos detalles se habían con-

vertido en una obsesión para el rey. En estas circunstancias, previstas ya por Roon durante el verano anterior, un telegrama dispuesto de antemano por los conspiradores fue enviado a Bismarck en París el 18 de septiembre, exhortándole a volver a Berlín. El telegrama decía *«Periculum in mora. Depêchez-vous»* y Roon lo firmaba como *«L'oncle de Maurice Henning».* Pero aun así, Guillermo I al principio solo estaba dispuesto a aceptar a Bismarck provisionalmente, y retrasó su nombramiento formal como primer ministro hasta octubre.

No es difícil demostrar que los dirigentes políticos no conciben por sí solos ideas y políticas totalmente originales que, llegado el momento, proceden a ejecutar. Como los demás mortales, se apropian de ideas y las hacen suyas; diferentes aspectos de su programa político se pueden encontrar en otros. Por ejemplo, la decision de reafirmar a Prusia en Alemania militar, diplomática y económicamente no fue un proyecto concebido originariamente por Bismarck. Los antecedentes de esta política se pueden remontar a sus predecesores (véase especialmente el cap. IX). Es necesario tener en cuenta todo esto, que nos ayuda a comprender cómo se producen los cambios históricos. Pero si llevamos este razonamiento demasiado lejos, reducimos el significado del dirigente en sí hasta el punto de que la importancia dada a su falta de originalidad, a su dependencia del azar y del trabajo de otros, a sus incoherencias y errores ya no se ajusta a la evidencia de que, sin embargo, ha habido individuos que, como se puede demostrar, han alterado el curso de la historia.

Se han escrito literalmente miles de libros sobre Bismarck. Los juicios históricos varían desde la conclusión de Golo Mann de que «no hay otro ejemplo en el desarrollo de Europa occidental de una figura que haya cambiado el destino de una nación»[1], hasta la opinión de Helmut Böhme

de que «a una distancia, más larga o más corta […] de las ideas patrióticas nacionales […] resulta posible dejar de ver en el desarrollo de (la unificación alemana) […] simplemente una parte del logro nacional de un solo hombre, Bismarck, y mirar hacia la derecha y la izquierda de aquella figura heroica; fijar la atención… en las *condiciones* en que llevó a cabo su política individual»[2]. Estas no son conclusiones mutuamente excluyentes; todo es cuestión de equilibrio y perspectiva.

El propio Bismarck siempre fue consciente de las limitaciones de lo que un hombre podía realizar y del grado en que el futuro dependía de las reacciones imprevisibles de los otros, así como del puro azar.

«La política no es una aritmética ni una matemática», escribió Bismarck muchas veces. «Sin duda hay que contar con factores dados y desconocidos, pero no existen reglas ni fórmulas para sumar los resultados de antemano.» Y añadía con su característico desprecio: «Solo los profesores pueden crear leyes científicas». En otra ocasión escribió: «Por sí solo, el individuo no puede crear nada; únicamente puede esperar hasta oír los pasos de Dios resonando a través de los acontecimientos y entonces dar un salto adelante para asir el borde de su manto: eso es todo»[3]. En sus memorias, escritas a trancas y barrancas durante los años de su retiro, retocó la historia para adaptarla a la leyenda bismarckiana que entonces deseaba propagar de un estadista que preveía los acontecimientos y conseguía sus propósitos con brillantez a pesar de estar rodeado de enemigos e intrigantes. No deja dudas a sus lectores de que casi todo el mérito de los triunfos de Prusia le corresponde a él. Sin embargo, a pesar de las distorsiones y la escasa fiabilidad de estas memorias, dan una idea del funcionamiento de la mente de Bismarck y sus métodos de estadista. La correspondencia y los escritos de Bismarck, reunidos en los quince tomos de

sus obras completas (las *Friedrichsruhe Ausgabe*) publicadas en Berlín de 1912 a 1935, son una fuente aún más provechosa. El Bismarck que estas obras revelan muestra que las preguntas que se han hecho a menudo con respecto a su política y objetivos son con frecuencia demasiado simples. Por ejemplo, una de las viejas polémicas es si Bismarck «planificó» la unificación alemana y las tres guerras que la hicieron posible. Bismarck negó con frecuencia la posibilidad de una planificación tan precisa. Escribió que en política –y Bismarck utilizaba la palabra en su sentido más amplio, comprendiendo en ella la diplomacia–, «no existen reglas ni fórmulas para sumar los resultados de antemano». O también, en cuanto a la tarea con que se enfrentan los estadistas: «La política en sí no es una ciencia exacta y lógica, sino la capacidad de elegir en cada momento fugaz de la situación aquello que es menos dañino o más oportuno»[4]. En el pasaje final del tercer tomo de sus memorias, publicado póstumamente, Bismarck observaba que el problema con que se enfrentaban los estadistas es calcular con la mayor precisión posible lo que otros harán en unas circunstancias dadas. En otro lugar, sin embargo, escribía: «Hay que contar siempre con la posibilidad de que el adversario haga en el último momento un movimiento que no sea el esperado, y actuar en consecuencia». La conclusión que extraía de este cálculo realista nos da una verdadera idea de su método de llevar a cabo la política. «En otras palabras», continuaba Bismarck, «hay que jugar siempre con dos barajas»[5]. Los historiadores han revelado de forma convincente la lógica subyacente en los repentinos cambios de política que tanto desconcertó a los contemporáneos de Bismarck y que le valió fama de maquiavélico. El peculiar genio de Bismarck consistía en jugar simultáneamente con más bajaras que nadie y, a pesar de ello, no perder la confianza de los hombres con quien trataba. Retrasaba el momento de decidirse por una opción u otra hasta que estaba

seguro de dónde residía para Prusia la máxima ventaja unida al mínimo riesgo. «Muchos caminos llevaban a mi objetivo», escribió más tarde; «tenía que probarlos todos, uno tras otro, dejando el más peligroso para el final. Lo mío no era estar solo en la acción política»[6].

A partir de estas citas se puede entender la *Realpolitik.* El modo de concebir la diplomacia de Bismarck era la antítesis del de Gladstone. No creía que amplios preceptos éticos y morales rigieran las acciones diplomáticas. Bismarck creía en un designio divino global. Las naciones, al luchar entre sí para crecer formaban parte del plan divino. Todo lo que contribuyera con éxito a este crecimiento era justificable. El cristianismo de Bismarck era luterano; creía en el libre albedrío. Cuando esto se aplicaba a los asuntos exteriores significaba que el éxito y el fracaso no estaban sujetos a la predestinación. El diplomático, opinaba, tenía que utilizar todos sus talentos a fin de asegurar un resultado positivo para su propio Estado en la continua lucha entre naciones. Creía que la moralidad era algo que, sin duda, se aplicaba a la vida privada, pero igualmente pensaba que las consideraciones morales no tenían ninguna relevancia para la política. Distinguía entre las cuestiones que afectaban a los individuos y las que afectaban a los intereses de grupos, ya fueran clases sociales, partidos políticos o naciones. Bismarck creía que con tal de que pudiera demostrar que una acción servía a los intereses del Estado no era necesaria otra justificación.

Un ansia de poder caracterizó la vida política de Bismarck aunque permaneció al margen del poder político, lejos de Berlín, hasta que el rey le confió, en 1862, a sus 47 años, el cargo de primer ministro. Describirle como un «*Junker* típico» no tiene gran sentido. Poner a un hombre de notables dotes una etiqueta que intenta identificarle con la supuesta visión y actitud de una clase concreta o de un grupo

de intereses es una simplificación excesiva. Una gran inteligencia trasciende barreras tan limitadas. Bismarck era hombre de muchas facetas y la de *Junker* o terrateniente era solo una de ellas. Su apego a sus tierras, que le fueron considerablemente aumentadas por una nación agradecida, era genuino y típico de las familias de terratenientes de Prusia, de las cuales descendía por parte de padre. Característico también de estos *Junkers* era su sentido del paternalismo hacia los campesinos de sus tierras, su lealtad feudal al monarca y una confianza en sí mismos que se confundía con la arrogancia. Respetaban un rígido código de honor aunque estaban destinados a convertirse en una especie de anacronismo en una moderna sociedad industrial en desarrollo. Sobrevivieron como casta durante un periodo de tiempo asombrosamente largo; de hecho, en forma degradada, hasta el desastre alemán de 1945, la mayoría al servicio de Hitler. Bismarck representaba esta misma actitud de servicio al Estado y a su monarca; no era tanto una lealtad personal como una lealtad al Estado prusiano, porque Bismarck era plenamente consciente de la limitada visión de Guillermo I y de la necedad de su nieto, el Kaiser. Para su lápida sepulcral eligió la inscripción, adaptada de un poema de Schiller: «Un fiel servidor alemán del Kaiser Guillermo I». Deliberadamente ignoró sus servicios a Guillermo II.

Por parte de madre, sus antepasados eran inteligentes profesionales de clase media, muchos de ellos personas cultas, profesores de derecho y funcionarios del Estado. Bismarck era consciente de esto, la otra «mitad» de su herencia, y parece ser que se avergonzaba de ella. Nunca perdió una oportunidad de desempeñar el papel de «Junker» de manera exagerada y ridiculizar a los «profesores», a los «burócratas» y a los intelectuales. Aunque Bismarck se opuso a los intentos que se hicieron de darle una educación cuando era joven, se convirtió en un maestro del idioma alemán tanto hablado como escrito. Era un buen lingüista,

hablaba un francés correcto y un buen inglés y aprendió por sí mismo el ruso. En su época de estudiante llevó una vida más bien disoluta, pero aprobó sus exámenes de derecho con facilidad. Pasó un breve periodo de tiempo de mala gana en el ejército y cuando cumplió los 24 años, a la muerte de su madre, ayudó a su padre a administrar las tierras familiares. La inteligencia del joven Bismarck, animoso pero algo desequilibrado y dado a la melancolía, era reconocida, como también lo era su extrema ociosidad.

La ambición y la sed de poder transformaron a Bismarck y le permitieron dominar los defectos que se alzaban en su camino, aunque nunca los superó enteramente. Sufría temporadas de indolencia, de comer y beber en exceso, de hipocondría y postración nerviosa. Los aspectos más negativos de su carácter eran la tendencia a la venganza y la intolerancia ante la oposición más mínima, la crueldad para conseguir sus fines, tanto personales como del Estado. Pero su mente era tan aguda como la cuchilla de una máquina de afeitar, podía ser despiadado y devastadoramente ingenioso; era astuto al valorar las debilidades de sus oponentes. Sus éxitos y sus fracasos fueron muy grandes. No hacía «proyectos» en el sentido de elaborar una secuencia específica de movimientos, sino que trataba de alcanzar metas limitadas y claramente definidas, una a una, aprovechándose de situaciones que él había contribuido a crear o que se le presentaban por casualidad. Podía ser paciente, esperar la oportunidad adecuada, pero brutalmente rápido cuando opinaba que la recompensa valía el riesgo. Una vez que se decidía por un tipo de acción determinado, se hacía irresistible, lisonjeando o chantajeando a todos a su alrededor, incluyendo al rey, para que hicieran lo que él quería. Astuto, seguro de sí mismo, incapaz de quedarse en segundo plano, siempre decidido a ser el jefe, a que todo girara a su alrededor, estas eran algunos de los atributos del «canciller de hierro». En resumen, estas y otras características no eran re-

presentativas de una clase, los «Junkers», o de los prusianos en general, sino que estaban insólitamente combinadas para constituir un individuo, Bismarck.

Bismarck se inició en la política como representante de la aristocracia terrateniente en el *Landtag* unido que se reunió en Berlín en 1847. La revolución de 1848 le sorprendió de nuevo en sus tierras, dispuesto a rescatar al rey del populacho y de las barricadas. Como representante parlamentario en el parlamento elegido en 1850 bajo el sistema de las tres clases, pronto adquirió fama de ultrarreaccionario. Lo que le importaba era Prusia. Solo sentía desprecio por el parlamento alemán de Fráncfort de 1848 y calificaba a la ilustre asamblea de «farsa *(schwindel)* alemana», considerando a las cortes y a los príncipes alemanes menores de la misma forma, como una farsa que no se podía comparar con la casa real de Prusia. El legado de la Revolución francesa –los derechos del hombre y el nacionalismo en el sentido que el Estado expresara la voluntad del pueblo–, era anatema para Bismarck. Solo más tarde utilizó con habilidad estos movimientos «contemporáneos» al servicio de sus propios fines.

En 1851, Federico Guillermo IV eligió a Bismarck como embajador prusiano ante la resucitada Dieta alemana. Durante seis años estudió de primera mano los asuntos alemanes y las opciones que se ofrecían a Prusia y Austria al ocuparse de ellos. Viajó a Viena y París, donde amplió su experiencia y conoció a Francisco José y Napoleón III. Con el trastorno mental de Federico Guillermo IV en 1857, la posición de Bismarck, que había dependido de la buena voluntad del rey, se vio en peligro. Fue «ascendido», y alejado así de Fráncfort, donde se debatían las vitales cuestiones con que se enfrentaba Prusia en los asuntos alemanes y en sus relaciones con Austria, a embajador en San Petersburgo. Los conocimientos que adquirió de Rusia y el respeto por su poder potencial influirían profundamente en su pos-

terior carrera. Pero Bismarck también se aseguró contra el olvido volviendo con frecuencia a Berlín, donde era abiertamente calificado de arribista. Guillermo I le tenía poca simpatía. En la primavera de 1862, Bismarck se trasladó a París y fue de ahí, como ya hemos señalado, de donde Roon, en septiembre de 1862, le llamó a Berlín. Si esto se hizo con o sin el consentimiento del rey no se sabe. El hecho de que Bismarck estuviera dispuesto a realizar e impulsar las reformas del ejército deseadas por Guillermo I incluso sin una mayoría en el parlamento decidió al rey a confiarle el gobierno. Ni en sus sueños más extravagantes podía imaginar Guillermo I en 1862 que el hombre al que había nombrado temporalmente primer ministro no abandonaría este cargo en 28 años, sobreviviendo a la larga vida del rey. Ni siquiera Bismarck, con toda su confianza en sí mismo, podía prever lo que le esperaba.

Su nombramiento causó general indignación. Se tenía por segura la hostilidad de Bismarck a un parlamento liberal y favorable a una constitución. El día antes de prorrogar el parlamento, que se negó a aprobar los presupuestos, declaró pomposamente ante el comité de hacienda de la cámara baja: «No es con discursos y resoluciones mayoritarias como se deciden las grandes cuestiones de nuestro tiempo. Ese fue el gran error de 1848 y 1849. Es con fuego y sangre». Más tarde aquella frase, en orden inverso, «a sangre y fuego» se hizo famosa; en aquel momento se la tomó por un reto feroz y provocativo a la tranquilidad nacional e internacional. El rey temía que Bismarck provocara una revolución. Muchos opinaron que el teniente del *Landwehr* había hablado presuntuosamente de la guerra. No fue un comienzo afortunado. Lo que su comentario revelaba era desprecio por la constitución parlamentaria. Para Bismarck el conflicto constitucional no era una cuestión de principios, sino de poder y este lo tenía el rey.

Bismarck comprendió que el primer paso hacia la nueva ascensión de Prusia a la categoría de gran potencia era hacer de ella la dueña de Alemania al norte del río Meno. Como estadista práctico no se preocupaba por los posibles pasos posteriores. Siempre perseguía objetivos limitados. Un paso cada vez. ¿Cuáles eran los obstáculos? No sentía ningún respeto por la independencia de los Estados alemanes menores y sus príncipes, como ya hemos visto. Ellos también a sus ojos eran *«Schwindel»,* una farsa. Si fuera posible aislarlos de Austria y que el resto de Europa no interviniera, estos Estados y ciudades libres no podrían resistir al poder económico y militar de Prusia. Al utilizar las diversas piezas de ajedrez en el tablero diplomático europeo, durante sus primeros años Bismarck demostró su astucia y total carencia de escrúpulos. A cada cual le presentó los intereses y política prusianos desde el ángulo más atractivo. Al emperador Napoleón III, Bismarck le insinuó que tanto Francia como Prusia eran potencias insatisfechas a quienes les importaba un bledo lo establecido por el Tratado de Viena de 1815. Debían apoyarse mutuamente para remodelar el mapa de Europa de modo más satisfactorio. A Francisco José, Bismarck le presentó una política prusiana basada en la tradición de la antigua alianza entre Prusia y Austria y la *igualdad* de los dos Estados en los asuntos alemanes frente a las pretensiones de los soberanos alemanes menores; a Prusia, como a Austria, aseguró Bismarck a los ministros austriacos, no le importaban ni la opinión pública ni los sentimientos nacionales y hacía su política según sus intereses dinásticos. Al zar de Rusia, Bismarck le recalcó la amistad tradicional de Prusia y los intereses comunes de las dos monarquías en la represión del nacionalismo polaco. Todas las barajas estaban dispuestas y Bismarck sabía empezar el juego en el momento apropiado.

Durante los primeros años de su mandato, la meta de Bismarck, lejos de fortalecer las instituciones «alemanas» y

a través de ellas la unidad alemana, fue intentar desacreditar a la Confederación germánica de todas las maneras posibles, para demostrar su impotencia cuando se enfrentaba con «verdaderos» Estados como Austria y Prusia. En diciembre de 1862, explicó su punto de vista a Guillermo I en un memorándum secreto. Cuanto más comprometida estuviera Prusia por tratados y acuerdos federales alemanes, menos poder real tendría, porque Austria podría organizar a los miembros de la Confederación germánica contra Prusia. Era esta una perspicaz valoración de la política alemana de los Habsburgo, que se oponía al crecimiento del poder de Prusia, sobre todo en la esfera económica a través del *Zollverein.* La unión aduanera adquirió más fuerza (en 1862) cuando Francia y Prusia firmaron un tratado comercial. Prusia no se interesaba por ninguna de las propuestas de reforma presentada ante la Dieta alemana en Fráncfort. Lo que intentó hacer Bismarck fue apartar gradualmente a Austria de cualquier alineación con los Estados alemanes menores e inducirla a una alianza con Prusia en contra de aquellos. Bismarck tuvo poco éxito en cuanto a su objetivo en 1863. No pudo persuadir a los austriacos de que «abandonasen» a sus aliados en Alemania. No obstante, Bismarck aprovechó al máximo el material inflamable que tenía a mano. Las ambiciones y la intranquilidad de Napoleón III seguían preocupando a los austriacos. La sublevación polaca en la Polonia rusa en enero de 1863 aumentó los temores austriacos. Pero en aquel momento Bismarck calculó mal. Intentó conseguir la futura amistad de Rusia enviando al general Von Alvensleben a San Petersburgo para prometer la ayuda prusiana en la lucha contra los rebeldes polacos. Cuando esto llegó a oídos de los polacos, Bismarck se sintió dominado por la rabia al verles como enemigos mortales de Prusia. Su resistencia espiritual le molestaba profundamente y en una carta privada incluso se refirió a la necesidad de «exterminar» a los polacos, aunque no lo decía literalmente

en el sentido hitleriano del siglo XX. Por consiguiente, en la misión de Alvensleben ante el zar hubo algo más que un cálculo diplomático. Bismarck permitió que sus sentimientos personales afectaran a su buen juicio. Todo salió mal. Los ministros del zar no necesitaban la ayuda de Prusia. Alvensleben envió de regreso una convención que habría permitido a las tropas rusas perseguir a los polacos desde la Polonia rusa hasta territorio prusiano. Napoleón III abrazó la causa de «Polonia» y Gran Bretaña e incluso Austria enviaron protestas a Rusia con respecto al severo trato que recibían los polacos. También sobre Berlín llovieron protestas contra la convención y Bismarck se defendió afirmando que esta no existía porque no había sido ratificada. Esto a su vez enfureció al zar de Rusia. Fue un fracaso para Bismarck. Pero la intervención polaca resultó un revés aún mayor para Napoleón III, quien, cuando terminó, se encontró puesto en entredicho por todos, los rusos, los austriacos y los británicos.

La reanudación de los problemas en torno al futuro de Schleswig-Holstein en el otoño de 1863 dio a Bismarck una oportunidad más para conseguir una alianza con Austria y así el abandono tácito de su política antiprusiana en los asuntos alemanes. Bismarck prometió llegar a un acuerdo con los austriacos a propósito de la cuestión de los aranceles ya que el *Zollverein* había triunfado en todos los Estados alemanes demostrando así el predominio económico de Prusia sobre la *Kleindeutsch.* Las consideraciones económicas, aseguró a los austriacos, estarían subordinadas a las políticas. Pero si los austriacos se negaban a abandonar su alianza con los Estados alemanes menores contra Prusia, entonces esta llamaría en su ayuda al nacionalismo alemán y exigiría otro parlamento elegido por el pueblo alemán que tomara el poder de los Habsburgo y los otros príncipes alemanes menores. Bismarck se aliaría con el espíritu de Fráncfort de 1848. El resultado inevitable sería, como en 1849,

una pequeña Alemania con el rey de Prusia a su cabeza. No era este un impulso repentino. Bismarck no temía arriesgarse al máximo si había muchas cosas en juego. Había considerado durante años una alianza de la Corona de Prusia con el nacionalismo alemán como una de sus «barajas» y creía que trabajadores y campesinos podrían unirse a la Corona para formar un frente común que derrotara a la burguesía liberal. Bismarck nunca rechazó una alianza nacional o internacional por razones de ideología o de principio. Para él lo que contaba era solo si servía a los intereses inmediatos.

El año 1864 resultó más afortunado desde el punto de vista de Bismarck que 1863. La oposición liberal en el parlamento esperaba recuperar sus derechos, no ofreciendo una resistencia resuelta contra los actos anticonstitucionales de Bismarck, sino como consecuencia del esperado fracaso de la política alemana de este. Sin embargo, ocurrió lo contrario. En cuanto a simple virtuosismo y falta de escrúpulos, jamás Bismarck estuvo más brillante que en su manera de tratar la cuestión de Schleswig-Holstein en favor de Prusia. La cuestión de Schleswig-Holstein, con todas sus complejidades jurídicas, estaba hecha a medida para lucimiento de los trucos de prestidigitador diplomático de Bismarck. Las grandes potencias pensaban que habían zanjado el problema con el Tratado de Londres de mayo de 1852, que resolvía la cuestión de la sucesión y la integridad de Dinamarca. Al rey danés Federico VII, que no tenía hijos, le sucedería Cristián de Glücksburg, que era el heredero del reino de Dinamarca, pero debido a las diferentes leyes de sucesión, no de los ducados de Schleswig-Holstein. Sin embargo Cristián también sería gobernante de los ducados. El otro pretendiente, el duque de Augustenburg, había aceptado, en nombre propio y de su familia, no turbar la paz de los ducados ni oponerse a la resolución de la sucesión de los mismos; no obstante nunca se le exigió renunciar formal-

mente a sus derechos. Esta era la primera ambigüedad del tratado de 1852. La segunda era el acuerdo por el que las potencias decidieron que los ducados y el reino de Dinamarca se unirían en una entidad bien diferenciada, cuando el rey de Dinamarca había prometido a Prusia y Austria que respetaría los derechos separados de los ducados. A la postre Holstein permaneció en la Confederación germánica, mientras que Schleswig, unido a Holstein, no era miembro de ella.

Cuando Cristián subió al trono danés en noviembre de 1863, también firmó una nueva constitución, la cual, según los Estados alemanes, violaba las promesas de 1852 porque incorporaba Schleswig al reino danés. Era la misma actuación de 1848-1849. La causa de los ducados era el medio de resaltar el nacionalismo alemán. El hijo del duque de Augustenburg afirmó entonces su derecho a la sucesión de los ducados a la que su padre no había renunciado explícitamente en 1852. La misma situación que parecía haber resuelto el Tratado de Londres de 1852 se planteó de nuevo. Los Estados alemanes menores de la Dieta de la Confederación germánica propusieron que, en apoyo de Augustenburg como duque legítimo, un ejército de la Confederación ocupara Holstein. Bismarck hizo todo lo posible para echar abajo este plan. En vez de ello, convenció a Austria de que abandonara al pretendiente Augustenburg y reconociera a Cristián como legítimo heredero, pero actuando en contra de Dinamarca sobre la base de que la nueva constitución ignoraba los derechos de los ducados que el rey Federico había prometido defender tanto a Prusia como a Austria. En enero de 1864, Bismarck finalmente indujo a los austriacos a firmar una alianza con Prusia contra Dinamarca. El ejército de la Confederación había ocupado Holstein sin oposición por parte de los daneses. Entonces los ejércitos prusiano y austriaco atravesaron Holstein y el 1 de febrero entraron en Schleswig. Esta vez los daneses se resistieron y así

Dinamarca, Austria y Prusia entraron en guerra. Una lucha tan desigual no podía durar mucho: a mediados de abril de 1864 cayó la última línea defensiva de los daneses en Düppel. Los signatarios del Tratado de Londres convocaron una nueva conferencia en Londres, aparentemente para proteger a Dinamarca y restaurar la paz. Pero en 1864 las potencias ya no estaban unidas. Bismarck cambió de frente durante la conferencia. Austria y Prusia se declararon a favor de la separación de los dos ducados de Dinamarca y a favor de la sucesión de Augustenburg. La guerra había comenzado en nombre del Tratado de Londres; terminaría dando la vuelta a sus cláusulas. Los daneses no aceptaron, esperando en vano el apoyo de Gran Bretaña, y las grandes potencias abandonaron la pretensión de imponer un acuerdo internacional. La conferencia se interrumpió el 25 de junio y al día siguiente se reanudó la guerra.

Bismarck no tenía ninguna intención de entregar los ducados a Augustenburg. Pocos días después de declarar que este era su objetivo, persuadió a Guillermo I de que abandonara a los «desagradecidos» Augustenburg. Dinamarca, sin el apoyo de las potencias, tuvo que pedir la paz. En agosto de 1864, el rey de Dinamarca cedió sus derechos en los ducados a Prusia y Austria. La guerra danesa había terminado. La mecha para una guerra de mayor envergadura entre Austria y Prusia estaba puesta. Existen pocas dudas de que Bismarck intentaba explotar aún más las complicaciones implícitas en el futuro de los ducados para asegurar su anexión a Prusia y el predominio prusiano al norte del Meno. Si esto significaba la guerra con Austria, estaba preparado. Entretanto ensanchaba la brecha entre Austria y los Estados alemanes. Los ducados no fueron entregados a Augustenburg, protegido por los Estados alemanes, sino gobernados conjuntamente por Austria y Prusia. Las tropas de la Confederación se vieron ignominiosamente forzadas a abandonar Holstein en el otoño de 1864. Bismarck, que te-

nía la ventaja de la vecindad geográfica de Prusia, también hizo cada vez más difícil la posición de Austria en los ducados.

En la primavera de 1865, la política de Bismarck exigió otro salto mortal. Antes de persuadir a Guillermo I de que considerase la anexión de los ducados, era necesario satisfacer su sentido del honor. Un consejo de juristas de la Corona proporcionaron el medio de hacerlo al declarar que el rey de Dinamarca era el legítimo duque de Schleswig-Holstein al comienzo de la guerra, y que, por tanto, los ducados eran ahora propiedad de Prusia y Austria por derecho de conquista. Bismarck había esperado y probablemente se había esforzado por conseguir este resultado. No obstante, en el Consejo de la Corona, el 29 de mayo de 1865, se manifestó en contra de una política de ruptura inmediata con Austria y de la anexión de los ducados. Durante casi un año, hasta finales de febrero de 1866, la política de Bismarck continuó siendo tortuosa y no se ajustó en absoluto a un plan claro de guerra con Austria por la supremacía en Alemania. Esto era verdaderamente característico de la diplomacia de Bismarck. Bismarck estaba indeciso. Creía firmemente en la intuición, que pensaba le diría cuándo había llegado el mejor momento para actuar. Hasta entonces su astucia no le permitía atarse irrevocablemente a una sola línea de actuación. En el verano de 1865, la tensión entre Prusia y Austria alcanzó un punto crítico. Guillermo I era partidario de la anexión prusiana y los austriacos, irritados, apoyaron la agitación en favor de los Augustenburg. Pero no se permitió que nada interfiriese en el rito anual de «tomar las aguas». Guillermo I y Bismarck se marcharon al lóbrego balneario austriaco de Gastein, muy de moda y frecuentado por el emperador Francisco José. Ni los austriacos, más arruinados que nunca, ni Bismarck, querían la guerra en 1865. Así que cuando el conde austriaco Blome llegó a Gastein para negociar con Bismarck un acuerdo

ofreciendo concesiones, el resultado fue la famosa convención de Gastein del 14 de agosto de 1865. La administración conjunta de los ducados por parte de Austria y Prusia había terminado. En su lugar, los otrora indisolubles ducados fueron divididos; la administración del ducado más cercano a Prusia, Holstein, fue asignada a Austria, y la de Schleswig, a Prusia. Los Estados alemanes y Europa manifestaron su indignación ante este reparto, pero aun entonces la cuestión seguía sin resolverse, porque los austriacos insistían en que la partición de los ducados debía ser únicamente provisional.

Durante los seis meses que transcurrieron desde la convención de Gastein hasta el Consejo prusiano de la Corona del 28 de febrero de 1866, que virtualmente se decidió por una guerra contra Austria, Bismarck hizo todo lo que pudo por fortalecer la posición de Prusia frente a Austria. La guerra danesa le había convencido de que era poco probable que Gran Bretaña y Rusia intervinieran en un conflicto entre Austria y Prusia. Tal vez era posible inducir a Italia a que actuara como un aliado. La clave la tenía Napoleón III, cuya neutralidad benévola dejaría a Austria aislada. Bismarck se entrevistó con el emperador en Biarritz en octubre de 1865. Desde entonces los historiadores han hecho toda clase de conjeturas en cuanto a lo que realmente ocurrió, ya que el informe de Bismarck sobre las conversaciones en Biarritz y París es breve y lleno de vaguedades. No parece probable que Bismarck redujera sus opciones poniéndose de acuerdo con Napoleón III sobre el precio de la neutralidad de Francia en el caso de una guerra austriaco-prusiana. Más probablemente, Bismarck dejó a Napoleón III la impresión general de que una política amistosa hacia Prusia aportaría dividendos a Francia, porque si se producía una remodelación del mapa en Europa, Francia también se beneficiaría y podría ampliar su dominio a aquellas zonas donde se hablaba francés (es decir, Bélgica). Tal vez, inclu-

so, Bismarck habló en términos vagos de la frontera del Rin. Pero es indudable que no se comprometió a nada concreto. Tampoco se comprometió Napoleón III y respondió con expresiones generales de simpatía. Repitió las propias observaciones hechas antes en París por Bismarck: «No hay que intentar forzar los acontecimientos, sino dejar que maduren; esto no dejará de ocurrir, y entonces darán la prueba de que Prusia y Francia son los dos Estados de Europa cuyos intereses les hacen más interdependientes [...]», etc. No se logró nada decisivo en Biarritz.

Durante el invierno de 1865-1866, Bismarck contribuyó a deteriorar aún más las relaciones entre Austria y Prusia. Los detalles son menos importantes que el intento de Bismarck y esto se hizo patente en la reunión del Consejo de la Corona del 28 de febrero de 1866. Bismarck admitió abiertamente que la guerra entre Prusia y Austria se había convertido en cuestión de tiempo. El motivo de ello se había desplazado de Schleswig-Holstein a la más importante cuestión alemana. Guillermo I, con sus escrúpulos, se mostraba todavía reacio a derribar a ningún príncipe alemán, pero Bismarck bien sabía que con la euforia de la victoria el sentido de honor del rey podía ser manejado. El príncipe heredero era un adversario mucho más decidido. Lamentaba la lucha por Alemania como una guerra entre hermanos. Pero Bismarck se salió con la suya. Obtuvo autorización para conseguir una alianza italiana y seguridades de Napoleón III en el caso de que la razón de la guerra fuera algo más que el futuro de los ducados. Los consejeros militares prusianos, Moltke y Roon, confiaban en la victoria.

La alianza secreta entre Prusia e Italia no se concertó hasta el 8 de abril de 1866. Los italianos realmente no se fiaban de los prusianos. Aunque calificadas de «ofensivas» y «defensivas», sus cláusulas eran puramente «agresivas». El artículo II estipulaba que si los planes de Prusia para re-

formar la Confederación germánica según sus propios deseos fracasaban y Prusia tomaba las armas, Italia la *seguiría* en una declaración de guerra contra Austria. Italia y Prusia firmarían la paz únicamente por mutuo consentimiento (artículo III). La guerra terminaría cuando Austria aceptara las condiciones prusianas con respecto a la cuestión alemana y cuando el Véneto fuera cedido a Italia. Lo más interesante es que Italia estipulaba que la alianza caducaría a menos que Prusia declarase la guerra a Austria en el plazo de tres meses a partir de la firma del tratado (artículo V). Esta cláusula restringía la libertad de acción de Bismarck y evitaba que Italia se convirtiera simplemente en un instrumento diplomático de Bismarck, cosa que de otro modo temía que ocurriera Víctor Manuel. Bismarck tuvo menos éxito a la hora de comprometer a Napoleón III. Es cierto que Napoleón III había hecho posible la alianza italiana, porque Víctor Manuel se negó a firmarla a menos que Napoleón III la apoyara. Napoleón III dio su conformidad en privado, aunque de una forma bastante retorcida. Pero Bismarck probablemente se dio cuenta de que los franceses se alinearían con los dos contrincantes más importantes. En esto tenía razón. Napoleón III continuaba enviando expresiones generales de buena voluntad a Berlín, pero enviaba a la vez mensajes similares a Viena. Se había asegurado de que Italia obtendría el Véneto si Prusia salía victoriosa. El 12 de junio firmó un tratado secreto con Austria donde se decía que si esta salía victoriosa en Alemania, cedería el Véneto a Francia (y luego Napoleón III se lo cedería a Italia) y si salía victoriosa en Italia respetaría el *statu quo ante bellum* (artículo II). A cambio, Napoleón III prometía la neutralidad francesa y de ser posible también la neutralidad italiana (artículo I). Austria también se comprometía a llegar a un entendimiento con Francia antes de sancionar un reajuste territorial que trastornara el equilibrio europeo. En una nota adicional, Austria prometía no establecer la hegemonía austria-

ca sobre una Alemania unida. El objetivo de Napoleón III era en primer lugar mantener la división de Alemania y en segundo lugar conseguir una «compensación» para Francia tanto si ganaba Prusia como Austria, y no cabe duda de que los franceses querían la frontera del Rin de 1814. Pero, al contrario de lo que hizo en 1859, Napoleón III no especificó el pago que Francia recibiría en cualquiera de estos supuestos. Esperaba que al fin sería Austria la victoriosa. También creía que durante la guerra habría mejores oportunidades para explotar la neutralidad de Francia que antes.

Los últimos movimientos diplomáticos de Napoleón III, vacilando como siempre entre permitir que estallara la guerra entre Prusia, Italia y Austria o tratar de preservar la paz, entre las ofertas de mediación y la convocatoria de un congreso europeo para zanjar la disputa, retrasaron el estallido de la guerra algo más de dos meses. Todos fueron inútiles e incluso Bismarck se las arregló para colocarse en posición de aceptar las propuestas de paz rechazadas por Italia o por Austria. Tenía la esperanza de que ni aliados ni enemigos salvaran a Prusia de la guerra, pero si lo hicieran tendría la paciencia de esperar y buscar otra oportunidad.

Un detallado examen de las maquinaciones diplomáticas de la Dieta Alemana en Fráncfort no arroja más luz sobre el origen de la Guerra Austro-Prusiana. Los otros Estados alemanes lucharon por evitar que estallara una guerra en la que estarían obligados a tomar partido y que pondría en peligro su propia existencia. Austria buscó su alianza. Bismarck estaba satisfecho con su enemistad, que daría a Prusia una excusa para anexionar su territorio. El arma de Bismarck contra la Confederación germánica, alianza de soberanos, era la amenaza de poner el futuro de Alemania en manos de un parlamento alemán elegido sobre la base del sufragio universal, alianza del pueblo contra los príncipes que ponían obstáculos. Entonces únicamente sobreviviría el

rey de Prusia. El objetivo evidente de Bismarck era excluir a los Habsburgo de cualquier influencia en los asuntos alemanes. Prusia, por la mera fuerza de su tamaño y poder militar y económico, dominaría entonces a la Alemania «más pequeña». Bismarck todavía no había proyectado las formas institucionales precisas en que este dominio se podría expresar: una abierta anexión o una confederación que permitiera la persistencia de las tradiciones locales mientras que toda verdadera decisión y poder residieran en manos del rey de Prusia. Se inclinaba más bien por el mantenimiento de la tradición anterior y por tanto, la confederación, pero la primera vez que habló de la «Confederación alemana del Norte» fue el 9 de julio, después de la victoria en la guerra. La guerra se hizo inevitable cuando los austriacos se convencieron de la falta de sinceridad de Prusia y se negaron a conceder la primacía en Alemania a Prusia sin lucha.

El conde Mensdorff, el ministro austriaco de Asuntos Exteriores, decidió dar el paso fatal de romper las negociaciones con Prusia sobre el futuro de Schleswig-Holstein y el 1 de junio puso en manos de la Dieta de la Confederación germánica la decisión de lo que se debería hacer con los ducados. Bismarck contraatacó acusando a los austriacos de violar la convención de Gastein según la cual Austria y Prusia acordaban ocuparse exclusivamente ellas de los ducados. Lo que no mencionó fue que Prusia ya la había violado al firmar una alianza secreta con Italia. Estas eran solamente maniobras. Austria esperaba conseguir aliados entre los Estados alemanes menores; Bismarck los amenazó. Bismarck también ordenó la invasión de Holstein, ocupado por Austria. Pero la actitud caballeresca del comandante prusiano, con gran disgusto de Bismarck, permitió que los austriacos se retirasen pacíficamente. Tampoco consiguió Bismarck persuadir a los italianos de que empezaran la guerra. Sin embargo, Austria le ahorró más molestias al proponer a

la Dieta alemana de la Confederación que todos los Estados alemanes excepto Prusia fueran movilizados. Una enmienda bávara excluyó la movilización del ejército austriaco también. Aunque la movilización, por consiguiente, no estaba dirigida únicamente contra Prusia, el delegado prusiano en Fráncfort ya había recibido instrucciones de anunciar la retirada prusiana de la Confederación y hacer una invitación a los Estados alemanes para formar una nueva alianza con Prusia (14 de junio). Al día siguiente, Bismarck presentó ultimátums a Hannover, el Electorado de Hesse y Sajonia exigiendo que los tres Estados del norte de Alemania se aliaran con Prusia o de lo contrario serían considerados enemigos. Esto era una flagrante agresión y los ultimátums fueron rechazados. El ejército prusiano se desplazó y sin apenas luchar –salvo en Hannover– ocupó los tres Estados antes de finales de mes. Entretanto el ejército de Sajonia se había unido al ejército austriaco en el norte de Bohemia, mientras el más poderoso de todos los aliados alemanes de Austria, Baviera, mantenía su ejército al margen dentro de sus propias fronteras. El futuro de la lucha por la supremacía en Alemania se decidiría en una campaña a punto de comenzar entre Prusia y Austria. La guerra había comenzado cuando las tropas prusianas iniciaron la ofensiva sin ninguna declaración formal.

En Alemania y Bohemia, las hostilidades propiamente dichas duraron solo tres semanas. Los italianos, que en vano intentaron ganar un encuentro, prolongaron la guerra unas semanas. El resultado sorprendió grandemente al resto de Europa. No se tenía en mucha estima al ejército prusiano. La victoria frente a Dinamarca en alianza con Austria, otra gran potencia europea, después de semanas de dura campaña, no había aumentado su reputación. Solo retrospectivamente se puede ver que desde el desastre de la movilización parcial de 1859, la capacidad de combate del ejército prusiano había mejorado continuamente, no debido a una sola

reforma o a un plumazo repentino, sino gradualmente. Apoyados por Bismarck, Guillermo I y Albrecht von Roon, llevaron a cabo las reformas militares a pesar de la oposición parlamentaria; la efectividad del ejército prusiano había mejorado mucho en 1866. El *Landwehr* formaba una fuerza de reserva de segunda línea. Los ejércitos prusianos fueron organizados por Helmuth von Moltke, el militar más dotado desde Napoleón y Wellington. Moltke fue nombrado jefe del estado mayor prusiano en 1857. Hombre culto y tolerante, representaba una nueva clase de general; un profesional que organizó un equipo de especialistas para conseguir los más elevados niveles de eficacia e hizo del alto estado mayor prusiano un modelo para la reforma militar en Europa y más tarde incluso en los Estados Unidos. El servicio en el alto estado mayor y también en las filas creó a la larga una estrecha relación y comprensión entre el cuartel general y los oficiales de los ejércitos en campaña. El alto estado mayor se preocupaba especialmente de preparar al ejército para la guerra y de elaborar los planes de guerra, que incluían preparativos para una movilización eficaz. En la época del ferrocarril, la necesaria planificación tenía que ser muy rigurosa. Aunque la planificación prusiana no funcionó a la perfección en 1866, fue superior a la movilización austriaca. Gracias a la diplomacia de Bismarck, Prusia también tenía la ventaja de que las fuerzas austriacas estaban divididas. El ejército del norte se reunió en Bohemia, donde los territorios de Prusia y el imperio de los Habsburgo eran colindantes. El ejército del sur operó en Italia. Moltke fue el principal consejero militar del rey en 1866 y el responsable del plan de combate que derrotó a los austriacos, a pesar de que los comandantes prusianos de los tres ejércitos que invadieron Bohemia se mostraron reacios a ajustarse al plan del jefe del alto estado mayor. Se cometieron errores, pero peores fueron las equivocaciones de los austriacos.

Derrotados de manera aplastante en una batalla, los austriacos perdieron la guerra entera en ambos frentes.

Sadowa, o Koniggrätz como la llamaban los prusianos, fue por sus consecuencias una de las batallas más decisivas de la historia moderna. El plan de Moltke era rodear y aniquilar el ejército austriaco. El general Benedek, a pesar de sus protestas de que no estaba a la altura de la tarea, mandó el ejército austriaco del norte en Bohemia. El 2 de julio telegrafió a Francisco José diciendo que era necesario buscar la paz a cualquier precio, dado que la destrucción del ejército era inevitable. Al día siguiente, los austriacos combatieron obstinadamente, pero fueron derrotados por los prusianos, mejor dirigidos y armados. Fue una batalla a gran escala en la que participaron un total de más de 400.000 hombres. 24.000 austriacos murieron o fueron heridos y 13.000 cayeron prisioneros de los prusianos. El predominio prusiano en Alemania había sido decidido en el campo de batalla. Pero se decidió aún más. Si Prusia hubiera perdido la batalla, Bismarck, Moltke y Roon habrían dejado el poder, y el conflicto entre la Corona y el parlamento habría tomado un rumbo diferente. En vez de esto, su asociación continuó intacta y logró para Alemania la hegemonía en Europa. Incluso la mayoría del parlamento prusiano se unió al coro de alabanzas y aclamó a Bismarck como héroe del día. No ayudó en nada a los austriacos que derrotaran a los italianos en tierra en Custozza el 24 de junio y en el mar también un mes más tarde frente a Lissa. La alianza italiana con Prusia garantizaba el éxito final de Italia en la mesa de conferencias, sin tener en cuenta que no había obtenido triunfos militares. Para los prusianos victoriosos el camino hacia Viena estaba abierto. Guillermo I, que tan reacio había sido a declarar la guerra a su colega alemán, después no quiso ahorrarle ninguna humillación. El rey de Prusia, que era un viejo soldado con una fe sencilla en la justicia del dios de la guerra, consideraba que el campo de batalla era el árbitro

final para las cuestiones de honor; no opinaba así Bismarck. Nadie mejor que él ejemplificó el aforismo famoso de Clausewitz de que la guerra era «únicamente una continuación de la política por otros medios». Austria fue derrotada. Bismarck escrutaba ansiosamente la escena diplomática europea para vislumbrar qué nuevos peligros amenazaban a Prusia ahora que su victoria relámpago había trastornado los cálculos de sus vecinos continentales y el mítico «equilibrio de poder» se había visto perturbado.

La moderación de Bismarck a la hora de firmar la paz con Austria ha sido elogiada siempre como un ejemplo de la más elevada categoría de estadista. Los Estados alemanes al norte y sur del río Meno estaban a la merced de los ejércitos prusianos. El emperador Habsburgo podía haber sido obligado a ceder una porción de Bohemia. El 23 de julio hubo una tempestuosa reunión del «gabinete de la guerra» en la que Guillermo I y sus generales protestaron airadamente contra la política de Bismarck de no llevar a cabo ninguna anexión de territorio austriaco mientras Bismarck, vencido por el agotamiento nervioso, sollozaba en la antecámara. La voluntad de Bismarck prevaleció: el ejército prusiano se detuvo y los Habsburgo no se vieron obligados a ceder una pulgada de territorio a Prusia. Significativamente, durante el curso de la guerra el poder civil del Estado prusiano representado por Bismarck se había impuesto a los militares. Bismarck recuerda que en la reunión del 23 de julio él era la única persona que no llevaba uniforme. ¡Sin duda creía que un uniforme le habría relegado falsamente a un rango inferior! Finalmente, Guillermo I accedió el 24 de julio. Bismarck había encontrado un aliado en el príncipe heredero. Guillermo I comentó amargamente, que él, vencedor, a pesar de las espléndidas hazañas de su ejército, tendría que «llevar la peor parte».

Prusia y Austria firmaron un armisticio y una paz preliminar en Nikolsburg, en Bohemia, el 26 de julio de 1866, solo tres semanas después de Sadowa. Prusia prometía retirarse del territorio de los Habsburgo, que seguiría intacto salvo el Reino Veneciano (artículo I); la Confederación Alemana germánica era disuelta y el emperador de Austria aceptaba su exclusión de la nueva organización alemana; el rey de Prusia creaba una unión más estrecha al norte del Meno, y una unión de los Estados alemanes del Sur, cuya relación con la Confederación Alemana del Norte se establecería más adelante (artículo II). El ámbito territorial de Sajonia (el aliado más leal de Austria) se mantenía intacto (artículo V). El emperador de Austria reconocía los diversos cambios territoriales en el norte de Alemania, incluyendo la anexión prusiana de Schleswig-Holstein, pero a los habitantes de habla danesa del norte de Schleswig se les prometía un plebiscito y la posibilidad de unirse a Dinamarca (artículos III y V). El rey de Prusia pediría la conformidad de Italia a los preliminares de paz tan pronto como Napoleón III hubiera entregado el Reino Veneciano a Italia (artículo VI). Austria también se veía obligada a pagar una indemnización de guerra (artículo IV). En resumen, Prusia se anexionó Hannover y tres Estados menores del norte de Alemania con unos cuatro millones de habitantes, y a pesar de la «integridad territorial» de Sajonia, la «independencia» de los restantes Estados de Alemania del norte pronto se perdería –salvo una muy limitada autonomía local– en la Confederación de Alemania del Norte, organizada bajo el liderazgo del rey de Prusia.

La cuestión interesante con que se enfrentan los historiadores es por qué con todos los Estados a su merced y Austria incapaz de ofrecer mayor resistencia, Bismarck no tomó más, por ejemplo toda la «pequeña» Alemania. La respuesta que da en sus *Memorias* es que su moderación se debió a la intervención de Napoleón III y a sus dudas sobre una

continuación de la guerra con Austria y Francia aliadas contra Prusia. Es una parte de la verdad, pero no toda. No es probable que Bismarck hubiera hecho algún plan concreto en cuanto a la clase de paz que debería imponer cuando comenzó la guerra. Típicamente en él, prefería esperar a ver cómo evolucionaba la situación. Una semana después de Sadowa, parecía empeñado en destruir la monarquía de los Habsburgo estimulando revueltas nacionalistas en Bohemia y Hungría. En París, Napoleón III presidía consejos divididos. Drouyn y la emperatriz Eugenia eran partidarios de la guerra, Rouher lo era de la paz, advirtiendo a Napoleón III que no se opusiera al principio de autodeterminación nacional. Napoleón III eligió un término medio. No amenazaría a Prusia con la movilización de un ejército en el Rin, pero el 5 de julio ofreció su amistosa mediación a los reyes de Prusia e Italia, diciendo que el emperador de Austria le había cedido Venecia. Bismarck, como siempre, parecía seguir criterios contradictorios. Por una parte, actuaba en favor de una paz rápida que daría a Prusia el dominio directo del norte de Alemania y el dominio indirecto de los Estados alemanes del sur. Los Estados alemanes del Sur serían aislados y el dualismo de Prusia y Austria en Alemania terminaría con la exclusión de Austria. Pero en su ansiedad por estar preparado para cualquier alternativa, incluso la peor, una coalición europea hostil a Prusia, basada en una alianza austro-francesa con un posible apoyo de Rusia, hizo planes para hacer estallar desórdenes en toda Europa a través de llamamientos a la revolución y al nacionalismo. Este segundo camino, totalmente innecesario en aquellos momentos, encolerizó al zar y le llevó a pedir un congreso europeo. De hecho, incluso durante el verano de 1866 la excesiva precaución de Bismarck le hizo sufrir «pesadillas de coaliciones». El zar no estaba preparado para la guerra psicológica y militarmente, como tampoco lo estaba Napoleón III, porque la rápida y decisiva victoria prusiana le había

arrebatado todo poder de influir en los acontecimientos. En la noche del 11 de julio de 1866, el embajador francés Benedetti llegó al cuartel general del rey de Prusia con instrucciones de Drouyn de insistir en un armisticio inmediato. Pero ya el 9 de julio Bismarck había enviado instrucciones al embajador prusiano en París, para ser presentadas ante Napoleón III, limitando las demandas prusianas al predominio en el norte de Alemania. Los Estados del Sur de Alemania recibirían permiso para formar una unión y se les garantizaría una posición internacional independiente. El obstáculo era el deseo de Guillermo I de anexionar el territorio del norte de Alemania, pero Napoleón III aceptó de mala gana en vísperas de la firma de la paz preliminar de Nikolsburg. Probablemente Bismarck no necesitaba ceder ante Napoleón III en julio de 1866, si es que realmente lo hizo. Pero Bismarck nunca fue un hombre que asumiera riesgos innecesarios. Por tanto, es posible deducir que el acuerdo austro-prusiano de 1866 en realidad colmaba sus deseos en aquellos momentos.

La paz preliminar no mencionaba la oposición internacional independiente» de los Estados del sur, como no tardaron en observar los franceses. Cuando se firmó la paz de Praga el 23 de agosto de 1866, el emperador había recibido la promesa de que Francia no se enfrentaría a una Alemania unida al norte y al sur del Meno, o al menos así lo parecía. A espaldas de Napoleón III, Bismarck ya había preparado el camino para una estrecha alianza de los Estados alemanes del Sur con Prusia. Bismarck comenzó exigiendo territorio y grandes indemnizaciones de guerra a los Estados alemanes del Sur. Luego propuso una alternativa. Los Estados del Sur debían formar tratados secretos con Prusia más amplios que las habituales alianzas defensivas. Si Prusia se veía envuelta en una guerra que amenazara su integridad territorial, los Estados del Sur no solo debían luchar junto a Prusia, sino también colocar sus ejércitos bajo el mando de

su rey. En el aspecto militar renunciarían así a su independencia. No está del todo claro qué fue exactamente lo que indujo a los alemanes del Sur a ceder su ilimitada soberanía. Sin duda el temor a unas condiciones de paz muy duras y su sensación de aislamiento fue un móvil importante; tal vez les amenazara Bismarck, diciendo que, si no se aliaban con él, entonces se sentiría libre de llegar a un acuerdo con Napoleón III a expensas de sus territorios. Baviera podía terminar como Polonia, víctima de una partición. De cualquier modo, los Estados alemanes del Sur capitularon sin mucha resistencia ante Bismarck y el 22 de agosto de 1866 se firmó un tratado secreto entre Prusia y Baviera: ¡un día antes de la paz de Praga con su promesa, ahora vana, de respetar la existencia independiente de los Estados del Sur! Y esta cláusula pretendía representar el único éxito de la mediación de Napoleón III, porque Francia no recibió ninguna compensación territorial por su aceptación de la alteración del mapa de Europa en el norte y centro de Alemania. En agosto, Benedetti fue despedido por Bismarck con las manos vacías y con seguridades y promesas nada concretas de que él, Bismarck, apoyaría los proyectos del emperador en Luxemburgo y Bélgica. Después del acuerdo de Nikolsburg, Napoleón III sencillamente no disponía de poder para obligar a Bismarck a conceder algo que este no deseara.

Después de las anexiones de Hannover, Hesse-Cassel, Nassau, Fráncfort y Schleswig-Holstein sin el consentimiento de sus poblaciones, Prusia había crecido considerablemente. En el norte, Prusia, más que «unificar» Alemania, lo que había hecho era conquistar territorios alemanes. Pero entre los cuatro millones de nuevos súbditos prusianos adquiridos por el rey, había muchos que se oponían a una prusianización forzosa. El dominio del núcleo del antiguo poder prusiano, la Prusia-Brandemburgo protestante, se diluyó más. Había muchos más católicos prusianos des-

pués de 1866 que antes, al igual que grandes grupos en las provincias polacas y en Hannover de dudosa lealtad al rey prusiano. Las anexiones del norte de Alemania continuaron el proceso de transformación de «Prusia» en Alemania y la pérdida de una identidad puramente prusiana. De haber anexionado los Estados alemanes del Sur, las tradiciones prusianas se habrían borrado aún más y tal vez esta fue la razón por la cual en 1866 Bismarck prefirió una política que conducía a su dominación en vez de la absorción total. Sin embargo, Bismarck no pudo detener el proceso de absorción de *Prusia* por Alemania, proceso al cual contribuyó tan poderosamente con sus éxitos de 1866.

[1] G. Mann, *The history of Germany since 1789,* Penguin, 1974.

[2] H. Böhme, *The foundation of the German Empire,* Oxford, 1971.

[3] O. Pflanze, *Bismarck and the development of Germany,* Princeton, 1963, p. 87.

[4] *Ibid.,* p. 89.

[5] *Ibid.,* p. 91.

[6] *Ibid.*

XVII. LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA (1866-1871)

Bismarck volvió a Berlín triunfante. Durante el desfile de la victoria paseó montado a caballo por la Puerta de Brandemburgo con Moltke a un lado y Roon al otro. Ya no se le consideraba como el aventurero político que había dirigido el gobierno real desafiando la constitución y luego comenzado una guerra que muchos predecían terminaría con la derrota de Prusia. En solo siete semanas Bismarck y el ejército prusiano habían destruido el supuesto secular de que Prusia era uno más de los Estados alemanes y de que en Alemania no tenía más alternativa que la cooperación con Austria o el desafío a su influencia. Solo en la esfera económica había dado esta última actitud algún resultado. Más habitual era que Prusia reconociera al emperador Habsburgo como el miembro más importante de la Confederación.

Durante la guerra de 1866, muchos de los Estados alemanes pequeños, y todos los grandes, se aliaron con los austriacos. Hubo algunas excepciones, allí donde los gobernantes de algunos de los pequeños Estados alemanes del Norte y del Centro se «aliaron» de mala gana con Prusia para escapar de la ocupación prusiana, de lo contrario inevitable. Entre los aliados menos entusiastas de Prusia figuraban, en el norte, Oldemburgo, Meeklemburgo-Schwerin y las ciudades hanseáticas; Brunswick y Mecklemburgo-Strelitz aceptaron las «reformas» prusianas y se les permitió permanecer neutrales. Wurtemberg, Baviera y Baden se unieron a Austria, pero lucharon muy poco. Los recelos mutuos les impidieron coordinar sus fuerzas entre sí o con los austriacos. Solamente Sajonia, que durante el siglo XIX mostró un infalible instinto para alinearse siempre con el perdedor, resultó ser un decidido aliado. Aparte de Prusia,

el Estado alemán del norte más importante era Hannover, que resistió y luchó contra los prusianos. Desde la subida al trono de la reina Victoria, Hannover ya no estaba gobernado por un soberano británico, así que Bismarck no dudó en forzar al Estado a que entrase en guerra.

Una etapa crucial en la unificación de Alemania se llevó a cabo, por tanto, no porque los Estados alemanes quisieran la unidad bajo el liderazgo prusiano, o porque el espíritu del pueblo alemán se hubiera manifestado irresistiblemente como ocurrió en 1848, sino más bien por lo contrario, como lo demuestran los hechos de 1866. La Prusia de Bismarck impuso su voluntad por la fuerza. Mitos patrióticos posteriores han oscurecido el hecho de que Prusia, en 1866, hizo la guerra no solo contra Austria, sino contra la mayoría de los Estados alemanes.

Si es justo elogiar a Bismarck por su moderación hacia Austria en la victoria, no hay que olvidar que se comportó como un conquistador en el norte y centro de Alemania, destronando a los príncipes que se negaron a renunciar a su soberanía. ¿Por qué? Las dos actitudes se pueden explicar de manera racional como parte de un cálculo político destinado a halagar o aterrorizar, para que los gobernantes alemanes tuviesen muy presente que cualquier Estado que no estuviera incondicionalmente al lado de Prusia sería tratado como «enemigo» sin consideración de lazos alemanes supuestamente comunes. Un ejemplo notable de este comportamiento fue la próspera ciudad libre de Fráncfort. No había hecho ningún daño a Prusia, pero sus ciudadanos fueron maltratados, multados colectivamente, anexionados a Prusia y privados de sus antiguos derechos. Hannover fue anexionada y prusianizada y el enfermizo rey Jorge expulsado de su trono; los ducados del Elba, Schleswig-Holstein, fueron también anexionados resolviéndose así para siempre su problema histórico. La promesa de un plebiscito en el

norte de Schleswig fue convenientemente olvidada. Los pequeños Estados de Hesse-Cassel y Nassau desaparecieron para dar a Prusia una forma más coherente. Bismarck permitió a algunos pequeños Estados alemanes del Norte y del Centro una caricatura de existencia independiente; el más importante de estos fue el reino de Sajonia. Para ellos se inventó la «Confederación alemana del Norte», alianza entre desiguales que dio a Prusia el poder real.

No fueron escrúpulos los que pusieron freno a Bismarck en 1866 en el norte y el sur. Bismarck buscó deliberadamente una alternativa a la anexión abierta y lo hizo por una sola razón. La anexión de los Estados de Weimar, Mecklemburgo, Oldemburgo y Sajonia, después de la anexión mucho más importante que Prusia ya había llevado a cabo en 1866, no le habría presentado a esta problemas internos, pero sin perder de vista a los Estados del Sur, Bismarck deseaba demostrar lo considerada que podía ser Prusia con sus aliados. La política prusiana en el norte y centro de Alemania dependía de cómo creyera Bismarck que podía desarrollar mejor las futuras relaciones con los Estados alemanes del Sur. Además, no quería simplemente anexionar Baviera y Wurtemberg, con su población predominante católica y con culturas y tradiciones no prusianas. Tenían que ser atraídas a la órbita del poder prusiano so capa de una alianza o federación. En resumen, la Confederación de Alemania del Norte solo tiene sentido si se la considera como un experimento o plan detallado, que podía ser aplicado más tarde a una confederación más amplia en la que participara toda la «pequeña» Alemania.

Lo que se logró bajo la dirección de Bismarck en 1866 fue la exclusión de Austria en la futura evolución de los asuntos alemanes. Sin Austria, Prusia estaba destinada a dominar debido a su tamaño y fuerza abrumadores. Bismarck creía que con el tiempo los Estados alemanes del Sur

caerían como fruta madura dentro de la cesta prusiana. Una guerra civil alemana era suficiente; Bismarck prefería una alianza con los estados alemanes del Sur antes que una anexión abierta. Era un proceso que, para comenzar, creía que no necesitaba ni debía ser apresurado. La primera tarea era digerir lo que Prusia había ganado y dar un nuevo impulso a la política prusiana en el interior y en el exterior.

La victoria prusiana de 1866 transformó la política de Prusia y acabó con la posibilidad –por supuesto que remota– de que esta se convirtiera en una monarquía constitucional. Esto es lo que trataban de conseguir la sólida oposición liberal y sus aliados en el parlamento prusiano. Pero esperaban seguir el ejemplo británico solo parcialmente. Intentaban obtener el control del presupuesto y pedían un ministerio «responsable». Deseaban que los ministros fueran legalmente responsables ante el parlamento, aunque no dependieran necesariamente de las mayorías parlamentarias. Estaban dispuestos a reconocer amplios poderes a la Corona, pero buscaban idealmente un punto medio donde el rey y el parlamento compartieran el poder. Durante cuatro años la oposición parlamentaria se mantuvo firme ante las amenazas reales y la campaña de intimidación de Bismarck. Después de Sadowa, lo extraordinario fue que esta mayoría de hombres resueltos y honorables se convirtió prácticamente en un partido gubernamental, partidario de Bismarck, una vez que hubo logrado algunas concesiones sobre las competencias del gobierno parlamentario. Colocaron la «cuestión nacional» en primer lugar. No por última vez hombres experimentados e inteligentes creyeron que podían establecer una distinción entre un «buen dirigente» y un «mal dirigente». Apoyarían a Bismarck para «resolver» el problema del nacionalismo alemán porque deseaban ver aumentar el poder alemán en el mundo; pero se opondrían a Bismarck siempre y cuando intentase pasar por alto aquellos principios liberales que tanto apreciaban. Esa era la

teoría e hicieron caso omiso del hecho de que al contribuir al éxito de Bismarck en el exterior también le harían todopoderoso en el interior. Unos sesenta años más tarde los alemanes intentaron de modo similar distinguir entre un Hitler bueno y uno malo, con consecuencias mucho más calamitosas para ellos y para Europa.

Se eligió un nuevo parlamento prusiano en julio de 1866, en pleno entusiasmo de guerra; en realidad las elecciones se celebraron el mismo día de la batalla de Sadowa. Los conservadores ganaron 114 escaños y se convirtieron en el partido más fuerte, con 142 escaños. Los partidos de la oposición liberal, el partido progresista y el partido de centro-izquierda vieron sus 253 escaños reducidos a 148. A principios de agosto, Bismarck compareció ante los parlamentarios no con arrogancia, como era de esperar después de su triunfo, sino con aparente magnanimidad. Pidió una reconciliación entre el gobierno real y el parlamento por el bien de Alemania. Pidió una «indemnidad» en favor del gobierno por cualquier acción cometida y por los gastos hechos durante los últimos años sin el consentimiento del parlamento; sin embargo Bismarck evitó cualquier admisión de culpabilidad. Como dijo un mes más tarde en un discurso a la cámara baja del parlamento prusiano (el 1 de septiembre): «Durante los últimos cuatro años ninguno de los de un bando ha sido capaz de convencer a ninguno del otro. Cada cual ha creído actuar correctamente […] Nosotros [el gobierno real] deseamos la paz en este conflicto doméstico pero no porque no estemos igualados en la lucha. Al contrario, en estos momentos el viento sopla más a nuestro favor de lo que lo ha hecho durante años […] Deseamos la paz porque en nuestra opinión la patria la necesita en los tiempos actuales más que nunca»[1]. Bismarck luego ofreció la posibilidad de que el gobierno real «despache las tareas que quedan por despachar conjuntamente con ustedes». La oposición se sintió tentada. Los conflictos del pa-

sado no tenían relevancia ni para el presente ni para el futuro, afirmaba ahora Bismarck, mientras invitaba a todos los hombres de buena voluntad a unirse a él para construir una nueva Alemania. Guillermo I había accedido de mala gana a la presentación de un «proyecto de ley de indemnidad», porque iba en contra de su idea del derecho divino pedir a su parlamento tal indemnidad por las acciones reales. Es difícil negar cierta admiración hacia este obstinado monarca prusiano que parecía carecer de los más elementales instintos políticos y que por razones de honor y tradición siempre trataba de actuar en principio de la manera que le parecía correcta. A menudo terminaba de modo menos honroso dando su consentimiento a los deseos de su primer ministro. El «compromiso con el pueblo» no pertenecía al vocabulario de un rey prusiano, pero Bismarck siempre se imponía al anciano caballero que finalmente consentía en hacer aquello a lo que anteriormente se había opuesto.

Bismarck también logró ganarse a la mayoría de los liberales y los conservadores. Se aprobó el proyecto de ley de indemnidad por mayoría. A un proyecto de ley presentado por Bismarck que concedía subvenciones financieras a los generales victoriosos, el parlamento también añadió el nombre de Bismarck y le regaló una gran suma con la que compró la finca de Varzin, en Pomerania. Solo una minoría de parlamentarios se negaron a indemnizar a Bismarck y siguieron en la oposición. Representaban lo que quedaba del antaño gran partido progresista. Un amplio grupo del partido progresista se escindió y en 1867 tomó el nombre de partido nacional liberal. Se comprometió a apoyar a Bismarck en su política nacional alemana pero declaró que se mantendría como «oposición vigilante y leal» en el caso de que el gobierno real amenazara alguna vez los principios liberales, la vigencia del Estado parlamentario constitucional, los derechos de los individuos y, en materia de política económica, el librecambio. Los conservadores también se es-

cindieron. El tradicional partido conservador de los *Junkers* no podía aceptar la política alemana «revolucionaria» de Bismarck; se oponía a la pérdida de la identidad de Prusia dentro de la nueva «pequeña» Alemania, a la disminución de las prerrogativas reales y, naturalmente, a la idea de una asamblea parlamentaria elegida por voto secreto sobre la base del sufragio universal masculino. Así, para los viejos conservadores Bismarck era demasiado liberal, y para los progresistas no lo suficiente; pero los industriales conservadores, los nobles silesianos de mentalidad más liberal, los banqueros y profesores se separaron del partido conservador original y formaron su propio grupo, conocido como partido de los conservadores libres (más tarde autodenominado partido imperial alemán, *Deutsche Reichspartei*). Los liberales nacionales y los conservadores libres dieron a Bismarck, durante más de una década, el apoyo que necesitaba para poner los cimientos del imperio alemán mientras respetaba, si no todas, la mayoría de las convenciones constitucionales.

La Confederación Alemana del Norte duró solo cuatro años. Luego dio paso al imperio alemán, pero la constitución que se proyectó para ella definió las características principales de la constitución del imperio alemán. Siguió influyendo en la evolución constitucional alemana incluso después de ello y sus ideas básicas se pueden encontrar en la constitución actual de la República Federal Alemana. Su peculiaridad residía en la naturaleza de la unidad federal que establecía entre los Estados miembros de la Confederación Alemana del Norte (y más tarde los del imperio alemán) y el poder central imperial. Los Estados asociados tenían derechos mucho más amplios que los derechos regionales locales. Los gobernantes de los Estados continuaban, nominalmente, gobernando sus reinos como duques y reyes soberanos. Se regían por sus propias leyes y constituciones, con sus propias asambleas parlamentarias y administración

civil y judicial; las iglesias y las escuelas eran administradas según las leyes estatales y se recaudaban impuestos para cubrir estos gastos. Esos amplios derechos estatales, por supuesto, también dejaban intactos los del mayor Estado alemán: Prusia. El *Bundesrat* (consejo federal) ejercía la autoridad central federal. Los representantes de los gobiernos estatales eran miembros del *Bundesrat,* pero con un poder de voto proporcional al tamaño de su Estado. Prusia poseía 17 votos, Sajonia 4, Mecklemburgo-Schwerin y Brunswick 2 cada uno y los restantes 18 Estados 1 cada uno. Las decisiones se tomaban por mayoría simple en sesión secreta, votando los delegados según las instrucciones de sus gobiernos; era necesaria una mayoría simple de 22 votos de un total de 43 votos. En la práctica, Prusia siempre tenía mayoría y, por tanto, dominaba por completo el *Bundesrat.* El rey de Prusia asumió el modesto título de presidente del *Bund* y la función real de comandante en jefe. Nombraba, y podía destituir, al canciller federal. Controlaba la política exterior y podía declarar la guerra y firmar la paz. El ejército de la Confederación fue prusianizado. Aparte del consejo federal o, para usar su nombre alemán, el *Bundesrat,* la constitución preveía la elección de un *Reichstag* mediante un voto tan democrático como en cualquier lugar de Europa en aquella época: el sufragio universal masculino. El canciller federal, sin embargo, no era responsable ante el *Reichstag* ni dependía del apoyo de una mayoría (como en Gran Bretaña), sino que era responsable ante el presidente del *Bund,* es decir el rey de Prusia, y el *Bundesrat.* En el proyecto de constitución presentado al parlamento constituyente, Bismarck había creado una gran fachada de «gobiernos aliados», y un parlamento democrático nacional que dejaba todo el poder real y las decisiones en sus propias manos como primer ministro del rey de Prusia. Al principio no aspiraba a convertirse en canciller federal, que consideraba como un cargo simbólico para el consumo público. Había concebido

al «canciller» como el representante del rey de Prusia en el *Bundesrat,* que seguiría las instrucciones de Bismarck.

Los llamados «gobiernos aliados» no estaban en condiciones de ofrecer una oposición seria a los planes de Bismarck. Sin embargo, dos pequeños principados lo intentaron temerariamente. Sus gobernantes recibieron un tratamiento drástico; el duque de Sajonia-Meiningen fue destituido, y el Estado de Reuss ocupado, pero Bismarck no quiso dar la impresión de que al sur del Meno los «gobiernos aliados» no contaban para nada. Con halagos, unas cuantas concesiones periféricas y amenazas obtuvo un consentimiento «voluntario» al proyecto constitucional durante el invierno de 1866. La oposición del *Reichstag* constituyente resultó más temible.

El *Reichstag* constituyente fue elegido por sufragio universal masculino en febrero de 1867. Un elevado porcentaje del electorado ejerció sus derechos. Al igual que en «1848», había pocas personas corrientes entre los representantes elegidos por el pueblo; fueron elegidos un príncipe real y unos 50 duques y barones. Había 39 conservadores libres y veintisiete viejos liberales que apoyaban a Bismarck incondicionalmente. El partido progresista se vio reducido a 19 escaños y los viejos conservadores a 59. Unos 70 miembros se dividían en muchos partidos opuestos a la Confederación: polacos, naturales de Schleswig-Holstein y hannoverianos leales o «güelfos» como los llamaban. Bismarck podía contar con el apoyo absoluto de los grupos conservadores y los viejos liberales, que sumaban unos 125 votos. El partido progresista y los adversarios personales de Bismarck podían juntos reunir unos 90 votos en contra de este. Los que decidían las votaciones eran los 79 liberales nacionales, que formaban el mayor partido en el nuevo *Reichstag.* Fueron ellos los que consiguieron algunas concesiones de Bismarck.

Los liberales nacionales deseaban que el ejecutivo federal, es decir, todos los ministros, fuera responsable ante el *Reichstag* en un sentido legal limitado. Finalmente, Bismarck llegó a un compromiso accediendo a que el canciller refrendara todos los proyectos de ordenanzas y leyes después de que el rey los hubiera firmado. Al acceder a añadir la firma del canciller, Bismarck satisfacía la exigencia de responsabilidad legal, aunque lo que esto significaba realmente fue siempre algo bastante abstracto y ambiguo. No significaba que el canciller fuera «responsable» en el sentido de depender de una opinión mayoritaria de los miembros del *Reichstag.* Los liberales también obtuvieron más derechos concretos, tales como el reforzamiento de la inmunidad de los parlamentarios contra el arresto, el derecho a celebrar nuevas elecciones en un plazo de sesenta días a partir de la disolución del *Reichstag* y la adopción del voto secreto, en lugar del abierto, cuando se celebrasen elecciones. El *Reichstag* también consiguió el derecho a aprobar los presupuestos anuales, pero el control financiero sobre el gobierno –el poder más importante de los parlamentos modernos– no era tan completo como parecía. La lucha más dura entre Bismarck y los liberales nacionales en el *Reichstag* se libró en torno al presupuesto militar, sobre el cual el *Reichstag* no tenía ningún control. Este abarcaba casi todos los gastos de la Confederación. Se llegó a una solución de compromiso que permitía que el importe del presupuesto militar o de «hierro» se mantuviera fuera del control parlamentario durante cinco años. Después de esta fecha, el 1 de enero de 1872, el número de reclutas llamados a filas, es decir, la cantidad de dinero que se gastaría en el ejército, se fijaría mediante una ley para la cual sería necesario el consentimiento del *Reichstag.* Todas las leyes necesitaban la aprobación del *Reichstag,* el *Bundesrat* y el rey, y la firma del canciller. Tanto el *Bundesrat* como el *Reichstag* disfrutaban del derecho a elaborar legislación.

El *Reichstag* aprobó por fin la constitución el 16 de abril de 1867 por una mayoría de 230 votos contra 55. No se creó, ni de lejos, un gobierno parlamentario parecido al modelo británico. El desarrollo político de Alemania se vio paralizado por el dominio indiscutible que ejerció Bismarck sobre el cargo ministerial más importante del Estado durante veintiocho años. Por otra parte, el *Reichstag* no era una fachada o un simple lugar de tertulia, que es probablemente lo que intentó Bismarck en un principio. Aunque surgieron partidos políticos con algunos dirigentes dotados y respetados, estos no podían controlar al emperador ni al ejecutivo imperial con el canciller a la cabeza, y a pesar del compromiso a que habían llegado con respecto al presupuesto militar en 1867, el *Reichstag* nunca consiguió controlar la política exterior ni los enormes gastos del ejército y, más adelante, de la marina. Las decisiones más importantes del gobierno permanecieron en manos de los dirigentes civiles y militares que disfrutaban de la confianza del emperador. Hasta 1890 Bismarck se destacó por encima de todos.

Bismarck no necesitaba «planificar» la unificación alemana. La Confederación Alemana del Norte ya abarcaba los dos tercios de toda Alemania, ahora que Austria había sido excluida. El tercio restante realmente no podía llevar una «existencia soberana independiente» tal como preveía el Tratado de Praga. Sobre esta cuestión los contemporáneos no tenían ninguna duda seria. El tercio del sur de Alemania ni siquiera estaba unido, ya que Wurtemberg, Baden y Baviera estaban tan recelosos de las intenciones de los otros como temerosos de que sus territorios se pudieran convertir en peones en el juego de poder de Bismarck. ¿Por qué, entonces, se pusieron voluntariamente la soga al cuello con la firma de un tratado secreto con Prusia en 1866? Las contradicciones de la diplomacia de Alemania del sur son a menudo encubiertas por los historiadores, pero dada la po-

sición en que los Estados alemanes del Sur se encontraban después de la derrota de Austria, su política fue bastante lógica.

Estaban sometidos a presiones por todos lados. Ahora que la antigua rivalidad austro-prusiana en Alemania había sido sustituida por el predominio prusiano, los «Estados medios» no podían seguir manteniendo su independencia mediante maniobras entre las dos principales potencias «alemanas». Austria, después de 1866, no podía ser considerada como un contrapeso frente a Prusia. Tampoco podían los Estados del Sur de Alemania recurrir a Francia. Bismarck no había tardado en señalar a los gobiernos del sur de Alemania que Napoleón III deseaba la orilla izquierda del Rin y había sugerido que el territorio perteneciente a esos Estados compensaría a Francia por el engrandecimiento de Prusia en Alemania. Bismarck había insinuado claramente que siempre podía llegar a un acuerdo con Napoleón III si los gobiernos de Alemania del sur se mostraban recalcitrantes. No parecía que les quedara más opción que pactar con Prusia en las mejores condiciones que pudieran conseguir.

Si examinamos la situación desde el lado prusiano, Bismarck, si lo hubiera deseado, habría podido vencer fácilmente la resistencia del sur de Alemania por la fuerza y lo habría podido hacer siempre que estuviera dispuesto a «compensar» a Francia por mantener su neutralidad en el conflicto. Probablemente no tuviera ninguna objeción que hacer por principio al abandono de algún territorio de Baviera u otra parte de Alemania a Napoleón III, pero como estaba decidido a no adquirir el sur de la Alemania por la fuerza, no existía ninguna necesidad de acceder a una compensación territorial para Francia. Pero, como era típico de Bismarck, no rechazó tajantemente las propuestas francesas cuando el embajador francés, Benedetti, le transmitió las

sugerencias de Napoleón durante julio y agosto de 1866. Para mantener las esperanzas de Napoleón, Bismarck puso en juego otra «baraja». Así pues, eludió los proyectos de Napoleón de conseguir territorios en la orilla izquierda del Rin pertenecientes a Baviera y Hesse, con lo que Francia habría recuperado las fronteras de 1814; Bismarck insinuó claramente a Napoleón que debía de buscar su compensación en las regiones de habla francesa, Bélgica y Luxemburgo. Napoleón no insistió en el retorno a la frontera de 1814, sino que se concentró en Luxemburgo. Mientras tanto, Bismarck se guardó el «proyecto» Benedetti, que hacía mención de «Bélgica», para su posible uso en el futuro. Lo utilizó con eficacia cuando en julio de 1870 lo publicó en *The Times* pero omitió la fecha del documento, haciendo parecer que Napoleón III tenía proyectos inmediatos para Bélgica.

No hay pruebas concluyentes que nos permitan exponer con certeza los motivos de Bismarck. No es probable que tuviera un plan bien estudiado para llevar a cabo una guerra con Francia. Como ya se ha visto, si la unión entre el norte y el sur hubiera sido su única meta, Bismarck podría haberla alcanzado sin una guerra con Francia, pero no estaba dispuesto a hacer las concesiones necesarias a los Estados de Alemania del sur, o a Napoleón III, para obtener su cooperación en una política de unión alemana. Bismarck no tenía prisa. En octubre y noviembre de 1866 era un hombre enfermo. Cuando volvió a Berlín aquel diciembre, la Confederación alemana del Norte todavía debía recibir una forma constitucional. Prusia estaba ocupada en absorber a todos los nuevos súbditos del rey. De cualquier modo, Bismarck creía que el tiempo estaba de parte de Prusia. Lo aprovecharía para fortalecer la posición nacional e internacional de Prusia mientras socavaba la voluntad de cualquier adversario potencial de ofrecer una resistencia eficaz.

Al menos en un punto parecía que Napoleón III había hecho progresos: el plan de hacerse con Luxemburgo con la ayuda de Bismarck. Napoleón III necesitaba éxitos diplomáticos y territoriales para contrarrestar el aumento de poder de Prusia. La opinión pública francesa, aunque pacífica, exigía que Francia siguiera dando pruebas de su supremacía en la Europa continental. La adquisición de Luxemburgo no sería mucho, pero era algo. El objetivo de la política de Bismarck a propósito de lo que se convertiría en la cuestión «luxemburguesa» es particularmente difícil de comprender. Al principio ayudó a Napoleón III presionando al rey de los Países Bajos, duque soberano de Luxemburgo, para que renunciara al ducado. Teniendo presente el ejemplo de la «unión personal» de Schleswig-Holstein, Guillermo III de los Países Bajos estaba dispuesto a hacer lo que se le pidiese. Prusia también tenía alguna influencia en el ducado porque poseía el derecho de guarnecer la fortaleza de Luxemburgo, que había formado parte de la extinta Confederación. En diciembre de 1866 Bismarck empezó a ser decididamente menos amable con Francia. Ahora se refería a Luxemburgo como territorio «alemán» y en privado escribía que la alianza francesa sería «comprada demasiado cara» si se obtenía «mediante una humillación a los sentimientos nacionales alemanes». Bismarck creía ahora que la mejor manera de consolidar la Confederación Alemana del Norte con el sur era «mediante la excitación de los sentimientos nacionales» y esto solo podía significar el fomento de los prejuicios antifranceses. Al mismo tiempo se las daba de amigo ofendido cuando hablaba con los emisarios de Napoleón III, censurando al emperador por su torpe diplomacia.

Napoleón III, atacado despiadadamente por la oposición nacional (véase cap. XVIII), era capaz de cualquier cosa por demostrar que su política de amistad hacia Prusia y su actitud de simpatía hacia la consolidación nacional alemana

aportaría dividendos a Francia. También se jactaba en París de que Francia había detenido a Prusia a las puertas de Viena en 1866. El emperador recibió una rápida contestación por parte de Bismarck en Berlín. Bismarck no podía tolerar la afirmación francesa de que su política de 1866 había estado atada a Napoleón III, y, por tanto, el 19 de marzo de 1867 publicó los textos de los tratados de alianza secreta prusiana con Baviera, Wurtemberg y Baden, firmados el año anterior; en ellos quedaba de manifiesto que la barrera del río Meno, cuyo mérito se atribuía Napoleón III, era ilusoria. Bismarck y Napoleón III estaban ya en camino hacia un choque diplomático. Napoleón III, aprovechándose de los temores del rey de los Países Bajos a que Prusia deseara territorio holandés, se ofreció a garantizar las fronteras holandesas a cambio de la cesión de Luxemburgo a Francia. Guillermo III estaba de acuerdo en «vender» Luxemburgo, pero solo si también lo estaba el rey de Prusia. De la crisis siguiente, Napoleón tuvo gran parte de culpa. No era probable que consiguiera ese consentimiento mientras los agentes franceses en Luxemburgo incitaban a la población local a huir de la «odiada dominación de Prusia» y a declararse pro franceses. En Berlín, durante los debates cruciales de marzo de 1867 sobre la constitución de la Confederación Alemana del Norte, nada convenía más a los propósitos de Bismarck que desviar la atención avivando el fervor nacional. Inspiró la intervención del líder liberal nacional, el hannoveriano Bennigsen, quien el 1 de abril pidió que el gobierno se mantuviera firme en cuanto a los derechos prusianos en el Luxemburgo «alemán». Bismarck, que justificó su cambio de frente refiriéndose a la excitación nacional, procedió a privar a Napoleón III de toda oportunidad de llevar a buen término las negociaciones en La Haya, amenazando al rey holandés con el justo castigo alemán si hería el «sentido nacional del honor»; sin embargo, sorprendentemente durante un tiempo, incluso en esta etapa final de

abril de 1867, Bismarck consideró la posibilidad de llegar a un acuerdo con Napoleón III; él ayudaría a Francia a adquirir Luxemburgo a cambio de que Napoleón III librara a Prusia del apartado del Tratado de Nikolsburg, que estipulaba un plebiscito en el norte de Schleswig. Bismarck no perseveró en esta idea. Una cosa, sin embargo, quedó clara: ni él ni Napoleón III estaban dispuestos a ir a la guerra en 1867 por Luxemburgo o por cualquier otra cosa. Bismarck se convirtió así en internacionalista y recurrió a los buenos oficios de las potencias europeas signatarias del tratado de 1839 para resolver la cuestión. Como resultado de la consiguiente conferencia de Londres, Luxemburgo fue declarado neutral y puesto bajo la garantía «colectiva» de las grandes potencias. Esta garantía no era eficaz porque su incumplimiento por cualquiera de los signatarios libraba a los otros de sus obligaciones. Los cínicos podían llamar a aquello un «pedazo de papel mojado». Pero con todo cumplió su objetivo inmediato de salvaguardar a Luxemburgo de la absorción francesa. Prusia retiró su guarnición y a Napoleón III no le quedó otra alternativa que abandonar el proyecto de conseguir el ducado con el consentimiento secreto de Prusia.

El resultado de la cuestión luxemburguesa se podía presentar como un compromiso entre Bismarck y Napoleón III, en el que ambos se hacían concesiones, pero en realidad fue un golpe mucho más duro para este último. La crisis luxemburguesa señala un hito significativo en la evolución de la política de Bismarck sobre la cuestión alemana. No es que, como a veces se ha afirmado, pasara de ser un patriota prusiano a ser un patriota alemán. Bismarck habría considerado tal definición como una frase vacía. Todo para él era cuestión de táctica. La atracción de un acuerdo diplomático con Francia nunca había sido fuerte; y le parecía incluso menos tentador en 1867. Mejores resultados, llegó a pensar, se podían obtener avivando los sentimientos nacio-

nales alemanes, pero todavía ahora, en la primavera de 1867, Bismarck no estaba preparado para comprometerse en una acción determinada. Todavía tenía la intención de mantener tantas alternativas como fuera posible. El éxito final de Bismarck residió en su capacidad de unir la fuerza del nacionalismo del siglo XIX a la causa tradicional de la Corona prusiana.

Austria era una potencia firmemente conservadora en Europa. La experiencia de «1848» había hecho a Francisco José más, y no menos, conservador. En el enfrentamiento con la marea de la revolución social, Rusia y Prusia eran aliados naturales de Austria; pero también existía una relación entre la marea revolucionaria y el nacionalismo en Italia, Hungría y Alemania, aunque revolucionarios y nacionalistas eran con frecuencia aliados muy incómodos. La actitud más prudente de los Habsburgo habría sido cortar los lazos entre la revolución y el nacionalismo satisfaciendo las aspiraciones de una u otro, pero Francisco José consideraba que las concesiones reales a cualquiera de ellos eran algo impensable, excepto al borde de la derrota, y así los Habsburgo fueron derrotados en 1859 y 1866 por los enemigos de Austria que explotaron con cinismo las debilidades de la política de aquellos. El imperio de los Habsburgo no era lo suficientemente fuerte como para soportar una política que rechazaba todo compromiso con el nacionalismo magiar e italiano dentro del imperio a la vez que se enfrentaba con el asalto de Francia y Piamonte en el sur y de Prusia en el norte. Pero Francisco José no se resignaba a satisfacer a Piamonte en el norte de Italia o a Prusia en la Confederación Alemana, donde Austria trataba de mantenerla en una posición subordinada. Retrospectivamente no es difícil llegar a un juicio histórico tan lógico, pero ¿qué gran potencia ha renunciado nunca voluntaria y gustosamente a su influencia, y mucho menos a un territorio que formase parte del Estado, sin mediar la lucha armada? Hay unos cuantos

ejemplos de abandono de la influencia por vía pacífica. Gran Bretaña traspasó a Estados Unidos su influencia en el Caribe y América Central a finales del siglo XIX, pero esto no implicó ninguna cesión de territorio. Infinitamente más difícil fue llegar a un acuerdo en Irlanda. Los Habsburgo no se creían tan débiles como para que su imperio y su cohesión estuvieran condenados. El imperio sobrevivió dos generaciones más y luchó honrosamente durante tres años en la mayor de las guerras en tierra. La política correcta en la década de 1860 parecía ser la de la fuerza más que la del apaciguamiento.

El trauma de la derrota en la guerra de 1866, con la pérdida del Véneto y la exclusión de Alemania, fue tremendo. Era la segunda guerra perdida en un breve periodo de tiempo; el nacionalismo avanzaba rápidamente. ¿Qué habría ocurrido si hubiera habido una tercera guerra en los años siguientes? En vísperas de la guerra con Prusia, los ministros de Francisco José empezaron a abandonar la política de centralización. Este abandono podría ser descrito como un retorno al tradicional gobierno de los Habsburgo establecido por la Pragmática Sanción, pero las concesiones a los «rebeldes» húngaros eran una píldora difícil de tragar para Francisco José. El hecho de que estuviera dispuesto a hacerlas muestra que una chispa de realismo había penetrado en su mente ya antes de la guerra de 1866. Francisco José estaba dispuesto a aprender de sus errores, aunque con lentitud. Siempre antepuso su sentido del deber hacia el imperio a cualquier sentimiento personal. No se podía mantener el imperio haciendo pedazos a las recalcitrantes nacionalidades, aunque para esta tarea hubiera demostrado ser lo bastante fuerte en 1848, 1859 y 1866. Sencillamente no era suficiente derrotar a los magiares e italianos, porque los nacionalistas de dentro del imperio podían forjar alianzas con las grandes potencias vecinas que, para favorecer sus intereses nacionales, no sentían escrúpulos en seguir

una táctica revolucionaria en su política exterior que nunca habrían tolerado en sus propios países. Francisco José concebía como un deber sagrado asegurar la supervivencia de todos los considerables territorios del imperio de los Habsburgo y restaurar su condición de gran potencia. Necesitaba la paz. También tuvo que enfrentarse a un periodo de reforma, tanto política como constitucional y militar.

Por una vez, Francisco José estuvo bastante inspirado al elegir al estadista necesario para dirigir la política del imperio durante aquellos difíciles años. Friedrich Ferdinand von Beust había servido al rey de Sajonia durante veinte años como primer ministro. Bismarck insistió en su destitución en el verano de 1866. En octubre, Francisco José nombró a Beust para el cargo mucho más importante de ministro de Asuntos Exteriores de Austria. Le confió no solo los asuntos exteriores, sino también, poco después, la reorganización constitucional del imperio. Las amplias funciones de Beust recibieron el reconocimiento imperial cuando en 1867 se le otorgó el título de canciller, que solo unos pocos grandes estadistas austriacos habían llevado (Kaunitz, Metternich).

Beust se ha resentido de la comparación con Bismarck, comparación de la cual él era dolorosamente consciente. Juzgado por sus propios méritos, el realismo y liberalismo de Beust, su capacidad de ver el enconado problema nacional del imperio con los ojos de un observador ajeno, su energía y habilidad diplomáticas, sirvieron bien a los Habsburgo. No podía reconstruir la posición de Austria en Italia y Alemania como quería el partido de guerra de la corte. Nadie habría podido hacerlo. Lo que hizo fue salvar al imperio de nuevas derrotas y después cambiar el rumbo de su política internacional en el sentido de actuar como baluarte contra el avance ruso en los Balcanes, al tiempo que abogar por una alianza, en 1871, con la nueva Alemania.

Los acuerdos constitucionales a nivel federal se lograron con una rapidez sorprendente considerando la complejidad de los mismos. Beust actuó como intermediario en las negociaciones con Deák, ayudado por el conde Julius Andrássy, antiguo condenado como partidario de Kossuth que aprovechándose de la amnistía había vuelto a su patria. El «compromiso» que establecía la monarquía dual, desde entonces Austria-Hungría, se quedaba muy corto con respecto a las exigencias de Kossuth de independencia pero daba a Hungría autonomía interna y una gran influencia sobre la política del imperio en su conjunto. Los poderes residuales de la Corona permanecían virtualmente intactos. Las negociaciones para llegar a un compromiso con Hungría ya estaban bastante avanzadas cuando el estallido de la guerra de 1866 las interrumpió. Fueron reanudadas a principios de 1867. Beust y Andrássy se entendieron muy bien; Andrássy persuadió al más circunspecto Deák y consiguió el apoyo de la emperatriz Isabel para vencer la resistencia de Francisco José. Los húngaros aceptaron la indivisibilidad de los dominios de los Habsburgo y renunciaron a la política de Kossuth de independencia total. Deák reconoció que el dominio político de los magiares sobre las nacionalidades, que abarcaba las tierras de la Corona húngara, se mantenía mejor dentro del marco del imperio de los Habsburgo y aceptó la validez de la Pragmática Sanción (1723) que declaraba el dominio indivisible e inseparable *(indivisibiliter ac inseparabiliter).* El «compromiso» recibió el consentimiento de Francisco José en el verano de 1867 y a finales de ese mismo año fue aceptado tanto por el *Reichstag* húngaro como por el *Reichsrat* austriaco, que promulgaron las leyes necesarias.

La competencia del *Reichsrat* ya no abarcaba todo el imperio. El soberano gobernaba las dos mitades del imperio como emperador (Kaiser) de Austria y rey (König) de Hungría. Fue coronado por separado en Hungría. Había tres

áreas de gobierno que afectaban a las dos mitades del imperio, los asuntos exteriores, los asuntos militares y las finanzas, en la medida en que se ocupaban de los intereses financieros y económicos comunes del imperio. Se crearon estos ministerios imperiales o comunes (*Kaiserlische* y *Königlische,* o K y K, para abreviar). Los ministros conjuntos, nombrados todos ellos por el emperador, eran responsables ante las «delegaciones». Las delegaciones estaban formadas por 60 delegados cada una del *Reichstag* húngaro y del *Reichsrat* austriaco, que tenían que estar de acuerdo; su conformidad necesitaba luego el consentimiento del emperador para convertirse en ley. Los debates periódicos sobre sus respectivas contribuciones financieras causaron gran tensión entre los representantes húngaros y austriacos. En general a los húngaros les iban bien las cosas. Su influencia en los asuntos imperiales era igual a la de los «austriacos» pero su contribución a las finanzas era menor. Tanto la mitad «austriaca» de la monarquía como la húngara tenían su propio primer ministro y gobierno con competencia sobre todas las cuestiones no específicamente reservadas como responsabilidad «imperial» o común.

El dualismo no otorgaba un papel *político* igual a los eslavos del imperio. Se les prometieron derechos culturales pero políticamente estaban representados como minorías en el *Reichstag* húngaro y en el *Reichsrat* austriaco. Los checos, para comenzar, se negaron a colaborar y así durante la primera década que siguió al compromiso los liberales austro-alemanes ejercieron un control predominante sobre el gobierno interno occidental o austriaco, pero ni siquiera así el compromiso permitía a los austro-alemanes el tipo de dominio de que disfrutaban los magiares en Hungría. Más adelante los austro-alemanes fueron con frecuencia derrotados por una coalición de nacionalidades: polacos, checos, eslavos del sur e italianos. Únicamente los polacos de Galitzia consiguieron algunas concesiones de autonomía y una

posición dominante sobre los rutenos. De las nacionalidades de las tierras de la Corona húngara, solo los eslavos croatas consiguieron cierta autonomía y a su vez abandonaron a los eslavos del sur al dominio magiar.

En la práctica, estas complejas instituciones funcionaron razonablemente bien si se las juzga desde el punto de vista de los problemas que acosaban al gobierno de un imperio multinacional, aunque no satisficieron a la mayoría de los pueblos eslavos (con la excepción de los polacos, que no hicieron causa común ni con los checos ni con los otros eslavos). Las concesiones hechas a los magiares fueron considerables. En materia de asuntos exteriores, el primer ministro de Hungría, responsable ante el parlamento húngaro, tenía un derecho constitucional a ser consultado sobre las cuestiones de política exterior que el primer ministro de las tierras occidentales austriacas de la monarquía no poseía. Era un derecho realmente ejercido y no se podía tomar ninguna decisión importante en los asuntos exteriores sin el conocimiento y consentimiento del primer ministro húngaro. Los tres ministerios comunes, que funcionaban en teoría al margen del gobierno de Austria y Hungría, en la práctica no podían llevar a cabo ninguna decisión importante referente a cuestiones exteriores, financieras o comerciales sin consultar a los ministros correspondientes en Hungría y Austria.

El emperador intentó defender los derechos de los ministerios comunes, especialmente en todo lo relativo a las cuestiones militares, pero el imperio solamente se podía gobernar con la ayuda de una conferencia informal de ministros. Los ministros procuraban conseguir los necesarios acuerdos constitucionales de los dos parlamentos, de los dos gobiernos y de los ministerios comunes. El ministro de Asuntos Exteriores (solo Beust recibió el título de «canciller»), presidía la conferencia cuando el propio emperador no asis-

tía. El número exacto de integrantes variaba según los asuntos discutidos, pero los plenos incluían a los tres ministros comunes de asuntos exteriores, finanzas y guerra, a los primeros ministros de Austria y Hungría, a los ministros de finanzas austriaco y húngaro, a veces otros ministros y a menudo el jefe del estado mayor. Ahí residía el poder real, y no en las delegaciones que se reunían solo brevemente. Inevitablemente, el equilibrio creado por el compromiso de 1867 hizo que el imperio siguiera una política cautelosa que representaba el mínimo común de acuerdo entre los intereses contrapuestos e impidió una política ambiciosa consistente en tratar de recuperar la posición del imperio en Alemania o Italia.

Durante los años finales de la década de 1860, se completó la remodelación de Europa y el equilibrio de poder europeo se vio fundamentalmente alterado. La derrota de Francia y la consolidación de Alemania, que se convirtió en la principal potencia europea, tanto industrial como militarmente, significó un gran cambio de dirección en la historia de Europa. Años después del acontecimiento, los participantes más destacados se sintieron tentados a pensar que estos hechos habían supuesto la ejecución de su política cuidadosamente planeada. Bismarck desempeñó con especial éxito su papel de «autohistoriador», por acuñar un nuevo término. El capítulo veintiuno de sus memorias, titulado «La Confederación Alemana del Norte», es magistralmente ilustrativo: sus omisiones, tan interesantes como su contenido, nos dicen mucho sobre las concepciones y métodos de Bismarck. Este se atribuye una notable previsión. No es cierto. A menudo nos encontramos con que los contemporáneos no son conscientes de que están al borde de acontecimientos trascendentales. Estos se ven solo retrospectivamente como trascendentales. El 3 de julio de 1870, en vísperas de la Guerra Franco-Prusiana, el jefe del ministerio de Asuntos Exteriores británico comunicaba al secre-

tario de este ministerio que nunca había conocido «un momento de calma tan grande en los asuntos exteriores». No parecía un juicio descabellado en aquellos momentos. Desde la corta Guerra Austro-Prusiana de 1866, solo dos problemas relativamente menores habían turbado la tranquilidad diplomática, el futuro de Luxemburgo y el futuro de Creta, y las potencias habían resuelto estas cuestiones en 1870. Seguía habiendo tensiones entre las potencias, pues cada una temía que otro Estado pudiera conseguir alguna ventaja unilateral a expensas de las otras potencias y cada una perseguía sus propios objetivos consistentes no solo en mantener sino además aumentar su influencia. Estas tensiones y rivalidades debieron parecer menos graves a finales de la década de 1860 de lo que habían sido durante las dos décadas anteriores, que habían sido testigos de una guerra europea en Crimea y una oleada continental de revoluciones. Por tanto, lo curioso es que todas las potencias siguieron una política exterior conservadora y titubeante desde 1868 hasta 1870. Bismarck también señaló esto con bastante franqueza cuando escribió que había sobrestimado la fuerza militar de Francia y que por esta razón se esforzaba en retrasar un choque entre las dos potencias.

Las actividades diplomáticas de las potencias desde 1868 hasta 1870 tienen un interés negativo porque todas fueron en mayor o menor grado estudios sobre el fracaso. Francisco José no abandonó inmediatamente la idea de recuperar la influencia de Austria en Alemania. Su nombramiento del derrotado sajón, Beust, fue interpretado como un gesto de desafío. En la práctica, sin embargo, reconoció que el imperio necesitaba varios años de paz para consolidarse interiormente y para reformar la maquinaria militar. En cuanto a la cuestión alemana, los austriacos solo podían entablar conversaciones diplomáticas. Beust trataba de fortalecer el deseo de independencia de los Estados alemanes del Sur. Sin una coalición sería imposible hacer retroceder a Prusia. No

tiene mucho sentido examinar en detalle las negociaciones entre Francisco José y Napoleón III sobre este asunto. El obstáculo insuperable era que una alianza con Francia contra Prusia solo se podía basar en el sacrificio de los intereses de los Estados alemanes. Por tanto, no valía la pena fortalecer la influencia austriaca en los Estados alemanes del Sur a expensas de la influencia prusiana. La hostilidad de los austro-alemanes a una política pro francesa y antialemana habría provocado en cualquier caso una crisis grave dentro del Imperio austro-húngaro, sin por ello conseguir los austriacos el apoyo francés para una política antirrusa en los Balcanes.

Hubo muchas idas y venidas de los monarcas. Francisco José y Napoleón III se encontraron en Salzburgo en agosto de 1867; el emperador austriaco visitó París en octubre, pero las conversaciones no llevaron a ningún lado. Los intentos de incluir a Italia en 1868 y 1869 fracasaron también porque los austriacos no estaban dispuestos a renunciar a territorios en el sur del Tirol ni Napoleón III a evacuar Roma y abandonar al papa. Lo único que resultó de estas interminables negociaciones fue un intercambio de cartas entre Francisco José y Napoleón III, en septiembre de 1869, prometiéndose mutuamente ayuda en caso de ser atacados, pero no se llegó a ningún compromiso real, pese a las cordiales palabras. Austria-Hungría estaba aislada. No había bases para un acuerdo con Francia, ni deseos para un acuerdo con Prusia; había en cambio una hostilidad mal disimulada hacia Rusia. El sur del Tirol dividió a Austria e Italia, y Gran Bretaña solo se ocupó de sus propios intereses –Bélgica y la «cuestión oriental»– y estos no incluían una seria preocupación por los cambios en el equilibrio de poder en el continente.

Rusia también estaba aislada. El zar Alejandro no podía llegar a un mayor entendimiento con Austria. La «cuestión

oriental» dividía cada vez más a los dos imperios y a partir de 1866 ejerció una influencia intermitente pero a veces poderosa sobre las relaciones de las potencias. Con la sublevación de Creta en el verano de 1866 contra el dominio turco y su deseo de unirse a Grecia, el movimiento de independencia del Imperio otomano cobró nuevo impulso. Esta fase de la crisis diplomática se acabó en 1869 cuando el «concierto de las potencias» decidió que la táctica menos peligrosa consistía en aplazar la «cuestión oriental» y mientras tanto apoyar al gobierno otomano. Las ambiciones de Rusia y Austria-Hungría en los Balcanes, por una parte, y los intentos de Prusia y Francia de aprovecharse de la intervención de Rusia y Austria-Hungría en el este para conseguir sus propios objetivos en el oeste, por otra, dio lugar a una intensa y confusa actividad diplomática desde 1866 hasta 1869. Se formaron varias breves y abortadas alianzas en rápida sucesión entre Rusia y Francia, Rusia y Prusia, y Austria, Italia y Francia, pero ninguna tuvo efectos duraderos. En 1870 las grandes potencias neutrales se mostraban tan recelosas unas de otras como las beligerantes Francia y Prusia. Cuando la cuestión oriental empezó a apremiar en 1875, la situación europea había cambiado por completo en el intervalo debido a la victoria de Alemania sobre Francia.

Bismarck tampoco tuvo grandes éxitos, aunque improvisó con magistral virtuosismo. Su comportamiento durante la crisis de Luxemburgo, fuera premeditado o no, creó una brecha irreparable con Francia después de 1867. Otra baza de Bismarck fue su política prorrusa. Bismarck intentaba asegurar para Prusia la benevolencia continua de Rusia, a fin de protegerla de un desquite austriaco y de una alianza hostil franco-rusa. Por su parte, los rusos estaban ansiosos por conseguir el apoyo prusiano contra una coalición de Austria-Hungría y Francia en los Balcanes; pero así como el zar Alejandro no tenía ganas de apoyar a Prusia contra Francia, tampoco Bismarck tenía ganas de apoyar a Rusia

contra Austria. El resultado fue que en la primavera de 1868 llegaron a un entendimiento oficioso que supuestamente aseguraba a Prusia que Rusia evitaría que Austria se uniera a Francia en una guerra contra la primera estacionando tropas amenazadoramente en la frontera austriaca. Este acuerdo militar prusiano-ruso era típico de los acuerdos de aquellos años: un entendimiento no muy de fiar, a pesar del lenguaje utilizado. Rusia miraría por sus propios intereses nacionales llegado el momento, y así lo hizo. De este relato queda claro que una consideración detallada de la diplomacia de 1868 a 1870 es singularmente inútil. Cada movimiento era anulado por el siguiente, dejando a cada gran potencia aislada. Eso favorecía a Bismarck y fue muy afortunado en poder actuar en esas condiciones.

Los esfuerzos de Bismarck de unir los Estados alemanes del Sur a la Confederación Alemana del Norte constituyeron un éxito a medias. La crisis luxemburguesa hizo más, a la postre, por estimular el particularismo en el sur que por promover la unidad nacional. Con la revelación de los tratados secretos con Prusia, los «partidos patriotas» en el sur criticaron amargamente a sus soberanos y ministros por haber engañado al pueblo. Veían en la Confederación Alemana del Norte, con cierta justicia, no el núcleo de la unidad alemana, sino el Estado militar prusiano y su eficaz burocracia engrandecidos territorialmente bajo la máscara de un nuevo espíritu alemán. Desde Stuttgart, capital de Wurtemberg, y Múnich, capital de Baviera, la respuesta a una guerra con Francia por Luxemburgo fue decididamente tibia.

Al no poder «ganar» al sur durante la cuestión luxemburguesa, Bismarck blandió entonces la vara económica del *Zollverein.* Prusia únicamente renovaría los tratados, esenciales para el bienestar económico de los Estados alemanes del Sur, si se «reformaba» el *Zollverein.* Propuso convocar elecciones en todos los Estados alemanes para la reunión de

un *Zollparliament* o parlamento aduanero. El móvil de Bismarck no era la reforma comercial, y todavía menos el interés por las instituciones parlamentarias. El *Zollparliament* era un medio para un fin. Esperaba que una vez que esta asamblea panalemana se hubiera reunido en Berlín, extendería su jurisdicción a cuestiones no comerciales. Bismarck tuvo una desilusión. Las elecciones para el parlamento aduanero en febrero de 1868 giraron en el sur en torno a la cuestión de una unión más estrecha con la Confederación Alemana del Norte o la independencia. Los partidos patriotas de Baviera obtuvieron una mayoría de votos, y solo perdieron por un estrecho margen en Baden; en Wurtemberg los «antiprusianos» ganaron abrumadoramente. El parlamento aduanero, que se reunió en Berlín en abril de 1868, tenía, pues, una fuerte representación de los grupos particularistas del sur y nunca colmó las aspiraciones nacionales más amplias de Bismarck; este perdió enseguida todo interés por el útil trabajo comercial y arancelario de los delegados. A principios de 1870, Bismarck fracasó de nuevo. Esperaba obtener el consentimiento de los soberanos alemanes y europeos para que el rey prusiano asumiera el título de Kaiser. El proyecto murió antes de nacer. Los Estados alemanes del Sur habían demostrado que no eran la fruta madura destinada a caer dentro de la cesta prusiana. Tanto su fervor por la unidad alemana como su temor al poder prusiano habían disminuido. Bismarck se dio cuenta de que para completar la unificación podían necesitarse décadas. Por desfavorables que fueran las apariencias políticas en público, entre bastidores Prusia había conseguido no solo coordinar las políticas comerciales, sino también hacer progresos en la integración de los planes militares. Para Bismarck estaba claro que, dejada a su aire, la unificación podía ser cuestión de décadas. Únicamente una gran guerra nacional transformaría la situación. Era así como él juzgaba la situación en 1870 cuando estalló la crisis de la candidatu-

ra de un Hohenzollern a la Corona de España en una Europa desprevenida.

El contraste entre el «detonante» de la crisis, puesto desde hacía tiempo –tuvo su origen en septiembre de 1868, cuando una revolución en España echó a la reina del país– y el repentino clímax en julio de 1870, cuando se conoció en París la candidatura de un príncipe Hohenzollern al trono español, ha dado lugar a muchas investigaciones y especulaciones históricas en cuanto a si Bismarck había intentado deliberadamente provocar una guerra con Francia. Esta cuestión, al igual que tantas «cuestiones de Bismarck», es demasiado sencilla. Mucho de lo que sucedió entre septiembre de 1868 y julio de 1870 en España y en las actitudes de la familia Hohenzollern era imprevisible. Bismarck no controló todo el asunto desde el principio al fin. Lo que hizo fue intervenir y aprovecharse de los malentendidos y ambigüedades para favorecer la candidatura Hohenzollern en momentos decisivos, pero ¿con qué propósito? Como era típico en Bismarck, imaginó una serie de posibilidades, desde apuntarse simplemente una victoria diplomática frente a Napoleón III hasta provocar una guerra; en el peor de los casos, siempre se podía abandonar la candidatura en la medida en que era tratada como un asunto familiar que no tenía nada que ver con la política del Estado. La única posibilidad que Bismarck sabía que podía excluir era que la candidatura *mejoraría* las relaciones entre Prusia y Francia. Era una de las muchas barajas que tenía guardadas. La casualidad, las meteduras de pata de los franceses y el oportunismo de Bismarck hicieron de la candidatura el motivo de la guerra entre Prusia y Francia. Si Bismarck lo hubiera deseado, podría haberla evitado. Pero, por el contrario, se aseguró de que los sentimientos se exacerbaran al máximo. Sospechaba de Napoleón III y del nuevo imperio liberal, cuyo primer ministro, Émile Ollivier, podía meter a Francia en una guerra para satisfacer la opinión pública.

La idea de ofrecer a un príncipe Hohenzollern el trono vacante no fue de Bismarck. El principal ministro del gobierno revolucionario español, el mariscal Juan Prim, fue al parecer el primero que hizo la oferta después de que otros la hubieran rechazado. La casa gobernante prusiana estaba emparentada con la rama católica meridional de los Hohenzollern de Sigmaringen, cuyo jefe era entonces el príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen. Prim había escogido al hijo de Carlos Antonio, el príncipe Leopoldo. Los rumores sobre la candidatura de Leopoldo llegaron a París en mayo de 1869, pero Bismarck dijo al embajador francés que el príncipe se había negado a que lo tuviesen en cuenta. Bismarck siempre afirmó que hasta que estalló la crisis en julio de 1870 él no tuvo nada que ver con la candidatura, la cual fue totalmente un asunto de familia de los Hohenzollern. Los documentos secretos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán cuentan otra historia. Demuestran que la oferta española a Leopoldo fue presentada al príncipe Carlos Antonio en febrero de 1870. Como jefe de la casa, era necesario el consentimiento de Carlos Antonio. Este remitió la petición a Guillermo I, añadiendo que aconsejaría a Leopoldo que aceptase si Guillermo I le «ordenaba» hacerlo en interés de Prusia y de la dinastía. Es obvio que si el asunto hubiera quedado en manos de Guillermo I la candidatura se habría desvanecido. Guillermo I fue siempre partidario de la paz y plenamente consciente de que seguir adelante con la candidatura sería una provocación a Francia. Pero en marzo de 1870 Bismarck intervino e hizo lo que pudo secretamente para persuadir a Guillermo I de que diera su consentimiento por el bien de Prusia y de la dinastía. Envió al monarca un memorándum lleno de poderosos argumentos. Todo esto desmiente su afirmación de que él no tuvo nada que ver con la cuestión. Guillermo I estaba «totalmente en contra del asunto», pero, a la postre, llegó por debilidad a un compromiso con su importuno

canciller. *Daría* su consentimiento a condición de que Leopoldo optara personalmente por aceptar el trono. Esto no cumplía las condiciones de Carlos Antonio y Leopoldo no quiso ir a España. Parecía ser el fin de la candidatura.

Bismarck, mientras tanto, había enviado clandestinamente agentes a España para apoyar la candidatura. Luego envió emisarios a los príncipes Hohenzollern para persuadirles de que aceptasen. A mediados de junio de 1870 la intriga tuvo éxito. Mientras Bismarck se retiraba discretamente a su finca de Varzin, sus actividades secretas habían inducido al príncipe Leopoldo a aceptar la candidatura y el 21 de junio Guillermo I, muy molesto por las maniobras a su espalda, dio su consentimiento formal. He aquí la no intervención de Bismarck. Al final un malentendido acabó con la candidatura de Leopoldo. El parlamento español, las Cortes, cuya función era elegir al rey, había sido prorrogado debido a una confusión sobre la fecha en que se esperaba que llegara a Madrid el documento oficial con la aceptación de Leopoldo; pero no se podía guardar en secreto esta aceptación de Leopoldo. Las noticias llegaron a París el 2 de julio de 1870. Esto no formaba parte de los planes de Bismarck, que partían del supuesto de que Napoleón III tendría que enfrentarse con el hecho consumado. El emperador francés tenía por fin la oportunidad de vencer a Bismarck y de presentarlo como un alborotador y una amenaza para la paz de Europa. Pero ya había cometido su primer error, al nombrar ministro de Asuntos Exteriores al duque Antoine de Gramont, que había sustituido al pacífico conde Napoleón Daru poco antes de que estallase la crisis. Gramont, exembajador en Viena, era violentamente antiprusiano y estaba decidido a ayudar a Napoleón III a obtener una gran victoria diplomática. Inflexible e incompetente, servía a su señor, que estaba de hecho plenamente a cargo a pesar de la recurrencia de su enfermedad biliar. Ollivier era más pacífico, y esperaba evitar la guerra. Solo dos

días antes de que la noticia de la candidatura real llegase a París, había enviado al legislativo el mensaje optimista de que veía la situación europea con ecuanimidad, «en ninguna época ha estado la paz de Europa más garantizada». Pero los sentimientos de orgullo francés y patriotismo también cegaban su juicio. Se había mostrado dispuesto a aceptar la unificación alemana por medios pacíficos, pero no aceptaría más humillaciones para los franceses. Sin embargo, el principal culpable fue Napoleón III. Nada se hacía sin consultarle, y desempeñó una función completa y definitiva en todos los pasos dados por los franceses después del 2 de julio: la airada pregunta planteada por Gramont al gobierno prusiano el 4 de julio sobre si tenía conocimiento de la candidatura, y el mensaje de tono beligerante enviado por Ollivier al legislativo dos días después; estaban en juego el honor de Francia y el equilibrio de Europa; si no se retiraba la candidatura, declaraba Ollivier, «sabremos cumplir con nuestro deber sin flaquezas ni debilidad»[2]. Palabras fuertes, pero entre bambalinas Napoleón III intentaba alcanzar una solución pacífica. El problema era que la retórica ministerial no había hecho más que aumentar el clamor de la prensa y la irritación de la ciudadanía, dando rienda suelta a la ira ante la presunción prusiana.

Por su parte, a Guillermo I, monarca honorable aunque no excesivamente inteligente, este malhadado asunto le provocó una profunda alteración. No quería la guerra. Por una vez, no escuchó a Bismarck. El rey estaba tomando las aguas en Bad Ems e hizo todo lo posible por distender la crisis. No había forma de comunicarse con el príncipe Leopoldo, supuestamente de vacaciones en los Alpes; el padre, Carlos Antonio, igualmente preocupado por la crisis, renunció a la candidatura en nombre de su hijo. La corona de España no era en ningún caso un gran botín. Entretanto, Gramont había ordenado a Benedetti, el embajador francés, que siguiera a Guillermo I y viajase a Ems para pedirle

garantías personales al rey. Guillermo consiguió tranquilizar a Benedetti manifestándole que sus intenciones eran pacíficas. Y así, el 12 de julio debería haber terminado la crisis. A París llegó la noticia de la renuncia de Carlos Antonio en nombre de su hijo, una gran victoria diplomática que hundió a Bismarck en un profundo pesimismo. Había acudido de manera apresurada a Wilhelmstrasse, amenazando con dimitir y quejándose de que se trataba de una humillación peor que la de Olmütz.

Al principio Napoleón III parecía satisfecho. Pero el clamor de París no disminuyó. Gramont convenció a Napoleón III de que la renuncia del padre no bastaba. Benedetti volvió a recibir instrucciones de París, acordadas por el emperador, Ollivier y Gramont. Debía volver a ver a Guillermo I, obtener una renuncia personal del rey a la candidatura de Leopoldo y, una vez asegurada, exigirle «una garantía de que no autorizará la renovación de la candidatura». La justificación de esta exigencia sin duda insultante, que implicaba que no se podría confiar en el rey en el futuro, era que únicamente dando estas seguridades se podría tranquilizar a la opinión pública fruancesa. Benedetti siguió las instrucciones y el 13 de julio se produjo el famoso episodio en el *Kurgarten* de Ems. Guillermo I saludó cordialmente a Benedetti diciendo: «Estoy encantado de verle»; sin embargo, la cordialidad se evaporó cuando Benedetti exigió importunamente las demás seguridades y Guillermo I se negó rotundamente. Más tarde, aquel mismo día, Benedetti recibió instrucciones de Gramont de exigir al rey disculpas por la candidatura de Leopoldo. Guillermo I se dio cuenta de que su intento de conservar la paz había fracasado.

Aquella tarde del 13 de julio, Bismarck cenaba con Moltke y Roon en Berlín. Estaba decidido a declarar la guerra y sus averiguaciones en las capitales alemanas del sur habían resultado completamente satisfactorias. Cuando aquella tar-

de llegó a Bismarck en Berlín el informe telegráfico de Ems describiendo la entrevista matinal en el *Kurgarten* entre Guillermo I y Benedetti, Bismarck vio su oportunidad. Al resumir este telegrama, hizo que el comportamiento de Guillermo I pareciera mucho más abrupto de lo que realmente fue. La versión de Bismarck del famoso «telegrama de Ems» fue entregada por el propio canciller a los periódicos para su publicación en una edición especial en Berlín y también enviada para su publicación en el extranjero. Moltke y Roon, cuando vieron la obra de Bismarck, con su característica sobriedad comentaron: «Sí, esto sirve».

En París, entre los ministros de Napoleón III había división y confusión. Ollivier sostenía que, aunque Benedetti no obtuviera la garantía de Guillermo I, la crisis debía considerarse cerrada. El ambiente cambió completamente el 14 de julio debido al «telegrama de Ems». En una reunión apresurada del consejo presidida por Napoleón III en St. Cloud, Ollivier siguió argumentando inicialmente en favor de la paz. Reconoció que Guillermo I no había pretendido insultar. Pero otros, como el mariscal Leboeuf, ministro de la Guerra, y Gramont, se mostraron partidarios de declarar la guerra. Parecía que el partido de la paz había ganado al tomarse la decisión de convocar una conferencia europea. No está claro por qué se cambió la decisión en una reunión posterior. Quizá Napoleón III había concluido que ya no podía resistir la presión ciudadana. En todo caso, la intención clara de luchar se hizo pública el 15 de julio, cuando se le pidió al legislativo que aprobase un crédito de guerra. Solo 10 diputados rechazaron el crédito, 245 lo aprobaron, haciendo caso omiso de la apasionada objeción de Thiers: «¿Queréis que toda Europa diga que, a pesar de que el fondo de la disputa se ha solucionado, vosotros habéis decidido derramar torrentes de sangre por una cuestión de forma?». Ollivier, en una expresión menos memorable, les aseguró a los diputados que él aceptaba la guerra con «el cora-

zón ligero»[3], famosas últimas palabras que nunca le permitirían olvidar. El 19 de julio, Francia declaró la guerra. El resultado cambió la faz de Europa.

Bismarck tenía proyectadas otras acciones, incluyendo apelar al *Reichstag* para que provocase la guerra en el caso de que Francia no hiciera el favor de declarar la guerra a Prusia. Para Napoleón III era una cuestión de «prestigio» de la cual dependía la supervivencia de su régimen. Para Bismarck una guerra con Francia le permitiría completar la obra de unificación de un solo golpe. Tenía un don especial para crear situaciones que brindaran oportunidades para una acción decisiva. Era como un tigre en espera de saltar. No decidía el momento de actuar hasta muy poco antes de hacerlo. En este sentido no elaboraba planes «a largo plazo». En sus charlas y cartas a sus contemporáneos durante los meses que precedieron al estallido de la guerra, enumeró diversos argumentos tanto en favor de una guerra y de una rápida unificación como de una política de paciencia hasta que la unificación evolucionara por sí sola en los años venideros. Sus afirmaciones no son tanto pruebas contradictorias como pruebas de su manera de explotar varios caminos para llegar a la misma meta. Aprovechaba las cartas y las discusiones con otras personas para razonar en voz alta. Por tanto, ninguna carta ni declaración concreta debe ser considerada como el reflejo de la política real que seguía en aquellos momentos. No cabe duda de cuáles eran sus objetivos desde 1866, pero solo en la primavera de 1870 utilizó su talento para provocar una guerra; solo entonces se decidió a actuar, calculando que un retraso representaba el camino más arriesgado para Prusia. En el momento en que los franceses declararon la guerra, el 19 de julio de 1870, se las había arreglado incluso para que pareciera que toda la culpa de la guerra era de los franceses. Esto tuvo su importancia en un aspecto vital: creó unas condiciones que activaron la alianza militar entre Prusia y los Estados de Alema-

nia del sur. Una disputa entre Prusia y los ministros franceses había sido transformada en una gran guerra patriótica alemana en defensa de la Patria. Por supuesto, eso era una «farsa», por usar una de las frases favoritas de Bismarck. Si los alemanes lo hubieran deseado, Alemania habría podido ser unificada sin necesidad de una guerra con Francia. Bismarck no hacía una guerra defensiva, como afirmaba, sino una guerra ofensiva y esto valdría igualmente para la conducción militar de la guerra. Lo que le permitió a Bismarck arriesgar el futuro de Prusia y de Alemania fue su confianza en las armas prusianas y el cálculo de que no tenía por qué temer una intervención.

[1] H. Böhme, *The foundation of the German Empire,* p. 170.

[2] J. F. McMillan, *Napoleon III,* Londres, 1991, p. 156.

[3] *Ibid.,* p. 160.

XVIII. EL PASO DEL IMPERIO AUTORITARIO AL IMPERIO LIBERAL EN FRANCIA (1860-1870)

¿Hasta qué punto era la Francia de Napoleón III «autoritaria» en 1860 y hasta qué punto era «liberal» diez años más tarde? Siempre es necesario usar las etiquetas con prudencia y esto es particularmente aplicable a la última década del Segundo Imperio. Liberal no significaba en Francia lo mismo que en la Gran Bretaña contemporánea; la legislatura francesa no era el parlamento británico y Napoleón III no tenía ninguna intención de permitir que todo el poder residiera en una asamblea parlamentaria. No había una tradición en la Francia del siglo XIX que considerara a la asamblea parlamentaria como fiel representante de las opiniones y deseos del pueblo francés; o una creencia generalizada en que el pueblo francés deseaba que todo el poder estuviera en manos de los políticos que salieran elegidos. Los republicanos de 1848 sentían hacia la legislatura más desprecio que muchos monárquicos, por considerarla susceptible de corrupción y manipulación, y ponían su fe en el sufragio universal, aunque no estaban de acuerdo sobre el mejor modo de establecer un fuerte ejecutivo. A lo largo de todos los cambios dinásticos del siglo XIX, la tradición predominante en Francia era la de un ejecutivo fuerte que podía actuar al margen de la legislatura: este poder ejecutivo, en la persona de Napoleón III, estaba sólidamente basado en la voluntad popular expresada en los tres plebiscitos de su reinado. Por consiguiente, «imperio liberal» no significaba monarquía parlamentaria al estilo británico. Ni tampoco «autoritario» implicaba la pérdida de todas las libertades individuales como en las dictaduras del siglo XX. Es cierto que como consecuencia del golpe de Estado de 1851 fueron arrestados y enviados al exilio muchos socialistas, pero esta

política pronto fue suavizada. Unos cuantos diputados –los famosos cinco, incluyendo a Émile Ollivier– pudieron volver a la legislatura abiertamente en 1857 como republicanos. Finalmente en 1859 Napoleón III concedió una amnistía general a sus adversarios políticos e incluso finalmente al fogoso representante de «1848», Ledru-Rollin. Lo que Napoleón III intentaba conseguir era colocar su dinastía sobre cimientos seguros, transformar un gobierno puramente personal, que terminaría con su muerte, en un gobierno que creara instituciones que satisficieran a la mayoría de los franceses y así asegurar para su joven hijo, el príncipe imperial, el trono durante los años de su minoría de edad.

Una cuestión predilecta de los historiadores es la de si el progreso hacia el imperio liberal de 1869-1870 fue voluntario o si representó el intento de un gobernante en bancarrota de salvar su régimen. Pero la cuestión así planteada es demasiado tosca. Hay muchas pruebas que demuestran que Napoleón III se daba cuenta de que el problema de todo gobernante, por afortunado que sea, es cómo asegurarse de que su obra no sea desecha por sus sucesores. Napoleón III poseía un extraordinario sentido de la historia, el cual creía que debía guiar a los dirigentes para evitar los errores del pasado. En Francia ciclos antagónicos se habían sucedido uno tras otro desde la Revolución francesa. El imperio representaba una reconciliación de todos salvo los extremistas, un gran paraguas bajo el cual legitimistas, orleanistas, republicanos y bonapartistas podían encontrar refugio a condición de que antepusieran los intereses de Francia a los de cualquier partido. Por tanto, el imperio se convertiría en la forma de gobierno que menos dividiría a los franceses.

Esto significaba un gradual relajamiento del control, una voluntad por parte de Napoleón III de compartir el poder y no simplemente de crear una apariencia de participación. Siempre es más fácil adquirir el poder absoluto de un golpe

que renunciar a él voluntariamente. Napoleón III estaba intelectualmente convencido de que llegaría un momento en que tendría que ceder algo de su autoridad. El cambio es una condición inevitable de la historia. El emperador deseaba anticiparse a ese momento y no ser un obstáculo en su camino. Los que, como Metternich, intentaron esto último, fueron barridos. Al mismo tiempo, cuando llegaba el momento, Napoleón III se resistía a actuar. No tenía sólidos principios ideológicos y sus dudas y falta de resolución aumentaron a medida que se volvía viejo y enfermo en los últimos años de su reinado. Cuando llegaba la ocasión era simplemente un oportunista, acumuló todo el poder que le fue posible mediante hábiles maniobras políticas ejecutadas a lo largo de sus 18 años de gobierno. La evolución «liberal» fue muy tardía; todavía en 1870 su poder seguía siendo fuerte. En política exterior era verdaderamente desastroso. Sin duda sus fracasos en los asuntos internacionales a partir de 1865 dañaron su prestigio, hicieron más destemplada a la oposición, y le persuadieron hacia finales de la década de que había llegado el momento de iniciar un cambio. Así pues, su relativa falta de éxito personal y sus rachas de enfermedad influyeron en su sentido de la oportunidad. Sin embargo, también es cierto que el emperador había optado ya por el cambio liberal antes de la década de 1860. Cuando le llegaron noticias en 1851 de que el plebiscito había ratificado por abrumadora mayoría su gobierno autoritario (véase cap. X), ya había previsto el cambio, diciendo que «dar satisfacción a las necesidades del presente mediante la creación de un sistema que reconstituya la autoridad sin perjuicio de la igualdad y sin cerrar ninguna puerta al perfeccionamiento significa poner los verdaderos cimientos del único edificio capaz de sostener más tarde una libertad sensata y benéfica». No obstante, solo en 1860 comenzó modestamente a construir aquel edificio.

En 1859 y 1860 Napoleón III comenzó a abandonar su posición autocrática de derecha para buscar el apoyo de grupos hasta entonces opuestos a él: los orleanistas, algunos de los notables y ricos, y los trabajadores de las ciudades, donde se había enfrentado a la resistencia política más tenaz. La influencia de Persigny, el despiadado funcionario de los años autocráticos, empezó a decaer hasta que en 1863 este leal servidor fue repentinamente destituido. Luego, la emperatriz Eugenia, que instaba a Napoleón III a mostrarse resuelto y autocrático y a defender las reivindicaciones más radicales del sector ultramontano de la Iglesia, no pudo detener los cambios de política una vez que el emperador tomó su decisión. La estrella del hermanastro de Napoleón III, el duque de Morny, que había sido nombrado por el emperador presidente del cuerpo legislativo, estaba en ascenso. Cuando Morny murió en 1865, el prestigio del cuerpo legislativo había aumentado notablemente y Morny también había establecido lazos entre el diputado republicano Émile Ollivier y el emperador, que les llevaron a una posterior colaboración.

En 1860 Napoleón III se sintió lo suficientemente fuerte como para desafiar a los ultramontanos y a los industriales en su búsqueda de un apoyo político más amplio para el imperio. La paz y la prosperidad, más que nada, reconciliarían a las masas con el imperio. La libertad de comercio, creía Napoleón III, contribuiría a esos fines. Francia hasta entonces había sido rígidamente proteccionista. A mediados de la década de 1850, Napoleón III comenzó a reducir con prudencia algunos aranceles. Cayó bajo el hechizo de los librecambistas de Mánchester; Michael Chevalier, partidario de las ideas de Saint-Simon, le dio a conocer a Cobden; discusiones secretas llevaron a la firma del tratado comercial anglofrancés habitualmente conocido como el tratado Cobden en enero de 1860. A pesar de la airada oposición de los proteccionistas, Napoleón III, en años posterio-

res, firmó tratados de librecambio con Prusia y muchos otros países europeos. El hecho de que perseverara era un signo de fuerza, y no de debilidad como a menudo se ha afirmado. De modo similar, su política italiana tenía como objetivo velar por los intereses de Francia, y no por los de un sector en particular. Sin duda, firmar un armisticio de compromiso con los austriacos en Villafranca en julio de 1859 (véase cap. XIV) no era una política «gloriosa», pero sí era profundamente práctica y sensata. Se había logrado mucho y habría sido absurdo malgastar innumerables vidas francesas por el Véneto. El movimiento en favor de la unificación de Italia al año siguiente, en 1860, cogió a todo el mundo por sorpresa. Napoleón III de nuevo siguió una política cautelosa. Aceptó el plan de Cavour de detener a Garibaldi permitiendo que el ejército piamontés atravesara los Estados pontificios para dirigirse a Nápoles. Napoleón III no estaba dispuesto a arriesgar vidas francesas para mantener intactos los dominios pontificios. Salvó para el papa todo lo que podía ser salvado, hasta que finalmente retiró la guarnición francesa de Roma, cuando se enfrentó a la emergencia nacional de 1870. Pero en vez de recibir la gratitud de la Iglesia, el emperador se vio atacado de modo injusto e histérico por los ultramontanos. Sin incomodarse, Napoleón III siguió una política equilibrada. A medida que Pío IX adoptaba una postura más extrema para conservar su posición temporal en Italia, el emperador volvía a apoyar el espíritu tradicional de independencia de la Iglesia galicana: el papa no era consultado antes de nombrar a los obispos, aumentó el número de escuelas estatales en comparación con las religiosas y las órdenes religiosas dejaron de disfrutar de las ventajas que hasta entonces habían tenido. Esta no era una política anticlerical y la mayoría de los católicos no encontraban ninguna razón para reprobar las medidas del emperador.

El 24 de noviembre de 1860, el emperador anunció la primera de una serie de normas que liberalizaban la constitución. Las propuestas eran modestas, pero aumentaban los derechos de la legislatura. Como reconoció Émile Ollivier, lo que importaba era el hecho de que se había dado el primer paso por el buen camino. Los diputados de la oposición en la legislatura acogieron estas medidas con una lluvia de insultos, pero Ollivier, republicano declarado, se levantó en la cámara para expresar su conformidad en un brillante discurso. Al colocarse por encima de los intereses de partido, Napoleón III trataba de reconciliar a los «hombres de buena voluntad» con el imperio, porque, al igual que Ollivier, esperaba que llegasen a entender que el imperio representaba el mejor camino hacia la libertad con orden y seguridad. En 1861 se introdujeron otras medidas que permitían a la legislatura un control más estricto del presupuesto y concedían más libertad a la prensa. Napoleón III no estaba dispuesto a ir más lejos por el momento.

Tal vez una actitud más osada le hubiera sido más útil. En vez de hacerlo así, dio su siguiente paso tras el fracaso de su política exterior y, por tanto, fue inevitablemente considerado como algo concedido de mala gana más que como algo dado libremente siguiendo los designios del emperador. En las elecciones de 1863 fueron elegidos un número abrumador de partidarios del régimen, pero también unas cuantas caras nuevas y viejas de peso político, sutileza y destreza que podían dañar a Napoleón III con su oposición, entre ellos el experimentado Thiers. Los republicanos aumentaron su representación y quedó claro que el emperador no se había hecho con París ni con las pocas grandes ciudades. Sin embargo, Napoleón III continuaba cortejando a los obreros, permitiéndoles limitados derechos de asociación y de huelga en 1864, y cuatro años más tarde formar sindicatos. Pero en asuntos constitucionales recurría a Rouher, decidido enemigo del liberalismo. Napoleón III

siempre parecía dar dos pasos adelante y después al menos uno atrás. Finalmente, en enero de 1867, se modificó de nuevo la constitución y se concedieron a la legislatura más derechos; pero Rouher seguía siendo el principal consejero del emperador. Parecía como si el emperador estuviera dejando caer las reformas como gotas de agua de una esponja.

Los años intermedios de la década de 1860 no fueron un periodo feliz para el imperio. La heterodoxa política bancaria provocó algunas quiebras espectaculares, como la de los hermanos Péreire. La prensa, liberada de muchas restricciones en 1868, criticaba y satirizaba mordaz y ferozmente al imperio. Sin embargo, no hay duda de que la gran mayoría de los franceses continuaban apoyándolo y no eran partidarios de las otras alternativas posibles: una restauración orleanista o legitimista, y mucho menos una república socialista. Las elecciones de mayo de 1869 mostraron que la corriente en favor de las reformas constitucionales liberales era fuerte. Las grandes ciudades continuaban sin reconciliarse con el imperio, aunque los republicanos en la cámara solo eran un pequeño grupo. Fueron elegidos muchos diputados que aspiraban a combinar el apoyo al imperio con la reforma constitucional: deseaban un gabinete cuya política dependiese de la aprobación de la legislatura. Ollivier también compartía esta opinión.

En noviembre de 1869, Ollivier y el emperador celebraron una reunión secreta. Unas semanas más tarde, en enero de 1870, Ollivier formó un nuevo gabinete. El imperio liberal marchaba hacia su última etapa de evolución, que solo se vio interrumpida por el estallido de la guerra con Prusia. El emperador ya había nombrado un gabinete que disfrutaba del apoyo de la cámara. No obstante el «imperio liberal», estaba muy lejos de pensar que el gabinete, es decir el ejecutivo, debía únicamente ser responsable ante la mayoría de la cámara a la vez que dependiente de ella, como en

Gran Bretaña. Bajo la constitución de 1870 Napoleón III conservaba poderes considerables. Seguía siendo el jefe del gobierno, nombrando a los ministros y presidiendo sus reuniones. También conservaba su derecho de veto, y se aferraba a su pretensión de que era directamente responsable ante el pueblo francés, al cual podía recurrir mediante un plebiscito cuando quisiera. Por otra parte, la nueva constitución le obligaba a gobernar en cooperación con los ministros y la legislatura, cuyos derechos se ampliaron aún más. Las dos cámaras podían ahora elaborar leyes. Sus ministros eran definidos no solo como dependientes del emperador, sino también como «responsables» ante la legislatura, fuera cual fuere el significado de esto. Pero la cámara baja, elegida por votación popular, seguía sometida a fuertes controles; la legislación aprobada por dicha cámara podía ser vetada por la cámara alta, el senado, cuyos miembros eran nombrados por el emperador y sus ministros. ¿Habría prosperado la reconciliación de los partidos, que era el objetivo del emperador y Ollivier? ¿Podía funcionar una constitución con raíces duales en el pueblo: un emperador que podía basar sus acciones en un recurso directo al pueblo mediante un plebiscito, y una legislatura cuya cámara baja era elegida por sufragio masculino y que, por tanto, podía afirmar que hablaba en nombre del pueblo?

Los compromisos y tensiones entre la legislatura de base popular y el ejecutivo estuvieron presentes en buena parte de la historia política moderna de Francia. Era un compromiso entre un gobierno personal y autocrático, ya fuera imperial o presidencial, y la soberanía parlamentaria de un gran número de diputados. La solución intentada en 1870 iba a ser probada repetidas veces en diversas formas con distinto grado de éxito durante el siglo XX. En realidad, la Francia contemporánea, con su fuerte tradición presidencialista, ha intentado mantener el equilibrio necesario como hicieron el emperador y Ollivier en condiciones totalmente

diferentes cien años antes. La constitución de 1870 fue aprobada por la abrumadora mayoría del pueblo francés el 8 de mayo, con 7.358.786 votos a favor y solo 1.571.939 en contra. Después del plebiscito, Ollivier afirmó que, a pesar de la oposición de los republicanos, la libertad había rejuvenecido al imperio. Para Napoleón III, este fue un voto masivo a favor de la continuación del imperio; su apoyo en 1870 fue solo un 10 por 100 menor que la mayoría que había obtenido en 1851.

Napoleón III extendió ampliamente la influencia francesa en ultramar. Pero su imagen triunfal quedó deslucida después de 1866 por una serie de fracasos y fallos diplomáticos: el hecho de que no consiguiese una «compensación» después de la Guerra Austro-Prusiana, el fracaso de México y los fracasos de su diplomacia antes del estallido de la guerra con Prusia en 1870. Al mismo tiempo hay que admitir que los juicios de los historiadores son a menudo inconscientemente hipócritas, elogiando a los que triunfan y condenando a los que pierden. Supongamos que el ejército francés se hubiera mostrado superior durante la Guerra Franco-Prusiana, situando a Napoleón III en condiciones de imponer una paz prudente y moderada a Prusia en 1871. ¿Qué dirían entonces los historiadores a propósito de los años transcurridos entre 1866 y 1870? Podrían muy bien alabar a Napoleón III por su idealismo y su prudente comportamiento al haber preferido aceptar unos reveses diplomáticos a infligir al pueblo francés el sufrimiento de una guerra de gran envergadura hasta que no pudo retrasar más el momento de la verdad. La responsabilidad de la guerra de 1870 habría sido achacada, y todavía lo es a menudo, más a Bismarck que al emperador. Si en lugar de haber muerto en el exilio, el emperador hubiera muerto en 1873 en la cumbre de su éxito, habría sido el primer estadista de Europa, el responsable de la transformación pacífica de la propia Francia. Pero no fue así. La incompetencia militar

de los franceses en relación con los prusianos dio al traste con el imperio. Es importante, sin embargo, recordar que la oposición al imperio en el propio país nunca fue lo bastante fuerte ni disfrutó de la suficiente popularidad como para crear una estructura alternativa de gobierno para Francia. Lo hicieron las bayonetas prusianas.

Visto en este contexto, no se debe exagerar el impacto de los fracasos de la política exterior sobre la supervivencia del régimen. Napoleón III actuaba más bien sin entusiasmo, siguiendo su convicción de que el verdadero estadista se anticipaba y trabajaba no en contra, sino a favor de las grandes fuerzas de su época. Reconoció perspicazmente que el nacionalismo era la fuerza más poderosa en la Europa del siglo XIX. Era típico tanto de la fuerza como de la debilidad del emperador discernir profundamente muchos de los problemas de los años futuros y, sin embargo, no actuar resueltamente basándose en este conocimiento y configurar su política en consecuencia. Le faltaba la implacabilidad y la decisión del aventurero político de éxito, sobre todo en sus años maduros. En 1863, al adoptar el papel de campeón de los polacos, ofendió a los rusos sin ayudar a aquellos. Y lo que es más grave: Napoleón III no fue capaz de darse cuenta de que el «nacionalismo» alemán crearía un rival poderoso para Francia. Pero casi todo el mundo cometió el mismo error antes de 1866 y subestimó el poder de Prusia. Después de la rápida derrota de Austria en julio de 1866, aceptó tardíamente conservar el equilibrio de poder limitando la expansión de Prusia. Pero los consejeros en París estaban, por desgracia, divididos. Había dos grupos. Los tradicionalistas pro austriacos, la emperatriz, Drouyn de Lhuys y unos cuantos mariscales franceses, dispuestos a intervenir por la fuerza si era necesario para evitar la derrota de Austria y su exclusión de Alemania; luego, la llamada facción italiana, el príncipe Napoleón y Rouher, que defendían una política amistosa con Italia y Prusia cuyo triunfo

destrozaría el detestado acuerdo de 1815. Napoleón III se decidió por un compromiso poco satisfactorio. No fue capaz de nadar y guardar la ropa. La oferta de una mediación francesa irritó a Bismarck y las posteriores discusiones sobre una «compensación» para Francia, como la frontera del Rin hasta Maguncia o Luxemburgo, terminaron en el fracaso de la crisis de Luxemburgo de 1867 (véase cap. XVII). Con la publicación de los tratados secretos prusianos con los Estados del sur, incluso la división de «Alemania», el «logro» de Napoleón en 1866, fue considerada como muy lejos de ser completa. Después de 1867 ya no hubo posibilidad de una cooperación amistosa franco-prusiana, pero Napoleón III no optó resueltamente por otra política alternativa.

En ultramar, Napoleón III tuvo un éxito considerable que más tarde quedó eclipsado por el desastre mexicano. Las dependencias coloniales de Francia fueron reorganizadas y ampliadas. Su visión de la política económica era liberal, ya que daba mucha importancia a la expansión del comercio mundial. En Argelia prosiguió la política de sojuzgamiento iniciada durante los años orleanistas y completó la conquista. Argelia iba a ser la joya más brillante de la Corona francesa: «Nunca renunciaremos a esta conquista», afirmó Napoleón en 1852, y Francia no lo hizo hasta más de cien años más tarde. Pero los levantamientos, las plagas y las enfermedades hacían a Argelia difícil de gobernar y, al mismo tiempo, poco rentable. En cambio, la intervención financiera francesa en Egipto dio beneficios durante generaciones. Napoleón III apoyó a Ferdinand de Lesseps, que había fundado una compañía internacional para construir el canal de Suez. El propio Napoleón se convirtió en accionista y presionó al sultán para que permitiese la construcción del canal. Comenzado en 1859, el Canal de Suez fue inaugurado ceremoniosamente en 1869 en presencia de la emperatriz Eugenia. La diplomacia francesa también se

mostró activa en Constantinopla y en Oriente. De esta manera Francia se convirtió en una potencia mediterránea solo superada por Gran Bretaña. En África Occidental, Francia amplió mucho sus posesiones en la década de 1850. Y en el Lejano Oriente, en China e Indochina, Francia estableció las bases de un imperio colonial durante el gobierno de Luis Napoleón.

Sin embargo, el proyecto más ambicioso de ultramar fue el desastre mexicano. La Guerra Civil norteamericana brindaba una oportunidad para la intervención europea sin riesgo de un choque con Estados Unidos. Napoleón III intervino en la intermitente guerra civil mexicana contra el dirigente anticlerical «liberal» Juárez. El pretexto fue la suspensión por Juárez del pago de la deuda exterior. Con la conformidad de Gran Bretaña y España, los franceses montaron una expedición para obligar a Juárez a pagar, pero el objetivo real de Napoleón III era derrocar a Juárez y llevar a cabo una restauración monárquica y católica que buscara el apoyo de Francia. Napoleón III había ofrecido esta Corona al archiduque Maximiliano, hermano menor del emperador Francisco José. En julio de 1862, Napoleón III ordenó al comandante francés que se apoderara de la ciudad de México y se las arreglara para que una asamblea mexicana invitara a Maximiliano a aceptar la Corona imperial. Los mexicanos se opusieron con una buena dosis de fervor nacional, pero finalmente cayó la ciudad de México y en 1864 el «emperador» Maximiliano se instaló en el trono.

Maximiliano dependía totalmente de las tropas francesas. Desgraciadamente para él, acosado por las dificultades en Europa en 1866 y por la hostilidad norteamericana tras el final de la Guerra Civil (1865), Napoleón III decidió retirar las tropas francesas y abandonar a su suerte a Maximiliano. Sin embargo, tal vez sea injusto echar a Napoleón III toda la culpa de la tragedia posterior. Maximiliano no podía es-

perar (como tampoco el papa) una protección francesa permanente de «sus» dominios. Debería haber abdicado y vuelto a Europa. Pero en lugar de ello decidió quedarse, aferrado a su falsa dignidad. Sufrió con valor la consecuencia de su desatino y vanidad. Hecho prisionero por Juárez y llevado ante un paredón, el pobre «emperador» fue ejecutado por un pelotón. Fue una tragedia que atrajo la imaginación romántica de Europa. El golpe para el prestigio de Napoleón III fue grande. Sufrió las acusaciones de haber abandonado a Maximiliano después de haber sido el responsable de toda la aventura. Encima, sus relaciones con los Habsburgo se deterioraron en el momento en que esperaba su apoyo contra Prusia.

El hundimiento del Segundo Imperio tampoco se retrasó. La crisis dinástica de los Hohenzollern, en julio de 1870, indujo a Napoleón III y a Ollivier a embarcarse en una guerra con Prusia (respecto a la crisis, véase *supra*). El error más fatídico del Segundo Imperio resultó ser de omisión: el no haber reformado el ejército de manera adecuada y a tiempo. Napoleón III no esperaba entrar en guerra en 1870 y no estaba preparado para ella. En 1866 algunos de sus asesores militares se habían alarmado ante la inferioridad numérica del ejército profesional francés respecto al prusiano. La resistencia al establecimiento del ejército de reclutas propugnado por el emperador era grande. Los generales tradicionales rechazaban el valor de los reclutas; los prefectos informaban de que el reclutamiento obligatorio sería impopular; y la oposición «liberal» en el legislativo se oponía a cualquier aumento del poder militar interno del emperador. No obstante, el emperador encargó al mariscal Niel que efectuase las reformas necesarias en colaboración con el legislativo. El proceso de negociación y debate rebajó las propuestas de Niel, y no se logró alcanzar la fuerza esperada de un millón de hombres adiestrados. En consecuencia, los esfuerzos hechos por Napoleón III de alejarse de la au-

tocracia e introducir un imperio liberal que fortaleciese el régimen en el interior acabaron debilitándolo en el exterior. Las mejoras técnicas introducidas en la década de 1860, en especial la fabricación del fusil de cerrojo *chassepôt* y de la *mitrailleuse,* no lograron compensar la superioridad numérica prusiana al comienzo de la guerra. Con la reserva de reclutas adiestrados, Prusia y los Estados alemanes movilizaron 850.000 hombres activos; la fuerza de los franceses, que solo reclutaban anualmente 80.000 soldados, dependía del ejército profesional, y por consiguiente poco más lograron movilizar que la mitad de esa cifra, y asimismo carecían de reservas adecuadas. La combinación de diplomacia defectuosa, evaluaciones erróneas e incompetencia militar puso fin a uno de los periodos más esperanzadores y prósperos de la historia de Francia.

XIX. LA «PAX BRITANNICA» INTERIOR Y EXTERIOR

En la primavera de 1870, en vísperas de la guerra entre Prusia y Francia, lord Clarendon, el secretario de Asuntos Exteriores, planteó que Francia y Prusia deberían reducir la fuerza de sus ejércitos. La confrontación de las potencias en el continente europeo estaba creando, observó, un estado que no era ni de guerra ni de paz, un ambiente «tan destructivo de la confianza que los hombres casi desean la guerra con todos sus horrores para llegar a una certeza de paz [… dicha situación] es cruel, no armoniza con la civilización de nuestro tiempo y está preñada de peligro». La idea había surgido en París, un hecho que el embajador británico ocultó a Bismarck cuando se la planteó en Berlín. Napoleón III tenía suficientes problemas internos y no ansiaba un gran conflicto. Bismarck le dio a Clarendon una evasiva por respuesta. ¿Reduciría Gran Bretaña también su armada? «Viven ustedes en una feliz isla y no temen una invasión […] Nosotros estamos rodeados por tres imperios con ejércitos tan grandes como el nuestro, y dos cualesquiera de ellos podrían aliarse contra nosotros»[1].

Esta conversación ilustra bien el profundo abismo entre las actitudes de Gran Bretaña y las mantenidas por las naciones europeas del continente. Los historiadores han destacado con frecuencia el *Sonderweg,* la evolución separada y singular de la historia alemana. Sería más pertinente hablar de un *Sonderweg* de la historia británica a mediados y finales de la época victoriana. En ninguna otra gran potencia europea estaba tan profundamente arraigada la libertad. En la Europa de mediados del siglo XIX, Gran Bretaña era un modelo de tolerancia de la libertad de expresión, de la libertad de prensa y de la libertad de las instituciones representativas. Ningún parlamento había sido dispersado con

bayonetas, como ocurrió con los restos del Parlamento de Fráncfort. No es de extrañar que Inglaterra fuese admirada por los perseguidos políticos, por revolucionarios tan diversos como Garibaldi, Kossuth y Karl Marx. Después de Waterloo, hasta Napoleón Bonaparte había soñado con retirarse a un castillo escocés, y Napoleón III se instaló cómodamente en el exilio con su esposa e hijo en Chislehurst.

Durante estas décadas, el derecho al voto pasó de basarse en los medios materiales a algo cercano al sufragio masculino. Ese giro fundamental no había alcanzado aún su conclusión lógica en 1884. No obstante, en la tercera Ley de Reforma las exclusiones del voto eran específicas, no generales. La concesión del voto a las mujeres, es decir, el sufragio universal, también estaba ya situado en la agenda en la década de 1880 y atraía un significativo apoyo parlamentario.

El gobierno democrático no depende solo, por supuesto, del derecho a voto. El *Reichstag* se elegía por sufragio masculino desde 1867, mucho antes que la Cámara de los Comunes británica. Pero Bismarck había limitado fuertemente el poder del parlamento para controlar el gasto y la fiscalidad; y en el Imperio alemán, el primer ministro, el canciller, era nombrado por el monarca y no estaba ligado a un partido, sino que podía apoyarse en cualquier combinación que le conviniese. El control de la fiscalidad le correspondía también al parlamento de cada Estado federal, que en Prusia seguía siendo elegido por el sistema de tres clases. En resumen, la constitución alemana no pretendía crear una democracia parlamentaria soberana. En sus enfrentamientos con el ejecutivo después de la caída de Bismarck, en 1890, es cierto que el *Reichstag* ganó influencia, pero el sistema parlamentario alemán siguió siendo profundamente defectuoso (véase cap. XXI). Lo aplicable a Alemania lo era también a Austria después del *Ausgleich* de 1867. En Rusia, la

participación parlamentaria elegida se retrasó hasta el siglo XX. Tampoco la supervivencia del imperio «liberal» de Napoleón III estaba asegurada, y después de 1871, con su división de poderes y multiplicidad de partidos, los primeros años de la Tercera República no parecían una democracia parlamentaria estable.

No se desecharon constituciones desde arriba para sustituirlas por otras, como en el continente. El proceso evolutivo avanzó a paso seguro. En la Gran Bretaña de la última etapa victoriana, puntos de vista que antes se sostenían con firmeza se debilitaron y fueron sustituidos por el pragmatismo y las maniobras favorables a los partidos. Esto aceleró el ritmo de la reforma, que a su vez superó el prejuicio y los miedos. Sin duda la ampliación del sufragio a la mayoría de los obreros varones no provocó ningún cambio político decisivo, excepto para fortalecer al Partido Conservador. La política tardovictoriana posterior a 1884 no estuvo dominada por la clase, sino por la cuestión de Irlanda. Y de ese modo se volvió muy distinta de las expectativas y aprensiones de mediados de siglo. El avance de Gran Bretaña hacia la democracia no fue planeado ni por el grupo liberal dominante ni por el Partido Conservador. La presión la ejercieron los parlamentarios radicales de clase media; los sucesivos gobiernos no se mostraron reacios a ampliar el derecho a voto a obreros varones y artesanos «responsables»; en las décadas de 1850 y 1860, la reforma parlamentaria no suscitó arrebatos populares de tanta intensidad como los que habían precedido a la Ley de Reforma de 1832. Una generación después de la caída del cartismo, la solución de 1832 se mantenía. Pero Gran Bretaña estaba cambiando, con grandes migraciones hacia las ciudades a medida que la industrialización se difundía e intensificaba. La distribución no representativa de los escaños, que había continuado después de 1832, se volvió aún menos representativa. Había que hacer algo, pero faltaba cualquier sensación de apre-

mio. Parecía haber siempre otros asuntos más acuciantes que resolver antes. Las votaciones en los distritos rurales y en las circunscripciones urbanas más pequeñas estaban abiertas a influencias y sobornos. Los intereses locales podían dominar sobre los nacionales. La composición social de la Cámara de los Comunes cambió poco en la Gran Bretaña del periodo victoriano intermedio. Por repetir una manida descripción, Gran Bretaña estaba pasando realmente por una fase de transición de los viejos parlamentos, que representaban los intereses de todos menos de la mayoría, a los parlamentos más democráticos del final de la era victoriana.

En este proceso no hubo uno sino varios pasos. Cuando los conservadores subieron brevemente al poder, en 1866 y 1867, Disraeli buscó una buena cuestión de partido. Tradicionalmente se esperaba que la reforma electoral la efectuasen las coaliciones entre *whigs* y liberales. En ese momento Disraeli, que era secretario de Hacienda y líder en la Cámara de los Comunes, el miembro más dinámico del gobierno en minoría de Derby, convirtió la reforma electoral en la cuestión con la que vencer a los liberales. El proyecto de ley presentado en 1867 por Disraeli no era en absoluto un verdadero paso hacia la democracia, sino un intento inteligente de darle esa apariencia. Ampliaría el derecho a voto a todos los que dispusieran de vivienda, pero lo compensaría concediendo múltiples votos a un electorado mucho más restringido de hombres ricos. Otras «salvaguardas» hacían el proyecto de ley mucho menos radical de lo que parecía. En las batallas parlamentarias que siguieron, muchas de estas «salvaguardas» fueron rechazadas por la mayoría de la cámara. Disraeli y Derby estaban decididos a permanecer en el poder y a la cabeza, de modo que las enmiendas fueron aceptadas, incluida la ampliación del derecho de voto a los arrendatarios. El sistema de voto en los condados rurales era distinto al de las circunscripciones urbanas, y los requi-

sitos de renta solo se rebajaron un poco. Al final, de manera inteligente, Disraeli había sido muy generoso en la ampliación del sufragio en las circunscripciones urbanas dominadas por los liberales, de modo que el censo de votantes se duplicó con creces, mientras que en los condados rurales se amplió en menos de la mitad. La limitada redistribución de escaños provocó que hiciesen falta muchos menos votos para elegir a un parlamentario conservador que a uno liberal. Aun así, los conservadores no podían esperar convertirse en partido mayoritario, porque los condados rurales elegían a menos de la mitad de los parlamentarios de Inglaterra y Gales. Disraeli esperaba que los votos emitidos en las grandes ciudades beneficiaran a los conservadores. Estos, sin embargo, no lograron cumplir su objetivo de alcanzar una mayoría hasta 1874. A la senda hacia una representación parlamentaria más equitativa que reflejase los deseos de la mayoría de la población le quedaba aún mucho recorrido, le faltaban una nueva redistribución de escaños y el sufragio universal. En público, los líderes políticos declaraban virtuosamente su «confianza en el pueblo», pero eso era precisamente de lo que carecían en privado.

Tan importante como la redistribución y el derecho al voto era la reforma de las prácticas corruptas. Los conservadores se adelantaron, movilizando a sus seguidores con ayuda de agentes del partido. Estos caballeros eran profesionales que no necesariamente mantenían convicciones políticas propias. Las elecciones, en la década de 1860, podían seguir siendo asuntos tempestuosos, y allí donde la competencia era real y entusiasta, la cerveza gratis era una de las formas de soborno menos graves. La introducción del voto secreto en 1872 y la aprobación en 1883 de la Ley sobre Prácticas Corruptas, que limitaba y auditaba los gastos electorales, ayudaron mucho a limpiar la política británica. La Tercera Ley de Reforma, aprobada en 1884, amplió el derecho a voto a todos los arrendatarios de vivienda, no solo en

la ciudad, sino también en el campo, incluyendo por primera vez Irlanda. Todavía se conservaron complicadas salvedades diseñadas para restringir el sufragio. Eran de hecho tan eficaces que privaban del voto a dos de cada cinco varones adultos en Inglaterra y Gales, y más en Irlanda y Escocia; principalmente quedaban excluidos los obreros más pobres y los más pobres de todos, los mendigos. Pero la tendencia estaba clara. Al año siguiente se produjo una nueva redistribución de escaños. El sufragio universal masculino no podía denegarse eternamente. Había también una minoría sustancial dispuesta a permitir votar a las mujeres. La plena democracia, sin embargo, no se alcanzaría hasta bien entrado el siglo XX.

En 1866, *The Quarterly Review,* una revista de tendencia conservadora, concluía con entusiasmo que «nuestra riqueza está rebosante, nada enturbia nuestras perspectivas comerciales, excepto el exceso en nuestra propia actividad, y tampoco parece probable que nada perturbe la paz de Europa o la profunda satisfacción de la que esta isla disfruta»[2]. «Inglaterra –observaba un año después *The Annual Register*– no le debe su gran influencia al éxito militar, sino a su posición destacada en el campo de la industria y el comercio. Si olvida esto, está perdida –advertía el autor–; las señales están presentes, para quien sepa leer, y pueden verse claramente»[3].

Estas citas ilustran los dos lados de la Gran Bretaña victoriana, el más confiado y satisfecho de sí mismo, y el que tenía miedo al futuro. En el interior, la prosperidad crecía de manera constante pero desigual. Los estratos medios y altos de la sociedad recibieron una porción mayor del aumento que los bajos, aunque todos se beneficiaron. Las décadas de 1850 y 1860 se han denominado los años del «auge» victoriano. Los salarios de los trabajadores subieron aproximadamente un tercio. Pero había variaciones regio-

nales. Más importante que el nivel de los salarios era la disponibilidad de empleo. El desempleo alcanzó niveles elevados del 7 por 100 en 1858, del 6 por 100 en 1862 y 1878, y de más del 10 por 100 en 1879. Durante la Guerra Civil estadounidense (1861-1865) miles de operarios fabriles de la industria algodonera del Lancashire fueron despedidos por falta de algodón. El «auge» de la Gran Bretaña victoriana no llegó a todos. La pobreza se consideraba un estado inevitable y natural, pero Gran Bretaña seguía siendo con creces el país más rico del mundo. Su comercio superaba al de todos los demás; dominaba un gran imperio, pero su supremacía como «la fábrica del mundo» estaba pasando. En el futuro habría competidores, porque Estados Unidos y los países de la Europa continental se estaban industrializando. La complacencia no tenía cabida.

Solo una Gran Bretaña en paz podía promover la industria y el comercio y evitar un gasto militar derrochador, para así garantizar su prosperidad futura. Los trastornos y las deficiencias de la empresa militar en el transcurso de la Guerra de Crimea (1854-1856) no hicieron más que reforzar el deseo general de apartarse de los conflictos continentales. Esto no eliminaba el patriotismo. Prácticamente todos asumían la creencia de que Gran Bretaña estaba dotada de una civilización superior. De vez en cuando había que recordarles a las razas atrasadas e incivilizadas que debían respetar a Gran Bretaña, y castigarlas cuando no lo hiciesen. La apertura del comercio en Asia y la defensa del imperio se prosiguieron con fuerza y vigor. Durante la década de 1850, el poder británico en India se consolidó tras el Motín de 1857, que había provocado gran indignación. Para defender la India, Gran Bretaña procuró adquirir una influencia predominante en Afganistán y le declaró la guerra a Persia. La amenaza de Rusia en Asia era su principal preocupación. En China, Gran Bretaña se alió con los franceses, ocupó Cantón y obligó a aceptar los Tratados «desi-

guales» de Tientsin (1858), que abrieron más partes del país al comercio occidental, le impusieron la supervisión extranjera de sus aduanas marítimas y legalizaron la importación del opio. En 1860, el Palacio de Verano, a las afueras de Pekín, fue arrasado, se impusieron mayores indemnizaciones, y los rusos se anexionaron la provincia marítima y fundaron el puerto de Vladivostok. La no intervención en Europa, la agresión en Asia, permiten entender el comentario hecho por Disraeli de que Gran Bretaña era más una potencia asiática que europea. En todo esto no había mucha distinción entre los conservadores, los *whigs* y los liberales.

En el interior, tras la caída de Aberdeen en 1855, el primer ministro durante la mayor parte de la década que siguió (1855-1858, 1859-1865) fue Palmerston, a esas alturas un veterano en la setentena. La fluidez de agrupamientos partidistas propia de los primeros años se había convertido en la década de 1880 en dos partidos principales: un Partido Liberal liderado por Gladstone y los conservadores de Disraeli. Esto no era aún tan evidente durante los años intermedios. Los liberales habían mantenido durante mucho más tiempo que los conservadores una coalición mucho más laxa de liberales, *whigs* y otros que los apoyaban, con poca organización de partido fuera de Westminster. Los gobiernos buscaban legislar para introducir reformas prácticas. Cada reforma era importante por sí misma, sin adaptarse a ninguna intención ideológica más amplia. No se consideraba que fuese tarea del gobierno promover grandes cambios. Un tribunal de divorcios sustituyó la necesidad de obtener el divorcio mediante un acto parlamentario, empezaron a abordarse reformas del derecho penal, reformas de la Ley sobre Pobres, y las necesidades sanitarias para las familias que vivían en ciudades sujetas a epidemias. La prevención de enfermedades era fundamental, porque médicamente había pocos avances en la cura del cólera, el tifus, la viruela y la tuberculosis, la principal asesina. La vacuna

obligatoria finalmente superó a la viruela después del último brote serio, acaecido en 1870. Habían estallado epidemias de cólera a intervalos regulares: en 1848-1849, 1853-1854 y 1866; la mejora del saneamiento empezó a atajar la causa de raíz.

Desde la década de 1830 hasta la de 1880, las comisiones reales produjeron estadísticas e investigaron problemas, sugiriendo soluciones. Fue una época de reformadores sociales convencidos que, como lord Shaftesbury, habían patrocinado la legislación fabril en el parlamento, apoyado medidas para mejorar la salud pública, construir viviendas para los obreros pobres y crear escuelas gratuitas para los niños indigentes. Sirve para representar a todo el grupo de reformadores, dentro y fuera del parlamento, motivados por la fe religiosa y una fuerte conciencia social; la reforma no solo desde arriba, sino también como resultado de la presión de individuos y grupos comprometidos, el alivio de la aflicción mediante socorro mutuo y beneficencia.

Intentar mejorar la vida de los desfavorecidos y al mismo tiempo carecer del drama de una cuestión única revela que estos años no estuvieron tan vacíos de progreso. Marx buscaba en vano conflicto de clases y un espíritu socialista revolucionario. El sindicalismo en este periodo no era militante, no tenía como objetivo derrocar la sociedad, sino que su intención era conservar la posición de los trabajadores cualificados y la ventaja salarial de estos respecto a los menos cualificados. La negociación era local. La mayoría de los obreros varones no pertenecía a ningún sindicato, y las obreras no tenían sindicato al que afiliarse. La actitud en general tranquila de los obreros, con raras excepciones, convertía la ampliación del derecho al voto con muchas salvaguardas en una perspectiva menos arriesgada de contemplar.

Parecía no haber grandes cuestiones que distinguiesen a la agrupación liberal de los conservadores. Estos, en las décadas de 1850 y 1860, eran un partido más cohesionado. El precio pagado por esa cohesión fue un estado de minoría en apariencia permanente en el parlamento, a menos que uno de los grupos que apoyaba los gobiernos *whig*-liberales de Palmerston votase con la oposición para dejar entrar durante un tiempo a los conservadores. Al lanzar la Segunda Ley de Reforma, Disraeli solo había obtenido una victoria negativa, en la que los liberales dejaron de ser vistos como los paladines de la reforma parlamentaria. Pero la creación de un partido nacional que atrajese el respaldo de todas las clases no formaba parte del pensamiento de Disraeli en 1867; los liberales podrían haber sido acusados entonces de ser un partido que apoyaba las pretensiones especiales de aquellos intereses empresariales que los apoyaban y de los no conformistas. En la década de 1860, Disraeli seguía defendiendo la «constitución aristocrática», basada en la sociedad rural y en la Iglesia oficial de Inglaterra.

En julio de 1865, el electorado volvió a dar a Palmerston y a los *whig*-liberales una mayoría moderadamente más elevada. En octubre, el indómito veterano se cayó del caballo, muriendo poco después. Lo sucedió en el cargo de primer ministro el conde de Russell que, a diferencia de Palmerston, no logró mantener el variado respaldo a su gobierno. Tras el periodo de los conservadores en el poder, solo Gladstone tenía el prestigio necesario para liderar a los liberales, a pesar de las aprensiones de los *whigs.* El liderazgo *whig* en política había terminado. Los aristócratas *whigs* seguirían influyendo, pero ya no dominaban.

Gladstone había demostrado sus dotes de político «moderno», cortejando a la prensa periodística, reuniéndose con delegaciones, pronunciando discursos ante los electores de provincias, y por estos medios se convirtió en «William

del Pueblo». Disraeli y Gladstone han pasado a la historia como arquetípicos primeros ministros de los últimos años victorianos, cada uno con una personalidad muy distinta. Sus famosos enfrentamientos parlamentarios, que reflejaban puntos de vista completamente distintos, hacían parecer que las diferencias entre partidos eran mucho más agudas de lo que en realidad eran. El ascenso de Disraeli ya se ha estudiado (véase cap. XI). El de Gladstone estuvo también lleno de contratiempos.

Gladstone empezó su vida política como conservador, y sus instintos políticos siguieron siendo fundamentalmente conservadores. No compartía la nostalgia romántica de Disraeli por la Inglaterra rural; sintonizaba más que este con la Gran Bretaña moderna; consideraba deseable que la función del Estado fuese mínima, y que interfiriese lo menos posible; estaba decidido a proporcionar un ejecutivo eficiente. Para obtener la mayoría, solicitaba el respaldo de todos los grupos que por una u otra razón se opusieran a los conservadores, cuyos puntos de vista eran más restringidos. Buscaba los votos de los liberales, los *whigs,* los no conformistas, los radicales, los irlandeses, los intereses empresariales y de aquellos miembros de la *gentry* terrateniente que no apoyasen a los *tories.* Gladstone proyectaba una imagen pública de liderazgo robusto y certeza de propósito moral. Sus diarios personales revelan una personalidad más compleja. Se sometía a un autoexamen despiadado, en especial en sus años más jóvenes, en las décadas de 1840 y 1850. Padecía las torturas del conflicto entre un elevado sentido de los criterios morales que se imponía a sí mismo, su profunda fe religiosa, ortodoxa y anglicana, y un impulso sexual que lo mortificaba profundamente. Buscaba prostitutas para convencerlas de que abandonasen su modo de vida. Pero en sus diarios revelaba que lo que también lo atraía a su trabajo cristiano eran la excitación y la frustración sexuales. En la intimidad del hogar se autoflagelaba para purgar sus sen-

timientos, registrando cada ocasión con un símbolo en su diario. H. C. G. Matthew, el distinguido biógrafo y editor de los diarios, concluía: «es imposible conocer la naturaleza exacta de la relación que Gladstone mantenía con las prostitutas a las que visitaba. El lenguaje [de sus diarios] es cauto, pero en ocasiones sugerente»[4]. A pesar de lo interesante que todo esto sea, desde el punto de vista de que permite atisbar el doble rasero masculino común en la Inglaterra victoriana, Gladstone se diferenciaba de la mayoría en que veía sus sentimientos como un pecado.

Gladstone podía compartimentar la vida política, familiar e íntima. Al llegar a la cumbre de su poder político, en la década de 1860, su atracción por las prostitutas fue sustituida en general por los sentimientos intensos hacia unas cuantas mujeres: una modelo y musa de un artista y otras que no formaban parte de su círculo de muchachas rescatadas. Además de estos traumas personales, Gladstone también tuvo problemas económicos familiares aunque, a diferencia de Disraeli, no causados por él mismo. Pero Gladstone soportaba con tranquilidad cargas que podrían haber arruinado la vida de muchos hombres. Ninguna de ellas le impidió ser un político eficaz.

Creía que la tarea del Estado no era hacer cosas por las personas, sino poner a las personas en una posición que les permitiese hacer cosas por sí mismas, liberar a los desfavorecidos de su posición desigual proporcionándoles los medios para ayudarse a sí mismos: Estado minimalista, en otras palabras, que hoy está volviendo a ponerse de moda. El deseo de mayor justicia social estaba reforzado por sus convicciones religiosas. Un caso obvio de reforma era la posición de la Iglesia anglicana en Irlanda. Su financiación con diezmos obligatorios por tratarse de la Iglesia oficial establecida era injusta. Recibía financiación como la Iglesia nacional de los irlandeses, cuando en realidad no atendía

más que a la octava parte. Tres cuartas partes de los irlandeses eran católicos y la mitad de la cuarta parte restante era no conformista. La reducida financiación otorgada a los católicos, una beca al seminario de Maynooth, solo servía para resaltar la injusticia. La retirada de la categoría de Iglesia nacional a la Iglesia anglicana en Irlanda era solo una parte del objetivo de Gladstone, como explicó en 1868 a los electores de Lancashire, «la Iglesia de Irlanda [...] no es sino una entre varias cuestiones, [...] está la Iglesia de Irlanda, la tierra en Irlanda, la educación en Irlanda, hay muchos temas [...] hay también sendas ramas de un tronco, y ese tronco es el árbol de la llamada supremacía protestante [...] Nuestro objetivo, por lo tanto, es la destrucción de ese sistema de supremacía». Gladstone había encontrado una causa para mantener unidos a sus seguidores liberales y no conformistas. También Disraeli estaba dispuesto a introducir reformas, pero la separación entre Iglesia y Estado propuesta por Gladstone en 1869 era más audaz y radical. La misma razón para eliminar la categoría de confesión oficial no era aplicable con igual fuerza a Gran Bretaña, donde la Iglesia de Inglaterra era la confesión más grande. En cierto espíritu de reconciliación, la ley que retiraba la categoría de iglesia oficial a la Iglesia de Irlanda establecía una compensación, devolviendo más de la mitad de lo tomado. El resto, seis millones de libras, se invirtió en proyectos de seguridad social y educación superior en Irlanda.

La Ley de Tierras Irlandesa, aprobada en 1870, pretendía abordar la espinosa cuestión de los arrendatarios; de acuerdo con las tradiciones irlandesas, los arrendatarios tenían derechos de propiedad parciales y podían vender su arrendamiento siempre que pagasen las rentas, que ellos exigían que fuesen «justas». Los arrendatarios insistían en que se les diese seguridad para conservar la posesión y traspasarla. Si la legislación reconocía las reivindicaciones y las necesidades de los arrendatarios de Irlanda, podrían cuestionarse

los derechos de la propiedad en Gran Bretaña. De algún modo había que encontrar un punto intermedio. La Ley de Tierras de 1870 fue más importante simbólicamente. Los derechos de propiedad de los terratenientes irlandeses dejaron de ser sacrosantos, pero dichos terratenientes sí podían eludir los derechos de los arrendatarios, a pesar de las salvaguardias incluidas en la ley. El intento por parte de Gladstone de reconciliar las diferentes confesiones en la educación superior fracasó por completo en 1873 cuando fue rechazado el proyecto de ley sobre las universidades irlandesas. Dos leyes y una medida abortada constituyeron el primer intento de Gladstone de «pacificar» Irlanda, de reconciliar a todos los irlandeses con la Unión en una época en la que los fenianos empezaron a dar señales de que el fracaso en Irlanda podría conducir a la violencia. Los esfuerzos de Gladstone dejaban claro, a pesar de sus limitaciones, que el gobierno británico sí reconocía las reivindicaciones especiales de Irlanda y estaba dispuesto a abordarlas. Se consideraba que la respuesta adecuada a las necesidades de la mayoría católica de Irlanda, que formaba una minoría dentro de Reino Unido, era la reforma, no la violencia. El gabinete de Gladstone abordó otras cuestiones espinosas con el mismo espíritu de compromiso práctico. La reforma de la educación elemental estuvo plagada de conflictos entre las reivindicaciones de quienes veían la necesidad de establecer un sistema nacional y quienes insistían en el control local, entre los laicos y las diferentes confesiones. Las comisiones reales habían señalado la necesidad urgente de mejorar la enseñanza pública y la privada. El ejemplo prusiano era muy admirado para la formación de una fuerza de trabajo eficiente. El resultado, la Ley de Educación de 1870, no impuso una solución autoritaria con control estatal sobre todos los colegios, sino una compleja solución mixta de colegios de asistencia voluntaria, dirigidos por diversas confesiones religiosas, que recibían financiación del Tesoro, y de colegios

públicos sometidos a las autoridades locales y financiados con los impuestos inmobiliarios, en los que no se enseñaba ninguna religión específica. No era posible cuadrar por completo el círculo, pero la solución duró hasta el siglo XX. La asistencia obligatoria y la gratuidad tuvieron que esperar unos cuantos años. Otras reformas abarcaron las universidades (1891) de forma tal que los puestos académicos en Cambridge y Oxford quedaron abiertos a todos, sin efectuar pruebas religiosas; es interesante que Gladstone sintiera poco entusiasmo por esta reforma y que hubiese preferido que el cuerpo de académicos, no el de alumnos, se reservase a los anglicanos. Otras medidas hacían referencia a la competencia para la entrada en el servicio de funcionarios civiles (1870), una serie de reformas militares y reformas relacionadas con la administración de justicia (1873).

La Ley de Sindicatos de 1871 protegía los fondos sindicales. Pretendía alcanzar un mejor equilibrio entre los derechos de los trabajadores y los de los empresarios. Los sindicatos, sin embargo, siguieron muy limitados por las disposiciones contra la violencia, las amenazas y la obstrucción, que permitían a los empresarios presentar querellas afirmando que los piquetes no habían sido pacíficos. A pesar de que sin duda fueron notables, está claro que las reformas de Gladstone fueron también cautas, y que reflejaban aún mucha aprensión a hacerles concesiones excesivas a las «clases inferiores».

En el continente europeo, la década de 1860 fue decisiva para la lucha por el poder. Los sucesivos secretarios de Asuntos Exteriores, Russell, Stanley y Clarendon, manejaron con habilidad la política exterior británica, pero influyendo poco en el curso de los acontecimientos a más largo plazo. Gran Bretaña no intervino en ninguna de las guerras que remodelaron Europa: las guerras italianas, las victorias

prusianas, primero sobre Dinamarca en 1864 y después sobre Austria en 1866 y Francia en 1870. La línea general de la política británica fue la de ofrecer una mediación benévola, sin la amenaza de la fuerza armada. La mediación solo podía prosperar y resultar útil, sin embargo, cuando los contendientes habían concluido en cualquier caso que un resultado pacífico era preferible a la guerra, como lo hicieron en la crisis luxemburguesa de 1867 y en la disputa por los ferrocarriles belgas en 1869.

¿Había alguna alternativa a la política de «no intervención»? Gran Bretaña solo tenía un pequeño ejército estacionado en el interior: el resto de las tropas estaba en India y en las colonias para defender su imperio mundial. Rusia era la principal amenaza en Asia. Para afrontar el peligro, Gran Bretaña buscó el predominio en un gran arco de territorios «colchón», desde el Asia Menor otomana, hasta Persia y Afganistán. En Norteamérica, los defensores del «destino manifiesto» instaban a anexionar Canadá. En el Mediterráneo, Egipto y el sureste asiático, el principal rival era Francia. En el continente europeo, Gran Bretaña no podía intervenir militarmente sin un aliado. Estaba obviamente descartado aliarse con Austria contra Prusia o con Francia o Prusia en el conflicto de estas dos últimas. Aunque la paz era lo más útil para los intereses británicos, también le interesaba esperar el resultado de la guerra en el continente. En cualquier caso, había un apoyo general a las aspiraciones de unificación nacional. Era de esperar que, una vez completadas, se alcanzase una época más pacífica.

Francia parecía más amenaza que Prusia. La moderación de Bismarck al no anexionarse ningún territorio austriaco en 1866 señalaba claramente que la unidad alemana se alcanzaría con una solución de *Kleindeutsche* que no descompondría el imperio austriaco. Crear una entidad alemana estable en el corazón de Europa había sido el objetivo de Cas-

tlereagh en el Congreso de Viena, y ahora las perspectivas de cumplimiento no producían alarma. Una Alemania fuerte contribuiría al equilibrio de poder en Europa. Era imposible prever con dos generaciones de antelación que lo que haría de hecho sería romper ese equilibrio.

De ese modo la política británica estaba presta a defender intereses británicos específicos en el continente mediante la diplomacia, y si era necesario, fuera de Europa, mediante la fuerza. Al mismo tiempo, siempre se preferían acuerdos pacíficos sobre esferas de influencia. De modo que se advirtió y frenó a Rusia en Persia y Afganistán, pero se utilizó también la conciliación cuando Gran Bretaña aceptó revisar las cláusulas de la paz de París referentes al mar Negro, permitiendo a Rusia establecer de nuevo una fuerza naval en dicho mar (véase cap. XXI). Que las intenciones de Gran Bretaña hacia la Francia de Napoleón III eran completamente pacíficas lo demuestra la firma de un tratado comercial, el Tratado de Cobden, una década antes (1860). Con Estados Unidos se alcanzó, en el Tratado de Washington de 1871, un acuerdo sobre las reivindicaciones norteamericanas derivadas del suministro de navíos a los Estados Confederados del Sur durante la Guerra Civil (el Caso Alabama) y otras cuestiones. Los temores a la invasión de Canadá por parte de Estados Unidos no se desvanecieron por completo, sin embargo. Todavía en 1900 se estaban diseñando planes de guerra que preveían un ataque de tropas británicas a cabo Cod. Por supuesto, para entonces todo peligro real había pasado, y poco después Gran Bretaña y Estados Unidos completaron la eliminación de todas las causas de conflicto entre ellos.

Gladstone, a diferencia de su secretario de Exteriores más complejo, Clarendon, veía las relaciones exteriores en términos morales. En octubre de 1870, en una aportación

anónima a *Edinburgh Review,* planteaba sus puntos de vista:

> Cierto es que un nuevo derecho de naciones se está imponiendo gradualmente, y empezando a influir en la práctica del mundo; un derecho que reconoce la independencia, que desaprueba la agresión, que favorece las soluciones pacíficas, no sangrientas, de las disputas, que aspira al ajuste permanente y no temporal; ante todo, que reconoce como tribunal de autoridad primordial el juicio general de la humanidad civilizada. Ha censurado la agresión de Francia; censurará, si la necesidad surgiese, la codicia de Alemania [...] Es difícil que todas las naciones se descarríen. Su consejo ecuménico se asienta sobre las pasiones parciales de aquellos que se dejan engañar por el interés y perturbar por las discrepancias[5].

La expectativa que Gladstone guardaba de una Europa que siguiera la enseñanza cristiana y de una Gran Bretaña convertida en modelo ético, no solo demostró ser una noble ilusión, sino que reveló también cuánto se había ampliado el abismo entre Gran Bretaña y el continente desde 1848. Disraeli, en el discurso pronunciado en el Crystal Palace en junio de 1872, no hizo referencia alguna a unas ideas cosmopolitas tan grandiosas. Pero también él separó los intereses británicos de los del continente. La función de los estadistas británicos, afirmó Disraeli, era cuidar de los propios intereses de Gran Bretaña, y estos eran imperiales. Todas las clases apoyaban esta política, insistía, incluidos los obreros, que también eran conservadores en el sentido «más puro y elevado». Disraeli declaró que, en su opinión, «están orgullosos de pertenecer a un gran país y desean mantener su grandeza; que están orgullosos de pertenecer a un país imperial, y resueltos a mantener, si pueden, su imperio»[6]. Pero había un lazo entre Gran Bretaña y el continente, como demostraría la nueva crisis en la «cuestión oriental» de 1877-1878 (véase cap. XXI). Gran Bretaña no podía divorciarse por completo y aferrarse a la «no intervención» en el continente. Esta tensión entre los intereses continentales y los imperiales es un hilo que recorre todo el periodo hasta 1914.

La brecha entre Gran Bretaña y las potencias continentales era no obstante muy real. Podría haber parecido por entonces que las aprensiones liberales ante el peligro de con-

ceder a las masas una voz preponderante, es decir, aceptar la democracia, era compartido en ambos lados del canal. En Gran Bretaña, más de una generación de experiencia aplacó los temores; la inmovilidad no era una opción viable. En todo caso, no se dio una alternativa monárquica autoritaria. En el continente, los liberales, temerosos de que la revolución continuada pusiera en peligro su posición y sus propiedades, sí tenían opción: prefirieron ponerse de acuerdo con el viejo orden. En Francia, en 1860, tras el establecimiento del imperio «liberal», Napoleón III siguió disfrutando del apoyo a su autoridad, como demostró el plebiscito de 1870. En el imperio alemán, Bismarck siguió sujetando las riendas del poder. Su autoridad no derivaba del *Reichstag,* sino de Guillermo I. La guerra con Francia y su resultado aumentó tanto el prestigio del mandatario que conservó su poder intacto durante dos décadas, inmune a los resultados de las elecciones, pero cayendo al final en 1890 por el capricho de un nuevo y joven monarca.

[1] Cit. por K. Hildebrand, *Die Pax Britanica und Preussen 1865/1866-1869/1870,* Oldenburg, 1997, p. 364.

[2] E. J. Feuchtwanger, *Democracy and Empire Britain 1845-1914,* Arnold, 1985, p. 5.

[3] R. Rhodes James, *The British Revolution. British Politics 1880-1939,* Hammish Hamilton, 1976, p. 15.

[4] H. C. G. Matthew, *Gladstone 1809-1874,* Oxford, 1986, p. 93.

[5] *Ibid.,* pp. 181-182.

[6] R. Blake, *Disraeli,* Eyre y Spottiswoode, 1967, p. 523.

XX. LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

En la Guerra Franco-Prusiana hay una peculiaridad histórica; los historiadores europeos no se ponen de acuerdo sobre cómo llamarla, Franco-Prusiana o Franco-Alemana. No es simplemente una cuestión de palabras. La guerra puede ser considerada como predominantemente prusiana o como la primera guerra genuinamente «alemana». Bismarck dominaba la diplomacia de la guerra y Moltke el mando y la organización militar. Los tres ejércitos de campaña también estaban bajo mando prusiano. Las tropas prusianas eran mucho más numerosas que las tropas de todos los aliados de Prusia juntos; se había reunido para finales de la guerra una gigantesca fuerza de 850.000 aliados prusianos y alemanes. Al contrario que en 1866, todos los Estados alemanes lucharon esta vez a favor de Prusia. Se incluían entre estos tanto los Estados todavía independientes de Alemania del Sur como los que no podían hacer otra cosa, porque recientemente se les había obligado a entrar en la Confederación Alemana del Norte. Pero al comienzo de la guerra el entusiasmo nacional en que Bismarck había confiado no era general. En Hannover y el sur había quienes, por supuesto en minoría, odiaban más a Prusia que a Francia. Pero a medida que la guerra avanzaba, las batallas, victorias y pérdidas compartidas cambiaron todo esto espectacularmente. La guerra se convirtió en una cruzada nacional. En los dos lados fueron deliberadamente avivados los sentimientos de patriotismo y el odio al enemigo. La guerra terminó con la unificación de Alemania y, junto con este gran acontecimiento, un legado de amargura sin paralelo en las relaciones entre dos grandes potencias en el siglo XIX. La Guerra Franco-Prusiana comenzó como la última

guerra «dinástica», pero antes de que hubiera terminado se había convertido en la primera de las guerras de masas.

Los ejércitos «alemanes» poseían dos ventajas decisivas frente a los franceses: una gran superioridad en hombres *entrenados* y Moltke y la organización del estado mayor general que había creado. Desde el comienzo, los alemanes eran más fuertes y la dirección global de los ejércitos alemanes era infinitamente superior a la de los franceses. La manera en que se llevaron a cabo las movilizaciones francesas y alemanas profundizó esta disparidad bélica. El plan de Moltke era concentrar tres ejércitos en distintos puntos de Renania y el Palatinado bávaro. El plan preveía la utilización de las seis líneas férreas disponibles para reunir una fuerza de entre 350.000 y 450.000 hombres en tres semanas. Se prepararon todos los detalles a la perfección. El 15 de julio de 1870 el rey, por fin, se decidió a ordenar la movilización. Baviera, Baden y Wurtemberg la siguieron el 16 y 17 de julio. El 5 de agosto, 462.000 hombres, con sus pertrechos, habían sido transportados y concentrados en la Renania prusiana y el Palatinado preparados para entrar en Alsacia. La fuerza estaba dividida en tres ejércitos, bajo el mando del príncipe heredero Federico, el príncipe Federico Carlos, sobrino del rey, y el general von Steinmetz. Aunque los comandantes reales eran generales medianos y Steinmetz resultó ser un desastre total, Moltke logró subsanar la mayoría de sus errores con una serie de brillantes improvisaciones.

La movilización francesa fue no solo más lenta que la prusiana, sino también caótica. La orden de movilización fue dada el 14 de julio, un día antes que la prusiana. Cambios de último momento hechos por Napoleón III aumentaron el desbarajuste de los movimientos de tropas y pertrechos. A finales del mes de julio, cuando Napoleón III tomó personalmente el mando del «ejército del Rin», como se le

llamaba, solo disponía de 238.000 hombres y estaba concentrado en un corto frente entre Metz y la frontera francesa a lo largo de la línea de ferrocarril. Un poco más allá estaba Saarbrücken, en la Renania prusiana. En lugar de disponer de mandos independientes, los tres mariscales franceses, Bazaine, Canrobert y MacMahon recibieron el mando subordinado de cuerpos del «ejército del Rin», cuyo mando supremo asumió el emperador. Resultó una medida desastrosa y mal coordinada. El plan militar francés exigía una rápida ofensiva francesa en el Palatinado, o si no una ofensiva más al sur, cruzando el Rin para entrar en Baden. La ofensiva en el sur se proponía coordinar el avance francés con la esperada ofensiva austriaca. A medida que la probabilidad de que Austria-Hungría entrara en la guerra se iba alejando, la ofensiva en Baden quedó abandonada. También se abandonó la ofensiva en el Palatinado o más bien tomó la forma, el 2 de agosto, de un avance simbólico de unos pocos kilómetros hasta Saarbrücken, en la Renania prusiana.

El plan de Moltke preveía la dispersión de los tres ejércitos bajo su dirección, y su avance para que convergieran más tarde. Era una repetición del plan de guerra de 1866: era más fácil manejar los suministros de tres ejércitos más pequeños que los de un gigantesco ejército combinado. Concentró a los 134.000 hombres del segundo ejército, al mando del príncipe Federico Carlos, en el Rin entre Bingen y Maguncia y luego les ordenó avanzar en dirección sudoeste hacia la región de Saarbrücken. El primer ejército, de 50.000 hombres, al mando de Steinmetz, se congregó en Tréveris y después se dirigió hacia Saarbrücken en el sur. El tercer ejército, 125.000 hombres, que incluía las fuerzas del sur de Alemania y estaba bajo el mando del príncipe heredero, se reunió en Speyer, en la parte más meridional del Palatinado y luego se dirigió hacia el oeste para converger con los otros dos ejércitos en Saarbrücken o hacia el sur pa-

ra amenazar a Estrasburgo. El contraste entre el modo en que los ejércitos francés y alemán se desplegaron reflejaba el modo de pensar tan diferente de los mandos francés y alemán. Los franceses concentraron sus fuerzas principales en una pequeña zona alrededor de Metz con una fuerza más pequeña en Estrasburgo y confiaron en las inexpugnables fortalezas para su defensa y en la superioridad numérica para su ofensiva. Los tres pequeños ejércitos alemanes aislados y diseminados permitían una mayor flexibilidad y rapidez de movimiento; podían ser utilizados para rebasar las fuerzas enemigas *a condición* de que cada comandante actuara según las órdenes recibidas del cuartel general de Moltke. Moltke estaba preparado para adaptar sus planes rápidamente a fin de aprovechar las cambiantes disposiciones de los franceses y los avatares de la guerra.

Durante la primera fase de la campaña, la magnífica estrategia de Moltke fue desbaratada por las «iniciativas» de los comandantes subordinados. Moltke tenía proyectado coordinar el segundo y tercer ejércitos para derrotar a los franceses, numéricamente inferiores, en una gran batalla. En lugar de esto, los ejércitos tuvieron varios pequeños encuentros antes de converger. El 6 de agosto, el primer y segundo ejércitos, contraviniendo las órdenes de Moltke, atacaron a los franceses en las proximidades de Saarbrücken. El resultado de la confusa batalla de los Altos de Spicheren, donde ambos bandos lucharon con ferocidad, fue que los franceses se retiraron. Con una dirección mejor, dejando caer sobre los prusianos el peso de sus efectivos aquí superiores, los franceses habrían podido infligir una derrota aplastante al temerario príncipe Federico Carlos y a Steinmetz. Más al sur, el príncipe heredero hizo avanzar al tercer ejército a través de la frontera en Wissembourg y, después de una batalla para apoderarse de la ciudad, se encontró con la fuerza más pequeña de MacMahon, atrincherada en Froeschwiller, a pocos kilómetros al oeste. El 6 de agosto el

tercer ejército se encontró metido en la batalla. Los alemanes vencieron, pero el precio fue elevado: 10.500 bajas. Mayores aún fueron las pérdidas de MacMahon, con 11.000 bajas y 9.200 prisioneros de guerra. Lo que estas primeras batallas demostraron fue que, aunque los franceses poseían un rifle, el *chassepôt,* muy superior al prusiano, la artillería prusiana restableció el equilibrio tecnológico. La *mitrailleuse,* una ametralladora primitiva, era un arma francesa de valor potencial, pero no fue utilizada nunca con eficacia durante la guerra; estos encuentros también revelaron que los comandantes militares franceses cometieron más disparates aún que los prusianos. De forma retrospectiva se puede ver que las dos batallas espontáneas de Spicheren y Froeschwiller marcaron muy pronto un viraje decisivo en la guerra; el espíritu combativo de los franceses quedó roto para siempre. Ante la sorpresa de toda Europa, fueron los prusianos los que invadieron Francia, y no al revés.

El efecto que tuvieron en Napoleón III estos primeros contratiempos –porque no fueron más que contratiempos: los soldados franceses lucharon magníficamente– fue catastrófico. Físicamente cayó en un estado espantoso, y su fuerza de voluntad se vino abajo. El 7 de agosto tomó la fatal decisión de retirar el grueso del «ejército del Rin» a la fortaleza de Metz y dejar a los prusianos toda la iniciativa. Cinco días más tarde, el emperador nombró al mariscal Bazaine comandante en jefe. La incompetencia de Bazaine como jefe de fuerzas numerosas condenó a un gran ejército de 180.000 hombres a una virtual ineficacia, hasta que, por fin, se rindió el 27 de octubre. El fracaso de Bazaine pareció tan inexplicable que más tarde se sospechó equivocadamente que había cometido traición. La verdad es que era totalmente inútil para el alto mando. El buen sentido militar habría dictado una retirada rápida de las tropas francesas de Metz y su concentración en el Mosa o más hacia adentro en el Marne. Pero desde París la emperatriz advirtió que una

retirada era políticamente imposible y que Napoleón III no debía volver como un hombre derrotado. Bazaine vaciló. Hasta el 14 de agosto no ordenó la retirada. Moltke, sin saberlo, se le había anticipado y los tres ejércitos alemanes se abrieron en abanico en un avance general, apoderándose de los vados del Mosela y esperando perseguir a Bazaine. En lugar de ello, estaban, sin sospecharlo, envolviendo a Bazaine en una red entre Metz y su línea de retirada. El genio de Moltke no se puso de manifiesto en la concepción de esta maniobra envolvente, que no fue planeada, sino en su reconocimiento instantáneo de las oportunidades que esta nueva situación brindaba. Se libraron dos confusas batallas más, un encuentro de poca importancia en Vhionville el 16 de agosto y una batalla de envergadura en Gravelotte el 18 de agosto en la que Bazaine intentó retirarse de Metz en dirección norte. En Gravelotte los ejércitos alemanes (188.000 hombres) se enfrentaron al grueso del francés (113.000 hombres). Ambos bandos cometieron errores; los alemanes sufrieron 20.000 bajas y Bazaine admitió 12.000. Las equivocaciones de los prusianos estuvieron a punto de hacerles perder la batalla de Gravelotte, pero considerada en su conjunto la campaña fue un éxito total para los prusianos, porque Bazaine retiró su ejército a Metz. El destino del imperio quedó sellado por esta decisión. Las mejores tropas imperiales perdieron toda libertad de maniobra.

Napoleón III había dejado a Bazaine justo en el último momento el 16 de agosto y regresado a Chalons-sur-Marne. Allí, bajo el mando de MacMahon se formó un nuevo «ejército de Chalons». Desde París, la emperatriz y los ministros le instaban a no retroceder, sino avanzar y «rescatar» a Bazaine. En parte guiado por consideraciones políticas, MacMahon se puso en camino el 23 de agosto con un ejército improvisado de 130.000 hombres para encontrarse con Bazaine. En ningún momento los movimientos de MacMahon y Bazaine estuvieron efectivamente coordinados

contra los alemanes. MacMahon trataba de localizar a Bazaine, que había prometido romper el cerco de Metz y reunirse con él para dar la batalla a los alemanes al noreste de Metz, en dirección a Sedán.

El sentenciado ejército de MacMahon marchaba hacia el noreste llevando al emperador entre sus bagajes. Moltke reorganizó la disposición de las fuerzas alemanas. Mientras un ejército sitiaba Metz, las demás fuerzas se combinaron para enfrentarse con MacMahon. La trampa quedó cuidadosamente instalada una vez que Moltke consiguió localizar al pesado y lento ejército de MacMahon. El tibio esfuerzo de Bazaine por romper el cerco de Metz fracasó. Las batallas en que el «ejército de Chalons» fue destruido comenzaron el 30 de agosto en Beaumont; los franceses fueron derrotados y tuvieron que replegarse en una retirada desordenada hacia Sedán. El 1 de septiembre, las fuerzas imperiales fueron destruidas como instrumento de lucha en la batalla de Sedán, una de las derrotas más calamitosas de los tiempos modernos. Los soldados que no habían caído fueron hechos prisioneros, ya que Napoleón III decidió el 2 de septiembre que una capitulación era preferible a perder más vidas francesas. Los alemanes tomaron 104.000 prisioneros, incluyendo al emperador. Después de solo cinco semanas de lucha un ejército imperial estaba bloqueado en Metz y el otro se había rendido. Ya no quedaban ejércitos imperiales. El imperio fue barrido por una «revolución» incruenta en París el 4 de septiembre. Nada obstaculizaba ahora el camino de los ejércitos alemanes en dirección a París y de derecho la guerra debía haber terminado. Esto era lo que esperaban Bismarck y los generales. No obstante, duró otros seis meses.

En París se formó un nuevo gobierno republicano de defensa nacional que incitó a la resistencia. Sin posibilidades reales de cambiar el veredicto militar, mantuvo a raya a los

alemanes durante otros seis meses. La defensa de la extensa fortificación de París estaba a cargo de unas pocas tropas regulares y de un ejército ciudadano. Moltke, cuyas tropas llegaron a París a mediados de septiembre, se dispuso a obligar a la ciudad a rendirse por hambre. Los defensores de París contaban con romper las débiles comunicaciones entre los grandes ejércitos alemanes, con movilizar nuevos ejércitos franceses en el sur para socorrer a París y con la intervención de las grandes potencias. Su heroísmo fue a la postre en vano. Lo que les faltaba a los franceses era soldados entrenados, suboficiales que constituyeran un núcleo disciplinado para formar nuevos ejércitos. Los simples soldados no eran suficientes contra los ejércitos prusianos. La falta de reformas militares durante la década de 1860 significaba ahora la inexistencia de una reserva de mano de obra especializada. El nuevo ministro del Interior, el apasionado republicano Léon Gambetta abandonó París en globo para movilizar nuevos ejércitos. Alphonse Thiers viajó por las cortes europeas solicitando ayuda y Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores, declaró que no se cedería al enemigo ni la menor fracción de Francia. La heroica defensa atrajo la imaginación romántica de Europa. Pero la derrota del mal entrenado y equipado ejército del Loira de Gambetta y el agotamiento de las provisiones en París, forzaron finalmente al gobierno a aceptar lo inevitable y a firmar la capitulación el 28 de enero de 1871.

Los últimos seis meses de guerra habían sido testigos de una nueva ferocidad de la «nación en armas». Unidades de *franc-tireurs* operaban como guerrilleros en la retaguardia de los alemanes y al ser capturados eran ahorcados como criminales. París, tan recientemente centro de una elegante Gran Exposición, había sufrido grandes penalidades y bombardeos. Todo el país estaba levantado contra el invasor. Los alemanes se sentían igualmente amargados por sus pérdidas. Culparon a los franceses por prolongar insensata-

mente la guerra. Los últimos meses de la guerra dejaron un legado de amargura que sobrevivió a tres generaciones. Y para colmo, el rey de Prusia fue proclamado Kaiser alemán el 18 de enero de 1871, solo diez días antes del armisticio, no en Berlín, sino en su cuartel general, en el palacio de Versalles. La ceremonia cuidadosamente montada en el Salón de los Espejos, en el curso de la cual Guillermo I, contra su voluntad, fue proclamado «Kaiser Guillermo», simbolizaba el nuevo poder de Alemania y la postración de Francia.

Bismarck ha intentado en sus *Memorias* propagar la leyenda de que la intervención de Napoleón III en 1866 hizo inevitable la guerra con Francia porque Napoleón III no habría permitido la culminación natural de la unificación alemana. Existen muchas pruebas de que Bismarck realmente no preparó una guerra con Francia por esta razón. Lo que hizo necesaria la guerra desde el punto de vista de Bismarck no fue tanto la política de Francia como la situación de Alemania. Pese a la abrumadora fuerza económica y militar de Prusia, pese a la existencia de auténticos sentimientos nacionales en todos los Estados alemanes del Sur, y sobre todo en Baden, los Estados alemanes del Sur no habían caído como ciruelas maduras en la cesta prusiana. Si los gobiernos reales de Wurtemberg y Baviera hubieran deseado la unificación con una Confederación Alemana del Norte ¿cómo habría podido impedirlo Francia? Cuando se llevó a cabo el proceso de unificación nacional en Italia más allá de los límites acordados por Napoleón III y Cavour, los franceses no intervinieron. ¿Habría intervenido Napoleón III diez años más tarde si el proceso de la unificación alemana hubiera culminado *pacíficamente*? Por supuesto estas preguntas son hipotéticas. Lo que se puede demostrar es que Bismarck no consiguió unificar a Alemania pacíficamente durante los años inmediatamente posteriores a la guerra con Austria y los Estados alemanes. En 1870 recu-

rrió a la violencia. Prefirió ir a la guerra con Francia encabezando una coalición alemana a declarar la guerra a los Estados alemanes del Sur; en cuanto a estos, cuando llegó el momento de la verdad, prefirieron la alianza con Prusia y la guerra con Francia a una unificación «pacífica» que posiblemente implicara compensaciones territoriales a sus expensas para satisfacer al emperador francés. Lo que hizo inevitable la guerra con Francia fue la decisión de Bismarck de resolver la cuestión alemana no mediante una evolución gradual, sino rápidamente por la fuerza. Contaba con un gran cambio en la opinión pública de los Estados alemanes del Sur como resultado de una guerra con Francia. Su juicio a este respecto resultó acertado.

Los sentimientos contra Francia eran tan fuertes e irracionales que se podían aprovechar para resolver la cuestión alemana en interés prusiano. Este sentimiento antifrancés era un fenómeno relativamente reciente en el siglo XIX, aunque fue presentado como «hereditario», remontándose su origen a Richelieu, quien, se decía, había seguido una política tradicional de beneficiar a Francia a expensas de Alemania. No hay ningún límite a la credibilidad ante las tonterías históricas, sobre todo cuando son propagadas por profesores de historia que se permiten poner la historia al servicio de los intereses de su Estado.

La guerra con Francia dio lugar a una oleada de sentimientos nacionales en Alemania. Pero Bismarck tenía aún que enfrentarse con el particularismo y los celos de los gobernantes alemanes del sur. El joven y visionario Luis II de Baviera le causó grandes problemas. La Casa de Wittelsbach era más antigua que la de los Hohenzollern y en otros tiempos había llevado la Corona imperial del Sacro Imperio Romano. Además, Baviera estaba orgullosa de su independencia como «Estado medio» alemán. Ahí los sentimientos antiprusianos siempre habían sido muy fuertes. Bismarck

utilizó todas las armas de su arsenal: dividió a la oposición, amenazó, halagó y, finalmente, se conformó con pagar un velado soborno –en forma de compensación secreta– al derrochador y loco monarca bávaro, y también una comisión a su emisario.

Las negociaciones para unir el sur y el norte en un imperio alemán fueron llevadas a cabo por Bismarck por un lado y por los gobernantes alemanes (¡incluyendo a Guillermo I!) por otro, mientras los ejércitos alemanes sitiaban París. Exigieron semanas de paciente diplomacia en un momento en que Bismarck temía una intervención extranjera y echaba pestes contra los generales por no actuar más despiadadamente y así obligar a París a rendirse antes. Simultáneamente Bismarck tuvo que redactar los términos de la paz con Francia y negociar con los representantes del gobierno francés de defensa nacional que le fueron a ver a VersaIles. Mantuvo todas estas pelotas en el aire al mismo tiempo. Fue un periodo de gran tensión para el canciller. Únicamente podía conciliar el sueño bebiendo muchas botellas de cerveza que le calmaban la sed producida por comer grandes cantidades de caviar. Bismarck estaba resuelto a imponer la constitución de la Confederación Alemana del Norte al nuevo imperio alemán. En todo lo que realmente importaba a Bismarck, la dirección de la política exterior y el control del poder militar, la constitución de 1867 estipulaba la centralización; estos asuntos de Estado fueron colocados en manos del rey de Prusia y de su canciller. Aunque dar a los Estados «independientes» de la Confederación Alemana del Norte una considerable autonomía interna con sus propias administraciones, tribunales y parlamentos parecía entonces una concesión, de hecho permitía a Prusia mantener su propia independencia en estas cuestiones. Por ejemplo, la *Kulturkampf* contra los súbditos católicos de Guillermo I, que Bismarck desató después de la «unificación», fue una política abrumadoramente prusiana (véase

cap. XXI), aprobada por un parlamento prusiano elegido por el sistema de votación de las tres clases (constitución de 1850), predominantemente protestante. Una campaña religioso-política de este tipo no se podía llevar a cabo en toda Alemania y el *Reichstag* tenía solo un papel menor. Bismarck deseaba proteger a «Prusia» a la vez que esgrimir el poder de «Alemania» en Europa. El deseo de proteger a Prusia era incluso más esencial ahora que Bismarck estaba estableciendo las condiciones de la unificación alemana con los Estados predominantemente católicos del Sur. Al igual que en su diplomacia posterior, también en su política interior Bismarck buscó un equilibrio entre la independencia prusiana y la unidad alemana. Se oponía al objetivo bávaro de reconstituir simplemente la antigua Confederación germánica con el rey de Prusia como Kaiser titular. No obstante, estaba dispuesto a conceder derechos tanto genuinos como puramente ornamentales a los Estados alemanes del Sur.

Bismarck salió airoso en su lucha con los gobernantes alemanes. No podía ser de otra manera. No dudó en jugar su baza de que podía apelar al pueblo alemán para que derrocara a aquellos gobernantes que obstaculizaran la unificación. Estaban aislados y solo podían contar con el apoyo de las minorías locales. Así pues, Bismarck les tentó con concesiones a condición de que aceptasen como base del imperio la constitución de la Confederación Alemana del Norte. Antes de finales de 1870, todos los parlamentos y gobernantes estaban de acuerdo con el proyecto ideado por Bismarck. Algunas de estas concesiones eran «papel mojado»; parecían impresionantes, pero en la práctica significaban poco. Los poderes del rey de Prusia como emperador alemán parecían más limitados en 1871 que en 1867. Seguía siendo comandante en jefe. Sin embargo, solo podía declarar la guerra con el consentimiento del *Bundesrat* ampliado (a menos que «Alemania fuera atacada»). En otras cosas también daba la impresión de que la autoridad del Kaiser

estaba restringida por el *Bundesrat.* Pero en el *Bundesrat* los procedimientos de votación y la distribución de los votos en la práctica permitían a Prusia tener la mayoría cuando lo desease. El canciller presidía el *Bundesrat,* integrado, no como antes, por representantes elegidos, sino por delegados enviados por los gobiernos de los Estados. En la práctica el *Bundesrat,* cuyos poderes bajo la constitución de 1871 eran tan amplios, solo servía para aprobar la política de Bismarck. En consecuencia, los derechos especiales que Baviera tenía como presidente del comité de asuntos exteriores del *Bundesrat* eran ilusorios. Baviera y Wurtemberg conservaron otros derechos internos especiales, tales como su propio servicio de correos; el ejército bávaro fue autorizado a seguir siendo una «unidad autónoma» bajo el mando del rey de Baviera en tiempos de paz. Pero aun así en los años posteriores la casi totalidad de su oficialidad era prusiana. Con excepción de las cuestiones de administración interna, los derechos especiales de los Estados alemanes del Sur eran realmente decorativos. Todos los gobernantes conservaron sus títulos. El *Reichstag* era mucho más importante. Era elegido por sufragio universal masculino, al igual que bajo la constitución de 1867, y Prusia obtuvo 235 diputados de un total de 397.

La ceremonia oficial que proclamó el imperio en Versalles el 18 de enero de 1871 fue algo decepcionante. Guillermo I odiaba la idea de dar prioridad a la Corona «alemana» sobre la prusiana. Pero no podía rechazarla si se la ofrecía el rey de Baviera. La resistencia de este último fue parcialmente vencida, como ya hemos señalado, por un pago secreto anual de 300.000 marcos procedentes de la fortuna privada de otro monarca exiliado, el rey Jorge V de Hannover. Bismarck le había confiscado su fortuna, que le proporcionó un fondo secreto del cual disponía sin control parlamentario. Pero aun así, el rey Luis II se negó a ir en persona a Versalles. Guillermo recibió la dignidad imperial por co-

rreo, por decirlo así, en una carta firmada por el rey de Baviera. El título ofrecido no era el de «Kaiser de Alemania», sino lo que Luis II consideraba como dignidad menor, el de «Kaiser alemán», no tan amenazador para la soberanía de los otros príncipes alemanes. A Bismarck no le importaba mucho la forma precisa de las palabras, pero Guillermo I se sintió profundamente ofendido. El día elegido, el 18 de enero, cumpleaños del monarca prusiano, ninguno de los otros reyes alemanes reinantes –Baviera, Wurtemberg, Sajonia– asistió en persona. El gran duque de Baden tuvo el honor de proclamar al Kaiser. Todavía ese mismo día no estaba claro cómo se llamaría. Bismarck insistía en el título de Kaiser alemán porque esto es lo que había convenido en un tratado firmado por él después de muchas dificultades con el gobierno real bávaro; Guillermo I no aceptaría otra cosa que no fuera ser Kaiser de Alemania. El gran duque resolvió con destreza el problema al proclamarle como «su imperial y real majestad, el Kaiser Guillermo». Cuando Guillermo bajó indignado del estrado pasó frente a Bismarck sin una palabra ni un apretón de manos. Bismarck aceptó el disgusto de su monarca con filosofía, comentando con humor en privado que el «nacimiento del Kaiser» había sido difícil y que los reyes en esos momentos tenían extraños deseos.

Diez días después de la proclamación del imperio alemán, se firmó un armisticio con Francia. Terminó un periodo de extrema tensión para los alemanes. Para los derrotados franceses se pasó de una crisis a otra: la necesidad de encontrar una forma estable de gobierno, la agonía de la ocupación prusiana, la pérdida de territorios franceses durante siglos, la indemnización de guerra y la *Commune.*

La diplomacia de las potencias europeas durante la Guerra Franco-Prusiana ilustra claramente lo ridículo que es suponer que las naciones determinan su política para «man-

tener» el «equilibrio de poderes». Esta había sido la vana esperanza de Thiers al recorrer las cortes europeas en busca de ayuda. En el momento en que estalló la guerra, todo el mundo esperaba que los franceses ganaran; sin embargo, las potencias adoptaron la actitud de «sentarse a esperar». Los rusos se dirigieron a Austria-Hungría con la propuesta de que los dos imperios se pusieran de acuerdo sobre la mejor manera de salvaguardar sus intereses en el caso de una victoria francesa. Austria-Hungría rechazó la propuesta. Rusia no quería participar de nuevo en una guerra, sino mantener localizado el conflicto franco-prusiano. Gran Bretaña estaba decidida a no intervenir; el gabinete estaba igualmente decidido a mantener localizada la guerra y a conservar la independencia de Bélgica. La publicación por parte de Bismarck del documento Benedetti de 1866 en *The Times* después del estallido de la guerra alarmó al gabinete, que, por tanto, buscó y obtuvo de Prusia y Francia la garantía de que respetarían la independencia belga y en caso necesario la defenderían en alianza con Gran Bretaña contra cualquier potencia que atacara Bélgica. De hecho, conscientes de la sensibilidad de Gran Bretaña en esta región de Europa, ni Francia ni Prusia estaban dispuestas a arriesgarse a violar la neutralidad de Bélgica en 1870. Al principio Prusia disfrutaba de más simpatías que Francia. Pero a medida que la guerra se prolongaba, Gladstone se indignaba ante el bombardeo y el intento prusiano de rendir por hambre a París; todavía le irritaban más las condiciones de paz que implicaban la anexión por la fuerza de Alsacia y el sur de Lorena sin consultar a su población. El simple acto de moralizar carece de efecto. Lo que realmente importó fue que Gran Bretaña siguió una política de estricta neutralidad y no asumió ningún papel en la remodelación de la Europa continental durante este periodo crucial.

En Viena, Francisco José y Beust acariciaban la idea de una alianza con Francia contra Prusia. Pero al llegar el mo-

mento de la verdad también Austria-Hungría se echó a un lado. El emperador convocó un consejo de la Corona el 18 de julio de 1870, un día antes de que Francia declarase oficialmente la guerra. Beust defendía una política de «neutralidad vigilante» y en eso le apoyaba el primer ministro húngaro, Julius Andrássy; esta política recibió también el apoyo del emperador. De todas maneras el ejército austro-húngaro no podía prepararse para una guerra en menos de seis semanas. Para entonces la batalla de Sedán (1 de septiembre) parecía haber zanjado la cuestión militar. Los austriacos no iban a desafiar a los victoriosos prusianos, sobre todo para socorrer a la República francesa. Austria-Hungría abandonó sus desganados preparativos militares y Beust, en diciembre de 1870, aseguró a Bismarck que Austria-Hungría no se opondría a que los Estados alemanes del Sur se unieran a la Confederación Alemana del Norte. Fue la renuncia final a la influencia de los Habsburgo en Alemania.

Dos potencias se aprovecharon de la Guerra Franco-Prusiana para conseguir sus objetivos nacionales. Fueron Italia y Rusia. Para Garibaldi, la unificación italiana no era completa sin Roma y había muchos italianos de la misma opinión. Pero mientras Italia deseara mantener su amistad con el imperio francés, Roma continuaría en manos del papa. Cuando estalló la guerra entre Francia y Prusia, el rey y todos sus ministros estaban a favor de Francia. En 1866 Víctor Manuel estuvo en el bando triunfador; ahora, en agosto de 1870, creía que esto significaba apoyar a Francia contra su antiguo aliado, Prusia. Sedán señaló un hito en la política italiana, al igual que en la política de las otras potencias continentales. Las tropas francesas se fueron marchando de Roma para reforzar a los ejércitos imperiales que luchaban con los prusianos, y los italianos prometieron respetar el acuerdo con Francia de conservar la independencia de los reducidos Estados pontificios. Sin embargo, tan pronto como las noticias de Sedán llegaron a Florencia (la capital ita-

liana), los ministros comenzaron una serie de continuos debates de los cuales salió la decisión de desafiar al papa y anexionar Roma. Esta violación del derecho internacional fue posteriormente encubierta mediante un plebiscito que aprobó la anexión después de haberse producido.

Los rusos utilizaron la Guerra Franco-Prusiana para presentar a Europa el cheque en blanco de Bismarck de apoyar a Rusia en la abrogación unilateral de las cláusulas del «mar Negro». Un consejo de ministros ruso decidió dar este paso el 27 de octubre de 1870 y el 31 de octubre envió su famosa circular a las potencias. No obstante, Gladstone no aceptó este hecho consumado. Gorchakov, canciller ruso, se vio así obligado a someter la cuestión a una conferencia, aunque Bismarck le garantizó su apoyo de antemano. Bismarck se sentía nervioso por la reunión de una conferencia europea antes de tener en el bolsillo el tratado de paz con Francia; lo mejor que podía hacer era insistir en que la conferencia se limitara a una consideración de las cláusulas del «mar Negro». También impidió que un representante francés asistiera a la sesión de apertura. En la Conferencia de Londres (diciembre de 1870-marzo de 1871) los rusos consiguieron una victoria sobre el papel. Las censurables cláusulas del mar Negro fueron derogadas. Pero, y a menudo se pasa por alto esto, Gladstone consiguió una modificación de las normas tradicionales de los Estrechos. Los Estrechos dejaron de estar cerrados al paso de buques de guerra cuando Turquía estuviera en paz. Desde aquel momento, si el Sultán se sentía amenazado, podría pedir ayuda a los buques de guerra aliados en tanto él continuara siendo neutral. Puesto que Rusia no tendría una flota durante años, este cambio dio una ventaja decisiva a Gran Bretaña, poseyendo como poseía el poder naval dominante en el Mediterráneo.

La ocupación de Roma y el nuevo acuerdo sobre los Estrechos fueron consecuencias importantes, pero incidentales, de la Guerra Franco-Prusiana. La anexión de Alsacia y la mitad oriental de Lorena fue el resultado directo más controvertido. Más que cualquier otra cosa, fortaleció el apego ideológico a la creencia en la «enemistad hereditaria» entre Francia y Alemania por ambas partes. ¿Por qué Bismarck impuso a Francia una paz cuyas cláusulas territoriales, al contrario que las financieras, iban a resultar permanentemente humillantes? Los franceses solo accedieron a un tratado que implicaba la cesión del sagrado suelo de la patria, como eran consideradas Alsacia y Lorena, después de sufrir toda una serie de desastres militares. Los republicanos, que dominaron el gobierno de defensa nacional, cifraban sus esperanzas en que la historia se repitiera. Recordaban las glorias de 1792 y 1793. Pero se enfrentaban con un enemigo decidido y despiadado de 850.000 hombres. La historia no se repite y no se repitió. Los invasores estaban sólidamente asentados en Francia. Pero, a pesar del apasionado espíritu de Gambetta y del patriotismo de muchos franceses, es difícil creer que estos hubieran luchado con tanta desesperación durante el invierno de 1870 si se les hubiera ofrecido una paz «austriaca» sin cesiones de territorio, aunque fuera unida a la aceptación del hecho de la unificación alemana. Una paz generosa y conciliatoria en 1871 habría elevado el prestigio de Bismarck como estadista a alturas sin precedentes. ¿Por qué no fue así?

Ningún historiador puede con certeza sondear los motivos de los participantes, y mucho menos los de Bismarck, pero al menos se debe intentar una contestación. Para comenzar, habría sido mucho más difícil en 1871 que en 1866 persuadir a Guillermo I y a los generales de que hicieran una paz sin intentar «castigar» al enemigo. Toda la política alemana de Bismarck dependía de pintar a Napoleón III y al pueblo francés con los colores más negros como los ene-

migos hereditarios e implacables de Alemania. La guerra fue presentada al pueblo alemán como una defensa de Alemania contra el ataque francés. Es dudoso que Bismarck realmente creyera esto. Pero el arma de la propaganda tiene dos filos. Cuanto más fructífera es para quien la maneja, más atrapa a su instigador. El hecho de haberse decidido por este medio para unificar a Alemania dejó a Bismarck sin sus famosas opciones al finalizar la guerra. Puesto que la unidad de Alemania estaba construida sobre la culpabilidad francesa, no se podía «perdonar» a Francia ya. Solo una paz dura demostraría la culpabilidad de Francia aun cuando Bismarck era consciente de que esto significaría un conflicto durante generaciones. En segundo lugar, de forma retrospectiva nos damos cuenta de que Bismarck en 1871 consideró su obra de unificación como algo completo e irreversible. La conocida prudencia y tendencia a ver *les choses en noir* de Bismarck a veces afectó a su buen juicio. Un vistazo al mapa le mostró que Berlín estaba más lejos de Múnich y Stuttgart que Estrasburgo lo estaba de Múnich. Vio a Alsacia y Lorena apuntando como una daga hacia Alemania. Si en los años venideros los franceses lanzaran una ofensiva, separarían el norte del sur; ¿podría contarse con la lealtad de los soberanos del sur en aquellas circunstancias? Más tarde Bismarck insistió en que las «consideraciones geográficas», y no la sed de anexión, habían determinado su política. En otras ocasiones sostuvo que la derrota en la guerra, independientemente de las condiciones de paz, había convertido a Francia en un enemigo irreconciliable, y de ello se deducía que los futuros dirigentes de este país solo podrían ser disuadidos de renovar el conflicto si Francia estuviera tan debilitada que no tuviera posibilidad de éxito. Y, por último, aunque despreciara el lenguaje de los «profesores», es probable que Bismarck quisiera ver a la «antigua ciudad imperial» de Estrasburgo en manos alemanas. Para el gobierno francés en París, inseguro de su con-

trol de Francia, una paz dura era doblemente difícil de aceptar. Después del fracaso de su misión, Thiers volvió a París y de paso se entrevistó brevemente con Bismarck. Pero justo entonces, en octubre de 1870, un levantamiento en París hizo ver al gobierno de defensa nacional que las condiciones de paz prusianas, que implicaban una cesión territorial, podían llevar a su rechazo. La desesperación de los franceses no llegó a su punto culminante hasta enero de 1871. Cuando ya no quedaba esperanza de salvar a París, se formó rápidamente un armisticio con los prusianos el 28 de enero. Fue el primero de los tres pasos que condujeron finalmente a la paz de Fráncfort. Las condiciones del armisticio eran relativamente clementes. Duraría tres semanas (más tarde fue prorrogado) y se aplicaría en todo el país excepto a Belfort y a tres *départements* orientales. Entró en vigor el 31 de enero. Desgraciadamente, Jules Favre no informó a Gambetta del retraso o de las excepciones geográficas con el resultado de que los ejércitos del este se detuvieron y fueron derrotados por los alemanes. París capituló, fue parcialmente desarmada y consintió en pagar una indemnización a cambio de lo cual le fue permitido aprovisionarse de víveres. Con grandes dificultades, Bismarck persuadió a Guillermo I y a los generales a renunciar al triunfo con un desfile de la victoria por París. También se acordó que se celebrarían elecciones en Francia y que la Asamblea elegida autorizaría y ratificaría un tratado de paz regular.

Le tocó a Thiers, el veterano de la era orleanista, de 74 años, elegido «jefe del poder ejecutivo» por la Asamblea de Burdeos, firmar la paz. Volvió a Versalles el 21 de febrero de 1871. Se encontró con un Bismarck de lo más despiadado. Bismarck amenazó con volver a la guerra para obligar a Thiers a ceder. Pero Thiers negoció tenazmente y consiguió algunas concesiones. Fue una dura paz preliminar la que se firmó cinco días más tarde, el 26 de febrero. Francia perdía Alsacia y Lorena oriental, incluyendo la ciudad de Estras-

burgo, el centro textil de Mulhouse, los yacimientos carboníferos de Saarbrücken y las fundiciones de Thionville; a los habitantes de estas zonas se les permitió elegir su nacionalidad. Se impuso una indemnización de cinco billones de francos, pagaderos a plazos entre 1871 y 1874, paralela a la evacuación prusiana del territorio francés en etapas. Thiers no pudo salvar Metz para Francia; como compensación Francia conservó Belfort, pero Thiers tuvo que aceptar un limitado desfile prusiano de la victoria en París. Después de nuevos regateos en Bruselas, se firmó el tratado definitivo de Fráncfort el 10 de mayo de 1871.

La victoria alemana y la imposición de la paz del vencedor sobresaltaron a Europa. «La guerra representa la revolución alemana», declaró Disraeli. «Es un acontecimiento político más importante que la Revolución francesa del siglo pasado [...] No hay tradición diplomática que no haya sido barrida. Estamos ante un mundo nuevo [...] El equilibrio de poder ha sido enteramente destruido [...]». Para Europa era evidente que la primacía había pasado de Francia a Alemania. En otros aspectos también Alemania ocupó el lugar de Francia. Era ahora la nueva Alemania imperial la que tenía que hacer frente a los temores internacionales provocados por su propia fuerza. Para Alemania fue una suerte a medias. El año de 1871 marca el comienzo no solo de una nueva enemistad franco-alemana, sino también de la constante pesadilla alemana del «cerco». Después de la fundación del imperio se convirtió en una preocupación de Bismarck, y a veces incluso en una obsesión, enfrentarse con estos nuevos peligros tanto reales como imaginarios. La posición de Gran Bretaña fue más afortunada, puesto que no se había involucrado en las guerras nacionales del continente, no cargaba con enemistades históricas, y podía defender sus propios intereses, pero también allí donde le fue posible, actuar a favor del interés general de la paz.

XXI. LA NUEVA CONSTELACIÓN DE PODER EN EUROPA (1871-1878)

En 1871 el Reich alemán fue reconocido como la potencia militar más importante de Europa. Económicamente, Alemania estaba todavía muy por detrás de Gran Bretaña, la primera nación industrial de Europa. El dinámico desarrollo de la potencia industrial alemana a partir de 1871 fue aún más extraordinario que sus realizaciones militares. En 1900 Alemania eclipsaba a Francia y poseía la mayor siderurgia de Europa, al haber superado a Gran Bretaña. En la ciencia y la tecnología y en las artes Alemania no tenía rival. Sin embargo, el desarrollo político del coloso alemán no igualaba a su fuerza económica y militar.

La relación entre los diferentes componentes de esta nueva nación moderna no funcionaba adecuadamente. Se encontraban en un estado de desunión, a veces en una especie de desequilibrio antagónico. Bismarck se las arregló en estas condiciones para mantener su poder personal durante veinte años, pero él solo no creó las condiciones básicas, políticas y sociales del imperio. Un hombre solo no podía haberlas dispuesto, aunque tuviera el calibre de Bismarck, a su propia conveniencia.

El siglo XIX vio cómo emergían dos «naciones alemanas», del mismo modo que en todas partes, bajo el impacto de la industrialización –en Gran Bretaña antes que en cualquier otro lugar–, se habían desarrollado las «dos naciones». El pequeño grupo de los privilegiados y propietarios, que habían monopolizado el poder político, se vio amenazado por el grupo cada vez mayor de los menos privilegiados, que eran conscientes de que la reforma social requería poder político. Estaban mal organizados y su dirección política estaba dividida. También estaban, por lo general, poco dispuestos a la revolución y la violencia, esperando con-

seguir sus fines a través de una mejor organización y de la persuasión. Esta división entre las «dos naciones» no era tan nítida como da a entender la famosa descripción de Disraeli. Había mucha gente entre ambas y ninguna estratificación que utilice las «etiquetas de clase» aguanta un análisis histórico. No obstante, el problema más acuciante con que se enfrentaron los que tenían el poder político en la Europa del siglo XIX era qué hacer con las aspiraciones de las masas que formaban la nación pero no participaban ni en su gobierno ni en su prosperidad. Gran Bretaña, Francia e Italia siguieron un camino, Alemania otro; Austria-Hungría siguió su propio modelo, dictado por su situación multinacional interna, y Rusia otro de casi pura reacción.

En Gran Bretaña y Francia durante el tercer cuarto del siglo XIX se extendió el sufragio a las masas y el gobierno pasó a depender de la organización de una mayoría de apoyo en el parlamento. En Italia se retrasó la adopción del sufragio universal masculino hasta 1911 y 1912. Antes de 1914, en todos estos países, una asamblea parlamentaria, de elección popular, se había convertido en la base de la autoridad del gobierno. Las cuestiones sociales y económicas entraban en la esfera del gobierno, y el poder militar estaba subordinado a su voluntad. En cuanto a las cuestiones de política exterior, es cierto que las asambleas parlamentarias rara vez ejercían un control directo; pero existía un control indirecto desde el momento en que el gabinete en el poder dependía de una mayoría en el parlamento. Este es el cuadro, a grandes rasgos, porque las diferencias entre Italia, Francia y Gran Bretaña eran enormes.

Gran Bretaña durante las décadas de 1860, 1870 y 1880 fue testigo de una evolución hacia una forma eficaz de gobierno parlamentario popular. Simultáneamente, de manera estrechamente interrelacionada, surgieron los modernos partidos liberal y conservador, que aspiraban al poder ape-

lando a un electorado en el que a todos los varones adultos les había sido concedido el derecho al voto, voto que, al ser secreto, ya no era comprable mediante prácticas corruptas. El genio político de Disraeli y Gladstone consumó la reconciliación entre el gobierno de los privilegiados y las amplias masas en un sistema en que los dos estaban dispuestos a colaborar. Gran Bretaña había tenido la fortuna en su historia de verse libre de revoluciones y guerras dentro de su propio país. La popularidad de la Corona aumentó a medida que su influencia sobre la política menguaba hasta hacerse casi insignificante a finales del siglo XIX. El lazo entre la Corona y las fuerzas militares de la nación fue cortado; estas últimas quedaron subordinadas a la voluntad del parlamento. Ni siquiera las disposiciones constitucionales más perfectas garantizan decisiones prudentes por parte de los encargados de tomarlas, pero el conflicto entre los diferentes grupos de interés es canalizado y finalmente resuelto por los amplios poderes del gabinete y el parlamento.

Bismarck, al igual que muchos alemanes, se oponía al «modelo» británico de gobierno, que reducía la Corona a un papel simbólico. De hecho, Bismarck sentía un odio personal hacia el sistema representativo británico que transfirió a quienes lo apoyaban: Gladstone, la esposa del príncipe heredero Federico (de nacionalidad inglesa), y prácticamente la totalidad del séquito femenino de la corte, que creía conspiraba contra él. Pero, paradójicamente, parece que fue Bismarck quien más insistió en que el *Reichstag* fuera elegido mediante sufragio universal masculino. Su propósito no era aumentar la influencia y poder del parlamento, sino socavarlo. Logró hacerlo, pero no de la manera que había imaginado. Los liberales, representantes de los acomodados, los nuevos grupos alemanes de «clase» media, temían que su decisión de oponerse al cambio social fuera socavada por el sufragio universal y por el influjo de los representantes del pueblo, los socialistas. Era precisamente

por este temor por lo que Bismarck esperaba obligar a la mayoría de los liberales a apoyar su política. Pero si los liberales se ponían tercos y querían el poder real, entonces, opinaba Bismarck, la Corona forjaría una alianza con el pueblo contra esa clase egoísta. Las masas, pensaba Bismarck, veneraban la tradición de la Corona por encima de los parlamentos y responderían a un llamamiento a su lealtad. Bismarck creía equivocadamente que la situación del país, que afectaba a todo el pueblo, podía ser tan fácilmente manipulada como el puñado de hombres que controlaban las cancillerías de Europa en los asuntos exteriores. Aplicó el mismo método y la misma falta de principios para abordar la situación del país que los asuntos exteriores.

Había grandes dosis de perspicacia en la estimación de Bismarck de que el *Reichstag* era un organismo aislado de políticos pendencieros, sin raíces reales. Pocos alemanes, en las décadas de 1870 y 1880, habrían deseado que el gobierno pasara de las manos de la Corona y de Bismarck a las de uno de los dirigentes parlamentarios, como Bennigsen, liberal nacional, o Windthorst, del partido del centro, por no hablar del socialista Bebel, simplemente porque podían formar un gobierno basado en una mayoría entre sus colegas del *Reichstag.* No existía una difundida convicción de que todo poder debía emanar de la asamblea parlamentaria. El prestigio y los derechos de la Corona prusiana no estaban tan socavados como en Gran Bretaña. Había una reverencia y un respeto hacia el soberano prusiano que habían desaparecido desde hacía mucho en Gran Bretaña. Al Kaiser Guillermo II, nieto de Guillermo I, le costó muchos años de comportamiento disparatado y ridículas apariciones y discursos en público conseguir que la veneración que rodeaba al trono comenzara a disiparse durante la primera década del siglo XX. Incluso entonces el Kaiser conservó grandes poderes. Por eso sería un error creer que, aunque el imperio alemán poseía una institución democráti-

ca en el *Reichstag,* los alemanes progresaban inevitablemente hacia la democracia. Todos los partidos más importantes, incluso los primeros socialistas, aceptaban y de alguna manera respetaban el prestigio de la Corona prusiana. Ninguno de ellos tenía la menor intención de llevar a cabo una revolución, fuera cual fuera su ideología. Tampoco había apoyo a una revolución en ningún sector de la sociedad alemana antes de 1914. Por tanto, es un error considerar a Bismarck como el principal obstáculo al progreso constitucional, al que ni siquiera los partidos liberales aspiraban. Lo que querían en general los partidos liberal y católico del centro era la libertad y los derechos personales, y una participación e influencia en el gobierno. No esperaban ser el gobierno; nunca creyeron realmente en su propio derecho a gobernar y a subordinar la Corona, el ejército y otros pilares importantes del Estado alemán a su voluntad parlamentaria colectiva. Ahí reside la diferencia esencial entre Alemania y Gran Bretaña.

Tampoco las grandes masas exigían la soberanía parlamentaria. Para que se hubiera dado un gran cambio de actitud, el propio canciller habría tenido que desempeñar un importante papel guiando al país hacia tal cambio, y esto Bismarck no tenía intención alguna de hacerlo. Chocó con los liberales con respecto al grado de influencia que el parlamento debería poseer. Deseaba mantenerlo en el mínimo y manipular así la situación política para que tanto el *Reichstag* como el *Bundesrat* no fueran más que añadidos decorativos que dieran a los Estados federales y al pueblo alemán una sensación de participación sin poder real.

El *Reichstag,* durante los años de la era de Bismarck, no fue ni una asamblea parlamentaria soberana ni un simple instrumento dócil en manos del canciller, sino algo intermedio. Hubo mucha cooperación entre los partidos y Bismarck, pero también apasionados conflictos. Normalmente, la

Corona y el canciller por una parte y el *Reichstag* por otra no estaban en inevitable armonía, como lo están el gobierno y la mayoría de la Cámara de los Comunes en Gran Bretaña, sino que eran dos organismos de gobierno con una relación más parecida a la del presidente de Estados Unidos y el Congreso, excepto que el *Reichstag* no disfrutaba de los poderes ni del prestigio del Congreso de Estados Unidos. Siempre que el *Reichstag* se ponía difícil, Bismarck podía declarar que él era responsable ante los gobiernos alemanes aliados en el *Bundesrat.* Ningún dirigente parlamentario podía aspirar a ser ministro del gobierno imperial sin renunciar a su escaño en el *Reichstag;* por tanto, el canciller y los ministros se enfrentaban y negociaban con el *Reichstag* sin formar parte de él; el canciller podía dirigirse al *Reichstag* pero la separación del canciller y los ministros, el *Bundesrat* y el *Reichstag,* estaba recogida en la constitución como obstáculo insuperable al desarrollo de una soberanía parlamentaria al estilo británico.

El ejército continuó siendo un estado aparte en Alemania y su prestigio siguió siendo tenido en alta estima. Toda la sociedad estaba profundamente influida por esta admiración hacia las virtudes militares, la obediencia, el código del soldado y el reconocimiento de que las necesidades militares debían prevalecer siempre. El rey era venerado como comandante en jefe. Los uniformes abundaban y en la corte predominaban. El rey y el canciller habitualmente llevaban uniforme. En los tiempos de Bismarck, era el canciller el que tomaba las decisiones de Estado. Algunas de las luchas más duras de Bismarck en Prusia desde 1862 hasta 1871 se debieron a la necesidad de afirmar su supremacía sobre los generales del Estado mayor. Bismarck tuvo éxito. Sus sucesores no. Las necesidades del ejército y más tarde de la marina ejercieron una influencia decisiva y sin posibilidad de objeción por parte de los «civiles» en la política, y la direc-

ción del ejército siguió siendo el coto privado de los *Junkers.* ¿Dónde encajaba la Alemania industrial?

Los grandes barones industriales, como los Krupp, cuya ascensión espectacular se produjo en las décadas que siguieron a la fundación del imperio, dictaban su propia ley. En general, odiaban al gobierno parlamentario y, por supuesto, a la socialdemocracia. Creían que la suya era la Alemania que realmente importaba. Por consiguiente, podían influir y manipular al gobierno del Estado en su propio beneficio económico. Se iban haciendo más cosmopolitas a medida que el comercio alemán en productos químicos, productos manufacturados y armamentos encontraba mercados en Europa. Eran ellos los que menos estaban atados por un estrecho patriotismo. Los Krupp nunca sintieron escrúpulos en vender armas y licencias para la producción de armas no solo a Alemania, sino también a sus enemigos. Lo que era bueno para ellos también lo era para Alemania. Con sus trabajadores a menudo mantenían una relación de paternalismo feudal. No poseían firmes convicciones políticas, sino que intentaban manipular al gobierno en su propio provecho. Sin escrúpulos y dinámica, la gran industria no era tanto un «grupo de presión» como otro poder dentro del Estado. El progreso y el gobierno del imperio pasó a depender de elementos aislados, a veces inconexos y antagónicos, en el Estado; la Corona, el canciller, el *Reichstag,* el ejército controlado por los *Junkers* y la gran industria. Bismarck eclipsó a todas estas fuerzas dispares durante algún tiempo con su fuerza de voluntad y el enorme prestigio de que disfrutaba. Pero la situación era intrínsecamente inestable tras la espléndida fachada del imperio. En los últimos años era difícil decir, y los historiadores todavía discuten la cuestión, dónde residía el poder real. Como consecuencia, nadie estaba seguro en Europa de los fines y objetivos reales de la política alemana. En este aspecto, los primeros y los últimos años del imperio se parecieron. En los años in-

mediatamente posteriores a la Guerra Franco-Prusiana se sospechaba que Bismarck mantenía un ejército con el propósito de desencadenar su cuarta guerra. Pasó algún tiempo antes de que los vecinos de Alemania se convencieran de sus intenciones pacíficas.

En su política interior de 1871 a 1878, Bismarck dependió en el *Reichstag* de los liberales nacionales. Pero una vez que Guillermo I lo consideró indispensable para el Estado, la posición de Bismarck se hizo inexpugnable. Entonces se propuso ser el amo y reducir a los liberales nacionales al papel de subordinados. Los miembros de las familias de *Junkers* y de las clases medias profesionales que ocupaban los cargos más importantes de la administración eran instrumentos de su política. Esta clase media administrativa recibió honores y títulos y si alguien era suficientemente importante era «ennoblecido» hasta el punto de recibir un «von». La época imperial estaba obsesionada por los títulos y las condecoraciones en todas las profesiones. Bismarck, apoyado por los liberales nacionales, los conservadores libres y los grupos de independientes del *Reichstag* promulgó un gran número de leyes útiles y necesarias para promover la unidad imperial en cuestiones económicas y legales. Sobre estos puntos se mostraban de acuerdo. Pero los liberales nacionales nunca se sometieron enteramente a la voluntad de Bismarck. El ala izquierda del partido, encabezada por Eduard Lasker, mantenía una oposición vigilante siempre que creía que estaban en peligro los principios liberales.

Esto se hizo evidente al resurgir el conflicto en 1874 cuando hubo que decidir la cuestión del presupuesto militar. En 1867 la oposición liberal y Bismarck habían acordado que el presupuesto militar debería ser fijo hasta enero de 1872. Durante el curso de la Guerra Franco-Prusiana se prorrogó el presupuesto militar hasta 1874. Entonces los liberales nacionales tuvieron que enfrentarse una vez más

con el problema. Sin un control del presupuesto militar, perderían el control de la mayor parte del presupuesto total. Los liberales nacionales defendieron obstinadamente los derechos parlamentarios. Bismarck eligió deliberadamente el camino de en medio; probablemente se alegraba de que los generales y el rey reconocieran ahora que no podían arreglárselas sin el canciller. Atacó con ferocidad a los liberales nacionales, y sobre todo al ala de Lasker, acusándoles de desear debilitar su posición en Europa y les amenazó con la reacción patriótica del pueblo si resultara necesario celebrar elecciones. La mayoría de los liberales nacionales se sintieron intimidados y satisfechos de aceptar el compromiso que les ofrecía. El presupuesto militar no sería fijado permanentemente, sino por siete años cada vez. El control parlamentario de los gastos del gobierno quedaba así muy debilitado. Era una derrota grave para el liberalismo.

Los principios del liberalismo estaban todavía más amenazados por la llamada *Kulturkampf,* o lucha por la cultura. Si los liberales representaban algo ese algo eran los derechos de los individuos y la igualdad de todos los ciudadanos ante una ley imparcial. Los violentos ataques de Bismarck contra las instituciones y dirigentes religiosos católicos durante la década de 1870 olían a los supuestamente menos civilizados siglos de antaño. La *Kulturkampf* fracasó en el sentido de que Bismarck la abandonó por razones políticas, al enfrentarse con una firme oposición católica. Pero desde la perspectiva del siglo xx resulta inquietante que los prejuicios y pasiones de una mayoría pudieran ser puestos en contra de una minoría religiosa que, paso a paso, se vio privada de sus derechos básicos.

La *Kulturkampf* no tuvo sus orígenes en Alemania, sino en Italia, en la lucha entre el papado y el Estado seglar italiano. Aunque la constitución italiana estableció por decre-

to la religión católica como única religión del Estado, Cavour estaba decidido a terminar con la influencia política de la Iglesia. Los monasterios fueron disueltos en Piamonte antes que en Prusia; los privilegios legales del clero, abolidos. Lo que hizo estallar el conflicto fue la decisión del papa Pío IX de defender la supremacía espiritual del papado y también su poder temporal. Declaró la guerra al nacionalismo italiano al excomulgar de forma virtualmente colectiva a todos sus partidarios. A medida que Pío IX se veía cada vez más presionado en la década de 1860 por una combinación de fuerzas políticas nacionalistas y anticlericales en Italia, reaccionó con más y más vehemencia contra el espíritu de la nueva época. En diciembre de 1864 apareció la encíclica papal *Quanta cura,* dedicada a un «Catálogo de los principales errores de nuestro tiempo». No solo condenaba el socialismo y el nacionalismo, sino que también rechazaba la idea de que el papa pudiera llegar a un entendimiento con lo que se llamaba «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna». Los sucesivos gobiernos conservadores italianos, a pesar de la oposición papal, continuaron con su política anticlerical, disolviendo las órdenes religiosas, confiscando los fondos de la Iglesia y declarando que únicamente eran válidos los matrimonios civiles. Era una guerra civil espiritual en la que la abrumadora mayoría de las fuerzas políticas se alinearon contra el papa. La destrucción final de su poder temporal, en septiembre de 1870, fue consecuencia de la victoria prusiana frente al ejército del emperador en Sedán (véase cap. XX). Pío IX, ahora «prisionero del Vaticano», contraatacó con las armas espirituales. Por esta razón, cuando el Concilio Vaticano adoptó en julio de 1870 el dogma de la infalibilidad del papa, hubo un tremendo alboroto en toda Europa. ¿Desafiaba el papa a la autoridad del Estado y alentaba la desobediencia civil de los católicos no solo en Italia, sino también en el resto de Europa, allá donde la política del Estado no se ajustase a

sus deseos? Por supuesto, todo este jaleo sobre las lealtades y peligros papales no tenía fundamento real, al menos fuera de Italia. Pero los gobiernos seglares y el liberalismo parecían estar ante una repentina confrontación y muchos católicos estaban hondamente preocupados.

En Alemania, Bismarck dio a este conflicto un cariz político y nacional adicional. A lo largo de 1870, Bismarck no se preocupó ni lo más mínimo por la política y los pronunciamientos papales, viéndolos con un justo sentido de la medida. ¡Incluso estaba dispuesto a ofrecer asilo político en Alemania al papa en caso de que deseara marcharse de Roma! Pero, como explicó al emisario papal, el arzobispo prusiano católico de Poznań, Ledochowski: «El papa tiene que hacer algo por nosotros a cambio». ¡No tenía nada que objetar a la influencia política del papa sobre los católicos, a condición de que la ejerciera a favor de Bismarck! Veía, pues, al papa como un aliado político útil.

En Prusia y más tarde en el imperio, en aquellos tiempos se estaba formando un partido político católico que sería conocido como el partido del centro. Tenía estrechas relaciones con los sacerdotes y, por tanto, podía llegar a las masas. El partido abogaba por la libertad religiosa y los derechos de las asociaciones independientes dentro del Estado, incluyendo las organizaciones católicas. El partido del centro creía que el Estado debía actuar como protector de los derechos de sus ciudadanos, y no los ciudadanos estar subordinados en todas las cuestiones a los dictados del Estado. El partido del centro también mantenía que el Estado debía interesarse por las condiciones sociales de los menos acomodados. Había aspectos de la línea del partido del centro que coincidían tanto con las convicciones conservadoras como con las liberales. Bajo la hábil dirección del hannoveriano Ludwig Windthorst, el partido del centro pronto se reveló como un grupo parlamentario disciplina-

do, poderoso e independiente, dispuesto a actuar de acuerdo con Bismarck en algunas cuestiones, pero no a subordinarse a su voluntad. Tras conseguir 57 escaños en las elecciones para el *Reichstag* en 1871, el partido del centro demostró ser una fuerza política que era necesario tener en cuenta.

Un aspecto importante de la línea política del partido del centro era el de defender la naturaleza federal del imperio y oponerse a cualquier tendencia unitaria. En este punto chocaron con Bismarck. El papa no pudo o no quiso ayudar a Bismarck a meter en vereda el partido del centro. Así, que Bismarck se lanzó de todo corazón a una campaña anticatólica indiscriminada. Condenó la oposición de Windthorst, acusándola de estar motivada por una «enemistad al imperio», *Reichfeindlich;* Bismarck no sabía distinguir entre la resistencia a su propia voluntad y el bien de la Alemania imperial. Lo que dio algo de credibilidad a esta acusación fue que el partido del centro tendía a ganarse el apoyo de otras minorías del imperio, además de los güelfos hannoverianos, los polacos y los irreconciliados y todavía pro franceses habitantes de Alsacia y Lorena; todos deseaban mantener sus tradiciones intactas hasta donde fuera posible. Bismarck estaba empeñado en prusianizar a las minorías polacas. En sus *Memorias* afirma que el problema polaco fue decisivo para su concepción de la *Kulturkampf.*

De 1872 a 1875, el parlamento prusiano aprobó diversas leyes anticlericales, principalmente en el terreno de la organización religiosa, la secularización de los obispados y la enseñanza, asuntos que caían dentro de la competencia del Estado; pero también hubo leyes en el *Reichstag,* como la disolución de la Compañía de Jesús y el destierro de todos sus miembros, incluyendo a los alemanes, del imperio, violación fundamental de la libertad del ciudadano alemán. Sin embargo, Bismarck tenía el apoyo de la mayoría de los

liberales nacionales, que creían que luchaban en favor del progreso y en contra de las pretensiones medievales de la Iglesia. La legislación represiva no hizo más que aumentar el apoyo al partido del centro. En las elecciones para el *Reichstag* de 1874, el partido del centro aumentó sus representantes hasta 94 diputados.

Después de 1875, Bismarck se cansó de su inútil campaña política contra la Iglesia católica, pero tuvo que esperar a que hubiera un nuevo papa, León XIII, en 1878 para derogar gran parte de la legislación de la *Kulturkampf* y hacer las paces con la Iglesia y el partido del centro. Formó parte de los revuelos políticos internos de 1878-1879 que permitieron a Bismarck hacer una nueva política apoyada por una combinación diferente en el *Reichstag.* Nadie puso en entredicho la conveniencia de que el mismo hombre continuara siendo canciller aunque su política hubiera sufrido un cambio radical.

Bismarck se valió de espantajos tanto en el interior como en el exterior para mantener su sistema de gobierno: advirtió sucesivamente del peligro de una conspiración internacional católica, del espíritu de venganza francés y, a mediados de la década de 1870, de los socialdemócratas. Desgraciadamente, es a menudo más fácil conseguir una cooperación para enfrentarse con un enemigo común que establecer lazos de acuerdo. No era ningún descubrimiento de Bismarck que cuando no existe un enemigo hay que inventarlo. Estaba dispuesto a sacrificar el desarrollo de una confianza mutua y de buenas relaciones para conseguir sus fines inmediatos. Durante el año 1875-1876 Bismarck intensificó las tensiones y pintó a los nuevos enemigos con llamativos colores ante los ojos del electorado alemán. La «psicosis de guerra» con Francia (véase *infra*) coincidió con su necesidad de conseguir la aprobación del presupuesto militar; durante la primavera de 1876, Bismarck propuso leyes que

limitaban los derechos de los socialdemócratas a organizar su partido político. Esto tampoco resultó. La legislación que trataba de restringir los derechos de los socialdemócratas a organizar su partido era demasiado dura incluso para que la aceptaran los liberales nacionales. Luego, en la primavera de 1878, hubo un intento de asesinato de Guillermo I. Bismarck acusó calumniosamente al partido socialdemócrata de ser el responsable. No existía la menor justificación para esta acusación y los liberales nacionales de nuevo se negaron a promulgar una ley antisocialista. Un mes más tarde se produjo oportunamente un segundo intento de asesinato contra Guillermo I. No había ninguna relación entre el criminal y el partido socialdemócrata. Tan solo Bismarck relacionó a ambos. Insistió en disolver el *Reichstag* y acusó a los liberales nacionales de oponerse a la ley antisocialista.

En el nuevo *Reichstag* los liberales eran más débiles y los conservadores más fuertes. El partido del centro permaneció firme y se opuso a la ley antisocialista. En octubre, los liberales nacionales se derrumbaron y se unieron a los conservadores para aprobar la ley. Esto no les ayudó. Bismarck se estaba preparando para cambiar la política nacional y económica del imperio alemán. Los liberales nacionales no habían sido lo suficientemente dóciles. La política del librecambio, que defendían los liberales nacionales, fue criticada al producirse la recesión a mediados de la década de 1870. El cambio tuvo lugar en diciembre de 1878, cuando Bismarck se decidió por una política proteccionista y rompió con los liberales nacionales. Lo que Bismarck había demostrado en 1878 era que estaba por encima de los partidos, pudiendo elegir a enemigos y amigos sin hacer caso de la coherencia, y que el electorado democrático podía ser manipulado por una propaganda falsa. Pero el poder del canciller no era absoluto. La *Kulturkampf* había terminado con fracaso total. Ese mismo destino esperaba a su legislación

antisocialista y por un capricho de la suerte se convirtió en 1890 en el pretexto para su destitución por el Kaiser Guillermo II.

¿Qué era Francia en 1871? ¿Un imperio sin emperador, una monarquía sin rey, una república sin presidente o constitución? Francia se encontró ante un vacío constitucional. El imperio había llegado a su fin con la captura de Napoleón III. Siempre había dependido de su dirección y por esta razón en 1870, con o sin guerra, sus días estaban contados. Napoleón III había intentado prever el futuro haciendo cambios constitucionales en la primavera de 1870 (véase cap. XVIII); el «imperio» tal vez hubiera continuado sin un emperador durante los años de minoría del príncipe imperial –tenía catorce años en 1870–, pero el joven emperador nunca habría tenido los poderes de Napoleón III; era inconcebible que Eugenia, la emperatriz, pudiera ejercer poderes reales tras la muerte de Napoleón III. Por consiguiente eran inevitables algunos cambios.

Lo que la gran mayoría de los franceses no deseaban fue precisamente lo que tuvieron, una república. El imperio constitucional de Napoleón III había recibido un voto de confianza masivo en mayo de 1870. El derrocamiento del «imperio» en París el 4 de septiembre era también inevitable con el emperador en cautiverio. La «república» sustituyó al imperio porque no había otra cosa que pudiera llenar el vacío en aquel momento aparte del esperado paralelo histórico. Los republicanos en Francia continuaban siendo una minoría, porque el republicanismo se asociaba con la hostilidad a la propiedad y con el anticlericalismo. Pero los astutos enemigos de los republicanos, como Thiers, el veterano político de la monarquía de Julio, no se oponían a que una «república» fuera lastrada con la ignominia de la derrota.

Aunque el paso a un gobierno de defensa nacional republicano era un procedimiento todo menos revolucionario en un París muy pronto aislado del resto del país, los cambios que siguieron a estos acontecimientos fueron bastante reales. Léon Gambetta, ministro del Interior, y después de su espectacular marcha en globo de París a Tours a principios de octubre, ministro de la Guerra también, era el espíritu más dinámico y emprendedor del gobierno. Era joven, enérgico y republicano convencido. Estaba decidido a inculcar en las masas rurales conservadoras que añoraban la paz ardor republicano y odio al enemigo. Con la ayuda de un ingeniero civil y profesional, Charles de Freycinet, organizó nuevos ejércitos campesinos; pero lucharon en vano contra el superior ejército profesional de Prusia. Después de su fracaso, Gambetta dimitió. Aunque ejerció su cargo poco tiempo, Gambetta dejó su huella.

El ministerio del Interior controlaba la administración provincial. Su personal estaba compuesto por una burocracia dispuesta a servir a cualquier forma de gobierno. La administración sumamente centralizada de la Francia provincial estaba bajo el control de los prefectos. Gambetta destituyó en masa a los prefectos que habían servido a Napoleón III y los sustituyó por republicanos. Esta maniobra política fortaleció la república, pero no contribuyó a su eficacia, ya que hombres inexpertos ocuparon el lugar de los prefectos imperiales. Eran servidores leales del Estado, así que cuando Thiers consiguió el poder en 1871, reemplazó a su vez a los prefectos nombrados por Gambetta. Todos estos rápidos cambios crearon una considerable incertidumbre con respecto al futuro. La principal cuestión política en septiembre de 1870 era cuándo se celebrarían elecciones para que el pueblo francés diera una sanción constitucional a la república todavía provisional. Esta cuestión, sin embargo, pronto se convirtió en un problema académico porque la necesidad de prolongar la guerra eclipsó a todo lo demás.

Nacional e internacionalmente, el gobierno de defensa nacional fue aceptado como el gobierno *de facto* de Francia y Bismarck negoció el armisticio con él.

El gobierno de París anunció la firma del armisticio y dio instrucciones a los ministros que habían buscado refugio en Burdeos de preparar la elección de una Asamblea Nacional que se reuniría allí el 12 de febrero de 1871. Su primera tarea sería ratificar los términos del armisticio. Las elecciones en una Francia en guerra, con zonas bajo ocupación alemana, fueron totalmente confusas. Sea como fuere, los representantes elegidos lograron llegar a Burdeos. Thiers había sido elegido en 26 *départements* y era el líder natural a quien la mayoría escuchaba. Esperaban de él que reconciliase a los monárquicos partidarios de Orleans y de Borbón; entretanto la «república» era la tapadera. La asamblea dudaba incluso en nombrar a un presidente como jefe de Estado de una república y no quiso conferir a Thiers este cargo, nombrándole «jefe del ejecutivo de la república francesa». El 1 de marzo de 1871, la asamblea ratificó las duras condiciones de los preliminares de la paz por 546 votos a favor y 107 en contra. Luego, la asamblea decidió trasladarse a Versalles, no a París. Antes de que los partidos monárquicos pudieran considerar una futura restauración, había que emprender la urgente tarea de sacar a Francia del borde del caos. Thiers estaba decidido a establecer un gobierno firme y fuerte sin el cual Francia no podría recuperarse, pagar la indemnización y librarse de la ocupación alemana. A veces parecía como si el gobierno de defensa nacional fuera el prisionero de París. El gobierno de Thiers estaba decidido a ser su propio amo y la turbulencia durante los muchos meses de sitio presagiaba dificultades ahora que ya no había que enfrentarse con un enemigo común.

En marzo de 1871, París era un polvorín. De sentimientos predominantemente republicanos, la mayoría de los pa-

risinos habían visto cómo la autoridad pasaba a manos de los moderados que se habían erigido a sí mismos en un gobierno provisional de defensa nacional. Los dirigentes más radicales consideraban al gobierno con recelo, pero toda actividad durante los meses de la guerra estuvo subordinada a la tarea de defender París contra el invasor. Con su tradición de desórdenes urbanos y el recuerdo de la brutal represión de las jornadas de junio de 1848, ya se estaban organizando en París durante el sitio clubs revolucionarios y actividades políticas en los barrios para impedir la posibilidad de una contrarrevolución por parte de la derecha. La Guardia Nacional era el árbitro del poder en la ciudad. La necesidad de utilizar todas las fuerzas disponibles en la defensa de París había provocado su transformación, de forma que ahora incluía a una mayoría de parisinos pobres, quienes, al haber cesado toda actividad industrial, dependían de su paga como miembros de la Guardia Nacional para mantener a sus familias. Con el tiempo, la Guardia Nacional se convirtió en una fuerza revolucionaria armada. En octubre de 1870 y a principios de enero de 1871, batallones de la Guardia Nacional procedentes de los barrios más pobres de París intentaron una insurrección para reemplazar al gobierno provisional por una *Commune de Paris* inspirada en la movilización jacobina de 1792 y 1793. Su meta era una república que reflejara las necesidades sociales y políticas de la mayoría y defendiera al país contra el enemigo común. La capitulación de Thiers frente a los alemanes fue un tremendo golpe. Entonces los esfuerzos por salvar a la república de sus enemigos internos se convirtió en el principal motivo de los abandonados y descorazonados parisinos. En marzo de 1871, tres organizaciones radicales de París, la federación de los sindicatos, la delegación de los veinte *arrondissements* de París y la Internacional proporcionaron una organización embrionaria para alternativa de gobierno en París, desafiando la autoridad de Thiers y su

ejecutivo y la asamblea predominantemente monárquica de Burdeos. París había sido la vanguardia de Francia anteriormente, ¿por qué no podía serlo de nuevo?

Thiers llegó a París el 15 de marzo. Pensaba obligar a París a someterse; no podía prever la feroz reacción a la política de la Asamblea Nacional, pues en caso contrario no se habría arriesgado a presentarse ante los parisinos. El 18 de marzo ordenó que varios cañones custodiados por la Guardia Nacional para mantenerlos fuera del alcance de los prusianos le fueran confiscados a esta por el ejército regular. Muchos parisinos se enfrentaban también con la ruina económica. La Asamblea Nacional canceló la moratoria en el pago de los alquileres y las letras de cambio que había durado durante la guerra; también amenazó con no pagar los sueldos de la Guardia Nacional. Sin embargo, un París recalcitrante se vio inmensamente alentado por lo que entonces ocurrió. El 18 de marzo, las unidades del ejército regular enviadas para apoderarse de los cañones confraternizaron con la Guardia Nacional; parecía como si la revolución pudiera triunfar incluso antes de que se hubiera intentado. Thiers era impotente en París, y un cambio de gobierno en la capital había significado siempre un nuevo régimen para Francia. Pero esta vez no fue así. Thiers se escabulló a Versalles y trasladó allí su administración.

De repente, el recién formado Comité Central de la Guardia Nacional se encontró con el poder en París. No tenía ningún proyecto sobre qué hacer; no se hizo ningún intento de establecer un gobierno revolucionario marxista. Sin embargo, la ciudad, con su formidable fuerza de un cuarto de millón de hombres armados, apoyados por la mayoría de los parisinos, estaba en manos del comité. Este se comportó de una manera muy poco revolucionaria decretando que se celebraran elecciones para crear una legítima *Commune de Paris.* En respuesta a ello, el 26 de marzo vo-

taron 229.000 parisinos, que representaban alrededor del 70 por ciento del electorado. El gobierno de la *Commune* tenía por primera vez un número considerable, aunque no una mayoría, de *ouvriers,* pero no era un directorio de la «clase obrera». Su legislación era más reformista que comunista, siendo la libertad de enseñanza, el anticlericalismo y las medidas para mejorar la vida de los trabajadores sus principales objetivos. París deseaba dar a Francia un ejemplo, un retorno al espíritu y a los valores de la Revolución francesa de 1789. Hubo divisiones y disputas dentro de la *Commune* y los moderados paulatinamente dieron paso a una dirección más extremista y radical. Pero se mantuvo el orden en París. La vida continuaba como siempre, con los teatros y conciertos abiertos al público y los bulevares atestados de gente.

Dos meses más tarde, esta escena pacífica sufrió una transformación. La reducción de París en mayo de 1871 recuerda el sojuzgamiento de Viena por Windischgraetz. Thiers reorganizó el ejército en Versalles, ayudado por la puesta en libertad de prisioneros de guerra franceses. París fue sitiado de nuevo el 2 de abril. Pero la lucha encarnizada no comenzó hasta mayo. El 21 de mayo el ejército de Versalles estaba en París. Fue solo durante esta última etapa de la guerra civil cuando la barbarie y el salvajismo triunfaron en ambos lados con fusilamientos de rehenes, incluido el arzobispo de París. Los versalleses llevaron a cabo una matanza de *communards* en las barricadas y asesinaron a sus prisioneros. No hubo nada en la Guerra Franco-Prusiana que igualase al abandono de toda conducta civilizada que tuvo lugar durante estas últimas etapas de la batalla de París. Terminó justamente entre las tumbas del cementerio del Père-Lachaise. Más de 20.000 parisinos resultaron muertos durante la semana que comenzó el 21 de mayo, y miles fueron condenados durante los cuatro años siguientes a muchos años de prisión o a muerte. Los obreros de París fue-

ron derrotados de forma mucho más salvaje en mayo de 1871 que en junio de 1848. El odio de las guerras de clase fue el legado de Thiers a Francia a largo plazo, aunque en París, al igual que en algunas otras grandes ciudades, al terminar con la *Commune* logró aplastar la resistencia de los obreros durante muchos años.

La derrota de la *Commune* había hecho que la república encabezada por Thiers fuera más respetable y aceptable para los campesinos y los más acomodados. Estaba claro que no iba a ser una república que amenazara a la propiedad o a los privilegios. La propia postura de Thiers era ambigua. Al principio, los monárquicos le consideraron como el hombre que podría preparar hábilmente la restauración. Tal vez el propio Thiers se vio haciendo aquel papel al principio. Pero el viejo era un político experto que no enseñaba sus cartas a nadie. No veía ninguna razón para disminuir sus poderes o tener que dirigir los asuntos de Francia a las órdenes de un soberano cuando ya era bastante difícil dirigirlos sin él. Los estragos causados por la guerra tenían que ser reparados, la producción relanzada y aumentada, el crédito internacional restablecido y las reparaciones de guerra pagadas a los alemanes para que los prusianos evacuasen las regiones de Francia que aún ocupaban como garantía. Su tarea se hizo más fácil gracias a las divisiones y luchas entre los monárquicos.

En la Asamblea de Burdeos, estos se encontraron con una gran mayoría, posiblemente unos 400, aunque las diversas agrupaciones de los partidos eran confusas. El grupo más grande, de unos 200, esperaba una restauración orleanista y, por consiguiente, deseaba una monarquía constitucional. Eran principalmente los más acomodados, hombres prácticos y moderados, liberales en sus ideas. El pretendiente al que apoyaban era el conde de París, nieto de Luis Felipe. Pero también estaban divididos; había unos que

eran orleanistas puros y otros que estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con el pretendiente Borbón rival, Enrique, conde de Chambord, nieto de Carlos X, considerado por sus partidarios como Enrique V. Estos «legitimistas» tenían en la asamblea unos 100 representantes, que en su mayoría consideraban a los orleanistas como traidores y usurpadores. Muchos de ellos eran caballeros rurales desconocidos y algunos eran miembros de profesiones liberales que ansiaban el retorno al antiguo orden y tradición; por tanto, carecían de experiencia política práctica. También había unos 180 «realistas» moderados, sin afiliación alguna, y un puñado de bonapartistas. Lo que hizo a los realistas tan ineficaces fue el inflexible y devoto «Enrique V», que rechazó todo compromiso con la realidad política. El conde de Chambord no solo era devoto, sino que además no tenía hijos. El historiador Bodley escribió de él que «demostró en las circunstancias de su vida y de su muerte que hay cimas de virtud y perfección a las cuales es conveniente que los jefes seculares del pueblo no lleguen». Insistía en una restauración que reconociera el estandarte blanco como el antiguo emblema de los Borbones (cosa que no era, por haber sido introducido después de 1814), y por absurdo purismo manifestó que negaría todas las pasadas glorias de Francia asociadas con la bandera tricolor. Esto solo lo podían tragar los más recalcitrantes. El pueblo francés realmente deseaba una amalgama de las mejores de sus tradiciones. Los esfuerzos por encontrar una solución ecuánime permitiendo que el conde de Chambord gobernara y a su muerte pasara el trono al conde de París y sus herederos, fueron inútiles al tener que vérselas con un hombre de principios tan puros como el conde de Chambord. Y de este modo la república sobrevivió porque no se pudo llegar a un acuerdo sobre una alternativa factible, aun cuando en la primavera de 1871 solo un grupo heterogéneo de republicanos, sin duda

menos de 200 en total, habían conseguido escaños en la Asamblea Nacional.

Al llegar la hora de las elecciones del 2 de julio de 1871 para cubrir los escaños que había dejado vacantes en la asamblea la *Commune,* hubo una tendencia al fortalecimiento del centro, republicanos moderados no por convicción positiva, sino por falta de una solución mejor, a expensas de la extrema izquierda y derecha. Incluso el París «extremista» reemplazó 15 de los 21 escaños antes ocupados por *communards* por republicanos conservadores o monárquicos moderados. Esta continuó siendo la tendencia durante los años siguientes; paulatinamente la mayoría monárquica fue erosionada y sustituida por republicanos conservadores. Pero, en mayo de 1873, los monárquicos eran todavía lo suficientemente fuertes como para ponerse de acuerdo y vengarse de Thiers por no haber llevado a cabo una restauración monárquica, votando su destitución.

Aunque los monárquicos todavía planeaban una restauración, fortalecieron sin querer las instituciones republicanas. El mariscal MacMahon, vencido en Sedán, ya era presidente; el jefe de gobierno, cargo ahora separado de la presidencia, era un orleanista, el duque de Broglie. El año de 1873 fue significativo para la historia de la Tercera República. La recuperación económica de Francia permitió a Thiers concertar el pago de los plazos finales de la indemnización y el último soldado alemán abandonó el suelo francés en septiembre. Dos meses más tarde, en noviembre, incluso Broglie tuvo que aceptar que no había ninguna perspectiva inmediata de restauración monárquica y así la República, con MacMahon como presidente y jefe de Estado, fue votada no permanentemente, sino por siete años. Era una república sin constitución, con instituciones improvisadas. La constitución se consiguió primeramente por el *amendement Wallon* el 30 de enero de 1875 por 353 votos a

favor y 352 en contra. Las dos cámaras de la Asamblea Nacional se atribuyeron el derecho a proporcionar un marco constitucional a la república. Las dos leyes constitucionales más importantes se aprobaron el 24 y el 25 de febrero de 1875. En ellas los poderes presidenciales quedaban ambiguamente definidos. El presidente era responsable de la vigilancia del ejecutivo, pero no podía actuar sin el refrendo del ministro responsable. No estaba claro si los ministros eran individualmente responsables de la política gubernamental. La Cámara de Diputados era elegida por un complejo sistema de sufragio masculino. El senado era elegido indirectamente de una manera aún más complicada, predominando la representación de la Francia rural. El presidente, el Senado y la Cámara podían proponer leyes. Sin embargo, el presidente disfrutaba de un claro derecho: podía disolver la Cámara antes de que expirara su mandato de cuatro años con el consentimiento del Senado. Lo que las «leyes constitucionales» no decían era cómo resolver un conflicto entre el presidente responsable del ejecutivo y la Cámara.

Era virtualmente inevitable que estallara una crisis política para decidir esta cuestión. MacMahon carecía de sutileza política; era un hombre honrado, pero, al igual que el ejército y la Iglesia, odiaba la república de «izquierdas», representada por hombres como Gambetta. Nombró como ministros a hombres de la «izquierda moderada», el «centro» o la «derecha». Cuando se celebraron las elecciones a la Cámara en 1876, el resultado fue una gran mayoría de republicanos de «izquierda», divididos en tres grupos principales. Así pues, los ministros y la Cámara pronto estuvieron enfrentados, creando una situación insostenible. Dos presidentes del consejo, elegidos por McMahon, se sucedieron el uno al otro en pocos meses. El segundo, Jules Simon, dimitió después de recibir una carta de crítica del mariscal fechada el 16 de mayo de 1877: de ahí el nombre de la crisis

posterior. La «izquierda» republicana impugnó la facultad presidencial de elegir a los ministros; deseaban que dominara la Cámara de los Diputados. Con el consentimiento del Senado, más equilibrado políticamente que la Cámara, MacMahon devolvió el golpe y, actuando constitucionalmente, disolvió la Cámara en junio de 1877. Las nuevas elecciones trajeron otra gran mayoría republicana de «izquierda». MacMahon forcejeó durante algunos meses con una sucesión de ministros, pero la Cámara no aprobaba ninguna ley. En diciembre el mariscal se vio obligado a capitular. A partir de entonces el presidente del consejo elegiría a su equipo ministerial, que necesitaba del apoyo de la Cámara. La facultad presidencial de disolver la Cámara permaneció intacta teóricamente, pero nunca se ejerció desde entonces. La democracia parlamentaria había triunfado. Por otra parte, segura de cuatro años de poder indiscutible y carente de la disciplina de un sistema bipartidista, la Cámara dominante creaba y destrozaba gabinetes a una velocidad vertiginosa; los diputados ambiciosos jugaban con los cargos ministeriales. Entre 1879 y 1914 la vida media de un gabinete fue menos de un año. La inestabilidad política fue el precio que Francia pagó por la destrucción del poder presidencial.

Reinaba una gran incertidumbre sobre la nueva situación de Europa después de 1871. ¿Cómo ejercería el imperio alemán su recién estrenado poder? ¿Podría alguna vez restaurarse el equilibrio continental en Europa? Y para colmo de angustias, el complejo problema que las potencias conocían como la «cuestión oriental» iba a entrar pronto en una nueva y peligrosa fase. La victoria alemana obligó a las grandes potencias a examinar de nuevo el modo de defender mejor sus intereses nacionales en el nuevo estado de cosas.

En el *Ballhausplatz* en Viena, donde el Ministerio de Asuntos Exteriores lindaba con el *Hofburg* del emperador, Beust meditaba sobre el futuro de Austria-Hungría. Lo que estaba muy claro era que el imperio tendría que vivir con arreglo a sus medios. Un nuevo ingreso en Alemania era imposible. El futuro estaba en el este. En un memorándum del 18 de mayo de 1871, Beust aconsejaba al emperador que aceptara una reconciliación con Prusia para que los dos imperios se mantuvieran juntos, dominando en Europa central y a salvo de los peligros tanto externos como internos. Italia sería también llamada a participar en el pacto de amistad. Así pues, la fundamental alianza europea entre Austria y Alemania que prevaleció hasta 1918 fue iniciada en el campo austriaco por Beust. Pronto se hicieron evidentes los indicios de un nuevo espíritu de reconciliación entre Alemania y Austria-Hungría cuando, en agosto de 1871, Guillermo I y Bismarck se encontraron con Francisco José y Beust en Bad Ischl, en Austria. Unos días más tarde, en Salzburgo, Bismarck y Beust se prometieron una cooperación amistosa; pensaban que no hacía falta una alianza. Finalmente, Bismarck garantizó al canciller austro-húngaro que Alemania no tenía ningún proyecto en cuanto a los austriacos de habla alemana. Unas semanas más tarde, en noviembre de 1871, Beust se vio obligado a dimitir como canciller por razones políticas puramente internas. Los años de Beust se caracterizaron por su táctica liberal en asuntos internos. El comercio y las finanzas austriacos se recuperaron y en 1871 estaban en una situación mejor de lo que habían estado durante décadas.

El «nuevo curso» en política exterior inaugurado por Beust fue continuado por el conde Julius Andrássy, su sucesor como ministro adjunto de Asuntos Exteriores. Como húngaro, Andrássy no quería un aumento de los eslavos en el imperio y los alemanes austriacos compartían esa actitud. Este planteamiento explica la política exterior de Andrássy

de negarse a considerar cualquier proyecto de expansión territorial en los Balcanes a expensas de los turcos. Pero igualmente intentaba impedir a los rusos todo aumento de influencia y esperaba que Alemania adoptase una postura más decididamente antirrusa. Por tanto, su política tenía que ser la de mantener el *statu quo* en los Balcanes. Este era su verdadero objetivo al tomar posesión de su cargo. Pero, a pesar de sus sospechas hacia Rusia, aprobaba sus ambiciosos proyectos de reorganización de la Turquía europea en caso de un colapso de poder otomano. Hubo, pues, una cierta ambivalencia en la política exterior austro-húngara desde el comienzo. Lo mismo se puede decir de la política rusa.

En Rusia, la década de 1860 había sido testigo de un crecimiento del movimiento paneslavista. Sus partidarios diferían en sus ideas, pero tenían en común su postura de que Rusia debía proteger al pueblo eslavo. Esto significaba apoyo a los movimientos independentistas eslavos, tanto en el Imperio otomano como en el austro-húngaro, amenazando así inevitablemente con la destrucción de ambos como grandes potencias. Las ideas de los paneslavistas eran románticas, místicas, pero a menudo también sinceramente humanitarias. Tenían también implicaciones de largo alcance en los asuntos exteriores. Ignatiev, embajador ruso en Constantinopla desde 1864, apoyaba un programa paneslavo puesto que llevaría a un gran aumento del poder ruso en Europa. Pero el zar Alejandro II y su canciller Gorchakov se oponían a cualquier aventura en política exterior. Rusia estaba pasando por un periodo de cambio y reforma y necesitaba paz. Los movimientos revolucionarios, liberales y nacionales en los Balcanes eran aspectos del paneslavismo tan aborrecibles para los partidarios de la autocracia en San Petersburgo como en Constantinopla. El único objeto en el que el zar coincidía con los paneslavistas era la abrogación de las humillantes cláusulas del mar Negro del Tratado de

París. Al mismo tiempo, Gorchakov daba órdenes a Ignatiev de asegurar al sultán que Rusia no albergaba ningún proyecto a propósito de su imperio, no apoyaría movimientos insurreccionales en los Balcanes, y esperaba llegar a una estrecha amistad. Pero los ministros del sultán no deseaban tener que depender únicamente de la buena voluntad rusa y pidieron consejo a las otras potencias. El resultado fue la conferencia de Londres de diciembre de 1870 a marzo de 1871 (véase cap. XX). Los rusos se salieron con la suya en lo que a la abrogación de las cláusulas del mar Negro se refiere. Pero tuvieron que reafirmar la validez de los tratados internacionales, incluyendo el Tratado de París de 1856, y permitir un fortalecimiento de la posición del sultán y de las potencias occidentales cuyas flotas podían ser llamadas a los Estrechos por este en tiempos de paz si creía que la integridad de su imperio estaba amenazada. Esto significaba claramente un freno para Rusia. El hecho de que el zar estuviera dispuesto a aceptar esta disposición demuestra que no abrigaba intenciones agresivas en aquellos momentos. Reconocía que en Europa occidental la victoria de Alemania había alterado también el equilibrio de poder. Aunque el zar prefería infinitamente una victoria alemana a una napoleónica, la crisis de la «guerra a la vista» en 1875 reveló que él y Gorchakov temían que el poder alemán llegara a ser todavía más dominante y, por tanto, constituyera un peligro para la paz europea.

El giro en la política de Gran Bretaña desde el aislamiento a una participación estrictamente definida en los asuntos continentales no se produjo inmediatamente después de la Guerra Franco-Alemana, sino que se aplazó hasta el cambio de gobierno de 1874, en que Disraeli volvió al poder. Gladstone, entretanto, insistía en los fundamentos éticos de la política exterior y la común y civilizada preocupación de la Europa cristiana. Todas sus palabras tuvieron tanto efecto como las de Alejandro I sobre la Santa Alianza. Pero al

mismo tiempo Gladstone se mostró práctico en su defensa de los intereses nacionales de Gran Bretaña. La conferencia de Londres sobre el mar Negro se puede considerar como un triunfo para su política. Creía, en general, que había llegado el momento de que Gran Bretaña limitara sus compromisos en el Imperio otomano y en otras partes de Europa en vez de extenderlos. Confiaba en que un «equilibrio de la Europa continental» permitiría a Gran Bretaña velar por sus intereses pacíficos.

Cuando consideramos la Alemania posterior a 1871, el hecho más extraordinario es que Bismarck había situado al imperio alemán en una posición enormemente fuerte. Tomó entonces la decisión más importante de su carrera. Alemania no intentaría una mayor expansión territorial en el continente de Europa; para emplear su frase, se había convertido en una potencia «saciada». Era esta la decisión de un jugador calculador que sabía cuándo abandonar la partida. No iba a repetir el error de Napoleón I. Recientes investigaciones sobre la política exterior de Bismarck han puesto de relieve la frecuencia con que el canciller dudaba, lo que sin duda es cierto. Pero el genio de Bismarck radicaba en su capacidad para definir y limitar sus objetivos y acomodar los medios a su disposición a las metas que perseguía. La decisión de Bismarck invirtió el papel de Alemania en Europa. Durante la década de 1860, su inquieta diplomacia había contribuido a tres guerras y a una remodelación radical del mapa de Europa y del equilibrio de poder. Pero a partir de 1871, Alemania actuaría como la principal potencia conservadora de Europa, poniendo toda su influencia en favor de la paz y la estabilidad.

Cuando Bismarck reflexionó sobre la forma de conseguir esta estabilidad, rechazó los conceptos idealistas de la tradición de Castlereagh, y de Gladstone, que, en cierto sentido, era el exponente contemporáneo de aquella tradición. Con

cierta razón, Bismarck consideraba que el idealismo de este último era un factor perturbador, irracional y peligroso en la diplomacia europea. Bismarck creía que los conflictos entre las potencias en torno a las cuestiones territoriales y a las áreas de influencia constituían una característica tan permanente del escenario internacional como las estaciones del año. Estos mismos conflictos, sin embargo, podían ser utilizados en beneficio de la paz. Bismarck se esforzó por lograr una situación de tenso equilibrio en el cual Alemania actuaría como «hombre bueno». Suponía que las naciones de Europa continuarían fuertemente armadas y que sus fuerzas militares actuarían como elemento de mutua disuasión. En general perseguía una política de conciliación hacia Francia. Al tiempo que consideraba la enemistad francesa hacia Alemania como algo inamovible en un futuro próximo, contemplaba la inestabilidad de la República francesa con cierta aprensión, por si acaso un nuevo dirigente francés monárquico o bonapartista intentaba conseguir popularidad en el país defendiendo una política chauvinista hacia Alemania.

La llamada crisis de la «guerra a la vista» en las relaciones franco-alemanas durante abril y mayo de 1875 fue la culminación de la campaña de Bismarck para intimidar a Francia. Francia se había recuperado rápidamente. Ya se estaba reorganizando el ejército y era evidente que Francia se encontraba en una encrucijada. Si se le permitía recobrar fuerzas, al cabo de los años Alemania podría verse de nuevo frente a un enemigo formidable decidido a invertir el veredicto de 1870-1871. Bismarck organizó una campaña de prensa contra Francia, incluido un artículo en un periódico berlinés, *Die Post,* titulado de forma sensacionalista: «¿Guerra a la vista?» Bismarck prohibió gratuitamente la exportación de caballos alemanes a Francia, porque se decía que los franceses los querían para equipar de nuevo su ejército. No tenía la intención de ir realmente a la guerra,

solo de hacer creer a Francia que Alemania recurriría a ella a menos que Francia se mantuviera subordinada a Alemania y virtualmente sin defensas. También esperaba que las otras potencias europeas presionarían a Francia para que renunciara a la idea de una reorganización militar en aras de la paz. Su plan fracasó estrepitosamente. Las potencias se apresuraron a presionar a Berlín y no a París. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Decazes, contraatacó a finales de abril de 1875 enviando una circular a las potencias en la que les informaba de las amenazas alemanas y les pedía ayuda. Roma y Londres enviaron prudentes notas en favor de la paz a Berlín. El zar y el canciller Gorchakov estaban casualmente de visita en Berlín a principios de mayo. Gorchakov, celoso de los éxitos de Bismarck, aprovechó la ocasión para pedir al canciller garantías de que Alemania no tenía ningún proyecto en cuanto a Francia. Luego se atribuyó el mérito de haber asegurado la paz. La psicosis de guerra había desaparecido.

Bismarck estaba furioso. Le habían acusado de tratar de alterar la paz cuando en realidad solo había simulado hacerlo. Durante la primavera de 1875, estuvo todo el tiempo nervioso y sobreexcitado; la *Kulturkampf* iba mal y ahora tenía que aceptar un revés en su política exterior. Aunque guardó rencor a algunas personas hasta el final de sus días, Bismarck era demasiado realista e inteligente como para no sacar lecciones de estos contratiempos. No se podía mantener a Francia perpetuamente en un estado de subordinación. Tampoco serían suficientes las meras amenazas alemanas para mantenerla aislada en Europa. Más que nunca, la política alemana tenía que basarse en el supuesto de que las otras potencias europeas solo seguirían la política que conviniera a sus intereses nacionales inmediatos. Alemania, Rusia y Austria habían estado unidas desde 1873 en una alianza oficiosa conocida como la Liga de los Tres Emperadores. Pero esta alianza conservadora de los tres monarcas se des-

compondría en el momento en que ya no sirviera a sus respectivos intereses nacionales.

La Liga de los Tres Emperadores se creó de manera casi accidental y de ningún modo fue parte de un proyecto diplomático de Bismarck cuidadosamente concebido. Fueron los austriacos y no los alemanes quienes tomaron la iniciativa. Los austriacos deseaban asegurarse la amistad de Alemania, impidiendo así la posibilidad de un acuerdo ruso-alemán que pudiera volverse en contra de ellos. Andrássy reforzó la reconciliación entre los emperadores alemán y austriaco, formalizada por su encuentro en el balneario austriaco de Bad Ischl, en agosto de 1871, al acompañar al emperador austriaco en una visita de vuelta a Berlín en septiembre de 1872. Mientras tanto los rusos, al enterarse de que los austriacos iban a Berlín, temieron quedarse solos en el caso de que se formara una alianza antirrusa y, prácticamente se invitaron a sí mismos a Berlín también. Hubo conversaciones amistosas y al año siguiente se firmó una convención ruso-alemana; también se firmó una convención austro-rusa a la que se adhirió Alemania unas semanas más tarde, en octubre de 1873; todos estos acuerdos proporcionaron la base escrita de la Liga de los Tres Emperadores. Las razones que llevaron a Austria y Rusia a establecerla fueron principalmente negativas. Para Bismarck, la Liga de los Tres Emperadores cumplía también la función negativa de aislar a la república francesa y de esta manera ponía de relieve la solidaridad conservadora y monárquica de los tres imperios. Para Bismarck también estos acuerdos mutuos entre los tres imperios representaban una manera de evitar tener que tomar partido por Austria-Hungría o por Rusia en los Balcanes. Y en último lugar, Bismarck esperaba que por medio de la Liga de los Tres Emperadores podría influir tanto en la política exterior austriaca como en la rusa. Lo que estaba en germen en la Liga de los Tres Emperadores era la idea de la posterior y compleja diplomacia de Bis-

marck en la década de 1880. Entonces las alianzas no eran tanto tratados entre «amigos» contra «enemigos» potenciales como tratados entre «enemigos potenciales» para garantizar que sus rivalidades quedarían refrenadas.

Durante los primeros años de la posguerra franco-prusiana, Bismarck se inclinó por los acuerdos más flexibles y menos definidos de la Liga de los Tres Emperadores (que no hay que confundir con la *Alianza* de los Tres Emperadores de 1881)[1]. La Liga dejó a Alemania las manos libres. El gran cambio en la táctica diplomática de Bismarck no se produjo hasta 1878-1879, inmediatamente después del Congreso de Berlín, bajo el impacto de las tensiones creadas por la reanudación de la crisis de la cuestión oriental. Gradualmente, casi de mala gana, Bismarck dejó de desempeñar el papel de espectador de la diplomacia europea, velando por los intereses particulares de Alemania y aprovechándose de la situación o al menos intentándolo, y en 1878 volvió a ser una vez más uno de los principales participantes y manipuladores.

La cuestión oriental tuvo un papel crucial en las relaciones de las grandes potencias durante la segunda mitad de la década de 1870. Sorprendentemente, los años comprendidos entre 1871 y 1874 fueron un periodo de calma excepcional. El zar y Gorchakov estaban contentos de su éxito al haber conseguido que se revisaran las cláusulas del mar Negro. Al contrario que los paneslavistas, la política oficial rusa se negó a estimular la agitación entre las nacionalidades súbditas del Imperio otomano. Rusia quería y necesitaba la paz. La política rusa tenía como objetivo mantener el *statu quo* el mayor tiempo posible. Los austriacos, por su parte, aunque todavía consideraban a Rusia como la potencia probablemente más amenazadora, querían también la paz y el mantenimiento del *statu quo.* Sobre esta base de acuerdo

mutuo, las relaciones austro-rusas mejoraron considerablemente.

Al mirar hacia atrás, la reanudación de la crisis oriental se puede fechar con precisión en la revuelta en Bosnia contra el gobierno turco en julio de 1875. En ese momento, esta sublevación no pareció más grave que los innumerables disturbios con que tenían que enfrentarse los turcos, y Andrássy creyó que los turcos dominarían la situación rápidamente. Abrigaba poca simpatía hacia los bosnios cristianos y sus actividades revolucionarias. Era muy sensible a cualquier «cruzada» eslava que tuviera por objeto «liberar» no solo a los eslavos bajo dominio otomano, sino también a los eslavos del imperio austriaco. Los austriacos esperaban que los turcos reprimieran a sus súbditos rebeldes sin demasiados problemas. La sublevación en sí era un asunto complicado. Los campesinos eslavos de Bosnia y Herzegovina eran católicos y ortodoxos griegos, sus señores feudales eran musulmanes y la estructura social, económica y administrativa de los gobernantes otomanos estaba destinada a mantener sojuzgados a los campesinos católicos y ortodoxos. Sin querer, la visita del emperador Francisco José a la vecina Dalmacia fue la chispa que provocó la sublevación aunque, como hemos visto, los rebeldes se equivocaron al pensar que disfrutaban de la simpatía de los austriacos. Sus vecinos, los montenegrinos autónomos, también fomentaron la agitación general.

Los rasgos característicos de la crisis oriental de 1875 a 1877 fueron, en primer lugar, la extensión de la revuelta desde Bosnia y Herzegovina a Bulgaria en abril de 1876; luego Serbia y Montenegro se unieron a la lucha contra los turcos en julio de 1876. Por consiguiente, una gran parte del imperio otomano europeo estaba sublevado. En segundo lugar, los gobernantes otomanos en Constantinopla reaccionaron con una gran determinación y ferocidad para

mantener la integridad del imperio. Lo consiguieron. Los búlgaros fueron aplastados, y más de 12.000 de sus habitantes asesinados. En octubre de 1876, los serbios habían sido derrotados y estaban al borde del colapso. Por sí solos, los turcos habrían aplastado todos los levantamientos, logro tanto más asombroso cuanto que Constantinopla vivía un momento de desórdenes. Un sultán había sido depuesto en mayo de 1876, y su sucesor compartió el mismo destino solo unas semanas después; Abdul Hamid II, que le sucedió en septiembre de 1876, fue el tercer sultán en el poder aquel año. El tercer rasgo de la crisis fue la ineficaz intervención de las grandes potencias, signatarias de la paz de París de 1856. La creciente desconfianza entre Gran Bretaña, por un lado, y Rusia, por otro, impedía toda acción concertada entre ellas para forzar a los turcos a efectuar reformas y llegar a un acuerdo. Así, mientras las potencias condenaban las atrocidades turcas, el recelo mutuo entre dos de las tres más inmediatamente involucradas impidió toda acción eficaz. Por último, y en muchos aspectos este fue el rasgo más asombroso de la crisis oriental, los rusos y los austriacos lograron durante tres años actuar estrechamente unidos pese sus anteriores recelos mutuos.

En vista de la política generalmente aislacionista de Gran Bretaña y su tradicional apoyo a Turquía, Rusia era la única potencia capaz de presionar militarmente a los turcos para obligarles a conceder más independencia a los súbditos predominantemente cristianos del imperio otomano en Europa si esta resultaba ser la única forma de restaurar la paz en los Balcanes. Pero Alejandro II y Gorchakov estaban empeñados en evitar el error de Crimea. Rusia no podía permitirse el lujo de quedar aislada de nuevo. Si fuera posible tranquilizar a Austria y hacerla aceptar la política rusa, Bismarck se mantendría benévolamente neutral. Así pues, Gran Bretaña y no Rusia se encontraría aislada si elegía oponerse a la política rusa. Durante algún tiempo la política rusa dio frutos.

En mayo de 1876, Gorchakov y Andrássy, durante una visita a Berlín, convinieron en el llamado «Memorándum de Berlín», instando a los turcos a conceder un armisticio a los rebeldes y a llevar a cabo reformas. En Reichstadt, en julio de 1876, llegaron a un acuerdo de mucho mayor alcance. Para entonces la lucha se había extendido a Serbia y Montenegro. Andrássy y Gorchakov hicieron planes para dos eventualidades. Si vencían los turcos, se les debía impedir que alteraran el estatus de Serbia y Montenegro. Si por el contrario perdían, serían expulsados de Europa; Austria-Hungría se quedaría con Bosnia; Grecia, Serbia y Montenegro conseguirían territorios, Bulgaria, Rumelia y Albania obtendrían la autonomía y Rusia recuperaría Besarabia. Lo que sucedió fue que los turcos ganaron; así que, conforme al espíritu del acuerdo de *Reichstadt,* los rusos amenazaron a los turcos con una intervención si no concedían un armisticio a Serbia y Montenegro. En octubre, los turcos cedieron y más tarde aquel año accedieron a que una conferencia de potencias en Constantinopla propusiera reformas. Las potencias no fueron capaces de actuar juntas, así que las reformas no se materializaron.

Durante el curso del año siguiente, 1877, la política rusa empezó a vacilar. El estallido sin precedentes de entusiasmo y propaganda paneslavista en Rusia tuvo tal vez algo que ver en esto. Lo más probable es que los continuos disturbios en el imperio otomano indujeran a Alejandro II a intentar reconquistar el sur de Besarabia para Rusia y a suprimir este aspecto del acuerdo de paz de París de 1856; pero para arriesgarse a una guerra con Turquía, Rusia dependía del consentimiento austriaco y del aislacionismo de Gran Bretaña. La política rusa pareció triunfar. Andrássy y Gorchakov llegaron a dos nuevos acuerdos en enero y en marzo de 1877, la convención de Budapest. En ellos se estipulaba que Austria-Hungría no pondría objeciones a que Rusia fuese a una guerra con Turquía, a condición de que luchara

únicamente en los Balcanes orientales; Rusia recibiría el sur de Besarabia y Austria-Hungría, Bosnia y Herzegovina; todos los Estados de los Balcanes serían autónomos como ya se había acordado en Reichstadt. Por consiguiente, el 24 de abril de 1877 los rusos declararon la guerra a Turquía. Lucharon simultáneamente en Transcaucasia y en Europa, avanzando hacia Bulgaria desde Rumania; pero con la defensa de la fortaleza de Plevna los turcos lograron detener el avance ruso en Bulgaria desde julio hasta diciembre de 1877. Finalmente, en enero de 1878, la resistencia turca se vino abajo. El desastre militar fue tan enorme que los turcos no tuvieron más remedio que aceptar las condiciones de un armisticio ruso. El armisticio fue seguido el 3 de marzo de 1878 por la firma de la dura paz de San Stefano. El tratado creaba el gran Estado autónomo de Bulgaria, que incluía a Rumelia. Este poderoso Estado balcánico, creía el resto de Europa, sería un estrecho aliado, un satélite incluso, de Rusia. Montenegro era muy admirado, Serbia menos, y los dos Estados, junto con Rumania, recibieron la independencia. Podemos ahorrarnos la molestia de enumerar todos los detalles del tratado, que pronto sería rechazado y revisado. Las condiciones del tratado representaron una victoria para las ideas panrusas y paneslavistas. Pero de hecho Rusia había ido demasiado lejos. Al hacer caso omiso del espíritu de sus acuerdos con Austria y alarmar al gabinete británico, que temía la dominación rusa del imperio otomano, Rusia provocó aquello mismo que se había esforzado en evitar: su aislamiento.

En Londres las noticias de este tratado pusieron fin al periodo de incertidumbre. Disraeli nombró a un nuevo ministro de Asuntos Exteriores, lord Salisbury, quien, el 1 de abril de 1878, envió a las potencias una famosa circular en la que advertía claramente a Rusia que las cláusulas de San Stefano eran inaceptables y habrían de ser sometidas a un congreso de potencias europeas. Respaldada por la flota en-

viada a los Estrechos, la postura británica convenció a los rusos que tendrían que dar marcha atrás. En Viena, Andrássy estaba también furioso por San Stefano, que consideraba como prueba de la deslealtad de Rusia. Los esfuerzos rusos, en marzo de 1878, por disipar los temores austriacos no tuvieron éxito, aunque la posibilidad de una revisión del acuerdo de paz ruso-turco fue discutida bastante amistosamente por Andrássy e Ignatiev, que llegó a Viena en misión especial. La postura de Bismarck fue en ciertos aspectos la más interesante de todas. No quería verse envuelto en unos conflictos territoriales en los Balcanes que, en su opinión, no concernían directamente a Alemania; también deseaba mantener buenas relaciones tanto con Austria como con Rusia y, por tanto, ofreció su mediación diplomática como «hombre bueno que realmente pretende hacer algo», en un discurso en el *Reichstag.*

La prudencia se impuso en San Petersburgo. El zar y Gorchakov nunca consideraron en serio la posibilidad de desafiar a Europa por la «cuestión oriental». Más bien esperaban que Europa aceptara un hecho consumado. Cuando se vio que Gran Bretaña no aceptaba el acuerdo de San Stefano, Gorchakov se mostró dispuesto a revisar las cláusulas. Puesto que Gran Bretaña era el enemigo principal, fue con Gran Bretaña con quien los rusos decidieron tratar. Salisbury deseaba salvaguardar lo que pudiera de la Turquía europea en la región más delicada de los Estrechos haciendo retroceder a Rusia. Por esta razón no aceptó la propuesta de una Bulgaria más amplia. El hábil Peter Shuvalov, embajador ruso en Londres, tenía poderes para negociar las diferencias entre Rusia y Gran Bretaña y cedió en este punto. La gran Bulgaria prevista en San Stefano quedaría dividida por la línea estratégicamente defendible de las montañas balcánicas, y la región más cercana a Turquía, ahora denominada «Rumelia oriental», tendría guarniciones de tropas turcas. El acuerdo anglo-ruso del 30 de mayo de 1878

sobre esta cuestión era bastante parecido a los anteriores acuerdos austro-rusos de Reichstadt y Budapest. Salisbury tuvo menos éxito a la hora de conseguir que los rusos aceptaran retirar sus tropas de la región del Cáucaso, en la Turquía asiática. En el posterior congreso de Berlín, se produjo un formidable choque entre los puntos de vista de las dos potencias sobre esta cuestión. Para fortalecer la posición de Turquía en Asia, Salisbury firmó la convención de Chipre con Turquía en junio de 1878, por la que Gran Bretaña obtenía la base chipriota a cambio de la promesa de defender a Turquía contra Rusia, aunque los turcos no buscaran realmente esta protección a aquel precio. En realidad, los turcos fueron tratados sin ningún respeto por todas las potencias. Un acuerdo entre Austria y Gran Bretaña completó los movimientos diplomáticos entre las potencias antes de que se reuniera el Congreso.

Bismarck fue el refractario anfitrión del congreso de Berlín. Temía que la reunión de los principales estadistas de las grandes potencias, sus choques y sus conflictos, pudieran llevar a la postre a nuevas alianzas diplomáticas, opuestas a los intereses de Alemania. Lo que quería Bismarck era mantener la Liga de los Tres Emperadores, la colaboración de Alemania, Rusia y Austria y el aislamiento no solo de Francia, sino también de Gran Bretaña, porque temía que si Austria pedía apoyo a esta no necesitaría ya de la amistad de Alemania y perdería su influencia sobre ella. Siguió, pues, con mucha inquietud la cooperación anglo-austriaca en el congreso.

El congreso de Berlín se inauguró el 13 de junio de 1878 y terminó exactamente un mes después, el 13 de julio. Consideradas las circunstancias, los rusos salieron bien librados del congreso. La buena voluntad de Bismarck les fue de cierta ayuda en el momento de enfrentarse con Austria y Gran Bretaña, que actuaron estrechamente unidas. Rusia

no fue humillada. Conservó el sur de Besarabia, importante conquista tanto psicológica como material, y en cualquier caso ya había dado su conformidad a la importante concesión de Bulgaria, que fue confirmada por el Congreso. Sin embargo, no todo fue tan fácil. Después de unos días dramáticos de crisis, por fin quedaron zanjados los detalles de la cuestión búlgara conforme al acuerdo anglo-ruso del 30 de mayo anterior. Disraeli y Gorchakov fueron los pintorescos protagonistas de estas disputas, pero el paciente trabajo de forjar un acuerdo práctico entre bastidores quedó en manos de Peter Shuvalov y Salisbury. Andrássy apoyaba a Salisbury en la cuestión búlgara, y Salisbury apoyaba a Andrássy, que insistía en que Bosnia y Herzegovina debían ser ocupadas (aunque no anexionadas) por Austria-Hungría. Serbia, Rumania y Bulgaria obtuvieron la independencia oficial. Las discusiones en torno a las fronteras de la Turquía asiática entre Disraeli y Gorchakov se centraron en la ocupación y la utilización por Rusia de Batum como base naval. Los rusos consiguieron casi todo lo que querían y a Salisbury le pareció que solo la fuerte opinión pública antirrusa que surgió en Gran Bretaña en aquel momento podía explicar la exagerada importancia dada a este asunto. En cuanto a la paz y a la estabilidad del futuro, Disraeli y Salisbury depositaron todas sus esperanzas en otro proyecto de reforma para Turquía y en una interpretación de la Convención de los Estrechos (revisada por la Conferencia de Londres de 1871, véase cap. XX) que permitiera a la flota británica entrar en ellos a su voluntad.

El congreso de Berlín simbolizó la nueva posición del imperio alemán y la nueva «ley del más fuerte» de las grandes potencias europeas. En la historia de la diplomacia señala un punto oportuno para hacer una pausa. La cuestión oriental no quedó resuelta. Ninguno de los participantes esperaba resolverla. Lo que se consiguió fue que la progresiva decadencia del imperio otomano no envolviera a ninguna

de las grandes potencias en una guerra con las demás por el reparto de los despojos de los territorios y las influencias. La suerte y la habilidad de los estadistas evitó una guerra motivada por la decadencia del imperio otomano. Cuando llegó la guerra, en 1914, fue por razones diferentes: la debilidad no de Turquía, sino de los imperios multinacionales supervivientes, el ruso y el austriaco, se había convertido en un factor importante de la inestabilidad europea. Esta debilidad ya era evidente en 1878, pero la Liga de los Tres Emperadores proporcionó una especie de estabilidad internacional. Las diferencias austro-rusas en el congreso hicieron añicos la Liga de los Tres Emperadores. Al intentar reconstruirla a finales del año 1878, Bismarck se situó en la línea divisoria de su diplomacia posterior a 1871. En 1878-1879 abandonó su confianza en las alineaciones oficiosas y estableció una estructura original de alianzas disuasivas en tiempos de paz. Estas alianzas siguen en pie; se han convertido en una característica permanente de las relaciones internacionales en la actualidad. En 1878 también, por primera vez desde 1856, Gran Bretaña resurgió como potencia de primera clase en Europa. Una última observación sobre los cruciales cambios que dividieron los periodos anterior y posterior a 1878: aunque hubo indicios antes de 1878 de que las rivalidades imperialistas desempeñarían un papel importante en las relaciones de las grandes potencias, este fue importante solo a partir de 1878.

Durante los treinta años que abarca este volumen, los cambios que se produjeron en Europa tanto a nivel nacional como internacional fueron asombrosamente grandes. Da la impresión de que estos años señalan el periodo de «despegue», cuando Europa comenzó a caminar a un paso cada vez más rápido hacia los cambios cataclísmicos del siglo XX.

[1] La confusión se debe a la similitud del nombre de estos dos tratados en alemán: *Dreikaiserbund* (Liga de los Tres Emperadores) y *Dreikaiserbundnis* (Alianza de los Tres Emperadores).

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

HISTORIAS GENERALES

Existen varias historias generales fidedignas. Dos tomos de la serie norteamericana *Rise of Modern Europe* abarcan este periodo: son los de Robert C. Binkley, *Realism and nationalism, 1852-1871* (Nueva York, 1935) y William L. Langer, *Political and social upheaval, 1832-1852* (Nueva York, 1969). El tomo X de *The New Cambridge Modern History, 1830-1870,* [*Historia del mundo moderno,* X, *El cenit del poder europeo,* Barcelona, Sopena, 1971], compilado por J. P. T. Bury, es útil pero su defecto es intentar abarcar demasiado en el espacio disponible, y por consiguiente los aspectos más importantes de la historia política y social están excesivamente condensados, lo cual no permite extraer muchas interpretaciones. Una buena síntesis francesa es el tomo XVI de la serie *Peuples et civilisations,* de Ch. H. Pouthas, *Démocraties et capitalisme, 1848-1860* (París, 1961), y el tomo XVII, de H. Hauser, J. Maurain y P. Benaert, *Du libéralisme à l'impérialisme, 1860-1878* (París, 1952). Una historia general alemana es la *Propyläen Weltgeschichte,* tomo VIII, compilada por G. Mann (Berlín, 1960). Entre los mejores estudios de la historia europea del siglo XIX realizados por historiadores británicos figuran los de R. Leslie, *The age of transformation, 1798-1871* (Londres, 1964); H. Hearder, *Europe in the nineteenth century, 1830-1880* (Londres, 1966), y D. Thomson, *Europe since Napoleón* (Harmondsworth, 1966). H. Hearder, *Europe in the Nineteenth Century 1830-1880* (Londres, 1966) [*Europa en el siglo XIX, desde 1830 hasta 1880*, Barcelona, 1970]; y D. Thomson, *Europe since Napoleon* (Harmondsworth, 1966). *Barricades and Borders: Europe 1800-1914* (Oxford, 1966, segunda edición), de R. Gildea, ofrece un enfoque temático que

abarca temas tan amplios como la cultura, la raza o la sociedad, sin prestar tanta atención a las cuestiones políticas y diplomáticas, pero con una extensa bibliografía.

La mejor exposición de la historia económica de Europa es la *Fontana Economic History of Europe*, editada por C. M. Cipolla, Londres, 1953 [*Historia económica de Europa (4). El nacimiento de las sociedades industriales,* II tomos, Barcelona, 1982]. En este estudio, que no ha sido superado en general, diversos autores abordan en dos volúmenes la historia del siglo XIX. Un texto útil es el de S. B. Clough y C. W. Cole, *Economic History of Europe,* Boston, 1952 [*Historia económica de Europa,* Barcelona, 1979]. Profundo aunque de lectura complicada es el libro de A. S. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe,* vol. 1, Londres, 1973 [*El desarrollo económico de la Europa continental,* Madrid, 1979]; las mejores historias económicas introductorias en un solo volumen son las de S. Pollard, *Peaceful Conquest. The Industrialisation of Europe 1760-1970* (Oxford, 1982) [*La conquista pacífica: la industrialización de Europa, 1760-1970,* Zaragoza, 1992]; M. Teich y R. Porter (eds.), *The Industrial Revolution in National Context: Europe and the U.S.A.* (Cambridge, 1996); y respecto a Gran Bretaña, P. Mathias, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain 1700-1914* (Londres, 1983); respecto al impacto de la guerra, véase G. Best, *War and Society in Revolutionary Europe,* Londres, 1982 [*Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870),* Madrid, 1990].

Una exposición general del pensamiento político se encuentra en J. Bowle, *Politics and opinions in the nineteenth century* (Londres, 1954). El libro de G. H. Sabine, A *history of political theory* (Nueva York, 1950) [*Historia de la teoría política,* México, FCE, 1963], es una buena introducción. Para el nacionalismo, Boyd O. Shafer, en *Nationalism: myth*

and reality (Nueva York, 1955), ofrece un exhaustivo análisis que revela las dificultades de las definiciones. *Prophets and peoples: studies in 19th century nationalism* (Nueva York, 1941), de H. Kohn, es estimulante; *Nationalism: its meaning and history* (Nueva York, 1955) [*Nacionalismo: su significado y su historia,* Buenos Aires, Paidós], del mismo autor, es una excelente introducción con bibliografía. Un buen resumen de las ideas y las reflexiones sobre el nacionalismo es el de C. J. Hayes, *Essays on nationalism* (Nueva York, 1966). También es interesante E. Kedourie, *Nationalism* (Londres, 1966, 3.ª ed.) [*Nacionalismo,* Madrid, 1985].

El socialismo como movimiento amplio se puede estudiar en G. D. H. Cole, A *history of socialist thought,* vols. 1 *y* 2 (Londres, 1953) [*Historia del pensamiento socialista, 1, Los precursores,* México, FCE, 1957; II, *Marxismo y anarquismo,* México, FCE, 1958]; Respecto a la tradición liberal, véase G. de Ruggiero, *History of European Liberalism* (Oxford, 1927) [*Historia del liberalismo europeo*, Granada, 2005]; *Liberalism in nineteenth century Europe* (Londres, 1971), de I. Collins, es un útil ensayo introductorio publicado como folleto por la Historical Association; *Marxism* (Londres, 1961) [*El marxismo,* Barcelona, Anagrama, 1971], de G. Lichtheim, es un análisis estimulante, y *The red '48ers* (Nueva York, 1969), de D. J. Hammen, sitúa a Engels, Marx y sus partidarios en su contexto histórico.

Una historia general de las relaciones internacionales es la de R. Albrecht-Carrié, A *diplomatic history of Europe since the Congress of Vienna* (Londres, 1958). Para una vision soviética, véase V. P. Potemkin, *Histoire de la diplomatie,* traducido del ruso (París, 1946-1947); el destacado historiador francés P. Renouvin, estudia en dos tomos *Le XIX siècle* (París, 1954-1955), en la serie *Histoire des relations internationales* [*Historia de las relaciones internacionales,* Madrid, Aguilar, 1969]. A. J. P. Taylor, en *The struggle for mastery in*

Europe, 1848-1918 (Oxford, 1954), analiza este periodo con originalidad y perspicacia. E. J. Hobsbawm, en *The age of capital, 1848-1875* (Londres, 1975) [*La era del capitalismo,* Barcelona, Labor, 1977], ofrece un vivo análisis y una interpretación personal de la cambiante «economía capitalista» y su impacto en la sociedad.

HISTORIAS NACIONALES GENERALES

Francia

Hay un buen surtido de historias en uno o dos tomos que se ocupan del siglo XIX. *A history of modern France,* vol. 2, *1799-1871,* y vol. 3, *1871-1961,* de A. Cobban (Harmondsworth, 1961) es agradable de leer y proporciona sugerencias e interpretaciones. Véanse también J. P. T. Bury, *France, 1814-1940* (Londres, 1959, 3.ª ed.), y J. P. Plamenatz, *The revolutionary movement in France, 1815-1871* (Londres, 1952). Dos excelentes historias, más recientes, son las de R. Magraw, *France 1815-1914: The Bourgeois Century* (Londres, 1983) y P. McPhee, *A Social History of France 1780-1880* (Londres, 1992); una entretenida e ilustrativa guía breve sobre los ciclos de la historia francesa y su tenaz persistencia en la imaginación de los franceses es la de P. M. Jones, *1789 and All That: Constructing Identity in Modern France* (Birminham University, 1985); F. Furet, *Revolutionary France 1770-1880* (Blackwell, 1996).

Los Estados alemanes

Entre las diversas historias que existen, las siguientes son todas buenas: W. Carr, *A history of Germany, 1815-1954* (Londres, 1969); H. Holborn, A *history of modern Germany, 1840-1945* (Londres, 1969); K. S. Pinson, *Modern Germany* (Londres, 1966, 2.ª ed.); R. Flenley, *Modern German history* (Londres, 1964); A. Ramm, *Germany, 1789-1918* (Londres, 1967); *The history of Germany since 1789* (Harmondsworth, 1974), de G. Mann, es única en su clase; es un comentario muy brillante y personal sobre el curso de

la historia moderna alemana. Una interpretación esclarecedora es la de J. Breuilly, *The Formation of the First German Nation-State 1800-1871* (Londres, 1996); los mejores estudios generales son dos historias de Oxford: J. H. Sheehan, *German History 1770-1866* (Oxford, 1978); E. D. Brose, *German History 1789-1871* (Berghahn, 1997).

Los Estados italianos

The making of Italy, 1796-1870 (Londres, 1968), de D. Mack Smith, abarca el periodo con documentos y largos comentarios encadenados. Lo siguen *Italy, a modern history* (Ann Arbor, 1959), del mismo autor, e *Italy from Napoleón to Mussolini* (Nueva York, 1950), de R. Albrecht-Carrié. El libro de H. Hearder, *Italy in the Age of the Risorgimento 1790-1870* (Londres, 1983) es una excelente visión de conjunto.

El Imperio de los Habsburgo

La mejor obra en un solo volumen en inglés es la de C. A. Macartney, *The Habsburg Empire, 1790-1918* (Londres, 1968). El mejor estudio en alemán es el de E. Zöllner, *Geschichte Österreichs* (Múnich, 1970, 4.ª edición).

También son de valor los libros de A. J. P. Taylor, *The Habsburg Monarchy 1809-1918* (Londres, 1941) [*La monarquía de los Habsburgo, 1809-1918*, Barcelona, 1983]; A. J. May, *The Habsburg Monarchy 1867-1914* (Cambridge, Mass., 1951); R. Kann, *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy 1848-1918* (Nueva York, 1964, 2 vols.). A. Sked, *The Decline and Fall of the Habsburg Empire* (Londres, 1989) y F. R. Bridge, *The Habsburg Monarchy among the Great Powers* (Oxford, 1990) actualizan las historias clásicas. Desde la perspectiva húngara, J. H. Hoensch, *A History of Modern Hungary 1867-1994* (Longman, 1996) es un estudio breve y básico, pero útil.

Rusia

La mejor historia general es la de M. T. Florinsky, *Russia: A History and an Interpretation*, vol. 2 (Londres, 1947). H. Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917* (Oxford, 1967) ofrece un análisis y un relato detallados; un buen estudio reciente y más breve es el de J. N. Westwood, *Endurance and Endeavour: Russian History 1812-1992* (Oxford, 1993).

Gran Bretaña

A. Briggs, *The Age of Improvement, 1783-1867* (Londres, 1959) es un estudio extremadamente bueno. E. L. Woodward, *The Age of Reform 1815-1870* (Oxford, 1938), aunque inevitablemente desfasado, sigue siendo útil. Amena y estimulante sigue siendo la obra en cuatro volúmenes de E. Halévy, *A History of the English People in the Nineteenth Century* (Londres, 1926-1934). K. T. Hoppen, *The Mid-Victorian Generation 1846-1886* (Oxford, 1998) vino a cubrir la necesidad de una historia documentada y ampliamente concebida sobre el periodo, significativa también por la atención que presta a Escocia, Gales e Irlanda; E. J. Fenchtwanger proporciona una síntesis juiciosa en *Democracy and Empire: Britain 1865-1914* (Londres, 1985). Un buen resumen es el de R. Shannon, *The Age of Disraeli 1868-1881: The Rise of Tory Democracy* (Londres, 1992).

Otros países

R. Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford, 1966) [*España, 1808-1939,* Barcelona, Ariel, 1968]; H. V. Livermore, A *new history of Portugal* (Cambridge, 1966); E. Bonjour, H. S. Offler y G. R. Potter, *A short history of Switzerland* (Oxford, 1952). B. J. Hovde, *The Scandinavian countries, 1720-1865,* 2 tomos (Boston, 1943). L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453* (Nueva York, 1958); R. W. Seton-Watson, *A history of the Czechs and Slovaks* (Londres, 1943). R. W. Seton-Watson, A *history of the Roumanians* (Cambridge, 1934). B. Lewis, *The emergence of modern Turkey* (Londres, 1961). J.

C. Beckett, *The making of modern Ireland, 1603-1823* (Londres, 1966). D. Dakin, *The unification of Greece, 1770-1923* (Londres, 1972). E. H. Kossman, *The Low Countries 1780-1940* (Oxford, 1978); dos estudios destacados son los de R. Clogg, *A Short History of Modern Greece* (Cambridge, 1979); y C. M. Woodhouse, *Modern Greece. A Short History* (Londres, 1986, 4.ª ed.); respecto a Polonia, un clásico traducido al inglés es el de O. Haleki, *A History of Poland* (Londres, 1986), también es excelente el segundo volumen de N. Davies, *God's Playground: A History of Poland* (Oxford, 1987); R. Okey, *Eastern Europe 1740-1985* (Londres, 1986) es un estudio fiable; R. Crampton, *A Short History of Modern Bulgaria* (Cambridge, 1987); M. S. Anderson, *The Eastern Question, 1774-1923* (Londres, 1966).

LAS REVOLUCIONES DE 1848-1849

Es difícil encontrar una historia en un solo tomo que estudie por igual todos los aspectos de las revoluciones y logre hacer generalizaciones penetrantes. P. Robertson, en *Revolutions of 1848: a social study* (Princeton, 1952), lo intenta con una descripción viva. Varios historiadores han intervenido en *The opening of an era, 1848* (Londres, 1948), dirigida por F. Fetjö. Esta obra, aunque desigual, es la mejor de las compilaciones publicadas durante el año de celebración del centenario. Hay también muchas útiles contribuciones de especialistas publicadas en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Revolution de 1848* (París, 1948). Un trabajo corto de un historiador eminente, estimulante y personal, cuya línea de argumentación es a veces difícil de seguir es el de L. B. Naimer, *1848: the revolution of the intellectuals* (Londres, 1944). Una valoración general y legible muy reciente, que hace nuevas e interesantes puntualizaciones, es la de P. N. Stearns, *The revolutions of 1848* (Londres, 1974). También hay que estudiar las revoluciones

en libros dedicados a países concretos. Los siguientes son de especial valor.

Francia

R. Price, *The French Second Republic: A social history* (Londres, 1972) y del mismo autor, *The Revolution of 1848* (Londres, 1989); F. de Luna, *The French Republic under Cavaignac, 1848* (Princeton, 1969). D. McKay, *The National Workshops* (Cambridge, Mass., 1965) y George Duveau, *1848: The Making of a Revolution* (Nueva York, 1966); un revelador análisis contemporáneo es el de K. Marx, *The Class Struggles in France, 1848-1850* (*Las luchas de clases en Francia, 1848-1850*); respecto al *Manifiesto comunista*, véase H. J. Laski, *The Communist Manifesto: Socialist Landmark* (Londres, 1948); y el comentario contemporáneo citado con más frecuencia es el de A. de Tocqueville, *The Recollections of Alexis de Tocqueville* (Nueva York, 1949) [*Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, 2016].

Prusia y los Estados alemanes

El estudio monumental de dos tomos de V. Valentin, *Geschichte der deutschen Revolution 1848-1849* (Berlín, 1,930-1931) sigue siendo una descripción detallada insuperable. Se han traducido algunas partes del libro en *1848: chapters in German history* (Londres, 1940); un buen estudio es el de J. Droz, *Les Révolutions allemandes de 1848* (París, 1957) y el mejor estudio alemán reciente es el de R. Stadelmann, *Soziale und politische Geschichte der Revolution von 1848* (Múnich, 1956). *The Frankfurt Parliament, 1848-1849* (Londres, 1968), de F. Eyck, es un análisis fidedigno del trabajo y la composición de este organismo a menudo calumniado.

El Imperio de los Habsburgo

La complejidad de la situación en las diversas partes del imperio ha hecho fracasar incluso a los historiadores austríacos. C. A. Macartney, en *The Habsburg Empire, 1790-*

1918 (véase el apartado de historias nacionales), arroja cierta luz sobre esta confusión. Véanse también R. J. Rath, *The Viennese Revolution of 1848* (Austin, 1957); R. A. Kann, *The multinational Empire: nationalism and national reform in the Habsburg monarchy, 1848-1918,* 2 tomos (Nueva York, 1964); R. Kiszling y otros, *Die Revolution im Kaisertum Österreich, 1848-1849* (Viena, 2 tomos, 1948 y 1952); S. Z. Pech, *The Czech Revolution of 1848* (Carolina del Norte, 1969).

Italia

Existen pocos nuevos trabajos en inglés dedicados a los movimientos de 01848» en la peninsula italiana. El estudio más detallado sigue siendo el de G. F.-H. Berkeley, *Italy in the making, June 1846 to January 1848* (Cambridge, 1940) e *Italy in the Making, January 1848 to November 1848* (Cambridge, 1940).

Gran Bretaña

Hay una amplia bibliografía sobre los movimientos obreros y radicales; véanse especialmente: D. Thompson, *The early Chartists* (Londres, 1971); F. C. Mather, *Public order in the age of the Chartists* (Mánchester, 1959); G. D. H. Cole, *Chartist portraits* (Londres, 1941); J. T. Ward (comp.), *Popular movements c. 1830-1850* (Londres, 1970); R. Schoyen, *The Chartist challenge: a portrait of George J. Harney* (Londres, 1958); para una descripción más antigua, amplia y bien escrita, véase J. L. y B. Hammond, *The age of the Chartists* (Londres, 1930).

FRANCIA: LUIS NAPOLEÓN, LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO

Las dos obras esclarecedoras de F. A. Simpson siguen siendo el mejor estudio detallado del gobierno de Napoleón III hasta 1856: *The rise of Louis Napoleón* (Londres, 1950, 3.ª ed.), y *Louis Napoleón and the recovery of France, 1848-1856* (Londres, 1951, 3.ª ed.). Para la Segunda Repú-

blica, véase también F. de Luna, *The French Republic under Cavaignac, 1848* (Princeton, 1969). Hay dos buenos estudios de Napoleón III: J. P. T. Bury, *Napoleón III and the Second Empire* (Londres, 1964), y J. M. Thompson, *Louis Napoleón and the Second Empire* (Oxford, 1954); un trabajo anterior de interés es el de A. L. Guérard, *Napoleón III* (Cambridge, Mass, 1943); véanse T. A. B. Corley, *Democratic despot; y A life of Napoleón III* (Londres, 1961); *The Second Empire* (Londres, 1960), de G. P. Gooch, es un estudio legible. Las investigaciones de T. Zeldin han contribuido sustancialmente a nuestro conocimiento de la política y la sociedad durante el Segundo Imperio, especialmente en *The political system of Napoleón III* (Londres, 1958) y en *Emile Ollivier and the liberal empire of Napoleón III* (Oxford, 1963). Dos libros interesantes que estudian determinados aspectos son los de C. S. Phillips, *The Church in France, 1848-1907* (Londres, 1936), e I. Collins, *The government and the newspaper press in France, 1814-1881* (Londres, 1959); una excelente síntesis es la de J. F. McMillan, *Napoleon III* (Londres, 1991).

LOS ESTADOS ITALIANOS DURANTE EL PERIODO DE LA UNIFICACIÓN

Una excelente biografía reciente que arroja mucha luz sobre el *Risorgimento* es la de *Garibaldi* (Londres, 1974), de J. Ridley; *Garibaldi and his enemies* (Londres, 1965), de Ch. Hibbert, también es buena. El mejor resumen breve es el de Derek Beales, *The Risorgimento and the unification of Italy* (Londres, 1971). *Cavour and Garibaldi, 1860* (Cambridge, 1954), de D. Mack Smith, es un análisis provocativo, basado en una rica investigación de archivo que ayudó grandemente a cambiar la orientación de los estudios del *risorgimento; Victor Emmanuel, Cavour and the Risorgimento* (Oxford, 1971), del mismo autor, es una penetrante colección de estudios interrelacionados. La mejor narración de la

vida de Cavour en inglés, aunque algo superada por investigaciones más recientes, es la de A. J. Whyte, *The early life and letters of Cavour, 1810-1848* (Oxford, 1925), y *The political life and letters of Cavour, 1848-1861* (Oxford, 1930). El folleto de la Historical Association de H. Hearder sobre *Cavour* (Londres, 1972) es una introducción excelente al tema. A. Ramm examina las tendencias historiográficas en otro folleto de la Historical Association, el *Risorgimento* (Londres, 1972). Los siguientes libros arrojan luz sobre diferentes aspectos de la historia italiana: R. Grew, *A sterner plan for Italian unity: The Italian National Society in the Risorgimento* (Princeton, 1963); H. Acton, *The last Bourbons of Naples, 1825-1861* (Londres, 1961); la *Storia dell'Italia moderna,* vol. 4 (Milán, 1964), de G. Candeloro, tiene fama de ser el mejor estudio italiano, y S. B. Clough, *Economic history of modern Italy* (Nueva York, 1964), una buena historia económica.

LA UNIFICACIÓN ALEMANA

El tema se analiza con frecuencia dentro del contexto de los estudios biográficos dedicados a Bismarck. La biografía clásica moderna en alemán es la de E. Eyck, *Bismarck,* tres tomos (Zúrich, 1941-1944); algunas de las consideraciones de este estudio magistral se pueden encontrar en el más breve *Bismarck and the German Empire* (Londres, 1950). Una biografía reciente muy legible es *Bismarck [Bismarck,* Barcelona, Plaza Janés, 1967], de W. Richter, de la que hay traducción inglesa (Londres, 1964); una biografía fácil de leer es la más antigua *Bismarck: the man and the statesman* (Londres, 1955), de A. J. P. Taylor. El mejor estudio breve que destaca y analiza la política es el de W. N. Medlicott, *Bismarck and modern Germany* (Londres, 1965). *The social and political conflict in Prussia, 18581864* (Lincoln, Neb., 1964), de E. N. Anderson, es una buena monografía. Para un estudio amplio y fidedigno de la política interior y exte-

rior, véase O. Pflanze, *Bismarck and the development of Germany, 1815-1871* (Princeton, 1965). La diplomacia de Bismarck en una breve colección de documentos traducidos al inglés con comentarios se puede encontrar en *Bismarck and Europe* (Londres, 1971), de W. N. Medlicott y D. K. Coveney. Consideraciones importantes sobre la diplomacia europea durante los años de la unificación se encuentran en W. E. Mosse, *The European powers and the German question, 1848-1878* (Cambridge, 1958). Un intento de alejarse de una visión de la historia de Alemania enteramente centrada en Bismarck durante este periodo es el de H. Böhme, *Deutschland Weg zur Grossmacht* (Berlín, 1966); los principales argumentos de Böhme se pueden estudiar provechosamente en una breve colección de documentos traducidos al inglés con una serie de introducciones, titulada *The foundation of the German Empire* (Oxford, 1971).

Se estudian temas más especializados en los siguientes libros: L. Bergsträsser, *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland* (Múnich, 1952, 7.ª ed.); W. Carr, *Schleswig-Holstein, 1815-1848* (Mánchester, 1963); W. O. Henderson, *The Zollverein* (Londres, 1959, 2.ª ed.); L. D. Steefel, *Bismarck, the Hohenzollern candidacy and the origins of the Franco-German War of 1870* (Cambridge, Mass., 1962); para los documentos sobre la candidatura Hohenzollern traducidos al inglés véase G. Bonnin, *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the throne of Spain* (Londres, 1957). Th. S. Hamerow analiza con brillantez en dos tomos la historia social y las ideas políticas de Prusia y Alemania en *The social foundations of German unification: ideas and institutions, 1858-1871* (Princeton, 1969), y *Struggles and accomplishments* (Princeton, 1972). Para una perspicaz visión contemporánea, véase F. Engels, *The rôle of force in history. A study of Bismarck's policy of blood and iron,* con prólogo de E. Wangermann (Londres, 1968). Una biografía traducida del alemán es la de L. Gall, *Bismarck: The White Revolu-*

tionary (Londres, 1990, 2 vols.); y un estudio breve y perspicaz es el de W. Carr, *The Origins of the Wars of German Unification* (Londres, 1996).

Con respecto a los análisis de la política de los otros Estados alemanes y del Imperio de los Habsburgo no estamos tan bien servidos. Pero en cuanto a Baviera, *Entwicklungsgeschichte Bayern,* vol. 3 (Múnich, 1931), de M. Doeberl, es muy útil. Se pueden encontrar estudios de este periodo en las historias generales del Imperio de los Habsburgo ya citadas. Un análisis clásico del conflicto austro-prusiano es el de H. Friedjung, *Der Kampf um die Vorherrschaft in Deutschland* (Stuttgart, 1897), traducido al inglés y resumido bajo el título *The struggle for supremacy in Germany* (Londres, 1935); de valor es el de C. W. Halberg, *Franz Joseph and Napoleon III, 1852-1864* (Nueva York, 1955); se pueden estudiar los últimos años de la política exterior austriaca en un análisis detallado de H. Potthof, *Die deutsche Politik Beust (1866-1871)* (Bonn, 1968). Un estudio muy serio de la historia del Imperio de los Habsburgo en alemán durante este periodo fue emprendido por Josef Redlich en su biografía, *Kaiser Franz Joseph von Osterreich* (Berlín, 1928), y en su obra en dos tomos, *Das österreichische Staats- und Reichsproblem* (Leipzig, 1926).

LA DIPLOMACIA: PRINCIPALMENTE LA CUESTIÓN ORIENTAL, 1848-1878

The Eeastern Question, 1774-1923 (Londres, 1966), de M. S. Anderson, es una síntesis fidedigna de los trabajos recientes. Con respecto a los orígenes de la Guerra de Crimea, el mejor estudio sigue siendo el de H. W. V. Temperley, *England and the Near East: The Crimea* (Londres, 1936); véase también G. B. Henderson, *Crimean war diplomacy and other historical essays* (Glasgow, 1947).

W. E. Mosse analiza las consecuencias diplomáticas en *The rise and fall of the Crimean system, 1855-1871: the story*

of a peace settlement (Londres, 1963); véase también T. W. Riker, *The making of Roumania: a study of an international problem, 1856-1866* (Oxford, 1931). Para las fases posteriores, véase B. H. Sumner, *Russia and the Balkans, 1870-1880* (Oxford, 1937); R. H. Davison, *Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876* (Princeton, 1963); el excelente *Gladstone and the Bulgarian agitation, 1876* (Londres, 1963), de R. T. Shannon, es un estudio original. El trabajo clásico sobre el Congreso de Berlín es el de W. N. Medlicott, *The Congress of Berlín and after* (Londres, 1938). Para una reciente e importante reconsideración de los primeros años de la diplomacia de Bismarck después de 1870, véase Bruce Waller, *Bismarck at the crossroads* (Londres, 1974). El estudio general más amplio y mejor de la diplomacia europea sigue siendo el de W. L. Langer, *European alliances and alignments, 1871-1890* (Nueva York, 1956, 2.ª ed.). La Guerra de Crimea en sus aspectos militares se puede estudiar en Christopher Hibbert, *The destruction of Lord Raglan* (Londres, 1961); O. Anderson, *A liberal state at war: English politics and economics during the Crimean war* (Londres, 1967); J. S. Curtiss, *The Russian army under Nicholas I* (Durham, Carolina del Norte, 1965), y B. D. Gooch, *The new Bonapartist generals in the Crimean war* (La Haya, 1959). Para la diplomacia de los Habsburgo, véase el excelente *From Sadowa to Sarajevo* (Londres, 1972), de F. R. Bridge.

REFORMA EN EL IMPERIO RUSO

Además de las historias generales ya citadas, los siguientes libros son de especial valor. Para una buena introducción, véase W. E. Mosse, *Alexander II and the modernisation of Russia* (Londres, 1958). G. T. Robinson, en *Rural Russia under the Old Regime* (Nueva York, 1932), analiza la historia de la Rusia rural, la emancipación y sus consecuencias; Polonia desempeñó un papel destacado que puede ser estudiado en *Reform and insurrection in Russian Poland,*

1856-1865 (Londres, 1963), de R. F. Leslie. Para una visión contemporánea crítica y fascinante, véase *The memoirs of Alexander Herzen,* primera y segunda partes, traducida por J. D. Duff (New Haven, 1923).

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA TERCERA REPÚBLICA

La mejor historia detallada de la guerra vista en el contexto más amplio de los preparativos bélicos y la planificación estratégica es *The Franco-Prussian war* (Londres, 1968), de M. Howard. «The war of 1870 in the pattern of Franco-German relations», de W. R. Fryer, en *Renaissance and Modern Studies 1974,* es un estudio y una crítica interesantes. La historia clásica en varios tomos de la Tercera República es la de J. Chastenet, *Histoire de la Troisième République, 1870-1940* en 7 tomos (París, 1952-1963). G. Chapman nos proporciona un buen estudio en inglés en *The Third Republic of France,* vol. 1, *1871-1894* (Londres, 1962). Una buena introducción es *The Development of modern France, 1870-1939* (Londres, 1967, nueva edición), de D. W. Brogan; una obra antigua que contiene muchos detalles fascinantes e interesantes es *France,* 2 vols. (Londres, 1898), de J. E. C. Bodley; otra reciente aproximación a la política y la sociedad francesas es la de T. Zeldin, *France, 1848-1945. Ambition, love and politics* (Oxford, 1973). J. P. T. Bury ha analizado los primeros años de la república en *Gambetta and the making of the Third Republic* (Londres, 1973). D. B. Ralston, en *The army of the Republic* (Cambridge, Mass., 1967), analiza otro importante aspecto.

Existe una amplia bibliografía sobre la Comuna: Eugene Schulkind proporciona un buen ensayo introductorio en un folleto de la Historical Association, *The Paris Commune of 1871* (Londres, 1971); entre las historias en inglés los tres libros siguientes son útiles y recientes: A. Home, *The fall of París; The siege and the Commune 18701871* (Londres,

1965); S. Edwards, *The París Commune, 1871* (Londres, 1971), y R. L. Williams, *The French Revolution, 1870-1871* (Londres, 1969).


PINCHE
AQUÍ


SIGLO
ESPAÑA

ÍNDICE